

# De Montalvos a Monsalve

Realidad y ficción en la  
literatura de Rodrigo Rubio

Volumen II



Manuel Cifo González





Manuel Cifo González (Albacete, 1955) es licenciado en Filología Románica por la Universidad de Murcia y en Filología Hispánica por la UNED. Es Doctor en Filología por la Universidad de Murcia. En diciembre de 1989 fue nombrado Miembro del Instituto de Estudios Albacetenses y, en 2015, Académico Correspondiente de la Real Academia Alfonso X el Sabio de Murcia.

Es autor de varias ediciones críticas: *Antología poética de Tomás Preciado*, *Niebla*, *Antología poética de Federico García Lorca*, *La vida es sueño* y *El gran teatro del mundo*, *La tía Tula*, *La Celestina*, *Antología poética de la Generación del 27*, *Poesía de Garcilaso de la Vega* y *Bodas de sangre*. Además, ha publicado dos manuales universitarios: *Comunicación oral y escrita en Lengua Española* (2012) y *Literatura Universal* (2015).

Ha participado como ponente en varios congresos internacionales sobre Azorín, Unamuno, Antonio Machado y Miguel Hernández. También es evaluador externo de *Revista de Literatura*, publicación del CSIC.

Gran parte de su labor investigadora la ha centrado en Rodrigo Rubio, fruto de la cual es esta obra, así como la edición crítica de *La feria* (2017). En colaboración con el I.E.A., en septiembre de 2015 organizó el I Congreso Internacional Rodrigo Rubio y la narrativa del realismo crítico, con ocasión del cincuentenario de la concesión del Premio Planeta a *Equipaje de amor para la tierra* (1965).



**MANUEL CIFO GONZÁLEZ**

**Cifo González, Manuel**

De Montalvos a Monsalve : Realidad y ficción en la literatura de Rodrigo Rubio / Manuel Cifo González. -- Albacete : Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel", 2023.

2 v. (578, 564 p.) : il. ; 24 cm. -- (Serie I - Estudios ; 286)

D.L. AB 389-2023

ISBN 978-84-18165-82-5 (o.c.)

ISBN 978-84-18165-84-9 (v.1).-- ISBN 978-84-18165-86-3 (v. 2)

1. Rubio, Rodrigo (1931-2007)-Crítica e interpretación. I. Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel". II. Título. III. Serie.

821.134.2 Rubio, Rodrigo.09

929 Rubio, Rodrigo



INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES «DON JUAN MANUEL»  
DIPUTACIÓN DE ALBACETE  
MIEMBRO DE LA CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE ESTUDIOS LOCALES. CSIC.

Las opiniones, hechos o datos consignados en esta obra son de la exclusiva  
responsabilidad del autor.

Autor: Manuel Cifo González

Edita: Instituto de Estudios Albacetenses «Don Juan Manuel»

Maquetación: Ángela Herreros

Imagen de portada: Freepik

Impresión: Herso Ediciones

D.L. AB 389-2023

ISBN 978-84-18165-82-5 (o.c.)

ISBN 978-84-18165-86-3 (v. 2)

ISBN 978-84-18165-87-0 (v. 2, Libro digital)

DOI: <http://doi.org/10.37927/978-84-18165-87-0>

**DE MONTALVOS A MONSALVE:  
REALIDAD Y FICCIÓN  
EN LA LITERATURA DE RODRIGO RUBIO**

**VOLUMEN II**



A Rodrigo Rubio, *in memoriam*

A mis padres, coetáneos suyos



*Manuel Cifo González*

# ÍNDICE

## VOLUMEN I

<b>PREÁMBULO</b>	<b>15</b>
<b>I. VIDA Y OBRA DE RODRIGO RUBIO</b>	<b>27</b>
1.1. Biografía	27
1.2. Obra literaria	61
1.2.1. Novela	63
1.2.2. Cuento	64
1.2.3. Ensayo	67
1.2.4. Traducciones y antologías	68
1.2.5. Otras publicaciones	69
1.3. Premios literarios	70
<b>II. RODRIGO RUBIO Y LA NOVELA DE POSGUERRA</b>	<b>73</b>
2.1. Introducción	73
2.2. La novela social	81
2.3. Rodrigo Rubio, novelista testimonial y social	86
2.4. Temas principales	108
2.4.1. La abulia	109
2.4.2. El campo	118
2.4.3. La emigración	128
2.4.4. El obrero y el empleado	140
2.4.5. La guerra y sus consecuencias	146

2.4.6. La enfermedad, el dolor y la muerte	159
2.4.7. La soledad y la tristeza	167
2.4.8. Dios	173
<b>III. LA LITERATURA DEL MUNDO PERDIDO</b>	<b>184</b>
3.1. <i>Un mundo a cuestas</i> (1963)	184
3.2. <i>La feria</i> (1968)	213
3.3. <i>Agonizante sol</i> (1972)	232
3.4. <i>El gramófono</i> (1974)	249
3.5. <i>Palabras muertas sobre el polvo</i> (1967)	269
3.6. Otros relatos: “La nube” (1966), “Las paredes lloran en silencio” (1969), “Penúltimo invierno” (1972), “Un poco de paciencia” (1976) y “La calefacción del carro de mi padre” (1978).	300
<b>IV. LA LITERATURA TESTIMONIAL Y SOCIAL: LA NOVELA</b>	<b>318</b>
4.1. <i>La tristeza también muere</i> (1963)	318
4.2. <i>Equipaje de amor para la tierra</i> (1965)	338
4.3. <i>El incendio</i> (1965)	362
4.4. <i>La espera</i> (1967)	377
4.5. <i>La sotana</i> (1968)	397
4.6. <i>Oración en otoño</i> (1970)	421
4.7. <i>Álbum de posguerra</i> (1977)	441
<b>V. LA LITERATURA TESTIMONIAL Y SOCIAL: EL ENSAYO</b>	<b>464</b>
5.1. <i>El Papa Bueno y los enfermos</i> (1963)	464

5.2. <i>La deshumanización del campo</i> (1966)	473
5.3. <i>Narrativa española, 1940-1970</i> (1970)	489
5.4. <i>Radiografía de una sociedad promocionada</i> (1970)	505
5.5. <i>Minusválidos</i> (1971)	523
5.6. <i>Crónicas de nuestro tiempo</i> (1972)	537
5.7. <i>España no hay más que una</i> (1973)	557

## VOLUMEN II

5.8. <i>Crónicas de andar y ver España</i> (1973)	593
5.9. <i>Francisco Lozano</i> (1973)	611
5.10. <i>Albacete, tierras y pueblos</i> (1983)	620
5.11. <i>Lo que el tiempo se llevó</i> (2004)	635

## VI. LA ETAPA EXPERIMENTAL **650**

6.1. <i>El regicida</i> (1969)	650
6.2. <i>Papeles amarillos en el arca</i> (1969)	681
6.3. Otros relatos: “Piedras de colores” (1972), “Vida y muerte de una extraña flor” (1975), “Una rosa pálida y perfumada” (1986) y <i>Tallo de sangre</i> (1989)	722
6.4. <i>Cuarteto de máscaras</i> (1976)	740
6.5. <i>La silla de oro</i> (1978)	771

## VII. LA LITERATURA DE LOS MUNDOS PROPIOS **793**

7.1. <i>Cayetana de Goya</i> (1979)	793
-------------------------------------	-----

7.2. <i>Memoria de pecado</i> (1979)	816
7.3. <i>Banco de niebla</i> (1985)	845
7.4. <i>Un camino de rosas</i> (1992)	860
7.5. <i>Fábula del tiempo maldito</i> (1997)	880
7.6. <i>Al filo de la vida</i> (1998)	907
7.7. Cinco cuentos con el tren al fondo: “Un ritmo para el recuerdo” (1980), “Sal amarga” (1980), “Los otros viajes” (1985), “Retraso providencial” (1987) y “La oruga metálica” (1988)	924
7.8. Seis relatos sobre la crisis socio-económica de los años 80: “Un padre de hoy”, “Jóvenes sin brújula”, “Mendigos”, “La verbena”, “Morir en el lavabo” y “Carta al hijo” (1985)	942
7.9. Dos relatos sobre el mundo perdido: “Las amapolas” y “Un verano sin mar” (1987)	953
7.10. La Hucha de Oro: “Aproximación a la tristeza” (1988) y “Área de servicio” (1990)	960
7.11. La literatura infantil y juvenil	968
7.11.1. “Ventanas azules” (1981)	973
7.11.2. <i>La puerta</i> (1989)	978
7.11.3. <i>Los sueños de Bruno</i> (1990)	987
7.11.4. <i>El amigo Dwunga</i> (1992)	996
7.12. <i>La ruta de las luciérnagas</i> (2000)	1005
7.13. <i>Las enfermizas obsesiones de Paulino Marqués</i> (2001)	1019
7.14. El momento de la despedida	1031
7.14.1. Dos relatos de temática religiosa: “La primera víctima del terrorismo” (2004) y “¿Amar a Dios o temer a Dios?” (2005)	1032

7.14.2. Un relato de temática política: “Sujeto del ramal” (2005)	1035
7.14.3. <i>El Señor del látigo</i> (2006)	1037
7.14.4. <i>Reflexiones. Confesiones antes de morir</i> (2007)	1066
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>1097</b>
<b>APÉNDICE. EDICIONES DE RODRIGO RUBIO UTILIZADAS EN ESTE TRABAJO</b>	<b>1106</b>
1.1. Novela	1106
1.2. Cuento	1107
1.3. Ensayo	1109
1.4. Artículos, conferencias y otros	1110
<b>ÍNDICE ONOMÁSTICO</b>	<b>1112</b>

*Manuel Cifo González*

### 5.8. *Crónicas de andar y ver España* (1973)

Siguiendo el ejemplo de escritores tan admirados por él como Azorín y Unamuno, Rodrigo Rubio recoge en este libro una serie de crónicas viajeras publicadas con anterioridad, y en su mayoría, en las páginas de huecograbado del diario *Ya*. El autor, que quería dar a esas crónicas una vida literaria algo más duradera, decidió convertirlas en un libro, publicado en marzo de 1973, en el que resultan muy evidentes dos aficiones suyas: la del viaje en sí mismo y, más tarde, la de escribir recreando esos viajes.

El escritor albaceteño confiesa que, para él, el viaje era más una pasión que una afición; porque, recorriendo los caminos de nuestro país, siempre encuentra algo sorprendente y nuevo. De ahí que tome prestada una afirmación hecha por el doctor Marañón para asegurar que, también en su caso, su recreo y su mayor placer es viajar por España en automóvil, especialmente por la España más oculta, la más ignorada por la mayor parte de los españoles que viajan. A continuación, trata de plasmar esas magníficas experiencias en las páginas de un periódico o una revista.

Aunque reconoce que le hubiera gustado escribir esas crónicas con más calma, con más reposo y con mayores calidades literarias, y que la visión plasmada en el libro, en general, es incompleta y puede ser tachada de subjetiva, lo cierto es que está hecha con la ilusión de poder despertar en los lectores el deseo de ir hacia esas tierras, pueblos y ciudades que él retrata. “Si tal cosa sucediera, el viajero-cronista, autor de este libro, servidor de ustedes, podría darse por satisfecho”.<sup>824</sup>

En efecto, hemos de coincidir con Rodrigo Rubio en el hecho de que algunas de sus aportaciones son incompletas y en exceso subjetivas. A veces, se trata de unas simples pinceladas de carácter eminentemente impresionista, centradas en algún detalle anecdótico o que ha llamado su atención, como corresponde a un escritor tan aficionado a la pintura como él. Pero, por lo general, y cuando se trata de lugares en los que su mirada de cronista-viajero se ha fijado con mayor detenimiento, hay que reconocerle su voluntad de ser objetivo y de dar a conocer todos aquellos datos de tipo histórico, geográfico, gastronómico y cultural más

---

824 Rubio, *Crónicas de andar y ver España*, 8.



representativos de esos lugares. En tal sentido, son muchas las referencias a escritores, pintores y artistas conocidos por él, aunque estén hechas con la lógica brevedad, dado que el autor trata de recoger en un volumen de doscientas setenta páginas las crónicas de sus distintos viajes por España. De ahí la consiguiente condensación de contenidos y de estilo.

### **Valencia: montes, huerta y mar**

Bajo este epígrafe figuran ocho capítulos del libro dedicados a unas tierras que el escritor conoce muy bien, por haberlas recorrido en numerosas ocasiones, tanto durante los años de su estancia en Valencia, como en años posteriores, cuando ya se había afincado en Madrid. Él, como muchos otros viajeros, puede hablar de las excelencias de todo el litoral valenciano —el Saler, la Albufera, Cullera, Gandía, Puebla de Farnals, Sagunto, etc.—, cuyas playas eran objeto de deseo de buena parte del turismo nacional y extranjero. Y también puede hablarnos de las desconocidas tierras valencianas del interior —Náquera, Serra, Liria, Chelva o Rincón de Ademuz—, algunas de las cuales ha visitado durante sus viajes de vacaciones, acompañado, en ocasiones, por otro gran aficionado a los viajes, el escritor José Soler Carnicer, “hombre que conoce palmo a palmo todo el reino de Valencia; que ha escrito muchas crónicas de sus viajes y que ha tenido el acierto de publicar, en dos volúmenes titulados *Rutas valencianas*, las mejores de esas crónicas”<sup>825</sup>

Algo que Rodrigo Rubio quiere dejar claro desde el principio es que el paso del tiempo no siempre ha jugado a favor de algunas de esas localidades por él visitadas. Así, por ejemplo, en el caso de los llamados Poblados Marítimos, como pueden ser el Cabañal y la Malvarrosa, la actividad marinera y pescadora de tiempos pasados había ido desapareciendo en beneficio de las fábricas y los astilleros. Es decir, esas poblaciones han perdido buena parte de su fisonomía tradicional, hasta el punto de que, “si Blasco Ibáñez apareciera, pluma en ristre, quizá no encontrase motivos para repetir una narración como *Flor de mayo*”<sup>826</sup>

---

825 *Ibíd.*, 12.

826 *Ibíd.*, 15.

En los años setenta, esos poblados de pescadores estaban faltos de urbanización, limpieza, estímulo y presupuestos para poder seguir atrayendo a los veraneantes que habían acudido a sus playas en las primeras décadas del siglo XX, cuando eran fuente de inspiración para toda clase de artistas:

Eran los comienzos del siglo, los años diez, luego los años veinte. Blasco Ibáñez, el incansable periodista y escritor (y político cuando se le ponía mal genio, que era a menudo), por aquí daba sus paseos, por aquí escudriñaba el mar, buscando leyendas, intentando la caza de personajes. De aquí le nacieron aquellos tipos rudos y vengativos de *Flor de mayo*. Por aquí escribió, paseó y vegetó. Por estos mismos lugares, los ojos de don Joaquín Sorolla se llenaron de esa intensa luz que dejó, como estampada, en sus cuadros. Pescadores, mar, gentes, que irían a sus lienzos, como reventados de colorido. Por aquí, otros artistas, como Benlliure, como Pinazo, se llenaron de azul, de brisa, para que su obra tuviera vida y frescor.<sup>827</sup>

Como se puede apreciar en el texto anterior, en sus viajes por los pueblos valencianos, el autor va saboreando los diversos paisajes y ambientes marineros, campesinos o huertanos, y lo hace con ese tono un tanto nostálgico, tan habitual en él, que le lleva a contraponer las imágenes de los años setenta con aquellas otras estampas más intimistas, emotivas y tradicionales de tiempos pretéritos.

Eso es lo que ocurre, por ejemplo, con la industria de la horchata en la localidad de Alboraya. Una industria secular, heredada de abuelos y padres, que en un tiempo fue auténticamente casera y que hoy, a pesar de la incorporación de maquinaria moderna, sigue funcionando con fórmulas y costumbres antiguas.

Otra de las localidades cuya importancia quiere resaltar es Manises, una ciudad histórica y laboriosa, que en esos años contaba con unas doscientas fábricas dedicadas a la industria de la cerámica.

---

827 *Ibíd.*, 16.

Esta ciudad, que siempre fue conocida en todo el mundo por sus famosos azulejos, abastecía por entonces un amplio mercado nacional e internacional:

Desde la vajilla o la perola de barro, sin pintar, que es solicitada desde los Estados Unidos, hasta los paneles o zócalos de azulejos que se llevan a los Países Bajos para adornar y decorar restaurantes; desde el clásico jarrón multicolor y barroco, hasta el amplio plato de tonos clásicos y sólidos que se cuelga en la pared. Manises, ahora, es una ciudad industriosa, que labora a ritmo vivo.<sup>828</sup>

Pero, por debajo de esa imagen tan conocida y comercial, hay otra que solo algunos conocen, como es el caso de Rodrigo Rubio. Es la figura del artesano que sigue una tradición artística de siglos y que permanece casi escondido en los antiguos alfares, amasando su barro y cociéndolo en viejos hornos romanos o musulmanes.

También conoce el autor la historia real de la cerámica, que empezó a producirse en la vecina ciudad de Paterna, en donde hubo importantes alfares romanos que dieron luz a una cerámica de tonos verdes, bastante parecida a la de Teruel. Pero, a medida que iba muriendo la industria cerámica de Paterna, iba creciendo la de Manises, hasta llegar un momento, ya en el siglo XV, en que la nobleza, los grandes señores, los altos dignatarios de la política, de la economía y de la Iglesia empezaron a conocer las maravillas que se hacían en el pueblo valenciano.

Tras elaborar una larga lista de ceramistas famosos a lo largo de los tiempos, el escritor se detiene en la figura que considera más representativa e ilustre de esa cerámica popular, la de José Gimeno, muerto hacía poco tiempo, pero cuya tradicional forma de trabajar continuaba viva en la persona de su hijo Vicente. Gracias a la mediación de Emilio Granero Sancho, decorador, escritor y amigo de Rubio, este consiguió entrar en el taller de Vicente Gimeno, una vieja y clásica

---

828 *Ibíd.*, 27.

alfarería, casi convertida en museo, en donde se mantenía una tradición de siglos, que el escritor albaceteño describe en estos términos:

Aquí se hace ahora una cerámica exactamente igual que la del siglo XVIII. Azulejos, mosaicos con el parco, el sobrio colorido de aquellas épocas; verdes, senas, óxidos, azul cobalto... Los artesonados —las losas para artesonados— son bellas por su sobriedad, incluso por su monocolor muchas de ellas. Los zócalos llevan la gama de colores algo más alegre. Los dibujos representan escenas campestres, rurales, o vemos animales domésticos, o manjares que parecen como a punto para ser comidos. Hay azulejos con figuras de la Edad Media, caballeros o plebeyos, hombres de ayer, con sus calzones ajustados, con sus chaquetillas voladas y su montera. En los jarrones vemos, a veces, una aproximación a estilos de otras latitudes; pero, en conjunto, esta cerámica sigue el camino de un quehacer artesano primitivo.<sup>829</sup>

A continuación, el cronista-viajero se dirige a la zona de El Saler, siguiendo la carretera antigua entre Valencia y Cullera, que discurre entre verdes arrozales, acequias de riego y alquerías y barracas. Unos lugares que el autor considera de una belleza singular y que le resultan especialmente queridos.

El Saler, punto de máxima atracción por su Dehesa, es un lugar de hermosos y olorosos pinares y de playas de finísima arena, convertido en una zona de atracción turística. He ahí el problema: una zona que parecía salvaje, intocable, ha visto cómo la maquinaria del progreso se ha ido abriendo paso hasta llegar a convertir la zona de la Dehesa en una de las zonas residenciales más solicitadas por turistas y veraneantes. Y el escritor comenta, no sin cierto dolor, cómo entre los pinos van surgiendo amplias avenidas y cómo junto al mar se construyen amplios paseos para automóviles y peatones.

Es el avance imparable e inexorable del progreso, el cual pondrá fin a una naturaleza virgen, con campos de arroz, acequias, canales y

---

829 *Ibíd.*, 32-33.

pinos, para dar paso a hoteles, restaurantes, piscinas, campos de golf. Todo ello en medio de la lógica polémica, en la que el ensayista trata de buscar el justo punto medio, no siempre fácil de encontrar cuando las posturas se encuentran muy enfrentadas o enconadas:

La zona es hermosa, con una paisaje único, pues esta tierra, con el lago, con el verdor de los cultivos, con la extensa pinada y sus buenas playas de arena finísima, reúne todo lo apetecible para mejorarla, para convertirla casi en un paraíso, y quizá sin destrozar lo que la Naturaleza puso en pie por sí misma. Si no “recortan” el lago, si la pinada se respeta al máximo, las zonas urbanizadas quizá queden como algo que esa misma tierra necesitaba, pues también era una lástima que tanta hermosura quedara solamente para las aves migratorias y para los avispados conejos que trotan por entre pimpollos y matojos.<sup>830</sup>

### **Por tierras de Levante y Andalucía**

A este nuevo recorrido le dedica Rodrigo Rubio once apartados, que se abren con una alusión a su querido maestro Azorín, quien afirmaba que las montañas de Levante le gustaban más que las del norte, las cuales, vistas de lejos, le parecían algo tenebrosas. Y Rubio, que comparte esa afirmación azoriniana, escribe que las montañas de Levante, en la lejanía, son como limpias telas azules, telas rasgadas o tules. Pero, claro, hay que tener en cuenta que él, como el levantino Azorín, es un enamorado de todas las tierras del interior del Levante español, de esos pequeños pueblos alicantinos de costa adentro:

Pueblos chicos, blancos, amontonados en lo alto de un cerro y como abrazándose sus casas —el campanario siempre en medio— en el fondo de un estrecho valle [...] Pueblos con fuentes, con algún diminuto regatillo que baja de unos pelados riscos. Pueblos como dormidos, con el eco de su campana, en las mañanas tibias con el ir pausado de sus gentes, de sus mujeres enlutadas, esas mujeres tan bien

---

830 *Ibíd.*, 37.

retratadas por Gabriel Miró, y por esos hombres de ropas, asimismo, negras, esos hombres que se sientan al sol, que muchos tienen ahora sus hijos en Francia, Bélgica o Alemania; hombres y mujeres que aún, al ir a la casa de su vecino, dicen, antes de cruzar el umbral: “Ave María Purísima”, tan tradicional, tan cristianamente como sus antepasados, los que fueron moriscos o judíos conversos, o como los que siempre rezaron a Jesús, el Salvador.<sup>831</sup>

En un rápido vistazo a la Costa Blanca, se encuentra con Benidorm, pueblo transformado en lugar de rascacielos y de playas abarrotadas, de tiendas, cafeterías, hoteles y restaurantes por los que transita un auténtico hormiguero humano, y de cuyos cambios iniciales ya se extrañaba Gabriel Miró en su obra *Años y leguas*. Por eso se pregunta Rubio qué diría ahora el fino prosista alicantino, si levantara la cabeza, y qué diría su andariego y meticuloso Sigüenza, para quien Benidorm era un pueblo sumergido entre perfectos azules mediterráneos.

En cambio, al escritor albaceteño le gustan otras poblaciones como Denia, con la sombra del Mongó sobre el pueblo blanco; Jávea, donde el mar parece más azul y las casas más blancas; Moraira, con sus uvas moscatel, sus barcas de pesca y sus habitantes tan hospitalarios; el puertecillo de Calpe; la blanca y extensa Altea, que inspirara al pintor Benjamín Palencia y al escritor José María Gironella; la rubia y trabajadora Villajoyosa, e incluso la salada y más africana Santa Pola. Y “la Alicante cosmopolita, apretada, casi caída desde las alturas de Santa Bárbara, hacia la famosa Explanada, con mármoles jaspeados y palmeras desmayadas”.<sup>832</sup> O la industriosa ciudad de Elche, que proporcionó trabajo y una vida mejor a tantos inmigrantes manchegos, de la Andalucía oriental y de la seca Murcia.

Un capítulo entero dedica a la población de Torrevieja, de la que afirma que lo había engañado la primera vez que la vio, cuando llegó a ella en un atardecer de primavera e hizo noche en un hotel de playa, para salir al día siguiente, muy temprano, hacia el Mar Menor. Ahora, tras una estancia que ha abarcado la casi totalidad de sus vacaciones, afirma

---

831 *Ibíd.*, 50.

832 *Ibíd.*, 54.

que Torrevieja ha sido otra para él. Ahora es cuando ha descubierto esa ciudad a la que su conocido eslogan —“blanca de sal y morena de soles”— le viene como anillo al dedo, pues su sol es limpio y generoso y su luz brilla sobre el agua del mar y de la laguna salada.

Porque ocurre que, en esos años setenta, Torrevieja todavía era una población de salineros y pescadores que, como bien indica Rubio, tenía algo que relajaba, que aplanaba. Esa Torrevieja que él conoció a fondo gracias a la gentileza de un amigo, el librero albacetense José Herreros, quien le cedía su casa frente a la playa del Cura. Desde sus ventanales contemplaba un mar liso, calmado y atrayente, con unas barcas que parecían quietas, mientras sus pescadores buscaban sardinas, boquerones, bozas o salmonetes.

Una Torrevieja a la que, al cabo de los años, volvería Rodrigo Rubio en varias ocasiones, algunas de ellas para pasear por la playa de la Mata con el autor de este trabajo y, después, degustar un exquisito arroz mirando al mar, desde la terraza de un restaurante cuyo dueño era un paisano nuestro. Esa misma Torrevieja en la que acabaría comprándose un apartamento, cerca de la playa del Acequión, en la salida hacia Crevillente.

La siguiente estación en su periplo por tierras alicantinas es Orihuela, “la capital del antiguo reino de Tadmir (Teodomiro), a la que también los visigodos llamaron Aurariola; Orihuela, la Orcelis de Abderramán, o la Herguela ya en la Reconquista, o la Oriola de don Fernando, o si quieren la Oleza literaria de Gabriel Miró.” Orihuela es ciudad de la provincia de Alicante; pero, como bien observa el viajero, es allí donde empieza Murcia, pues “Murcia está ahí, y aquí, si queremos, el eco de su campo, de su vida, de su humedad e incluso, secanos arriba, de su sed. Pero lo sabemos todo, y nadie lo discute ya.”<sup>833</sup>

Según Rubio, cada calleja de su centro urbano constituye una sorpresa para quien se adentra en ella. Allí los testimonios de una vieja ciudad cristiana, las huellas de la judería, los recuerdos de los moriscos conversos. Una Orihuela poblada de iglesias, palacetes y conventos; de arte sacro y de imágenes del escultor Francisco Salzillo; con sus museos,

---

833 *Ibíd.*, 61.

su Universidad Literaria, su Seminario Diocesano y su casino. La Orihuela, en fin, de Miguel Hernández, de los hermanos Sijé y de Gabriel Miró, con *El obispo leproso* y *Nuestro Padre San Daniel*:

Y nosotros, ahora, como queriendo encontrar también el tiempo difícil de Miguel Hernández, un olor a cebolla cocida, unas casas de paredes blancas, unos campesinos, montaña arriba, con un hatillo de cabras, entre chumberas y pitas, la huerta como en poder de manos que no ceden.<sup>834</sup>

Murcia es, para Rodrigo Rubio, una tierra de contrastes, por ser zona fronteriza entre la geografía valenciana y la andaluza. De ahí esa entidad propia del sureste español, formado por Murcia y parte de las provincias de Alicante y Almería. Pero, como también pone de relieve el ensayista, en Murcia hay una zona de rica y verde huerta y otra zona más áspera y seca en sus límites con las provincias de Albacete y Granada.

De esas tierras altas recuerda a Moratalla; a Caravaca de la Cruz, el pueblo de su gran amigo, el novelista Gregorio Javier; a Calasparra y su famoso arroz; a Cehegín y Bullas, y, en general, a sus gentes, que “son enjutas, serias, tenaces para el continuo laboreo de una tierra que en su mayor extensión es áspera y seca”.<sup>835</sup>

Tierras abajo, se detiene en Jumilla, en la Yecla que conociera gracias a las novelas de Castillo-Puche, en Totana o en Lorca, la cuna del escritor Castillo-Navarro. Y, así, recorriendo localidades como Aljucer, Zeneta, Beniel o La Ñora, llega hasta la capital de la región y pasea por sus calles, visita su catedral y descubre la esencia de la escultura de Salzillo, el mago de la imaginación, quien supo captar como nadie la idiosincrasia de las gentes murcianas:

---

834 *Ibíd.*, 62.

835 *Ibíd.*, 66.



Lo que él hizo estaba en esos campos próximos, en estas callejuelas, en esos paseos —como el del Malecón—, pues por todas estas partes puede verse el rostro alegre de un niño —apunte para un ángel—, el hombre serio y enlutado —apunte para un santo penitente—, así como la mujer que ha sudado su dolor o su esfuerzo —apunte para una santa que llora lágrimas de madera...<sup>836</sup>

Por tierras de Almería se dirige hacia Granada, atravesando ciudades como Baza o Guadix. En Granada disfruta de su Alhambra, su Generalife, su catedral, su hermosa Universidad y su Sierra Nevada. Esa Granada que con color de piedra supo retratar la pintora Susana Rodrigo y esa otra Granada de los romances de García Lorca y de los escritos de Antonina Rodrigo.

La Costa del Sol es, según Rubio, un lugar para turistas ricos, que pueden costearse hoteles de lujo, hermosas residencias y buenos chalets. Otros turistas, en cambio, prefieren dirigirse hacia los blancos pueblos del interior para comprar viejas casas que rehabilitar, formando así colonias de extranjeros, especialmente ingleses.

Casi sin detenerse, pasa por Málaga, Torremolinos y Fuengirola hasta llegar a Marbella —en donde en esos años encuentra algo más de calma, serenidad y equilibrio que en otras poblaciones vecinas— y Estepona. Desde allí, muy cerca ya, las tierras de Cádiz, más quietas y amplias, con campos vallados y reses bravas cerca de la carretera.

Antes de llegar a la capital gaditana, visita La Línea de la Concepción, Algeciras —el andén para pasar al continente vecino— y Tarifa. Y, por fin, Cádiz, la que dicen es la ciudad más antigua de Occidente, que bien merece gastar las suelas de los zapatos contemplando sus múltiples encantos:

En Cádiz uno se deja, además de buenos amigos, un hermoso Museo de Bellas Artes, un gran Museo Arqueológico, otro Museo

---

836 *Ibíd.*, 71.

Histórico y varias iglesias que merecen su atención. Pero en Cádiz se deja ese conjunto único por su emplazamiento mismo, porque es ciudad-barco, ciudad abierta a los mundos, ciudad que no tiene campo —allí mismo— y que tierra adentro es también geografía de mostos y panes. En Cádiz dejamos un pedazo de España que parece romper horizontes, mar adelante, como señal inequívoca de los antiguos crecimientos hispanos.<sup>837</sup>

Caminando hacia Sevilla y Córdoba, el viajero Rubio se encuentra con San Fernando, Puerto Real, el Puerto de Santa María, Jerez y Arcos de la Frontera. En Arcos, al llegar la noche, habla de literatura hecha verso y de crónicas viajeras con el poeta Antonio Murciano, el hermano casi inseparable de Carlos.

Una de las cosas que más le llaman la atención al encontrarse con la Sevilla de pasado y de presente gloriosos es el hecho de que el progreso parece ir demasiado lejos, amenazando muy seriamente barrios históricos y céntricos, como el de Santa Cruz. Porque lamentablemente, como apunta Rodrigo Rubio, los lugares de privilegio, en las grandes ciudades, viven bajo una continua amenaza: la de la piqueta, para dar paso a nuevas edificaciones. Algo que también ocurre con el barrio de la Judería, en la vecina Córdoba. De ahí la petición realizada por el escritor a los responsables del urbanismo en esas dos grandes y monumentales ciudades:

Tienen que ser fuertes los que ordenan, los que hacen y deshacen; no deben pensar en lo que valdrían todas esas casas simplemente como solares. Sé que no ocurrirá la catástrofe, pero he visto casas demolidas, y ya las nuevas serán distintas; todo puede ser distinto ya, y si estas hermosas ciudades conservan muy bien sus museos, sus catedrales y sus iglesias todas, en donde se paga por ver los tesoros artísticos, ¿por qué no han de conservar, pensando en el arte y en la historia, estos conjuntos urbanos, los cuales pueden contemplarse

---

837 *Ibíd.*, 86.

sin pagar esas molestas pesetas que nos dejamos en todas las catedrales y museos?<sup>838</sup>

### **Por el Aragón viejo e histórico**

En primavera, el escritor se desplaza hacia tierras aragonesas y contempla a lo lejos el Moncayo, casi siempre con nieve en su cumbre, como si fuese un gigantesco turbante moruno.

Una parada obligatoria ha de ser el Monasterio de Veruela, lugar que ha visitado en varias ocasiones, dejándose sorprender por el arte, la paz y las seculares piedras del viejo monasterio cisterciense, contra las que choca el viento chillón de las noches. Un viento que él pudo escuchar desde una celda vecina “a la que, en época lejana, habitara el melancólico y enfermizo Gustavo Adolfo Bécquer [...], enfebrecido por su dolencia, triste por su melancolía, obsesionado por las brujas de las que nos habla en aquellas *Cartas* escritas desde su celda”<sup>839</sup>.

Una vez más se acerca hasta esa Zaragoza industriosa e industrial, alegre y abierta. En esta ocasión, se trata de una corta y rápida estancia de trabajo, para impartir una charla a un público amable y, después, disfrutar de una cena y una conversación con amigos como su compañero de pluma Santiago Lorén, hombre dedicado a la literatura, la medicina y el periodismo, que sabe obsequiar con buenos vinos y poblada despena a sus amigos y visitantes.

Saliendo de Zaragoza por tierras de labrantío, nos metemos en la llanura de los Monegros hasta llegar a Huesca, en cuyas calles se aprecia la antigüedad de su historia, labrada, entre otros, por los ilergetes, los cartagineses y los romanos. Allí contempla la belleza de sus edificios y degusta las excelencias de su cocina montañesa, siempre con el disfrute de la buena compañía:

---

838 *Ibíd.*, 90.

839 *Ibíd.*, 97.

Este lugar, como otros de mayor trascendencia, lo descubrió para mí el compañero Félix Ferrer, al que no le estaré bastante agradecido, ya que luego de aprender algo de historia, saber cosas de arte y hablar sobre novela española, bien valía la pena contemplar el hogar al rojo vivo, y allí, sobre las parrillas, las olorosas longanizas, que regaríamos con el recio vino de aquellas latitudes.<sup>840</sup>

Otras localidades visitadas son Caspe, la hermosa e histórica ciudad del Gran Consejo de Estado que diera paso al famoso Compromiso para que fuera proclamado rey de Aragón Fernando I, el de Antequera, en junio de 1412; Alcañiz, ciudad importante del antiguo reino de Aragón y lugar avanzado hacia el Mediterráneo, con su Plaza de España, su antiguo castillo hoy reconvertido en hostel de turismo y su célebres tambores de Semana Santa, y, por fin, Morella, a la que califica como un grandioso regalo para la vista, pues, aunque no tuviera su viejísimo castillo y su basílica de Santa María la Mayor, “todas sus viejas casas, las fachadas blancas y las fachadas de piedra, sus escudos, sus portones, sus soportales, etc., son arte y son historia.”<sup>841</sup>

### **Tierras y pueblos de Albacete**

Como era lógico pensar, y como aclara el propio autor, las que deberían ser simples impresiones y crónicas periodísticas van a estar impregnadas de los recuerdos, de las vivencias y de los sentimientos que, si es cierto que en él nunca habían muerto, ahora se reaniman con intensidad y viveza:

Albacete, capital de la provincia donde nací, tiene para mí recuerdos de niñez, recuerdos de viajes en carro desde el pueblo, Montalvos; recuerdos de viajes buenos y de viajes malos. Visitas a clínicas (a aquella vieja clínica, junto al Parque, del doctor don Arturo Cortés, hombre que tanto trató mis enfermedades de niño anémico y

---

840 *Ibíd.*, 105.

841 *Ibíd.*, 116.

reumático); visitas a notarios, a abogados, a sastres. Visitas también a los viejos amigos que mi padre tenía en la capital, a los que siempre obsequiábamos con productos caseros: queso, jamón, pollos, el fuerte y bien entonado vinillo blanco...<sup>842</sup>

Son los viajes a la capital, la antigua aldea morisca llamada Al-Basit, la ciudad a cuyas posadas acudían los tratantes de mulos, los vendedores de trillas, los aldeanos de la llanura, los vinateros de Villarrobledo y La Roda, y los cómicos de la legua. Esas viejas posadas, cantadas por Azorín, que van desapareciendo con la llegada de la modernidad y de los nuevos y confortables hoteles.

Nuevos tiempos que han ido afectando, también, a toda una provincia que ha visto cómo muchas de sus gentes emigraban a Valencia, Cataluña y al extranjero, en busca de un trabajo y de una vida más propios de los ritmos que imponen los nuevos tiempos. Poco queda ya de aquel mundo antiguo de sus recuerdos de la infancia. Aquel es un mundo perdido, casi extinguido, que él sigue buscando, en ocasiones con la compañía de buenos y nostálgicos amigos:

Sí, por las tierras de Barrax, de La Roda, de La Gineta, de Montalvos... Por aquí hemos andado recientemente Benjamín Palencia y yo, casi con miedo de acercarnos a nuestros respectivos pueblos, porque en estos lugares el afecto te lo demuestran a base de chuletas asadas en los sarmientos y con el vino más viejo y mimado. Por aquí el pintor ha buscado de nuevo esa incomparable luz que él lleva para siempre en sus retinas, en esos ojos que parpadean y se achican como si la luz de referencia se le hubiera almacenado, para resplandor y viveza de sus lienzos, bajo los párpados de rojizas pestañas.<sup>843</sup>

Recorre, una vez más, localidades como Chinchilla, Jorquera, Almansa, las cuevas de Alpera, Caudete, Hellín, Tobarra, Alcalá del

---

842 *Ibíd.*, 121-122.

843 *Ibíd.*, 127.

Júcar, etc. Y se acerca hasta la sierra de Alcaraz, esa gran desconocida. Allí se encuentran lugares tan hermosos y pintorescos, que deberían ser filmados a todo color, como es el caso de Aýna, Lietor, Elche de la Sierra, Paterna del Madera, Riopar, Férez, Socovos y Nerpio, entre otros. Tierras que, según Rubio, son un auténtico regalo para quienes las visitan. Tierras y gentes que tienen mucho de murcianas, de huertas en donde florecen los manzanos, los perales y los melocotoneros.

Y, como final de este periplo por tierras albaceteñas, la vieja e histórica ciudad de Alcaraz, siempre como huidiza y tímida, como un viejo león dormido y sin fuerzas. Una ciudad que guarda reliquias históricas, piedras nobles y una plaza que es pura sinfonía arquitectónica y que con justicia fue declarada monumento nacional.

### **Viajando por la ancha Castilla**

El autor confiesa que, como él, son muchísimos los habitantes de Madrid que tienen una necesidad imperiosa de ver y pisar el campo, durante los fines de semana o los periodos vacacionales. Aunque, para evitar los interminables y desesperantes atascos de los sábados y domingos, él prefiere hacer itinerarios más largos en otros momentos en los que pueda haber una menor tensión en la conducción. Y algunos de esos viajes lo llevan hasta una Castilla con ecos de tamboriles montañeses y de los cascotes de los caballos de Fernán González o Rodrigo Díaz de Vivar; a esa Castilla que tanto amó y tan bien cantó el poeta Antonio Machado, y en la que trata de conocer pueblos y gentes, “encontrar el luto de mujeres silenciosas y el laborar lento y sereno de hombres enjutos, hombres que se arrugaron como pasas, que perdieron sus dientes por la fuerza de estas aguas de altura”<sup>844</sup>

Entre los lugares visitados se encuentra el impresionante monasterio de Santo Domingo de Silos, en el que, según los expertos, el románico alcanza las más altas cotas de perfección. Allí goza de un sobrecogedor silencio, como si el tiempo se hubiese detenido para

---

844 *Ibíd.*, 14.

siempre. Un silencio solo roto, en parte, por la inigualable voz de las piedras seculares.

Burgos es el hito mayor de Castilla, en donde se hace imposible el recuento histórico y artístico. Allí el autor casi se pierde entre tanto y tanto monumento que lo atrapa con su singular belleza y con su historia. Aunque la relación sería interminable, desea resaltar la maravilla del gótico que es su catedral; el silencio, como anclado, del monasterio de las Huelgas, y la sobriedad del palacio-monasterio de Miraflores. Y, como no podía ser de otro modo, el viajero repone fuerzas con su rica y succulenta gastronomía, que calma el hambre de tanto ejercicio peripatético. Finalmente, una buena recomendación: “una sopa sabrosísima con menudencias, llamada ‘Doña Ximena’, y luego, de segundo, así como un medio corderillo lechonco que se deshacía apenas hincarle el tenedor.”<sup>845</sup>

Pero, cuidado con los excesos burgaleses, porque luego hay que ir a Soria, y allí esperan ricos jamones y embutidos. Así que habrá que reservar fuerzas y algo de dinero para hacer los honores a dichos manjares en esa Soria árida y fría que, desde lo alto, contempla la majestuosa serenidad del río Duero, tan excelentemente cantada, entre otros, por Antonio Machado y Gerardo Diego. Esa ciudad tan hermosa en su brevísima primavera y en su dorado otoño, en la que todavía resuena el grito de esa vieja Numancia que parece resistirse a morir. Una ciudad y unas tierras de las que el escritor se despide con emotivas palabras: “Soria, alta y fría, pequeña y alegre en sus fiestas; Soria, mimada por poetas melancólicos y puros. Tierras del Duero, con pueblos que muestran la piedra, casi convertida en oro, como hitos de un tiempo e insuperables láminas de arte románico...”<sup>846</sup>

### **Ir y venir en torno a Gredos**

En su recorrido por la Sierra de Gredos, además de descubrir lugares dignos de ser reseñados en sus crónicas, se encuentra con un río que se despereza, el Tormes, junto al que, gracias a una pluma maestra

---

845 *Ibíd.*, 163.

846 *Ibíd.*, 177.

que se quedó en el anonimato, “nació el *Lazarillo*, tan revoltoso y tierno, que ahí ha quedado, en las amarillas páginas de las viejas ediciones para regocijo de los que, a Dios gracias, un día empezamos a probar nuestra literatura clásica”<sup>847</sup>

El viajero se encamina hacia la serranía cacereña, entre hondas torrenteras y guijarros regados por un agua fresca y transparente. Allí, la belleza tentadora de las casas de Valverde de la Vera y las huellas del viejo emperador en el monasterio de Yuste. Después, Plasencia, encrucijada de culturas y civilizaciones —ibérica, romana, musulmana, judía y cristiana— y cruce de caminos, del que destaca la vieja ruta de la Plata, “antigua como la fe los hombres en el Apóstol Santiago, o más vieja aún, pues la trazaron los romanos para el trasiego de sus mercancías y sus bagajes guerreros”<sup>848</sup>

En Hervás, el recuerdo para Gabriel y Galán y Agustín Sánchez, el creador del “catoncito *Rayas*, mi escuela de pueblo, y aquel hombre que ideó el librito para que en España nadie fuera analfabeto”<sup>849</sup>. En Hervás, también, el encuentro con un amigo, profesor y escritor, Víctor Chamorro, autor del libro *Las Hurdes, tierra sin tierra*, que, según Rubio, es la crónica más viva y mejor documentada de cuantas él ha leído sobre esos lugares.

De camino hacia la Sierra de Béjar, una parada en el balneario de Baños de Montemayor. Tras recuperar fuerzas, hay que marchar hacia Béjar, la ciudad de los buenos paños, en el extremo sur de una provincia agrícola y ganadera. Luego, la visita a Candelario, un punto y aparte en cuanto a belleza y atracción se refiere, que, como tantos otros lugares históricos y pintorescos, corre el riesgo de ser invadido de forma exagerada por el turismo. Y, a raíz de esta especie de aviso, el autor comprende que él mismo puede estar cayendo en una especie de contradicción, por cuanto estas crónicas que escribe podrían contribuir, precisamente, a que se produjera aquello mismo que a él le gustaría evitar:

---

847 *Ibíd.*, 190.

848 *Ibíd.*, 198.

849 *Ibíd.*, 201.



No me atrevo a decir que es una lástima, porque sus nativos, que procuran promocionar el turismo en sus respectivas localidades, se enfadarían conmigo. Y yo mismo me contradeciría, puesto que las crónicas que escribo de algún modo quizás contribuyan a esa promoción, que uno hace —si la hace, nunca se sabe— sin interés de ninguna clase.<sup>850</sup>

### **La ruta de los conquistadores**

Un único capítulo dedica Rodrigo Rubio a esta zona de Extremadura, que dio gran número de adelantados y capitanes a España para la conquista del Nuevo Mundo. Es un capítulo dividido en varios breves apartados, destinados, entre otras, a las ciudades de Cáceres, la capital de la alta Extremadura, con increíble vejez en sus callejas, en sus torres y muros; Badajoz, la ciudad de los puentes, la del ancho Guadiana, y puerta de Extremadura; Jerez de los Caballeros, ciudad que fue de los Templarios y cuna de Vasco Núñez de Balboa; Zafra, localidad ganadera y de buen yantar; Mérida, la vieja, la ciudad de ensueño, maravilla romana de Octavio Augusto; Medellín, la silenciosa patria de Hernán Cortés, y Trujillo, en donde sigue vivo el tiempo viejo, que habla de sus conquistadores y descubridores: Pizarro, García de Paredes, Orellana, Nufrio de Chaves o Francisco de las Casas.

Al final de la ruta, como perfecto cierre y despedida de la misma, Guadalupe y su Monasterio de los Jerónimos, símbolo de toda esa cristiandad que cruzó los mares.

### **Un recorrido por tierras de la vecina Portugal**

Aunque el título del libro es *Crónicas de andar y ver España*, el escritor albaceteño ha querido reservar un último capítulo del mismo para las hermanas tierras de Portugal. Tal vez, una de las razones sea rendir, también, un pequeño homenaje a la figura de su admirado Miguel de Unamuno, el autor de *Por tierras de Portugal y España*, al que se refiere

---

850 *Ibíd.*, 207.

Rubio, nada más comenzar el capítulo, para recordarnos que el rector salmantino afirmaba que en las universidades lusitanas se estudiaba a Ramón y Cajal, aunque en textos traducidos al francés o al alemán, porque, según Unamuno, el portugués buscó siempre una cultura más allá de los Pirineos. En efecto, el recuerdo de don Miguel está presente en Rodrigo Rubio a lo largo y ancho de estas crónicas lusitanas:

En Guarda, primeras horas de la mañana, uno vio ese Portugal quieto y apacible, rural y humilde, soñador y como de espaldas a los ruidosos mundos, del que ya, hace sesenta años, nos había hablado don Miguel de Unamuno. Verdad es que Guarda no gustó al rector de la Universidad de Salamanca, o le gustó menos que “otro Portugal”, pero fue por estos campos del interior donde mejor vio y comprendió al pueblo luso, más quieto y “más natural” que el de las agitadas costas de Oporto y Lisboa.<sup>851</sup>

Es ese Portugal de gentes trabajadoras, fuertes y humildes; de excelentes vinos, como el llamado de Oporto, y de un insuperable café traído de las colonias de ultramar. El Portugal de Camoens, Joao de Barros, Castelo Branco, Eça de Queirós o Teixeira de Pascoaes. El de la vieja y prestigiosa universidad de Coimbra, la hermosa Leiría, el monasterio de Alcobaça —en donde reposan los restos de Inés de Castro y Pedro I—, la viejísima y gloriosa ciudad de Lisboa, la bellísima Evora y la ya fronteriza Elvas. Desde ella, el cronista-viajero se despide del país vecino con el deseo de un pronto regreso. El suyo no ha de ser un adiós, sino un hasta pronto.

### 5.9. *Francisco Lozano (1973)*

Con esta breve monografía, Rodrigo Rubio rinde un merecido homenaje a su amigo, el pintor Francisco Lozano, nacido el 19 de septiembre de 1912 en Antella, un pueblo valenciano “que se asoma a la

---

851 *Ibíd.*, 229.

exuberante y húmeda ribera del Júcar, pero que toca tierras secas, tierras de monte bajo, tierras que se encaraman un poco, como para vislumbrar concretas y sólidas perspectivas”.<sup>852</sup>

El libro se estructura en tres grandes capítulos, el primero de los cuales está dedicado al resumen de sus más relevantes datos biográficos. A este le sigue otro en el que Rodrigo Rubio analiza la importancia y los aspectos más característicos de su obra pictórica. Y en el tercero incluye un apartado destinado a aportar fragmentos de distintos críticos de arte en torno a la obra de Francisco Lozano, así como un esquema de su vida y una bibliografía básica sobre él y su obra.

### **Retrato del natural**

Opina Rodrigo Rubio que Francisco Lozano es un hombre de todo el Mediterráneo y que su pintura también es mediterránea. En tal sentido, el pintor es un hombre que se adentra y penetra en un paisaje que está a punto de estallar de luz y nos devuelve un paisaje lleno de vida: “un paisaje mediterráneo (a veces de mar, de playa o embarcadero), pero casi siempre, y sobre todo en su última época, un paisaje de semicosta; un paisaje de tierras bajas, pero no planas, no monótonas. Es un paisaje que puede parecer rígido, inmóvil, pero que aletea, se mueve, vive”.<sup>853</sup>

Porque, para el escritor albaceteño, Lozano es un hombre robusto, enérgico, con una mirada desafiante hacia la luz que le rodea, hasta que acaba dominándola, para llevarla como por arte de magia al lienzo, al cuadro que luego deslumbra a quien lo contempla.

Hecha esta especie de presentación, Rodrigo Rubio recuerda la etapa de Lozano como estudiante distinguido en el Colegio Mayor San Juan de Ribera, de Burjasot, en donde tuvo por compañeros a Laín Entralgo, López Ibor y Calvo Serer, entre otros. Y, más tarde, en la Escuela Superior de Artes de San Carlos, de Valencia, en la que también fue un alumno destacado.

---

852 Rubio, *Francisco Lozano*, 7.

853 *Ibíd.*, 8.

Al margen de la influencia de otros pintores valencianos como, por ejemplo, Sorolla, Francisco Lozano realiza una interpretación personal del paisaje mediterráneo:

Esas tierras, ese paisaje, son “suyos”, son “de él” y “para él”. Los rincones de mar son, en la retina de Lozano, pantallas por las que vemos vaciada la luz, aunque el color —incluso el de las aguas— sea a veces pálido. Por eso, pese a la ya larga andadura, podemos decir que Lozano es un pintor fiel a sí mismo y a la tierra que de algún modo descubre y “le descubre”.<sup>854</sup>

Al acabar sus estudios, Lozano obtiene una pensión del Estado para la residencia oficial de pintores en la Alhambra y, posteriormente, otra de su Colegio Mayor de Burjasot para trasladarse a Madrid, en donde, algún tiempo después, en 1939, realizará su primera exposición colectiva. Más adelante, llegaría una primera exposición, en 1942, en Valencia, y luego otras en Bilbao (1944) y Madrid (1946). Será en 1947 cuando viaje a Buenos Aires para formar parte de una muestra colectiva de Arte Español Contemporáneo.

A partir de entonces, una larga serie de exposiciones por todo el mundo, las cuales aparecen reseñadas en el apartado final del libro, dentro del esquema de su vida realizado por Rodrigo Rubio. Y, también, un buen número de premios, comenzando por el premio nacional “José Antonio Primo de Rivera”, en 1951, y, al año siguiente, la Primera Medalla Nacional.

Todo ello porque, según el ensayista, Lozano, además de buen pintor, era un buen maestro, desde su cátedra en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos. Por eso no resulta extraño ni sorprendente el hecho de que, en ese año 1973 en que escribe esta monografía, anuncie Rodrigo Rubio una próxima exposición antológica que, como merecido homenaje, se iba a celebrar en el Museo de Arte Contemporáneo de Madrid. Y, tras esa noticia añade que Francisco Lozano tiene obra en el

---

854 *Ibíd.*, 11.

Museo de Arte Contemporáneo, de Madrid; en el Museo de Bilbao; en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas; en el Museo de Bellas Artes de Valencia y en las principales colecciones españolas, de Holanda, de Francia y Norteamérica.

Opina Rubio que, en la obra del pintor valenciano hay un triángulo básico formado por la tierra, la vegetación y la luz. Un triángulo cálido y floral, que tiene como lugares de referencia la ciudad de Valencia, el paisaje costero valenciano y la playa del Saler, lugares que Rodrigo Rubio conoce muy bien, por haberlos recorrido en numerosas ocasiones, ya que, como él apunta, ese paisaje valenciano “se complementó con el mío, el manchego, para que alguna vez pudieran abrazarse, armónicamente, en mi obra literaria (y perdón por decir esto)”<sup>855</sup>

Por otra parte, señala Rodrigo Rubio la particular forma de mirar que tiene ese gran solitario de los arenales, como él lo llama. Una mirada atenta, amorosa, embelesada, hacia las cosas pequeñas, la cual lleva al escritor de Montalvos a establecer un evidente parangón con esas otras miradas tan cinematográficas de los alicantinos Azorín y Miró:

Así no es nada extraño que, como si aplicáramos una lente de aumento —y además con ojo multicolor—, las cosas aparentemente pequeñas —aquellas que vieron también por latitudes mediterráneas Gabriel Miró y Azorín— crezcan, aumenten en su contenido esencial. La mata, el arbusto, el árbol retorcido, el “casi” manojito de florecillas escapándose del mojón de arena, sean luego ese aletazo de vida, ese casi moverse y olerse que nos llega ahora desde la palpación del lienzo.<sup>856</sup>

### **El encuentro con la luz**

En el momento de comenzar el capítulo dedicado al estudio de su obra pictórica, el ensayista insiste, una vez más, en que la pintura de Francisco Lozano nace del encuentro con la luz y del dominio de esa

---

855 *Ibíd.*, 21.

856 *Ibíd.*, 24.

luz. Hasta tal punto lo considera así, que llega a afirmar que, cuando el lienzo blanco viaja con el pintor para encontrarse con el paisaje, empieza a poblarse de soles y arbustos, de arenas y mares, antes de que aquel comience a teñirlo de colores. Algo así como una especie de milagro, gracias al cual aquello que el pintor va recorriendo con su mirada, aquello que él va concibiendo mientras mira, va tomando forma en el lienzo antes incluso de que Lozano coja la paleta y los pinceles.

Después vendrá la labor artesanal mediante la cual el creador se sirve de esa naturaleza para elaborar una recreación de la misma, en un proceso que Rodrigo Rubio asemeja a un incruento combate entre el poder y el saber:

Es como si, de pronto, pintor y Naturaleza se desnudaran o calzaran guantes para un combate entre el poder y el saber. De ese duelo nacen lienzos encendidos de luz, ajustados de color: tierras y piedras, pequeños matojos que parecen crecer y rejuvenecerse, una vez sobre la tela: Naturaleza y hombre, lugar y pintor, pueden, en principio, ser antagonistas, porque el pintor acude allí donde la Naturaleza parece más hostil, menos grata. No son enemigos hombre y Naturaleza, sin embargo. Se han encontrado, y el hombre —el pintor— lucha, mientras la Naturaleza muestra el risco, el matojo, el horizonte ligeramente quebrado, como exhibiéndose díscola y rebelde.<sup>857</sup>

Ese es el gran combate con el que Lozano aprehende y transforma la naturaleza virgen que se ofrece ante sus ojos. Luego, tal vez, sea la propia naturaleza la que, una vez reflejada en el lienzo del pintor, se siente orgullosa y agradecida de la labor realizada por este, el cual ha sabido plasmar a la perfección la esencia misma de la naturaleza contemplada. De ese modo, se podría afirmar que, al igual que hacía Azorín, Lozano es un recreador de lo ya creado.

Porque, según Rubio, Lozano es, antes que nada, un enamorado de la tierra, como ese labrador —manchego o no— que la hiere a diario

---

857 *Ibíd.*, 26-27.

con su arado o con su azada, en otro combate igualmente incruento por arrancar de ella sus mejores frutos. De ahí la siguiente afirmación del escritor albaceteño:

La hiere, la rompe, pero no por el solo hecho de herir, sino, como es sabido, para refrescar y oxigenar su entraña. El pintor ama de igual forma la tierra y todo lo que la tierra es, supone y representa. Él mismo lo confiesa al decir que es pintor desde niño, y que de no haber sido pintor se hubiera dedicado a cultivar la tierra. Y creo que hay una gran sinceridad en esta declaración, puesto que Lozano es, en esencia, un hombre de la tierra, un hombre que lucha y, como el buen labrador, vence a la tierra, tomando de ella lo que cree más útil, aunque no siempre —y para otros ojos— parezca lo más destacado y hermoso.<sup>858</sup>

A renglón seguido, el ensayista manifiesta su sorpresa por el hecho de que el artista pueda ver algo nuevo en un lugar que ha recorrido cientos o miles de veces. Aunque, inmediatamente, añade que eso no es nada increíble ni sorprendente, pues la naturaleza, que siempre es la misma, nunca es igual. Una curiosa aseveración que nos hace pensar, una vez más, en esa subyacente influencia azoriniana que late de forma permanente en Rodrigo Rubio. Ignoro si él mismo era consciente de que en esa afirmación se puede rastrear, por ejemplo, un recuerdo de la particular versión de la teoría del eterno retorno hecha por Azorín en el relato “Las nubes” de su libro *Castilla*. Al igual que ocurría con aquellas nubes azorinianas, que siempre eran distintas y siempre las mismas, algo similar sucede con el paisaje contemplado y recreado por Francisco Lozano:

Lo increíble —y lo difícil— es que el artista pueda ver algo nuevo en lo que ya se ha recorrido cientos y miles de veces. Pero no es increíble ni sorprendente, porque la Naturaleza, que siempre es la misma, nunca es igual. Un paisaje, un lugar, unas casas, una calle pueden parecernos de una forma siempre, según la imagen que “ya”

---

858 *Ibíd.*, 28.

tenemos de ese paisaje, de ese lugar, de esas casas, de esa calle; pero todo puede parecernos —y ser— distinto cualquier otro día, en cualquier otro momento, bien porque nuestra sensibilidad pueda en ese día, en ese momento, encontrarse propicia, predispuesta para hallar lo inesperado, para “ver” y sentir lo que aún no habíamos descubierto.<sup>859</sup>

Ahí es donde radica el misterio, y el entusiasmo a la vez, de poder descubrir cada día algo nuevo en aquello que casi nos sabemos de memoria. De ese modo, el artista comprende, y así lo siente además, que inventar cada día es como volver a nacer. Que es necesario moverse en un mundo de sensaciones y situarse dentro de todo aquello que se desea aprehender. En seguida, surgirá la necesidad imperiosa de expresar y transformar la realidad contemplada, a través de un trabajo y de una disciplina que asemejen su labor creadora a la del narrador o el poeta. Solo así podrá nacer, como en el caso de Francisco Lozano, “una pintura ‘con voz humana’, una pintura en movimiento; es decir, una pintura alentada, con palpitación, y, sobre todo, con esencia viva y primaria.”<sup>860</sup>

Será entonces cuando descubramos que hay un Levante de Francisco Lozano, teorizado y poetizado por él, al igual que hay una Extremadura de Godofredo Ortega Muñoz, una Mancha molinera de Gregorio Prieto, y una Castilla de Benjamín Palencia, o una Castilla de Antonio Machado y de Claudio Rodríguez:

Quizá por eso, como ha escrito Castillo-Puche, “el florido Levante tiene un pintor adusto”, “el marinero Levante tiene un pintor de fantasmales barcas”, y “el huertano Levante tiene un pintor escueto y trágico”. Es decir, un pintor que ha saltado por sobre la brillantez engañosa para situarse orilla misma de la palpitación de la tierra.<sup>861</sup>

---

859 *Ibíd.*, 29.

860 *Ibíd.*, 53.

861 *Ibíd.*, 53-54. Cita Rodrigo Rubio afirmaciones hechas por José Luis Castillo-Puche en un artículo publicado en *Gaceta Ilustrada*, el 20 de marzo de 1960.



Concluye este segundo apartado del libro señalando la trayectoria efectuada por Francisco Lozano, para lo cual se sirve Rodrigo Rubio de un estudio publicado por José Camón Aznar, el 5 de abril de 1961, en el número 42 de la revista *Goya*. Así que, citando al mencionado profesor y crítico, apunta Rubio las tres etapas perceptibles en la obra del pintor valenciano:

[...] al principio, Francisco Lozano parece ser que se retrae y hay una etapa que pudiéramos llamar azoriniana, con una visión apaciguada de las formas, con sutiles gradaciones grisáceas, todo calmo y recatado. En la segunda fase destaca el color con valores sustantivos y crea unos cuadros de la más plástica delicadeza. Colores jugosos, vibrantes a veces, armoniosamente organizados en fajas melódicas. En la tercera etapa, Lozano ve las riberas mediterráneas con grandeza dramática. Es el suyo un Levante abrupto, pedregoso, en el cual dijéramos que el protagonista es la soledad.<sup>862</sup>

### **Completando la panorámica**

El tercer capítulo del ensayo dedicado a Francisco Lozano está formada por un primer apartado en el que, bajo el título de “El pintor ante la crítica”, recoge el autor sendos textos correspondientes, por este orden, a José Camón Aznar, Ramón Faraldo, José Hierro, M. Sánchez-Camargo, Luis Figuerola-Ferreti, Santiago Arbós Ballesté, Luis Trabazo, Rafael Soto Vergés, Luis Rosales, Carlos Antonio Areán, M. A. García Viñolas, Pedro Laín Entralgo, Antonio Manuel Campoy, Fernando Chueca Goitia y Gerardo Diego.

De entre todos esos testimonios, destacamos unas palabras de José Hierro en las que se pone de relieve una de las ideas que Rodrigo Rubio había venido destacando a lo largo de su monografía: la vinculación entre pintura y poesía. Dice José Hierro:

---

862 *Ibíd.*, 57.

Como hay retratos que transparentan su alma, hay paisajes con espíritu. Así éstos de Lozano. Poesía y pintura juntas, o ésta sirviendo a aquélla. Porque, como en un retrato, podemos hacer un análisis del ser en él reflejado. Pero sin olvidar que si nos llega un soplo de su alma, lo es gracias a la sabiduría pictórica que supo expresarla. (Conviene recordar qué muertos son los rostros en fotografía).<sup>863</sup>

Tras ese apartado dedicado a la crítica, sitúa Rodrigo Rubio un “Esquema de su vida”, que arranca con el año del nacimiento del pintor, 1912, y llega hasta la exposición celebrada en el Museo de Villafamés, en 1972. Un esquema en el aparecen reseñados tanto los principales datos biográficos de Francisco Lozano como todas sus exposiciones y los premios recibidos.

A continuación, y como cierre del libro, coloca una bibliografía básica y un índice de las veintiuna láminas con las que se ha ilustrado la monografía. La mayor parte de ellas corresponden a paisajes mediterráneos y, sobre todo, a arenales, que son uno de los principales y más destacados elementos pictóricos de Francisco Lozano, como bien puso de manifiesto el poeta Gerardo Diego, en el texto recogido por Rodrigo Rubio:

Todos los buenos pintores poseen una tierra que es exclusivamente suya, propia: su tierra de nadie...

... En el caso de Francisco Lozano, además, su tierra de nadie es tierra terráquea, terrenal, aunque apenas terrícola, quiero decir existe, está ahí, al alcance de quien se atreva a pisarla y pasearla, cosa no tan fácil como pudiera pensarse a primera vista. Y la prueba es que nadie había sabido verla y transfigurarla en esa segunda y más profunda realidad que es el paisaje creado por el artista...<sup>864</sup>

---

863 *Ibíd.*, 63. El texto citado de José Hierro apareció publicado en el diario *El Alcázar*, el 27 de febrero de 1963, con ocasión de una exposición de Francisco Lozano en la Galería Biosca, de Madrid.

864 *Ibíd.*, 75. El texto recogido por Rubio fue publicado por Gerardo Diego en el diario *Arriba*, el 3 de marzo de 1969, con motivo de una nueva exposición del pintor en

### 5.10. *Albacete, tierras y pueblos* (1983)

Según confiesa el autor en las palabras introductorias, hacía años que él pensaba escribir un libro sobre la provincia en la que vino al mundo y a la que ha dedicado buena parte de su creación literaria. Era este un proyecto largo tiempo acariciado, que había comentado con amigos como el pintor Benjamín Palencia y del que me había hablado en varias ocasiones. Pero he aquí que el sueño se hizo realidad cuando ya casi había perdido la esperanza de poderlo llevar a cabo. Así lo declaraba el propio autor en febrero de 1984, respondiendo a la pregunta de una periodista acerca de cómo había surgido la iniciativa de escribir este libro:

Hace aproximadamente un año, la Caja Rural me encargó que escribiera el libro, dándome libertad en cuanto al tema, con motivo de la inauguración de su nueva sede central. Cuando vivía Benjamín Palencia, yo tenía ya idea de escribir un libro así, que iba a ser ilustrado por el pintor, pero luego se quedó solo en proyecto y hasta ahora no ha visto la luz.<sup>865</sup>

Es el suyo un libro “de andar y ver. Es un libro del paisaje y de las gentes. Me voy al ayer —no remoto— y quiero recordar cómo era la vida de la ciudad, del campo, del pueblo y aldeas de hace apenas unas décadas”.<sup>866</sup> Es, por tanto, un libro de sentimientos y recuerdos, en el que destaca el aspecto humano, sin olvidar el artístico y el económico. Un libro en el que Rubio pone la mirada en los paisajes de las tierras albaceteñas, magníficamente ilustrados con las fotografías de Belda, un conocido y afamado profesional albaceteño. Como afirmaba el autor en esa entrevista de Rosa Villada, “es una visión de lo que ha sido y es esta tierra a nivel humano, antes de que hubiera tanta emigración. Se puede decir que es una visión de nuestra tierra nostálgica y realista a la vez”.<sup>867</sup>

---

la Galería Biosca, de Madrid.

865 Villada, “Rodrigo Rubio, autor de una crónica literaria de la provincia de Albacete”, 10.

866 Rubio, *Albacete, tierras y pueblos*, 7.

867 Véase la nota 865.

Al igual que había hecho con sus *Crónicas de andar y ver España*, el autor divide el libro en ocho grandes capítulos, dedicados a cada una de las zonas o comarcas más representativas de la provincia de Albacete, empezando por su capital y terminando en la zona denominada La Manchuela. Además, en estas que podríamos llamar *crónicas de andar y ver Albacete*, hace algo que ya había realizado, aunque en menor medida, en el libro antes mencionado. Se trata de su gusto por recurrir a textos de carácter histórico o literario en los que apoyar algunos de los datos aportados o algunas de sus propias afirmaciones. Así, en el caso concreto de *Albacete, tierras y pueblos*, son numerosas las referencias bibliográficas que aporta en relación con publicaciones realizadas por personas vinculadas en mayor o menor medida a las distintas poblaciones visitadas. Muchas de esas referencias lo son a textos editados por el Instituto de Estudios Albacetenses, organismo dependiente de la Diputación Provincial de Albacete y del que Rodrigo Rubio era miembro. Y, curiosamente, al igual que solía hacer en muchas ocasiones su maestro Azorín, también él acude con cierta frecuencia a la información recogida en las *Relaciones topográficas* que mandó confeccionar el rey Felipe II.

Por otra parte, llama poderosamente la atención la apelación a la memoria. Es decir: cuando a Rodrigo Rubio se le encarga la elaboración de este libro, se dedica a visitar de nuevo muchos de los lugares de los que va a escribir para poner al día datos, imágenes y sentimientos. Unos viajes en los que suele ir acompañado de su esposa, la también escritora Rosa Romá. Pero, al mismo tiempo, efectúa numerosos viajes al ayer, en un recorrido por el mundo de sus recuerdos y vivencias pretéritas, muchas de ellas pertenecientes a su infancia y juventud. De ese modo, configura un libro en el que se mezclan, en las dosis adecuadas, las descripciones de los lugares, las referencias históricas y geográficas, los aspectos folclóricos y pintorescos, los datos económicos y estadísticos y —lo que resulta más emotivo, más literario y más lírico— las emociones personales, cargadas de la añoranza del tiempo perdido.

Como bien señala el escritor, amigo y periodista murciano Alfonso Martínez-Mena, *Albacete, tierras y pueblos* es “un libro de paisajes con figura; con una figura: la del autor, siempre presente y amorosamente añorante.” Y, acto seguido, añade lo siguiente:

A Rodrigo Rubio, en este libro, le aflora continuamente el campesino que escribe a golpe de intuición; no de erudición, de la que, por otra parte, ni presume ni tal vez desee hacer acopio a estas alturas en las que él es lo que es, y punto. Quizá por eso sea curiosa su crónica itinerante y particularísima, que posiblemente no diga demasiado a los hombres de las tierras y pueblos albaceteños, pero sí a los demás, que se pueden sentir atraídos por un mundo variadísimo parecido a otros muchos españoles en infinidad de cosas y distante en otras tantas.<sup>868</sup>

### **La capital, ayer y hoy**

Rodrigo Rubio se dirige al lector para comentarle que, si visita Albacete, se encontrará con una ciudad moderna, dotada de numerosos atractivos comerciales, hosteleros, gastronómicos, culturales y festivos. Albacete es una ciudad actual, aunque él, por motivos sentimentales, tenga inclinación a irse a la Albacete de antaño. Y, en ese recorrido retrospectivo, recuerda a los antiguos pobladores iberos, asentados en aldeas cercanas; a los romanos que la rondaron, y, sobre todo, a la antigua Al-Basit, que en la época árabe se alzaba en Villacerrada, con su castillo y sus murallas. Pero de todo eso apenas queda rastro alguno.

Sí, en cambio, existen algunos vestigios de las posadas a las que gentes como él y su familia acudían desde los pueblos cercanos en sus carros, sobre todo para hacer compras en unos comercios cargados de solera. Entre esas posadas, el autor destaca con especial cariño la de La Feria, en la que él tuvo que hacer varias estancias, cuando sus padres lo llevaban a la consulta del doctor don Ramón Ferrándiz. Y, también, la célebre Posada del Rosario, hoy rehabilitada por el ayuntamiento albaceteño y convertida en centro cultural.

Albacete, cuna de buenas navajas, pero que hoy ve cómo la crisis amenaza a la que, en otro tiempo, fuera una industria artesanal. Ahora ya no se ve por sus calles a los modestos navajeros ofreciendo, en sus panzudas barrigas, el producto fabricado en los modestos talleres familiares. Ahora los fabricantes recurren a otras estrategias de mercado, acudiendo a ferias de muestras y mandando su mercancía fuera de la provincia e incluso al extranjero. Algo similar a lo que sucede con

---

868 Martínez-Mena, "Albacete, tierras y pueblos", 52.

los fabricantes de botas para el vino, una industria que tuvo su origen en Chinchilla, a principios del siglo XIX, y que, según afirma Rubio —apoyándose en datos aportados por el estudioso Francisco Fuster Ruiz— llegó a suministrar sus productos a los norteamericanos para que los soldados llevaran ahí el agua, a modo de cantimplora.

Unos cambios, en fin, fruto del natural avance de los tiempos, que afectaron a algo tan tradicional y tan importante como es la feria de la capital. Una feria muy conocida y apreciada más allá de los confines de la capital y de la provincia, desde que se iniciara, como un mercadillo adosado a la ermita de San Francisco, allá por el año 1672.

Según Rubio, las ferias de ahora no son como las de antes. En la actualidad, hay mucho ritmo discotequero, mucho ambiente de fiesta y algarabía y mucho aperitivo caro. Antes, las ferias parecían más cargadas de ilusión, al menos para los chicos jóvenes de los pueblos, que llegaban a la capital y dormían en cualquier sitio, como les ocurrió a aquellos amigos de su pueblo que pasaron la noche en un camión y despertaron en Almansa, tal y como relataba el escritor en su novela *Un mundo auestas*.

Eran aquellos unos días que se aprovechaban para realizar compras en el espacio conocido con el nombre de La Cuerda y, en ocasiones, para que algunos hombres y muchachos hicieran alguna que otra escapada al barrio de el Alto de la Villa, en donde buscaban satisfacer sus deseos o sus necesidades sexuales a cambio de unas cuantas pesetas. Así lo recuerda, con su habitual nostalgia, un Rodrigo Rubio que acostumbraba a vivir con toda intensidad aquellas fiestas hoy tan lejanas en el tiempo:

Por eso, La Cuerda quizá fuese lo más característico de las ferias anteriores a la mecanización y la automoción de los campesinos. Allí estaba el bullicio del mercado ganadero. Por allí olía a churros y chocolate en las madrugadas. Por allí, en los carros entoldados y debajo de los mismos, en sacas, en viejos colchones, dormía un mundo que, en poco tiempo, sabía de la fatiga, del enorme cansancio. Pero eran gentes que luego de amanecer y lavotearse un poco la cara, ya estaban

dispuestas para seguir un día más en aquel ritmo de compraventas, en aquel ritmo de compadrear con las gentes vecinas de carro.<sup>869</sup>

Tras esa visita a la capital, el autor se marcha hacia las afueras y se encuentra con la presencia casi muerta de lo que otrora fueran ricas aldeas. Eran aldeas en las que solo vivían unas pocas familias dedicadas a cuidar las tierras y los ganados del señor, llevando una vida dura y sacrificada, aunque tranquila. En otoño, dedicados a la sementera o “la simienza”. Durante el invierno, cuidando los aparejos y haciendo la matanza de los cerdos, toda una tradición que el autor relata de forma minuciosa, describiendo cada una de las faenas propias de esa jornada, cargada de alegría y de coplillas populares, la cual supone un paréntesis festivo en el largo y frío invierno de la llanura albaceteña, hasta que llega ese soplo de nueva vida que trae la primavera. Es, entonces, el momento de cuidar los trigos que apuntan en el campo, acompañados de rojas amapolas, y de celebrar las habituales romerías, como la de su pueblo, durante la festividad de San Marcos, el día 25 de abril. Y, por fin, con el verano, la culminación de todos los quehaceres; la época en la que gentes de Murcia y de Cuenca acudían a segar los cereales que, más tarde, irían a parar a las eras para ser sometidos a la laboriosa labor de los viejos trillos de cuchillas o de pedernal y sierra. Concluidas todas las tareas, cuando ya acababa el mes de agosto, la tierra “quedaba como desnuda de frutos, pero dispuesta, en su sequedad, a ser nuevamente, con lluvias y soles, matrona generosa para alumbrar nuevas cosechas”.<sup>870</sup>

### **Un recorrido por llanuras de viñas, trigo, azafrán y quesos**

Apenas salir de Albacete, en dirección a Madrid, se encuentra la población de La Gineta, un pueblo en el que se cultivan trigo, cebada, lentejas, azafrán y mucho girasol. Un pueblo que vio cómo muchos de sus habitantes se marcharon hacia otras tierras, en un fenómeno migratorio que se pudo frenar, en parte, gracias a la industria de las sillas.

---

869 Rubio, *Albacete, tierras y pueblos*, 16.

870 *Ibíd.*, 26.

De La Gineta recuerda a un sacerdote al que Rodrigo ayudaba como monaguillo cuando acudía a celebrar misa a Montalvos y que, de alguna manera, contribuyó a aproximar a estas dos poblaciones, enfrentadas por algunos resquemores políticos del pasado.

La vecina localidad de Fuensanta va unida en su recuerdo al viejo santuario de Nuestra Señora de los Remedios, que, durante siglos, fue monasterio de los frailes trinitarios. Allí solían acudir las gentes de Montalvos, el pueblo natal de Rodrigo Rubio, pueblo de tierras ligeras y agradecidas, de donde salían unos vinos blancos y tintos de muy buena calidad. Una población y unas gentes frecuentemente retratadas por su paisano, como él mismo recuerda:

Montalvos está en muchas de mis novelas, en casi todas, diría, pues nunca olvido mis raíces cuando escribo. Montalvos se convertiría en Monsalve, porque de esta forma, con pueblo imaginado —y algo inclinado hacia los paisajes boscosos del Júcar— yo tenía más libertad de acción y más campo para la fantasía. Los dos libros claves en los que está “vivo” mi pueblo son, sin lugar a dudas, “Un mundo a cuestras” y “Papeles amarillos en el arca”. Montalvos siempre me ha dado mucha “materia prima” para escribir, pese a ser tan pequeño. Pero yo creo que, de algún modo, simboliza el vivir de nuestras gentes. Por ejemplo, en la cuestión de motes este pueblo parecía único, pues los colocaban con verdadero acierto. A un hombre le decían *Gil Moquita*; a dos hermanos, uno *Pasos Largos* y al otro *Pasitos*; por su forma de andar, claro. Estaba Fernando *Cincoduros*, y Antonio Lara *Abarcas*.<sup>871</sup>

Cerca de Montalvos, la Roda, el pueblo de la madre y los abuelos paternos del escritor y, también, del filólogo Tomás Navarro Tomás. Lugar de gentes abiertas y hospitalarias, de buena gastronomía y de conocidos restaurantes de carretera.

Viajando por las numerosas aldeas cercanas a La Roda, el viajero llega a Barrax, el pueblo natal del célebre pintor Benjamín Palencia,

---

871 *Ibíd.*, 30. En otras ocasiones, Rodrigo se refiere a Salvador Lara *Abarcas*



siempre deslumbrado por la luz incomparable de La Mancha. Ahí también las “Cuervas Literarias”, motivo de encuentro para los poetas de la comarca, bajo el impulso de Francisco González Bermúdez.

Después, el pueblo de Minaya, con esas casas de blancas paredes, calles limpias y casonas nobles cantadas por Azorín, y Villarrobledo, famoso por sus vinos y sus quesos, y cuna del que fuera periodista y político, Graciano Atienza, quien consiguió que el rey Alfonso XIII concediera a su pueblo el título de ciudad y quien da nombre a una fundación que concede un premio anual a escritores y periodistas de la provincia de Albacete.

Los habitantes de Munera se sienten orgullosos de que Cervantes situara en ella uno de los pasajes más regocijantes de *El Quijote*: el de las Bodas de Camacho. Para conmemorar tal circunstancia, el escritor Enrique García Solana construyó el molino de la Bella Quiteria, en el que, entre otras actividades culturales, se entregan unos premios literarios que este escritor convoca cada año.

No menos satisfechos están los nativos de Ossa de Montiel del episodio de la Cueva de Montesinos, un lugar situado a unos pasos del pueblo, cerca de las ruinas del castillo de Rochafriada y de la ‘Fonte Frida’, que fuera cantada en romances. Como también lo están de las que Rubio considera mal llamadas Lagunas de Ruidera, pues la mayor parte de ellas, y las más grandes, pertenecen al término municipal de Ossa de Montiel.

Para concluir este viaje por tierras de La Mancha, la visita a El Bonillo, lugar conocido por su famoso Cristo de los Milagros y por su museo, en donde se conservan un espléndido Cristo de El Greco, un cuadro de Vicente López y otro atribuido a José de Ribera.

Después, por caminos marcados por las huellas de los romanos, se acerca hasta las poblaciones de Lezuza —a donde se dice que acudió a predicar San Pablo— y Balazote, lugar célebre por su famosa Bicha ibérica y por los restos de una villa señorial romana.

## La sierra, un paisaje de montañas y bosques

El recorrido por la sierra, en época de nieves invernales, comienza en Alcaraz, antigua ciudad de grandeza guerrera y comercial, con una Plaza Mayor declarada conjunto histórico artístico nacional, y que, en esos momentos en que el escritor la visita, apenas llega a los 1.200 habitantes:

En Alcaraz, ahora, es duro vivir. Nos dicen que el juez que ha llegado últimamente ya está pidiendo el traslado. No se edifica, no se progresa. Todo parece tener un tinte de vejez que languidece, que muere. Hermosas casonas. Hermosísima su plaza. Mucha historia, mundos viejos que se fueron, con su grandeza.<sup>872</sup>

Con la ayuda de los textos publicados por el historiador Aurelio Pretel Marín, el viajero puede seguir la huella, por ejemplo, de los tiempos romanos, a través de las dos grandes calzadas que atravesaron sus campos; los vestigios árabes presentes en ese viejo león dormido que es Alcaraz, y la histórica reunión de Cortes castellanas en el año 1265, en las proximidades de la ciudad, en donde se encuentra el famoso Santuario de Nuestra Señora de Cortes, lugar de peregrinación para millares de personas de la zona, junto con el no menos conocido y venerado Cristo del Sahúco, en el pueblo de Peñas de San Pedro.

Bajando hacia la vega, en donde se dice que se cría la mejor fruta de toda la provincia, el cronista se encuentra con las localidades de Vianos, Villapalacios y Bienservida. En esta última, que sufrió en décadas pasadas la emigración de un treinta y cinco por ciento de su población, el autor quiere dejar constancia de la existencia de dos ganaderías de reses bravas y de una de las principales plazas de toros de la provincia.

Siguiendo la vega del río Madera, se llegaría a pueblos de tradición maderera y resinera como Bogarra y Paterna del Madera. Pero, antes de salir de la sierra, hay que visitar el viejo Riópar, sumido en el silencio,

---

872 *Ibíd.*, 51.

en donde solo dos viejos continúan viviendo junto a las ruinas de su castillo, mientras esperan estoicamente la llegada de la muerte.

Pegadas a las ruinas de Riópar están las Fábricas de San Juan de Alcaraz, conocidas por las gentes del lugar como las fábricas de Riópar. Esas fábricas, puestas en marcha por el vienés Juan Jorge Graubner, en 1773, producen artículos de grifería y de dorada decoración, en especial, candelabros, braseros, campanillas y almireces.

Por allí se enseñoorea el río Mundo, que se abre a la vida, con toda su fuerza y esplendor, en la conocida cueva de los Chorros, lugar de obligada visita para los innumerables turistas, sobre todo alicantinos, quienes se acercan hasta ella en primavera, verano y en días festivos, instalándose en algunas de las casas rurales existentes o en sus tiendas de campaña y caravanas. Pero, como no podía ser de otro modo, Rubio avisa del peligro que estas excursiones pueden suponer para tan hermoso lugar:

Me alegro por los que vienen, pues si no conocen todo esto, descubrirán algo hermoso. Por otra parte, temo que se ceben, que les dé por instalarse por aquí, por querer construir chalés y apartamentos, y entonces adiós sierra limpia, sierra húmeda y cantarina de riachuelos. Porque es una grandeza llegar a la mismísima Cueva de los Chorros, en día de primavera o de invierno, sin nadie que te acompañe —o sólo algún guarda de ICONA— y contemplar la Naturaleza limpia, transparente.<sup>873</sup>

De camino a Elche de la Sierra, una parada obligada es Yeste, villa que entregada a los Caballeros de la Orden de Santiago por el infante don Alfonso, el luego rey Alfonso X el Sabio, y que tiene una antigüedad muy remota, pues, según los historiadores, es la antigua Salica de los oretanos.

A Elche de la Sierra —posiblemente la Illice que sitiara Amílcar Barca, según apunta el autor— se puede acudir en cualquier época del

---

873 *Ibíd.*, 55.

año; pero, como afirma el autor, una ocasión inmejorable es la de la celebración del Corpus Christi, cuando sus calles se pueblan de bellísimas alfombras confeccionadas con serrín coloreado, formando arabescos y motivos religiosos.

Desde Elche salen carreteras que llevan al viajero, a través de la serranía, a lugares tan bellos como Letur, Perez, Socovos, Liétor, Nerpio —pueblo hermoso y olvidado, lleno de campos de nogales— y Aýna, conocida por algunos como La Suiza Manchega. Todos ellos son pueblos serranos, tranquilos, que invitan a la contemplación un tanto arrobada de sus paisajes montañosos, al descanso y a la buena comida. Son pueblos en los que el silencio del anochecer sólo es roto por el rumor de las aguas cristalinas o por el graznido de algún grajo en lo alto de las montañas.

### **De Hellín a Almansa, por tierras fronterizas**

En dirección hacia poblaciones murcianas, se ven las tierras secas y las olivas calcinadas por las heladas. Parada en Tobarra, en donde la Semana Santa saca a la gente a la calle con un redoble ensordecedor de tambores, al igual que sucede en la vecina Hellín, ciudad de la que escribe Rodrigo Rubio lo siguiente:

Los campos de Hellín son fértiles y hermosos. Esta es una tierra con huellas de la antigüedad. Dicen Samuel de los Santos y García Templado, en su guía “Albacete”, que quizás fuese Hellín una de esas grandes ciudades que señala Ptolomeo en la Bastitania. Puede ser. Esto huele ya a tierra fronteriza con Levante, con la Murcia cercana. Incluso las gentes son ya un tanto distintas —en su comportamiento, más predispuestas a la fiesta, y en el habla, que las de la llanura—, por aquí vemos un campo que quiere hacerse huerta, arboleda frutal y olivares.<sup>874</sup>

---

874 *Ibíd.*, 64.

Hellín, que, en otro tiempo, fue la capital del esparto es, hoy, tierra de hermosas mujeres, muchas de ellas dedicadas a la industria del turrón, los caramelos y las peladillas, o a la industria textil: pantalones tejanos, géneros de punto y alfombras.

En Hellín —tierra natal del literato Cristóbal Lozano, del general Cassola, del político Melchor de Macanaz y de los poetas Tomás Preciado y Antonio Andújar—, llegó a haber treinta y siete mil hectáreas de monte espartizal y cuarenta mil habitantes, muchos de los cuales se dedicaban al trabajo del esparto. Cuando aquello se acabó, casi la mitad de sus pobladores tuvieron que emigrar. Era el final de un modo de vida que el escritor recuerda con una mezcla de cariño y nostalgia:

    Mi padre, que era labrador, hacía cosas muy hermosas de esparto. Él me enseñó a tejer la pleita y el recincho. La pleita, que se hacía con esparto crudo (es decir, con el esparto natural, seco, pero aún algo verdoso), y el recincho (que se hacía con esparto cocido, con un esparto que con anterioridad se había tenido cierto tiempo en el agua, en una balsa). También, junto a él, hice sogas, vencejos, jareta, cordelillo. Este trabajo era fundamentalmente de pastores. Y muchas veces, en otros tiempos, al ir por el campo, seguro que hemos visto a un pastor tejer el esparto mientras, de cuando en cuando, echaba un vistazo a su rebaño.<sup>875</sup>

Cuando el viajero-cronista inicia camino en dirección a tierras próximas a Alicante y Valencia, sus pasos lo llevan por lugares de olivas y viñas, como Albatana, con un hermoso acueducto de piedra arenisca; Ontur, en donde existen yacimientos de las épocas del bronce, ibéricos y romanos; Fuenteálamo, que intentó combatir la emigración instalando fábricas de juguetes, dulces y fuegos artificiales; Montealegre del Castillo, auténtico santuario ibérico, con sus yacimientos del Cerro de los Santos y del Llano de la Consolación, y, también, Caudete, ciudad que fue mora y morisca y que rememora anualmente, a principios de septiembre, los “Episodios Caudetanos”, en los que se reviven con gran esplendor las

---

875 *Ibíd.*, 67.

luchas de cristianos y musulmanes, a la manera de la vecina y hermana ciudad alicantina de Alcoy.

Por fin, la llegada a Almansa, ciudad de ricas tierras y de buenos vinos y zapatos. De su señorío da fe el esbelto castillo roquero del siglo XV y su larga historia, pues fue ciudad de los Templarios y del infante don Juan Manuel, entre otros, y en ella tuvo lugar la célebre batalla de 1707, tras la cual “pudo establecerse la hegemonía borbónica en España, quedándose más tranquilo —y más seguro— el rey Don Felipe V, tanto como él amaba a esta noble y leal ciudad”<sup>876</sup>.

### **Desde Chinchilla hacia los límites del Júcar**

Cuenta el escritor que, desde Montalvos, se veía a lo lejos la ciudad de Chinchilla y, cuando el sol estaba encima de su castillo, eran las diez en punto de la mañana. Chinchilla, pues, representaba un punto de referencia horaria, además de asiento de un polvorín, de soldados de aviación y de un penal, que era un auténtico “—edificio/pegote sobre la nobleza de las piedras de un antiquísimo castillo—; un penal, decía, que por desgracia se hizo famoso en los amargos años de posguerra”<sup>877</sup>.

Chinchilla, que consiguió el título de ciudad en 1422, conserva con esmero su iglesia de Santa María del Salvador, declarada monumento nacional, en donde se cuenta que los Reyes Católicos, ante una cruz de cristal de roca, juraron defender los fueros de esta ciudad eminentemente alfarera, en la que se fabricaban botijos, lebrillos, orzas, cazuelas, jarras, cuerveras, pucheros y otros utensilio destinados a las cocinas aldeanas. Por eso, ningún sitio más apropiado que Chinchilla para crear el Museo Nacional de Cerámica que, gracias a la dedicación de Carmina Useros y de Manuel Belmonte, su esposo, ha logrado reunir miles de piezas procedentes de toda España.

Al llegar a este punto, el autor —tan aficionado como es a recordar con todo lujo de detalles las viejas tradiciones y los antiguos oficios de las tierras albaceteñas—, aprovecha para situar a sus lectores ante lo que

---

876 *Ibíd.*, 71.

877 *Ibíd.*, 75.

era el proceso creador de un alfarero de esta localidad. Una imagen que, sin gran esfuerzo por parte del lector, puede verla como si la tuviera ante sus propios ojos:

El viejo alfarero de Chinchilla siempre ha tenido como herramientas, su torno, que movía con el pie, un trozo de badana para lustrar —llamado “alpañata”—, un trozo de caña, con el que pule la superficie de la pieza, y un alambre o hilo fino para cortar por un determinado lugar la vasija que está construyendo. Las piezas, luego de elaboradas, necesitan un secado natural, después de un baño —que puede tender a rojo o verde oscuro, con algunas rayas o cenefas de adorno—, para entrar en la cocción. Todo esto es un proceso lento, pero la obra de los alfareros, una vez terminada, siempre es una tentación para el que la contempla.<sup>878</sup>

Según Rubio, existe un triángulo comprendido entre la carretera 430, la 322 y el Júcar, que nos lleva hacia los límites con la provincia de Valencia y que es una zona geográfica formada por pueblos de emigración, como, por ejemplo, Pétrola, Alpera, Corral-Rubio, Bonete, Valdeganga, Carcelén, Higuera y Hoya Gonzalo. Pueblos con historia y con tierras pobladas de viñas, almendros y olivos, que vieron cómo, entre 1955 y 1970, fundamentalmente, buena parte de sus vecinos marcharon hacia tierras alicantinas y valencianas en busca de trabajo.

Antes de que se produjera ese éxodo masivo de emigrantes, en los pueblos había varios lugares para el encuentro y la tertulia: un pequeño casino al que acudían las gentes de dinero, los amos de fincas o las gentes de oficio y de carrera; las fraguas, las herrerías y las barberías, en donde los clientes y los visitantes daban rienda suelta a la lengua mientras aguardaban la terminación de algún trabajo, y, por último, los carasoles de las plazas o de las calles, a los que los rayos del sol llegaban hasta última hora de la tarde para acariciar los cuerpos de los hombres mayores de los pueblos. Y ahora, se pregunta qué queda de todo aquello:

---

878 *Ibíd.*, 79.

Ahora, los pueblos tienen demasiado silencio, aunque haga ruido el tractor. Estos pueblos han perdido a los hombres que oteaban el horizonte —borrascoso o claro— desde una esquina de las afueras. Han perdido a las mujeres de faldota negra, blusa con muchos botoncitos, toquilla de lana sobre los hombros. Muchas de estas gentes —hombres y mujeres— viven ahora en mundos de espantos, donde todo se estremece, donde el viento lleva venenos y donde los hijos (también es drama para ellos) los tienen que poner a dormir en camejas turcas que, de tan pequeñas, parecen ataúdes.<sup>879</sup>

### **De Mancha a Manchuela**

El autor recuerda que, por estas tierras y cuando él era chico, su padre lo llevaba en el carro con “calefacción”: en una espuerta llena de paja se colocaba un ladrillo grande que previamente había sido calentado en las brasas de la lumbre. En esa espuerta iban poniendo los pies, por turno, todos los que viajaban en el carro.<sup>880</sup>

Uno de esos pueblos es Villalgordo del Júcar, en donde su abuelo Miguel Puertas había trabajado muchos años como albañil. Un pueblo que antiguamente había pertenecido a la vecina provincia de Cuenca. Allí, como a Tarazona de la Mancha, acudía con mucha frecuencia la familia Rubio Puertas, sobre todo en época de fiestas.

Fue esta una tierra de molinos de viento y de molinos de agua, las viejas aceñas, situadas a orillas del río Júcar. Molinos que el autor hubiera querido ver funcionar cuando era niño, pero para entonces muchos ya no existían y los que quedaban no funcionaban; tan solo los que se movían con energía eléctrica.

Dentro de ese mundo de recuerdos, al que tan frecuentemente acude Rodrigo Rubio, se encuentran las romanas que se fabricaban en Madrigueras. Romanas de barras, con las rayas de los kilos por un lado y de las arrobas por otro, que servían para pesar los capachos de uva y de

---

879 *Ibíd.*, 80.

880 Son numerosas las ocasiones en las que Rodrigo Rubio habla de esta curiosa forma de calefacción. Con el título “La calefacción del carro de mi padre” publicó el relato al que nos hemos referido en el capítulo dedicado a la literatura del mundo perdido.



melones, los cerdos y los corderos, e incluso para pesar a los muchachos, engancho la romana en una maroma que colgaba de una viga o un palo.

Madrigueras es, también, cuna de buena cuchillería y de excelentes vinos salidos de sus bodegas-cooperativas. Porque, como apunta el escritor, se trata de una zona en la que el cooperativismo agrícola o industrial funciona muy bien. Y ello se debe a que muchos pueblos de la comarca son de una ideología muy izquierdista. Eso es lo que pasa, por ejemplo, en Tarazona, Madrigueras, Mahora y, sobre todo, Villamalea.

Curiosamente, es esta la única ocasión a lo largo de todo el libro en la que Rubio hace una mención expresa a cuestiones de tipo ideológico y político. Y lo hace en un tono comedido, aunque no exento de cierta ironía, cuando se refiere a la persona de Santiago Carrillo. De Villamalea afirma que es un pueblo que siempre se movió “por extremidades de color rojizo, aunque con modosidad y acierto en sus quehaceres sociales.” Y de quien fuera secretario general del PCE comenta que nadie ha olvidado que llegó a esos lugares “no sé si a criticar —por si había exceso en la ideología— o a aprender de unas gentes que, sin saberse a Marx y a Engels, se habían dado al colectivismo, llevándolo muy bien.”<sup>881</sup>

Toda esta zona vitivinícola —a la que habría que añadir lugares como Fuentealbilla, Cenizate o Navas de Jorquera, Alborea o Villa de Ves— forma una comarca en torno a Casas Ibáñez, desde donde el viajero va a discurrir siguiendo el cauce del río Júcar, ese río al que Rubio define como generoso por sus riegos y traidor por sus avenidas. Y por ese camino llega a la hermosa localidad de Alcalá del Júcar, pegada a la pared como si fuese un pájaro gigante y blanco. Lugar al que las rocas, la vega y el río dan una belleza solo igualable a las Hoces de Cuenca y a ese otro en donde el Duero ‘forma su curva de ballesta,’ como escribió Antonio Machado.

Desde Alcalá, el viaje prosigue hasta Jorquera, lugar de fiestas de moros y cristianos y de romería a la Virgen de Cubas, en donde el escritor siente el deseo de poder hacerse con una de sus casas cerradas y quedarse

---

881 *Ibíd.*, 91.

allí a vivir, a leer, a escribir, a pintar y a hablar con sus gentes. Pero no puede ser; ha de seguir, ya de regreso, hacia la capital de la provincia, pasando de nuevo por Valdeganga, un lugar al que viajó de niño para visitar a los amigos de su padre. Es esta una zona que le trae recuerdos de literatura propia:

¿Era ésta la Venta del Cruce, que aparecería en “Papeles amarillos en el arca”? ¿Por qué me impresionarían tanto los montes de Pozo Rubio, que forzosamente teníamos que cruzar de regreso a Montalvos? ¿Por qué no vivir en Valdeganga, en vez de tener que hacer, en carro, un viaje tan largo? Todo aquel mundo: río, cuesta, venta, un hermoso pueblo, era, y más arriba todo espesura de montes, por donde decían que se encontraba la Cueva de la Tía Potita, de la que “me salió” aquel tipo del guitarrejo que, a su manera, pudo remansar, domar a la tan díscola muchacha que cuidaba sus vacas de la Polilla.<sup>882</sup>

Con ese recuerdo, llega el momento de la despedida. Acaban estas crónicas históricas, geográficas, económicas, culturales y sentimentales y el escritor es consciente de que se ha dejado muchas vivencias y muchos rincones de los que hablar. Por eso, no desea decir adiós, sino hasta luego, porque, si Dios lo quiere —dice Rubio— aún tendrá que escribir más cosas de su tierra y su provincia del alma.

Y así será, pues, algunos años después, dará a la luz otro trabajo de crónicas sobre el campo manchego. Tal vez, en ese año 1983, el aprendiz de reportero que es Rodrigo Rubio ya tenía en mente escribir un nuevo libro sobre todo aquello que el tiempo se había llevado.

### 5.11. *Lo que el tiempo se llevó (2004)*

Este libro fue escrito entre 1986 y 1996 y está dedicado, en primer lugar, a cantar las *cosas de ayer y de siempre en el campo manchego*, lo

---

882 *Ibíd.*, 96.

cual hace que ese sea, precisamente, el subtítulo del libro. En segundo lugar, esta crónica es “para mis padres, recordándoles y para todos mis hermanos: los que ya se fueron y los que viven”.<sup>883</sup>

En gran medida, el libro es un relato de tiempos, costumbres y tradiciones que han desaparecido y que, desde el recuerdo y la nostalgia, el escritor trata de recuperar del olvido. El tiempo, con su marcha inexorable, fue trayendo nuevas formas de vida, trabajo y ocio al campo manchego, y aquello que parecía eterno, ha cambiado mucho o ya no existe. Por eso, afirma el escritor albaceteño:

Podía señalar ya las cosas más importantes y significativas que quedaron atrás, que desaparecieron. Pero tiempo habrá, porque este libro quiere ser una crónica respecto a todo lo desaparecido. Quiere contar, minuciosamente, cómo era la vida antes en el campo, en los pueblos y aldeas, y también de paso, en la capital o ciudades grandes comarcales, tan influido su vivir por el trajín campesino.<sup>884</sup>

El primer gran estremecimiento en las formas de vivir campesinas, dice Rodrigo Rubio, surgió con la mecanización del campo. A renglón seguido, allá por los años cincuenta, aparecieron los primeros movimientos migratorios. Después, llegó otra revolución, la del butano, que acabó con las tradicionales lumbres y los sagatos.

Y no es que el presente no haya traído cosas buenas al campo. Claro que sí; pero lo que ocurre es que, aceptando este presente, el cariño hacia todo lo pasado le hace retrotraerse en el tiempo para revivir una época de la que él también formó parte. Un tiempo perdido al que trata de aferrarse cada vez más, porque, curiosamente, ese tiempo que parece muerto es el que le hace sentirse más vivo.

Como suele ser habitual en todos sus ensayos, *Lo que el tiempo se llevó* está dividido en tres grandes epígrafes. El primero de ellos, dedicado

---

883 Rubio, *Lo que el tiempo se llevó*, 5.

884 *Ibíd.*, 13.

a los pueblos, las aldeas y las casas. El segundo, a las diversas faenas tradicionales en los campos albaceteños. Y el tercero, a otros quehaceres y andanzas. Al final de ellos, coloca un breve glosario con algunos de los términos empleados a lo largo del libro.

### **El día a día en una casa de pueblo pequeño**

Nada más empezar el primero de esos apartados, el autor señala que la mayoría de los pueblos son muy distintos a como habían sido antes de que en los años cincuenta y sesenta se produjera el éxodo de buena parte de sus habitantes. Como vemos, el fenómeno de la emigración sigue siendo una constante temática a lo largo de toda la vida y la obra del escritor de Montalvos, quien afirma, de forma tajante, que, antes de la emigración, los pueblos tenían humanidad, sobre todo los pueblos pequeños, aquellos en los que más se dejó sentir el influjo de esos movimientos migratorios.

Para dar un testimonio más directo y, tal vez con la intención de aportar una mayor sensación de objetividad, el escritor recurre de nuevo a algunos testimonios de personajes que forman parte de la vida actual de esos lugares. Como ya había hecho en libros anteriores, estos personajes, reales o de ficción, aportan al cronista unas vivencias de primera mano que, después, él trasladará a las páginas del libro, convirtiéndose así en una especie de mero transmisor. Pero resulta que esa pretendida objetividad es solo aparente, pues el lector sabe que, tras las palabras de sus interlocutores, se percibe el eco de la voz y de los pensamientos del propio Rodrigo Rubio.

El primer testimonio es el de Rosario Piqueras, quien vive, junto a su marido, en una vieja casa, reformada, de uno de esos pueblos pequeños que el escritor ya conocía y que ahora visita de nuevo. La mujer recuerda los despertares optimistas de antaño, cuando el marido se levantaba para preparar la lumbre y, al poco rato, amanecían la mujer y los hijos para, después de almorzar, empezar a trabajar con ahínco. Eran tiempos en los que ella era medio feliz porque, aunque no les sobraba nada, tampoco les faltaba nada. Ahora, en cambio, lo que les sobra es soledad, pues los hijos se marcharon y solo quedan en la casa ella y su marido, Alfonso

García, un hombre ya muy viejo, pero todavía lúcido, el cual afirma que antes vivían mejor que ahora, a pesar de la dureza de las muchas tareas que tenía que realizar. Aunque ahora cobra una pensión, tiene algunas tierras arrendadas y los hijos les traen cosas cuando vienen a verlos, a él nada le satisface tanto como arar la tierra en la que se ha de sembrar el trigo de la nueva cosecha.

A renglón seguido, el escritor procede a relatar, en tiempo presente, las diversas tareas que constituían la vida en esas casas de pueblos pequeños. Acabado el desayuno, los hombres marchan a las faenas del campo; los chiquillos, a la escuela, y la mujer a poner en orden la casa y a preparar la comida. Es la tranquila y gozosa rutina de todas las mañanas, tan solo rota por el pregón del alguacil, por la llegada de un quincallero, un afilador, un hortelano o un vendedor de pescado fresco, o por el sonido de la campana de la iglesia doblando a muerto.

A mediodía, el regreso de las yuntas y los carros, cuando ya la comida está a punto y la gente se toma un respiro para degustar el cocido, el caldo de patatas, el guisado de carne o la olla podrida:

Todo huele bien. El pueblo, por unos momentos, queda como sin habitantes, todos reclusos en sus casas. Comida fuerte, regada con vino recio. Conversaciones parcas. Algo de la labor. También, alguna cosa sobre cupos, ya en los duros tiempos de posguerra. Luego, la siestecita, si el tiempo ya empieza a ser caluroso. Siesta en la cama grande, en la habitación amplia y fresca, o en la cuadra, en el camastro, cuando aún hace mucho frío.<sup>885</sup>

En la tarde, los hombres han vuelto al campo y los niños a la escuela. A las mujeres les ha llegado la hora de la costura: coser, remendar o bordar prendas para los ajuares de las jóvenes, mientras hablan de las cosas del pueblo o entonan viejos cantares, no exentos de gracia y picardía populares, como aquel que habla del amor de un muchacho por una chica a la que le había jurado que se mataría si no se casaba con ella:

---

885 *Ibíd.*, 25.

“Debajo de tu ventana, / de tu ventana debajo, / he de hacer la “seportura” / si contigo no me caso”.<sup>886</sup>

Después de cenar un buen pisto, una tortilla de patatas y unos sabrosos chorizos o tajadas de pernil, los hombres buscan el descanso de la dura jornada o salen a ver a algún vecino para comentar cosas del trabajo. Las mujeres terminan las cosas que quedan por hacer, acuestan a sus hijos y dan una vuelta a la lumbre antes de irse a la cama.

Como le cuenta Santiago García al escritor, aquellos eran tiempos tranquilos, con todos los hijos en la casa. Algunas veces los jóvenes alargaban la jornada hasta la madrugada, haciendo unas migas dulces, llamadas “migas de niño”. Mientras, el padre solía ir varias veces en la noche a la cuadra para echarle pienso a las mulas y, al regreso, buscaba el calor que le proporcionaba el cuerpo de su mujer. Una vida resumida en estas breves palabras:

Qué años aquellos, con todos nuestros hijos aquí. Alrededor de esta lumbre, sentados todos en esta cocina, que siempre fue como el alma viva de la casa. Yo, ya le digo, me gustaba poco salir. A veces, por no acostarnos tan pronto, leíamos en algún libro antiguo. También los folletines, comprados por entregas, que por entonces eran, casi, como ver las novelas de la tele ahora. Nos gustaba estar así, juntos, temiendo siempre, aunque hubiera alegría, que nos pudiera pasar algo, que se nos desgraciara algún hijo, o que alguna muchacha malnoviara. Cosas, mire usted. Siempre se teme algo.<sup>887</sup>

Tras pasar revista a un día cualquiera en la vida de esos pequeños lugares, los ojos del escritor se dirigen hacia las casas del pueblo y observa que, aunque por fuera parece que siguen siendo las mismas de antes, en ellas hay ahora más comodidad, más confort, porque sus propietarios las han restaurado. En donde antes había cámaras, pajares, cuadras

---

886 *Ibíd.*, 27.

887 *Ibíd.*, 31.

o pocilgas, hoy hay amplias habitaciones y cuartos de baño con agua corriente y agua caliente.

Pero Rubio desea recordar cómo eran antes esas casas, sobre todo para que el lector conozca algo que, tal vez, no tuvo ocasión de ver ni imaginar. Para ello, inicia un recorrido por la que fue una de esas casas, probablemente igual a la suya de Montalvos.

Toda casa de labradores que se preciara, dice el escritor, solía tener un porche a la entrada, en el que se dejaba el carro, la galera o la tartana, además de todos los aperos de labranza. Ahora, se guarda el tractor, el coche, la furgoneta o el camión.

A continuación, el patio, rectangular o cuadrado, con sus plantas, su pozo y el pilón en donde beben agua los animales. El patio era importante en las casas manchegas, pues por él entra la luz a las habitaciones y a la cocina, y en él, bajo la parra, se almuerza y se cena cuando hace buen tiempo.

Las cocinas de las casas de los labradores son amplias, espaciosas, con grandes chimeneas de campana, en las que desde muy temprano se enciende la lumbre, el llamado “sagato”, que tanto añora Rodrigo Rubio:

El “sagato” se prepara colocando, primero, leña ligera, sarmientos o ramaje, muy recortado, de pino o encina. Luego se agregan troncos medianos que pueden ser de pino o de olivo. Después troncos más gruesos, generalmente cepas de vid, de las viejas, de las que se arrancaron en el último invierno. Y finalmente se agrega la paja casi húmeda. Es “tamo”, que se recogió, bálago, una paja medio fermentada, ya casi basura.<sup>888</sup>

La cocina es el centro, el eje, de la casa. Allí, al calor de ese fuego, se cuecen, lentamente, las sabrosas comidas. Allí, generalmente, trabajan las mujeres, sentadas en sillas con asientos de anea en torno a una mesa

---

888 *Ibíd.*, 42.

camilla o una mesita más baja. Allí se come, se habla, se canta, se ríe y, también, se reza.

En la cámara, que suele ocupar todo el piso superior de la casa, se almacena el trigo cuando se recoge la cosecha y se guardan las herramientas de las eras y de la siega. La cámara es un lugar cálido, aunque muy frío en el invierno. Por eso, en ella se guardan las piezas de la matanza para que se vayan curando, además de tomates, pimientos o melones.

La cueva ha sido excavada en el subsuelo y a ella se baja por una escalera de peldaños labrados sobre la misma tierra o roca. Allí se encuentran las patatas, algunas tinajillas con vino y las orzas con los chorizos, las morcillas o el rico lomo en adobo.

Otras dependencias propias de las casas de labradores medios son la cuadra y el corral. En la cuadra, dos o tres largos pesebres, una pajera, un camastro con un colchón de lana dura y recias mantas y varias estacas para colgar la ropa de los muleros y los aparejos de las mulas. En el corral, junto con la leña, los distintos animales y la pocilga, habitualmente llamada gorrinera. En él, también, hacían sus necesidades fisiológicas los habitantes de la casa, en aquellos años en que no existían cuartos de baño.

Y, para terminar este recorrido por las distintas dependencias de la casa manchega, las habitaciones, mudos testigos de gozos, sufrimientos, ilusiones, esperanzas y temores:

Por esas enormes habitaciones han entrado flores silvestres recién traídas del campo, pero asimismo ha llegado el médico, al que se llamó con urgencia, para que atendiera a algún miembro de la familia repentinamente enfermo. Han entrado muchachos jóvenes que cantan, y, asimismo en ocasiones, se le vio pasar al cura que traía la Extremaunción para el enfermo gravísimo.<sup>889</sup>

---

889 *Ibíd.*, 50.



Como ejemplo de aquella forma de vida, elige Rodrigo Rubio a Julián Osorio, un hombre que fue mulero y llegó a mayoral. Ahora, con casi ochenta años, necesita muletas para poder andar y vive en su casa del pueblo con su mujer, Teresa, y con algunos ingresos procedentes de su paga de la Seguridad Social y del arrendamiento de un cebadal y una vieja viña. Ese hombre, ahora casi inactivo, añora aquellos años en que trabajaba de mulero en una aldea y acudía cada quince días a su casa, con su bicicleta, para cambiarse de ropa y acostarse dos noches con su mujer. Después, de nuevo a la faena, alegre, cantando por esa labor tan bien hecha y porque, de cuando en cuando, llegaba una palabra de elogio por parte del amo o de un mayoral, que era el mejor premio que podían recibir esos hombres del campo, junto con el de tener que hacer la labor de “secretario”, levantando perdices y recargando escopetas, cuando los señores y sus amigos de la capital venían a cazar al pueblo. Entonces, no se pensaba en las posibles enfermedades derivadas de ese tipo de vida y de trabajo:

Julián Osorio sí ha llegado a viejo, aunque no se haya librado del artritis y la artrosis, tanta grasa como consumió, tantas tajadas de tocino, tantos chorizos, y tantas gachas con harina de almortas. Los que murieron arrastraron, durante mucho tiempo, dolencias gástricas o pulmonares. A muchos de ellos les llegaba, de forma inevitable, la úlcera de estómago, tantas comidas fuertes, tanta grasa, tantas tajadas de tocino, etc. Otros enfermaban del pulmón, tantas mañanas rompiendo el hielo del pilón para lavarse un poco las manos y la cara; tantos aguaceros sobre ellos, en el descampado, en la besana, y tantos y tan durísimos fríos siempre por los inviernos.<sup>890</sup>

### **Trabajar y vivir, según el almanaque**

En este segundo gran apartado del libro, el autor va a pasar revista a las diversas faenas del campo, en cada una de las estaciones del año, comenzando por la primavera, cuando ya por el mes de marzo se aprecia un verdor suave en un campo que parece nuevo.

---

890 *Ibíd.*, 63.

Por esas fechas hay que hacer la poda de las viñas, quitando las hierbas nuevas con el vernete —“como una vertedera pequeña, con reja y una hoja, al lado derecho, que voltea la tierra”<sup>891</sup>—, como hacía Antón Ramírez, “Culebrilla”, un hombre que ayudaba al padre de Rodrigo a podar la viña grande que este tenía en el Camino Romano. Detrás de los podadores iban los “sarmentaos”, los cuales recogían los sarmientos, formando gavillas, que se ataban con un vencejo o jareta.

Otra labor casi simultánea en el tiempo era el surqueo, que se hacía con un garabato, un arado parecido al arado romano con unos timoncillos altos, como si fueran las varas de un carro, entre los cuales se unce una mula. Además, según apunta el escritor, el garabato lleva detrás un tablancillo con el que se allana la tierra, se dejan los lomos achatados y los tallos de la siembra a la vista.

Acto seguido, se inicia la tercia, que es, “con el de la era y la vendimia, uno de los trabajos más hermosos que puede hacer el labrador, el mulero. Es un trabajo en el que hay que esmerarse, a ver quien ‘lo deja mejor’, es decir, los surcos y los lomos más parejos, más iguales”<sup>892</sup>.

En primavera, los muchachos y las mujeres tenían que ir con sacos y cestos a coger hierbas para los cerdos y para los conejos, como los ababoles, “amapolas tiernas, todavía sin flor”; hierbas para las mulas, el vallico y las mielgas, y también, para la familia, collejas, cardillos y espárragos:

Las collejas y los cardillos las cogían las mujeres, cortando esas hierbas a raíz de tierra con la hoja de un cuchillo. Las collejas, bien lavadas, se convierten en un alimento interesante, preparándolas como se preparan las espinacas: cocidas primero, y luego sofriéndolas con ajo y comino. Los cardillos, por otra parte, servían, asimismo bien lavados, para ensalada.<sup>893</sup>

---

891 *Ibíd.*, 75.

892 *Ibíd.*, 80.

893 *Ibíd.*, 85-86.

En los pueblos de la comarca es época de fiestas dedicadas a los santos patronos: San Jorge, San Marcos y San Gregorio, en Madrigueras, Montalvos y Fuensanta, respectivamente. Todo el mundo se prepara para ellas, se adecentan las casas y se enjalbegan las paredes de todas las casas y corrales. El pueblo, de un blanco casi immaculado, celebra el día del patrón con misa mayor, romería, banda de música, tenderetes en la plaza y alguna que otra atracción para los jóvenes. Además, buenas comidas y la típica cuerva:

Se juntan unos cuantos hombres, o una cuadrilla de muchachos, y preparan la cuerva, en la cocina grande de una casa o en el patio si el tiempo ya es bueno. Basta con tener un cuarto de azúcar, una corteza de limón, y un par de litros de vino. Se saca el lebrillo, se echa en el mismo el azúcar, se añade un poco de agua, con la corteza de limón, y se mueve con el cacillo hasta que ese azúcar se haya diluido. Después se le añade el vino, y unos trocitos de melocotón, si lo hay, y a beber.<sup>894</sup>

Pasan las fiestas, pasa la Semana Santa, y llega el mes de mayo, tiempo en que se siembran melones, patatas tardías y garbanzos y se plantan las matas de tomatera. El campo ahora tiene color de plata y oro y ofrece a los campesinos unos frutos que pronto habrá que recoger. Como se teme a las tormentas y al pedrisco, cuando se acercan las nubes y se oyen los primeros truenos, las mujeres salen a la puerta de la calle o a la del patio para arrojar puñados de sal.

En los calurosos días de junio llegan las cuadrillas de segadores murcianos y conquenses. Los segadores murcianos son hombres jóvenes y alegres que llegan en tren y buscan alojamiento en casas de familias, en donde les preparan las comidas. Los de Cuenca son familias enteras que llegan en sus carros con muchas de sus pertenencias y comen en los rastrojos las provisiones que compran en la tienda del pueblo o las que les proporcionan los amos, en lo que es un adelanto a cuenta de parte del dinero que habrán de percibir al final de la siega.

---

894 *Ibíd.*, 87.

Mientras los segadores hacen su faena, hay que ir preparando la era y las herramientas necesarias para la labor de la trilla. Ahora, todos estos duros trabajos los hacen, rápida y cómodamente, las cosechadoras. Pero, en aquellos tiempos perdidos, la ceremonia de la trilla comenzaba con la corta cosecha de legumbres; después, por separado y por este orden, la cebada, el trigo, el centeno y la avena:

El trabajo parece interminable, en días que casi no tienen fin. Se aventa, se criba el grano, se envasa luego en costales, para llevarlo, con el carro, a las cámaras de la casa. Un viaje y otro, desde la era al pueblo, desde el pueblo hasta la era. Los hombres viejos se toman un vino en el patio regado de la casa. Los chiquillos se han encargado de llevar las mulas a la cuadra y echarles el primer pienso. El día no termina aún, la faena se alarga, pues rara vez se quiere dejar el grano aventado y cribado en la era. Habrá que trabajar hasta que se haya subido a la cámara la última fanega.<sup>895</sup>

Cuando ya nada queda que hacer en la era, llegan días tranquilos, en los que se recogen melones, sandías, tomates y uvas negras y doradas. Es tiempo de sosiego y de felicidad en el que se aprovecha para ir a pasar alegres horas de domingos junto al río, bajo el frescor de los árboles, y disfrutar de un buen baño y de sabrosos guisos caseros. También para iniciar los preparativos con miras a la feria septembrina de la capital, a la que acuden gentes de los pueblos de la provincia de Albacete y de los vecinos pueblos de Cuenca, que celebran esa feria como si fuera suya.

Después de la feria todo es ya diferente. Anochece antes y se nota el airecillo fresco del otoño. Es el tiempo de la vendimia y hay que darse prisa para limpiar y preparar las bodegas que habrán de recoger el fruto de las uvas de pardillo, de valdepeñera, de bobal, de cencibel y de garnacha. A las bodegas llegan los carruajes cargados de uva y soltando gotas de mosto. Allí los esperan los hombres para pisar la uva mientras entonan alegres canciones.

---

895 *Ibíd.*, 107.

Concluidas las labores de vendimia y elaboración del vino, llega el momento de la sementera. Y Rodrigo Rubio cuenta cómo se hace esa labor: los barbechos se dividen en “rayas”, cada una de ellas con dieciséis surcos, de los cuales el sembrador coge ocho cuando va hacia un lado y los otros ocho cuando vuelve en sentido contrario, con objeto de que el grano esparcido se vaya cruzando y quede una siembra muy regular.

Días de noviembre; días de recoger patatas tardías, coincidiendo con la festividad de Todos los Santos, y de comerse unas buenas setas y alguna que otra pieza de caza. Pero, también, días en los que hay que recoger la rosa del azafrán, muy temprano, porque, como dice la zarzuela y recuerda Rubio, es una flor elegante, que nace al salir el sol y muere al caer la tarde. A continuación, hay que mondarla, cogiendo hábilmente los estigmas rojos de las rosas para tostarlos y guardarlos hasta que llegue el día de su venta en la capital. Otro día, por cierto, casi de fiesta, pues el azafrán se cotiza caro y con ese dinero, tan laboriosamente conseguido, los campesinos aprovechan para hacer compras en los comercios de la ciudad.

Porque las compras se hacen necesarias de cara a un invierno que, en las tierras manchegas, se adelanta en el calendario a la fecha oficial del 21 de diciembre. De hecho, los fríos hacen su aparición apenas pasa la festividad de Todos los Santos, si bien, con un poco de suerte, todavía se puedan disfrutar algunos días buenos, en el denominado veranillo de San Martín. Pero, generalmente, ya asoman las escarchas, las espesas nieblas matinales y puede que también las lluvias.

Son unas fechas en las que, como recuerda el escritor, por la zona de Montalvos asomaban cuadrillas de cazadores, algunos de los cuales aprovechaban para llevarse unas garrafas del vino nuevo. Así le sucedía al padre de Rodrigo, Buenaventura Rubio, a quien algunos amigos de la capital obsequiaban con perdices, liebres y conejos. Por su parte, él les correspondía con el mejor de sus vinos, jamón, queso y aceitunas, además de con algunos de los brindis que eran del gusto de los amigos, como aquel que decía: “Tabernero, écheme medio litro, / de su vino más enjuto, / que se ha muerto mi mujer / y le quiero llevar luto”.<sup>896</sup>

---

896 *Ibíd.*, 139.

Días cortos y largas noches, con las primeras escarchas, blancas y brillantes sobre los campos, que se aprovechan para hacer vida de familia y para ir preparando la matanza de los cerdos, allá por San Andrés: “para San Andrés, mata tu res, pequeña, grande o como es”.<sup>897</sup> Aunque, en los pueblos pequeños, no todos mataban el mismo día, ya que así se podían ayudar unos a otros, tanto en el caso de las mujeres como en el de los hombres. Aquellas, desde el día anterior pelaban, cortaban y picaban grandes cantidades de cebollas, entre bromas, risas y lágrimas.

De esa matanza o ese “mataero”, como se dice en tierras albaceteñas, le va a hablar a Rodrigo Rubio una mujer, Eulogia Martínez, a la que, según dice él, le ha costado mucho trabajo encontrar en las nuevas urbanizaciones de Alorcón. Esta mujer había sido ama de casa en un pueblo de la Mancha albaceteña, cuyo nombre no da el escritor, y va a ser quien le recuerde con todo lujo de detalles todo lo relacionado con el tema. ¡Como si él lo hubiera olvidado y necesitase alguien que le avivara los recuerdos!

Eulogia le habla de las especias que había que comprar, previamente, para preparar el embutido—“un hilo de pimentón, medio de clavo, una cuarta de canela, otra cuarta de orégano”<sup>898</sup>— y de la necesidad de conseguir piñones para las morcillas. Si no se habían podido recoger piñas en otoño para sacarles los piñones, después de tostarlas sobre las brasas, había que comprarlos, porque no se podían hacer morcillas sin esa clase de “estorbos” o “sapejos”, como se les llama por esa zona.

La mujer quiere contar hasta el más mínimo detalle de cuanto acontecía desde muy de mañana, cuando los hombres ayudaban a los matachines en su quehacer. Viendo que la narración va a ser pormenorizada, el cronista trata de encauzarla, y abreviarla, preguntando a la mujer si la matanza era una fiesta. Mas ella, que va a lo suyo, le contesta que sí, pero que la deje ir por su camino. De esa forma, se justifica, desde el punto de vista argumental, un relato que abarca casi seis páginas y que ofrece hasta el más mínimo detalle del proceso de

---

897 *Ibíd.*, 140.

898 *Ibíd.*, 140-141.

una matanza, incluidos algunos vocablos del habla de los campesinos y alguna coplilla alegre y jocosa.

Con las despensas bien llenas, los campesinos afrontan algunos días alegres, como el de la Inmaculada y las fiestas de Navidad, Año Nuevo y Reyes, y otros no tan alegres, como los días de temporales de frío, hielo y nieve, que se aprovechan para hacer algún plato típico, como el que indica el escritor albaceteño:

Y naturalmente, cuando llegan esos temporales, se suele hacer un “ajomortero”, con sus ajos, sus patatas cocidas, su miga de pan duro, el bacalao deshecho, el agua del bacalao, dos chorros de aceite de oliva crudo, moviéndolo todo en el mortero con la “mano” de madera y, cuando ya está terminado, ponerle por encima trocitos de huevo cocido y unas nueces limpias y partidas. Buenísimo, de verdad.<sup>899</sup>

### **Quehaceres, oficios y otras andanzas**

En este breve apartado, el autor incluye menciones a otras fiestas, por ejemplo, la de Pascua de Resurrección, cuando se solían escribir versos en las paredes, a la puerta de la muchacha enamorada, o se aprovechaba para darles una buena “cencerrá” a los viudos que se habían casado o juntado. Y la fiesta de los Mayos, que se celebra en la noche del 30 de abril.

Respecto de otros quehaceres y oficios caseros, menciona la elaboración de jabón para lavar la ropa, la fabricación de lejía, las conservas de tomate y de arropé, la “cochura” del pan y el trabajo del esparto. Y va explicando los procesos de elaboración de cada uno de ellos, como ya había hecho, con anterioridad, en otros libros suyos.

Por otro lado, cuando ya se acerca el final del libro, recuerda, una vez más, los viajes en carro que hacía con sus padres y esa curiosa

---

899 *Ibíd.*, 155-156.

“calefacción” del ladrillo caliente con la que se calentaban los pies, al tiempo que se tapaban las piernas con una recia manta de Palencia.

Ahora, ese mundo que el tiempo se llevó se ha modernizado con toda clase de adelantos técnicos, los cuales han posibilitado que el trabajo se realice con un menor esfuerzo y un mayor rendimiento. Pero él piensa que, antes, había mucha más humanidad y más hermandad, y más gentes que se divertían y sufrían. Por eso, añora aquellos años vividos por él en su pueblo, en donde todas estas cosas que ha contado a modo de crónicas se fueron grabando en su mente de modo indeleble, con lo cual no ha tenido que hacer apenas esfuerzos para recordarlas, aunque argumentalmente haya querido recurrir a personajes que le sirvieran como pretexto para el recordatorio. Todo está ahí, en el mundo que vive dentro de él:

Yo, ahora, al terminar esta crónica, quiero despedirme de un mundo que viví de niño, de un mundo que era más hermoso antes de que yo naciera, en el año 1931. Un mundo que heredé de mis mayores. Cuando yo era muchacho ese mundo sufrió muchísimas alteraciones y enconos, pues no se pueden olvidar, y menos para los que los vivimos, los años de la guerra civil y luego de la larguísima posguerra. En esta crónica no he querido especificar cosas concretas ocurridas en esos años, cuando el vivir se alteró tanto. He contado cuestiones de ese vivir en relatos y novelas. Ahora quería que la crónica fuera más “blanca”, que en ella se hiciera referencia siempre a un tiempo de paz, sin sobresaltos añadidos al vivir de los campesinos [...] Diré que mi crónica, como se puede apreciar leyéndola, se refiere a un tiempo que podríamos considerar “normal”. Se habla del quehacer de nuestras gentes, de sus formas de vivir. Y así es como quiero recordarlo todo, ahora que ha llegado el momento de la despedida.<sup>900</sup>

---

900 *Ibíd.*, 180-181.



## VI. LA ETAPA EXPERIMENTAL

### 6.1. *El regicida* (1969)

A comienzos de 1969, publica Rodrigo Rubio un libro formado por ocho cuentos, aparentemente independientes, por cuanto da la impresión de que ninguno de dichos cuentos guarda relación alguna con el resto. Cada uno de ellos tiene su tiempo y su espacio propios, además de unos protagonistas distintos que no tienen conexión con los personajes que aparecen en los demás cuentos.

No obstante, sí se puede apreciar en todos ellos una voluntad común de su autor de abordar temas más o menos actuales y de experimentar fórmulas narrativas que, hasta el momento, no habían sido utilizadas en los libros ya publicados o, si lo había hecho, había sido de una manera un tanto primeriza y titubeante. Me refiero, en concreto, al tono simbolista y, en ocasiones, un tanto surrealista que impregna a varios cuentos del libro, frente a otros que son algo más tradicionales, como en seguida tendremos ocasión de comentar.

Además, si nos fijamos en aspectos relativos a la temática de estos ocho relatos, podemos observar que entre algunos de ellos existen similitudes o puntos de contacto que permitirían hablar de una relativa unidad de los mismos.

Así, por ejemplo, “La bodega” y “El duende” son dos cuentos relacionados con la época de la guerra y la inmediata posguerra y en los que se habla de fantasmas y apariciones. “El velador” y “Melchor, el alfarero” están protagonizados por sendos ancianos sumidos en la soledad y el abandono, como también lo está, aunque de otro modo, el protagonista de “Miguelito”. Y, en “La zanja”, “La burla del rebelde” y “El regicida”, el autor se centra en varias formas de rebeldía frente a la sociedad que maniató al individuo.

## Entre el mundo real y el mundo de los espíritus

El primero de los cuentos de *El regicida* lleva el título de “La bodega” y en él se trata el tema del suicidio de Benito, un hombre que perteneció al bando de los vencedores de la guerra civil y que acabó convirtiéndose en una especie de cacique o dictador, no solo en el pueblo, sino también en su propia casa.

El relato corre a cargo de la que fuera su mujer, Matilde, quien en segunda persona, y a modo de monólogo interior dirigido hacia un cadáver —aunque en este caso la mujer no le habla a un muerto de cuerpo presente, como sucedía en su novela *Equipaje de amor para la tierra*—, se dirige al espíritu de su marido para comentarle si, poniéndole alguna vela, conseguirá evitarle una condena por los siglos de los siglos. Situada en el mismo lugar en donde él se colgó por el cuello, Matilde recuerda el baile que remedaba el cuerpo del ahorcado, al tiempo que empieza a rememorar parte de su vida de soltera y de su vida de casada, así como los motivos que llevaron a su marido al suicidio. Es decir, este cuento, como algunos otros del libro, empieza en un punto concreto de la historia —*in medias res*— para después ir ofreciendo los antecedentes y los detalles relevantes de la misma, poco a poco y de forma retrospectiva.

De otro lado, llama poderosamente la atención la disposición de ciertos elementos del relato. Así, en el transcurso del mismo se incluyen algunas frases transcritas de forma directa por la narradora. Estas frases, que aparecen en letra cursiva, se refieren, casi siempre, a palabras pensadas, y no pronunciadas en voz alta, por la propia Matilde en relación con circunstancias diversas, como, por ejemplo, el momento del descubrimiento del cadáver de su esposo, cuando dice: “¿*Qué ha hecho este hombre, madre del cielo?*”<sup>901</sup> Aunque, en otras ocasiones, reflejan frases pronunciadas por Benito y, también, el contenido de algún diálogo breve y tenso entre el matrimonio, como el mantenido días antes de su muerte:

---

901 Rubio, *El regicida*, 9.

Me acordaba de tu humor en los últimos días. ¿Comes algo, tú? Y sin mirarme: ¡No! Entonces fue cuando grité (porque entonces yo gritaba, qué cosas): ¡Anda y que te ahorquen! Y fue como nombrar la sogá, claro. Qué ojos me echabas, qué temblor en tus grasas, qué manos crispadas. ¡Calla, calla o te estrangulo! Cualquier cosa. Si no callo, me liquidas.<sup>902</sup>

Además, también es frecuente el uso del paréntesis, lo que obedece a dos tipos de intenciones. Una primera es la de una función aclaratoria, como la que acabamos de ver en el texto anterior, cuando Matilde quiere precisar que por entonces ella solía gritar, algo que no había hecho en ocasiones precedentes. O como aquella otra en la que se refiere al papelito que Benito llevaba en el bolsillo de su chaleco y, entonces, entre paréntesis, aclara que se trata de una hoja de libreta que tiene cuentas a lápiz en la otra cara.

Otras veces los paréntesis se emplean para explicar o amplificar alguna aseveración o algún término usado en la narración, como cuando comenta que el ahorcado bailaba al son de las canciones, y entonces explica el texto de las mismas: “Estoy viendo la dichosa empotradora. Ahí fue. Ahí te vi bailando al son de las canciones (“Tienes que pagar, Benito; si no pagas, habrá embargo, vecino...”), que salmodiaban nuestros acreedores”<sup>903</sup>

Gracias a ese relato retrospectivo, sabemos, en un primer momento, que la causa principal del suicidio es la de evitar la vergüenza de tener que pagar las deudas a sus acreedores, so pena de ser embargado. De ese modo pensaba hacer la más sonada de sus burlas, como escribió en el papelito dirigido al juez que había colocado en el bolsillo de su chaleco y en el que decía que todos se podían ir a la mierda, pues no les iba a pagar. Porque su orgullo le impedía sufrir la humillación de tener que pagar a unas gentes a las que él consideraba inferiores. Como bien señala Matilde, alguien que, como él, había sido del bando vencedor, que se había acercado a los influyentes y con buenos regalos se había hecho con la vara del poder y que había oprimido sobremanera a la gente

---

902 *Ibíd.*, 10.

903 *Ibíd.*, 9.

humilde, no podía suplicar a nadie, cuando las cañas se tornaron lanzas. Él solo puede vencer o morir.

En esos momentos, ya Benito no era el de tiempos pasados, cuando montado en su caballo paseaba por el pueblo su oronda barriga, su riqueza y su poder. Poco antes de suicidarse era un hombre con la cabeza gacha, derrotado, que no soportaba las risas de los que ahora ya no lo temían. Ese cambio tan brusco queda perfectamente de manifiesto gracias a otra técnica utilizada por Matilde en su narración: las interrogaciones retóricas dirigidas al espíritu de su marido y que, por tanto, no pueden obtener respuesta; o, mejor aún, se contestan por sí mismas, y en sus respuestas se halla la decadencia del cacique, que no supo ni quiso adaptarse a los nuevos tiempos, cuando ya la euforia de sus gritos y amenazas no atemorizaba a nadie:

¿Dónde estaban las yuntas? En ninguna parte. ¿Para qué las querías?, ¿podías encontrar a alguien —a algún viejo explotado— que trabajara tus tierras? ¿Eras capaz de unirte a los que, en comunidad, compraban maquinaria? ¿Te quedaba alguna querida orilla de cualquier camino? ¿Dónde estaba la jaula de tu perdiz? ¿Por qué, de unos años a esta parte, los chiquillos podían seguir dejando su orín contra una pared de la plaza sin que tu presencia, ¡huy, qué miedo!, cortara el desagüe?<sup>904</sup>

Ese golpe que la vida le dio al cacique no fue igual para su mujer, porque, según ella afirma, tenía suficiente con sus ropas, sus animales, sus rezos y sus suspiros. Ella no iba a sufrir por ser pobre, porque se había resignado a la idea de ser una simple sombra a su lado, así como al hecho de haber sido alguien de quien su marido se sirvió para aumentar su poder y su riqueza, negociando con la bodega de la familia de Matilde. Una familia honrada y trabajadora, de ideología liberal, que, a diferencia de Benito, nunca se preocupó de medrar:

---

904 *Ibíd.*, 10-11.

Los míos no habían medrado, pero tú sí medrabas y con qué rapidez. Cuánta tierra comprada a las viudas de cárcel y a los que habían vuelto, pero ya sin fuerzas para trabajar sus raquíticos predios. ¿Qué te faltaba, gran hombre? ¿Qué se interponía en tu marcha? Nada en absoluto. Los fraudes quedaban en la impunidad. ¿Sabían vuestras cosas allá arriba, o allá en el centro? ¿Por qué tanta escopeta para un solo cazador? ¿Debía alegrarme yo? ¿Es que era yo una mujer para gritar entonces? No, bien sabías que no. *Tienes resabios de rojilla*, llegaste a decir, y que era por herencia de familia, por mi padre, que siempre fue abierto liberal.<sup>905</sup>

A cambio de los beneficios procedentes de la herencia familiar, lo que Benito dio a su mujer fue soledad, abandono, silencio e infidelidad. Le dio una casa grande para que se moviera por ella, hablando sola, entre muebles, litografías y un reloj que, con sus monótonas y rutinarias campanadas, casi la volvía loca. En especial, porque su marido la hacía sentirse como un cero a la izquierda, ya que lo único que ella podía hacer era ver, oír y callar todo cuanto él hacía y deshacía.

Tampoco había sido una mujer feliz en lo tocante a la vida conyugal. Benito había sido un hombre “que te amuela en el colchón, en los primeros años de vida juntos, y que luego te empuja hacia un lado.” Además, no le dio ningún hijo, y se dedicó a engañarla con asiduidad, como confiesa Matilde haciendo uso de una metáfora muy en línea con esa imagen de jinete que tanto gustaba de cultivar el propio Benito:

Una cree que lo del colchón puede ser bueno; ignoras tanto que temes y deseas. Pero creo que hace falta otra clase de jinete para que la yegua salga buena. Empezaste mal y de ahí el que pronto tu cabalgadura estuviera llena de resabios. Querías saberlo, pues ahí está: nunca, ni siquiera cuando dije ¡ay!, para que te enteres; nunca, ni siquiera se me llenaba la frente de sudor. Así que, luego, cada descanso una fiesta para mí.<sup>906</sup>

---

905 *Ibíd.*, 14-15.

906 *Ibíd.*, 11.

No es que no le dolieran sus andanzas. Claro que le dolían, sobre todo porque su marido había acabado convirtiéndose en lo que ella siempre había detestado: un ser prepotente, que se servía de todos y que a nadie quería, ni a su propia mujer. Pero, como era de esperar, un hombre así tenía que hallar, antes o después, el merecido castigo. Y así fue. Aquellos mismos hombres a los que él había oprimido acabaron tomando a sus familias y marchándose del pueblo. Otros, más jóvenes, despreciaban el trabajo que él les ofrecía —ahora ya no podía imponerse como antes, porque ya no tenía en su mano la vara de mando— y se unían para trabajar de forma colectiva, en cooperativa. Y él, con su misma tozudez, con su incapacidad para dar su brazo a torcer, se fue cavando su propia tumba:

¿No hubiera sido mejor mirar hacia abajo, siquiera una vez, eh, hombre, eh, marido, una sola vez, hacia abajo del todo, *estoy en las últimas, no tengo obreros, se marcharon, no me sirven las yuntas, no puedo comprar maquinaria, mejor sería cerrar la bodega y formar parte de esa cooperativa*, una vez por los menos, hombre, decirte algo así, y entonces sentirte al abrigo de todos aquellos ventisqueros ¿Por qué otra vez ¡los hundiré!, ¡los hundiré!, como si fueras un dios de los abismos y pudieras, con un leve impulso, poner patas arriba todas las tierras y todos los mundos?<sup>907</sup>

La jugada que el destino le tenía preparada se vino a consumir en esa misma bodega familiar de la que él tanto se había aprovechado para medrar, pues allí fue, precisamente, donde encontró la viga para, en una madrugada fría, llevar a cabo su último y más patético baile. Después, quien tanto se había esforzado por poseer tierras y más tierras, se quedó absolutamente sin nada. Es más, ni siquiera la gente respetó su cadáver y acabó convirtiéndose en objeto de la burla de todos, mientras su lengua era una especie de aeropuerto para las moscas. Y fue llevado, sin cánticos de ninguna clase, al trozo de cementerio donde entierran a los suicidas.

---

907 *Ibíd.*, 16.

Es en este punto del relato cuando reaparece la figura de la vieja Dionisia, con esa imagen fantasmagórica a la que se había hecho mención al comienzo del relato. Dionisia, “con su diente amarillo, su moco arriba, un sorbo, abajo; otro sorbo, y su boca temblona, y sus ojillos irritados”<sup>908</sup>, era la persona que hacía compañía a Matilde cuando Benito se dedicaba a sus correrías fuera de la casa. Era una vieja a la que el matrimonio mantenía, en la confianza de que, al morir, les dejaría sus miserables tierras; pero ella se había marchado de este mundo cinco años antes del suicidio de Benito y les había hecho una buena faena, pues la mitad de aquellas tierras fueron a manos del cura, para pagar rosarios, novenas y responsos.

Pues bien, al final del relato, cuando han pasado algunos años del suicidio de Benito, Matilde relata que, cada vez que llega el mes de noviembre, enciende velas al marido y aprovecha para entretenerse divagando sobre la que fue su vida con él. En esta ocasión, le informa de que los acreedores se van a llevar algo de lo que el matrimonio poseía, aunque le van a dejar lo que para ella es más importante: el silencio, que siempre ha formado parte de su vivir, y el viejo gato legañoso, que es su única compañía. Al llegar la noche de ánimas, el espíritu de la vieja Dionisia reaparece para burlarse de nuevo del avariento Benito: “se ha dado una vueltecica, como ella decía, por aquí; ha venido, le ha soplado a la bujía y luego, yéndose por la chimenea, *je, je, ji, ji*, me ha dado, con su risa, un recuerdo para ti”<sup>909</sup>.

Respecto del relato titulado “El duende” nos contaba Rodrigo Rubio que no es más que el reflejo de alguna de las muchas leyendas que él había oído en su pueblo cuando era niño y, de paso, nos daba algunas claves para interpretar el significado y la intención del mismo:

Mis primeros intentos para hablar de gentes que parecían tener algún poder. Personas que son un tanto malignas —o tal vez no—, pero que pueden surgir, para fastidiar a los otros, después de muertos. En este cuento creo que hay una clave de humor negro, por cuanto Cándida, la nuera, parece una mujer de rompe y rasga, y sucumbe ante

---

908 *Ibíd.*, 10.

909 *Ibíd.*, 17.

la vieja. Y más cuando esa vieja ya ha muerto. Le lleva vasos de leche y encuentra la escudilla con una mierda. Me parece que yo era muy cruel entonces, pese al sentimentalismo que algunos me achacan.<sup>910</sup>

Al igual que los protagonistas de “La bodega”, también Gabriel y Cándida son un matrimonio sin hijos y con un gato, y que, durante algún tiempo, vivieron con la compañía de una vieja, en este caso la madre de Gabriel, conocida como “La Cuca”. Asimismo, este relato tiene alguna relación con la guerra civil, ya que el narrador en tercera persona cuenta que a Cándida, según ella misma decía, la trastornaron las bombas y eso que, como irónicamente aclara ese narrador omnisciente, la única bomba que se oyó en el pueblo, “vino a caer a unas cinco leguas, en la capital. Sería la más grande y por eso los cristales temblaron, las gentes corrieron y a la Cándida se le escapó el orín en la calle”.<sup>911</sup> Algo que, sin duda, no era para reírse; aunque los milicianos bien que se rieron de ella. Pero, con el paso del tiempo, aquella situación daría la vuelta y esas gentes fueron a parar a la cárcel, mientras que su marido resultó vencedor, a pesar de que su gloriosa actuación durante la guerra se había reducido a buscarse un buen escondite cuando llegó el momento de la movilización general. La suerte le acompañó, a pesar de su cazurrería, que era cosa de herencia. Y así se lo hacían ver los que regresaban de la cárcel, mostrando en sus ojos más el rencor por el castigo que el agradecimiento por el indulto. Según estos, si ellos hubieran sido los ganadores, Gabriel la hubiese pringado bien; mas, lamentablemente para ellos, no fue así.

Como en el caso anterior, el relato se inicia en el momento en que Cándida le dice a su marido que está segura de que el espíritu de su suegra vuelve para vengarse de ella y este le responde, como en él suele ser habitual, pidiéndole un trago de vino, algo que sacaba de quicio a Cándida, la cual “era de natural nerviosa; alta, huesuda, las ropas negras, con el anuncio de una amenaza constante; el pañolón siempre puesto, como para asustar al miedo”.<sup>912</sup>

---

910 Carta de 3 de junio de 1988.

911 Rubio, *El regicida*, 60.

912 *Ibíd.*, 59.



En cambio, Gabriel es un hombre que no se inmuta por nada, ni siquiera por esas historias de fantasmas a las que tan aficionada es su mujer. Y, entre otras razones, no se altera como ella porque a él la guerra no lo había trastornado, y a Cándida sí, por aquello de la famosa meada.

A partir de este momento en que se inicia el relato es cuando el narrador comienza a contar, de forma retrospectiva, una historia que todas las malas lenguas del lugar conocían y que era la que motivaba buena parte de los temores de la pobre Cándida.

Cuando Cándida y Gabriel se casaron, se fueron a vivir a la casa de los padres de este, en compañía de la tía “Cuca”, una vieja “rostrilarga” y que tenía unos dedos muy secos, como pedazos de sarmientos. Una vieja, un tanto bruja y hechicera, la cual, como aquella famosa puta vieja Celestina, se dedicaba a “desfacer” los embarazos no deseados de las parejas, a pesar de lo cual decidió seguir adelante con su propio embarazo, fruto de alguna de sus múltiples andanzas por bailes y zaragatas:

“Pescó” al bonachón de Zacarías y, al decir del cuento, fueron muy felices. A ella le gustaba mucho apagar candiles y cantar cuando la casa estaba a oscuras. Le llegaban jovenzuelas para adquirir recetas, y ella las daba, no sin desplumarlas a base de bien. Les entonaba cánticos así como de entierro, y las preñadas se iban para poner en el basurero su huevecillo sin apenas cuajar.<sup>913</sup>

Tras la llegada de Cándida a la casa, esta ordenó a la tía “Cuca” que pusiera fin a sus brujerías y se mantuviera quieta en un rincón. Y con ese convencimiento vivía la nuera, hasta que descubrió que la vieja se dedicaba a derramar aceite sobre las ascuas del hogar y a canturrear canciones, con todo lo cual a Cándida la sacaba de sus casillas. Hasta tal punto que, un día, esta le dijo a su suegra que ella había matado a su marido, Zacarías, lo que provocó en la vieja una reacción a medio camino entre la locura y la brujería:

---

913 *Ibíd.*, 61.

“La Cuca” dio diente con diente. El hijo, el Gabriel, gordón ya y con reloj de plata en el bolsillo del chaleco, fue por una manta y dijo: “Tápese, que lo que usted tiene es frío, madre”. Ella se tapó, pero luego, al rato, salió al patio, desnudándose bajo las estrellas de enero. “¡Madre!” “¡Madre!”, decía el Gabriel. “¡Abuela!”, dijo la Cándida por primera vez en su vida. Y cuentan que “La Cuca” se inclinó entonces y dijo, con voz como de alguna abuela suya, hace cien años muerta: “Aquí me tenéis, queridos míos; aquí estoy, a merced de las flores, que me asfixian con su olor...”<sup>914</sup>

Según contaban los lugareños, desde entonces la “Cuca” comía sopa en una escudilla y únicamente salía al corralón de la casa. La vieja era ya un montón de huesos y unos ojos con brillo, que gustaba de pasear por las cámaras de la casa durante horas, incluso de noche, sin más luz que la llama de una tea. Entonces, era Cándida la que tenía que subir a buscarla para que bajara a cenar. Y la vieja, una y otra vez, le respondía. “Uh, uh, que te como, que te como”. Así, hasta que una buena noche su nuera le arreó un buen sopapo “e hizo que la vieja cayera de la cámara, escaleras abajo, ¡pum!, ¡catapum!, como si fuera un melón”<sup>915</sup>

Aquella caída puso a la vieja a las puertas de la muerte. Pero, antes de irse al otro mundo, le tenía reservada una cruel sorpresa a su nuera. Así, cuando ya se había confesado y estaba a punto de morir, llamó a Cándida para decirle, ante las vecinas que rezaban por su alma, que jamás tendría el hijo por el que ella tanto suspiraba, pues a ese hijo se lo había llevado ella la noche en que salió desnuda al patio y entonó aquella misteriosa especie de oración o hechizo. Fue en ese preciso instante cuando Cándida tuvo conciencia de que la vieja bruja se la había jugado para siempre y cuando empezó a perder aún más la cabeza.

Muchos años después de aquello, un día en que iba concluyendo el mes de octubre, Cándida vio que la puerta de la cámara empezaba a abrirse lentamente y, entonces, se acordó de la abuela y de sus últimas palabras. Incluso le pareció oír su voz, aunque, en realidad, la que

---

914 *Ibíd.*, 62.

915 *Ibíd.*, 63.

escuchaba era la voz de su marido que, a veces —cosa no muy extraña— tenía el mismo acento de la voz de su madre.

Días más tarde, en un anochecer del mes de noviembre —como no podía ser de otro modo—, cuando subió a la cámara, la vieja le sopló el candil. Iba desnuda y se escondió en un agujero. Esa noche, como le había sucedido cuando el famoso bombardeo, se le escapó otro chorro de orina, cosa que al marido no le hizo ninguna gracia porque no le apetecía tener que volver al médico y soltar otras quinientas pesetas.

Algún tiempo después, llega otro uno de noviembre y Cándida recuerda aquel cuento viejo: “El búho hacía: Que voy, que voy..., y el hombre de la máquina, el afilador, se creía que era un alma en pena...”<sup>916</sup> Ese año, durante los treinta días y las treinta noches del mes de noviembre, Cándida había estado oyendo como un arrastrar de pies por la cámara y no se había atrevido a decirle nada a su marido, quien la amenazaba con llevarla al médico de los locos. Aunque, cuando ya no lo puede resistir más, le cuenta lo sucedido y, de ese modo, provoca el curioso y esperpéntico final de la historia:

—Le he subido leche. He puesto un vaso alto, de los tallados, y esta mañana me he encontrado la vieja escudilla (empezó a sollozar, histérica, al decir esto), la escudilla con... con...

—¿Con qué, vamos?

—Con una mierda dentro.

Y lloró más fuerte. El hombre no podía contener la risa.

—Calla, calla, y no te burles, Gabriel.

Y el hombre:

—Madre, baja. Vamos, hazte el ánimo, mujer.

Y se reía tanto que su mujer, la Cándida, echó a correr hacia la calle, porque entonces, lo que son las cosas, en esos momentos, comprendió que su marido también era brujo, porque eso, lo mismo que los vicios, deber ser cosa que se hereda...

—¡Socorro! —decía la Cándida mientras corría. ¡Socorro!

Y él, muy tranquilo, sin dejar de reír:

—Pero, madre... ¡Vaya una faena, vaya una faena...!<sup>917</sup>

---

916 *Ibíd.*, 66-67.

917 *Ibíd.*, 67.

## Tres historias de indiferencia y abandono

El segundo relato de *El regicida* está dedicado a un joven retrasado llamado Miguelito, cuyo nombre da título al cuento. Un relato que, según nos indicaba el autor en la carta anteriormente citada, está escrito con una técnica impresionista y en el que no se cuenta una historia propiamente dicha:

“Miguelito” es un relato impresionista. No se cuenta una historia, sino el vivir momentáneo de unas gentes. También, una forma de mostrar la fuerza, la frivolidad y la indiferencia ante un ser algo tarado, pero humano y limpio, como el tal Miguelito. La historia fue posible por lo que yo había visto y vivido en una whiskería de Cullera, cuando vivimos allí de recién casados.<sup>918</sup>

En efecto, los personajes de “Miguelito” están delineados a base de meros detalles un tanto impresionistas, sin llegar a realizar unas descripciones o retratos de forma detallada y precisa, comenzando por el protagonista, que es presentado mediante estas breves, gruesas y rápidas pinceladas, tanto del narrador, en tercera persona, como del propio personaje, en primera persona:

Pequeños los ojos, alta y seca la figura, la cabeza en tinieblas. Allí estaba Miguelito. Alto como un poste, pequeño como un fruto sin sazonar. Yo soy Miguelito, para servirle. No se limpie los zapatos si no quiere. Soy bueno. Me llamo Miguelito.<sup>919</sup>

Tras esta breve presentación, Rodrigo Rubio estructura el relato a través de las cortas intervenciones, en tono de burla, de una serie de personas congregadas en un ambiente de manifiesta degradación social,

---

918 Véase la nota 910.

919 Rubio, *El regicida*, 21.

que, por los escuetos datos que ofrece el narrador, parece tratarse de un bar nocturno cercano a una playa, en una noche de invierno, con la estufa encendida y un rumor de olas a lo lejos. Allí se encuentran, entre otros pintorescos personajes, un tal Enrique, que, con sus patillas en forma de hache, parecía un bandolero; la Portuguesa, que era culibaja, vestía falda-pantalón y llevaba en sus ojos una mirada de juerga; el Pequeñajo de la espalda alzada, el cual se deja acariciar por una rubita demasiado cariñosa; la Maña, una especie de Agustina de Aragón en versión chica de alterne, quien no soporta que hablen mal de España; un camarero pálido que escribe comedias; un muchacho con guantes perforados y auténtica figura de matón callejero, el cual saluda a Miguelito al estilo militar; dos franceses que toman Ricard; un muchacho que toca la guitarra y canta con aires mexicanos; el propio narrador, que lo contempla todo mientras bebe ginebra, y su amiga Michelle, amante de la música de Edit Piaf y de Joan Báez, la cual pone leche a su perro en una escudilla.

En ese ambiente de resonancias esperpénticas y un tanto surrealistas, todo parece girar en torno a circunstancias y conversaciones meramente anecdóticas y algo incongruentes. De hecho, la mayor parte de las personas que aparecen en escena no tienen relación alguna entre sí; son como pequeños entes aislados que forman parte de un conjunto en el que lo más relevante son las burlas de que es objeto el pobre Miguelito, quien parece estar allí para limpiar el calzado de los clientes que lo deseen.

Burlas que se centran en su condición de hombre virgen, en si una gitana se quiso o no casar con él, en si robó o no alguna vez naranjas, o en si sabe o no cantar. Todo ello en un clima de alcohol y juerga y en medio de un viento que podía cortarse con navajas, y con un Miguelito que apenas se entera de lo que está pasando.

La única persona que muestra algo de compasión y ternura con ese pobre retrasado es el anónimo narrador. Él es quien apunta que Miguel, como él le llama, parecía una amapola en un campo sin agua, mientras especula con la posibilidad de que viva en una casa pequeña situada en la falda de un monte, con geranios en el patio, un gato, una gallina y una vieja madre esperando su llegada. Él es, también, quien promete pintar al muchacho, sentado en su patio, junto a la maceta

más pequeña, y quien, antes de marcharse de aquel antro, se despide de Miguel, al tiempo que se hace las siguientes reflexiones:

Se quedaría allí ignorado ya de los cantantes y de los matones. Se quedaría en su rincón, firme, dispuesto a obedecer, dispuesto a seguir siendo un viejo-niño, algo así como una flor que crece —y se marchita— en mitad de una tierra de cardos.

—¿Se va, señor?

—Sí, me voy.

—Vaya con Dios, el señor.

—Adiós, Miguel.

Cuando salí a la calle me pareció que el mar gemía por inocencias maltratadas...<sup>920</sup>

Si “Miguelito” es el relato de un hombre-niño incomprendido y objeto de burlas y mofas, algo similar cabría decir a propósito de los protagonistas de “El velador” y “Melchor, el alfarero”, dos relatos protagonizados por sendos ancianos igualmente incomprendidos por algunas personas de su entorno, pero que están escritos en una forma más tradicional y son más acordes con esa añoranza del mundo perdido propia de los libros de la primera etapa del escritor albaceteño. Es decir, son unos relatos más cercanos, técnica y temáticamente, a los cuentos de *Palabras muertas sobre el polvo*.

“El velador” es un cuento ambientado en la capital madrileña, en la que, en el momento de iniciarse la narración de los hechos, el reloj de Gobernación está dando las once de la mañana. A esa hora, el viejo protagonista, Mariano —cuyo nombre se nos dirá ya muy avanzado el relato—, quiere salir a la calle y solicita ayuda a su hija, Angelina, para que lo ayude a vestirse. En el corto espacio de tiempo que media entre la negativa inicial de la hija a hacerlo y el momento en que, por fin, se dispone a ayudarlo, el narrador omnisciente nos va informando de varias cosas, como, por ejemplo, el ajetreo diario al que tiene que enfrentarse Angelina para preparar el desayuno, llevar a los niños al colegio, hacer la compra, regresar a casa, atender a su padre, etc. Todo, siempre, corriendo.

---

920 *Ibíd.*, 27.

Y, en tal sentido, reconoce que es posible que su padre esté en lo cierto cuando se queja de estos tiempos de ahora, con esa sempiterna letanía suya de que los están matando poco a poco.

Al narrador le da tiempo, también, a referirse a Juan, el marido de Angelina, el cual a esa hora acude a casa desde su cercano trabajo para almorzar y leer un rato el periódico. Porque Juan compra un periódico por la mañana y otro por la tarde, tal vez, como recuerdo de aquellos años jóvenes en que tuvo unas inquietudes políticas de las que ahora carece.

Después, se nos cuenta la confusión en la que vive sumido el abuelo ante las obras de modernización de Madrid —con lo que él cree que son unas cuevas que están haciendo en la calle de Alcalá y que resultarán ser para construir un “parking” — y ante el lenguaje que emplean sus nietos y que a él, a sus ochenta años, le cuesta trabajo comprender. Y es que, para Mariano, el mundo solo tiene sentido cuando piensa en que todo sigue igual a su alrededor, cuando le parece que nada ha cambiado en la calleja del mismo corazón de Madrid, a dos pasos de Sol, en la que él vivía. Y cuando piensa, “sobre todo, en ‘El Café,’ en su viejo y querido ‘Café,’ de donde tuvo que salir por jubilación, pero al que pudo volver, un día y otro, para sentarse a aquel velador de las bandejas y ver, con los ojos húmedos, a los camareros en activo...”<sup>921</sup>

Mientras espera que su hija venga a ayudarlo, el pequeño milagro de la retrospectiva narrativa permite que el viaje del abuelo a través de la memoria no se circunscriba solamente al café en donde trabajó y a ese velador que da título al cuento, sino que pueda ir más allá en el espacio y en el tiempo:

Pero sus recuerdos iban aún más allá. Recordaba cuando vino de su pueblo, La Roda de Albacete, chiquillo que empezaba a ayudar a su padre, de oficio pocero y albañil, y que aquí, en los Madriles, le ayudó un tal Don Agapito, “que en paz descanse”, hombre de bodegas y tierras, e influyente en la capital. Por entonces, recadero en “El Rápido”, transportes por tren y carretera, él pasaba ante “El Café”, y allí

---

921 *Ibíd.*, 41.

se quedaba horas enteras (“Qué señores vienen aquí... Los camareros parecen marqueses...”). Y pensó que trabajar allí sería la aspiración máxima para él.<sup>922</sup>

Tras cinco largos años, al fin consiguió convertirse en uno de esos “marqueses” a los que él sanamente envidiaba, según hemos podido ver en ese paréntesis empleado por el narrador para transmitir, en estilo directo, los pensamientos del entonces recadero Mariano. Así, gracias a su trabajo en “El Café”, tuvo ocasión de conocer a figuras del cuplé, como Raquel Meller, o del toreo, como Granero, al que vio justo la tarde de su cogida y su muerte. Y allí es a donde pretende dirigirse cuando esté vestido, pues trata de evitar, como buenamente pueda, que lo derriben; aunque, como aclara el narrador, Angelina está a punto de decirle que lo han demolido durante los días que él lleva sin salir a la calle.

En el corto espacio de tiempo en que, por fin, Angelina ayuda a su padre a ponerse la chaqueta, el narrador aprovecha para ofrecernos una pequeña muestra del humor de Mariano y de su amigo Andrés, otro jubilado que suele visitarlo en su casa. Ambos mantienen diálogos como este en que Mariano le pregunta a su amigo sobre la vida y que, además del contenido humorístico y algo satírico del mismo, tiene un componente altamente premonitorio de lo que sucederá al final del relato, como luego tendremos ocasión de comprobar:

—Y qué, ¿te gusta este mundo?

—¡Bah!, nos tienen fritos. Si bajas de la acera, ¡zas!, te siegan.

¡Qué asco!

—¿Te gusta a ti esta vida?

—¡Bah!... Bueno, algunas cosas, sí.

El abuelo le miraba curioso. Añadía el otro:

—¿Tú has visto las minifaldas?

—¿Las mini... qué?

—Que si tú te has fijado en las chicas de ahora, tiquití, tiquitá, que andan como andan, y vestidas para coger un constipado.

—Sí, las he visto. Oye, ¿tendrán padres?

---

922 *Ibíd.*



- Anda, y algunas, de las mayorcitas, hasta marido.
- ¡Uuuuh!... ¡Tararii!...
- Que quiere el toro salir...<sup>923</sup>

Una vez vestido, y nada más salir la hija hacia la droguería, Mariano se escapa de casa. Ya en la calle, aumenta su sensación de extrañeza, entre tanto vehículo y tanta gente a la que desconoce. Se cruza con una jovencita muy hermosa, con su minifalda, que lo ayuda a cruzar la calle, mientras él casi llora de alegría.

Cuando llega al lugar en donde estaba “El Café”, observa que allí ya solo hay escombros y, entre el polvo blanco que se le mete en los ojos y se los llena de rabia, ve cómo alguien saca a la calle su velador. Es entonces cuando, en medio de las burlas de dos muchachos que pasan a su lado, decide llevárselo consigo arrastrándolo como buenamente puede, al tiempo que trata de huir de los albañiles que intentan impedirle. En ese preciso momento es cuando se hacen realidad todos los datos premonitorios que habían ido apareciendo a lo largo del cuento:

- Quiso llevárselo. Tropezó. Cayó a la calzada.
- ¡Abuelo!
- Se oyeron chirridos de frenos, golpes metálicos. Voces.
- ¿Qué pasa?
- El viejo...
- Se detuvo la circulación. Llegó un guardia. Otro más.
- ¿Lo han atropellado?
- Me cayó delante del coche, señor guardia. No tuve la culpa.
- Que lo digan los testigos.
- Y está muerto.
- Y parece que se ríe, aferrado al velador.<sup>924</sup>

El pobre Mariano muere haciendo realidad su deseo de no separarse de su añorado velador. Nadie lo comprendía; pero él sabía muy

---

923 *Ibíd.*, 42-43.

924 *Ibíd.*, 45.

bien lo que quería: sin aquello que daba sentido a su vida, sin aquello por lo que él tanto había luchado, no le merecía la pena vivir, en un mundo que le resultaba totalmente ajeno. Además, al fin y al cabo, su vida tampoco significaba mucho para el resto de la gente, como lo demuestra el hecho de que, poco a poco, la calle vaya volviendo a su desenfadado ritmo habitual, como si nada hubiera pasado. Tan solo había muerto un anciano que, al parecer, tenía perturbadas sus facultades mentales.

“Melchor, el alfarero” es otro cuento en línea con ese tipo de narración más tradicional que, al igual que el resto de los relatos de *El regicida*, se abre, *ex abrupto*, en un momento de la historia en que nada sabemos de todas las circunstancias que rodean al personaje y su problemática. Será después, a medida que la narración vaya avanzando, cuando conozcamos todos los pormenores y los antecedentes de los hechos.

El relato se inicia en una calle de un pequeño pueblo, cuando Cristóbal, el alcalde, pregunta al viejo Melchor si se ha decidido a ocupar el puesto que le tienen reservado en el asilo. Si no lo hace de forma voluntaria, vendrán a llevárselo por la fuerza. La contestación del viejo se resume en un salivazo que, por una carambola del viento, casi cayó en los pies del alcalde.

Cuando este se marcha del lugar, el narrador omnisciente comenta que Cristóbal casi podía ser nieto de Melchor y, entonces, aprovechando los recuerdos del viejo alfarero, se retrotrae hasta los años de la guerra para hacer un satírico comentario a propósito del padre del ahora alcalde:

Recordaba a su padre, republicano viejo hasta el cambio del treinta y nueve. Entonces apareció el hijo, este Cristóbal, contento por haber ganado en el frente, y el padre, Mauro, por mal nombre “El Garras”, se limitó a mirar de su molino, a decir: ¡”Ea!, este chico mío vale, éste hará camino”, todo mientras maquilaba a manos llenas, algo que siempre había hecho.<sup>925</sup>

---

925 *Ibíd.*, 71.

A renglón seguido, se nos cuenta que Cristóbal lleva varios años con la vara de alcalde, pero es ahora cuando más ufano y satisfecho se muestra, porque, por fin, había conseguido que desde la Diputación Provincial se preocupasen de su pueblo e hiciesen algo por sus habitantes. Una circunstancia esta que supone la llegada de periodistas y de los medios televisivos y, por ende, la celebración de una gran fiesta, muy similar a aquella otra que Rodrigo Rubio había relatado en *Palabras muertas sobre el polvo*, a propósito de la llegada al pueblo del paisano que aspiraba a convertirse en diputado nacional. Y, como en aquella ocasión, también ahora el escritor albaceteño pone en boca del narrador esa fina y sutil ironía tan característica suya, que, en este caso, se ve reforzada con el uso de los paréntesis narrativos:

Todo porque los de la Diputación habían tomado el pueblo como a hijo huérfano (y bien huérfano que andaba el pobre), y a consecuencia de tal decisión habían construido el Asilo y una bodega cooperativa; y a consecuencia de esto (una cadena de consecuencias, vaya) un día se dejó caer por allí la plana mayor de la capital, con periodistas y los de la televisión. ¡Qué revuelo aquel día! Fiesta grande. Misa de hora y media. Discursos. Comilona. Y todo aquello, para repetirse luego en la pantalla de la televisión, en donde, dicho sea de paso, todas las cosas parecían más grandes y hermosas.<sup>926</sup>

Tras filmar las imágenes de los nuevos edificios y de la fiesta, los de la televisión tienen la feliz ocurrencia de hacer una especie de reportaje folclórico buscando lo más pintoresco del pueblo, para lo cual recurren a grabar y entrevistar a los viejos que habrán de habitar ese asilo: unos hombrecillos consumidos, con su gorra descolorida y, “en la nariz un moco que quiere irse a tomar el aire, en las manos un temble temble que hacía bailar el garrote”.<sup>927</sup> Allí están, entre otros, tipos tan pintorescos como Julián, el pastor; el tío Félix, el pregonero; Felisa, “La Bizca”; Ildefonso Retamas; Inocencia, “La Pechugas”; Policarpo; Benigna, “La Mediobaile”, y, cómo no, Melchor, el alfarero, el último en

---

926 *Ibíd.*, 72.

927 *Ibíd.*

ser entrevistado por aquellos jovencuelos de la capital, en un absurdo, casi surrealista, juego de preguntas y respuestas:

- Somos de la televisión.
- ¿Y qué?
- ¿Usted no ve nunca la televisión?
- ¿Qué dan?
- Hombre...
- Señores, yo no le hice mal a nadie. Pueden dejarme en paz. Los reporteros se miraron. “Este va a ser duro...”
- ¿Quiere hablarnos de su oficio?
- Mi oficio ya no es oficio.
- ¿Tiene hijos?
- Pucheros viejos.
- ¿Recuerda cuándo se casó?
- Joder, qué pregunta.
- ¿Cuántos años tiene? Dicen que cumplió los cien, ¿es verdad?
- Oigan, ¿ustedes no fueron a la escuela?<sup>928</sup>

Y, con algunas preguntas y respuestas más de esa misma índole, termina el reportaje televisivo grabado por esos niños de la capital. Un trabajo muy curioso y, sin duda, bastante revelador de una realidad que los posibles espectadores de ese programa nunca hubieran podido imaginar, porque, como irónicamente apunta el narrador, nunca habían puesto sus pies por la vida muerta de los pueblos.

Cuando el reportaje aparece en pantalla, una semana más tarde, Melchor sigue sin entrar en el asilo. Ni siquiera contempla tal posibilidad, a pesar de que algunos de sus amigos ya están allí y otros, como Julián, se están resignando a hacerlo de forma más o menos inmediata. Y no porque, como en el caso de Julián, estuviesen convencidos de que eso fuera lo mejor, sino para evitar que, si venía la muerte, los encontrase solos.

Van pasando los días y Cristóbal —tan feliz y tan orgulloso de que su pueblo tuviese lo que muchos otros no tenían— continúa visitando a

---

928 *Ibíd.*, 73-74.

Melchor, acompañado de un coro de gentes que alaban su buen hacer por los viejos del lugar. A pesar de su insistencia en que vaya al asilo, Melchor sigue a lo suyo, tan feliz en su mundo y con sus recuerdos, algunos de los cuales corresponden a un tiempo de bromas y alegrías. A ese tiempo pasado, feliz, que tanto gusta de recordar Rodrigo Rubio y al que pertenece esta conversación entre Melchor y Félix, el pregonero:

Melchor empezó a reír.

—Un día bebimos vino en un orinal, ¿te acuerdas?

El otro también reía.

—Je, y doña Victoria, la Señorita, se fue a vomitar como si anduviera preñada.

—Cuando, según tú, iba a pasar el Rey, a mí me dio temblor en el vientre. Igualito que de chico, cuando íbamos a los viñedos y comíamos uva en agraz.

—¡Qué día aquel... ¡ Eran tiempo para la broma, ¿verdad, tú? Luego, cuando empecé a pregonar tocando primero la trompetilla, los hombres fuertes pensaban ya en dejar el pueblo...<sup>929</sup>

Tiempos para la broma no son precisamente los que está viviendo ahora Melchor, quien recibe una nueva visita de Cristóbal, esta vez con amenaza incluida: no va a permitir que el viejo se convierta en atracción para los turistas y que por ahí se diga que en su pueblo se mueren de hambre y de frío los viejos. Mientras el alcalde sigue con su ultimátum, Melchor siente que le llegan voces de hijos lejanos y de nietos apenas vistos, olor a los buenos guisos hechos por su mujer, cantos de pájaros y las estrellas del Camino de Santiago en una noche de verano, sentado a la puerta de su casa. Y todo eso significaba que el viejo y tozudo Melchor se estaba saliendo con la suya, se iba muriendo dulcemente, arrullado por un hermoso y dulce sueño:

Melchor tenía en sus manos la cantarilla de barro. No miraba a Cristóbal, y por eso Cristóbal, aunque algo torpe, comprendió que

---

929 *Ibíd.*, 77.

Melchor, el alfarero, aquel viejo testarudo y rebelde, se había quedado en silencio para siempre, allí entre sus colores de barro viejo, allí como si aún aprisionara algo de valor; allí, también, como despreciando a todos los que, generosamente, “habían querido mirar por él”...<sup>930</sup>

### **Tres historias cargadas de simbolismo y rebeldía**

Según Rodrigo Rubio, “La zanja”, “La burla del rebelde” y “El regicida” son tres relatos que tienen mucho en común. Los tres responden a una voluntad experimental, que sitúa la narración a medio camino entre el surrealismo y el simbolismo, y a un deseo de denunciar la rebeldía y la impotencia del ser humano ante una realidad que lo oprime y que constriñe su libertad y su voluntad de ser en sí y para sí.

Del primero de ellos, “La zanja”, nos comentaba, en dicha carta, lo siguiente:

Es un cuento un tanto surrealista. También simbólico. Es caótico en su forma, pero quiere expresar la impotencia de los seres humanos ante un poder latente que ejercía su dominio sobre ellos. Se pueden sacar otras conclusiones, claro, pero yo pensaba en eso cuando lo escribí, como tantas cosas que hacía por entonces (aunque ahora me crean enemigo de los ‘socialistas’, con comillas).<sup>931</sup>

El relato se abre con la voz del narrador, quien, en primera persona, se presenta como testigo presencial de los hechos que va a contar, pues él los había oído cantar. Tal vez, de ese modo, se trate de dar una mayor verosimilitud a unos hechos que, de otro modo, podrían parecer fruto de un sueño o una alucinación. Aunque se oyen esos cantos, en la calle no había nadie; pero una mujer se sube las faldas mientras espera, riendo, a que llegue una tropa de hombres vestidos como guerreros romanos.

---

930 *Ibíd.*, 78.

931 Véase la nota 910.

El mismo narrador se sorprende de lo que ve y lo califica como algo increíble:

La mujer se reía ahora. Y el sol había bajado hasta tocar las aguas del estanque. Tal vez fuera aquella la misma mujer que venía a darme el pecho. Tenía la cara roja y encima de los cabellos le bailoteaban unas cigüeñas de juguete. Mi primo Carlos era entonces una chica. Algo increíble. Venían los gorriones y bajaban al patio para jugar con nosotros. El abuelo era joven ahora. Decía:

—Tengo un lunar aquí, tengo un lunar aquí...

Íbamos corriendo y salía la mujer del brujo vestida para el baile de carnaval. Luego aparecían otras máscaras. El abuelo volvió a gritar, ahora desde lo alto de la torre.

—Ya tengo el sol en la punta de los dedos.

Los guerreros le tiraban flechas. Pasó Antolín, el “Tonto”, silbando un pasodoble. Se arrodillaron los guerreros. Mi primo Carlos venía corriendo. Tenía un ojo azul y otro blanco.<sup>932</sup>

Como se puede observar, aparece aquí un ambiente de máscaras y de figuras deformadas, esperpénticas, que se acabará convirtiendo en habitual en los textos escritos por Rodrigo Rubio dentro de esta etapa que hemos dado en llamar experimental y que tendrá su máximo exponente en el libro de relatos *Papeles amarillos en el arca* y en la novela *Cuarteto de máscaras*.

Afirma el narrador que todo aquello era la fiesta que tanto habían estado esperando. Era una simbólica fiesta de la paz y de la libertad en el pueblo español; una fiesta en la que los hombres ya no eran guerreros, sino bailarines, y en la que los hombres iban vestidos de rojo y sus parejas femeninas de azul. Es decir, en esos momentos de felicidad y de alegría desbordadas, los dos colores con los que tradicionalmente se ha venido representando la división de las llamadas dos Españas ahora van unidos de la mano. Por eso, dentro de ese ambiente simbólico, aparecen un sol y un arco iris acompañando a la fiesta.

---

932 Rubio, *El regicida*, 31.

Es más, los elementos que encarnan el poder y la opresión son presentados de forma negativa. El rey que había en medio de la plaza tenía la boca abierta y, cuando un pájaro deja caer en su boca “una cosita blanca en paracaídas”, el rey exclama: “Oh, qué mal gusto tiene este desayuno”.<sup>933</sup> Además, un pájaro con cara de concejal es derribado de una pedrada por el abuelo del narrador, y unas gallinas picotean en los ojos del general.

Pero, en medio de la banda de trompetas y tambores, se abren paso unos hombres con fusiles que pisoteaban carne humana. Ahora no coinciden los deseos de libertad de la gente con la represión que pregonan los soldados, que hablan de construir un manicomio, aunque el narrador piensa que sería una piscina o una pista de baile.

Paredes que se tambalean, moscas que se mueren, un pájaro que cae muerto, un perro que aúlla como cuando alguien muere, y un coche del que baja, con las manos atadas. Son, sin duda, símbolos de una situación bélica, al fondo de la cual estaría el fantasma de la guerra civil, que se empieza a hacer patente en un significativo barranco para los habían sentido deseos de saltar.

En ese ambiente de un mes de noviembre, en el que se mezclan la fiesta popular y los soldados que empiezan a disparar, aparecen otros dos hechos igualmente simbólicos. De un lado, el primo Carlos, ahora con una barba muy larga y blanca, decía ser san Antón y “los cerdos, todos los cerdos del pueblo —que eran muchos, contando a los más vociferantes— le seguían mansos, sumisos”.<sup>934</sup> Esto es, buena parte del pueblo, la que cree a pie juntillas en la existencia de redentores —por muy impostores que estos pudieran ser— actúan como una especie de borregos que siguen con docilidad y mansedumbre a su guía o pastor.

En el extremo opuesto, asistimos a una huelga protagonizada por una serie de muertos que salen de sus tumbas, como sucede con Aurelio. Es lo que el narrador califica como “la procesión del silencio”, de la que habla en los siguientes términos:

---

933 *Ibíd.*, 32.

934 *Ibíd.*, 34.



Salió Colás, el que había dicho: “Pueden matarme”; salió de su trozo de cementerio maldito, y Aurelio, por su bien, le aconsejó que no bajara a la fiesta. Salió también Hilario, larguísimo, con un hilo del que nunca encontramos su final. Se paseaba en camión, apartando las copas de los cipreses. Venían gatos negros, unos tocando la trompeta, otros el saxofón. Salió Pascualilla, que seguía con la ictericia y raquítica, igual que cuando le cantaron el pasodoble. Todos venían ya por aquel camino de rosas, cantando mayos, y nosotros pensábamos que de bajar a la fiesta no hubiese habido bastante munición para matarlos de nuevo.<sup>935</sup>

Entonces, la plaza se llena de gorros con galones y estrellas y las golondrinas gorjean con un canto de despedida. Y, en esos momentos, el narrador parece querer darnos una primera señal de por donde debería ir la clave interpretativa del que, a primera vista, podría parecer un simple divertimento o un disparate narrativo. Por eso apunta que esto ocurría “en aquel tiempo. Seguramente que estábamos recién nacidos, pero vimos las sombras, y por eso, ahora, subidos en el utilitario, tenemos horrosas pesadillas”<sup>936</sup>.

O sea, el narrador, desde su tiempo presente, está recordando, en forma de pesadilla, imágenes que quedaron grabadas en sus retinas cuando él era un niño. Imágenes, sombras, que ahora se hacen patentes en esa especie de viaje hacia el pasado, en esa búsqueda genesiaca que él parece haber querido emprender, con la imposible intención de cambiar el decurso de la historia:

Estábamos allí, como para salvar algo, y era inútil. Echamos a andar al fin, cansados, sin aire en las ruedas y la gasolina casi a cero. Se nos hacía muy claro allá a lo lejos. A lo mejor era otro país, otro mundo; tal vez el vientre de la madre, que nos invitaba a volver. Saludamos a Aurelio al encontrarnos con un ciprés. Seguimos la marcha, y de pronto comprendimos que no había más que rodar un poco y tocar con la mano el cartelón donde se leía la palabra “Libertad”. Corrimos más,

---

935 *Ibíd.*, 35.

936 *Ibíd.*, 36.

pero tuvimos que detenernos bruscamente, una enorme zanja cortaba el camino.<sup>937</sup>

Aquí está la zanja que da título al relato y que tiene un doble plano significativo. De una parte, la zanja que, en el pasado, separó a los dos bandos en contienda y, de otra, la zanja que, en el presente del narrador, impide alcanzar la tan ansiada libertad. La libertad era una tierra que, en esos años sesenta, no se podía tocar; no había puente alguno que permitiera salvar esa enorme zanja. Por eso, ante semejante impotencia, el narrador decide regresar a su estado habitual, el de un periodista que “escribía, a desgana, un artículo para dárselo al director de un periódico que seguía cantando lo que a mí no me gustaba...”<sup>938</sup>

En “La burla del rebelde” continúa esa línea de experimentación y de simbolismo y el autor parece preguntarse de qué modo se puede ir contra el poder cuando no existe libertad. La contestación parece estar en estas palabras que nos escribía en la carta arriba mencionada: “El rebelde lo es en un medio que no parece trascendente. Pero contra los que se rebela son más fuertes que él, son el poder. Y de ahí que, de alguna forma, se produzca esa rebeldía, en actitudes un tanto esperpénticas”.<sup>939</sup>

El cuento se abre en una calle de un pueblo innominado y sin referencias espaciales concretas, en donde el griterío de las gentes reclama que se lleven atado de pies y manos a Eduardo, un hombre con un solo ojo, que ha defecado en el parque. Esta masa de gente está encabezada por Sancho Abarca, el corregidor de la localidad, con su puro apagado en la boca, y en torno al cual se agrupa la considerada “gente bien”: los que llevan traje de domingo; el guardia Alcolea; el alguacil, “El Pulgas”, que grita “¡Arriba España!”; una mujer de las que solían merendar chocolate con bollos; una correligionaria del critiqueo; otra preocupada por su mesa camilla, su punto de media y su libro de misa, y unos cinco hombres, pues ya no quedaban más. Todos ellos representan esa parte de la sociedad que tiene muy claras las fronteras entre el bien y el mal y el concepto de lo política y socialmente correcto. Y son los que piden

---

937 *Ibíd.*

938 *Ibíd.*

939 Véase la nota 910.

un duro castigo para quien se ha atrevido a violar esas normas morales, para quien ha hecho una terrible afrenta al pueblo, para quien quiere que vuelva la anarquía y hasta el crimen. Porque, con todo ese alboroto que se ha organizado, parece que aquello es la guerra, aquello “es el treinta y seis”, según grita alguien, provocando que dos mujeres fueran corriendo a descolgar los cuadros religiosos de sus casas.

En el bando contrario, se sitúan los contestatarios, los defensores de Eduardo, el rebelde, que pertenecen a la considerada clase baja o marginada: una mujer llamada Tomasa, que se había prostituido en tiempos del hambre, entre otros con el propio Eduardo; Alfredito, el marica; Ceferino, el tullido y pobre de nacimiento; Magdalena, la que estuvo en Barcelona y vino a parir, a escondidas, al pueblo; Bernardino, con su coche Renault que olía a sardinas y señala con el intermitente a la izquierda; algún tipo irreverente —“había tantos de este caletre”, apunta irónicamente el narrador entre paréntesis— que, al acabar de hablar Sancho Abarca, dejó oír un ruido extraño; los pocos chiquillos que había en el pueblo, que trajeron un perro y le ataron una ristra de botes al rabo; los viejos, que se ríen con las travesuras de los niños y la del rebelde cagón, y unos mozos con camisas a cuadros que parecen simbolizar la clase trabajadora, más moderna y revolucionaria, cuya aparición en escena se hace coincidir con la presencia en la calle de dos coches con matrícula extranjera.

En este sentido, el cuento parece querer trascender hacia un plano más universalizador. Eduardo, el Tuerto, se convierte así en un representante de esos revolucionarios que, en cualquier tiempo y lugar, son capaces de enfrentarse al poder establecido mediante un trato de igual a igual, como hace Eduardo con el corregidor Sancho Abarca cuando este le manda que baje de su casa, de su castillo:

—Bajas, ¿no?

—Bajaré. Pero quiero comer arroz contigo, Sancho.

Sancho Abarca inclinó la cabeza.

—Si ése es tu deseo...

Y el coro:

—Dios mío, ¿a dónde vamos a llegar? Qué pretensiones, y diciéndole de tu...

Y un descarado:

—Señor corregidor, ¿dónde tiene la vara?<sup>940</sup>

Este es el momento clave del enfrentamiento entre el poder establecido y la oposición. El poderoso es el que inclina la cabeza, mientras el rebelde se yergue con orgullo. Y es que, como apunta el narrador, hay motivos para que eso sea así, ya que entre Sancho y Eduardo existen claras diferencias en cuanto a su integridad moral. Porque Eduardo había sido un hombre obediente a los consejos de su padre para que fuera un hombre de bien, respetara a la autoridad y viviera en el temor de Dios. Y así lo había hecho hasta que llegó el momento en que no le quedó más remedio que rebelarse, pues, como metafóricamente escribe el narrador, “la lluvia torrencial estaba como haciéndose pantano en la cabeza de aquel Eduardo”<sup>941</sup> Pero, en opinión de sus defensores, ni había cometido ningún delito, ni era un ladrón.

En cambio, en el caso de Sancho parece suceder todo lo contrario, puesto que, cuando llega el momento de inclinar la cabeza ante Eduardo, se pregunta qué ha sido de sus padres; es decir, qué ha sido de los consejos que, como en el caso de su contrincante, le dieron sus padres y que él desoyó, según canta un pájaro a los cuatro vientos.

Abrumado por la impotencia y por el peso de la conciencia, Sancho da orden de retirada diciendo que, al cabo, Eduardo no ha cometido ningún delito y que dispararle sería terrible. Él y los suyos se vuelven con la cabeza gacha y los ojos inundados por un pequeño estanque de lágrimas, en lo que el narrador define como un entierro sin muerto. El coro llora por lo que esa derrota significa, por tantas cosas como se han perdido, por tanta sangre derramada para nada:

—Oh, mi mesa camilla, mi punto de media, mi libro de misa...

—Bendito sea el Señor, bendito sea...

Ceferino se interponía en aquella marcha del suspiro y del silencio.

---

940 Rubio, *El regicida*, 53.

941 *Ibíd.*

—Mi madre era rubia, señora; mi madre me daba besos...  
—Deja, vamos. Hoy no estamos para bromas.  
El “Pulgas” decía, limpiándose el sudor:  
—Así de grande era, así... —marcando una circunferencia con sus dedos.  
—¿Así?  
—Así.  
Y un ingenuo:  
—¿La caca del Eduardo?  
Lloraron todos. La torre parecía estremecerse. También parecía que empezaban a secarse todos los geranios.<sup>942</sup>

Mientras el coro de llorosos se aleja lamentándose de que delitos tan graves como ese queden sin castigo y diciendo al cura que aquello parece una maldición, el narrador nos reserva una última sorpresa, también cargada de simbolismo. Tan solo unos minutos después, todas esas gentes de bien se ven obligadas a taparse los ojos para no ver a Eduardo, que salía a la calle bien vestido y se acercaba a saludar al forastero de la barba.

Al parecer, con su acto de rebeldía, Eduardo se ha hecho merecedor de la condición de hombre de bien y se ha convertido en una especie de apóstol para sus seguidores y defensores. Tal vez sea eso lo que explique el acercamiento a ese enigmático forastero de la barba.

En parecidos términos se presenta el cuento que cierra y da título al libro, “El regicida”. También en este caso una multitud se manifiesta pidiendo que se le ponga una camisa de fuerza a alguien que, al romper la pantalla del televisor de un bar, ha matado a la reina de la belleza. Y el cuento se configura, técnicamente, mediante la superposición de los gritos de quienes piden que lo lleven a declarar a comisaría y las confesiones, en forma de monólogo en primera persona, del acusado.

Unas confesiones en las que se alternan, de forma caótica y deslavazada —propia del libre fluir de la conciencia y, más aún, en el caso de alguien a quienes todos consideran loco—, episodios correspondientes

---

942 *Ibíd.*, 55.

al pasado del protagonista y de su familia y alusiones al presente que justifica su incomprensible actitud.

Los padres del protagonista eran dos viejos prematuros. La madre, con cuarenta años tan solo, pero como si tuviera sesenta, se conformaba con que los señores les dejaran unas pocas tierras y con tener a sus dos hijos en casa. Por eso, cuando llegó el tiempo de la guerra, pedía a su marido que salvara a los señores, gracias a los cuales se habían mantenido hasta entonces. Pero el marido no era de la misma opinión; él era un hombre de los del puño cerrado y tenía en su pecho un garbanzo seco, que era un símbolo del rencor hacia los amos. Así queda de manifiesto en este diálogo entre ambos:

—Tú sálvalos. ¡Oh!, cuántos pedazos de pan y cuántas ropas, qué manos de reina la señora... Vete por azúcar, pero no traigas carne. Y ten frente, Blas; dos dedos de frente al menos. Mira lo que hay sobre ti, este techo que también nos dieron.

—Por mi sudor exprimido, parienta.

—Anda y ten frente. No te envalentones. Vete y tráeme azúcar para el grande, que el pequeño ni siquiera es goloso, pese a las lombrices de su tripa.<sup>943</sup>

En relación con el pasado familiar, el regicida recuerda que su hermano mayor tuvo que irse a la guerra, como un valiente, alentado por su padre, el cual le dijo que el mundo era más grande que el término, y convenía conocerlo aunque fuera en guerra. Y conoció el mundo y murió a causa de una bala que lo dejó tirado en una tierra desconocida, mientras la madre se vistió con un negro chal y escuchaba un continuo doblar de campanas sobre su cabeza.

El protagonista era, entonces, un niño inocente y obediente, que hacía lo que le mandaban unos y otros, como “el viejo de la risa torcida”, que le hacía abrir la boca para darle un caramelo y, en cambio, le daba algo que “arrancaba un vómito de mi estómago con hambre de alguna

---

943 *Ibíd.*, 83.

buena y auténtica golosina”<sup>944</sup> Y la golosina le llegó en forma de juegos eróticos con su prima Juana, que era regordeta y salió algo putilla. Él jugaba con ella, se dormía en sus brazos y era feliz.

Pero los tiempos cambiaron para la familia de su prima. El tío Juan de Dios se acabó colgando de una cuerda, porque no pudo soportar que su mujer le hubiera adornado la frente con unos hermosos cuernos y que su hija estuviera en boca de todos. La prima Juana consiguió una hermosa barriga y que todos los que antes la buscaban, después se escondieran de ella; al final, murió de tisis. La tía Eloísa fue envejeciendo de hambre. Y el primo Gabriel, antaño “pelicalvo” por el hambre, se fue a vivir a la ciudad en busca de aire para respirar, aunque a veces tenga que pedir auxilio porque hay algo que lo ahoga.

Lo mismo que le ocurre al regicida, quien en su monólogo-confesión reconoce que mató a esa reina de la fiesta televisiva, una mujer llamada Juliette y que representa un símbolo de todo aquello que la sociedad de entonces ofrecía como elementos alienantes del pensamiento de los españoles. Así, al menos, lo veía en aquellos momentos Rodrigo Rubio, para quien matar a la reina de la belleza era ir “un poco o un mucho contra la sociedad que nos maniató. Creo que ahora —afirma en su carta de junio de 1988— se podrían escribir cosas parecidas, aunque los literatos de hoy —muchos al menos, tan mimados por el poder— no están por esas rebeldías. El regicida es un loco que busca la libertad”<sup>945</sup> Deseo de libertad que al regicida le llevó a abandonar su pueblo, lejos de amos, de piojos y de ropas negras, para dirigirse a ese mundo grande que simboliza la libertad. Pero, del mismo modo que ese mundo grande le había quitado la vida a su hermano mayor, también en su caso, el deseo de libertad se ha acabado volviendo en su contra:

...¿No ven, señores, que he alzado la piedra para estrujar el asco, y esa piedra, con más asco pegado a su corteza, ha venido a machacarme?

—Andando. Adelante.

—No, no...

---

944 *Ibíd.*, 84.

945 Véase la nota 910.

...¿Por qué no me dejan, ahora que ya he declarado, ahora que he dicho **sí, soy un regicida**; es decir, ahora que he podido gritarles: **sí, soy un inocente; sí, soy una víctima; sí, soy un pedazo de algo que se muere, que se muere, ¡sssss!, buscando su libertad?**<sup>946</sup>

## 6.2. *Papeles amarillos en el arca* (1969)

Casi simultáneamente a la publicación de *El regicida*, vio la luz otro libro de relatos, *Papeles amarillos en el arca*, que para Rodrigo Rubio era uno de sus mejores libros y que continúa en la línea del que acabamos de analizar. Al igual que en *El regicida*, también ahora nos enfrentamos con un libro de historias varias en el que se relatan hechos increíbles, en forma de historias esperpénticas y un tanto surrealistas. Unas historias en las cuales se mezclan ecos de vida y de muerte; de realidad y de fantasía; de poesía y de sátira deshumanizadora; ecos, en definitiva, de una peculiar y caricaturesca visión de los campesinos manchegos por parte del escritor albaceteño.

El libro está compuesto por un total de quince narraciones, cada una de las cuales aparece encabezada por una cita entrecomillada correspondiente a un texto escrito por la abuela del narrador, y que hace alusión al relato que se va a contar a continuación, según precisa el mismo narrador nada más comenzar el primero de esos relatos, titulado, como el mismo libro, “Papeles amarillos en el arca”.

Al frente de dicho cuento figura una cita textual en la que alguien confiesa haber sido siempre una mujer de muchas manías, entre ellas la de revolver cosas y guardar sus papelitos en el arca. A esta cita el narrador le coloca a pie de página una nota explicativa: “Estas líneas, como todas las que encabezan cada narración, pertenecen a los escritos de la abuela Clara, mujer que, a lo último de su vida, también fue sombra y fantasma”<sup>947</sup>.

Esta circunstancia de que todos los relatos, todo ese conjunto de papeles amarillos, formen parte de la herencia que la abuela del escritor

---

946 *Ibíd.*, 91.

947 Rubio, *Papeles amarillos en el arca*, 1.



le ha querido legar, por ser su nieto preferido, sirve como trabazón entre todas esas historias aparentemente inconexas. Porque lo que ese nieto —al que, por no tener un nombre preciso, podríamos identificar con un Rodrigo Rubio metido dentro de la propia ficción narrativa— va a hacer es partir de esos textos de la abuela Clara, para, tomando como pie o pretexto narrativo las palabras escritas por ella, desarrollar la correspondiente historia, con sus pertinentes aportes de imaginación y de magia.

Porque no podemos perder de vista, en ningún momento, que estos quince relatos se configuran mediante la hábil mezcla de las oportunas dosis de elementos propios del llamado realismo mágico, como puede ser, además del reflejo de la realidad, la presencia de lo onírico, lo fantasmagórico, lo irracional, lo mítico, lo simbólico, lo picaresco, lo esperpéntico, lo caricaturesco y lo absurdo. De ese modo, la mayor parte de los personajes de tan hermosos relatos son presentados con algunos rasgos de animalización y cosificación que nos recuerdan, entre otros, a Quevedo, Valle-Inclán, García Márquez, Juan Rulfo o William Faulkner, todos ellos escritores predilectos de Rodrigo Rubio.

Con todos estos materiales, el escritor albaceteño crea un retablo de quince historias situadas en el marco geográfico del pueblo de Monsalve, el trasunto literario de su Montalvos natal, que es elevado así a la condición de pueblo mítico, como si se tratara de una especie de Macondo o de Yoknapatawpha en su versión manchega. Además, los quince cuentos están escritos con una misma estructura narrativa, y con la oportuna mezcla de didactismo y humor, siguiendo algunos de los modelos más conocidos de la tradición cuentística universal, como pueden ser *El conde Lucanor* o el *Decamerón*.

Por otra parte, también destaca poderosamente la mezcla del lenguaje culto y el popular, de tal manera que podemos ver, de forma habitual, una abundancia de arcaísmos y localismos manchegos, junto a algunos neologismos. Gracias a ello, el autor intenta reflejar, del modo más exacto y veraz posible, ese mundo literario de Monsalve, en el que se aúnan realidad e imaginación para configurar el que, generalmente, se considera uno de sus mejores libros. Por eso, hemos de estar necesariamente de acuerdo con la opinión de Antonio Iglesias Laguna,

cuando remataba su comentario de *Papeles amarillos en el arca* con las siguientes palabras:

Tomó de cuentos excelente, justamente premiado por la Real Academia Española, que acredita de nuevo la capacidad de observación, la autenticidad y el arte de Rodrigo Rubio. Y que —repetimos— habría quedado redondo eludiendo ciertos trucos, latiguillos y detalles de mal gusto. Ahora bien, estos defectos, siempre ocasionales, no oscurecen el conjunto. El autor, consciente del peligro que tales apoyaturas representan, las dosifica prudente. Lo que cuenta, en resumen, es la viveza y frescura de los tipos, la gracia de las situaciones, la espontaneidad narrativa y el halo mágico en que están envueltos cuantos seres pululan por estos cuentos ejemplares.<sup>948</sup>

### **La pescadilla que se muerde la cola**

Este libro de relatos posee una clara estructura circular, pues el primero de los cuentos, “Papeles amarillos en el arca”, tiene su continuidad y conclusión en el último de ellos, titulado “Recuento final en noviembre”. Si el primero es el que abre el marco del libro, relatando el origen de las diferentes historias que se van a contar a lo largo de las páginas del mismo, el último cierra ese marco y da las últimas pinceladas al retablo monsalveño.

En el cuento “Papeles amarillos en el arca” se relata la llegada del bisabuelo Antón al pueblo de Monsalve, en donde llegó a convertirse en un auténtico cacique, amo de grandes extensiones de tierra y de las voluntades de cuantos acudían a él con ropas sucias en busca de trabajo.

Este hombre, que venía de guerras y también de vivir del hurto, se vio favorecido por el juego y se dedicó a cabalgar en su caballo por los montes y a comerse buenas piezas de caza en el fuego de su casa, “sin mirar a la bisabuela Dionisia, que por entonces ya era como trapo pardusco que envolviera palo o caña.” Además, trataba con desprecio

---

948 Iglesias Laguna, “Papeles amarillos en el arca”, 6.

a las gentes que pedían limosna a lo largo de los caminos y se burlaba de las amenazas y juramentos proferidos en su contra, hasta que, cinco lustros más tarde, apareció muerto en la espesura del monte, en extrañas circunstancias:

Dijeron, y la historia o leyenda aún se cuenta, que fue accidente de caballo, que el corcel lo arrastró por entre matarrubias y aliagas. Pero no faltó quien dijo que en su frente había ancha y profunda huella de hachazo. Antes pondría luto en casuchas de adobe y cal. Iría en busca de hembras jóvenes, y para él no existirían leyes dictadas por los monarcas de la Corte. Implantó su señorío, y luego buscó en su hijo Juan Antonio, al que el mal decir del pueblo llamara *La Sombra*, toda una serie de virtudes y vicios, a través de los cuales pudiera continuar su obra de creación y destrucción.<sup>949</sup>

El bisabuelo Antón tenía la mano derecha más grande que la izquierda porque, según se decía, era la que utilizaba para disparar y para sus luchas con arma blanca por todos los territorios de la comarca, en cuyas ventas y posadas había dejado escrito su nombre. De ahí que, nada más llegar a Monsalve, pusiera una enorme piedra con su nombre a la entrada del lugar. La misma piedra a la que llevó a su hijo Juan Antonio cuando nació, para bautizarlo y para que creciera en la abundancia y fuese amigo de la violencia. Es así como se instaura oficialmente esta saga de caciques monsalveños que, en ocasiones, tanto nos recuerdan a la saga de los Buendía que Gabriel García Márquez situara en la mítica localidad de Macondo.

Por su parte, la bisabuela Dionisia, al ver que no conseguía felicidad pidiendo a los demonios, acabó encendiendo velas a los santos y ejercitándose en fórmulas venenosas con las que intentó, sin éxito, apaciguar a su marido. Y también quiso convencer a su hijo Juan Antonio para que fuese sensato y plantara viñedos, pues a ella le gustaba mucho el vino. El resto de los hijos le importaban poco: Daniel, el cual

---

949 Rubio, *Papeles amarillos en el arca*, 2.

se dedicaba al pastoreo; Leonor, que era curandera, aunque no tenía clientela, y Juana, a la que enseñaron a cantar y tañer el laúd.

Un buen día, el bisabuelo realizó una especie de ceremonia de bendición de su primogénito, Juan Antonio. En presencia de todos los vecinos, le mojó la cara con vino y aceite y le avisó de que pronto sería el señor de la casa. A continuación, cogió su yegua torda y se fue hacia lo más espeso del monte. Poco después, hubo un repentino eclipse parcial de sol, tras el cual se desató la fiesta en el pueblo, “porque el hombre que había llegado allí con espingarda y una mano más grande que la otra era ahora silencio y montón de furia atenzada.”<sup>950</sup>

Pero, sorprendentemente, todos los allí presentes vieron que Antón revivía en el ancho y alto cuerpo de Juan Antonio, y vieron, también, cómo a este le crecía la mano derecha y cómo organizaba el más grande de todos los entierros conocidos en el pueblo, con un ataúd que fue colocado por cientos de brazos sobre la carreta, de la que tiraban siete pares de mulas y seis potros, todos ellos de color negro. Al llegar al cementerio, Juan Antonio echó un puñado de tierra sobre el féretro y, en ese instante, volvieron a repetirse extraños fenómenos similares a los que rodearon el momento de la muerte de su padre y que, por otro lado, recuerdan episodios relatados en algunos cuentos de *El regicida*, pues en esos momentos “se movieron los cipreses, vieron todos removerse la tierra de varias fosas, huyeron los perros, vino olor a mulo muerto, pasó la *Sarmientos*, cantando historias de otros antiguos habitantes de Monsalve, y ya después casi todo dejó de tener importancia.”<sup>951</sup>

Es en este punto del relato cuando la abuela Clara, que hasta entonces había pasado casi inadvertida, empieza a cobrar protagonismo. Mientras que el abuelo Juan Antonio se había convertido en un viejo prematuro, la abuela toma las riendas de la casa y llama a braceros y colonos, a ciegos y tullidos, para darles trigo, hogazas recién salidas del horno y rico mosto del jaraíz. Y, cuando su cuñado Daniel aparece por la casa agobiado por el peso de los cuernos que le había puesto su mujer, Clara pide a los santos buenos que hagan de él una estatua de oloroso

---

950 *Ibíd.*, 5.

951 *Ibíd.*, 7.

pino, para ejemplo de todos. De ese modo, se empieza a producir una especie de metamorfosis en la saga del bisabuelo Antón:

Y Daniel se fue, con aquella bendición sobre su frente mal adornada, y luego se hizo pimpollo, y después pino de ancha copa, y allí anidaron torcaces y jamás se multiplicaron las orugas. Así es como también Leonor se fue con sus bordados y sus manos blancas a hacerse fuente, ofrecida sin interés a todos los peregrinos, y prohibida para las sucias lavanderas. Del mismo modo los siete hijos de la abuela Clara, desde Toñito Fino, el mayor, a Melchor, mi padre, fueron creciendo en sabiduría y bondad.<sup>952</sup>

A partir de entonces, los siete muchachos de Monsalve y su madre fueron queridos por las gentes del pueblo. Volvieron a trabajar en la casa hombres y muleros y ya nadie maldecía la grandeza de aquella familia. Los hijos de Clara trajeron mujeres y, más tarde, se fueron marchando hacia otros lugares. Por entonces, según confiesa el narrador, él era un niño de andar los primeros pasos y le daban vino dulce y el mejor pan salido del horno. Pero pudo ver cómo los hijos regresaban a la casa para llevarse arcas, baúles, puertas cuarteadas, calderas de cobre, almireces, yugos y ramales de cuero y cañamo. Algo que le dolió mucho al abuelo Juan Antonio, quien pidió pan mojado en vino, unas botas altas con espuelas y una fusta y se marchó con el mejor caballo. Cuando regresó, traía sobre la montura una piedra muy grande, como de cien kilos, y venía con la barba más encanecida.

Poco después, coincidiendo con el segundo eclipse de sol, llegó el frío a la casa. Se hicieron presentes los espíritus de la bisabuela Dionisia y del bisabuelo Antón, los cuales empezaron a entonar viejas coplas de ciego. Su llegada fue para llevarse con ellos a su hijo Juan Antonio, algo que no pudo impedir la abuela Clara, cuya bondad natural no podía con la magia misteriosa de la bisabuela. Por ello, no le quedó más remedio que aceptar lo irremediable y, después, refugiarse en su soledad y seguir escribiendo sus papeles:

---

952 *Ibíd.*, 8.

Corrió hacia la claridad y entonces vio a Juan Antonio, retorciéndose, una mano enorme apretándole en el pecho. Quiso decirle algo, darle alguna bebida, que fuera salvadora. Pero siempre tropezaba con aquel frasco, en donde bailoteaba danza de muerte el mejunje de la bisabuela Dionisia. Cayó al suelo, y pidió, suplicó, hasta que poco a poco oyó el canto de los pájaros y le llegó el rumor de las hojas de los árboles, moviéndose con la brisa. No había ocurrido nada. Pudo encender los candiles y amortajar tranquilamente al abuelo Juan Antonio. Llegaron plañideras e hijos indiferentes. Pero ella estuvo sola. Luego se fue a su rincón. Era viuda, tenía riquezas, y lloraba de vez en cuando. Iba a la iglesia con su silla de tijera y murmuraba rezos, pero luego subía al desván y escarbaba en su cofrecillo. Allí escribía algún inicio de historia, algún miedo repentino, alguna risa que de forma extraña en determinados momentos salía de su boca.<sup>953</sup>

Poco a poco, la abuela fue abandonando el cuidado de su casa, vendió tierras y echó los billetes a los cerdos, lo que provocó la consiguiente alegría de los hombres que antes pasaban hambre, así como su abandono por parte de sus hijos, los cuales se encontraron sin herencia. Loca y sola, la abuela solo mantenía algún que otro contacto con el narrador, a quien le contó sus secretos, por ser el hijo de su hijo más pequeño. En un papelito de barba muy gastado, le escribió, entre otras cosas, lo siguiente:

[...] si vienes verás cómo te gusta este cofrecillo, y las arcas, y los bastidores, y los lienzos, pero sobre todo lo que guardo aquí, muchas palabras, casi historias, y algunas risas, y también miedos, pero tú no temas, que si vienes luego no desearás que muera pronto, porque serás el enterado de mis tesoros, y sabiéndolo seguro que te dices ya iré yo a la casona, cuando hayan ido y vuelto todos, porque buscarán oro y les dejaré alguna que otra carcajada entre los pliegos y cuadernillos donde, en mis ratos de ocio, contaré algunas viejas y a lo mejor hermosas historias...<sup>954</sup>

---

953 *Ibíd.*, 12-13.

954 *Ibíd.*, 14.

Y el narrador pone fin a este primer cuento diciendo que, cuando fue a verla, tuvo acceso a sus arcas y cofres, en los que halló conocimientos sobre las vidas de sus antepasados y sobre otras extrañas historias. Pero el relato de lo que ocurrió durante esa visita aparece en el último cuento del libro, titulado “Recuento final en noviembre”.

Llegado ese momento final, cuando ya el libro se acaba, tras el relato de trece leyendas —en las que se mezclan historia y mito— sobre curiosísimos tipos de Monsalve, el narrador apunta que su visita a la abuela Clara tuvo lugar durante unos días otoñales, en los que soplaba el viento y caía una fina lluvia. Y cuenta que, en un primer momento, la abuela le hizo entrega de un cofrecillo lleno de papeles y recuerdos.

En medio de un clima de misterio y de cierto terror, propio de las mejores leyendas románticas, el narrador sale a recorrer las oscuras calles del pueblo y puede contemplar las mortecinas luces de las mariposillas que las mujeres enlutadas encendían a sus difuntos, mientras se cruza con algunos gatos negros y perros tristes y escucha alguna voz humana, con acento triste y llorón. Malos presagios todos ellos que gentes del lugar atribuyen a la influencia de la abuela Clara.

De regreso a la casa, no había rastro alguno de la abuela, aunque encontró más papeles amarillos, sacados de alguna otra arca. Quiso hacer luz, pero todos los candiles se apagaban. Y, cuando, por fin, vio a su abuela junto a él, pudo oír voces, llantos y quejidos de gentes que ella había tenido ocasión de conocer. Eran las voces de los bisabuelos, del abuelo Juan Antonio, y de todos los personajes que protagonizaban los trece relatos anteriores y que, como indica el título del cuento, se amontonaban ahora en esa especie de recuento final, mientras el narrador, con mucho temblor, apretaba contra su pecho los pedazos de las historias de aquellas gentes.

Finalizado ese largo desfile de apariciones, ese “coro de penados y resucitados”, el narrador confiesa que echó a correr, en medio de voces, risas, llantos y quejidos, y que, en cuanto se recuperó, encendió un candil de tres torcías y bajó al sótano, en donde había dejado a su abuela. Allí se llevó la última de las sorpresas, con la que se pone fin al relato y al libro:

Vi un bulto negro, pequeñito, y me pareció que de allí había salido la voz y el llanto. Fui y empecé a destaparlo, apartando el manto negro, muy apolillado ya. Me temblaban las manos y movía torpemente los pies. Descubrí por fin el bulto, y entonces vi que era la abuela, el esqueleto de la abuela; su cuero sin carne, sin ojos, todo desmoronándose al no tener la protección del paño negro. Di un grito y eché a correr escaleras arriba. Salí a la calle y pedí auxilio. Pero era la madrugada y los cuadrilleros se habían retirado ya. Me detuve a contemplar la casa por última vez. Comprobé que los papeles de la herencia iban pegados a mi pecho, entre las ropas, y con la imagen de la abuela en esqueleto, me alejé campos adelante, en busca de un mundo sin brujas ni fantasmas...<sup>955</sup>

### **Leyendas en las que el mito se hace poesía**

Dentro del tono general del conjunto de relatos de *Papeles amarillos en el arca*, podemos observar que hay algunos cuentos en los que el autor trasciende el plano de la realidad campesina y se eleva hacia un nivel en el que la fantasía le permite crear un ambiente de cierto lirismo. Son, pues, relatos en los que el elemento poético destaca de forma especial, condicionando el desarrollo del argumento narrativo y los acontecimientos que rodean a los diversos personajes, hasta el punto de que el autor consigue un marcado contraste entre aspectos pertenecientes a la más prosaica realidad y otros que escapan a cualquier tipo de lógica o de raciocinio.

Ese es el caso del cuento titulado “Mujer de nieve”, en el que se poetiza un tema muy frecuente en la literatura universal: la muerte por amor. Según se dice en Monsalve, Santiago Cabra era un hombre que se había criado con el matrimonio de los Cabrerros, en medio de una serie de circunstancias un tanto misteriosas: no se sabía si había nacido en Monsalve o si había sido dejado allí siendo muy pequeño; anduvo a gatas, como mínimo, hasta los cinco años y no pronunció en toda su vida más de cuarenta palabras.

---

955 *Ibíd.*, 206-207.



Lo que sí cuenta el narrador es que el Cabrero, que fue quien hizo las veces de padre de Santiago, había pasado cinco días con cinco noches subido en una piedra, mientras su mujer anduvo de risas con un hombre que llevaba escopeta y canana. Cuando bajó de la piedra, vio a un niño, “que era como un erizo, pero sin púas. Lo tomó en sus brazos y volvió a subir a la piedra. Era Santiago, que se había salido de su camino y ahora estaba allí, pidiéndoles un poco de queso”.<sup>956</sup> Recogido por aquel matrimonio, aprendió el noble y sabio oficio de tejer el esparto, a cuidar el hato de cabras y a convivir y conversar con los animales del monte, con los que pasaba semanas y meses enteros.

Un día llegó junto a él el Cabrero, se despidió de su hijo y se alejó de allí a tocar su caramillo durante dos días. Mientras, los grandes pinos inclinaban sus copas para hacerle hermosas reverencias y Santiago se estiraba, haciéndose hombre. Cuando llegó ante él su mujer, llevando la cabeza del hombre de la escopeta en sus manos, ya era demasiado tarde, pues Santiago estaba muerto. “Se había convertido en piedra y su cuerpo era de sal y lo lamían las cabras y las ovejas. Santiaguillo dejó de llorar, se acercó a su protector y tomó la herencia, aquel caramillo, que en seguida, puesto en sus labios, reinició la misma inacabable melodía”.<sup>957</sup>

De modo que Santiago siguió la tradición familiar y se dedicó a cuidar de las cabras y de la casa, pues la madre murió a continuación del padre, convertida en un oloroso romero. Su vida transcurría tranquila y solitaria, entre encinas, breñas y romeros, rodeado de cabras monteses y cuidando con sus propias manos a los cabritillos más enfermizos. Mas, como la envidia del ser humano es irrefrenable, hubo hombres que quisieron capturarlo haciendo uso de las armas. Y fue entonces cuando acudió en su defensa una misteriosa doncella blanca y rubia:

—¿Quién me habla?

—Soy Micaela, no me conoces.

Abrió la puerta y no vio a nadie.

—¿Dónde estás, Micaela? ¿Por qué vienes aquí?

---

956 *Ibíd.*, 31.

957 *Ibíd.*, 32-33.

—Estoy frente a tus ojos, y vengo porque vivía en habitación cerrada. Ahora soy libre y estoy contigo. ¿Me ves?

Santiago vio la figura blanca. Tocó la nieve y Micaela se movió un poco.

—Estás helada. Pasa.

—No. No puedo pasar. No puedo calentarme.

Santiago ya no habló más aquella noche. Tocó para la mujer que le visitaba. Los dos vieron la luna, que salía entre las nubes y parecía correr, entre celajes, camino de alguna parte.<sup>958</sup>

Desde aquella noche, Santiago empezó a ser otro hombre. Se olvidaba de dar de comer a sus cabritos, que balaban de forma sobrecogedora. Se pasaba dormido la mayor parte del tiempo, acariciado por una mano fría, delgada y hermosa, e iba envejeciendo con rapidez. Cuando estaba despierto, a cualquier hora de la noche, salía a la puerta de su casa y veía a Micaela, que parecía encogerse, consumirse. Y, en ocasiones, buscaba los viejos papeles que otrora había visto en las alacenas y los vasares: letrillas, villancicos, romances de ciego e historias escritas por la mano torpe del Cabrero.

Un buen día, después de uno de sus sueños, se marchó del pueblo y llegó hasta donde vivía Tomasita la Muda, la cual le alargó papeles escritos en romance, gracias a los cuales conoció la historia de Micaela, quien había muerto entre paredes sin ventanas, después de tomar un bebedizo que le había dado Patro, la curandera, “un jarabe azul, extraído de lanas a medio teñir, y ella sólo hablaba para decir *amor*.” Su muerte acaeció un día de noviembre, “cuando el muchacho que se llamaba Santiago era hito orilla de un camino, cuando los cipreses del cementerio movían sus afiladas copas y entonaban viejos cantos gregorianos”.<sup>959</sup>

Esto es: Micaela había muerto cuando el niño Santiago había sido recogido por el Cabrero en el camino de Monsalve. Era, pues, como si, en ese instante, se hubieran roto los hilos de una invisible y misteriosa tela de amor que uniera los destinos de Micaela y Santiago. De ahí que, al cabo del tiempo, ella viniese a buscarlo, para llevarlo a su lado —libre

---

958 *Ibíd.*, 35-36.

959 *Ibíd.*, 39.

ya de guardias jurados y de los hombres que lo querían apresar— y, una vez juntos, tocar una hermosa melodía de amor eterno:

Santiago salió al helor de la noche, tomó su caramillo e interpretó una marcha fúnebre. Acudieron las cabras monteses, las liebres, los conejos, las codornices, pasó corriendo y dando gritos el jurado, huyeron los de a caballo, se oscureció el horizonte, empezó a nevar de nuevo, y Santiago se quedó allí, sin dejar de tocar, colocando con una mano la otra caña sobre los labios ateridos de Micaela. Así fue cómo Micaela empezó a llorar suavemente, dejando la primera capa de su atuendo, y así fue Santiago se hizo blanco y quedó para siempre convertido en hombre de nieve. Ya no se oía nada por allí, sólo el lamento de los dos caramillos, sólo el suave llanto de dos muertos.<sup>960</sup>

El siguiente cuento de *Papeles amarillos en el arca*, titulado “Un poco de nada”, se centra en la historia de José Maquila, quien gustaba de machacar en un mortero dos dientes de ajo, a los que luego añadía un poco de vinagre y unas hojas de perejil, y con todo ello se untaba unas rebanadas de pan. Después, se sentaba al sol, recostando su espalda contra la pared del molino, y se sumía en un profundísimo sueño, de cinco días y cinco noches, sonriendo de vez en cuando, “como si ya estuviera en otro mundo, mirando nubes color de rosa, tocando flores de almendros, echándose sobre muslos de doncella jamás tentada”.<sup>961</sup>

Un sueño que le venía de familia, y con una frecuencia invariable: tres veces al mes y los viernes de luna menguante. Era la herencia de su padre, quien tenía esa misma costumbre de dormirse cinco días y cinco noches, bien en el mismo lugar en que ahora lo hace su hijo, o bien en un triste catre, junto a la lumbre. Sueños, el del padre y el del hijo, que la pobre Abundia, en su papel de esposa y de madre, vigilaba con amor, mientras aprovechaba para trabajar con el acero y el tabaque de la costura, hacerles aire con ramas de sarga y prepararles buenos y sabrosos chorizos para cuando despertaran.

---

960 *Ibíd.*, 40.

961 *Ibíd.*, 42.

En sus sueños, José Maquila iba montado en un hermoso caballo; se iba muy atrás en el tiempo y se cruzaba con más de mil mujeres, a las que espantaba dándoles golpes en las nalgas con su fusta. Luego, encontraba a Marina Culina, que era como una flor de malva recién regada, y se dormía placenteramente, tras poseer a Marina.

Después de uno de esos sueños, José comprobó que su madre había muerto, casi reducida a esqueleto en ese poco tiempo, y, a la vez, pudo ver hechos realidad sus sueños: ante sus ojos estaban los dos viejos de la casona que él visitaba en sueños y llevaban, sobre un costal de cebada, a su querida Marina Culina. Esta, al comprobar que José estaba solo y necesitaba compañía, decidió quedarse a vivir con él y cabalgar en la cama hasta que llegaba la luz del día. Así, con tanto cabalgar, fueron llegando los pequeños maquileros, todos con un color rosadito, a los que los padres enseñaban a gatear y a decir “*bueno, malo, melón, tocino, alcuza, candil, vencejo, costal, mochila, escopeta y calor*”.<sup>962</sup>

Pero el amor de Marina por José no era el mismo que el que a este le tenía su madre, ni tampoco el mismo que a Santiago Cabra le tenía Micaela, en “Mujer de nieve”. Porque, si el amor de Santiago y Micaela era un símbolo poético del amor eterno, el de José y Marina lo es de infidelidad y celos, pues Marina era una jaquilla dispuesta para la buena cabalgadura y eso lo sabía la difunta Abundia, que parecía removerse en su tumba. Y lo supo, también, un capitán de uniforme que, mientras José dormía uno de sus habituales sueños, llevó a Marina a su campamento y se fue con ella, “cabalgando por hermosos prados, hasta muy lejos, en un viaje que les hacía sudar y reír”.<sup>963</sup>

Luego, ella empezó a coserse ropas negras y dio bebedizos con leche de burra y machacado de bellotas a sus seis hijos. Por su parte, después de despertar, José se fue, junto con otros hombres vestidos con sacos de arpillera, a dar serenatas a todos los cornudos de Monsalve. Pero, para su sorpresa, una de las casas visitadas por la comparsa de copleros fue la suya.

---

962 *Ibíd.*, 47.

963 *Ibíd.*, 49.

Meses después, sus hijos, “llamados Uno, Dos, Tres, Cuatro, Cinco y Seis, estaban bajo los lomos de tierra, siempre muy acariciados por las manos de José”.<sup>964</sup> Parecía como si en aquella casa hubiera entrado una maldición que todo lo hubiera vuelto del revés, en medio de un ambiente en el que eran frecuentes las menciones a uno de los personajes recurrentes en varios cuentos del libro: Tomasita la Muda, de la que se contaba que contagiaba malos sueños y podía hacer mal de ojo.

Ahora era Marina la que se pasaba cinco días con cinco noches sin cesar de llorar y diciendo que quería irse con sus molineritos. José, en cambio, no dormía nada. Por eso pudo ver con sus propios ojos la misteriosa muerte de su mujer:

Apareció Marina, por última vez, con sus ropas negras, diciendo: *estoy preparada; de nada servirá tu empeño*. Y José vio cómo, en efecto, cambiaba de color, pero nada más. La acarició, la vio cómo se quedaba bajo tierra, pero pudo comprobar su cambio, su metamorfosis, porque en aquel sitio no había habido nunca maldita planta, y ahora crecía una malva, y además con una sola flor.

—Bien, siempre podré verte, Marina.

La tocaba también: diez días la besaba, diez días la tocaba, y luego, solamente, durante tres horas cada mes dormía, y además un tantico sobresaltado.

—Si te tocan, me conocerán...<sup>965</sup>

A partir de entonces, José Maquila volvió a sentirse joven y ahora cabalgaba sobre la flor, que solo era para él, una flor que nadie podía robarle. Así fue feliz, viendo cómo nacían flores de la misma planta, de un tamaño menor. Las crías de ambos ya no eran pequeños molineritos, sino pequeñas malvas. Y la felicidad duró hasta que volvió a aparecer ese mítico monstruo de los celos, para dar al cuento un trágico final, cuando el capitán que antaño había cabalgado sobre Marina cortó la flor con un golpe seco de su sable. Entonces fue cuando José cogió dos pesadas

---

964 *Ibíd.*, 51-52.

965 *Ibíd.*, 53.

piedras de molino y apretó la cabeza del capitán hasta que la convirtió en una especie de harina sucia y pestilente.

Consumada, por fin, la tragedia de la infidelidad, a José Maquila no le queda otro remedio que vivir de los recuerdos, retrotrayéndose hasta los tiempos de los primeros amores con Marina Culina. Se volvió a tomar su antiguo mejunje y volvió a dormir sus cinco días con sus cinco noches. Así, gracias a ese regreso a los orígenes de la historia, en este su último sueño, tomaba su caballo blanco y se iba hacia donde había conocido a su soñada Marina. Allí tornaba a sentarse con los viejos y con una joven Marina Culina, a la que, de nuevo, hacía suya.

Otro cuento que también posee una importante carga poética es “Alas de mariposa”, el cual, según reza en el texto escrito por la abuela Clara que figura al comienzo del mismo, está protagonizado por una familia buena y honrada —Andrés y María, los padres, y Juanín y Lucía, los hijos— cuyos miembros se hicieron como topos al saber que su hija quería ser mariposa.

El relato se centra en la figura de una joven soñadora, Lucía, la cual quiso ser muy alta, tener cabellos rubios, cantar como los pájaros, sentarse siempre a la sombra, irse muy lejos para no oír ruidos y convertirse en espiga. Hasta que un día su hermano Juanín llevó a casa una mariposa con un alfiler clavado en el pecho. Desde entonces, Lucía quiso ser mariposa.

La figura de esta muchacha sumida en su mundo de fantasía contrasta con el ambiente de realidad en el que ella y su familia se encuentran insertas. Así, por la plaza de Monsalve se movían quincalleros, cacharrereros, hortelanos, mujeres desocupadas y chismosas; entre tanto, el padre y el hermano de Lucía se iban a trabajar al campo con sus mulos. Pero, a la vez, el pueblo andaba un poco revuelto porque había mucha gente que se quejaba de males misteriosos y todas las mujeres, desde Juanita la Loca hasta Tomasita la Muda, salían con miedo a las afueras del pueblo.

En su afán de crear ese ambiente de realidad, el narrador no duda en referirse a las costumbres relativas a los trabajos que Andrés y Juanín hacían en el campo; a las comidas que tomaban al mediodía, al abrigo

de un bardal; a los viñedos de uva pardillo, garnacha y valdepeñera que María había recibido de sus padres y que Andrés cuidaba con esmero, y al buen hacer de la madre para administrar la casa procurando ahorrar siempre unas pesetas. Son todas ellas referencias que nos recuerdan al Rodrigo Rubio de su primera etapa, la correspondiente a la nostalgia del mundo perdido y, más concretamente, a los recuerdos asociados a las figuras de sus padres, tal y como ahora podemos ver en los casos de Andrés y María. Es más, la identificación cobra más fuerza si tomamos en consideración el hecho de que, al hablar de la cercanía de la localidad vecina de La Roda, resulta aún más evidente la asociación entre Montalvos y Monsalve:

Él vivía muy bien, sin ofender a nadie. Le gustaba irse muy temprano a las tierras. En el otoño sembraba sus pocos barbechos, recogía la uva, que él mismo, con la ayuda de María, pisaba en el jaraíz. Luego cogían la rosa y mataban los dos cerdos. Era una vida sencilla, ordenada, sin ambiciones, aquella. La casa la tenían muy limpia. María disfrutaba plantando rosales, geranios, dondiegos, enredaderas, y así, cuando la primavera llegaba, el patinillo era un puro vergel. Hacían algún viaje de vez en cuando. Iban a La Roda, porque había buenos comercios y los sábados un animado mercado en la plaza mayor.<sup>966</sup>

Las preocupaciones de la familia comenzaron cuando vino al mundo Lucía, la cual nació antes de tiempo y, muy pronto, se quedó como una florecilla falta de agua, a pesar de las visitas a los médicos y de los buenos tratos de los padres. Pese a tener cinco años, Lucía casi no podía andar, buscaba la sombra para sentarse, tocaba las hojas de los geranios, echaba agua sobre una piedra, miraba el blanco de las paredes, “y luego abría los brazos y decía *soy mariposa, tengo alas de mariposa*, así mucho tiempo, sin fijarse en sus padres, que la contemplaban entristecidos. Así hasta que caía al suelo, diciendo ¿por qué me clavas alfileres, Juanín?”<sup>967</sup>

---

966 *Ibíd.*, 77-78.

967 *Ibíd.*, 79.

En el pueblo se hablaba de un mal de ojo y las curanderas ofrecían, en vano sus remedios: Ethelvina, manojos de malvavisco, y la Patro, unas infusiones de hierbas de olor muy fuerte. Mientras, Lucía seguía adelante con sus sueños de ser pequeña y tener alas de mariposa. En invierno crecía un poco; pero, después, volvía a menguar de nuevo.<sup>968</sup> Y así fue pasando el tiempo, de modo que muchachas de su edad ya eran madres y otras, que eran solteras, visitaban burdeles y ventas en busca de algún arriero.

Andrés y María dejaron los trajines de este mundo, quedándose quietos para siempre junto a los cipreses. Lucía, en cambio, caminaba hacia atrás, siendo cada vez más pequeña y más blanca, e iniciaba sus primeros vuelos sobre las flores. Era feliz en su mundo de sueños y de fantasía, hasta que un día las dos mujeres curanderas empezaron a darle infusiones y, entonces, Lucía se hizo mujer arrugada, alta y enjuta de carnes. Dejó de ser mariposa, se hizo persona de carne y hueso y dejó de ser feliz para siempre:

Se vio en mitad del patio, desconocida para Lidia, su cuñada, y desconocida para sus tres sobrinos. Entonces se fue hacia la sombra del porche, y allí estuvo sentada, sin que nadie la viera, esperando oír alguna canción infantil, esperando que un nuevo sueño la hiciera blanca y pequeña, blanca y con alas, lo mismo que una mariposa, igual que los ángeles que, algunas veces, había visto pintados en las páginas de un libro...<sup>969</sup>

### **Los cuentos en los que la realidad se viste de sexo**

Dentro de esa línea general de mezcla de realidad, poesía, mito y magia que caracteriza al conjunto de los relatos de *Papeles amarillos en el arca*, hay unos cuentos en los que aparece un mayor predominio de elementos realistas, que no están reñidos con la presencia de algunos de

---

968 Como más adelante veremos, lo que ahora le ocurre a Lucía volverá a repetirse en los relatos “Vida y muerte de una extraña flor” (1975) y *Tallo de sangre* (1989).

969 *Ibíd.*, 84.



los aspectos poéticos y mágicos que caracterizan, en mayor medida, a otros relatos, como, por ejemplo, los que acabamos de considerar.

Además, los relatos incluidos en este apartado están dotados de un mayor grado de humor, en ocasiones de trazo grueso, casi siempre asociado a elementos de contenido erótico que cobran especial relevancia en el decurso de la trama argumental. Un erotismo que, a veces, está presentado de forma sutil y, otras, de un modo más primitivo y esperpéntico, como en seguida podremos comprobar.

“Una cruz de pino verde” presenta el tema de la muchacha soltera, Adelica, que lleva adelante su embarazo con cierta dignidad y con la ayuda de su madre, Urbana. Incluso tiene ya pensado el nombre que le pondrá al recién nacido. Si es varón, lo llamará Silvestre, *el Inesperado*, y, si es hembra, Loreto, *La Inesperada* o *La Inoportuna*.

Adelica había sido una muchacha alegre, que había recibido, en miles de noches, en la cocinilla, a hombres de todas las profesiones, aprovechando que por aquellos tiempos ya no había alcaldes que mandaran a la casa a alguaciles uniformados. Como aclara el narrador, aquello ya había pasado a la historia y, en esos momentos en que Adelica era joven, se vivía en un mayor clima de libertad. Por eso, Urbana, que era echadora de cartas y experta en mixturas y brebajes, inició a su hija en el arte de amar sin prejuicios, con miras a aligerar el peso de las faltriqueras de los hombres que se dejaban caer por el lugar. A tal fin, pusieron primero una rama de pino sobre la puerta de la casa —que, como irónicamente apunta el narrador, era señal de allí se vendía vino—, y empezaron a servir cuartillos, litros y azumbres.

Uno de los hombres que decidió visitar a Adelica fue el guarda Demetrio, un hombre fuerte, que vestía buenas ropas de pana y calzaba botas polainas con espuelas, y a quien no le importó que, antes que él, hubieran entrado en la casa muchos otros hombres; que, antes que él, muchos otros hubiesen recorrido el camino que conducía hasta la joven. Pero lo que esta le mostró le gustó tanto que decidió quedarse como único transeúnte de aquella hermosa y cálida senda puteril. Para conseguirlo, echó del lugar al resto de caminantes y tomó posesión de la moza, con la anuencia de la madre, la cual ayudó cuanto pudo:

Dejaba duros del tío sentao, y para que no pusieran nunca mala cara, dejaba también algún calendario con estampa de muchos colores. Bebía vino y pedía que Urbana, ya con muchos dolores en la cabeza, le hiciera un mejunje para un cierto dolor que tenía por la entrepierna.

Le untaron por todo el cuerpo, una noche que había nieve, y Demetrio pidió a Adela que bailara. Después le dijo:  
—Esta noche te empreño, chica.<sup>970</sup>

Y así fue; desde aquella noche algo empezó a bullir en las entrañas de Adela, no tan deseosa de esa novedad como el bruto de Demetrio. Pero, como se suele decir, a grandes males, grandes remedios, y a Adela pronto se le buscó un marido y un padre para su hijo en la persona del primo Zacarías, el hijo tonto de la tía Loreto, presentado con una imagen de lo más esperpéntica: un mozo alto, desgarbado, con un ojo medio escondido y el otro desorbitándose.

Ya casada, con un hijo muy tierno y un Demetrio prontamente envejecido, Adela reinició sus anteriores menesteres, atendiendo a los hombres que talaban los pinos de la comarca y que querían disfrutar de ella. Así, hasta que, de pronto, aparece en el relato el elemento mágico en la persona de la Marquesa del Ojo Tapado, a la que Demetrio le llevaba, con engaño, las cuentas de los pinos que habían sido talados. Ella es la encargada de anunciar a Demetrio que él morirá de forma inminente, que la vieja Urbana se quedará sin habla y que Adela danzará por las calles, como si la hubiese picado una tarántula.

Nada más salir de casa de la Marquesa, los hombres de las hachas ataron a Demetrio a una cruz de pino verde, a la que las orugas trepaban en un cordón interminable, como tejiendo una especie de red alrededor del cuerpo del guarda. Mientras Demetrio moría, Zacarías llegaba a casa de la Marquesa con Silvestre de la mano. Allí le entregó el niño a la mujer y, como recompensa, le pidió de comer. Pero lo que recibió de la Marquesa del Ojo Tapado no fue lo que él hubiera deseado:

---

970 *Ibíd.*, 63.

La Marquesa tocó una campanilla y acudieron tres perros mastines. Los perros se acercaron a Zacarías y Zacarías se echó al suelo y empezó a jugar con los perros. La Marquesa se irritó y tocó la campanilla de nuevo. Acudieron cinco dueñas, enlutadas y secas, y echaron un líquido verde, como saliva de serpiente, a Zacarías, y el tonto se fue por el bosque, aullando como un maldito. Decía: *madre, madre*, y luego: *Adelica, Adelica*, y le respondía el eco nada más. Pasó por junto al campamento de los taladores y nadie se movió de su petate. Luego vio la cruz y escupió sobre una piedra, *botellica de aguardiente, el que no escupa que reviente*. Se puso a cantar y llegó junto a su mujer, a la que miró a los ojos, diciéndole: —Si te he visto, no me acuerdo, chica.<sup>971</sup>

Poco después, se tomó, por equivocación, un brebaje de Urbana y se quedó muerto, al igual que su vieja tía. Dos cadáveres que el forense tuvo que levantar de una sola vez, al tiempo que anunciaba la próxima muerte de Adela.

Silvestre, bajo la protección de la Marquesa, se convirtió en talador de montes, hasta que un día la vieja del ojo tapado le anunció que pronto recibiría un castigo. Así, una noche muy nublada empezó a ser azotado, sin que él pudiera ver a nadie junto a él. Pero pronto comprendió que quien le pegaba era Demetrio, el cual quería vengarse, en la persona de su hijo bastardo, de la trágica muerte dispuesta por la Marquesa en castigo por haberla robado, por haber sembrado la desdicha en las tierras de sus antepasados, al convertirse en violador de las mujeres de otros hombres, y por haber provocado la violencia en las tierras de Monsalve, al enfrentarse con ciento ochenta hombres con fiebre en los ojos, que deseaban, como él, gozar de los encantos de la ardiente Adelica.

Al día siguiente del castigo, el esqueleto de Demetrio apareció pegado a la cruz, con algunas pocas orugas “rustriendo sobre hebrajos de carne y trocitos de piel”. De ese modo, se consumó, definitivamente, la maldición que le había lanzado la Marquesa del Ojo Tapado. El engaño, la violencia y la lujuria desmedida han tenido su oportuno y violento castigo, y ya únicamente resta que se cumplan los privilegios que ella

---

971 *Ibíd.*, 71.

había anunciado al bueno e inocente de Silvestre, quien va a recibir un mágico premio:

Silvestre se había quedado allí, tocando la tierra húmeda del relente, llorando por lo bajo para que no le creyeran chiquillo. Después tomó su capote, dejó el hacha y se fue, monte adelante, sin que nadie saliera a su encuentro, solamente un sol muy fuerte, un sol que poco a poco lo iba transformando en algo que brillaba mucho, una especie de estrella que andaba por allí como si de un momento a otro fuese a encontrar el invisible camino del cielo...<sup>972</sup>

Si en “Una cruz de pino verde” cabría hablar del castigo al engaño y a la sexualidad desmedida, algo parecido se puede afirmar respecto de “La onza de oro”, un relato que se abre con la presentación del personaje de don Sabino Prieto de la Cruz, en medio de un ambiente de pobreza y abandono y de un clima de misterio conformado por unos pianos que tocan solos y unas arpas que lloran, acariciadas por manos femeninas. A todo ello se añaden las sombras fantasmales de doña Eduvigis, los desahorados gritos del viejo don Gonzalo Prieto de la Cruz, hijodalgo y señor de Los Fresnos, y el ir y venir de camareras que ya eran esqueletos.

A don Sabino le acompañan, en ese viejo caserón de La Roda, su fiel criado Lorenzo; la dueña Genoveva; Lidia, la doncella de la señora, doña Catalina; Martín, el mulero, y la propia doña Catalina, siempre cantando, por que en nada la apenaba la desdicha de ser pobres.

En la mente de Lorenzo están presentes, de continuo, los dos hermanos de su amo, quienes se habían visto obligados a malvender sus tierras a causa de su escaso afán por el trabajo: Ricardito —doctorado en siestas de tardes enteras—, y Fernando, señor de juergas continuas. Y también lo está el señorito Valentín, primo de don Sabino, que solía acudir desde Monsalve hasta el viejo caserón familiar —que parecía más un panteón de muertos que una morada de vivos—, porque le gustaban los carnavales de La Roda y, más aún, encontrarse a solas, en el gabinete

---

972 *Ibíd.*, 74.

de Catalina, con la mujer de su primo Sabino, la cual, a pesar de que le era fiel al marido, sentía una especie de fuego interior que la iba consumiendo poco a poco.

Mientras tanto, don Sabino se encerraba en su despacho, en donde acudía a sus viejos recuerdos y cogía papel y plumas de ave para escribir “un soneto dedicado al miedo, otro a los celos, cinco más al silencio y veinte a la lluvia”.<sup>973</sup> Él, como el viejo Víctor Quintanar de *La Regenta*, se halla sumido en su mundo de fantasía y ficción literaria, mientras su mujer, Catalina García del Baile Continuo, pueblerina y modesta versión de la vetustense Ana Ozores, va empezando a sentir el fuego interior provocado por el deseo sexual y el adulterio. De ahí que, en un ambiente propio de los carnavales que se celebran en la localidad de La Roda, en la casa aparezcan, de improviso, unas máscaras alusivas a ese adulterio que está próximo a consumarse:

Se hizo el silencio luego, hasta que entraron cinco máscaras, diciendo que nadie las conocía. Eran cinco diablos, con cuernos y rabo. Danzaban tocando unos palillos, iban y venían, rodeaban a Lorenzo, que seguía untando aparejos, como en los días de temporal. Tiraron del moño a Genoveva, descolgaron un cuadro de perros y liebres, y entonces hicieron *guau, guau*, y Catalina se echó a reír. Don Sabino se sentó en el suelo. Pasó a su lado Lidia y le tiró de la falda.

—Diles que pasen.

—¿A las máscaras?

—Que pasen.

El primo Valentín se echó a reír. Catalina llevaba ya vestido largo, muy blanco, como cuando se desposó en la iglesia de El Salvador, un día de mayo. Las máscaras entraron, sin dejar de gritar.

—¿Por qué cuernos? —preguntó don Sabino.

—*Guau, guau* —dijeron las máscaras, y le quitaron de las manos un trocito de jamón al primo Valentín.<sup>974</sup>

Es así como, alegóricamente, se ha producido la entrada del adulterio en casa de don Sabino, con el inconsciente consentimiento de

---

973 *Ibíd.*, 123.

974 *Ibíd.*, 125.

este, y, por eso mismo, el primo Valentín, con la ayuda de su rojo caballo y de su cabriolé, se lleva consigo a Catalina, una esposa robada.

Pero, a diferencia de otras obras en las que se trata este tradicional y tópico tema del marido burlado —tan habitual en el teatro clásico— y en las que el adulterio acaba de forma trágica, con los consabidos duelos de honor —pongamos por caso los maravillosos ejemplos de *La Regenta* y *Bodas de sangre*—, en este caso Rodrigo Rubio ha querido darle al asunto un giro cómico y un tanto esperpéntico, muy valleinclanesco. De ahí que el cornudo don Sabino se ponga a buscar unas onzas de oro que deben de estar escondidas debajo de algún ladrillo. Cuando, por fin, las halla, se disfraza como un negro mascarón, toma un licor verde que le da una desconocida energía y se va a buscar a su mujer, la cual, en esos momentos, bailaba vestida con traje de dominó blanco. Ella, al ver en su mano una onza de oro, se siente suficientemente pagada y acepta ir a su propia casa con el desconocido enmascarado. Allí, él le descubre su cara y se marcha sin añadir palabra alguna.

Desde entonces, un día tras otro, don Sabino manda servir la comida para él y su mujer y, cuando ambos están sentados a la mesa, coloca una onza de oro entre los dos platos y se va a su despacho, en donde escribe sonetos dedicados al aire, a la lluvia, a los celos y al dolor de estómago. Y siempre, sin dirigir la palabra a su mujer, quien, según el oportuno apunte del irónico narrador, recibe, así, el merecido castigo a su infidelidad:

Catalina tenía los ojos tristes y reía delante de Lidia, porque aquello no era para tanto. Pero la onza de oro le bailaba en los ojos, se le metía por entre la piel, se le subía al cerebro, y por las noches, aquel metal daba saltitos y decía *pu-ta, pu-ta, pu-ta*, y aquello no le gustaba a Catalina...<sup>975</sup>

El tema del sexo continúa presente, con un tono más desenfadado y humorístico, en “Las vacas de la Polilla”, un relato centrado en la figura

---

975 *Ibíd.*, 131.

de Juliana Polilla, a quien todos los habitantes del lugar consideraban medio hombre, a la vista de sus piernas, que parecían troncos de pinos jóvenes, y de su cuerpo, que semejava una saca repleta de harina. La muchacha, que vivía sola con su padre, decidió comprar tres vacas de leche con las que ambos conseguirían levantar cabeza, de modo que, en un año, de veinte duros pasarían a tener cien. Su padre, Segundo Polilla, hubiera querido que una persona tan trabajadora y emprendedora hubiera nacido varón o que, al menos, su hija fuese algo más femenina y delicada:

—Ay, si fueras chico...

—Y dale. ¿No hago trabajo de hombre? ¿No labro? ¿No escardo, eh? ¿No voy por las aldeas y pego bofetadas a los caminantes atrevidos?

—Sí. Pero tampoco es bueno eso, en mujer. Si hembra naciste, yo te quisiera ver hembra siempre.

—Usted lo que quisiera es que yo hiciese aguas en cuclillas, pero las hago de pie, y adiós chinarrillos que toco con el chorrín.

—Qué borrica eres, Juliana.<sup>976</sup>

Poco a poco, padre e hija habían ido prosperando, pues una de las tres vacas iba a parir dos crías con éxito. Juliana hacía unos quesos muy sabrosos y se iba a los mercados de la comarca para vender su mercancía. Incluso llegó a tener doce pretendientes en Monsalve, pero de ninguno de ellos quiso saber nada. Tan solo uno se le pudo acercar un poco, aunque el resultado que obtuvo fue muy diferente al esperado por él, como humorísticamente cuenta el narrador:

Y delante de otros hortelanos, en presencia de los quincalleros, los ojos de Tomasita la Muda por allí como mirando hormigas, el Cantabajo fue y largó su manaza, dirección cuerpo de Juliana. Y Juliana le soltó tal tortazo que el badajo de la campana, allá en lo alto de la torre, se movió, y la campana hizo *tim*, y el tortazo *plaf*, y las bocas de los testigos *jo, jo*, y el Cantabajo dijo *maldita pécora, si lo estás deseando*,

---

976 *Ibíd.*, 104-105.

mientras Juliana pesaba zanahorias, *a real mujeres, a realico, amarillas y borrachas, quedan pocas, a real*, y mientras Segundo, el pitillo panzudo en los labios, chamuscaba palabrotas que sólo los pájaros entendían.<sup>977</sup>

A veces, padre e hija hablaban de la Cueva de la Tía Potita, de la que se contaban historias relacionadas con brujas y con gritos misteriosos. Y un buen día Juliana se encontró con un hombre de cabello largo y barba descuidada, con guitarra, capa de caminante y sombrero de trovador. Era Berto el Potito, personaje a medio camino entre el realismo y la magia, quien se le ofreció para ayudarla a sosegarla cuando ella lo necesitara.

Desde ese momento, y como sucede en el tradicional cuento de la lechera, la ansiada bonanza económica comenzó a desmoronarse y tres vacas empezaron a padecer un extraño mal. Así, hasta que un día, el Potito le dijo que sabía que una ya había muerto y que a las otras les acabaría sucediendo lo mismo. Aquello era una maldición lanzada por la Tía Potita, una mujer que había muerto hacía muchos años y que ahora, en el interior de la cueva, le dice a su hijo que, cuando hubieran muerto tres vacas, él podría enseñarle a Juliana la receta para que no muriera ninguna más.

La muchacha, algo reticente y recelosa, aceptó llevar a cabo el ritual que le dijo el Potito. Y así, después de haberse bañado desnudos en el río y de que el sol hubiese besado sus lozanos cuerpos, él acercó su miembro viril al sexo de Juliana y empezaron con la lenta y reiterada práctica de tan sabroso remedio:

LOS DOS.— Por la orilla, por la orilla, para que no se mueran las vacas de la Polilla...

De pronto, Juliana mordió la piel caliente. Apretó con fuerza aquella espalda como manso cauce de río. Retembló toda ella, y el suelo de césped bajo los dos. Siguió él.

—Por la orilla, por la orilla...

Y le cortó la voz suspiradora de Juliana:

---

977 *Ibíd.*, 109.



—No, no... Por... por el medio, que... que si se mueren, ya no tiene remedio.

Y fue entonces cuando el sol trajo las nubes, pero ya era lo mismo, porque Juliana estaba en otro mundo, en donde todo era luz, y calor, y pájaros, y ríos muy limpios, y vacas muy lustrosas, y bosques interminables, y casas como palacios, y caminos llenos de oro...<sup>978</sup>

Fue así como —en esta curiosa versión que Rodrigo Rubio hace del tema de la doma de la mujer bravía— la rústica y hombruna Polilla pudo degustar las dulces mieles de un, hasta entonces, desconocido placer. Poco importaba ya que las vacas vivieran o murieran. Tras haber conocido este tan particular *locus amoenus*, a ella, tan feliz ya, tan dulce, tan *beata*, lo único que le apetecía era disponerse para, luego de echar un sueño, seguir con aquellas divertidas y saludables prácticas.

Parecida historia de humor y sexo es la que Rodrigo Rubio ofrece en el cuento “La hija del curandero”. Historia conocida por todas las gentes de Monsalve y protagonizada por Miguelón Simpadre, quien, siendo todavía chico, tenía la costumbre de desabotonarse el pantalón y enseñar a todo el mundo aquello que tenía entre las piernas, que, según afirma el narrador, era mucho.

Hijo de un comprador de pieles valenciano y de María Sebastiana, mujer respetada, a pesar de haber tenido un desliz, el muchacho había salido gordo, recio de cuello y ancho de espaldas, y fue bautizado con el nombre de Miguel, por un antepasado, aunque era conocido como Miguelón, y además Simpadre, lo que era un insulto. Algo que entristecía a la madre, al igual que el hecho de que el hijo no hubiera querido aprender un oficio, sino estar con las ovejas, lo que parecía herencia de sangre paterna. Así que, un buen día, Sebastiana murió de repente, comprando en la plaza, y Miguelón se quedó, también, sin madre y se puso a vagar de un lado para otro, sin buscar trabajo. Y es en este punto del relato cuando aparece una curiosa y remota asociación entre el pobre Miguelón y Rodrigo Rubio, pues, como dice el narrador, el muchacho fue recogido por un pariente de la familia Rubio, “don Eulogio Marqués, que era pariente de los Rubio Marqués, hombre sosegado, siempre vestido de

---

978 *Ibíd.*, 116.

negro, con buen rebaño de ovejas y un par de mulas de labor. Miguelón tomó el cayado y el morral, le buscaron perro obediente y se fue a los campos con el rebaño”.<sup>979</sup>

De ese modo, Miguel se fue haciendo hombre y ya no iba por ahí enseñando sus vergüenzas. Cuando, de tarde en tarde, bajaba al pueblo a algún baile, las comadres cotorras del pueblo se le quedaban mirando al famoso lugar diciendo “*será que lleva ahí alguna llave de portón*, porque algunos hombres, al salir de noche tomaban la llave de la casa y se la echaban al bolsillo del pantalón”.<sup>980</sup> Pero, como aquello no era llave alguna, se pensó que lo suyo era fruto de alguna enfermedad y don Eulogio convenció a Miguel para que fuera a la consulta de don Benedicto, el médico, que era hombre ya viejo, amigo de faldas y un tanto miope. Este le prescribió unas pastillas que Miguelón nunca se tomó.

Hecho tan relevante llegó a oídos de Matilde, la hija de Luján el Curandero, la cual hizo todo lo posible por coincidir con Miguel durante el baile que, con motivo de la tradicional matanza, organizó don Eulogio, y le dijo que fuera a ver a su padre, pues a buen seguro lo curaría. Pero, en este caso, los remedios prescritos por el curandero —quien, a diferencia de lo que sucede en el resto de los cuentos de *Papeles amarillos en el arca*, no parece tener esos poderes mágicos o sobrenaturales— no dieron resultado y Miguel tuvo que visitar su consulta en tres ocasiones, en la última de las cuales fue recibido por Matilde, pues su padre había ido a buscar esparto a Las Dehesas:

Matilde canturreó *yo curo mejor, sobre todo esos males, déjame que te mire, que no cobro dos reales*. Y Miguelón dijo *bueno, si te empeñas*, y Matilde abrió mucho los ojos, luego dijo *ven para acá, anda; cómo te va a curar un viejo*, y Miguelón fue, muy obediente, y Matilde empezó a preparar todas las cosas como si ya estuvieran allí dispuestas de antemano.

—Anda, ven, ven; que los hombres sois más tontos...

—Pero..., pero...

—Anda, ven, y calla...

---

979 *Ibíd.*, 193.

980 *Ibíd.*

Matilde aplicó su tratamiento, y Miguelón notó que mejoraba, que el mal se le iba. Y empezó a reír como un crío...<sup>981</sup>

Desde entonces, Miguel estuvo mucho más relajado, atendiendo a su trabajo con alegría y con cánticos. Y un buen día se encontró con el viejo Luján, quien le preguntó que por qué no había vuelto a su consulta. Entonces, el simple de Miguelón le contó lo sucedido y la mejoría que había notado desde que su hija lo curó, lo cual da paso a un humorístico final:

—Que me curó su hija. Y muy bien, ¿sabe? Ahora sólo noto el mal cuando me acuerdo de ella; pero ya iré a verla, no se preocupe...

Las últimas palabras a lo mejor ya no fueron oídas por Luján el Curandero, que había echado a correr hacia el pueblo, tirando su bote mediado de rojizos saltamontes. Miguel, algo confuso, le oyó gritar:

—La mato, la mato...

Miguelón dio dos pasos y gritó:

—¡Eh, eh! ¿Por qué?

Pero el viejo corría, corría gritando sin parar:

—La mato, la mato, la mato...<sup>982</sup>

### **Cuando la magia se impone a la realidad**

Aun cuando en el conjunto del libro *Papeles amarillos en el arca* se puede hablar de una adscripción global al llamado realismo mágico, hay algunos relatos en los que la aparición de elementos relativos a la fantasía y la magia es mucho más evidente y predominante que en otros. De manera que, sobre una base realista, se asienta un mundo irreal sustentado gracias a la presencia de fuerzas mágicas o de poderes inconcebibles e inexplicables desde la pura racionalidad.

Ese es el caso, por ejemplo, de “Hormigas con alas” y de “El rapto del mago Lú”, en los que el escritor albaceteño ofrece dos versiones

---

981 *Ibíd.*, 198.

982 *Ibíd.*, 199.

del tema de la consecución de la riqueza fácil, unida a la presencia de elementos propios de la alquimia y de la superstición popular.

El relato “Hormigas con alas” se abre con lo que parece el anuncio de una próxima tragedia: unas nubes que iban creciendo en el cielo y “se hacían como caballos blancos y gigantes, se hacían como ánforas de oscuro barro, se hacían como árboles de ramas inmensas”.<sup>983</sup> Nubes que deberían traer una lluvia esperada y necesaria para acabar con la pertinaz sequía que asola las tierras monsalveñas. Y, mientras llega o no llega la lluvia, a las hormigas negras les crecen alas y forman corro alrededor de los hormigueros, como si estuvieran a la espera de algo. Porque todo hacía presagiar el advenimiento de algún suceso extraordinario, ya que hasta Edelmira daba besos en la frente a Tomasita la Muda, cuando todo el mundo en Monsalve era conocedor del encono que aquella le tenía. Y ese cambio se debía a que Edelmira estaba segura de que llegaría la lluvia y todos comerían tostones.

Es entonces cuando, en medio de todo ese expectante gentío, hacen su aparición dos curiosos personajes: Rinranete y Ruffillo. Del primero de ellos, portador de algún que otro piojo rojizo en su cabellera, el narrador comenta que, por ser tan chiquito, no había sido admitido en el grupo de hombres que buscaban los cristales mágicos. El segundo aparece cojeando, como siempre, con el moco rozando el suelo y con una alcuza en la mano derecha y una canasta de tomates en la izquierda. Acto seguido, ambos picaruelos se ponen a comer tomates y a beber sorbos del aceite de la alcuza y, en seguida, han de correr en busca de un corral, porque los tomates y el aceite crudo les habían dado blandura en las tripas.

Entre tanto, las mujeres empiezan a tejer redes con hilos muy fuertes para apresar cualquier nube que volara baja. Y era que todos tenían fe en el viejo Nicolás, considerado un sabio adivino, dado que muchos de los sueños que había tenido se habían acabado cumpliendo, como aquel referido a la llegada al lugar de unas mujeres guapas, las cuales hicieron su aparición en las calles del pueblo una semana después. Por eso, con el paso de los días, las mujeres instalaron una red en forma de bolsa sobre el tejado de la torre y quisieron poner una escalera apoyada en el aire.

---

983 *Ibíd.*, 17.

Como eso era algo que rompía con las normas sociales establecidas, al pueblo llegaron soldados para restaurar el orden. Pero Rinranete y Ruffillo les dieron a comer tomates y aceite y los soldados tuvieron que emplear sus manos para cogerse el vientre y no para tomar los sables, por lo cual acabaron marchándose por los caminos llenos de polvo.

Por fin llegó la lluvia, ya que las nubes se convirtieron en macetas. Pero eso a los hombres les decía muy poco, porque ellos esperaban que el cielo les enviara algo de más valor que el agua, pues el agua de nada les servía cuando ellos habían quemado ya sus aperos de labranza y habían dado sus ganados a los pastores trashumantes. Mas, para sorpresa general, una mañana el campo amaneció lleno de millones de cristales, pedazos de arcos iris rotos, que comenzaron a teñirse de negro y a danzar cuando los hombres trataron de cogerlos con sus manos, las cuales empezaron a llorar, quietas y enjutas.

Fue en ese momento cuando los habitantes de Monsalve comprendieron que aquellos cristales estaban malditos y que el cielo los había castigado por haberle escupido al mandarles solo agua. Fue entonces cuando, castigados por su dios, vieron cómo la figura de una extraña mujer se alzaba en medio de las llamas de una hoguera encendida por Rinranete y Ruffillo. Era la mujer con la que todos ellos habían soñado y que les había llevado a la ruina. Era la alegórica imagen de la ambición que, para bien de todos, al igual que había surgido del fuego, se acabó consumiendo en él; “pero quedaban pavesas y se oía una extraña música. Era Tomasita, la Muda, que andaba de rodillas y decía *por qué no me habéis escuchado*, y entonces comprendieron que tenía voz y que nadie debía burlarse de ella”<sup>984</sup>

Así, cuando los hombres comprendieron la lección moral que el cielo quiso dar a su desmedido y loco afán por las riquezas, se dejaron mojar, alegres, por la lluvia; los chiquillos entraron en la escuela; las mujeres regaron sus geranios, y todo volvió a la normalidad. Pero aquel hecho quedó grabado para siempre en la memoria colectiva del lugar y todos respetaron a Tomasita la Muda, quien hasta entonces solo había sido objeto de la burla general.

---

984 *Ibíd.*, 27.

Tal vez por eso, Tomasita, tras haber cobrado tal grado de protagonismo en este segundo cuento del libro, será el personaje que más veces reaparezca a lo largo del mismo, con lo que se convierte en uno de los elementos de cohesión interna de los diversos relatos. Una Tomasita que —junto con otros personajes secundarios que pululan en las páginas del libro, como Patro, la curandera; Fermín, el buhonero; Perico, el churrero; Acacio, el pastor; Bruno, el ciego de las coplas; Juanita, la Loca, y Santiago Cabra—, contribuirá a dotar de un cierto grado de verosimilitud a las historias escritas por la abuela Clara y luego narradas por su innominado nieto.

Otro personaje respetado en Monsalve era Paco Sentencias, un viejo que pasaba su tiempo trabajando el esparto, tomando tragos de vino de una redoma con pitorro cascado y recordando a su querida Maximina, muerta cuando la llevaba al altar. Hasta su casa se acercaron unos hombres para informarle de la llegada al pueblo de unos comediantes entre los que se hallaban mujeres muy pintadas y el célebre Mago Lú, famoso por sus encantamientos, por sacar monedas de las narices y por convertir en oro las lágrimas de los niños. Pero él ni se inmutó: solo les dijo a los hombres que preguntaran de qué color cagaba ese mago y, luego, sacó de su cartera una foto de Maximina vestida de colegiala y la besó.

Según informa el narrador, los comediantes solían llegar al pueblo cada dos años, en el tiempo en que las cosechas estaban en las cámaras de las casas. Apenas llegar, hacían un desfile por las calles e invitaban a las gentes a que acudieran, con sus propias sillas, a ver su amplio repertorio, que incluía una comedia y diversas atracciones, entre las que destacaban las Brujas de Galicia, las Brujas de Isla Negra y el Gran Mago Lú.

Paco Sentencias, quien guardaba luto permanente a Maximina, no iba a esas actuaciones, aunque le llegaban las noticias de las mismas, como aquella según la cual el Mago Lú había hecho que Balbino, el Uva, se alzara con su silla hasta casi un metro por encima de las cabezas de los demás y luego le dijo que adivinaría con quién se acostaba, hecho este que dio paso a una curiosa escena, que el narrador relata con su humor y su gracejo habituales:

Balbino, que dormía con su madre, por estrechez de casa quizá, tal vez porque la Pascualilla tenía mucha querencia al muchacho, empezó a gritar, bamboleándose.

—No, maldito. Mátenlo. No tiene derecho...

Llegó la Pascualilla, corriendo, pese a su fatiga.

—¿Qué va a hacer el maldito? Baja, hijo, y vámonos a la cama, que si tú duermes conmigo, a nadie le importa.

Y entonces el Mago Lú bajó su vara y Balbino cayó al suelo, suavemente. Echó a correr, maldiciendo a los comediantes, mientras el auditorio reía y la Pascualilla lanzaba escupitajos al escenario.<sup>985</sup>

Aquella noche, seis hombres, a los que más tarde se sumarían quinientos cuatro, con hachas y palos, bocas de hambre y ojos enfebrecidos, cayeron sobre la tienda del Mago Lú, quien acabó rindiéndose y volviendo los ojos del revés, como si se encontrara en otro sitio. Lo llevaron ante Paco Sentencias para que lo obligara a conseguirles piedras de oro; pero no fue posible. Al contrario, el Mago empezó a temblar y a hacerse cada vez más pequeño.

Mientras tanto, el resto de los comediantes se alejaron del pueblo, conscientes de que algo grave iba a ocurrir, puesto que el Mago Lú había sido raptado sin que este se defendiera haciendo uso de alguno de sus trucos mágicos.

Por fin, el Mago tocó con su varita una piedrecilla que, en seguida, se tornó de color brillante y sobre la que se lanzaron mil veinte manos, entre el griterío ensordecedor de quinientas diez bocas, y, a continuación, el Mago atrajo hacía sí el chinarrillo para así hacer que los hombres se mordieran unos a otros. En efecto, Paco Sentencias pudo ver a todos esos hombres a punto a despedazarse, persiguiendo algo que no veían, enfebrecidos por el brillo de una piedra que había vuelto a ser piedra. De ahí que cogiera al Mago Lú y le diera un bebedizo que lo convirtió en pulga. Así pudo salvarlo de las garras de sus avarientos y enloquecidos perseguidores, que lloraban desconsolados mientras Paco reía a carcajadas. Los hombres ya habían recibido el castigo a su avaricia.

---

985 *Ibíd.*, 89.

Tan solo faltaba el castigo al que se había hecho merecedor quien había alentado esa locura desmedida.

De ese modo, al quedarse solos el Mago Lú y Paco Sentencias, al que el mago convertido en pulga califica con el apelativo de Mago de Aquí, este mandó al Mago Lú que se pusiera sobre la uña de uno de sus dedos y le hizo probar los efectos de su particular y desconocida magia:

Y el viejo Paco Sentencias apretó una uña contra la otra, se oyó un leve chasquido, o crujido, *clac*, y el Mago Lú, convertido en pulga al huir de los hombres enloquecidos, quedó aplastado, quedó muerto, desapareció bajo el sencillo pero misterioso poder del viejo Sentencias, el hombre que no creía en los encantamientos.<sup>986</sup>

“Danzas de facas en la venta” se abre con una escena en la que el narrador habla de la presencia de algún mal espíritu en la cocina de la venta, ya que todos los candiles se han apagado de pronto. Allí estaban, entre otros, Julián el Quincallero, llorando desde las tres de la tarde porque se había muerto su macho *Voluntario*; el viejo aceitero Apolinar, cantando coplas, y Juan Blanco, tocando el acordeón. Junto a ellos, Blas y Lutgarda, los venteros, algo alarmados por ese extraño acontecimiento y por el hecho de que a la venta no iban buenos clientes, desde aquel tiempo de las epidemias de cólera, cuando incluso se llegó a enterrar a mucha gente viva. Algo que el narrador cuenta con un manifiesto realismo y, también, con el oportuno componente mágico:

Contaban que mucha gente había sido enterrada viva, pues ya no se fijaban en los moribundos. Todos caían al suelo, con el mal del cólera, e iban los alguaciles con un carro grande y allí los echaban, y luego, desde el carromato, a la zanja, y por eso se decía ahora que no estaban solos, que desde Monsalve llegaban gritos, por las noches, ya próximo el mes de noviembre, y que desde toda la ribera del Júcar, no

---

986 *Ibíd.*, 99.



venían sino como aullidos, quejas, y que por eso Lutgarda tenía como temblorcillo en las carnes siempre...<sup>987</sup>

En medio de este ambiente de misterio, en el que se habla de que la sombra de algún extraño ser corría por los desvanes y luego se iba por los ejidos, la hija de los venteros, Rosagorda, deja caer una fuente de porcelana llena de chorizos y todos los allí presentes se quedan con los ojos fijos en el calendario, que se movía, de un lado para otro, como si las paredes fuesen estremecidas por un terremoto.

Blas piensa que aquel espíritu pudiera ser el de su hijo Blasete, que había muerto en África a manos de un moro; pero pronto desecha tal posibilidad, pues su hijo era bueno y “no podía volver ahora, convertido en murciélago gigante, para no dejarles vivir”<sup>988</sup>

Pensando en otras alternativas, Blas recuerda que aquel fenómeno había empezado al mismo tiempo que las partidas del bandido Malpán, con muertes violentas y olor a carne quemada entre las matarrubias y las encinas. Y recordaba, también, que la primera noticia de extraños sucesos la contó en la venta un afilador gallego, de nombre Florindo, quien, yendo de camino hacia Fuensanta, había empezado a oír ruidos y voces muy raras, a modo de quejidos. Entonces, sintió temblor por todo su cuerpo y un fuerte dolor en las piernas, vio que su capa había quedado prendida en una zarzamora y oyó una voz que saltaba de pimpollo en pimpollo, de olivo en olivo, diciendo “*que voy, que voy*”.

Tras recordar aquella historia relatada en su día por Florindo, mediante la técnica del cuento dentro del cuento, el narrador regresa al momento en que se están desarrollando esos hechos en la venta y que, aunque no se da una fecha concreta, hemos de suponer que acontecen durante los primeros días del mes de noviembre, como hemos visto que sucedía en otros cuentos de este y otros libros del escritor albaceteño. Ahora, aparecen unas nubes negras y todos los allí presentes recuerdan aquella enorme riada, en la que pereció Fortunato Senabre, junto con otros hortelanos. A la vez y de forma inexplicable, Rosagorda empieza

---

987 *Ibíd.*, 168-169.

988 *Ibíd.*, 170.

a crecer y a engordar un poco más, y los ojos y las manos de todos los hombres se dirigen, obscenamente, hacia ella. Es entonces cuando Lutgarda dice a todos que cree haber visto el rostro arrugado de su tía Prisca, la Matusalena, apagando los candiles. Pero, a pesar de ello, los hombres comienzan a sacar sus navajas y a darse cuchilladas, en pugna por ver quién se hace primero con Rosagorda, hasta que, por fin, pasan los efectos de la visita de la vieja Prisca, con sus ecos de cementerio y sus lamentos de ánimas en pena, y se puede recuperar la normalidad habitual:

Y todos, cuando ya los candiles alzaban su llama de nuevo, se asomaron al ejido.

—¿La veis? —dijo Lutgarda.

—¿Aquello negro que corre?

—Es ella.

—Parece un murciélago gigante.

—Es la Matusalena —dijo Blas, invitando a que entraran de nuevo al cocinón—. Estuvo a vernos, y trastocó todo. Pero ya no volverá, por lo menos hasta...

—Hasta el año que viene —concluyó Lutgarda.<sup>989</sup>

El protagonista de “Los experimentos de Jacinto Catacaldos” es un hombre que, siendo mozuelo, se había ganado el apodo de Catacaldos porque le gustaba husmear, como perro pachón, en todo lo que ocurría en Monsalve. Él fue el único de los cinco hijos del tío Majuelo y de Valentina que no salió del pueblo, “ni cuando guerras ni cuando epidemias ni cuando los hombres querían hacerse ricos y se iban a otros campos, para morir allí”.<sup>990</sup>

Lo curioso de Jacinto era que usaba pantalones, ni largos ni cortos, de los que la gente llamaba de tonto, y que unas veces andaba bien y otras con el pie derecho algo encogido, como si algún tendón del talón se le hubiera quedado más corto. Por eso, las gentes del pueblo empezaron a decirle que era un vago y un malicioso, como su tío Ramón

---

989 *Ibíd.*, 177.

990 *Ibíd.*, 179.

Hierbamarga, “hombre que se había dedicado a la herboristería, como la Petra, y que antes de ser enterrado se llevó por delante a algún paciente de disentería que había confiado en sus infusiones”.<sup>991</sup>

Como se había fijado en una moza del pueblo, llamada Herminia, y pensaba en casarse, Jacinto se marchó seis años a trabajar a una aldea y no pudo asistir al entierro de sus padres, que se murieron en días sucesivos. Cuando regresó, ya sin rastro de cojera alguna, encontró la puerta de su casa cerrada, con precinto de juzgado, y allí esperó tres días hasta que llegó el juez y la abrió. Después, y siguiendo con esa forma tan extraña de proceder, Jacinto entró en la casa e hizo el canto del gallo, “y desde un corral vecino cacareó Herminia, que ahora tenía abultada pechera y andaba ya como con mucha desazón”.<sup>992</sup> Así que, cada uno cogió un pequeño hatillo con ropa y se dirigió a los trigales, en donde celebraron una boda muy peculiar y muy callada.

Allí fue donde Jacinto —otra vez la técnica de la caja china— le relató un cuento de aldea que él había aprendido de unos pastores y que trataba de un mozo que quería ser rico e iba por campos y pueblos pregonando ese deseo. El muchacho anduvo treinta años recorriendo lugares y siempre era pobre. La gente le daba limosna, comía rodeado de pájaros y dormía en las cuadras de los ventorros o en las orillas de los ríos. Al final, cansado de querer ser rico sin conseguirlo, decidió ser pobre y, desde entonces, todo le fue de maravilla:

Corría con facilidad, eructaba a tiempo, le estaban buenos los melones tomados recién de la mata, se sentaba en los lindes, conversaba con las maricas y los grajos, se reía al ver cómo los perros hacían el amor. Así fue hasta que vio una sombra de árbol grande y allí se quitó los andrajos, se tumbó en la hierba, respiró hondo, oyó el cántico del jilguero, escuchó también a la alondra, le rozaron mariposas, se durmió, y se despertó en otro mundo, sin ningún dolor de cabeza...<sup>993</sup>

---

991 *Ibíd.*, 180.

992 *Ibíd.*, 181.

993 *Ibíd.*, 182.

Sin tener en cuenta las enseñanzas del cuento, Jacinto acudió a su tío Ramón para pedirle que le enseñara una receta de hierbas para no envejecer y otra para ver palacios y mujer vestida con sedas y crespones. Jacinto quería ser rico y que Herminia fuera más guapa y lustrosa, aunque solo fuera en sueños. Por eso, comenzó a recoger hierbas y a hacer mezclas para sus bebedizos.

Con el primer caldo que se tomó, los resultados fueron muy distintos a lo esperado: Jacinto vio un palacio que se derrumbaba, a sus padres como dos titiriteros en medio de una plaza y se vio a sí mismo como un pequeño mono amamantado por su madre. Después, volaba hacia un río en el que casi se ahogaba y se bañaba en un barranco de pudrir basuras.

Tres meses después, ensayó otra receta que le fue mejor y con la que tuvo ocasión de experimentar una considerable distorsión espacio-temporal. Se vio en un hermoso palacio, junto a una princesa llamada Her, con la que, durante los siete días que estuvo durmiendo bajo los efectos del brebaje, tuvo un hijo y vivió casi siete años. Lo malo de esta segunda experiencia fue que no apuntó la receta del bebedizo y, por ese motivo, tuvo que improvisar la fórmula para los próximos sueños.

Cuando tomó el caldo por tercera vez, a Jacinto empezó a salirle humo por la boca, por los ojos y por el ano, y, poco a poco, quedó envuelto por una gran nube de humo maloliente. Por mucho que lo intentaron los vecinos, no consiguieron apagar el fuego que lo iba consumiendo por dentro. Y lo peor del caso fue que, en su sueño, se había quedado a la orilla del palacio, se le había escapado la princesa y unos guardianes celosos le habían lanzado hachones encendidos. Esta tercera vez, como le había ocurrido al hombre que quiso ser rico, todo había ido a peor y su loco afán por la soñada riqueza había tenido su oportuno castigo, aunque él, en su locura, no fuera muy consciente de ello:

Lo vieron cómo se derrumbaba, y cómo, pese a ese derrumbamiento, sonreía, moviendo los labios. Guardaban tanto silencio que hasta pudieron oír unas palabras que le salieron, entre las últimas bocanadas de humo, que eran también las últimas de vida:

—Me quedé en la orilla... Pero si esto llega a cuajar...

Y se quebró lo poco que quedaba, lo mismo que el sarmiento cuando deja de ser ascua para convertirse en endeble tizón...<sup>994</sup>

### **Los cuentos en los que la magia cede ante la realidad**

Para finalizar el análisis de *Papeles amarillos en el arca*, hemos de referirnos a los dos relatos en los que el autor otorga un mayor protagonismo a los aspectos relativos a la realidad de la vida campesina, aun sin olvidarse de dar algunas pinceladas poéticas y mágicas, con las que acaba de configurar el espléndido mosaico que constituye este libro, del que Rodrigo Rubio siempre se sintió especialmente satisfecho y orgulloso.

“Lluvia de otoño” está ambientado en los labrantíos y ramblizos existentes entre Monsalve y La Roda, en donde aparecen personajes como Teófilo, el pastor; Rinrana, su mujer; sus tres hijos, que iban siempre con el moco colgando y las piernas sucias; un rentero de La Roda al que todos llamaban Ojillos, porque tenía una mirada “peliciega”; un pastor de cabras llamado Horacio, y Fortunato Senabre, “hombre de pocas palabras, amigo del orden, cabal con sus vecinos y linderos, enemigo de los vagabundos y de los gitanos”<sup>995</sup>, quien vivía con su mujer, Engracia, y sus dos hijos, Nato y Manolo, el pequeño de los cuales andaba un poco torpecillo de remos.

Para dar más verosimilitud al relato, el autor se refiere a unos vecinos muy concretos, los Rubio Marqués, vecinos de Monsalve con los que Fortunato siempre se había llevado bien. Esa familia es, sin duda alguna, la del propio escritor de Montalvos, el cual recuerda un hermoso paraje al que los habitantes de Monsalve, Tarazona, La Roda y La Gineta llamaban el Hondo del Río, y en el que los Rubio Marqués tenían un bancal que cuidaban con esmero:

---

994 *Ibíd.*, 189.

995 *Ibíd.*, 134.

Los Rubio Marqués llevaban al viejo Buenaventura para que les tirara el grano de la siembra, siempre a voleo. Luego, el hombre, viejecico ya, algo mal de un remo —decían que por mal relente cogido en las noches que durmió al raso en tiempo de siega—, se iba por los alrededores de su bancal. Buscaba setas en las lindes, entre los cardos de cañas blancas y pinchosas hojas. Llevaba las alforjas al hombro y un garrotillo con el que daba aquí y allá, por donde se detenía. Antes de volver al ható, solía bajar hasta la huerta de Senabre, y allí pegar la hebra con Fortunato y con Horacio. Hablaban de la sementera, de que el río venía algo turbio, “por las lluvias de por ahí riba”, y luego Buenaventura decía que se iba, que los muchachos ya querrían dar de mano.<sup>996</sup>

Todos los habitantes de la zona llevaban, habitualmente, una vida bastante rutinaria y anodina. Trabajaban mucho, comían lo que la modesta economía les permitía y hablaban poco, pues nada digno de mención ocurría por los alrededores. Pero, después del último verano, sí tuvieron tema del que hablar, gracias a la llegada de los gitanos, a los que Senabre consideraba mala gente, porque, según él, respetaban a la autoridad y a los pudientes, pero molestaban a las personas pobres, como era su caso. Además, ese verano, muy seco y caluroso, Fortunato tenía dolores en un riñón y su genio era bastante peor de lo habitual. Así que conminó a los gitanos para que se marcharan, bajo amenaza de disparar su arma. Y estos se fueron, pero no sin que antes una gitana lanzara una maldición a Fortunato. Maldición que sirve para que el autor incorpore esa pincelada de magia a la que antes aludíamos, referida en este caso al asunto de las supersticiones populares.

Llegado el mes de octubre, empezó a caer una lluvia torrencial, violenta, que ocasionó el desbordamiento del río. En medio de los relámpagos, a Fortunato le pareció ver los oscuros ojos de la gitana que lo maldijo. Mudo y casi sin fuerzas, se dedicó a salvar cuanto pudo de su casa, que cada vez estaba más anegada por las negras aguas. En un último esfuerzo, trató de salvar a la cabra que le había dado leche para amamantar a sus hijos, a pesar de que ya el nivel del agua le llegaba hasta el cuello. Pero fue un intento baldío, pues ni él ni la cabra lograron salvarse. La maldición de la gitana se había consumado:

---

996 *Ibíd.*, 136.

Quería llevarse al animal, y tenía el agua en el cuello. Avanzó un poco más, asido a un palo, que luego se vino abajo. Perdió el equilibrio y vio las sombras, y se le llenó de barro y hojas la boca. Quiso gritar y notó como un mundo líquido y frío dentro de su cuerpo. Le parecía que brillaban miles de ojos negros, allí frente a su casa. Luego no vio nada, no sintió nada, yéndose junto al palo, las manos terriblemente abiertas, las uñas clavadas en la madera, en aquel tronco, que era verde y tierno, y a lo mejor de la blanca madera del chopo...<sup>997</sup>

En “Tinejo y los Manodura” se trata el típico asunto del tonto del pueblo. En este caso, ese papel le corresponde a Agustín, el Tinejo, el hijo pequeño de Isaías, el estañador, y de Águeda, el cual cada día parecía más chico, y cuyo entretenimiento consistía en orinarse en las macetas, dar palmadas en la tierra y echar carrerillas con los brazos abiertos mientras con la boca imitaba el sonido de un motor.

Como suele ser habitual en estos casos, el muchacho era objeto de las bromas de la gente. En algunos momentos, las burlas eran bastante inocentes, ya que eran como pequeños juegos que resultaban del agrado de Agustinejo, el cual siempre oía sonidos de campanillas en su cabeza:

El Tinejo, cuando llegaban fiestas y venían los tíos del tiro, de las rifas, de las ruedas de la fortuna, de las catacumbas y de los columpios, se iba por ahí, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, *ahora toco barca, ahora toco rula, ahora chupo caramelo, ahora me tiro un aire*. Le daban perras, pero tenía que saltar, *salta, Tinejo, que tú eres conejo*, y saltaba, y decía, *como chochos, veo piernas, corro mucho, me ensucio en la cama*. Águeda iba luego por él, y siguiendo las instrucciones de Patro, la herbolaria, le daba un caponcico. *Made, que tú eres tonta, ¿eh? Que tú no sabes que yo tilín, tilín.*<sup>998</sup>

---

997 *Ibíd.*, 147.

998 *Ibíd.*, 151.

En otras ocasiones, las burlas eran más duras y crueles. Sobre todo, las de Máximo, el mayor de los Manodura, casado con Julia, la Galga. Este hombre mandaba a Tinejo a que le comprara piedras para el mechero a sabiendas de que el tendero le cargaría sobre los hombros un saco lleno de grandes y pesadas piedras. Pero, a pesar de que todos los Manodura se solían burlar de él, cuando Tinejo se hizo algo mayor comenzó a trabajar de trillador, durante el mes de agosto, con esa familia, a cambio de una perra al día y alguna que otra chuchería, como granos de maíz o avellanas, a los que él llamaba chochos.

Esta circunstancia del trabajo de Tinejo en el campo le sirve al narrador para, siguiendo con esa faceta realista del relato, describir las faenas propias del mes de agosto: segar, acarrear, trillar, aventar, hacinar la paja... Y, cómo no, en medio de tanto trabajo, las burlas al pobre Tinejo, como la de aquella noche en la que le hicieron correr medio desnudo desde la era hasta su casa porque, según los bromistas, había toros sueltos por el campo. O aquella otra en la que le hicieron ir a la era de unos vecinos para que le dieran la llamada máquina de enderezar el viento, que no era otra cosa que un gran saco de piedras que tuvo que arrastrar durante horas:

Aquello ocurrió un verano, y fue ya la última vez que hicieron mandados de esa clase al Tinejo, pues desde entonces ya parecía hombre, más alto y un poco más gordo, y Julia la Galga se lo quedaba en casa, para que barriera el porche, el patio, para que sacara los huevos, limpiara la cuadra y ordeñase la cabra.<sup>999</sup>

Y algo más, porque ahora Tinejo aprende lo dulce que pueden resultar las bromas de la Galga. Esta sí que le hace jugar a algo que no le produce dolor ni cansancio, sino una gran alegría. Era el juego del “*uh, uh, que te como*” —que decía Tinejo— y del “*ay, ay, que me come*”, que respondía Julia. Ambos riendo, ambos jugando a un juego que Tinejo no conocía, pero con el que se lo pasaba muy bien. A partir de entonces, pareció como si una pequeña luz se hubiera abierto paso en su oscura

---

999 *Ibíd.*, 163.



sesera y, por eso, cuando Máximo quería gastarle alguna de sus pesadas bromas, él le replicaba con el mismo tono empleado por el Manodura, ante el desconcierto de este:

[...] cuando el amo al fin le llamaba al orden, *oye, ¿tú qué te crees?*, el Tinejo le replicaba: *¿qué te crees tú?*, hasta que Máximo se cansó, diciéndose *mejor será dejarlo*, a lo que Julia, su mujer, que le oía, añadió: *claro, hombre, pues él ya sabe lo que hace*, riéndose un poco, *je, je*, para que, desde el corral, el Tinejo —Agustín cuando lo bautizaron— también se riera, *ju, ju*, a la vez que las campanillas de su cabeza repicaban como a fiesta, un *tilín tilín* algo más sonoro, mucho más alegre y aborazado [sic]...<sup>1000</sup>

### **6.3. Otros relatos: “Piedras de colores” (1972), “Vida y muerte de una extraña flor” (1975), “Una rosa pálida y perfumada” (1986) y *Tallo de sangre* (1989).**

“Piedras de colores” es el relato con el que Rodrigo Rubio consiguió, en 1971, el Premio Jauja patrocinado por la Caja de Ahorros Provincial de Valladolid. Un premio nacido en el seno de una tertulia literaria que se celebraba en el bar Jauja de Valladolid. En dicha tertulia se decidió convocar el Concurso de Cuentos Infantiles Jauja, cuya primera edición tuvo lugar en el año 1960, con una dotación de 6.000 pesetas para el ganador. Ya en la década de los setenta, cuando Rodrigo Rubio obtuvo el premio, dicha dotación se había incrementado hasta las 40.000 pesetas para el ganador y 10.000 para el accésit.

El cuento tiene como protagonista a Armandito, un niño que parecía una paja, por lo delgado y por el color de su piel, y que es una más de las leyendas del pueblo de Monsalve. Era hijo de María Francisca, la del Grillo, y de Deogracias, el talabartero de Monsalve, más conocido

---

1000 *Ibíd.*, 166. Sin duda, debe de tratarse de una errata de imprenta y la palabra correcta sería “alborozado” y no “aborazado”. Así lo entiende, también, María Antonia Sanabria en la edición realizada para la Diputación Provincial de Albacete, en 1998; véase la página 144 de dicha edición.

como Deo el de Leznafna, un mote que pertenecía a su familia desde que el abuelo Lorenzo montó su taller en el pueblo, tras un corto aprendizaje de la profesión con el maestro Juan Correas, de La Roda.

El matrimonio había tenido tres hijos más antes de Armandito; “pero aquellos niños, como nacieron y empezaron a criarse en años de epidemias y sequías, las criaturas, llamadas Deo, Juanete y Antoñín, se fueron muriendo, consumidicos, casi canijos, despertando mucha lástima en el noble vecindado...”<sup>1001</sup>

Tras varios años sin esperanza de que llegaran más hijos, cuando nació Armandito —llamado así, por su padrino, Armando Bailabién, el barbero y practicante—, todos pudieron ver en la criatura algunos comportamientos un tanto raros y misteriosos. Nada más nacer, ya mostraba en su cara una risa bastante juguetona y algo burlona. Y, a los cinco días de vida, pidió que le llevaran un pajarillo engañabobos que había en la parra, petición que ocasionó que la madre llamara a su casa a la vieja Edelmira y al viejo Nicolás. Circunstancia esta que el narrador aprovecha para conectar, por segunda vez desde que comenzara el relato, con las historias de *Papeles amarillos en el arca*, al tiempo que explica el final que se había dado en el libro al segundo cuento del mismo, el titulado “Hormigas con alas”:

Cuentan que llegó la vieja (lo menos cien años tendría ya), y que pegadita a ella entró también Nicolás, el que tanto había soñado con tesoros en todos los barrancos de las antiguas canteras, estercoleros ya por esos años, el hombre muy cabizbajo desde que capitaneó a un grupo de ilusos, para ir donde, según él (sus sueños se lo decían), los vidrios y cascotes eran de oro, o aún de más valioso metal, encontrándose luego con aquel misterio, con aquel frío que les agarrotaba los dedos de las manos, y que no era otra cosa (según profecía de Edelmira) sino un castigo por la impaciencia, por la avaricia, ya que no clamaban a los cielos para que dejasen caer la lluvia, ni tampoco ayudaban a ellas, a las mujeres, a echar las redes para intentar alcanzar alguna de aquellas

---

1001 Rubio, “Piedras de colores”, 408.

nubes que pasaban bajas e hinchadas, como en preñez de aguas que las tierras necesitaban...<sup>1002</sup>

Otro elemento de conexión entre “Piedras de colores” y *Papeles amarillos en el arca* surge a raíz de la llegada a la casa de Deogracias de numerosos monsalveños curiosos, entre ellos Tomasita la Muda y Rinranete y Ruffillo, aquel par de rústicos truhanes, aprendices de pícaros —hasta sus nombres recuerdan a los cervantinos Rinconete y Cortadillo—, que daban tomates crudos rociados con aceite a las tropas reales para que tuvieran que salir corriendo, con dolor en el vientre, y alejarse del pueblo a la mayor brevedad.

Cuando, por fin, Edelmira sentenció que el pajarillo tenía que ser para Armandito, su padre trató de cazarlo haciendo uso de la conocida técnica de los espartos impregnados en una liga hecha con resina, brea y otras sustancias pegajosas. Pero, según se cuenta, Armandito, con sus cinco días recién cumplidos, se puso en pie dentro del capacho que le servía de cuna y dijo que no quería pájaro “gomado”. Así que tuvieron que esperar a que el pajarillo bajase de la parra y entrase en el cuarto del chiquillo, lo que sucedió casi cuatro años después, según se cuenta en la leyenda. Aunque, como apunta el narrador, en realidad el tiempo transcurrido fue algo mayor y el acontecimiento fue de lo más misterioso y fantástico:

Así pasaron no cuatro años, sino cinco, con tres meses, dos semanas, un día y cuatro horas, según la meticulosa cuenta de María Francisca, la madre, tan atenta siempre en el crecer y no crecer de su hijo. Entonces, al cumplirse ese tiempo, el pajarillo engañabobos, que luego se llamaría Ricardo, entró en el cuarto de Armandito. Entró y, en su lenguaje, dijo:

—¡Hola!

Y sabido es que Armandito se emocionó mucho, llorando un poquito, para finalmente, y en honor de su huésped, decir aquellas seis o siete palabras que sabía. Por último, pájaro y niño se abrazaron, pactando cosas de mucho misterio, mientras en la calle, el hombre de

---

1002 *Ibíd.*

la máquina afiladora tocaba su chiflo, y Tomasita la Muda contaba las escobadas de su madre, ayudándose con los dedos...<sup>1003</sup>

Acto seguido, el narrador aclara que cosas como estas, aparentemente mágicas e inexplicables desde una perspectiva puramente racional, no despertaban mucho el interés de las gentes de Monsalve, acostumbradas como estaban a tantas historias que formaban parte de su mundo y de su acervo legendario. Historias y leyendas que habían quedado impresas en los papeles de la abuela Clara, aquella que, junto con la bisabuela Dionisia y Antón y Juan Antonio, habitó la Casa del Duende, en donde se decía que siempre se oían ruidos semejantes a un arrastrar de pies y unas voces muy lejanas. Historias y leyendas que, transmitidas de abuelos a padres y de padres a hijos, han llegado hasta nuestros días, “comentándolas un tal Erre Erre en libro que llaman de los *Papeles amarillos en el arca*”.<sup>1004</sup>

Aun así, lo cierto es que las aventuras de Armandito empezaron a ser muchas y con cierta trascendencia, como aquella primera conocida en que unos ladrones entraron a robar en el corral de su vecina Cecilia y empezaron a perseguir a un cerdo. Pero el niño, que estaba recontando hormigas, hizo que al animal le crecieran alas y se convirtiera en una gallina muy grande, muy rara, que daba a los ladrones enormes picotazos.

O aquella otra vez en que unos hombres quisieron burlarse de él con la tradicional broma del saco lleno de piedras, aquella que los Manodura gustaban de hacer al tonto y buenazo de Tinejo. Así que aquellos hombres mandaron a Armandito a la tienda-estanco de Ramón el Cejas para que les llevara piedras de mechero, pensando:

“El samugo ese (el tendero) le cargará un saco de piedras grandes, o hierros, para que podamos reírnos”, como cuentan que hacían con Tinejo, el que luego, vengándose, retozó a su ama, Juana la Galga. Pero Armandito, cuando una vez le echaron como tres arrobas

---

1003 *Ibíd.*, 412.

1004 *Ibíd.*, 413.

al lomo, se sentó en el suelo, abrió el saco, y ante el estupor de todos, empezó a tirar al bulle unos muy sabrosos caramelos.<sup>1005</sup>

Ahora bien, ninguna hazaña fue comparable con aquella que más renombre le dio y que quedó grabada para siempre en los anales de Monsalve. Y fue que el muchacho empezó a indicar a su padre cómo hacer para elaborar con los cueros unos trabajos de auténtica y maravillosa artesanía, que le dieron fama en la comarca y despertaron la envidia de gentes de la profesión, los cuales acudieron a su casa fingiéndose caminantes con hambre de pan y sed de vino. Deogracias, de natural confiado y hospitalario, obsequió a los visitantes con buen jamón, queso, pan y vino, y estos, en pago, le robaron algunos de sus mejores aparejos para copiarle los modelos.

Dicha circunstancia fue observada por el pájaro Ricardo, que se lo contó a Armandito, quien, luego de muchas dudas, acabó diciéndoselo a su padre. Este, al saberse engañado y robado, juró matar a los tres ladrones. Y más aún porque, desde que aquellos ladrones copiaron sus diseños, las ventas de Deogracias habían menguado y el hambre se dejaba sentir en su casa.

Así que, un buen día, muy temprano, cogió pan, queso, jamón y una bota de vino y se encaminó hacia La Roda; pero, antes de llegar, se sentó junto a un hito de lindes. Entre tanto, el pájaro se dirigió hacia donde estaban los tres hombres contando doblones de oro y se transformó en la figura de un hombre al que todos conocían como Manuel Sinabarcas, porque siempre gastaba alpargatas de cáñamo. Acto seguido, les dijo que Deogracias los estaba esperando en el camino de Monsalve; luego, se fue en busca de Armandito y ambos acudieron hasta donde estaba Deogracias, con un montoncillo de piedras a su lado. Poco después, llegaron los tres hombres, también cargados de piedras. Y, cuando iba a empezar la pelea, se produjo la intervención mágica de Ricardo:

---

1005 *Ibíd.*, 414.

El primero de los tres hombres, al tomar la piedra más grande, notó que era roja y que estaba como blanda.

—¡Maldición! —dijo, escupiendo.

El segundo hombre, al agacharse y tomar otra de las piedras, advirtió que era verde y que también estaba blanda.

—¡Maldita sea! —gritó.

Y el tercero, al hacer la misma operación, comprobó, desesperado, que su piedra era amarilla y que asimismo estaba blanda.

—Pero, ¿qué diantres pasa aquí? —masculló.<sup>1006</sup>

Y, cuando Deogracias fue a hacer uso de su montón de afiladas piedras, estas se convirtieron en flores que, al caer junto a los tres hombres, iban agrandando sus hojas. Entonces uno de los hombres sacó una pistola que, al ser disparada contra Deogracias, echó un chorro de agua. Estaba claro, según reconocieron los cuatro adversarios, que allí se acababa de producir un extraño conjuro para que no se derramase una sola gota de sangre.

Concluido el enfrentamiento, Armandito corrió hasta su padre y lo cogió de la mano. Luego, mirando hacia lo alto, vio cómo Ricardo se marchaba cielo arriba y fue entonces cuando oyó a su padre, que se había puesto a canturrear una copla antigua y muy hermosa.

En 1975, Rodrigo Rubio consiguió el Premio Nacional de Cuentos Biblioteca Gabriel Miró con el relato titulado “Vida y muerte de una extraña flor”, presentado al certamen con el significativo lema de Pedro de Monsalve. Un relato nuevamente ambientado en la legendaria localidad de Monsalve y protagonizado, en esta ocasión, por el matrimonio formado por Longino y Catalina, los cuales van a ver logrado, por fin, el nacimiento de un hijo, después de que se hubieron frustrado otros embarazos anteriores antes de su conclusión, según la gente a causa de su condición de primos segundos.

Pero esta vez todo parece ir bien y Longino y Catalina desean que el hijo sea guapo y despierto, aunque no muy listo, para que no pasara con él algo similar a lo ocurrido, en tiempos pasados, con otros

---

1006 *Ibíd.*, 424.

chicos, tales como aquel Armandito —protagonista del relato “Piedras de colores”—, que se puso de pie en la esportilla que le servía de cuna y hablaba con un pájaro, o aquella niña Lucía —la del relato titulado “Alas de mariposa”, de *Papeles amarillos en el arca*—, la cual, al preguntarle qué le gustaría ser de mayor, contestaba que quería ser pequeña.

Armandito y Lucía, como ya sabemos, forman parte de ese mundo mítico de Monsalve, al que también pertenecen otras figuras mencionadas por el narrador, como los hombres que buscaban vidrios creyendo que eran tesoros; los que quisieron que el Mago Lú convirtiera en oro las piedras, y la omnipresente Tomasita la Muda. Personajes que, según Longino, eran leyendas muy hermosas y, según Catalina, podían ser verdades.

Lo cierto, en este caso, era que su hijo, al que bautizaron como Antoñito Pin —sin que el narrador pueda explicar por qué le pusieron tal nombre—, se criaba sano y sonriente y que, a los tres meses, se puso medio en pie en su esportilla, cosa que empezó a preocupar seriamente a su tío Manuel, quien se acordaba del caso de Armandito, un muchacho igualmente hermoso y extraño que, por haber nacido en tiempos lejanos, no corrió peligro alguno. Ahora, en cambio, por Monsalve se dejaban caer, de cuando en cuando, unos extraños Caballeros Vestidos de Negro, encargados de llevarse a todos los niños que se salieran de los patrones de normalidad, tanto si los padres los entregaban voluntariamente como si eran ellos quienes los cogían por la fuerza:

Los hombres que velaban por futuros muy hermosos, hacían llegar hasta Monsalve a sus Caballeros Vestidos de Negro para recoger y llevarse a los niños que mirasen torcido, a los que hablaran media lengua —aunque fueran graciosillos—, a los que daban saltitos al andar —como los gorriones—, y también —y esto sorprendía mucho— a los que se pasaban de listos.<sup>1007</sup>

---

1007 Rubio, “Vida y muerte de una extraña flor”, 15.

Antoñito siguió creciendo en medio del orgullo de sus padres, a pesar de que mostraba algunas rarezas, como poner los ojos del revés y cantar cosas de mayores, o tallar trozos de madera con una navaja, cuando tan solo tenía tres años. Pero la señal de alarma se disparó cuando la madre vio que, a los cinco años, su hijo se hizo más pequeño que cuando tenía tres y hablaba menos que a los dos. En cambio, el padre se tranquilizó al preguntar a su hijo lo que le gustaría ser cuando fuese grande y responderle este que solo quería más grande. Así fue como comprendió que a su hijo no le sucedería lo que a la pequeña Lucía, a la que le salieron alas de mariposa.

No obstante, para evitar problemas con los Caballeros Vestidos de Negro, decidieron salvaguardar a su hijo, situándolo en un recodo que había en la cueva. Allí, el muchacho empezó a reducirse unos tres centímetros por semana, lo que provocaba la inquietud de los padres, los cuales recordaban la historia de José Maquila y su novia Marina Culina, convertida en tallo de malva.

Cuando, unos meses después, los hombres de negro les hicieron la primera visita y preguntaron por el paradero del niño, los padres respondieron que su hijo descansaba donde el viento era sano y los pájaros cantaban sin cesar. Antoñito, entre tanto, vivía feliz en la cueva, entre juguetes, higos, pasas, bellotas y un poco de agua, siempre que en el vaso su madre pusiera una hermosa flor.

La segunda vez que fueron a la casa, los Caballeros Vestidos de Negro llevaron perros husmeadores y bajaron hasta la cueva, en cuyo primer recodo descubrieron una misteriosa y extraña flor, a la que el hombre del sable, lleno de rabia, segó por el tallo. Cuando los hombres se marcharon, en la cueva quedaron los padres, el tío Manuel y la vecina partera, Marciana. Todos ellos son los elegidos por Rodrigo Rubio para rendir el merecido homenaje a los débiles, a los indefensos, a los inocentes, a la gente que trata de vivir en su mundo de fantasía, a la gente que no hace daño a nadie. Esa es la lección moral que el escritor albaceteño quiere transmitir con este hermoso cuento, al que dota de un poético y emotivo final:



—Antoñito, travieso... —murmuró tío Manuel—. El mundo no tenía un sitio para ti. Es para otra clase de gentes..., el mundo.

Y se le vio rabia en los ojos, en el puño que golpeó la pared oscurecida de la cueva. Catalina y Longino apretaban el tallo segado, estrujaban la flor viva y hermosa.

—No lloréis —les dijo Marciana—. Yo hubiera hecho lo mismo.

Y tomó una gota de aquella sangre roja, caliente, viva, para rozarla, como una reliquia, con el borde tembloroso de sus labios.

—Que Dios bendiga a los indefensos... —murmuró, como en rezo.

Afuera, por entre los vergeles del patio, cantaban como nunca los pájaros de la primavera...<sup>1008</sup>

En 1985, Rodrigo Rubio consiguió el premio Sara Navarro de cuentos con el relato “Una rosa pálida y perfumada”. Dicho relato fue publicado en una antología editada por Sara Navarro en 1986 y, posteriormente, reeditado en 1994, en la colección Cuentos Magistrales de la editorial Diptongo.

Se trata de un breve relato de apenas diez páginas impregnado de un ambiente un tanto decadente, romántico y modernista, que, en cierta medida, representa un homenaje a los poetas Gustavo Adolfo Bécquer, Juan Ramón Jiménez, Rubén Darío y Vicente Aleixandre. Estos cuatro poetas forman parte de las lecturas de uno de los protagonistas, el joven Gustavo, y ello explica ese tono que se percibe ya desde las palabras de Fernando Pessoa con las que se abre el cuento: “Han muerto todas las flores del jardín y, marchitas, son otras flores”.<sup>1009</sup>

El relato, en tercera persona, se centra en dos momentos distintos de la vida de la protagonista, Luci. Por un lado, el tiempo presente, cuando ella es “una viejecita sola, una soltera arrugada”, “una soltera virgen”, que, en un ambiente otoñal de septiembre, acude a *Villa Emma*, la casa de su tía y madrina, situada en Miraflores de la Sierra, adonde hace muchos años fue a guardar reposo durante un verano, en busca de curación para su tuberculosis<sup>1010</sup>, y en donde ahora le asaltan unos recuerdos que le

---

1008 *Ibíd.*, 23.

1009 Rubio, “Una rosa pálida y perfumada”, 21.

1010 La tuberculosis de Luci, junto con su dolor por el amor no correspondido, casan

resulta imposible olvidar, pues hasta parece oler el perfume de las rosas de antaño, a pesar de encontrarse ante el cenador, “casi cubierto por la hiedra, donde el primo Gustavo y ella se refugiaban cuando llovía”.<sup>1011</sup> Por otro, el de los recuerdos de aquel verano, cuando tanto ella como su primo eran casi unos críos y Luci era una joven pálida, hermosa y romántica, con una manchita en el pulmón, que era feliz paseando por el amplio jardín cogida de la mano de Gustavo, mientras escuchaba el piar de los pájaros y aspiraba el perfume de las plantas.

Ahora, muchos años después de la muerte de la tía Emma y del tío Alfonso —porque, tal vez, no pudieron sufrir el abandono de Gustavo—, Luci ha vuelto algunas veces a Miraflores y ha llegado a gritar al ver medio en ruinas aquella villa en la que llegó a reír de felicidad, aunque también lloró de tristeza. Al cerrar los ojos, llega incluso a escuchar los pasos de Gustavo sobre las hojas de los álamos y su hermosa voz que le hablaba de poesía y la llamaba “princesa”. Una princesa triste, apenada y pálida, con evidentes resonancias rubenianas, a quien la felicidad se le iba volando, como las mariposas, porque su primo se negaba a besarla, a pesar de los reiterados intentos de ella.

En su última visita a la villa, acompañada por su hermana mayor, Charo, llegó a preguntar a voz en grito por qué se había ido su primo:

Y Charo se alarmó. Vinieron dos hombres y se la llevaron, según la hermana dispuso, hacia el autobús. Y ya no ha vuelto más por aquel lugar de recuerdos, de felicidad y de tristezas. Porque gritaría de nuevo, porque una y otra vez llamaría a Gustavo, el de los versos, el de la mirada melancólica, que la acariciaba, pero sin dejar ninguna pasión en ella. “Te quiero mucho. Te quiero con toda mi alma”, llegaría a decirle Luci en una ocasión, a la vez que se sentía como una Margarita

---

perfectamente con el tono romántico que Rodrigo Rubio quiere dar a este hermoso relato. Además, el hecho de situarlo en Miraflores de la Sierra supone un homenaje al poeta Vicente Aleixandre, quien también sufrió de tuberculosis y llegó a esa localidad de la sierra madrileña en el verano de 1925. En su casa pasó largas temporadas de descanso, desarrolló una gran actividad creadora y celebró frecuentes reuniones literarias.

1011 Rubio, “Una rosa pálida y perfumada”, 21.

Gautier, condenada a la tristeza, a la muerte. Porque él apenas si la rozaba.<sup>1012</sup>

Por aquel entonces, Luci encontró unas cartas que de vez en cuando llegaban a nombre de su primo y ella sintió los celos propios de la muchacha enamorada que cree tener una rival en la distancia. A partir de ese momento, su desasosiego y su palidez fueron en aumento, hasta el punto de apenas poder dormir y sentirse cada día más tuberculosa y más cercana a la muerte. Y es entonces cuando, durante un paseo por el jardín, Gustavo descubre una rosa con la que Luci se siente tan identificada que se niega a cortarla, pues piensa que, de ese modo, podrá alargar no solo la vida de la rosa, sino también su propia felicidad:

“Mira esta rosa, Luci. Es una rosa pálida. No es blanca, ni tampoco amarilla. ¿Te gusta?”. “Sí. Me gusta mucho”. “Pues tómalá”. “No. No la cortes. Quiero verla ahí, en el rosal, y me gustaría que todos los días viniéramos a contemplarla, por lo menos hasta que se deshoje. ¿Querrás?”. “Huy, claro que sí”. Y Luci se apretaba al cuerpo delgado, de piel blanca. Pero, poco tiempo después... sería ya a finales de septiembre.<sup>1013</sup>

Lo que ocurrió en esas fechas fue algo que sorprendió profundamente a Luci y que le mostró la realidad que vivía su primo, tras la aparición en escena de un joven alto, delgado y pálido, llamado Carlos, al que Gustavo contempló con unos ojos brillantes, vivos y llenos de emoción. Una realidad, la de la homosexualidad de Gustavo, que Rodrigo Rubio relata con gran delicadeza:

---

1012 *Ibíd.*, 27.

1013 *Ibíd.*, 29. Esa rosa pálida y perfumada, que da título al relato, es el objeto que simboliza a la otra rosa, igualmente pálida y perfumada, que es la propia Luci.

Y ya no tuvo dudas de la apatía amorosa del primo hacia ella. Porque Carlos, aquel otro joven, tomó a Gustavo de la mano, y los dos, como amándose mucho, se fueron monte arriba, perdiéndose —encontrándose— entre la espesura de la enorme arboleda...<sup>1014</sup>

En 1989, y dentro de la colección Luna de Papel, dirigida por la editorial Anaya a lectores desde diez años, publica Rodrigo Rubio un relato titulado *Tallo de sangre*, que es una versión algo ampliada —con un tipo de letra bastante más grande y numerosas ilustraciones, se consigue editar un librito de ochenta páginas— del cuento “Vida y muerte de una extraña flor”.

Aunque, en principio, pudiera parecer que este librito debería haberse incluido en el apartado dedicado a la literatura infantil y juvenil, dado el público lector al que está destinado, ocurre que la temática del mismo enlaza perfectamente con el simbolismo mágico de los relatos “Piedras de colores” y “Vida y muerte de una extraña flor” y del libro *Papeles amarillos en el arca*. De ahí que me haya inclinado por incluirlo dentro de la literatura experimental. Además, coincido con José Luis Molina en que *Tallo de sangre* “no es una lectura apta para su correcta comprensión por niños de más de diez años, sino que trasciende el marbete literatura infantil simplemente porque es un libro bellamente escrito, es buena literatura, literatura para todos”.<sup>1015</sup>

*Tallo de sangre* se abre con una breve descripción de Monsalve, una villa “amplia y blanca, apacible y sosegada, aunque quizás, como en tantas otras ocasiones, temblara por dentro”.<sup>1016</sup> Una villa que, en el momento presente del relato, se encontraba inmersa en las labores de la vendimia y en la que, gracias a que las bodegas estaban abiertas, olía mucho a mosto.

El de ahora es un tiempo de sosiego, sobre todo comparado con aquel otro en el que las campanas de la torre tocaban solas, en el

---

1014 *Ibíd.*, 30.

1015 Molina, “Realismo, imaginación y simbolismo en la literatura infantil de Rodrigo Rubio”, 155.

1016 Rubio, *Tallo de sangre*, 7.

que por el pueblo se movían libremente Rinranete y Ruffillo, o en el que Jacinto Catacaldos, otro personaje medio ido de la cabeza, se convirtió en pavesas al tomarse una pócima preparada por su tío el Alquimista.

Antes de seguir adelante con el decurso narrativo de *Tallo de sangre*, hemos de comentar algunos curiosos cambios introducidos por Rodrigo Rubio en el desarrollo de las historias o leyendas que, en su momento, formaron parte de *Papeles amarillos en el arca*. Quizá como consecuencia del tiempo transcurrido entre las fechas de publicación de uno y otro libro —veinte años— o, tal vez, porque el autor así lo ha querido, resulta que, en esta nueva versión, Rinranete y Ruffillo, además de ser dos “tontuelos del pueblo”, también son unos “pícaros” que se reían de todo el mundo, “y especialmente de los Guardas Rurales, a los que les ofrecían tomates crudos, rociados con aceite de ricino, para que luego se les trastocara la tripa”.<sup>1017</sup> Es decir, en esta ocasión, esos dos golfillos ofrecen tomates a los guardas rurales y no a soldados con sables, —como sucedía en el cuento “Hormigas con alas”—, ni a “las tropas reales, por allí en vigilancia y batida, por eso de los muchos desórdenes debidos al hambre y las epidemias”<sup>1018</sup>, tal como se decía en el cuento “Piedras de colores”. Además, en la versión de *Tallo de sangre* es en la única en que se especifica que el aceite es de ricino, pues en las anteriores solo se hablaba de aceite.

Por otra parte, en *Tallo de sangre* se dice que la pócima que tomaba Jacinto Catacaldos había sido preparada por su tío el Alquimista. Y eso no era lo que sucedía en la versión ofrecida en los papeles amarillos en los que se relataban “Los experimentos de Jacinto Catacaldos”, ya que, entonces, la actuación del tío Ramón Hierbamarga —nunca antes apodado el Alquimista— se había limitado a dictar a su sobrino las recetas para no envejecer y para ver palacios y mujer vestida con sedas y crespones. Y era Jacinto quien, ya muerto su tío, elaboraba siete recetas distintas a partir de las dos que le había ofrecido Ramón.

Otra pequeña novedad, probablemente debida a un ligero olvido —o, quizá, porque Rodrigo Rubio desease ofrecer una versión diferente en este relato dirigido a jóvenes lectores—, es la que se introduce en la

---

1017 *Ibíd.*, 8

1018 Rubio, “Piedras de colores”, 411.

forma de morir de Demetrio, el mayordomo y mayoral de la Marquesa del Ojo Tapado, castigado por esta a ser devorado por las orugas, en una cruz de pino verde, como consecuencia de los malos tratos que daba a los vecinos de la comarca y de lo que a ella le robaba. En la primera versión de la leyenda, contenida en el relato “Una cruz de pino verde” de *Papeles amarillos en el arca*, era el propio Demetrio el que abría sus brazos, en un gesto de furia, después de salir de casa de la Marquesa y de que esta le anunciara su muerte inminente. Entonces, los leñadores, de los que él se había estado aprovechando, le lanzaron bolsas llenas de orugas, que formaban esa cruz de pino verde mientras lo iban devorando. Ahora, en cambio, el escritor albaceteño ofrece la siguiente variante:

[...] la Marquesa del Ojo Tapado (que vivía en su viejo caserón del Monte Oscuro) dejó a su mayordomo y mayoral, por mal bicho, a merced de las hormigas, moribundo y sin energías, para que de este modo (no ella, sino los vecinos maltratados de aquella comarca) se vengaran del terrible Demetrio, clavándolo en una cruz de pino verde.<sup>1019</sup>

Además, en *Tallo de sangre* introduce al personaje de Paco Sentencias quien, al comienzo del relato se encuentra mirando hacia un horizonte envuelto en la neblina permanente del atardecer, barruntando la probable llegada de alguna tormenta o, incluso, de algo peor que la caída del pedrisco. De este modo, el relato se desarrolla en un doble escenario.

El primero de esos dos escenarios se sitúa en el lugar desde el que Paco Sentencias otea, de forma habitual, el horizonte y desde el que predice la llegada de las lluvias, que serán buenas para la sementera, y la de algunas otras cosas no tan buenas para Monsalve, como el hecho de que el pueblo volverá a ser blanco de los que visten de negro.

En el segundo, vemos cómo Longino Silencios —apodo que no aparecía en “Vida y muerte de una extraña flor”— llega a su casa, tras una

---

1019 Rubio, *Tallo de sangre*, 9.

dura jornada de trabajo en el campo, y contempla el vientre hinchado de su mujer. Poco después, acude a la casa su hermano Manuel para charlar y beber unos vasos de vino. En esta conversación entre los dos hermanos —que tampoco figuraba en el cuento anterior—, introduce Rodrigo Rubio algunas reflexiones sobre la vida de la posguerra y una primera mención a la vigilancia a la que unos tipos vestidos de negro someten a la población:

—¿Y qué quieren ahora? Ya pasó el tiempo de los cupos forzosos, de aquellos registros e inspecciones de nuestras cosechas.

El hermano también apuró su vaso.

—Es que ocurren cosas muy raras por aquí.

Longino tuvo que mirarlo con atención, pues el hermano daba muestras de estar preocupado.

—¿Qué cosas?

—No sé bien. Es que hay gentes que, desde el poder, quieren vigilarnos a todos.

Longino escupió sobre las brasas de una lumbre mortecina.

—Bueno, a decir verdad, los pobres siempre estuvimos más o menos vigilados. Nunca fuimos del todo libres.

—Es porque, al parecer, desean que haya, en no sé qué futuro, un mundo diferente, con hombres distintos a como somos todos nosotros ahora.

—No te entiendo.

—Sí, hombre: diferentes. Como más guapos y sanos.

—Vaya...<sup>1020</sup>

Tras esta conversación con Manuel, Longino empieza a preguntarse si su pueblo estaba condenado a arrastrar siempre la carga de historias o leyendas misteriosas, como las relativas a algunas brujas del lugar: aquella tía Potita, que vivió muchísimos años en su cueva después de haber muerto; las Tizonas, que malograban partos y hacían que las madres escucharan las voces de sus hijos desaparecidos o muertos en la guerra; o la abuela Dionisia, que siempre parecía un trapo pardusco y arrugado y que creó una dinastía de hombres y mujeres propicios a la intriga y a la maldad.

---

1020 *Ibíd.*, 18-19.

En “Vida y muerte de una extraña flor”, el narrador presentaba, como ahora, a Longino y a Catalina muy preocupados por si se acabaría logrando el nacimiento del nuevo hijo que esperaban. En aquella ocasión podíamos leer que los hijos se les desgraciaban antes de nacer y no se mencionaba el número de los hijos perdidos de esa forma, sino que solo se hablaba de otros embarazos. En esta, en cambio, se explicita que, en los dos partos anteriores al de Antoñito Pin, los niños habían nacido con alguna deformidad y morían a los pocos meses. Además, en la versión de *Tallo de sangre*, el escritor albaceteño se detiene un poco en el discurso narrativo para centrarse momentáneamente en el sentimiento de culpabilidad de Longino, pues piensa, como el resto de los vecinos, que los hijos se les morían por culpa de que él y su mujer eran primos segundos. De ahí que, algo antes de que naciera el niño, confiese a su mujer el amor que le tiene, y lo hace en ese tono parco y sencillo que caracteriza a los personajes de Rodrigo Rubio, fieles exponentes de la peculiar filosofía de las gentes manchegas:

—Yo te quise, siempre, Cata.

Ella le miró, más luz en sus ojos.

—¿Por qué dices eso ahora?

El hombre había empezado a comer. Parecía como si le costara un gran esfuerzo encontrar otras palabras, después de haber pronunciado las anteriores.

—Ya lo sabes: no hice caso a nadie, a las voces que me desaconsejaban casarme contigo.

Ella le apretó una mano, sólo un momento, fugazmente.

—Yo también te quería, y te quiero.

El hombre ya no la miraba. Parecía como si una vergüenza hermosa —la de declarar su amor, en aquella casa humilde, y frente a una mujer vestida con ropas gastadas, sólo hermoso el gran moño de su pelo negro— le frenara, le hundiera más en sus largos silencios.<sup>1021</sup>

Mientras esperaban el nacimiento del hijo, con los temores de que no naciera bien y de que los hombres vestidos de negro trataran de arrebatárselo, la mujer se dedicaba a remendar ropa o a hacer algún jersey

---

1021 *Ibíd.*, 22-23.



a ganchillo para la criatura que estaba en camino, mientras el hombre leía algunos de aquellos novelones folletinescos que coleccionaba por cuadernillos, como los que había en casa de Rodrigo Rubio, cuando este era niño, y a los que tan aficionado era su padre, Buenaventura Rubio.

En el momento de nacer el hijo, Marciana, la vecina partera, pronuncia unas palabras que, al final, resultarán premonitorias: “Este será hermoso siempre, hasta después de muerto”.<sup>1022</sup> Y, a partir de aquí, el texto de *Tallo de sangre* coincide, casi en su totalidad, con el de “Vida y muerte de una extraña flor”. Únicamente, observamos algunas pequeñas diferencias en lo tocante al cambio o la adición de determinadas palabras, a la disposición de los párrafos del texto, o a algún detalle casi anecdótico como, por ejemplo, el que en la primera versión del relato el pregonero se llamara Paco Buenavoz y, en la segunda, Lino Buenavoz. O el hecho de que, al hablar de la habilidad que tenía Antoñito Pin para hacer ruidos con los que ponía fin a las violentas discusiones de los hombres, en el texto de *Tallo de sangre* se aprovecha para introducir un pequeño comentario del narrador que no figuraba en la redacción anterior: “Entonces les recordaba a todos a aquel otro chaval, Armandito, el hijo del Guarnicionero, que llegó a convertir, con la ayuda de un pájaro, las piedras en hermosas piezas de colores, blandas y suaves”.<sup>1023</sup>

Del mismo modo, se introduce otra novedad en el momento en que, viendo al niño tan chiquitín y juguetón, al padre se le viene a la memoria la imagen de Lucía, a la que, con sus juegos de niña, le habían salido alas de mariposa. Es entonces cuando el autor introduce un pequeño diálogo entre Longino y Catalina, inexistente en “Vida y muerte de una extraña flor”, en el cual se vuelve a hacer mención a aquellas viejas enlutadas que formaban parte de las leyendas de Monsalve, a la vez que se aporta una pequeña reflexión, a modo de interrogación retórica, acerca de la dificultad de la gente pobre para conseguir la felicidad:

—Dios mío, estos tiempos ya no son como aquéllos, cuando vivían las viejas de negro —se decía.

---

1022 *Ibíd.*, 33.

1023 *Ibíd.*, 41-42.

—Sin embargo... —suspiraba Catalina—. Algo raro ocurre también.

—¿Es que los pobres no podremos ser libres y felices nunca?<sup>1024</sup>

Después, en tres ocasiones, el autor volverá a introducir al personaje de Paco Sentencias, que, como ya hemos dicho, no aparecía en ningún momento en el cuento ganador del Premio Gabriel Miró. La primera de esas tres ocasiones es cuando, tras la visita inicial de los hombres de negro a casa de Antoñito Pin, el viejo Paco Sentencias mira, desde la calle, hacia aquel hogar humilde y honrado y afirma que llovería torrencialmente sobre las tejas de esa familia, pero que el trigo se salvaría. Una afirmación muy enigmática que nadie en la calle llegó a entender.

La siguiente ocasión coincide con la segunda visita de los enlutados a la casa y, en concreto, poco antes de que estos bajen a la cueva en donde vive Antoñito convertido en flor. Entonces, Paco Sentencias vuelve a decir algo que tampoco entiende nadie.

Y la tercera será cuando, ya segado el tallo de la flor, el autor le atribuye una afirmación que, en “Vida y muerte de una extraña flor”, se le había reservado al tío Manuel: aquella en la que se decía que en el mundo no había sitio para niños como este. Así, además de dar a Paco Sentencias una relevancia que anteriormente nunca había tenido, Rodrigo Rubio aprovecha para modificar, parcialmente, el final del cuento al introducir algunos cambios, antes de las últimas palabras pronunciadas por Marciana, que son las mismas que cierran ambos textos. En concreto, las novedades introducidas afectan al siguiente fragmento:

Los padres de Antoñito Pin se inclinaron junto al tallo que sangraba. Lo tocaron, en caricia de mucho amor, con sus manos de miedo. A Manuel no se le contenía el sollozo. Marciana hipaba como novia abandonada.

—No es posible, no... —dijo el tío entre dientes.

La vecina se inclinó también y pasó sus dedos por el tallo, llevándose los luego a los labios. Besaba una sangre viva y fresca.

---

1024 *Ibíd.*, 45.

—Antoñito... ahí —dijo, débil la voz—. Crío travieso, chiquillo loco, tan hermoso hasta en la muerte.

El silencio era casi dulce, tanto amor en todos.

—El mundo no tenía sitio para él —sentenciaría, sabedor de la noticia, el viejo de los presagios.

Catalina y Longino se incorporarían, en sus manos el trozo de tallo cercenado.

—Lo acunaré —dijo la mujer—. Y vivirá siempre, al menos para mí.

Marciana la ayudaba a salir de la cueva.<sup>1025</sup>

Es decir, Rodrigo Rubio ha querido dar una mayor importancia, a la hora del final, a los aspectos premonitorios que habían ido apareciendo durante el relato. De un lado, se confirma la afirmación hecha por Marciana, cuando nació el niño, a propósito de que habría de ser hermoso hasta después de muerto. Y, de otro, las aseveraciones de Paco Sentencias sobre que el trigo germinaría en más hermosas cosechas. Lo que antes nadie entendía, ahora sí se entiende: Antoñito va a vivir siempre, y no solo para su madre, como ella afirma, sino que, desde ese momento, ha pasado a convertirse en una más de las imperecederas leyendas de Monsalve, en uno más de los habitantes de ese mundo onírico, telúrico y misterioso de Monsalve, que se conecta con el mundo real, histórico y material de Montalvos, hasta llegar a constituir un todo indisoluble, de una gran belleza y de una hondura mágica y poética sorprendente y subyugante.

#### **6.4. *Cuarteto de máscaras* (1976)**

Como antes comentábamos, los personajes que forman parte de esa realidad mágica de Monsalve tienen asegurada una pervivencia en el tiempo que sobrepasa los límites de la mera existencia material, al desafiar las ataduras físicas que imponen el espacio y el tiempo. Esa, al menos, parece ser la intención de Rodrigo Rubio, quien, con la creación de ese mundo monsalveño —mezcla de fantasía, magia, superstición, sueño y

---

1025 *Ibíd.*, 76-77.

leyenda— ha asegurado a sus personajes esa vida de la que hablaba Knut Hansum en la cita con la que se abre la novela: “...no morimos para estar muertos, para ser algo muerto; morimos para podernos transplantar a la vida, morimos para vivir...”<sup>1026</sup>

Y este tipo de vida es el que el escritor albaceteño presenta en *Cuarteto de máscaras*, novela en la que comenzó a trabajar en 1962, cuando vivía en Valencia, y que fue concluida, ya en Madrid, en 1974. Una obra, pues, fruto de un largo y complejo proceso de elaboración, con la que Rodrigo Rubio obtuvo el premio Novelas y Cuentos de la editorial Magisterio Español en 1975, así como una gran atención por parte de la crítica literaria del momento.

Veintitrés años después de su publicación, Francisco Gómez-Porro se refiere a *Cuarteto de máscaras* como una novela más extravagante que otras suyas, a lo que Rodrigo Rubio responde que esta novela es el resultado de su deseo de alejarse del realismo y de sumergirse en ese esperpento cuyos mejores modelos se encuentran en nuestra literatura: “Con *Cuarteto de máscaras* y *Papeles amarillos en el arca* quería salir del realismo, bucear en el esperpento. Algunos dijeron que estaban influidas por la literatura del realismo mágico sudamericano, pero la verdad es que están más cerca de Valle-Inclán y de Quevedo.”<sup>1027</sup>

En el prólogo-presentación que aparece en la novela, Antonio Prieto, conocido escritor y miembro del jurado que le concedió el premio y prologuista de la edición de *Cuarteto de máscaras*, advierte al lector de que en la narrativa que se escribía en ese año 1975 se podían detectar, en su opinión, tres orientaciones diferentes:

a) un grupo de novelas de cierto tono intelectual o de cierto tono lírico donde existe una preocupación por las formas narrativas, llevadas a veces a extremos experimentales y con un saludable abandono del mimetismo por la novela latinoamericana; b) un grupo de novela (digamos) realista, enclavada en directrices históricas o políticas o testimoniales, pero con evidente abandono de aquello que

---

1026 Rubio, *Cuarteto de máscaras*, 9.

1027 Gómez-Porro, “Crónicas de la pobre gente”, 30.

se llamó social, y finalmente, c) una serie de novelas dentro de lo que podríamos llamar destape o desmadre actual, y que para un lector que haya viajado un poco por la literatura y Europa le parecerán un tanto “paletas”, aunque justamente se esgriman conceptos como represión, censura, alienación, apocalíptico, etc.<sup>1028</sup>

Pues bien, a tenor de esta clasificación, afirma Antonio Prieto que *Cuarteto de máscaras* se sitúa entre las dos primeras orientaciones, como se puede apreciar con solo mirar el título que encabeza el primer capítulo: “Donde se da noticia de unos extraños hombres que, según rumores, repartían felicidad”.<sup>1029</sup> Una titulación —esta y, en general, la de los dieciséis capítulos en que se divide la novela— que responde a un gusto por el ritmo y la sintaxis clásicos y a unos datos referidos a elementos reales, con la salvedad de que siempre se introduce alguna referencia o alguna pista que nos conduce hacia lo raro, lo mágico o lo misterioso.

De ahí la consiguiente afirmación de Antonio Prieto en el sentido de que esta es, para él, la mejor novela del escritor albaceteño:

Sí señalo que *Cuarteto de máscaras* es la mejor novela, de las para mí conocidas, de Rodrigo Rubio. Creo que su personalidad narrativa se agranda en esta obra con nuevos horizontes (y riesgos), al tiempo que su prosa (y su formarse en ella) aparece más serena o meditada, más trabajada en su estructura.<sup>1030</sup>

Otro de los miembros del jurado, Manuel Cerezales, en su informe sobre *Cuarteto de máscaras*, hizo constar que se trataba de una novela en la que el autor había querido retratar con fidelidad una serie de gentes, costumbres y tradiciones de la zona en la que se desarrolla la acción. Destacaba, además, el buen trazado de tipos, el análisis del

---

1028 Rubio, *Cuarteto de máscaras*, 13-14.

1029 *Ibíd.*, 23.

1030 *Ibíd.*, 14.

entramado social, la pintura de paisajes y la fuerza y expresividad del lenguaje. Y añadía lo siguiente:

Novela fuertemente realista, que trae a la realidad visible el mundo invisible de los muertos. La transposición está realizada con arte indudable, sin echar mano del consabido recurso de apariciones de ultratumba. La presencia simultánea de los muertos y los vivos se produce en el plano de la creación artística, sin necesidad de ninguna otra justificación.<sup>1031</sup>

Por su parte, Dámaso Santos, otro integrante del jurado, se refería a la creación de una población espectral por parte de Rodrigo Rubio, lo que le traía al recuerdo lo realizado por Juan Rulfo en *Pedro Páramo* o por Torrente Ballester en *La saga/fuga de J.B.* Y comentaba que lo espectral estriba tanto en la presencia avasalladora de los visitantes enlutados como en el propio pueblo de Monsalve, a pesar de que “todos los elementos que constituyen el relato exhiben el apabullante realismo íntimo y sanchopancesco de un poblachón manchego”.<sup>1032</sup>

Otro crítico que también menciona la posible influencia de Juan Rulfo es Antonio Valencia, quien en su reseña de la novela la incluye inicialmente entre las concebidas y ejecutadas dentro del realismo mágico, si bien a continuación habla igualmente de la presencia del “antiguo lirismo de la transfiguración campesina, enraizada, de las novelas más significativas de Rodrigo Rubio”. De modo que, finalmente, lo realista y lo irrealista conviven y se mezclan para, en su opinión, configurar la mejor novela del escritor albaceteño:

En los enfrentamientos y contactos de las máscaras y el pueblo se realiza lo que en el mundo de Juan Estorbo se ha fundido ya sin esfuerzo. Este juego literario está en las coordenadas que el realismo mágico ha traído a la novela y así podemos decir que “Cuarteto de

---

1031 Cerezales, “Un mundo áspero, abigarrado, de configuración esperpéntica”, 66.

1032 Santos, “Una farsa entre jocunda y grotesca”, 66.

máscaras” se halla, tanto como desenvolvimiento desarrollado de la narrativa anterior del autor como en el suelo novelesco que por un lado podría representar el “Alfanhuí” de Sánchez Ferlosio y por otra parte de la novelística de Manuel Scorza por no hablar de “Pedro Páramo” de Juan Rulfo en cuanto al género próximo [...] En la ejecución, pues, es donde se precisa “Cuarteto de máscaras” como la mejor novela de su autor.<sup>1033</sup>

Es muy cierto que en *Cuarteto de máscaras* siguen estando presentes las raíces rurales del escritor albaceteño, tan características de sus novelas precedentes. La principal innovación consiste en lo que ya había anticipado en los relatos de este apartado a los que antes hemos tenido ocasión de referirnos: el tratamiento de sus personajes, que ya no son esos seres tan blandos y entrañables a los que nos tenían acostumbrados en sus primeras novelas y cuentos. En esta etapa experimental, se han vuelto más sarcásticos y, en algunos casos, esperpénticos, como consecuencia de la natural evolución en las preocupaciones y los gustos estéticos del autor, como él mismo confesaba durante una entrevista realizada en diciembre de 1975:

Las preocupaciones pueden ser las mismas, pero cada vez son más amplias. En un principio, en mis novelas, y fruto de mi enfermedad, se reflejaba la nostalgia de ese mundo rural, del que yo había perdido la posibilidad de poder volver, el mundo familiar, de mis hermanos mayores. Había también una constante social que también conocía por mi vida en el campo, que era el problema de la emigración, del éxodo. Ahora es distinto; me preocupan los problemas del mundo y la situación del hombre en cada momento, me preocupa la alienación, el hombre borrego manipulado por una sociedad de la que no puede escapar, la falta de libertad, el encauzamiento del hombre..., esto es la angustia que trato de expresar en mi obra.<sup>1034</sup>

---

1033 Valencia, “Cuarteto de máscaras”, 67.

1034 A. B., “Los premios literarios, una acción comercial”.

Para expresar esta angustia vital, esta alienación, el autor se sirve de ese mundo, mitad realidad, mitad mito, que representan las gentes de la legendaria localidad de Monsalve, en la que vuelve a situar el desarrollo de los acontecimientos que tienen relación con el personaje de Juan Estorbo y de unos extraños personajes que iban por el mundo repartiendo felicidad.

Unos hombres que habían aparecido por los alrededores de Monsalve hacía algunas fechas, sin coche y sin escopetas, y sobre cuya identidad se lanzan diversas teorías, fruto de un curioso perspectivismo: unos creen que pueden ser de aquellos húngaros que acudían al pueblo antes de la guerra; otros, que son delegados gubernamentales de los que registran hasta los colchones de las casas; alguien afirma que vienen en busca de Juan Estorbo, un muchacho que se había ahorcado; otro dice que pueden ser rojos que se han vestido de negro para disimular y que nadie los persiga y capture; algún otro, que eran buscadores de espíritus desaparecidos, y Pascualeta la Tiesa asegura que esos tres hombres y esa mujer con gentes como del cielo, pues vienen “del mundo donde ya se baila agarrao, se come mejor que ayer y los dolores se quitan con polvillos y pastillejas”<sup>1035</sup>, según le ha dicho su pajarillo Clarín.

Lo cierto es que la presencia de aquellos extraños tipos había sembrado la inquietud en la gente de Monsalve, como “en aquellos lejanos años en los que aún vivía Nicolás, el que llegó a creer que, en un barranco, los vidrios allí volcados eran oros y otros metales preciosos”.<sup>1036</sup> Pero aquello, como dice el narrador, era una leyenda vieja; aunque, inmediatamente, puntualiza que, como en Monsalve habían pasado cosas buenas y malas, cada suceso de ahora podía tener relación —según el creer de todos— con otro suceso antiguo. De este modo, nada más comenzar la novela, ya el narrador nos informa de la relación existente entre los dos espacios narrativos presentes en la novela: el mundo de los vivos y el mundo de los muertos, de los espíritus y de las leyendas del pasado. Y lo mismo ocurre con la vinculación existente entre *Cuarteto de máscaras* y *Papeles amarillos en el arca*, como lo pone de manifiesto el hecho de que Torcuato Moreno, el alcalde, califique a Pascualeta como la heredera de Tomasita la Muda, de la vieja Edelmira, de Jacinto

---

1035 Rubio, *Cuarteto de máscaras*, 28.

1036 *Ibíd.*, 24-25.



Catacaldos, de Miguelón Simpadre y de la bruja Clara. Personajes, todos ellos, que, según Venancio Escribano, dieron brillo a Monsalve.

Según Pascualeta —a la que le encantaría ser como el viejo y legendario Paco Sentencias, el que convirtió en pulga al Mago Lú—, los cuatro enlutados habían llegado al pueblo en busca de Juan Estorbo y de su historia, porque, en esos nuevos tiempos que corren, nadie puede “ahorcarse ni buscar la muerte en río alguno. En su opinión, estas gentes son buenas, a pesar de que parecen enterradores. Y, aunque vienen de mundos en los que se vive como dioses, ellos están haciendo una especie de penitencia previa al encuentro con Juan Estorbo y, por eso, no comen más que algunos mosquitos, como hacen las golondrinas y los vencejos.

He aquí que Rodrigo Rubio, sin que apenas nos demos cuenta, nos ha dado la clave interpretativa de la novela *Cuarteto de máscaras* y del resto de las obras que configuran este apartado de la literatura experimental. Lo que el autor quiere hacer ver a sus lectores es que, mediante el desplazamiento de la realidad hacia un plano de irrealidad, simbolismo, esperpento y leyenda mágica, también se puede realizar una crítica contra el sistema político, social y cultural imperante en la España de la posguerra. Porque el del realismo crítico, el del realismo social, no es ya el único camino para la denuncia. Existe este otro del realismo mágico en el que, en un tono menos crudo y más imaginativo, se puede satirizar y esperpentizar ese mundo de paz en el que, según algunos, se vive como dioses.

Es más, Rodrigo Rubio plantea una hipótesis muy interesante relacionada con el tema de la muerte, ya que en la novela se produce un enfrentamiento entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos. Juan Estorbo, según opinión casi generalizada, está muerto, aunque Pascualeta afirma que ese muchacho “no pudo matarse, y si se mató, no del todo lo haría, pues él es el que, en unión de nuestros antepasados, mueve el badajo y nos trae el campaneo alguna que otra noche”.<sup>1037</sup> Es decir, de una u otra forma, parece que, inicialmente, Juan está, del todo o en parte, dentro del universo de los muertos y los antepasados de Monsalve. Por el contrario, los cuatro enlutados, que pertenecen al mundo de los vivos y, más aún, al de los que viven bien, tratan de

---

1037 *Ibíd.*, 31.

demostrar que Juan no ha muerto y, por eso mismo, han de redimirlo y llevarlo a ese lugar en donde se vive mejor.

Esta dicotomía entre un mundo y otro parece quererla romper, aunque solo sea en parte, Pascualeta, quien sirve de nexo entre ambos extremos, por cuanto ella, situada en el lado de los vivos, mantiene algún tipo de contacto con los de la otra orilla. De ahí que sea a ella a quien se dirija el alcalde para lanzarle un serio aviso, en nombre de todos aquellos a los que él representa, acerca de ese universo constituido por las historias y leyendas del pasado:

—Pascualeta, tenemos que hablar. Esos hombres nos dan miedo, y tú no nos has apartado los temores. Juan Estorbo fue un pobre muchacho que no resistió la muerte de los otros, la muerte de los suyos. Nadie le dio una cuerda para ahorcarse ni nadie, tampoco, le empujó a las aguas del río. No queremos que de este pueblo saquen más historias de muertos, duendes y fantasmas, que ya hilvanaron bastantes, valiéndose de aquellos papeles amarillos que la bruja Clara le dejó a un nieto que nadie vio nunca, aunque cuentan que estuvo aquí y conoció, tratándolos, desde José Maquila —el que convirtió a su mujer en tallo de malva— hasta Tinejo —aquel puterote—, que, enclenque y medio lelo, adornó la cabeza del mayor de los Manodura... No queremos salir de nuevo en “los papeles”, y menos con esos tintes, Pascualeta; de modo que nadie cuente historias, si las sabe, y menos si no las sabe y se las inventa.<sup>1038</sup>

Lo que ocurre es que los deseos de Torcuato Moreno chocan frontalmente con los de su creador, Rodrigo Rubio, para quien resulta necesario e inevitable mantener vivo el recuerdo de los papeles amarillos que aquel nieto de la abuela Clara pusiera en su mano para que él les asegurara la oportuna pervivencia en el tiempo. Por tanto, mientras Rodrigo Rubio —especie de testamentario de la voluntad de los Claritos— así lo desee, el mundo de los papeles tendrá asegurada su existencia literaria:

---

1038 *Ibíd.*

“Papeles amarillos en el arca” es un libro raíz o base de otras obras. En él y con él creé Monsalve. Allí me encontré un montón de gentes viejas, de mundos idos, de historias y leyendas, que me permitieron poner en marcha los sucesivos retablos de aquellas narraciones, más fantásticas que realistas... Monsalve, pueblo imaginado, aglomera geografías y lugares de una Mancha donde yo tengo mi raíz. Ahí existe un mundo viejo, que yo amo, y que no me gustaría fuese destruido. De ahí que hasta los muertos, los tipos que un día pasaron, de verdad o sobre leyenda, por aquellos lugares, yo los haga vivir en mis narraciones. “Cuarteto de máscaras” es una derivación, quizá muy completa, de lo indicado en “Papeles amarillos en el arca”.<sup>1039</sup>

### La representación del mundo de los vivos

Como suele ser habitual en buena parte de las obras del escritor albaceteño, *Cuarteto de máscaras* se abre con la presencia de tres viejos desocupados, sentados al sol y con las colillas de sus cigarros medio apagadas, que contemplan cómo pasa la vida delante de sus ojos tiernos y cansados, los ojos propios de los supervivientes de antiguas miserias. A los oídos de Venancio Escribano, José Lahoz y Miguel Honrubia han llegado los ecos de unos tipos extraños que llevan varios días por los alrededores del pueblo en busca de noticias de Juan Estorbo:

Los extraños tipos, que eran tres y una mujer, vestían de negro, con ropas algo brillantes, nadie sabía a ciencia cierta si por el género o porque ya las habían usado mucho. Se supo que no tenían nombre propio, o que lo ocultaban, cualquiera sabía por qué. A uno le decían el Largo, a otro el Oscuro y al tercero el Afilado, mientras que la mujer respondía por la Saltarina. Cuando se supo esto, las gentes de Monsalve, imaginativas e inquietas, dijeron que los teles podrían ser tipos escapados de un circo, y que aquellos que los habían asociado a los antiguos comediantes húngaros, quizá no fueran descaminados.<sup>1040</sup>

---

1039 Fernández, “Rodrigo Rubio: recrear hombres libres”, 500.

1040 Rubio, *Cuarteto de máscaras*, 24.

Hasta estos tres viejos se van acercando, poco a poco, otros habitantes de Monsalve: Torcuato Moreno, el alcalde cumplidor de sus deberes políticos y sociales; Julio Padrón, el bizco; Pascualeta la Tiesa; Sartenita el Herrero; Flores Tapón, que tenía la altura de un nene, y Lorenzo Collado, que andaba por allí vestido de traje, pues estaba recién llegado de Elche, ciudad refugio de monsalveros emigrantes. Durante la larga conversación que surge entre todos ellos, Pascualeta plantea la posibilidad de que Juan Estorbo esté enterrado en el cementerio, pero vivo, y que sea él quien, con la ayuda de todas las gentes que ahora son huesos, toque la campana de la iglesia, como ya había ocurrido el año pasado por la festividad de Todos los Santos. Acabada la conversación, Pascualeta se marcha y, en ese momento, suena la campana anunciando el toque de oración por los muertos. Un hecho que coincide con la llegada de las cuatro máscaras hasta donde estaban los hombres, quienes se quedan mudos y con un cosquilleo de frío por sus carnes secas y arrugadas.<sup>1041</sup>

Los cuatro enlutados se acercan dando saltitos, como bailando una danza muy antigua y un tanto misteriosa, lo cual hace que a su alrededor se vaya arremolinando todo el pueblo para ver a aquellos títeres, que hacen música con la boca y van en busca de gentes desgraciadas para hacerlos felices. El jolgorio de la gente se ve amenizado por el lanzamiento de una de las habituales ventosidades de Venancio Escribano, lo que da pie a que se ponga en marcha una especie de fiesta popular:

Se oyeron carcajadas. Torcuato Moreno, responsable máximo de su pueblo y de aquella improvisada asamblea, no paraba de murmurar por lo bajo: “Dios mío, qué dirán de nosotros... A este Venancio lo meto en la prevención, vaya si lo meto...” Pero de pronto empezó a reírse también. Sofocó sus risas para dar órdenes:

—Venga, José; venga, que traigan panes, quesos, algún trozo de magro, salazón, arenques, patatas asadas, tocino con veta... Lo que haya. Que cada uno de los presentes aporte algo. Alimentemos a estas

---

1041 En opinión de Antonio Prieto, la utilización del término “máscara” sirve para dar a la narración, “en su cruce de realismo e irrealismo (o misterio), un estilo de farsa, de movimiento, que el lector va degustando en un lenguaje narrativo que crea una particular y personal ambientación de tiempo y espacio”. Véase *Cuarteto de máscaras*, 19.

gentes... — se dirigió a los enlutados, que parecían postes, sin ningún movimiento, mirando aún al hombre de los ruidos—: Señores, ustedes disculpen. Aquí somos así, pero tenemos buen corazón. Ahora les alimentaremos.<sup>1042</sup>

Las mujeres, con su pardo pañolón a la cabeza, se muestran más escépticas que los hombres. Para ellas, esa gente se parecía a los antiguos soldados de las Brigadas, aquellos que cogieron a Cantejos —un vecino medio sordo que tocaba al acordeón “Islas Canarias” y “El sitio de Zaragoza”— y se lo llevaron a su acuartelamiento en donde lo lavaron con cubos de agua, jabón y estropajo, “hasta que el Cantejos, medio así como era, siempre corriendo por las calles con los brazos abiertos (“Ruuuuu..., ruuuuuu..., soy un avión...”) o con los brazos estirados (“Ruuuuu..., ruuuuuu..., soy un auto”), quedó reluciente y como hijo de otros padres”.<sup>1043</sup>

A los presentes se unen Blasete el Cojo, Luisón Simpalabras, Urbana la Cáustica, Simoneta la Bienhablada, María la Seria y, de nuevo, Pascualeta, la cual había llegado acompañada de su tía Ticona. Todos ellos, junto con algunos otros, que habían acudido con sus sillas, como si de una velada de títeres o de un circo se tratara, tienen ocasión de escuchar el discurso del Largo, en el que anuncia que buscan a Juan Estorbo, “hijo de Pedro Luis y de Catalina, natural de Las Quejas, pueblo serrano, más allá de Alcaraz, la que fue rica e histórica, y hoy todavía histórica pero muy pobre”.<sup>1044</sup> Al llegar a este punto y para recalcar aún más la verosimilitud del relato del Largo, uno de los presentes, Antonio Capacha el Pastor, afirma que el enlutado dice mucha verdad, pues él había conocido a la familia, por ser también de Las Quejas, que está cerca de Alcaraz y Vianos, y porque se fue con ellos a la zona de la llanura para mejorar su situación económica y acabar con las hambres viejas.

---

1042 *Ibíd.*, 34.

1043 *Ibíd.*, 35. Del personaje de Cantejos habla en numerosas ocasiones el escritor de Montalvos. Se trata de un personaje real conocido en el pueblo como Santejos, un muchacho algo tontorrón que tenía como una de sus principales diversiones la que aquí refleja Rodrigo Rubio: correr por las calles haciéndose pasar por un avión.

1044 *Ibíd.*, 39.

El Largo pone fin a sus palabras diciendo que están allí porque no encuentran justificación al modo de comportarse de Juan Estorbo, huyendo, durante diez largos años, de quienes van tras él para ofrecerle una vida mejor:

Nosotros ya hemos recorrido otros mundos, y son muchos los medioahorcados y medioahogados que pudimos devolver al lugar de los trajes y los zapatos. No encontramos justificación en la conducta de Juan para que huyera de un mundo que había comenzado a mimarle. Cierto que su madre enloqueció; que su padre, el bueno de Pedro Luis, se subió a la cámara, un día de tormenta, y se colgó de una viga...<sup>1045</sup>

Cuando el Largo acaba de hablar, empieza a hacerlo el Oscuro, quien dice ser el segundo miembro del grupo y cuyas primeras palabras recuerdan a los hombres vestidos de negro que aparecían en los relatos “Vida y muerte de una extraña flor” y *Tallo de sangre*, pues afirma que su misión es la de perseguir a quienes no quieren ser felices cuando tienen oportunidad de serlo. Y, a continuación, añade una referencia de tipo político, en la que vemos el tono irónico tan característico de Rodrigo Rubio:

Estamos en unos años en los que, a la fuerza, todos hemos sido de derechas, por eso de que no había pan y utilizábamos sólo la mano diestra para sacar la mala sopa con la cuchara. Pero todo ha de cambiar. De hecho cambia ya, por lo menos en otras latitudes. No permitiremos —porque así lo quieren nuestros superiores— que haya rebeldías, ni protestas, ni menos, suicidios.<sup>1046</sup>

Entonces, aparece en escena una persona que hasta el momento había pasado totalmente inadvertida, Genoveva Herraiz, quien durante

---

1045 *Ibíd.*, 40-41.

1046 *Ibíd.*, 41.

muchos años sirviera a la familia Atienza en la finca *Los Majanos*, como tuvimos ocasión de comprobar en la novela *Agonizante sol*. La forma de ver la vida de esta mujer resume a la perfección la peculiar filosofía de las gentes de Monsalve, plasmada en forma de refranes y dichos populares, como aquellos que afirman que “luego del burro muerto, la cebada al rabo”; que, “si te dan un palo, riéte, y así todos estarán contentos”, o aquello otro de “piensa mal y acertarás”.

Después, el Afilado amplía algo más los datos referidos a Juan Estorbo. Afirma que huyó de la finca *La Quijada* tras ver a su madre dándose coscorriones contra las paredes, a su padre colgando de una viga y a su hermano muerto en la guerra. Todo esto, sucedido tiempo atrás, lo llevaba permanentemente en sus retinas y, por eso, al final, acabó huyendo de las sombras. Pero ellos cuatro lo encontrarán, tanto si está vivo como si ya es un esqueleto.

Finalmente, le llega el turno a la Saltarina, la cual tiene la facultad de leer en el futuro. Ella es la que precisa el tiempo en el que están aconteciendo estos hechos, los años cuarenta, años hermosos, en los que es mayor la fiesta que el hambre. Y así se los presentará en las décadas de los sesenta y los setenta, cuando se escriba la historia de esos años cuarenta.

Tras un paréntesis espacio-temporal representado por el capítulo tercero —que está dedicado por completo a la persona de Juan Estorbo y a su actuación durante los tres años de la guerra civil, así como a su reacción ante la vuelta a casa de los amos y de unos nuevos renteros—, el narrador se centra, otra vez, en la fiesta que hay en la plaza de Monsalve, con pasodobles, jotas y seguidillas populares, coreados por todos los asistentes y acompañados de guitarras, laúdes, bandurrias y cencerros, hasta que la oscuridad de la noche ponga fin a esa especie de asamblea popular.

Una vez que la gente se retira a sus casas, solo quedan en escena los cuatro enlutados y unos cuantos vecinos que les van a contar todo lo que saben sobre la historia de Juan Estorbo, empezando por Antonio Capacha, el marido de Angustias Continuas, la cual tenía la facilidad de hacer que su hombre se marchara con ella a su casa en cuanto ella lo deseara. Para ello lo único que tenía que hacer era soltar un chorrillo del

orín como si le diera un mal repentino o provocarse dolores de vientre tan agudos como los de parto.

Mediante la técnica del relato dentro del relato, el autor pone en boca de Antonio Capacha algunos datos sobre la familia de Juan Estorbo, cuando este vivía, junto con sus tres hermanos, sus padres y sus abuelos, en una especie de venta o mesón que tenían en su aldea, en donde también eran dueños de un molino. El mayor de los cuatro hermanos, Luis, murió en la cantera del yesar, aplastado por las piedras, en lo que algunos interpretaron como la venganza de algún marido celoso. Y Antonio Capacha deja caer, como el que no quiere la cosa, el nombre del dueño del yesar, don Baltasar Montaña, más conocido por Don Cuernos.

También cuenta que el padre, Pedro Luis, parecía ir detrás de una moza gitana a la que llamaban la Bienarmada y que, tal vez, esta le diera algún bebedizo para sacarle el poco dinero que sacaba del molino. Pero, en seguida, aclara que ese molino estaba ruinoso y que algunos viejos especulaban con la posibilidad de que fuera el molino de José Maquila, el que convirtió en flor de malva a su mujer, Marina Culina. Pero Antonio piensa que ni ese era el molino de Maquila ni tampoco la venta era la de Lutgarda y la muchacha Rosagorda. Ahora bien, aun cuando la venta y el molino no fueran los mismos de los cuentos, sí que cree que había un maleficio, porque las desgracias empezaron a amontonarse y, sin duda, esas desgracias podían tener alguna relación con las de antes, con las antiguas.

Cuando Antonio acaba de hablar, la Saltarina ofrece a los presentes un caldo hecho por ella. Un misterioso y mágico caldo que provoca que, al primer sorbo, a Venancio se le salgan los ojos de las órbitas y vea a la seca Saltarina más abultada y hasta con una buena pechera, mientras que Antonio Capacha acaricia a su mujer, Angustias, como cuando eran jóvenes:

Gritaba Capacha, porque a la tercera taza de caldo arremetió, sin tiento ni medida, contra la seca enlutada. Gritó, acto seguido, Angustias Continuas, porque en los cuarenta años de casados, nunca,



su hombre, había salido con esas travesuras. Gritó Venancio Escribano, porque de pronto le había atacado un dolor muy agudo, piernas abajo. Y, por último, gritó Pascualeta la Tiesa, aunque su grito —bien se notaba—, era, por vayamos a saber qué, de mucho júbilo y regocijo.<sup>1047</sup>

Mientras en las afueras de Monsalve se está viviendo esta especie de orgía sexual, en el pueblo empiezan a aparecer algunos malos presagios de lo que se les podía venir encima a las gentes del lugar: un perro aúlla por las corraladas, el gato negro de Urbana la Cáustica se pasea por la plaza y, lo más extraño de todo, cantan búhos y lechuzas, cosa esta que no sucedía en el pueblo, en primavera, desde que Jacinto Catacaldos se convirtiera en cenizas. Además, los mozos se muestran muy alterados tocándose las pretinas de los pantalones, lo que provoca el susto de las tres modositas del lugar, llamadas Simoneta la Bienhablada, María la Seria y Herminita Rubores. Y todo ello hace que los vecinos salgan de sus casas y vayan comentando tan extraños fenómenos:

—¡Dios, qué noche! Ni cuando enterramos a lo que quedó del pobre Catacaldos.

—Yo creo que ocurre como por aquel San Juan, que algunos dijeron ver a una mujer vestida de blanco, muy grandona, en las llamas de la hoguera.

—Tomasita la Muda, pobrecilla, que moría, sin poder explicar sus muchos secretos y sabidurías.

—Ahora, quien todo lo sabe, al parecer, es el pájaro Clarín, y por él, su ama, la pícara Pascualeta.

—Nunca viviremos en paz los pobres y reducidos —se lamentó Flores Tapón.<sup>1048</sup>

Vamos viendo, por tanto, cómo en el mundo de los vivos se integran aquellos personajes pertenecientes al mundo de los muertos y las leyendas de Monsalve. Personajes que, en realidad, nunca habían desaparecido del todo de la vida cotidiana de la localidad, pues siempre

---

1047 *Ibíd.*, 82-83.

1048 *Ibíd.*, 82.

estaban presentes, de una u otra forma, en las mentes de esas gentes pobres que, como dice Flores Tapón, parecen estar condenadas a no poder ser nunca felices. Opinión en la que coincide con lo que, en su momento, habían expresado los padres de Antoñito Pin, el niño convertido en flor, protagonista de la historia contada en los relatos “Vida y muerte de una extraña flor” y *Tallo de sangre*.

Lo cierto es que, esa noche, en la mente de todos ellos está Juan Estorbo, al que tantas ropas le había repasado Avelina la Costurera. Y, en medio de esos extraños fenómenos y del consiguiente miedo de la gente, comienza a tocar la campana grande, la que no pudieron llevarse, aunque lo intentaron, los milicianos, mientras que alrededor de la torre crece un intenso resplandor. Según la gente del pueblo, podría ser que esa campana fuera movida por el brazo de Juan Estorbo. Aunque los enlutados aseguran que han podido hacerlo dos hombres casi enanos, renqueantes y con la color amarilla, a los que ellos cuatro habían perseguido durante largo rato. Se trata de Rinranete y Ruffillo, dos muchachos que, como la gente del pueblo bien sabía, no pertenecían al mundo de los vivos, sino que estaban en los cuentos, en las leyendas del lugar, pero no en la vida.

Dado que los enlutados no saben nada de esos dos pícaros, Torcuato Moreno, Miguel Honrubia y Avelina la Costurera les cuentan su historia y les dicen que se habían hecho célebres entre sus padres y abuelos. Y Pascualeta remata la historia contando cómo un muchacho recibió de su abuela unos papeles amarillos que, más tarde, fueron a parar en manos de un escritor:

Primero, un muchacho vino a este lugar en busca de la herencia de su abuela Clara. La tal abuela, en vez de dineros o tierras, le dejó un arca llena de papelicos, ya amarillos por el tiempo. Más tarde, esos papeles, con historias y leyendas de estos lugares, fueron a parar a manos de un tipo de pluma, nacido cerca de aquí, en Montalvos, y el tal tipo pergeñó unas cuantas narraciones que, bajo el título de “Papeles amarillos en el arca”, recogen y amplían las historias y leyendas de las que había tomado nota la abuela Clara...<sup>1049</sup>

---

1049 *Ibíd.*, 94-95.

Una vez más, por tanto, se produce la unión entre el mundo de los vivos y el de los muertos, llegándose a poner en un mismo plano de *realidad ficcionada* a las localidades de Montalvos y Monsalve, e incluso al nieto de la abuela Clara y al propio Rodrigo Rubio. Ambos planos se han fusionado en uno solo gracias al realismo mágico que permite la ficción literaria. Hasta tal punto, que la Saltarina da un salto en el tiempo desde los años cuarenta, en los que se sitúa la acción de *Cuarteto de máscaras*, hasta mil novecientos sesenta y nueve, año en que ella se encuentra con un libro, en el segundo de cuyos relatos aparecen esos hombres a los que ellos habían atribuido el tañido de las campanas. En ese libro, que no es otro que *Papeles amarillos en el arca*, la Saltarina puede leer textualmente e incluso corregir alguna errata de imprenta, pues, como dice a los presentes, tiene facultad para ello:

—La tengo y leo: “El buhonero tiró caramelos al bulle, y corrieron, agolpándose como gorriones sobre una boñiga, los chiquillos relejosos. El castrador hizo sonar un chiflo (en el libro hay una errata —aclaró—, pues han puesto chifla), se oyó entonces la campana (pasaban cosas como ahora, por lo visto...)”

—Sigue, por favor...

—...apareció Ruffillo, con el moco rozando el suelo. Traía una alcuza en la mano derecha y una cesta de tomates en la mano izquierda. Cojeaba, como siempre, y decía: “Malditos los poderosos que aquí nos han dejado.” Empezaron a llamarle y él dijo: “Siempre fui algo teniente, y gritos para qué me vienen”; luego notó que alguien le tiraba de la blusa. Era Rinranete, que le hacía muecas y le mostraba un piojillo, así como rojizo, que se había encontrado en la pelambreira...”

—Basta, Saltarina —pidió el Largo.

—Página diecinueve, del libro citado.<sup>1050</sup>

---

1050 *Ibíd.*, 95-96. En efecto, el texto leído por la Saltarina corresponde a la página 19 de *Papeles amarillos en el arca*. Con su lectura, aprovecha Rubio para corregir esa errata de imprenta, además de para cambiar levemente algunos signos de puntuación respecto del texto de *Papeles...*, así como la tipografía de las frases textuales pronunciadas por Ruffillo, las cuales, ahora, figuran entrecomilladas y precedidas de dos puntos y en *Papeles...* estaban en cursiva y sin esos dos puntos.

Amanece un nuevo día y a Torcuato Moreno le llegan noticias de la curiosidad e incertidumbre mostradas por otros alcaldes de la comarca en relación con la presencia de los enlutados. Por eso manda aviso al cuartel de la guardia civil de La Gineta para que envíen a un par de números. Entre tanto, en la plaza mayor se empezó a vivir un ambiente festivo, parecido al de las fiestas de San Jorge, en el mes de abril. La plaza se fue llenando de puestos de atracciones y de vendedores, pues estaban seguros de que en el pueblo habría mucha animación en los próximos días. Por allí andaban, entre otros, el hortelano Tomates, el quincallero Golorín, el de la subasta Gritejos, el de las barcas, llamado Botón Dorado, así como un matrimonio al que se les conocía como los Papás del Mono.

Las cuatro máscaras aparecen, esta vez, con túnicas moradas, como si fuesen penitentes de una Semana Santa, con las manos juntas y susurrando palabras, en una especie de extraños rezos. Luego, dan buena cuenta de un abundantísimo almuerzo, en el que no faltan los buenos chorizos. Y, a continuación, escuchan atentamente las noticias que sobre la familia de Juan Estorbo, tras su llegada a la finca de los Quijada, les facilitan Venancio Escribano y Teodoro el Mayoral, quienes tienen que interrumpir sus relatos cuando llega la pareja de la guardia civil.<sup>1051</sup> Pero, para sorpresa de todos los allí presentes, los guardias se dirigen respetuosamente a los enlutados y se ponen a sus órdenes, lo cual provoca un desconcierto generalizado que queda perfectamente reflejado por el narrador:

—Señorías... —dijo el cabo Senabre—. Señorías, siempre a sus órdenes.

---

1051 Entre esas noticias que da Venancio Escribano, encontramos una nueva referencia a los sucesos que motivaron el relato contenido en la novela *Agonizante sol*. Cuando Venancio está relatando la presión sufrida por la familia de Juan Estorbo con motivo de las pesquisas forzosas realizadas por los milicianos, comenta lo siguiente:

“Aquí mismo, en nuestro término, ocurrieron cosas muy graves, como, por ejemplo, la persecución de los Atienza, que se cargaron, fusilado, al señor don Pedro, tan serio y buen hombre que parecía. Y luego, para postre, se llevaron a su hija Leonor, que poco mal hacía a nadie, si acaso a su marido el Peliciego, al que, todo el mundo lo sabe, cansada de sacar al corral el colchón mojado de orines, le puso los cuernos. Y creo que bien puestos, digo yo” (147-148).

Dejó de oírse el pío pío de los gorriones, el chillar agudo de los vencejos, el ladrido de los perros, las voces y las carreras de los chiquillos. Enmudecieron los altavoces de la plaza verbenera. Se oyó, como muy apagado, el cencerreo de la Ticona. Se removió, recobrando vida, el pájaro Clarín, y sonrió, complacidísima, la escurrida Saltarina.

—Descansen —ordenó el Largo.

—Amigos... —quería disculparse Torcuato.

Los guardias, ya relajados, se colgaron muy lentamente el mosquetón:

—¿Necesitabas algo de nosotros, alcalde?

—No. Bueno... Presentarles aquí a sus señorías, que vienen en misión de buscar tristes para darles felicidad.

—Lo sabemos —dijo el cabo Senabre.<sup>1052</sup>

Esta muestra de respeto del cabo Senabre y del guardia Martínez hacia los cuatro enlutados, ahora vestidos de morado, hizo que los monsalveros se enfrascaran aún más en ese ambiente de fiesta que vivía el pueblo, en el que todos daban algún regalo, por extraño que fuese, a estos insignes visitantes. Un ambiente de fiesta que duró todo el día y que Rodrigo Rubio quiere reflejar con alguna que otra pincelada de ese humor tierno y un tanto irónico que le caracteriza. Como, por ejemplo, esta muestra de humanidad que ofrece el alcalde:

Los críos estuvieron muy pronto con la banderola en la mano. Para Torcuato Moreno fue una sorpresa, y el hombre, que era de natural bonachón, padrazo sin hijos, se emocionó mucho, quitándose, muy de repente, una lágrima raquítica que le caía, mejilla abajo, igual a la que también le brotó, hará como tres años, cuando a su Bernardita la operaron de un ovario.<sup>1053</sup>

Pero, muy pronto, ese ambiente festivo empieza a enturbiarse con numerosos presagios de una próxima tormenta. Los visitantes venidos de fuera deciden marcharse. Por la calle todo es silencio e incluso las cuatro

---

1052 *Ibíd.*, 130-131.

1053 *Ibíd.*, 135.

máscaras están cabizbajos, como sumidos en un misterioso trance. Por su parte, Torcuato y su mujer, Bernardita, se muestran acongojados y un tanto desconsolados, aunque ella respira un poco cuando los cuatro abandonan su casa y se van a la de la vieja Ticona, que era una medio bruja, aficionada a extrañas prácticas y ritos, como los efectuados para la realización de abortos, y que había tratado a la abuela Clara en sus últimos años de vida.

Es la Ticona quien dice a los enlutados que ella cree que Juan está vivo o, al menos, lo estaba hacía algún tiempo. Según ella, es seguro que durante cinco o seis años estuvo entre gentes que eran y no eran, dándose la gran vida con Matilde la del Curandero, con el Potito y la Polilla y con Tinejo. También parece ser cierto que debe de estar cerca de allí, aunque ni ella ni su sobrina hayan podido verlo ni oírlo.

La Saltarina cree que Juan está cerca y que la está llamando, porque ya se ha empezado a cansar de sus prácticas sexuales con Matilde. Esta circunstancia hace que empiece a notar unos extraños y desconocidos picores, que obligan a la vieja Ticona a darle unos polvillos amarillos para el sosiego, que la dejaron, si no sosegada del todo, sí con menos necesidad de cualquier Juan.

Y todo ello se debía a que el encuentro con Juan estaba cercano, pues la distancia entre los dos mundos se iba reduciendo cada vez más, como lo demuestra el hecho de que, al final del capítulo once, el narrador apunte que, mientras los enlutados se dirigen hacia el cementerio, no lejos de allí, Juan Estorbo reía como si le hicieran muchas cosquillas.

### **La felicidad de Juan Estorbo, el que no hablaba**

En el capítulo tercero, el narrador nos sitúa ante un Juan Estorbo que está escurrido de carnes, con los ojos algo hundidos y que se pasaba los días como huyendo de su propia sombra. Así llevaba mucho tiempo, lo que provocaba que don Esteban Quijada y doña Clemencia, los dueños de la finca *La Quijada*, se mostraran preocupados por él.

Tras pasar tres años escondidos por miedo a los milicianos, el matrimonio había recuperado la paz y sus hábitos de siempre. Y, al igual que hicieron otros terratenientes, supieron agradecer la lealtad de sus servidores, como pasó con Juan quien, durante ese tiempo, había permanecido impertérrito en la finca, “sin más armas que una escopeteja del dieciséis, que ocultó en el pajar cuando los nuevos alcaldes de la revolución imponían declaraciones y registros”.<sup>1054</sup>

Cuando regresaron los señores, Juan era ya un muchacho callado que no respondía a ninguna pregunta. Su única reacción era quedarse mirando fijo como las serpientes y, después, se ponía a reír. Nada pudieron hacer por él el médico de los locos ni el de los partos. Por eso, don Esteban, sabedor de lo que el muchacho había tenido que pasar durante todos esos años, decidió llamarlo Juan Fiel. Pero ni siquiera esa cariñosa actitud logró cambiar la forma de actuar de Juan, siempre encerrado en su mundo y en sus sueños, en los que hablaba en voz alta nombrando a algunos de sus familiares.

Como sobre él comenzaban a aparecer sombras de vivos y de muertos y como doña Clemencia empezó a tenerle miedo, don Esteban Quijada llamó al nuevo rentero y a sus hijos para que lo ataran de pies y manos. Así acaba el capítulo tres de la novela y no volveremos a tener más noticias de Juan Estorbo hasta el final del capítulo cinco, cuando los cuatro enlutados y las gentes del pueblo se retiran a descansar, tras una larga noche de alegría y fiesta popular. Es entonces cuando el narrador apunta que, “sobre el silencio y las sombras de la plaza andaba un hombre; un hombre que parecía joven, pero al que ni siquiera las lechuzas inmutaban”.<sup>1055</sup>

Concluida esta ligera referencia al momento presente de Juan Estorbo, que se mueve entre quienes lo buscan sin que estos puedan percibir el más mínimo atisbo de su presencia, el narrador regresa, en el capítulo seis, al pasado de Juan, cuando los señores de Quijada, viendo que el muchacho no se mostraba rabioso ni agresivo, decidieron desatarlo; pero Juan Estorbo siguió mucho tiempo con las manos juntas, como si aún conservara las ataduras. Mas no probaba bocado alguno,

---

1054 *Ibíd.*, 49.

1055 *Ibíd.*, 96.

lo cual preocupaba muchísimo a doña Clemencia, porque temía que el muchacho pudiera dejarse morir.

No obstante, Juan mantiene una *conversación* con su padre y este le dice que obedezca siempre a los señores y que, si le ofrecen un dulce, no lo desprecie. Un dulce que le fue ofrecido enseguida, en la persona de Rufita, la doncella regordeta y risueña, aunque Juan solo le tocó, con mucha suavidad, una oreja. Luego, se marchó de la casa sin que nadie se diese cuenta. Por el camino, se encuentra con la gitana que maldijo a su padre, la cual le dice que todos están ya muertos. Y, después, llega hasta la casa de don Martinón, quien, según le dice a Juan un guardia jurado, siempre está y siempre estará en la casa, pues los ricos no mueren, y ese menos.

Mientras se dirige hacia la casa, Juan recuerda que un día soñó con hombres armados con escopetas y fusiles que llegaban hasta el caserón. Hombres que promovían la revolución contra los amos, contra todos aquellos hombres que cobraban, sin trabajar, porque, sin comerlo ni beberlo, habían heredado unas tierras de sus padres. En aquel sueño veía Juan cómo don Martinón, después de matar a cinco o seis milicianos, caía acribillado por las balas de los asaltantes.

Una vez dentro de la casa, encuentra al viejo don Martinón, abultado como un tonel, haciendo lo que todo el mundo había comentado siempre en Monsalve: se amamantaba de los pechos de siete mujeres. Al salir de allí, se encuentra con Dionisio Clarito, que viene de recoger una herencia de papeles en Monsalve —los papeles amarillos de la abuela Clara— y que le dice que aquella casa está cerrada desde que empezó la guerra. Por su parte, Juan le confiesa que no sabe si vive o si está muerto, aunque sí sabe que va a cerrar los ojos para siempre y que, muy pronto, alguien iría a buscarlo. Pero, por el momento, lo mejor que puede hacer es quedarse con Dionisio, compartir la merienda que este lleva consigo y dormir un rato, hasta que de nuevo el narrador, en el capítulo nueve, vuelva a centrarse en su deambular por el espacio de Monsalve.

En conversación con Dionisio, Juan recuerda todos los detalles del suicidio de su padre y cómo este fue sepultado en un pinar cercano a la Casa de don Martinón, en un lugar en donde antiguamente enterraban las ropas y los enseres de los señoritos tísicos que morían. Entonces,



Dionisio le ofrece la llave de la casa de los Claritos, por si le apetece acercarse a Monsalve y encontrarse con los esqueletos de quienes forman parte de las historias escritas por su abuela Clara:

Si recalas en ese pueblo de torre chata y hambres viejas, ya sabes: nuestra casa antigua puede ser tu casa, y si oyes ruidos, piensa, con amabilidad, que son ecos de mis gentes, nunca del todo muertas...

—Igual que mi padre.

—Lo mismo... Sabrás que la casa está maldita y que sobre su portón reza un letrero que dice: “Aquí vivieron gentes de las que no queremos más en esta villa, y con esto se dice todo.” Lo pusieron autoridades de ahora, pero tú no hagas caso, y si entras allí quizá aún veas, por alacenas y despensas, algún que otro frasco de caldos viejos, unos para hacer reír y otros de los que te duermen y te llevan, como si nada, por los mejor de otros mundos...<sup>1056</sup>

En esta intervención de Dionisio Clarito se pone de manifiesto, una vez más, el enfrentamiento existente en la localidad de Monsalve entre el pasado y el presente. Los habitantes de la localidad quieren renunciar definitivamente a todo ese pasado de misterio, supersticiones y muertes, como ya había dicho el alcalde al comienzo de la novela. En cambio, los muertos de Monsalve no están dispuestos a desaparecer del todo de unos lugares que formaron parte de sus vidas y, ahora, lo forman de sus historias y leyendas. Es más, según Dionisio, ese mundo de los muertos es el mejor refugio para todos los que deseen huir de las miserias y ataduras del mundo de los vivos. Y, por otra parte, hay personajes como él, como Juan o como el padre de Juan, que están a medio camino entre esos dos universos enfrentados, para servir de nexo de unión entre ambos, aunque solo sea de forma transitoria y provisional. De ahí que, una vez que Dionisio se ha marchado, Juan se encomiende a su padre para que le muestre el camino que le lleve directo hasta Monsalve. Y este se lo indica, avisándole, además, de que algo bueno saldrá a su encuentro.

De camino a Monsalve, se encuentra con unos hombres que le ofrecen vino y que le dicen que ellos han de estar siempre trabajando,

---

1056 *Ibíd.*, 164.

bien en la siega, como ahora, o bien en la poda o en los pinares. Ellos formaban parte de los hombres que, muchos años atrás, llevaron al Mago Lú a casa de Paco Sentencias para que convirtiera las piedras del corral en oro. Pero, como no pudo ser, les toca seguir en el tajo.

Poco después, Juan tiene un nuevo encuentro con alguien que pertenece a ese ámbito de las leyendas del pasado, a esos papeles que le había mostrado Dionisio. Él es Santiago el Cabrero, al que Juan le recuerda que se había quedado helado porque a una muchacha, a la que él quería, sus padres la habían envuelto en nieve. Santiago le dice que, un poco más adentro del monte, se escuchan los lamentos del guardia Demetrio, el que murió en una cruz de pino verde y, ante las dudas de Juan sobre la veracidad de esta historia, le precisa que “estas historias han corrido mucho, al manejarlas gente de pluma, que siempre andan a la caza de lo que caiga, para el regocijo de los siete lectores que luego encuentran”.<sup>1057</sup>

Tras esta curiosa afirmación acerca del papel de los novelistas y los lectores —que nos suena a una especie de irónica reflexión del propio Rodrigo Rubio sobre su quehacer literario—, Juan Estorbo trata de convencerse de que la aparición de los segadores y de Santiago ha sido fruto de una ensoñación. Mas, enseguida, se le aparece Matilde, la hija del Curandero, de cuya actuación con Miguelón Simpadre había leído en los papeles de Dionisio y de la que, también, tenía conocimiento anterior a esa lectura. Un encuentro que da lugar no solo a un contacto visual y auditivo, sino, también, a un encuentro sexual, pues Matilde cura a Juan del mismo mal que sufría Miguelón. Y ello da pie a un diálogo muy gracioso y humorístico:

—¿Qué te pasa, chico?

—Pues... No sé... Yo diría que, ahora, en estos momentos, sufro el mal de Miguelón.

La muchacha se echó a reír.

—Te lo noto— le dijo, con mucha picardía.

—Me voy, y ya me curaré por ahí...

Ella se reía aún.

---

1057 *Ibíd.*, 169-170.

—No sé dónde, si es mal de Miguelón. Para eso... ¿Crees que aún, aunque haya pasado un siglo, no puedo curar como entonces...?

Y Juan dijo, algo azorado:

—Mujer... Yo creo que sí.

Y ya, al instante, Matilde, allí aparecida, dejó a Juan, en menos que canta un gallo, libre de aquella repentina y —en él— casi anormal dolencia.<sup>1058</sup>

Desde luego, lo que menos podía sospechar Juan Estorbo es que esto era lo bueno que le había pronosticado su padre. Y bien que lo disfrutó el apocado muchacho, quien decidió quedarse durante algún tiempo por aquellos parajes, porque se hallaba muy a gusto, desinflado ya de algunos dolores que le arañaban por dentro desde tiempo atrás y que, tal vez, volvieran a repetirse en algún momento, lo cual haría necesaria una rápida y eficaz cura.

Nada más comenzar el capítulo doce, dedicado en su totalidad al deambular de Juan por esa vida en la que el tiempo ya no contaba, el narrador nos dice que le había crecido la barba y parecía un poco más alto. Por lo demás, casi todo sigue igual, pues continúa recordando momentos tristes y agradables de su vida, como cuando pasaba con su familia “por Monsalve, otras veces por Montalvos, y allí saludaban a los que ya eran amigos, como Buenaventura Rubio —siempre con tan buen vino para obsequiar—, como Santiago el Herrero, Fernando Cincoduros y Salvador Lara el Pastor...”<sup>1059</sup>

En su constante caminar, descubre el *Ventorro de Blasico Peña*, del que había oído hablar mucho, por tres muchachas que tuvo allí, tiempo atrás, y que fueron muy revoltosas y algo calientes. Allí hay tipos de Fuensanta, de Monsalve y de Montalvos inmersos en una gran fiesta. Allí están, entre otros, Lorenzo Collado y Venancio Escribano, vecinos actuales de Monsalve y aficionados a las faldas. Y, también, otros hombres muy quietos y muy pálidos, como dos de los hermanos Manodura, a uno de los cuales Tinejo le había adornado la frente.

---

1058 *Ibíd.*, 173.

1059 *Ibíd.*, 210.

Se ha producido, por tanto, un nuevo contacto entre esos dos mundos que, gracias a Juan Estorbo, cada vez están más próximos. En esta ocasión, los clientes del ventorro beben y cantan al unísono, aunque los vivos no puedan ver a los muertos:

Y toda la clientela, la pálida y la de color en la cara, se regocijaba mucho, bebiendo. Las tres Peñicas salían a danzar, moviendo el traserillo, y entonces todos, los hombres, hasta los que parecían amortajados, alargaban sus manos para decir: “Ay, quien pudiera...”, hasta que, ahora los pálidos solos, arremetían con otra copla:

“Cría una madre su hija  
con mucho rumbo  
y luego se la entrega  
a un zangandungo...”<sup>1060</sup>

Poco después, Juan se traslada hacia la casa de la Marquesa del Ojo Tapado, de la que él ya tenía noticias a través de los papeles de Dionisio. Esta le confirma que lo están persiguiendo para hablarle de desarrollo, paz, abundancia y felicidad, todo lo cual va asociado, según ella, a lugares con humos y a veraneos en agosto en ciudades superpobladas y problemáticas como Benidorm o Torremolinos. Es la imagen de un progreso fácil de vender, que Rodrigo Rubio critica mediante las palabras de la Marquesa:

Sabes que te buscan, que te ofrecerán riquezas, mundos desarrollados, ciudades con humo, amigos tontos, aunque bien hablados; empleos con mucho sueldo y participación en los beneficios. Las empresas serán americanas, o suecas, o japonesas, o alemanas, tanto da... Te llevarán a ver pantanos, que para esos años —próximos— ya habrá muchos, y querrán que juegues al tenis, al golf, y que leas, para aparentar que eres de izquierdas, alguna publicación progresista... ¿Me miras con asombro, muchacho? Pues no te asombres, hijo, que yo igual estoy en el pasado, en el presente que en el futuro. No tengo años, ni

---

1060 *Ibíd.*, 211.

solidez, y sí, como apuntaste, alguna sabiduría. Hala, ve a descansar, y ojo luego, si te vas.<sup>1061</sup>

Es ahora cuando Juan comprueba que lo que está sucediendo en este capítulo está mucho más cercano en el tiempo al momento en que los enlutados lo andan buscando. El narrador ha conseguido situar los tiempos de ambos mundos en un mismo tiempo presente, como lo pone de manifiesto el hecho de que la Marquesa le asegure que lo andan persiguiendo y, también, el que él diga que tuvo contacto con Matilde, hace ya algún tiempo, apenas entrar en el monte.

Tras un larguísimo sueño en casa de la Marquesa, que dura desde noviembre hasta finales de mayo, Juan despierta y la Marquesa le confirma que está próxima a llegar la noche de San Juan, que es la noche de la Marquesa, y que, cuando llegue ese momento, deberá acordarse de ella. Entre tanto, le aconseja que se mantenga alejado de Monsalve. Y él se marcha de allí, para encontrarse de nuevo con Matilde, quien le cura, por segunda vez, del mal de Miguelón.

### **Y la felicidad prometida se hace realidad**

Al comenzar el capítulo catorce, el narrador nos lleva hacia el cementerio, en donde se habían quedado las cuatro máscaras al final del capítulo once. Amanece, tras una noche corta en cuanto a su duración, pero larga en sobresaltos y miedos, y ellos se encuentran con José, el padre del niño muerto en la novela *La feria*, para quien, como afirma el enterrador, no pasan los años, pues vive en otro tiempo.<sup>1062</sup> Es un tiempo en que está ya cercana la noche de los deseos locos, la noche de San Juan, y en el que las emociones por la cercana recuperación de un

---

1061 *Ibíd.*, 216-217.

1062 Cuando los enlutados van a salir del cementerio de Monsalve, se encuentran con un hombre llorando sobre una pequeña tumba y Santiago el enterrador les cuenta todo lo sucedido con ese hombre y su hijo. La figura de José se sitúa, de ese modo, en el espacio intermedio que hay entre el mundo de los vivos y el de los muertos, aunque mucho más cercano al de estos últimos.

desaparecido, en este caso Juan, hacen que la Saltarina se retuerza por los suelos, con palpitaciones y quejidos.

En su caminar en busca de Juan, los cuatro van pasando por lugares por los que este había transitado hacía poco tiempo. Se encuentran con la cruz de pino verde de Demetrio, con Santiago el Cabrero —ambos pertenecientes al mundo de los papeles— y con dos vejetes de Montalvos, a los que les había sorprendido la amanecida, tras haberse alegrado un poco en el *Ventorro de Blasico Peña*. Al preguntarles por Juan Estorbo, estos encaminan a los enlutados hacia la casa de la Marquesa del Ojo Tapado.

El espacio y el tiempo que separan el ámbito de los enlutados y el de Juan Estorbo se van acortando cada vez más. Ahora se encuentran con Matilde, quien les dice que está allí para servir a Juan. Después, llegan a la casa de la Marquesa, la cual les asegura que Juan les tomó la delantera y a estas horas ya estará muy hinchado por las aguas, y, también, le dice a la Saltarina que no se aflija por Juan porque hombres como él viven siempre; pero ha de tener muy presente que Juan es propiedad de Monsalve y no de los enlutados.

Entre tanto, cerca de allí, y después de un remojón que le hizo sentirse como nuevo, Juan escucha voces cercanas que parecen dirigirse a él. Oye las voces de unos hombres y el llanto, muy ahogado, de una mujer. Es la víspera de San Juan y la voz de su padre le invita a acercarse a Monsalve, al tiempo que le confirma que unos tipos muy raros vienen en su busca. No obstante, debe estar tranquilo y refugiarse en la casa de los Claritos.

En el camino hacia Monsalve se encuentra con Segundo Polilla y su vecino Acacio quienes, viéndolo tan remojado y hambriento, le invitan a comer un pisto muy rico —tomate, pimientos, calabacín, aceite y piñones—, unas cebolletas tiernas y unos trozos de pernil. Ambos le dicen que han oído comentar que se había echado al río y que estaba muerto y, cuando Segundo trata de tocarlo, siente cómo su mano se le queda fría y temblona.

Ya cerca de Monsalve, acompañado por el Tinejo, ve a lo lejos cuatro siluetas negras, lo que hace temblar a Juan. A pesar de ello, ambos

se adentran en Monsalve y cruzan entre la multitud de gente que hay en la plaza, sin que nadie pudiera verlos. Todos los allí presentes están alegres por la inminente fiesta de San Juan. Incluso Rinranete y Ruffillo, quienes se les acercan para decirles que ellos eran los que tocaban la campana en nombre de Juan y que los únicos que pueden verlos son los cuatro tipos de negro. Así que los tres muchachos lo acompañan hasta la casa de los Claritos y, ya allí, lo dejan solo.

En el punto más oscuro del sótano, lo esperan la abuela Clara y todos los cadáveres que aparecían en sus papeles, incluidos, también, Tinejo, Rinranete y Ruffillo. Al verlos allí a todos, a Juan le brota un llanto que no se sabía si era por dolor o por felicidad.

El encuentro de Juan con su mundo, el de los muertos, ya se ha consumado. Ahora solo falta que se produzca el anhelado contacto del mundo de los vivos, por medio de las cuatro máscaras, con aquel en el que se halla Juan. Y esa unión está cada vez más próxima, como le hace saber una urraca a la Saltarina:

—¿Qué te hacen, guapita? —le preguntó la urraca, que sabía hablar muy bien.

—Quieren que me irrite, como ellos, porque Juan se nos escapa, y yo me alegro, pues ya no deseo que venga con nosotros. Ya no, amiga.

—Juan pasó por aquí hará como una hora. Iba mojadito, pero vivo.

—¿Vivo?

—Para nosotras, las urracas, los ahogados, como los ahorcados, siempre nos parecen vivos, apetecibles.<sup>1063</sup>

Ya en las calles de Monsalve, los cuatro se encuentran con Rinranete y Ruffillo quienes les dicen dónde está Juan. Y hacia allí se encaminan, aunque todos los habitantes de Monsalve, incluidos los animales, tratan de impedirles el paso por la calle que conduce al caserón de los Claritos, reclamando respeto para los pobres difuntos. Pero, pese a

---

1063 *Ibíd.*, 272-273.

la oposición del vecindario, consiguen llegar hasta la casa y los cuatro se adentran en su interior, seguidos del resto de la gente.

Mientras tanto, Juan escucha todas las voces suaves, tiernas y cariñosas de todos los que están a su lado, de aquellos a los que la abuela Clara define como sus hermanos.

Y, por fin, se produce el ansiado encuentro, centrado en las figuras de Juan y la Saltarina, a la que sus tres compañeros convierten en portavoz de ese mundo de felicidad que vienen a ofrecer al muchacho. Todos están expectantes, aunque solo los cuatro enlutados pueden ver a Juan y a sus nuevos hermanos.

Pero, para sorpresa general, en especial del Largo, el discurso de la Saltarina no es tan positivo ni optimista como estaba previsto en el guion inicial. Ese mundo de felicidad resulta que, según ella dice, irá acompañado de dolores de cabeza, accidentes de automóvil, ahogos, secuestros, hijos que no hablarán a sus padres, ciudades en las que será imposible respirar, personas vestidas de anuncios, etc.

Los tres compañeros, viendo que se les han frustrado sus planes, la golpean hasta notar un helor profundo en las manos. Luego, tocan a Juan para comprobar que era cadáver y, entonces, sucede algo inesperado y sumamente esperpéntico: “al Afilado se le cayó un dedo, al Oscuro se le desprendió por completo el ojo más salido, y al Largo, que parecía mejor dotado, se le alargaron las orejas”.<sup>1064</sup> Todo ello, en medio de las risas, el griterío y la alegría de los habitantes de Monsalve. De modo que, de forma inesperada, se ha dado paso a una hermosa fiesta para los habitantes del exterior, que celebran la derrota y la marcha del pueblo de los tres hombres enlutados. Y a otra fiesta, dentro del caserón de los Claritos, en honor a Juan Estorbo y a la Saltarina, la cual se queda para siempre en ese mundo de los muertos:

—¿Te encuentras bien aquí? —le preguntó Juan a la Saltarina.  
—Sí, muy bien...

---

1064 *Ibíd.*, 288.



Y dejaron que el canto de sus convecinos —los de allí abajo— les acompañara dulcemente. Oyeron una voz que dijo:

—Hijos míos...

Juan volvió la cabeza.

—Es mi padre. ¡Míralo!

Y la Saltarina —que en lo sucesivo se llamaría Juanita García de Estorbo— vio los pies que se balanceaban.

-¡Qué simpático es...!

Juan se emocionó, besándola en la frente.

—Nunca ya os molestarán —profetizó la abuela Clara [...]

Se apretaron, notando cada uno el frío del otro (el de Juan era un frío algo más viejo y sólido), y así empezaron, con mucha serenidad, el largo sueño de los que nunca fueron felices...<sup>1065</sup>

Con la victoria de Juan Estorbo sobre los emisarios del mundo de la felicidad, termina esta curiosa y entretenida novela, una de las preferidas de Rodrigo Rubio y una de las que más aceptación tuvo por parte de la crítica. Una novela en la que, con una mezcla de tonos propios del relato costumbrista, de la novela con base histórica, del esperpento, de la leyenda y de la fábula, el autor consigue transmitir un mensaje simbólico: muchas veces es preferible vivir el sueño de los infelices, antes que la realidad cotidiana de los que se creen, o pretenden creerse, felices. Es la suya una crítica, con esta peculiar mezcla de realidad y de magia, hacia esa sociedad promocionada a la que, de otra forma muy distinta, tanto había censurado en otros libros anteriores, como ya tuvimos ocasión de ver. Es, pues, una original versión del viejo tópico del menosprecio de corte y alabanza de aldea, que enlaza, además, con las raíces de la búsqueda del mundo perdido, como lo demuestran las varias referencias aparecidas a lo largo de las páginas de *Cuarteto de máscaras* a novelas de aquella primera etapa narrativa, como *La feria* y *Agonizante sol*.

Por todo ello, resulta muy comprensible el tono elogioso que Antonio Valencia dedica a la novela casi al final de su artículo. Antes de calificarla como “una compleja bien entramada en la realidad y fantasía y aún mejor descrita y escrita novela”, escribe:

---

1065 *Ibíd.*, 289-290.

La alegría, la sencilla facilidad para hallar el lenguaje descriptivo y característico común al mundo complejo que estableció, su repique constante de ruralidad trascendida, el habla dialogal con su carácter estilizado y radicalizado despiden chispas y duendes que agitan nerviosamente todo el mundo que se describe desde el principio al fin del prodigio, arco de gran luz tendido entre la realidad y la fantasía.<sup>1066</sup>

No tan encomiástico es el juicio de Florencio Martínez Ruiz, quien destaca el hecho de que Rodrigo Rubio intercala con toda verosimilitud las escenas de trazo más realista, tales como la presentación de los personajes que acompañaban la vida de Juan Estorbo, con otras escenas más aéreas y fantasmales. Y, poco después, apunta:

El libro es hermosísimo siempre que salvemos su ambigüedad, su renuncia a la explicación de la existencia humana, al testimonio racional del estado de la sociedad rural, en este caso casi miserabilista. Lo que da es vivo y auténtico, jugoso, vitalista, aunque, eso sí, sin contrastarlo con el juego de la historia y del tiempo. Una sensibilidad más rigurosa, no simplemente entregada al sentimentalismo, habría llevado al mito, a la instalación definitiva en la escritura universal, todo lo que aquí se contiene en un costumbrismo onírico y un poco ambiguo.<sup>1067</sup>

### 6.5. *La silla de oro* (1978)

Esta novela es fruto de un ambicioso proyecto de Rodrigo Rubio consistente en la elaboración de una trilogía novelesca con la que, bajo el título de *El poder*, pretendía ofrecer una nueva forma de acercamiento a la realidad que estaba viviendo España en los años sesenta y setenta.

Según confiesa el autor en la nota aclaratoria con la que abre la edición de la primera de esas tres novelas, en 1970 habían concluido, casi totalmente, sus deseos de realizar crónica realista remarcando los aspectos de índole social, como había hecho en esa segunda etapa

---

1066 Véase la nota 1033.

1067 Martínez Ruiz, "Rodrigo Rubio: los rústicos y silvestres ritos del Edén", 2441.

narrativa en la que el realismo crítico imperante se había impuesto a otros valores literarios. Preocupado por problemas sociales, políticos y religiosos, ya había escrito una larga serie de novelas y ensayos marcados por esas constantes temáticas, según hemos tenido ocasión de comprobar.

Afirma, también, que con anterioridad, había hecho una literatura menos rígida y más liberada de los compromisos políticos y sociales, en la que reflejaba un mundo algo alejado de todos esos problemas que habían marcado los libros de su segunda etapa.

Después vendría un intento de alternar realismo con surrealismo, en obras como *Papeles amarillos en el arca* y *Cuarteto de máscaras*, las cuales representan sendas aportaciones destinadas a liberar una literatura demasiado aferrada al tiempo que se estaba viviendo y que se había vivido. Pero, según Rubio, había que decir algo más y, a ser posible, de otra manera. El problema radicaba en que en ese año 1970 no era posible escribir libremente y en que la novela española carecía de profundidad y de riqueza temática y expresiva. Así lo pone de manifiesto, en abril de 1978, cuando escribe dicha nota aclaratoria:

El viejo —e inevitable— realismo se nos había quedado rígido, anquilosado. Los intentos de renovación, por otra parte, siempre a través del lenguaje y el contexto esteticista, eran, generalmente, irse a puntos demasiado extremos y, por ende, poco accesibles. Ese plano intermedio entre el realismo crítico pero débil por pobreza de expresión y recursos narrativos, y la postura netamente esteticista, estaba ahí, sin obra, sin cubrir, igual que un terreno baldío, de nadie; los escritores de hoy, en su mayoría, como si hubiésemos renunciado a nuestro parentesco con los anónimos de la picaresca, Quevedo, Larra, Valle-Inclán, Baroja, Gutiérrez Solana, y otras plumas que se movieron para sacar a la luz la entraña áspera y absurda de un pueblo, el nuestro, siempre marcado por el claroscuro de sus radicales contrastes.<sup>1068</sup>

---

1068 Rubio, *La silla de oro*, 14.

Pues bien, convencido de la necesidad de explorar nuevos caminos narrativos, Rodrigo Rubio comienza, en noviembre de 1970, la elaboración de una trilogía destinada a ofrecer a los lectores “un intento de crónica áspera y burlesca, amarga y absurda, de un mundo —el nuestro— que en momentos de una aparente brillantez económica y social muestra, sin poderlo evitar, sus entrañas bufas, ridículas, simples, retorcidas y egoístas”.<sup>1069</sup>

Pero, como él mismo reconoce, en aquel año no había libertad suficiente para sacar adelante un proyecto semejante. De ahí que el primer volumen de esa trilogía, *La silla de oro*, no pudiera ver la luz hasta 1978, y después de que varias editoriales importantes no se atrevieran a editarla. Los dos volúmenes restantes, *Dirección obligatoria* y *Jesús muere en la autopista*, nunca llegaron a publicarse, con el consiguiente desencanto del autor.

El propósito del autor a la hora de escribir esta trilogía queda también muy patente en la entrevista que le hizo Blanca Berasategui tras la publicación de *La silla de oro*:

Lo esencial de “La silla de oro” es la sátira y la crítica que se hace al Poder, en este caso al capital dominante, que se vale de todo, incluso de las esencias más importantes del hombre, para conseguir sus fines. No era mi intención señalar a nadie, pero por lo visto se me ha visto el plumero. Quería hacer una sátira esperpéntica para que el realismo quedara camuflado; que fueran más importantes los símbolos que las expresiones concretas. Por dos razones fundamentales: para eludir la censura y porque me gustaba escribir así, alejándome de la novela realista y de crítica social de mis obras anteriores.<sup>1070</sup>

Sobre esta cuestión volverá a pronunciarse Rodrigo Rubio en junio de 1997, durante una entrevista concedida a la periodista Teresa Roldán. A la pregunta de esta sobre si la obra del novelista albaceteño

---

1069 *Ibíd.*

1070 Berasategui, “Rodrigo Rubio rompe el cerco de la censura”, 28.

había cambiado mucho desde que obtuvo el Premio Planeta, Rubio responde que no ha cambiado mucho, pero sí que ha evolucionado, pues ahora cree que escribe “una prosa más recia y con más experiencia en todo” y que también ha mejorado en el lenguaje. En lo que no ha cambiado es en el hecho de que él no puede escribir “una literatura blanda, ni blanca, ni moldeable por ningún editor”. Y añade:

He querido mantener siempre mi independencia y mi libertad, y en eso no he cambiado. Yo siempre escribí con libertad, pese a que la censura me prohibiera publicar una trilogía que hice a principios del año 70 sobre el Poder, en plan satírico y burlesco. Yo quiero dar siempre testimonio del mundo en el que vivimos y en mis novelas, aunque no dejo de poner amor y ternura, quiero reflejar el sufrimiento del ser humano, la lucha del ser humano por conseguir la felicidad.<sup>1071</sup>

Así pues, con *La silla de oro* asistimos a la primera y única entrega de esos novecientos folios de una muy particular sátira existencial. Gracias a ella, y a partir del precedente fantástico, surrealista y un tanto absurdo elaborado en *Papeles amarillos en el arca* y *Cuarteto de máscaras*, el narrador “nos llevará poco a poco a los fondos de una realidad que nunca puede ser borrada, por muchas máscaras, sombreros y caricaturas que se le pongan encima”.<sup>1072</sup>

Esa realidad, en la que el ser humano ha de hacer frente a las prisas, la angustia, los temores, la insatisfacción, el desencanto y la frustración, debería ser enfocada, según Rubio, desde el punto de vista del esperpento deshumanizador, cosificador, elaborando una especie de retablos satíricos, carnavalescos, a la manera como lo habían hecho, entre otros, Quevedo, Larra, Valle-Inclán o Goya.

De ahí que, mediante una técnica de superposición de planos con evidentes resonancias cinematográficas y pictóricas —artes a las que era muy aficionado el escritor albaceteño—, el autor nos presente

---

1071 Roldán, “Entrevista con Rodrigo Rubio, escritor albaceteño”, 10.

1072 Rubio, *La silla de oro*, 15.

el sufrimiento del hombre actual para adaptarse a un ritmo de vida en el que todo parece estar programado para que, a través de una serie de ritmos acelerados y un tanto inhumanos, llegue a conseguir la meta de la ansiada promoción, aunque, tal vez, al final sea su salud física o mental la que acabe pagando el precio por tal elevado esfuerzo.

Y el personaje elegido por Rodrigo Rubio para ejemplificar la crisis de este mundo materialista, consumista y alienante que va asociado al progreso, es Jesús Bonaire Trasnocado, un personaje simbólico —como muchos otros protagonistas de las obras que caracterizan esta etapa experimental—, representativo del viejo tópico del buen salvaje, de ese villano que es feliz en su pequeño mundo, en su rincón, pero que ha de cumplir con el designio de un ser superior para que se inserte, a modo de experimento necesario e inevitable, en el mundo del progreso y, tras vivir dicha experiencia, pueda obtener las oportunas conclusiones.

Por eso mismo, Rubio sitúa el inicio de la novela en una especie de mundo paradisíaco, con evidentes resonancias bíblicas, en donde un hombre acostumbrado a vagabundear a sus anchas, recibe la orden del Amo, del señor Nube, de levantarse y caminar por tierras, pueblos y ciudades para, en esa especie de peregrinación, mirar, oír, llorar y, después, volver. Él es el Elegido para llevar a cabo dicha misión, para lo cual ese Dios o Diablo que le habla lo dotará de unos ojos especiales, de una inteligencia superior a la que tiene y de un espíritu más agudo. Después, deberá partir del sitio en donde vive, El Lugar de los Olivos, y dirigirse al encuentro de unos seres muy peculiares, los vivos-muertos. Y es esta mención la que da pie al autor para hacer un curioso comentario sobre los premios literarios:

—Pues no está nada mal. Pero ahí, hacia delante... Todo eso es puro desierto, señor Nube.

—¿Y qué parcela está habitada? ¿No te he dicho aún que vas a ver a los vivos-muertos?

—¿A los...? Difícil eres de entender, vaya. Te expresas como Samuel Beckett, y perdona, pues el pájaro ese tiene cara de pocos amigos; pero escribe y le han dado un premio.

—¿Sabes tú de esas cosas?

—¿No leo el periódico acaso?

—¡Ah!, debí suponerlo.

—Pues, sí, señor. Leo los periódicos, y sé que a ese señor, al que antes sin mala intención he llamado pájaro, le dieron nada menos que el Premio Nobel, que es algo así como una quiniela de catorce, una sola, en jornada futbolística.

—¿Y para qué sirven los premios, muchacho, ya que hablas de eso? No hay más premio que el de la resurrección; es decir, el de la vida.

—Claro, sí. Por eso, cada cual quiere resucitar a su manera.<sup>1073</sup>

Acto seguido, comienza el caminar de Jesús hacia el mundo que está situado delante de él. Es entonces cuando se produce un primer contraste entre lo que van a ser, en principio, dos mundos divergentes: el que él guarda en sus recuerdos de hombre primitivo, habituado al libre vagar de su reducida y pobre aldea, y el mundo del progreso, de los bien situados, de los ganadores. O, lo que es lo mismo, el contraste entre el pasado y el presente.

Para ello, Rodrigo Rubio divide la novela en dos partes. Una primera, con once capítulos, agrupados bajo el epígrafe de “Primer sobresalto: El itinerario”, dedicados a relatar el caminar de Jesús hacia el encuentro con ese mundo de progreso y avance que representa el presente al que él se resiste a acercarse. Y una segunda, con doce capítulos en los que Jesús se encuentra con el “Segundo sobresalto: La olla de grillos”.

### **El mundo que habita en la memoria de Jesús**

Cuando Jesús comienza a desempeñar la misión encomendada por el Amo, su concepción del mundo es la de algo grande en donde está incluida la Tierra, que, según decía el maestro en la escuela, era como una naranja, redonda, pero achatada por los polos. Eso y poco más había aprendido un Jesús que era algo retrasadillo; que había nacido algo ladeado, con algún mal aire, para contradecir a su apellido; algo cegato por el tracoma, y siempre con el moco colgandero. Por todo ello, la bruja-curandera Micaela le había prescrito unas cuantas hierbas y dos noches seguidas al raso, remojándole la nariz con agua avinagrada,

---

1073 *Ibíd.*, 21.

cuando la luna estuviese en cuarto menguante. De ese modo, Jesús, que ya era un hombrecillo con diez años, seguiría con sus progresos, pues ya era capaz de decir cinco palabras —papa, leche, como, leña y pedo—, ante el asombro de sus padres, Ricardo y Matilde.

En cambio, con quien sí habla perfectamente es con Candelita, la hija inválida del maestro, siempre sentada en su mecedora, que con veinte años era sabia y había descubierto lo que tenía que beber para no saber nada. Por eso empezó a decrecer y, desde entonces, era conocida como la Tonta de los Maestros. Así que la Tonta y el Lelo se entienden perfectamente y con ella podrá hablar Jesús siempre que lo desee, pues Candelita estará siempre en ese mismo sitio esperándolo:

—Entonces, Candelita, si algún día me voy, ya te enviaré un engañabobos con un mensaje que diga: “Al sol, sin hablar, también se puede vivir”.

Candelita dejó el punto, tomó la cabeza de Jesús y le besó en la frente.

—Mándame lo que quieras; ya sabes que estaré *siempre* aquí, llueva o haga sol, sea de día o de noche, viva o...

—¿Nunca te acuestas, Candeli?

—Sí, pero no ronco, no molesto a nadie. Estoy quietecita y así oigo el mar, y fijate si está lejos de aquí...<sup>1074</sup>

Poco a poco, Jesús —quien, como Juan Estorbo, se mueve a medio camino entre los vivos y los muertos— va conociendo algunos datos sobre Candelita, gracias a personajes de su mundo que se le aparecen a lo largo del camino. Uno de estos personajes es Gumersindo Cigarropanzudo, con quien también Jesús habla bien, y quien le cuenta que Candelita se quedó así porque se ofreció voluntaria para que le pusieran una inyección en el brazo. En ese mismo momento se quedó en un ay y con el mirar hacia el norte. Y, poco después, en conversación con el señor Nube, Jesús le dice que ya recuerda cómo murió Candelita, en aquellos años en que la guerra asolaba las tierras españolas: “Se convirtió en hoja de sauce y [sic] que era puro llanto cuando ya la sangre corría las calles de todos

---

1074 *Ibíd.*, 31.



nuestros pueblos. Quiso gritar, pero al fin se recluyó en esa invisibilidad, tan necesaria para ella, que no era más que un suspiro”.<sup>1075</sup>

En ese universo, característico del realismo mágico, en el que vive Jesús, Candelita es una especie de refugio que se le ofrece cuando peor se encuentra él. Como en aquellos momentos en que, con quince años, conoció la historia de Fernando y Andrea, dos enamorados que proyectaban casarse y marcharse del pueblo, porque se creían libres y porque eran jóvenes, fuertes y sanos, y a los que sus propias familias dieron muerte para, luego, vestir sus cadáveres de negro.

Otro de los personajes que aparecen en los sueños-recuerdos de Jesús es un hombre desventurado al que se dedica el capítulo sexto de la primera parte. Un hombre que no tenía edad ni era de un tiempo determinado, al que “habían sacado, como de refilón, en alguna otra historia, cuando era mozo y había demostrado, por exhibiciones públicas (en corros callejeros, las noches de estío, esas noches que son como un grito de fuego polvoriento), que podía hacer honor a su apodo”.<sup>1076</sup> Se trata de Ángel Chuchalarga quien, según se contaba, había nacido con el siglo y a quien le habían ahorcado a un hermano, llamado Abel, acusado de ladrón, a pesar de que todos los indicios apuntaban a que era inocente. Y, aunque Ángel pudo evitar que muriese, pues el nudo de la soga no corría lo suficiente, “se hizo el loco (a lo mejor sin mucho esfuerzo), se entretuvo orinando en una cabullera de grillos, y así, el otro, llamado Abel, murió por crimen doble”.<sup>1077</sup>

Pues bien, ese tal Ángel Chu, —como era denominado por la gente que, al menos en el apodo, trataba de acortar aquello que era tan largo— quiso echarse novia y se fijó en Isabel la de Domingón, la cual, por entonces, era medio novia de Alfonso, y cuya historia ya había contado Rodrigo Rubio en la novela *La espera*:

Isabel y Alfonso se casaron, y el abuelo Domingón vivió con ellos, dándoles muchos disgustos, eso sí, pues el hombre tuvo sus

---

1075 *Ibíd.*, 47.

1076 *Ibíd.*, 89.

1077 *Ibíd.*, 90.

inclinaciones falderas hasta que pudo moverse. De aquella familia no cabe hablar aquí, pues ya aparecieron en otro relato. Fue una familia que de tiempos felices, o medio felices, al menos, pasó a la desgracia, como les ocurrió a tantas otras, pues la tierra había echado de nuevo como un cortinón de sangre sobre los hombros. Esto, al parecer, siempre había ocurrido.<sup>1078</sup>

Como no fue posible, Ángel lo intentó con otra paisana, Veva, la hija de Blas el Pocero, con fama de putilla. Se casaron y así empezó una historia más de muerte en aquel pueblo. Porque Veva tenía miedo de yacer con aquel hombretón que podía matarla con su enorme aparato. Así que Blas decidió cortar con aquello que tanto miedo daba a su hija y convirtió a su yerno en otro Sansón, desmochado de lo que le daba poder. Y, poco después, Jesús pudo ver cómo Ángel se había convertido en un cadáver y, por ende, en una leyenda más del lugar:

Ángel Chu no tenía carne. Estaba rígido, estirado; era esqueleto, hueso nada más. ¿Cuántos años llevaría muerto? Veva, sin embargo, le lloraba aún como se llora la muerte de un verdadero y único amor.

En esos momentos la campana doblaba de nuevo. Era Candelita, claro, que había aparecido allá en lo alto de una nube, para tomar a Jesús de la mano y llevárselo, con mucho mimo, donde creciera, verde y jugosa, alguna hierba no quemada por el sol...<sup>1079</sup>

## **El contacto con el mundo exterior**

Cuando Jesús comienza la misión encomendada por el Amo, se encuentra con tres hombres “enjutos, vestidos de negro. Tres hombres que parecían dolientes, o miembros de alguna asociación para rezar a los muertos”.<sup>1080</sup> Estos hombres se identifican como miembros de la Asociación Los Primeros, encargada de velar por los Principios, la

---

1078 *Ibíd.*, 91-92.

1079 *Ibíd.*, 99.

1080 *Ibíd.*, 33.

Continuidad, el Orden, la Fe y la Paz, y dicen estar excavando la tierra en busca de topos, para desenterrarlos, someterlos a vigilancia, buscar sus resortes ocultos y, así, descubrir de dónde sacan tanto poder para horadar un suelo bien abonado por Los Primeros.

Sin duda, esta curiosa situación que presenta Rodrigo Rubio responde a una voluntad de radiografiar, en tono simbólico-alegórico, a la España del franquismo, la España de los vencedores, de los vigilantes de todos los valores que ofrecen la paz y el bienestar para los españoles, frente a los conspiradores que, subrepticamente, tratarían de horadar los pilares de la patria. Como uno de ellos le dice a Jesús, en referencia a los topos:

Tienen sus puntos clave. Y esos puntos, se lo aseguro, quedarán al descubierto. Y seremos nosotros, precisamente nosotros, LOS PRIMEROS, los He-re-de-ros-di-rec-tos-de-Aque-llos-que-nos-Unie-ron; seremos nosotros, la Asociación Natural y Auténtica, los que pongamos cada cosa en su sitio, y la Historia continuará engrandeciéndose.<sup>1081</sup>

Estas gentes presumen de tener su grito legal, de que sus vestimentas respetan el color de siempre, el negro, y de que son la columna vertebral, el armazón, de la nación. Uno de sus jefes es Gonzalo González de Guadalajara, quien pulsa un timbre para que aparezcan diez hombres, todos pertenecientes a viejas órdenes militares y civiles, galardonados y condecorados por sus muchos y grandes servicios a la Patria. Entre ellos se encuentran, por ejemplo, Francisco de Trujillo y Patriagrande; Eduardo de Albornoz y Rodríguez de Henares; Sigfrido Antonio de Covadonga y Escorial o Gustavo Cienfuegos de Extremadura.

Con ese jefe, Jesús mantiene un curioso e irónico diálogo, en cuyo transcurso queda de manifiesto que ambos, don Gonzalo y Jesús, son personajes pertenecientes a un pasado glorioso:

---

1081 *Ibíd.*, 43-44.

—Es hermoso su primer apellido... La casa de los Bonaire... Tiene reminiscencias de caballeros almogávares... Pero, el otro... ¿No estará usted fuera de tiempo? ¿No habrá aparecido en cualquier cementerio de villorrio ruinoso?

—Estoy en el tiempo pasado, señor, señores —dijo Jesús—. En el tiempo pasado porque llegué aquí, junto a ustedes. ¿No son ustedes el pasado? O mejor dicho, ¿no son ustedes, por lo que oigo, la GLORIA del pasado?

—Sí, en efecto —contestó el Jefe—. Somos la gloria del pasado, como muy bien afirma; pero hacemos cuña en el presente...<sup>1082</sup>

Según el jefe de los enlutados, esa cuña la tienen que hacer contra muchos, muy modernamente vestidos, que quieren cambiar las cosas, que retuercen la historia, que niegan a los caballeros y no reconocen “la fuerza del Día que Fue Necesario, aquel que nos golpeó a todos, forzando a la unión indispensable”.<sup>1083</sup> Sin duda, en estas palabras se puede encontrar una clara alusión al 18 de julio de 1936, el día en que comenzó la guerra civil, que golpeó a todos y que condujo al aparente y momentáneo final del enfrentamiento entre las llamadas dos Españas.

Las largas conversaciones entre Jesús y Gonzalo González de Guadalajara dan pie a reflexiones sobre cuestiones que preocupan a esos vigilantes de la moral y el orden, como, por ejemplo, las relativas al tema de la sexualidad. Y, tanto en esta ocasión como en muchas otras, Jesús hace gala de ese don especial de sabiduría e inteligencia, adornada de una fina ironía, que le concedió el Amo:

—La vida sexual requiere un método, amigo mío. ¿Le hablaron a usted de nuestra moral renacentista?

Jesús se rascó la cabeza. Luego bebió del vino espumoso.

—Ni idea, maestro. Aunque algún eco me llegó sobre lo que hacían los señores castellanos, con capa y con hábito, que solían empezar siempre la naranjita de las desposadas, por eso de que el

---

1082 *Ibíd.*, 58.

1083 *Ibíd.*, 62.

humilde solía decir: “No, mi señor: usted primero”.

El caballero González de Guadalajara sonrió condescendiente.<sup>1084</sup>

Al final del capítulo cuarto de esta primera parte hace su aparición en escena José Martínez Antón, uno de esos hombres que tiran casas viejas para construir altos y majestuosos edificios. Es un representante de los hombres de su tiempo que, a los ojos de González de Guadalajara, es un indeseable, y que a Jesús le parece un hombre bastante normal. Por eso mismo, decide abandonar la compañía de los enlutados y marcharse con él en su automóvil marca Dodge.

La compañía de José Martínez le permite a Jesús saber lo que para el constructor es la alegría, algo que los enlutados no conocen y que se encuentra en cosas como los bares de mujeres, los altos edificios, las amplias avenidas o las nuevas formas de transacciones mercantiles. Todo esto representa el mañana, que está en abierta oposición con el presente tradicional defendido por los enlutados.

Jesús tendrá noticia de lo que es un gran Director General, uno de esos ejecutivos que se mueven para hacer realidad el eslogan que figura a la cabeza del capítulo siete: “Usted pone la vida y nosotros nos la quedamos”. En medio de una gran fiesta popular en pleno campo, dicho Director General está dando una especie de mitin en nombre del Avance; es decir, en nombre de una sociedad futura que se habrá de ajustar a postulados tales como la concentración de cerebros, la riqueza lingüística para las intervenciones orales y escritas, y una mano abierta, aunque pronta a cerrarse en cuanto fuere necesario. Además, dicha sociedad estaría dividida en tres grandes superficies: una destinada a los Hombres Luto, otra a los Oscuros Descontentos —en cuyas filas militan los poetas, los viejos encorvados, los que huelen a pueblo, y los que aún escriben a mano— y, por último, una amplísima área destinada a este gran grupo de gente selecta, y desde esa superficie “la misión del Opuese podría desplazarse, en incursiones subterráneas, hacia los estados linderos”.<sup>1085</sup>

---

1084 *Ibíd.*, 68-69.

1085 *Ibíd.*, 105.

Dada esta curiosa mención al Opuse, podríamos pensar que Rodrigo Rubio se estaría sirviendo de la imagen de ese Director General, y de su discurso selectivo y un tanto sectario, para hacer una crítica de la institución del Opus Dei, en su rama laica, la cual, como bien sabemos, tuvo una gran influencia en algunas directrices políticas, sociales y económicas del régimen franquista, sobre todo durante los gobiernos de mayor signo tecnocrático, como el llamado “gobierno de los López”. Y, probablemente, dicha asociación con el Opus Dei no estaría muy alejada de la realidad que pretende reflejar el autor, máxime si tomamos en consideración algunas afirmaciones como la realizada por el Director General respecto de lo que representarían para el país las nuevas y modernas construcciones previstas, que nunca deberán ser vistas como experimentos arquitectónicos o como meras reproducciones de objetos conocidos o de juguetes infantiles:

No; serán, en su mayoría, templos de Dios, la Casa de la que todos, a nuestra particular manera, somos inquilinos. Asimismo, el exceso de luz, de brillos —por cristaleras y carpinterías metálicas, aluminio casi en su totalidad— no serán, o no son, sino los centros del saber: escuelas, institutos, universidades, clínicas, laboratorios, centros de investigación, de reproducción de materias orgánicas e inorgánicas, etcétera. Esto, pues, está filmado ya en lo más nuevo, en lo más reciente de nuestro Mundo Logrado.<sup>1086</sup>

Frente a esta imagen de progreso, y en uno de esos contrastes a los que tan aficionado es el escritor albaceteño, sitúa el autor a un personaje perteneciente al mismo mundo del que procede Jesús. Es un hombre altísimo, encorvado, con la baba caída, conocido como el Memo, quien se dirige a la gente para pedirles algo de beber. Uno de esos hombres civilizados le ofrece gasolina o líquido de frenos. Entonces, el Memo saca de su chaqueta una botella de whisky y se pone a beber, mientras todo aquel gentío se dispersa, cantando y feliz, en sus miles de automóviles, al tiempo que se pone en marcha un enorme dispositivo de vigilancia para organizar la operación retorno.

---

1086 *Ibíd.*, 107.

Jesús no entiende nada. Tampoco el Memo, ese hombre del que se desconoce la edad y si está vivo o muerto. Pero, sea como sea, ambos han servido de contrapunto a esa imagen de celuloide que presentaba el Director General. Jesús y el Memo forman parte de la España real que muchos pretenden borrar del mapa, como por arte de magia. Mas esa realidad, de una u otra forma, se acaba burlando de los fabulosos sueños de grandeza, como significativa e irónicamente hace el Memo:

Y el hombre (¿cuántos años tendría?, ¿estaba vivo o era un espectro...?) se restregó por los suelos, dio un puntapié a una botella de oscuro y burbujeante líquido, se hurgó en la entrepierna y, ya de pie, empezó a orinar, con largo y combado chorro, un minuto, otro, como fuente de estatua, como sapo de piedra, como panzudo Baco que se desangra o como un malvado Dionisos que vomitara, desvergonzadamente, todos los vinos ingeridos.<sup>1087</sup>

Y, en seguida, la burla corre a cargo del narrador, el cual se sitúa en plena caravana de regreso y fija su atención en la figura de Don Situado, a quien todos envidiaban sanamente porque representaba el símbolo de la prosperidad más sólida, la que todos ansiaban alcanzar. Pero Don Situado, considerado por todos como el Gran Ejemplo, también tiene su parte humana y, de pronto, siente terribles dolores de vientre que, lamentablemente, no se arreglan con un simple pedito. De modo que, en medio del Gran Concierto de la Desesperación, Don Situado, convertido en hombre de carne y hueso, acaba cagándose dentro del coche, lo que provoca este irónico comentario del narrador:

Benito, y dos apellidos, aunque vulgares, era ya una ruina: Don Situado —Don Si para sus íntimos— ya no necesitaba sino una bañera llena de agua templada. Y jabón, bastante jabón... Seguían adelante, contribuyendo a empeorar la polución atmosférica, pues los olores que

---

1087 *Ibíd.*, 119-120.

se desprendían de su enorme coche eran algo malo, e incluso extraños ya para aquella sociedad de los bioenzimatics.<sup>1088</sup>

Poco después, Jesús se encuentra con un viejo fraile, de rostro enjuto y arrugado y con unas barbas blancas que le caían hasta el pecho, al que Jesús recuerda haber visto alguna vez, aunque no sabe en qué tiempo. Ese fraile, llamado el Lego Primitivo, representa a los tristes que ya apenas cantan, a los que envejecen rápidamente a causa del Concilio Vaticano II, al cual el Lego califica como un título que supone una mala hora para todos los que siempre habían cantado con mucha solemnidad.

Este fraile es el despensero de una orden que vive en un convento construido con humildes y duras piedras románicas y en cuyo interior, según el deseo del Padre Prior, se debería vivir como en el siglo XV. El cocinero de ese convento, con el que el Lego Primitivo se lleva como uña y carne, es un antiguo paisano de Jesús, llamado Deogracias, el cual había sido ranchero en la Legión y, tras desertar y volver a la península en una barcaza de contrabandistas, había llegado hasta el convento —según él mismo confesaba— siguiendo la voz de Candelita, la chica tonta de los Maestros. Desde entonces, despensero y cocinero, como dos buenos pícaros que eran, se alimentaban muy bien, a pesar de los malos tiempos que se vivían, a causa de los coletazos conciliares.

Jesús tendrá ocasión de conocer la forma de vida en el convento, asistiendo, en primer lugar, al momento de la colación, cuando los frailes pugnan por coger los mejores lugares para que les colmen más las escudillas y cuando el padre Subprior pide en su oración que Dios les dé más penas para bien de sus almas y de la salvación del mundo. Después, el Hermano Isidoro comienza unas lecturas bíblicas, entrecortadas por el hambre y el sudor frío que le entra al ver que los otros están dando buena cuenta de la comida, mientras a él se le enfría la suya. Por eso, pide permiso al padre Subprior para poder comer y este ordena que, en su sustitución, siga leyendo el Hermano Amador que, joven, robusto y glotón, ya había dado cuenta de los postres cuando los demás todavía comían el pollo de la segunda escudilla.

---

1088 *Ibíd.*, 127-128.



También en esta ocasión parece ser que Rodrigo Rubio intenta hacer una parodia del Opus Dei; pero, ahora, en su versión clerical. Así, el padre Subprior confunde a Jesús con el hijo de Dios que se ha dignado a visitarles, lo cual confirma que el camino que ellos siguen es el Camino. Además, siguen con fidelidad las enseñanzas y directrices del Padre Prior, el Reverendo y Amado Anciano, su Paternidad, cuya vida procuran alegrar con todo aquello que ellos saben que le place y contribuye a renovar sus ya débiles energías, para lo cual hacen que hasta él lleguen siempre las voces que él quiere oír. Voces que suenan a sacrificio, oración, penitencia y tradición, y no a la posibilidad de tener que vestir jerséis de cuello alto, conducir automóviles y leer textos de herejes. Voces que, por el contrario, no reflejan la buena vida que, en realidad, los frailes se dan en el convento, en especial el Padre Subprior, quien, tras una sabrosa y variada comida, acompaña a Jesús hasta su celda para degustar un buen cafetito y una copa:

El Padre Subprior lo había tomado del brazo, con extrema amabilidad. Entraron en un celda que parecía, por lo bien amueblada, habitación de parador de turismo.

—Éste es mi modestísimo rincón —dijo el monje—. Aquí nos servirán —pulsó un timbre, y en seguida apareció un Hermano— café y coñac. Traíganoslo prontito, Hermano Andrés, que Jesús parece muy cansado y necesitará reanimarse; ¿no, Hermano?

—No... Bueno, sí; si usted lo dice...

Hasta allí, cuando se hacía una pausa, llegaban “las otras voces”, las que, según el Lego Primitivo, tenía que oír el Padre Prior para mantenerse vivo.<sup>1089</sup>

Cuando estos frailes se las prometían tan felices, pensando que Jesús se iba a quedar para siempre con ellos, sucede que unos curas en mangas de camisa se acercan hasta el convento. Entonces, los frailes creen llegado el momento de poner a Jesús en lugar seguro, para evitar que se lo puedan arrebatar.

---

1089 *Ibíd.*, 161.

Estos curas acompañan a jóvenes con atuendo deportivo, y a chicas con minifalda, quienes cuentan chistes verdes o sobre la Iglesia postconciliar. Llamen a las puertas del convento para pedir que les dejen entrar a celebrar una misa sin latines y sin viejos cantos gregorianos, y uno de esos curas, con un libro de Teilhard de Chardin en la mano, se acerca hasta el Hermano Portero para pedirle que le deje ver al Huésped. Pero el portero, después de llamarlo, despectivamente, joven cura de ciudad y de suburbio, le niega tal posibilidad. Y será, finalmente, el Lego Primitivo, el mismo que lo había llevado hasta allí, quien ayude a Jesús a escapar de aquel convento en el que él no quiere quedarse.

Continuando con su peregrinar, Jesús llega hasta el mundo de los que siempre van de prisa y andan como si tuvieran que abrirse camino a codazos. Allí todo está previsto, organizado a la perfección y nada tienen que hacer los díscolos, los rebeldes y los desobedientes. Ocurre que Jesús ha llegado a una de esas zonas residenciales en donde todo son risas de criaturas inocentes y en donde oye la voz de la Nube que le incita a seguir adelante, pues todavía no se ha alzado el último telón. Así es como acaba la primera parte de *La silla de oro* y comienza la segunda, el segundo sobresalto, titulado “La olla de grillos”.

### **Jesús vive de lleno la vida del progreso**

Cuando ya se halla en pleno centro del mundo industrializado y promocionado, Jesús encuentra a un paisano suyo que vive plenamente integrado en ese ritmo de vida. Se trata de Leonardito, el hijo de Gustavo García, conocido como el Viñas. Este hombre, desde que era niño, quiso dejar el gasón y marcharse a la ciudad en busca del progreso. Allí se convirtió en Leonardo G. de Vega y Fuerte, escondiendo el apellido García en ese G. que parece más aristocrático para alguien que, como él, se dedica a una Asesoría Técnica de Planificaciones, situada en la planta doce del conocido Edificio Veinte Plantas.

En medio de ese ambiente de progreso, Jesús contempla un esperpéntico parto en el que una mujer, “en mitad de la gran avenida embotellada, tragando de la espesa y mortífera polución, echó a su Carolinito, un chiquitajo que abrió los ojos, los cerró al instante y buscó,

por sí mismo, el conducto del que había salido”.<sup>1090</sup> Estremecido ante la contemplación de aquella imagen de Avance, el avisado niño se dio la vuelta en su túnel de la vida y, poco después, reapareció armado con dos pistolas y una careta antigás.

Asiste, también, al nacimiento y difusión del Rumor, una enfermedad que, sin ser de extrema gravedad, ponía a las gentes muy pálidas. En esta ocasión, el crecimiento del Rumor pilló a Jesús en la cuarta planta de un centro comercial, destinada a ropa para señoras y jovencitas. Allí, creció tanto que se hizo necesaria la intervención de los servicios sanitarios del establecimiento comercial, porque el Rumor era muy grave, ya que hablaba de un aniquilamiento de ídolos, sin distinción de raza ni oficio.

Sobre la existencia de este tipo de Rumores, se especula con la posibilidad de que fueran promovidos por algún tipo de organización rebelde, quizá algún grupo de Oscuros Descontentos, aunque también existen algunas otras teorías más en consonancia con el ambiente político del momento:

—Ea, como aquí no está permitida la huelga... —dijo, sonriendo, un vejete que, por la edad y la intención, bien podría ser un antiguo activista de aquel tiempo llamado República.

Y otro viejo:

—Deben ser listillos esos que...

—A lo mejor dicen que es cosa internacional, organizado todo desde cualquier parte.<sup>1091</sup>

Según Leonardo, hay que empaparse del regocijo que supone este ambiente de expansión, que refleja a la perfección la realidad del Nuevo Orden Establecido. El mundo pintoresco del campo y de los artesanos, reflejo de un tipismo antiguo, bajo el que se escondían las lágrimas, hay que buscarlo ya en libros de costumbres, en el mercado del rastro, o en

---

1090 *Ibíd.*, 230.

1091 *Ibíd.*, 235.

los fines de semana, cuando la gente sale, como en manada, en busca de mesones, y compra cacharros viejos y hasta parece que retozan.

Para que Jesús pueda conocer esa vida de progreso, Leonardo lo lleva a una sala en donde ambos asisten a una proyección en la que todo lo que se refleja es un mundo de colores, de modernización, automatización, avance y confort. Lo malo es que, de cuando en cuando, aparecen algunas interferencias con imágenes de casas ruinosas, con hombres tristes y hambrientos, o con unos viejos que se resisten a que su hijo se los lleve de su mísera casa, imagen esta última que en la banda sonora se califica como de ejemplo claro de sentimentalismo y de momentánea inadaptación. Y todo eso se debe a que, como podrá comprobar Jesús, en un momento en que se queda solo, la cinta tiene grabadas dos bandas, una positiva y otra negativa, en las que existen dos versiones totalmente distintas de unos mismos hechos: la real, que es la correspondiente a la banda negativa, y la que se ha rehecho como resulta conveniente y necesario para presentarla en la banda positiva.

Aun así, Jesús le dice a Leonardo que quiere quedarse a trabajar con él, para lo cual este tendrá que falsificar los cuarenta avales precisos para su ingreso en la empresa. Parece, pues, que Jesús ha iniciado un proceso de adaptación, con un trabajo que le exige estar dos horas cara al público y otras dos en la oscuridad, quedándole una para bostezar o dormir a pierna suelta. Y, cuando la conciencia le remuerde, en forma de un sueño en el que se le aparece Candelita para reprocharle su comportamiento, él replica lo siguiente:

—Mujer, no me salgas con tristezas. Estoy llegando, con todos, a nuestra hora europea. No era yo, no eras tú; éramos sombras. Estábamos al otro lado de la frontera, llenos de oscuridad, y no teníamos línea; estábamos incomunicados; éramos perrillos que hociqueábamos aquí y allá, en busca del mendrugo. He crecido un poco, Candelita. Mi madre, si me viera, no me reconocería. A lo mejor hasta me caso, mecanizándome.<sup>1092</sup>

---

1092 *Ibíd.*, 287-288.

Esa adaptación hace que Jesús le confiese a Candeli que se arrepiente de haber admirado, en su momento, a los muchachos de melena sucia, a los de mirada oscura, a los que reían a borbotones. Ahora, a toda esa gente los considera unos simples criticones y unos despegados.

Curiosamente, esta actitud decidida de Jesús en defensa del progreso contrasta con la imagen de su amigo y promotor Leonardo, quien cada vez se encuentra más triste y más preocupado, porque todos los rumores indican que lo Estable está en peligro. En esos momentos, toda una inmensa masa de gente, con los rostros desencajados y las manos avarientas se dirigen a apoderarse de una bola de oro, que funciona como símbolo de lo sólido, brillante y estable. Allí están las gentes con las que Jesús se había encontrado al comienzo de su andadura: los Hombres Luto, que escupen contra los modernos y esbeltos rascacielos, y que amenazan con destruir ese símbolo de estabilidad:

Y era que las manos de todos se alargaban ya. Y la Bola se movía, como echada en un recipiente de fondo abollado. La Bola, luego, se transformaba.

—¡La Silla...! —dijo Leonardo, emocionado, con voz que se le quebraba en un principio de sollozo.

—La Bola, que se convierte en Silla —murmuró Jesús—. ¿Es un trono eso, Leonard? ¿Qué representa?

—Es lo Estable, que sufre amenaza.

—¿Por parte de quiénes, si lo puedo saber?

—Por éstos, y por los que verás luego.<sup>1093</sup>

De pronto, Jesús se encuentra en medio de una multitud que se muestra entusiasmada y enfebrecida, frente a la que él camina en dirección contraria. Una multitud futbolera que puede con todo y con todos: con “los tristes, los melancólicos, los preocupados, los retorcidos, los rencorosos, y los que tal vez habían temido —así como los que lo habían deseado— el resquebrajamiento del piso firme”<sup>1094</sup> Toda la gente

---

1093 *Ibíd.*, 303.

1094 *Ibíd.*, 364.

se pega a los cristales de las tiendas en donde hay televisores para ver a unos muchachos vestidos de corto que corren de un lado para otro golpeando una pelota. Aquello que para Jesús es un simple partido de fútbol, para Leonardo es mucho más. Ese grito colectivo es el símbolo de que toda una enorme masa ha encontrado unos nuevos ídolos, a los que se les otorga el título colectivo de los primeros. Esa es la gran alegría, la confirmación del Rumor que se había ido extendiendo poco antes. Y Leonardo, cuyo corazón no puede soportar tanta emoción, acaba entregando su vida en un último esfuerzo por reafirmar sus temores respecto de la existencia del Rumor.

Y, cuando Jesús quiere darse cuenta, como por arte de magia, está otra vez en el Lugar de los Olivos, al lado de una higuera entre cuyas ramas se movía un pajarillo engañabobos. Allí habla con la Nube, transformada ahora en una imponente cabeza de anciano, quien le confirma que su viaje ha terminado. Ha ido y ha regresado. Está en el lugar de siempre y está vivo. Su misión ha concluido, como le hace saber esa voz que le habla desde lo alto:

—Jesús... —le dijeron.

Miró hacia lo alto.

—¿Qué? —respondió.

—Cuando salgas otra vez procura ver cosas menos complicadas, hombre.

—Ah, pero ¿es verdad lo que he visto...?

Nadie le respondió ya. La nube, de pronto, había roto su figura y dejaba caer, mansamente, una finísima y refrescante lluvia...<sup>1095</sup>

Con este final abierto concluye *La silla de oro*, novela en la que Rodrigo Rubio quiso presentar, con una mezcla de dimensiones —real, mágica y esperpéntica—, todos los males que caracterizan a una sociedad abocada a la promoción y al desarrollismo desenfrenados. Para ello recurrió al procedimiento de la exageración, un tanto disparatada y grotesca, de todo aquello que representaba el orden establecido, el *statu*

---

1095 *Ibíd.*, 375.

*quo* de la España franquista, en unos años en los que, cada vez más, se palpaba y se temía la llegada de unos cambios ineludibles e ineluctables.

Todo había de llegar. Tan solo era cuestión de tiempo, como la aparición de esa lluvia benefactora y refrescante con la que se cierra la novela y que puede funcionar como el símbolo de la llegada de unos tiempos nuevos y mejores. De ahí que la nube rompa su figura de cabeza de anciano y se convierta en esa lluvia que, con el tiempo, tal vez haría germinar nuevos frutos, los frutos de la libertad y de la democracia. O, al menos, una lluvia que marca una pausa de cara al caminar de Jesús por otros derroteros, en las dos novelas inéditas que configurarían la trilogía: *Dirección obligatoria* y *Jesús muere en la autopista*.

## VII. LA LITERATURA DE LOS MUNDOS PROPIOS

### 7.1. *Cayetana de Goya* (1979)

Según nos contaba Rodrigo Rubio, en carta de 3 de enero de 1979, esta novela responde a su deseo de escribir algo menos complicado, después del largo y arduo empeño de su trilogía *El poder*. De ese modo, con la novela *Cayetana de Goya* se adentra, por primera y única vez, en un relato con fondo histórico, centrada en la época de Goya y de la Duquesa de Alba y en la etapa de la transición del reinado de Carlos III al de su hijo Carlos IV. Y es curioso que sea esta la única ocasión en que el escritor albaceteño se haya acercado a la novela histórica, máxime teniendo en cuenta las declaraciones realizadas al diario *La Voz de Albacete* el 24 de enero de 1979. En aquella ocasión, a la pregunta del periodista sobre los proyectos en los que estaba trabajando en esos momentos, respondía Rodrigo Rubio que tenía a punto de salir dos libros: *Cayetana de Goya* y *Memoria de pecado*, y explicaba el paso hacia el tema histórico afirmando: “La novela histórica me ha apasionado siempre. Es un género fácil de leer. En realidad, más que un giro es una evolución en mi obra. Es un modo de acercarse a la Historia, con la imaginación”<sup>1096</sup>

*Cayetana de Goya*, escrita durante el otoño e invierno de 1978, vio la luz en el mes de marzo de 1979. En sus dieciocho capítulos, el autor estudia el periodo de tiempo comprendido entre 1788 y 1802, años en los que se sitúan los amores de Cayetana de Alba y de Francisco de Goya, así como parte del reinado de Carlos IV y de María Luisa de Parma. Y, para que el relato de los hechos tenga el máximo grado de objetividad posible, presenta la mayor parte de estos hechos desde la perspectiva de los propios personajes del libro, motivo por el cual concede una gran importancia al diálogo de los mismos. Pero, al mismo tiempo, cobra una importante relevancia la figura del narrador omnisciente, encargado de

---

1096 Anónimo, “Rodrigo Rubio: dos nuevos libros a punto”.



matizar o puntualizar algunas de las afirmaciones de los personajes con las oportunas acotaciones.

El relato se abre con un tono de expectación y de relativa esperanza ante los dos grandes sucesos que se van a desarrollar en la novela: la relación entre Cayetana y Goya y el futuro reinado de Carlos y María Luisa. De ahí que el primer capítulo lleve el título de “1788, campo de margaritas”, en el que, como vemos, aparece esa simbólica flor de la duda, esa flor asociada al sí o el no del amor, aunque con la esperanza de que la última hoja siempre sea favorable para quien la arranca.

En cambio, si miramos el título del último capítulo, “1802, campo de lirios”, podemos adivinar que al final de los hechos la balanza se habrá inclinado hacia el lado negativo. Y así será, porque asistiremos a la muerte de la duquesa y a la confirmación del desgobierno en España. Una muerte física y otra moral perfectamente simbolizadas en la flor del lirio.

Este contraste simbólico no es el único con el que nos encontraremos a lo largo de la novela, ya que la misma se configura estructuralmente a base de contrastes u oposiciones entre los distintos personajes. Así, nada más empezar la narración de los hechos, observamos el paseo en carruaje de los príncipes Carlos y María Luisa, los cuales muestran unos semblantes muy diferentes: mientras él está triste y pensativo a causa de la enfermedad de su padre, ella tiene ganas de reír y de encontrar motivaciones para sus deseos de vivir, entre ellas la llegada del gran día en que su marido se ciña en la cabeza la corona de España, así como la posibilidad de que Goya, el pintor más grande de la Corte, los pinte una y mil veces. Y en esos momentos el narrador omnisciente hace un primer apunte acerca de la diferente forma de ser y pensar de los príncipes:

No quería pensar Carlos en esas cosas. Si había salido se debía a los deseos de María Luisa. Él, cuarenta años ya, no quería tanto trajín. Le bastaba con pasearse por los grandes salones de Palacio. Ver, desde allí, los árboles, el bosque, las laderas espesas de pinos de la cordillera

central. No quería tanto movimiento. Pero, ¿cómo disgustar a María Luisa...?<sup>1097</sup>

Otro contraste surge, inmediatamente, entre las gentes que están en la carretera por la que circula el carruaje real, algunas de las cuales les piden unas monedas para atender sus necesidades. Entre esos mendigos se encuentra un viejo cojo llamado Gabriel, antiguo mozo de cuadras del palacio real, quien muestra una actitud muy distinta a la del resto de pordioseros, contentos con la princesa, la cual les sonríe y manda a unos lacayos que les lancen unas monedas, aunque, como apunta el narrador, estas sean de las más chicas y livianas:

—¿No pides nada, Gabriel? —le preguntó la mendiga.

—¡No!

—Eres tú muy orgulloso.

—No pediré nunca nada a esa princesa zorra...

Se oyeron risas.

—Ah, el viejo Gabriel... ¿Sabes tú de sus correrías, de sus fiestas?

—Sé más que vosotros, leñadores de hambre. Sé que cuando esa mujer sea reina de España, algo, peor de lo que ahora tenemos, vendrá a nosotros...

—Calla, pájaro de mal agüero.

—Calla tú, muchacho imberbe, que no sabes nada de nada...<sup>1098</sup>

Y es que Gabriel, que a lo largo de la novela va a tener un papel muy destacado, parece funcionar como la conciencia crítica del pueblo ante la forma de vida de la realeza y la nobleza. Por eso, deja claro que los últimos reyes de España trajeron la finura y la elegancia solo a los palacios, mientras el pueblo seguía muy mísero en la calle.

Pero, como se hace necesario matizar las afirmaciones de Gabriel y él no lo hace, el narrador apunta en seguida que al viejo le habían parecido bien muchas de las obras y reformas emprendidas

---

1097 Rubio, *Cayetana de Goya*, 12.

1098 *Ibíd.*, 12-13.

por el rey Carlos III, como, por ejemplo, la construcción de hermosos monumentos y edificios, la puesta en marcha de leyes nuevas, la extensión de la agricultura, la limpieza de las calles y algunas otras actuaciones dentro del ámbito de la política. Ahora bien, como personaje y narrador reconocen en su fuero interno, no todo habían sido luces; también había alguna que otra sombra:

Al viejo, y a muchas otras gentes de su edad, bien le había parecido que a Palacio llegaran hombres tan grandes como el conde de Aranda, como Floridablanca, y que entre unos y otros, el rey viendo clarito, y más después de lo que le pasó con Esquilache, empezaran a mandar a los jesuitas para Italia, pues aquí, contaban, eran los más ricos, los rentistas y propietarios más poderosos, con otras órdenes eclesiásticas... Al viejo, todo aquello, como el que medraran pintores y hombres de letras, y que las calles de la Villa y Corte se empedraran, y que pusieran alcantarillado, quedando ya para barrios más oscuros y míseros los de “agua va”, le había parecido bien.

Pero no todo había sido grande, ni hermoso, pues la tierra seguía en poder de la nobleza y de la Iglesia, mientras la masa de hombres sin oficio ni beneficio era tan grande como en otras épocas...<sup>1099</sup>

Y al final del capítulo harán su aparición otros dos personajes capitales de la novela: Godoy y Goya. El primero de ellos, cuando su caballo hace un extraño giro y el joven y apuesto guardia de corps da con sus huesos en el suelo. Episodio que sirve para presentar un nuevo contraste entre Carlos y María Luisa, pues, mientras los ojos de ella brillan con una intensidad creciente, los de su marido se apagan, como en una anochecida prematura.

Como parece que se apaga la vida de Carlos III, lo que provoca el gesto malhumorado de un Francisco de Goya que, en esos momentos, sale de Palacio para dirigirse a la casa de Alba, puesto que había recibido un recado de la duquesita, doña María del Pilar Teresa Cayetana de Silva y Álvarez de Toledo. Así que tuvo que faltar a su cita en la posada de San

---

1099 *Ibíd.*, 15-16.

Sebastián, para encontrarse con Jovellanos, Iriarte, Meléndez Valdés y otros hombres de las letras, del arte y de la política.

### **Carlos y María Luisa, dos personajes de la historia de España**

Ya desde el principio, el futuro Carlos IV aparece como un hombre un tanto apático, con poca iniciativa y dominado por la voluntad de su mujer. La imagen que nos ofrece Rodrigo Rubio es la de un hombre sin grandes ambiciones, un padrazo al que le gusta pasear y jugar con su hijo Fernando, dejando los asuntos políticos en manos de su mujer y de quien será su valido, Manuel Godoy.

Así es como se nos muestra durante la entrevista que él y su mujer mantienen con el todavía guardia de corps tras la caída del caballo. La princesa tiene muchas ganas de hablar y el príncipe parece como disgustado e inquieto, porque desea ir al lado de su hijo, aunque este, con sus cuatro años, hacía llorar algunas veces a su padre, como refleja el narrador en el siguiente episodio:

—¿Es que no me quieres, Fernandito? ¿Es que papá es malo contigo? ¿No sabes que cuando papá sea rey de España —a lo mejor muy pronto, para dolor mío—, tú serás el príncipe más hermoso y valiente del mundo? ¿No le das un besito a papá?

Y Fernandito —años adelante Fernando VII— a lo mejor echaba a correr, o se escondía, riendo, detrás de unas cortinas.

—No, papá. No te quiero...

Y el bueno de Carlos notaba humedad en los ojos, como si aquello, en vez de una diablura del futuro principillo, fuera un presagio...<sup>1100</sup>

Lo curioso del caso es que la marcha de Carlos le sirve a María Luisa para coquetear con más libertad con el apuesto joven, a pesar de que la camarera mayor no se alejaba demasiado. Hasta que, después de

---

1100 *Ibíd.*, 73.

dormir a su hijo, retorna el príncipe y la conversación se deriva hacia otros derroteros, como el de la posible afición de Godoy a la caza y la posibilidad, lanzada por la princesa, de que algún día el guardia pudiera ser un personaje importante de la Corte.

Con la muerte de Carlos III acaba un gran reinado y empieza el de Carlos y María Luisa, la mujer que, ya coronada, desde su trono dirige muchas y dulzonas miradas a Godoy, quien se mantiene firme y marcial en la formación.

La siguiente aparición en escena de los ya reyes Carlos y María Luisa se produce en el capítulo once, el cual se abre con el temor del rey a que el inicio de revolución que se vivía en Francia pudiera llevarse por delante a su pariente Luis XVI. Pero, dada la visión tranquilizadora que el conde de Floridablanca le ofrece, se decide a celebrar fiestas para exhibir los nuevos cuadros de Goya. Unas fiestas a las que asistirían la nobleza, la alta burguesía, los intelectuales y algunos conspiradores francmasones y volterrianos, y que servirían, también, para dar tranquilidad, alegría y esparcimiento a la gente de la calle.

A esa fiesta en palacio acude Manuel Godoy quien, en contra de su propia voluntad y de los deseos de la reina, va acompañado de Pepita Tudó. Y ese momento de su aparición en el baile lo aprovecha el narrador para poner de relieve la actitud que muestran cada uno de los integrantes del triángulo amoroso protagonizado por María Luisa, Pepita y el calculador y egoísta Manuel Godoy, así como la opinión que sobre él tiene Cayetana de Alba:

—¡No, no!... —se angustió la reina.

Don Carlos tuvo que mirarla.

—¿Te sucede algo, Luisa?

—No, no... —repitió la regia dama.

Mientras tanto, Pepita Tudó sonreía, vestida con elegancia, dando el brazo al apuesto oficial. “El escándalo será grande”, se decía él. Pero no parecía preocuparle. “Me juego una baza importante...” Algunas damas de la aristocracia se separaban sin disimulo. La duquesa de Alba dijo a Goya:

—De ese Godoy se puede esperar todo. Pero, en fin, allá él...

- Debe ser un tipo interesante... Para las damas, quiero decir  
—murmuró el pintor.  
—Aborrecible, pero tiene futuro...<sup>1101</sup>

Al día siguiente, Manuel Godoy se presenta en palacio, siguiendo las instrucciones que la reina le había hecho llegar durante el baile de la noche anterior. Pero ella se niega a recibirlo, lo que motiva la preocupación y el miedo del guardia de corps, pensando que la reina estaba ofendida por su comportamiento en el baile. Sin embargo, como aclara el narrador, el motivo era la carta que María Luisa había recibido de María Antonieta en la que esta le hablaba del levantamiento del pueblo francés contra sus reyes y le solicitaba el apoyo del reino de España para salvar a los franceses de las ideas revolucionarias y, de paso, evitar que en el futuro esas peligrosas ideas se extendieran por territorio español.

Desde entonces, según indica el narrador, a la reina se le quedó una mueca de tristeza y preocupación que no podía deshacer ningún valido, por muy rubio y apuesto que fuese. Así siguió todo hasta que, después de muchas infructuosas visitas a palacio, Godoy es recibido por María Luisa y, en el transcurso de la conversación, ella le deja caer la posibilidad de ser primer secretario de Estado para, a continuación, demostrar su dolor de mujer celosa por la actitud del joven durante el baile:

- ¿Por qué trajiste a aquella pécora a la fiesta de Palacio?  
¿Querías herirme? ¿Eh, querías humillarme, pasándome esa juventud y esa belleza por los ojos?  
Godoy se inclinó, reverente.  
—Majestad..  
—Calla. Trátame como mujer y no como reina... Vamos, habla.  
—No sé lo que hice.  
—Creo que lo sabías muy bien, condenado.  
Godoy gozaba. “Sí, lo sabía muy bien...”, se dijo. Algo provocaría la presencia de Pepita en la fiesta de gala.  
—Te he odiado.

---

1101 *Ibíd.*, 125.

—¿Ya no?...

La reina se ablandaba, se enternecía, o notaba como un aflojón traído por dulces recuerdos.

—No puedo, bribón. No puedo odiarte siempre. Ven...<sup>1102</sup>

E, inmediatamente, Rodrigo Rubio da paso a una apasionada escena de amor, en la que María Luisa es quien pone la parte de pasión y de verdadero amor, junto al hombre que, como ella dice, la pierde y la hace vivir, junto al hombre que la abrasa y la rompe, que la vuelve loca. El hombre que, una vez satisfechas las necesidades físicas, ya no quería ver la boca ni las suavidades íntimas de la reina.

Poco a poco, María Luisa irá sintiendo cada vez más celos de su valido, porque, paradójicamente para ella, a medida que Godoy va adquiriendo más y más poder, más se aparta de su reina y más se acerca hacia otras elegantes damas, como la duquesa de Alba. Esa situación desembocará en una tensa escena en la que asistimos a un pulso de fuerza entre la reina y el valido y que, según el narrador, bien pudo empezar así:

—Majestad, Luisa... —Godoy esbozaría una sonrisa de suficiencia.

—No quiero verte —y la reina sumió su boca en un gesto de rabia.

-Sé lo que intentas, y no está bien. Si me derribas, puede que, algún día, tanto tú como tu regio esposo os arrepintáis.

María Luisa, muy alterada:

—¿Por qué?

—Todos nos necesitamos, majestad. Es mejor que nos favorezcamos unos a otros, en vez de procurarnos el mal.

—¡Ya te he favorecido bastante! Si sigues pretendiendo a nuestra prima la duquesa de Chinchón, te haré todo el daño que pueda.

—Si puedes...

Se retiraba —porque él creía que era mejor así— el hombre que sonreía con cierto cinismo. Se alejaba de la mujer envejecida.

—Espera.

---

1102 *Ibíd.*, 134.

—Anda, cuida a los niños. Me gusta verlos hermosos, unos “príncipes” sonrosados, alegres y fuertes, como... su padre.<sup>1103</sup>

María Luisa ha salido derrotada en su enfrentamiento con el hombre al que ella misma había encumbrado hasta lo más alto y al que había dado todo, incluso ese principito pequeño, tan alegre y fuerte como su padre. Desde ese momento, como bien le ha dicho Godoy, su papel ha de ser el de cuidar de sus hijos, junto al bonachón de su marido, y dejar que sea su querido Manuel quien maneje todos los resortes del poder. Ella ha pasado a convertirse en un elemento decorativo de los cuadros de Goya y en uno más de los triunfos conseguidos por el antiguo guardia de corps, a quien una misteriosa caída del caballo había llevado hasta la cima del poder.

### **Manuel Godoy o el retrato de una gran ambición**

Cuando cae del caballo, Manuel Godoy y Álvarez de Faria tiene veintiún años y un cuerpo fuerte y elástico. También —aunque, según escribe el narrador, él mismo no lo sepa— posee una enorme ambición guardada en su interior y que, con esta ocasión que se le brinda, comienza a desperzarse. Después de cuatro años sirviendo en Palacio, tiene el presentimiento de que esa caída va a cambiar su vida, de que algunos de sus sueños y anhelos están próximos a hacerse realidad. Sueños como aquel en el que alcanzaba los más altos entorchados en el seno del ejército, llegando a convertirse en otro Jacobo Fitz-James Stuart, la persona a quien tanto admiraba.

Godoy sabe que esa oportunidad habrá de llegar porque es consciente de que la princesa se ha encaprichado de él. De ahí que, mentalmente, empiece a comparar a María Luisa con la mujer que actualmente es su amante, la joven y lozana Pepita Tudó. Frente a esta, la princesa es una mujer de treinta y siete años, con una boca muesa y unos ojos demasiado redondos, y con un aspecto algo envejecido,

---

1103 *Ibíd.*, 158.



especialmente porque, como consecuencia de los muchos partos, había perdido casi todas las piezas dentales y las llevaba postizas.

Pero todo eso a él no parece preocuparle demasiado. Lo realmente importante es que sabe que la princesa es una mujer alegre, que lleva una vida algo aburrida y que, por tal motivo, organiza fiestas a las que asisten jóvenes divertidos que le hacen más llevaderas las largas noches del verano. Por eso, es consciente de que, a partir de ahora, él puede ser uno de esos jóvenes a los que la princesa hace objeto de sus atenciones. La ocasión se le ha presentado de forma inesperada y no piensa dejarla pasar de largo. De ahí que cuando, en el transcurso de la primera entrevista, María Luisa le pregunta si le gustaría ser un personaje importante en la Corte, su ambición le juegue una mala pasada, como irónicamente pone de relieve el narrador:

La pregunta le hacía más dulce el jerez que se estaba tomando, le extendía dulzor por toda la sangre. Hasta Pepita Tudó —aquel calor de noches amorosas, noches de apasionamiento— le quedaba lejos, como algo insignificante en una distancia borrosa...

Con la cabeza baja, murmuró:

—Sí, me gustaría. Me gustaría mucho...

El príncipe se había levantado de nuevo.

—Cazaremos juntos, si usted lo desea, don Manuel.

—Lo conseguiremos —dijo la princesa, y le tendía la mano, que Godoy besó apretando los labios quizá más de lo debido.

—Gracias, alteza. Gracias, don Carlos.

—¿Por qué, muchacho?

—Por ofrecerme, tan generosamente, un puesto a su lado...

—¿Para la cacería de octubre?

—Sí, claro —casi tartamudeó—, para la cacería de octubre...<sup>1104</sup>

Pero todo iba ya por buen camino y poco después, tras recibir una misiva de María Luisa para que fuera a aliviarle la tristeza que sentía en las noches frías y lluviosas, tuvo ocasión de acercarse al calor de los braseros de la princesa y ver más allá de las ricas telas que esta vestía. Como bien indica el narrador, aunque a él le gustaba mucho más el calor

---

1104 *Ibíd.*, 76.

que desprendía el cuerpo de Pepita Tudó, aproximó su juventud a la dama que podría hacerle alguien grande y fuerte.

De Godoy no volvemos a tener noticias hasta ese capítulo nueve, que marca el punto de inflexión de la novela. De él se nos dice que, con su brillante uniforme, había llegado a casa de Pepita Tudó, ante la que no puede disimular su alegría por la muerte del rey. Esta circunstancia le sirve al narrador para poner énfasis en lo contento que se siente este personaje miserable, pensando en un futuro que intuía prometedor para él.

Esta actitud despierta los celos de Pepita, sabedora como es de que su amante empezaba a ser el favorito de la futura reina. Unos celos que dan paso al regocijo de ambos, ajenos ya a cualquier luto y entregados a un goce sexual que el narrador quiere resaltar convenientemente, sobre todo porque, en esos momentos, Godoy experimenta una especie de bipartición, pues con el cuerpo está pendiente de Pepita y con la mente lo está de María Luisa:

—Amor mío, loca...

—Me muerdes, me ahogas... ¿Me querrás siempre?

Godoy no contestó. Cabalgaba dulcemente sobre aquella hermosa potrilla. Pero, al mismo tiempo, sin poderlo evitar, recordaba cómo, en otro momento, una mano regia —de mujer que siempre quería verle— había sido puesta, con dulzura y amorosidad, sobre su cabeza de hombre joven y ambicioso.

—... ¿Me querrás, siempre, amor?

—Sí... —murmuró muy bajo—. Sí, pero calla ahora...<sup>1105</sup>

Otra muestra de su inteligente estrategia para servirse de las mujeres es la que nos ofrece a raíz del encuentro que tiene con María Luisa, bastantes días después del baile de gala. Después de comprobar que ella estaba celosa de Pepita —precisamente eso era lo que él había pretendido conseguir cuando acudió al baile con la hermosa joven—, la reina y Godoy viven una apasionada escena de amor tras la cual él le

---

1105 *Ibíd.*, 104.

dice, por dos veces, que tiene que marcharse. Pero, antes de hacerlo, deja caer que, si en su mano estuviera, haría todo lo posible para que Luis XVI pudiera sostenerse en el trono de Francia. De esa forma tan sutil se acaba de asegurar que la reina o el rey volverían a llamarlo nuevamente y en esa ocasión no tendría que esperar ni un minuto en la antecámara.

A partir de ahora, las referencias del narrador con respecto a Godoy estarán encaminadas a poner de relieve su rápido ascenso en el ámbito político; sus intrigas para hacer caer a gente como el conde de Floridablanca o el conde de Aranda; su inclinación cada vez mayor hacia el príncipe Fernando, dejando un tanto de lado a los reyes, sobre todo a María Luisa, cuyos encuentros íntimos ya no le eran tan necesarios; su nombramiento como príncipe de la Paz, tras la firma del tratado de Basilea; los títulos recibidos de duque de Alcudia, grande de España y regidor perpetuo de la ciudad de Santiago; la persecución y purga de todos los ilustrados, y la consecución del Toisón de Oro y la Gran Cruz de Carlos III. Así, hasta culminar su escalada emparentando con los propios reyes, algo que a Goya le resulta insoportable:

Le dicen que Godoy quiere hacer condesa de Castilofiel y vizcondesa de Rocafuerte a Pepita Tudó. Será para desagraciarla, por haberla tenido siempre como amante, y también para que los hijos que le diera, hijos bastarlos, tengan un día títulos, nombre y fortuna. Todo lo puede y todo lo consigue el valido, generalísimo de los Ejércitos de España. Se ha casado con la duquesa de Chinchón. Ya ha emparentado con los reyes. Todo lo ata, todo lo calcula. Goya escupe.<sup>1106</sup>

Curiosamente, a Godoy ya solo le falta una cosa para alcanzar el cenit de su ambición: ser pintado por don Francisco de Goya, quien en esos momentos está enfrascado en retratar a la familia de Carlos IV. Así pues, a su regreso triunfal de la guerra hispanolusitana, dirige una misiva al pintor para pedirle que lo pinte, cuanto antes. Y Goya tendrá que hacer un gran esfuerzo para realizar ese cuadro, aunque lo pintará con la mayor profesionalidad y se hará merecedor de los sinceros elogios

---

1106 *Ibíd.*, 180.

del valido, quien también le alaba el hecho de que haya pintado muy bien, en el cuadro de la familia real, al más pequeño de la familia, aquel que a Goya tanto le recordaba el rostro y el gesto de Manuel Godoy, ese hombre al que él ha pintado como un ser todopoderoso, recostado y satisfecho.

### **El Cuadrero Gabriel, contrapunto de Manuel Godoy**

Al contrario que Manuel Godoy, el viejo Gabriel, el *Cuadrero*, odia la corte y todo lo que ella conlleva. Con sus casi setenta años, ha tenido ocasión de conocer muy de cerca la vida palaciega porque ha ejercido el oficio de cuadrero en el Palacio de La Granja. De ahí que su voz sea escuchada y respetada por todos los mendigos, madereros, leñadores y arrieros de la contornada, quienes no acaban de comprender cómo pudo alzar su voz ante mayordomos y gentes de más alto rango que él, lo que hizo que tuviera que abandonar un trabajo heredado de su abuelo y de su padre, y que su mujer, Genoveva, y sus hijas, Constanza y Silvina, se vieran obligadas a cambiar la vida de palacio por la vida de barraca y por la putería.

Como aclara el narrador, Gabriel se había negado a limpiar los arneses del caballo que montaba un marqués algo bizco, al que le había cogido manía. Aquello supuso la ruina de su familia y la suya propia, pues se vio obligado a unirse a unos cómicos de la legua, durante cinco años, mientras su mujer y sus hijas se quedaron en Valsaín, dedicadas a golpear para vengarse de él y para quitarse el hambre. Ahora, ya de vuelta a casa, solo piensa en llevar a las tres a la Corte para que allí puedan ejercer su oficio con mayores ganancias y puedan tener una vida mejor entre personas de más alta clase social.

En relación con la actividad que desarrollan las hijas del *Cuadrero*, este opina que ese es mal de pobres, como le ocurre a Segunda, la tía de uno de los acompañantes de Gabriel, Cisco *Panes*, el muchacho de la flauta. Este había vivido siete años con su tía, desde que su madre muriera en un hospital. Ella, aunque estaba liada con Perico, el sacristán, lo recibió con agrado, pues era mujer soltera y aprovechó para llevarse al sobrino a una cama grande, en donde el muchacho daría y recibiría un

muy grato calor, como se desprende del humorístico diálogo entre Cisco y Gabriel:

—¿Te apretaba?

—Sí, mucho. Yo también a ella. Una vez me dijo: “Sobrino, te noto tirante el pito.” Y yo me retiré. Pero ella, que es fuerte, y entonces lo era más, me tomó de los hombros, volteándome. “Tía”, le dije medio asustado. Pero ella, qué calor y qué resuellos. “Ladrón, me voy a pudrir sola en esta maldita casa llena de goteras...”

—¿De modo que la cabalgaste?

—Ni enterarme. Yo era muy pequeño y ella a lo mejor era que tenía frío.

—Ah, ja, frío... Como mi mujer y mis hijas... Bueno, si algún día se entera de que estás en la Corte, ya veremos qué pasa.<sup>1107</sup>

De camino hacia la Corte, el grupo de Gabriel se encuentra con tres carboneros que queman troncos de encinas en un abrigo de los cerros. Estos, al ver a la madre y las dos hijas, sienten deseos de yacer con ellas, máxime cuando ven que Genoveva se acerca a pedirles una sartén. Así que, al final, las tres mujeres se avienen a dar gusto a los hombres a cambio de algo de pan y de queso, y del llanto desconsolado del padre.

Irónicamente, esas lágrimas son interpretadas como muestra de dolor por la muerte del rey Carlos III por dos frailes que, ya muy cerca de la Villa y Corte, se cruzan con el grupo de Gabriel. Pero él nada sabía de este hecho que iba a cambiar la historia de España y al que Rodrigo Rubio dedica el capítulo nueve de la novela, titulado “Rey muerto, rey puesto”, en el que aparecen todos los personajes protagonistas de la novela, como también había sucedido en el primero.

El llanto de Gabriel, ahora sí motivado por la muerte de ese gran rey, no le va a servir de mucho porque, como afirma su mujer, es el mayor calzonazos que vio en el mundo, y ellas seguirán a lo suyo. Como afirma el narrador, así será, pues no había de llevarse luto por un rey muerto.

---

1107 *Ibíd.*, 89.

Otro vendría y la vida habría de seguir igual. Además, como dice Cisco *Panes*, habría fiestas de coronación y todos se divertirían en ellas.

Así que, finalmente, Gabriel opta por entregarse a la fiesta en vez de al llanto, pues, en esa fiesta de la coronación, hay que disfrutar de las pocas perras que le quedan. Ese no es un día para llorar, sino para divertirse, sin ofender a Dios.

En el capítulo trece, el narrador nos cuenta que ha pasado un año desde el día en que, poco después del famoso baile de gala, Gabriel acudiera a casa de Goya para dejarle una nota en la que solicitaba su ayuda a fin de evitar que sus hijas se perdieran todavía más. En esta ocasión, solo cinco páginas después de que se hablara de aquella nota, y gracias al criado Moreno, sabemos algo de lo que Goya ni se acuerda: en el transcurso de aquella visita le había dejado un dinero a Gabriel con el que este arregló su casa, se compró otro mulo y se hizo trapero. Además, su hija mayor se había casado y la pequeña servía en una casa de hidalgos no demasiado tacaños, según precisa irónicamente el narrador, quien seguro tiene en mente la figura del hidalgo miserable tan frecuente en nuestra literatura clásica.

No obstante, en el capítulo siguiente, asistiremos a un encuentro de Gabriel con Goya, cuando este ha decidido dar un paseo por los barrios bajos para acercarse hasta las miserables gentes a las que conoce desde hace mucho tiempo. Será entonces cuando Gabriel le hable de la soledad en la que se encuentran él y su mujer, porque su hija pequeña se marchó con Cisco y su hija mayor nunca viene a verlos. Por eso a su mujer le dio un ataque hace más de dos meses —de esta forma nos enteramos del tiempo que ha pasado entre uno y otro capítulo—, que la ha dejado con la cabeza ladeada y una pierna medio inútil. Esta parece ser, según él, la penitencia que debe pagar por haberse rebelado un día contra lo que debería ser el sino de su vida: la obediencia sumisa a los poderosos. Y es esta la ocasión que aprovecha Rodrigo Rubio para poner en boca de Gabriel una reivindicación de la gente del pueblo, que habría que interpretar no solo como algo propio de la época histórica en que se sitúa la novela, sino también como una muestra de la preocupación constante del escritor albaceteño por las gentes que no pueden rebelarse contra el poder establecido o contra lo que se considera que forma parte

de su destino. Seguro que en estas palabras de Gabriel resuena el eco de lo que Rubio había oído decir a muchas personas de su pueblo, así como el recuerdo de lo que él mismo había hecho marchándose de allí en busca de otras oportunidades:

Los pobres no podemos hacer eso. Siempre hay que aceptar lo que nos dan, es lo que decía mi padre, que en paz descanse. No podemos rebelarnos. Yo lo hice, y pago muy cara mi acción. Debí seguir a los pies de los nobles, de aquellos déspotas que, con otro grado, también eran servidores de Palacio. Ah, me acuerdo mucho de mi niñez... Y de cuando me largué por ahí, lleno de rabia —también de vergüenza— para contar historias en retablo.<sup>1108</sup>

Un Gabriel del que Goya volverá a tener noticias cuando, ya en el último capítulo, se encuentre en el cementerio con una mujer lisiada, sin apenas dientes y con unos ojos en los que brilla el hambre. Ella será quien, con esa media lengua que le dejó el ataque de apoplejía, le informe de la muerte del bueno de Gabriel. A Goya lo único que le quedará hacer será decir que lo siente y darle unas monedas a ese desecho de mujer, a ese pueblo mísero que le alarga la mano.

### **Goya y Cayetana, protagonistas de un amor efímero**

Los verdaderos protagonistas de la novela, como indica su título, son Francisco de Goya y Cayetana de Alba, aunque el protagonismo de ambos sea algo diferente, pues el narrador se va a fijar más, y durante más tiempo, en el elemento masculino de la pareja, por ser una persona cuyo quehacer profesional tendrá una mayor relevancia y, también, porque en él se representa la historia de un amor imposible, que sirve para dar a la novela una mayor carga de dramatismo. Además, en algunos momentos se nos presenta como una antítesis del personaje de Godoy, ya que la imagen de Goya ofrecida por el narrador es la de un hombre

---

1108 *Ibíd.*, 149.

honesto e idealista, mientras que la del valido es la de un ser ambicioso y materialista.

A Goya se le dedica en su totalidad el capítulo segundo, titulado “Un genio anda suelto”. Un genio cuya carrera artística estaba alcanzando su cenit y que se muestra muy preocupado por la precaria salud del rey Carlos III. Un genio que había sido testigo directo, entre otras muchas cosas, del poder alcanzado por algunos aristócratas como Esquilache o Floridablanca y de la expulsión de los jesuitas en la que, según su opinión, hubo algunos puntos oscuros.

Mientras se dirige en su carruaje hacia la casa de Alba, el narrador realiza una curiosa distorsión espacio-temporal gracias a la cual, en ese breve intervalo de tiempo cronológico, Goya tiene ocasión de rememorar un largo periodo de la historia de España y de su propia historia personal. Y lo hace en forma de un curioso monólogo interior, presentado en tercera persona por el narrador omnisciente, en el que Goya se ve de niño, junto a su madre, en Fuendetodos; luego, en el taller de dorador de su padre, en Zaragoza; después, contempla su trabajo con el maestro don Juan Ramírez y los cuatro años en el taller de don José Luzán; más tarde, rememora sus primeros viajes a Madrid, sus intentos de ingresar en la Real Academia de Bellas Artes, y sus viajes por Italia y Francia, hasta 1773, año en que se instala definitivamente en Madrid. Poco después, su boda con una gran mujer, Josefa Bayeu, hermana de Francisco Bayeu, pintor de cámara en la corte de Carlos III, y que, según el narrador, fue una gran elección, pues la esposa supo comprender, a lo largo de su vida junto al gran maestro, todas sus inquietudes y debilidades.

En el momento presente, Goya tiene cuarenta y dos años y está en plenitud física y creadora, a pesar de lo cual se muestra cercano a un pueblo humilde y temeroso de lo que puedan hacer los príncipes de Asturias cuando desaparezca Carlos III. Goya, del que el narrador se había despedido en el capítulo dos, a las puertas del palacio de la duquesa, retorna en el capítulo cinco, en ese mismo punto y con una reflexión, ahora en primera persona y entrecomillada, sobre el que ha de ser su papel respecto del pueblo:



No sé por qué vengo. He llegado a los palacios, me veo rodeado de la aristocracia y, sin embargo, no soy feliz. Me lo dice doña Josefa, la condesa-duquesa de Benavente: Tiene que ser usted más optimista, amigo Goya. Tengo que ser optimista. Olvidarme, si puedo, del pueblo llano que patea miseria. Si puedo, claro. Porque ese pueblo parece que me persigue. No importa que yo haya pintado ese pueblo, sobre todo en múltiples cartones para tapices; no basta con que recuerde que yo mismo soy parte de ese pueblo. Debo estar con él y no con la aristocracia.<sup>1109</sup>

Según Goya, la aristocracia tiende a acercarse a lo plebeyo, como si aquello fuera una consigna más en aquel tiempo ilustrado. Así lo ha podido comprobar él en el caso de la condesa-duquesa de Benavente, aficionada al torero Joaquín Costillares y a la artista Pepa Figueras, la *Gran Figueras*. E igual le ocurre a la duquesa Cayetana de Alba, la más grande entre todas las grandes, a quien la servidumbre adora y que es muy popular entre la gente de la calle. Ella admira al torero Pedro Romero y a la artista Rosario Fernández, *la Tirana*.

Precisamente en esa ocasión, mientras Goya aguarda dentro del palacio a ser recibido por la duquesa, y su cochero Moreno espera en la calle su salida, hace su aparición en escena un personaje de ese pueblo que tanto preocupa al maestro de Fuendetodos. Es Felipina Paredes, una vecina de Goya, a la que este había hecho algunos bocetos y apuntes para posteriores retratos. Ella está casada con don Pedro de Illescas, un malnacido hidalgo toledano de capa lujosa, sombrero de ala ancha, polainas, botas lustradas y bebedor, que pronto llevó a su casa a chulos y manolas y empezó a maltratar a su mujer. Por eso, la muchacha se ha escapado de casa y va a ser escondida por Moreno dentro de la berlina.

Entre tanto, Goya reflexiona sobre el papel de la Iglesia, que es cómplice del poder y que, de ese modo, “juzga y dispone de tribunales inquisidores para purgar ideas extrañas al imperial-catolicismo”.<sup>1110</sup> Una reflexión que coincide con la visita a la duquesa del cardenal arzobispo de Toledo y que ha durado todo el tiempo que este necesitaba para

---

1109 *Ibíd.*, 55.

1110 *Ibíd.*, 65.

tomarse una buena jícara de chocolate con rosquillas. Cuando el prelado sale de la entrevista, Goya ni se mueve de su asiento, porque no quiere mezclarse con esa Iglesia que se une a la nobleza y a la corona para repartirse conquistas y privilegios, mientras las tres cuartas partes del pueblo permanecen en la miseria.

Cuando su eminencia se marcha, repleto de chocolate y rosquillas, Goya es recibido por la señora duquesa, que está deseando hablar con él, en lo que serán “Palabras para un futuro más íntimo”, título del capítulo siete, en el que se sientan las bases para el posterior desarrollo de la que será una hermosa historia de amor.

Comienza, pues, a ponerse en marcha la corta e intensa relación entre esta pareja, en la que ella es quien maneja las riendas. Es ella quien le dice que esa noche cenarán juntos, pues han de celebrar muchas cosas, como el conocerse de cerca y los triunfos del pintor desde que recibiera tantos honores y nombramientos. Una noche en la que, como precisa el narrador omnisciente, daría comienzo una historia muy especial:

Darían los de la crónica y el chismorreó otras fechas en el comienzo de aquella amistad, que llegaría a ser muy íntima entre la duquesa y el pintor. Pero tuvo que ser así, en una tarde pretoñal, con venticillo ya fresco de Guadarrama, con hojas que tiemblan, con el ánimo de aquel hombre un tanto encogido, con cierto aburrimiento en el vivir, aparentemente dichoso, de la dama...<sup>1111</sup>

Cayetana, con veintisiete hermosos y alegres años, con sus ojos reidores, su talle ajustado y el hermoso pelo cayéndole sobre la espalda, quiere conseguir que el maestro de maestros la pinte, pero mejor que a ninguna otra mujer, más por dentro que por fuera. El respeto entre ambos no impide que, durante esa primera conversación, ella deje caer algunas insinuaciones que desconciertan al viejo pintor y, al mismo tiempo, inspiran su faceta más romántica:

---

1111 *Ibíd.*, 82.

—Si no nos vemos pronto, soy capaz de ir a su estudio y hacer que me pinte, antes que en lienzo, en esta cara que Dios me ha dado.

—No se podría mejorar ni trayendo los pinceles de Da Vinci.

—Oh, qué palabras tan galantes...

—No sé ni cómo me han salido... ¿Puedo marcharme ya?

—Puede, aunque me gustaría que se quedara aquí más tiempo. Algún hermoso color, sin necesidad de traer la paleta, ha dejado ya sobre mí...

Y Goya, en visita que nadie comentaría luego, dejó, al despedirse de la aristocrática dama, un beso ancho y apretado en la mano, pequeña y hermosa, que la mujer le tendía.<sup>1112</sup>

Como era de esperar, la muerte de Carlos III provoca una gran aflicción en Francisco de Goya, el cual se muestra muy preocupado por la llegada al trono del príncipe Carlos. Curiosamente, esta preocupación le sirve a Rodrigo Rubio para introducir en escena a Moratín, Ventura Rodríguez, Villanueva, Jovellanos y Meléndez Valdés, quienes, al igual que otros grandes intelectuales de la época, estaban tan preocupados como Goya. La aparición de estos es tan fugaz que solo permite un muy breve diálogo, durante el cual Goya pregunta qué es lo que va a ocurrir ahora y alguno de ellos —o todos en conjunto, pues no hay mención alguna al nombre de los interlocutores que le responden—, le contesta que nada cambiará, porque Carlos va a seguir todas las recomendaciones que su padre le haya podido dar.

Ha pasado un año y Goya trabaja de forma denodada. A pesar de su cada vez mayor sordera, oía gritos revolucionarios al mismo tiempo que se sumergía en silencios profundísimos, preguntándose, entre otras cosas, qué es lo que sucedía en Palacio para que personas a las que él admiraba, como el conde de Floridablanca, estuvieran cada vez más nerviosos, hundidos y apagados, mientras alguien como Godoy, a quien Goya detestaba, era cada vez más fuerte y lucía insignias y condecoraciones. Y, cuando se entera de la caída de Floridablanca, se queda con el pincel en la mano sin saber qué hacer con él. Menos mal que, en ese instante, la persona a la que está pintando, la duquesa de Alba, se le acerca para dejarle su olor, su calor y la suavidad de sus manos. Es

---

1112 *Ibíd.*, 86.

en ese momento cuando ella empieza a tutearlo y pide al maestro que la llame por su nombre y no por su título. A partir de entonces, ya con Godoy en lo más alto de la política, la única alegría de Goya será estar junto a Cayetana.

Pero hay otra cosa que inquieta al maestro. A pesar de los numerosos encargos de gentes conocidas e importantes, él siente la necesidad de pintar a ese pueblo que tanto le preocupa, a esa gente que, como Cayetana, también le ayuda a sentirse vivo. Por eso pinta a su vecina Felipina y por eso acepta la oferta de Gabriel el *Cuadrero* para que se lleve a casa a su hija Silvina, la cual había sido despedida por los hidalgos como consecuencia de una de esas curiosas ironías del destino: haber sido decente. Y allí estará Silvina hasta el día en que se marche con Cisco *Panes*.

Pasado un tiempo desde el fallecimiento del marido de Cayetana, esta le escribe una carta en la que le pide que la acompañe en un viaje que va a hacer a Andalucía para reponerse. Allí dispondría de tiempo para pintar en Sanlúcar o en la finca de Doñana y, sobre todo, para pintarla a ella. Además, también le aconseja que piense más en él y en su propio corazón:

[...] Por *La Tirana* he sabido de tus últimos desánimos, y de lo mucho que te preocupan las ambiciosas locuras de Godoy, ese vanidoso. No pienses tanto, querido maestro. Cabeza sólo se tiene una, y hay que conservarla. Y corazón también se tiene uno nada más. Que no se te rompa. No me gustaría que se te rompiera por ese dolor que tú ves, tantas veces, en nuestro pueblo. Guárdalo para que en él entre alguna alegría, maestro. Yo sé muy bien cuánto la necesitas, y me atrevo a decir también lo mucho que la deseas. Te espera, Cayetana.<sup>1113</sup>

Haciendo caso a Cayetana, Goya se olvida por un tiempo de lo catastrófica que podría ser para el pueblo la ambición de ese joven político, y de las luchas —mezcla de rabia, celos y asco— entre este y

---

1113 *Ibíd.*, 160.

María Luisa. A cambio, se concentra en la posibilidad de encontrar algo limpio y diferente que pueda despertar en él ilusiones propias de su pérdida juventud, y acepta viajar con la duquesa.

Nada más llegar a Andalucía, empieza a trabajar en los llamados “Cuadernos de Sanlúcar” y lo hace con agrado, con mano libre y cabeza despejada. Comienza a dibujar a la duquesa y a algunos de los criados que hay en la finca, aunque le tiemblan las manos cuando piensa en el momento de empezar a pintar y, más aún, cuando ella juega con él, con esa mezcla de picardía e inocencia que tan bien refleja el narrador:

La duquesa ríe.

Goya, a veces, le parece un niño grande. Ella, al reír, pone más nervioso al pintor.

—Anda, ven, persígueme...

Hay como un deseo de jugar en aquella mujer, que va perdiendo su palidez cortesana.

—No, Cayetana. No soy buen corredor y no oigo bien tus pasos. Espérame.

—Estoy aquí, ¡aquí...!

Pero cuando Goya llega al punto donde cree esperando a Cayetana, ésta ha saltado, con agilidad, para ponerse en otro sitio. La beata mira felizona.

—Ay, ay... Algo hermoso se respira aquí...<sup>1114</sup>

Fruto de esos juegos es la escena en la que ella se le muestra desnuda, sin obstáculo de ropas, y le pide que la pinte así, como ella se le había aparecido en sus sueños, como una auténtica maja desnuda. Es cuando él se atreve, por fin, a decirle lo que tantas veces le ha repetido en sus sueños, que la quiere, aunque, inmediatamente, pide perdón por ello. En esos momentos, Goya es un viejo temeroso, con ese temblor de amante noble, tímido y receloso, que la besa con suavidad, con ternura, con amor. En esos momentos, bajo el limpio cielo de Andalucía, “canta un hombre, con dolor viejo, intentando encontrar una alegría nueva”.

---

1114 *Ibíd.*, 167.

Un hombre que, como tan bella y poéticamente cuenta el narrador, se ha dejado llevar hacia un mar de dulces y tibios placeres:

Ella pasa las manos por el rostro amplio, toca humedad como de lágrimas. Y no puede por menos de entregarse en aquella singladura, donde el barco es mecido como en un mar de bálsamos perfumados.

—No... —murmura todavía el hombre que cree soñar.

—Sí... —oye muy bajo, dulcísimo.

Ha despertado con toda su fuerza, con todo el deseo de limpieza, de vida diferente, el hombre envuelto en muchacho. Despierta, crece, vive, vibra y se queda la nave al fin como anclada, con cierta fatiga, en un puerto que en vez de a brea huele a albahaca. Hay lágrimas —tal vez de gozo— del maestro, que han pasado desde sus anchas mejillas al hombro desnudo y sonrosado de Cayetana.

—Me pintarás como yo quería: llevando al lienzo todo lo que hay en mí, por fuera y por dentro.

—Te pintaré, y siempre, por lo que pudiera venir, serás la que me hizo saber lo que era vida...<sup>1115</sup>

Hermosas, muy hermosas, las palabras con las que Rodrigo Rubio ha trazado esa tierna escena de amor en la que, al fin, el maestro de Fuendetodos ha tenido la inmensa felicidad de saber y sentir que Cayetana de Alba es su Cayetana, es la Cayetana de Goya que él se encargará de inmortalizar en sus lienzos y que da título a la novela del escritor albaceteño.

De regreso a la Corte, la relación entre ambos parece enfriarse. Nada es igual, porque Cayetana tiene muchos compromisos que atender y porque Goya se desespera viendo que no puede recibirlo. Entre tanto, mira y remira “La maja desnuda”, que está deseando entregar a su dueña, y pinta los retratos de Moratín y de la familia real. Y, por fin, un día Cayetana aparece en su estudio a ver el cuadro y a decirle que está pensando que la acompañe de nuevo a Andalucía, porque Madrid no les permite ser todo lo libres que ellos quisieran.

---

1115 *Ibíd.*, 172-173.

Vuelven a pasar los días, sin noticias suyas, hasta que Godoy, al que está pintando, le informa de que la duquesa se ha marchado fuera porque su salud está algo delicada. Y, de pronto, la sorprendente noticia de su muerte, cuando tan sola roza los cuarenta años. La muerte, esa terrible igualadora social, no ha respetado a la mujer más interesante, a la dama aristocrática más querida por el pueblo, a cuyo entierro asiste Goya desde una prudente distancia, casi embozado, sin apenas ser visto por nadie, salvo por Genoveva, la mendiga viuda de Gabriel.

De regreso a su estudio, dibuja, con genio, con rabia, con dolor intenso la escena que él ha visto en el cementerio:

El cuerpo delicado —el lirio, la flor para cementerio— que el acariciara. Lo pinta, con encapuchados de las tinieblas, que son los que alargan sus manos, con suavidad, pero rígidas de muerte, para depositar lo que fuera risa en la huesa. Dibuja, secos los ojos, apretada la boca, el corazón con latido acelerado. Ya al final, algo se ablanda en el hombre fuerte. Tiene que inclinarse, besar aquel friso —recuerdo de vida, aunque presencia de muerte—, y pasan velozmente imágenes de flores, de piel desnuda, de olores intensos, de soles fuertes, de un instante que fue vivido para que perdurase entre todos las nieblas, presentes y futuras.<sup>1116</sup>

## 7.2. *Memoria de pecado* (1979)

Esta novela es, según Rodrigo Rubio, una obra con un alto contenido autobiográfico —de historia propia—, en la que retorna al tiempo de su adolescencia, de su juventud, tal como había hecho en los libros de su primera etapa. Pero, tanto en *Memoria de pecado*, como en otros libros de esa etapa a la que hemos dado en llamar “de los mundos propios”, el estilo y la intención del autor son más agresivos que en aquellos otros. Siguen estando presentes, por tanto, el mundo rural de los campos de Montalvos y Monsalve —el pueblo real y su trasunto literario-, el caciquismo, la estrechez mental de algunas de sus gentes,

---

1116 *Ibíd.*, 190.

la liberalidad de muchas otras, la educación recibida en torno al amor y al sexo, y esos tipos que, como hemos tenido ocasión de ver, forman parte del mundo literario de Rodrigo Rubio: Tinejo, la Casi Alegrías, las Otairinas, etc.

Unos meses antes de la publicación de la novela, Rodrigo Rubio hizo una declaración de intenciones sobre la misma a Blanca Berasategui:

Quizá hay una cosa que me inquieta: escribir un libro centrándolo en mis propios pasos, una especie de memorias, en las que reflejaría mi infancia, mi adolescencia, mi vida de emigrante, de comerciante, de minusválido, con las vivencias que tengo de mi religiosidad de entonces. Porque veo que estamos llegando a un tiempo distinto y son esas cosas las que me han ido formando. Entre todo esto, quizá narraría la historia que se ha estado haciendo mientras nosotros crecíamos. Sí, esto me inquieta y posiblemente llegue a escribir lo que podría llamarse “Memoria de pecado”.<sup>1117</sup>

Por consiguiente, y como nos decía el propio autor en su carta de 19 de junio de 1979, *Memoria de pecado* “es un libro íntimamente muy mío”. Es el retrato de un hombre de su tiempo, con todas sus implicaciones políticas, sociales y amorosas. “Este libro es lo más próximo a mi vida”.<sup>1118</sup>

En tal sentido, el crítico Florencio Martínez Ruiz, en una columna titulada “Rodrigo Rubio, al este del Edén”, hacía la siguiente reflexión en torno a lo que esta obra representaba en el devenir literario del escritor albaceteño:

Un día, con toda la ligereza del oficio, yo escribí que el extrañamiento, nada brechtiano por otra parte, que Rodrigo Rubio daba a sus personajes en “Cuarteto de máscaras” o el tirón simbólico

---

1117 Véase la nota 1070.

1118 Carta de 19 de junio de 1979.



de “La silla de oro”, no era el más apropiado para encontrar la propia soledad. Tremendo error, pero error relativo. Tiempo al tiempo, con la aparición de “Memoria de pecado”, se reconcilia el escritor con su obra. Y se le devuelven sus prerrogativas de mundo, estilo y palabra. Rodrigo Rubio —y eso está ahora bien claro— se guardaba por mor de un pudor explicable, toda la soledad posible en su corazón, avaramente. Esperando la ocasión propicia.<sup>1119</sup>

Tras elogiar los éxitos de Rodrigo Rubio en la temática social y en la crónica de esos años, representada a la perfección por *Equipaje de amor para la tierra*, Martínez Ruiz se refiere a lo que él califica como “su irradiante mundo personal, en la mitología de Monsalve, que es a nuestro autor lo que Macondo a García Márquez o Comala a Juan Rulfo” y, a continuación, añade que “Memoria de pecado” es pura y rica sustancia espiritual, trágico y tierno testimonio de un tiempo español, no expresado en seca prosa judicial cuanto en una sensualidad vital maravillosa, con vivacidad picaresca y con un virus de saludable cazurrería”.<sup>1120</sup>

Escrita en Madrid, entre 1976 y 1978, representa una mezcla de novela y de historia personal, en la que el protagonista, Juan Moreno, Juanín, relata en primera persona toda la dureza de una posguerra que él está viviendo en sus propias carnes. Cuando era niño, lo que más le consternaba era la sangre vertida durante la contienda y durante los primeros años de la represión posterior. Ahora que es un hombre, su mayor agobio reside en la pesada carga del pecado, que había sido impuesta sobre las conciencias por una especie de nuevos inquisidores que pretendían torcer voluntades, quitar libertades y orientar los destinos de la gente.

La novela se halla dividida en dos partes. Una, dedicada al “Primer tiempo” y formada por dieciséis capítulos, en la que el narrador se centra en la vida vieja, en la vida del pasado. Y otra, el “Segundo tiempo”, en cuyos catorce capítulos va a contar lo esencial de una vida nueva con suspiros viejos.

---

1119 Martínez Ruiz, “Rodrigo Rubio, al este del Edén”, 34.

1120 *Ibíd.*

El relato de los hechos se inicia cuando, poco después de terminada la guerra civil, el narrador, Juan Moreno, y su familia se trasladan desde Valencia, en donde habían residido casi todo el tiempo de la República y de la guerra, hasta Monsalve, de donde era natural la madre de Juan, Fina, y en donde vivía la familia de esta. Y ya desde ese mismo instante se comienza a hablar de dos tipos de pecados que preocupaban mucho a la familia de Fina. El primero de ellos, relacionado con el sexo, se plantea por la posibilidad de que los muchachos cayeran en el vicio del “faldeo o vaivén solitario”<sup>1121</sup>, como consecuencia de la llegada al pueblo de lentejeras, segadoras o vendimiadoras que despertaban en los jóvenes del pueblo las más primitivas pasiones. El segundo de esos “pecados” es el que la familia le atribuye a Fina por haberse casado con Pepe Moreno, un muchacho dado a los tangos y a los mítines republicanos, el cual había llegado al pueblo, en los años veinte, desde Yecla o Jumilla, para trabajar en la construcción de la carretera que enlazaba Monsalve con la general Madrid-Alicante-Cartagena. Finalmente, Pepe había acabado convirtiéndose en una auténtica desgracia para la familia.

### Una historia de miedos y temblores

Según cuenta Juan, de su padre apenas guarda el recuerdo de un hombre que era joven y parecía viejo. Un hombre que, cuando llegó la República, fue uno de los primeros en echarse a la calle, alentando a los anarquistas y revolucionarios para llevar adelante un plan de trabajo, aunque, como apunta Juan, “no llegó a enfrentarse a la familia de don Pedro Atienza, porque cuando esta familia de la burguesía rural empezó a ser amenazada, él ya se había marchado a Valencia, ingresando voluntario en la Guardia de Asalto”<sup>1122</sup>.

Ese hombre, vestido de guardia de asalto y con una enfermedad venérea que resquebrajó su salud, desapareció un buen día antes de que se perdiera la guerra. Por eso, toda la familia se vistió de luto y, a comienzos de 1940, cuando más apretaba el hambre, se trasladó a Monsalve. Y fue

---

1121 Rubio, *Memoria de pecado*, 11.

1122 *Ibíd.*, 14. Esta referencia a la persecución de la que fue objeto la familia Atienza es el asunto que había servido como motivo argumental para la novela *Álbum de posguerra*.

estando allí cuando tuvieron noticias de su padre, que estaba en un caserón medio derruido, a orillas del Júcar, con una familia republicana, formada por un jefe militar y dos mujeres, a los que Pepe había logrado sacar de Valencia, y que eran la viva y triste imagen de la derrota, pues vivían escondidos, con el miedo reflejado en sus caras:

A mí me impresionó muchísimo ver a padre así, vestido con unas ropas viejas que le estaban anchísimas, y con el cabello, antes tan negro, salpicado de canas. Pero me impresionó tanto más ver a aquel hombre, que creo había sido coronel, un hombre que no despegaba los labios, que nos miró unos instantes, a través de los espesos cristales de sus gafas, y que luego siguió sentado, con la cabeza inclinada, mientras las dos mujeres se esforzaban por ser cordiales con mamá, sonriéndonos a nosotros un poco.<sup>1123</sup>

Juan recuerda cómo, con sus seis años, observaba el abismo existente entre los jóvenes, con deseos de divertirse, y los mayores, en los que se observaba un aspecto como de luto. Recuerda, también, cómo estuvo viendo durante varios meses a su padre, pues su hermana y él eran los encargados de llevar alimentos a las personas refugiadas en el molino viejo, y cómo un día tuvieron que sacar de allí a la madre del coronel, difunta o todavía agonizante, a escondidas de la gente del pueblo.

Eran momentos muy duros en los que algunas personas, como sus tíos Lino y Lola —para quienes “las izquierdas eran siempre algo de pobres, de locos revolucionarios, y también de gentes retorcidas”<sup>1124</sup>—,

---

1123 *Ibíd.*, 17. En relación con esta familia, nos contaba Rodrigo Rubio que, de los años de su niñez, guardaba algunos recuerdos como estos:

Sí, los viajes a pie, de mi hermana Conchita —la que me seguía, la más pequeña, la última de tan larga familia— y yo a El Conejo, para llevar alimentos, ya acabada la guerra, a una familia de militares republicanos que mi cuñado Juan Andrés, con la ayuda de otros amigos, había escondido en ese paraje de junto al Júcar. Pero este ya es otro tiempo, el de una niñez más consciente, y un tanto atormentada, que he contado, cómo no, en alguna de mis obras, pero todo en “Memoria de pecado” (*Notas autobiográficas*).

1124 *Ibíd.*, 23.

evitaban desvelar el escondite del cuñado, aunque en sus palabras y en sus actitudes hacia la familia de Juan siempre había un evidente reproche, sobre todo hacia Fina, a la que hacían responsable de aquel desgraciado matrimonio. De modo que a la mujer, con tanto sufrimiento, le fue llegando una vejez prematura, a pesar de no ser todavía anciana. Y, cuando Juan contempla la imagen de su madre —“que está viva, pero que no vive, que me mira a mí (‘desdicha de hombre’), pero que no me ve”<sup>1125</sup>—, se pregunta si todo eso no sería fruto de una especie de maldición que hubiera caído sobre ella, procedente de aquel mundo mágico y sobrenatural de Monsalve, del mundo retratado en los célebres papeles amarillos de la abuela Clara:

Por eso, y cuando yo he tenido conocimiento de las absurdas historias —macabras algunas, jocosas otras— de Monsalve, me he dicho si mamá no saldría como salpicada por los jugos de la abuela Clara, aquella que hablaba con sus muertos, o con los mejunjes de la tía Ticoná, la que, junto a su sobrina Pascualeta, hacía malparir a las muchachas. O, tal vez, los arañazos de pena le habían llegado simplemente por el marido, mi padre, aquel Pepe Moreno de las coplas, pues mamá, según decía, había sido calladita, pero no triste, romántica y solitaria, pero no desgraciada. Lo cierto es que ya la perseguía (y quizás la persecución durase hasta el día de su muerte) como un pajarraco negro, que no la dejaba.<sup>1126</sup>

Curioso es el recuerdo que Juan Moreno guarda de los integrantes de las Brigadas Internacionales, unos muchachos que salpicaron de panzas y críos toda la comarca, y cuya despedida fue muy triste, pues los que se fugaron dejaron a algunas muchachas sumidas en el llanto y los que se quedaron fueron maniatados y subidos en camiones para ser llevados, en manada, a una plaza de toros, a un estadio o a un campo de concentración.

---

1125 *Ibíd.*, 21.

1126 *Ibíd.*

Algo similar fue lo que les sucedió a su padre, al coronel y a su mujer, a los que un buen día detuvieron la guardia civil y los falangistas, en presencia de Amelia y de Juan. Y este afirma que aquello fue obra de su tío Lino y de su abuelo Baldomero, quienes pidieron que apresaran a Pepe Moreno y lo llevaran hasta el pueblo. Así que al coronel y su mujer los metieron en un camión para llevarlos a la capital, mientras que a Pepe lo subieron en otro camión, desnudo de cintura para arriba, y lo fueron azotando con vergajos, como ya habían hecho con algunos otros en los primeros días que siguieron al final de la guerra. Algo que, según Juan, nunca debiera haber ocurrido, pero que sirvió para poner de relieve algunas incongruencias propias de ese tipo de actuaciones y que acabarían convirtiendo a Pepe Moreno, al menos para su hijo, en una especie de crucificado monsalveño:

Luego sabríamos —qué cosas— que el más pegón había sido un muchacho de la Ribera, tenido por hijo de rojo. Esto se aclararía después. Era el hermano de la muchacha que había bajado infinidad de veces al molino para dejar, como nosotros, alimentos y ropas para padre y el coronel. Todo esto no lo sabríamos nosotros hasta mucho después. ¿Por qué pegó tanto aquel chico? ¿Por qué le dejaron pegar cuando, poco antes, ese mismo muchacho había sido interrogado y a punto estuvieron de llevárselo, como a otros miembros de su familia? Pero, como diría algún cínico, fue una forma de que los Pilatos se lavaran las manos, sin dejar por ello de que mi padre recibiera, en aquella estación (lugar hermoso en otros años para él), un primer y acelerado castigo. Después seguiría viaje hacia la celda donde, poco a poco, se fue convirtiendo en el cadáver viviente que yo ya no llegué a ver.<sup>1127</sup>

Como decía Juan, ese hecho se aclaró más tarde y se supo que Pepe Moreno había intentado abusar de aquella muchacha de dieciocho años, llamada Encarna, lo que explicaría la actitud de su hermano, quien, en seguida, sintió que había traicionado la memoria de su padre y pidió disculpas a la familia de Juan. Pero ya nada podría ser igual que antes y

---

1127 *Ibíd.*, 26.

por eso, tras la vergüenza sufrida, Fina cogió a sus hijos y se marcharon de Monsalve para regresar a la pequeña casa de Valencia, a la misma en la que Fina no había podido seguir viviendo cuando su marido desapareció al acabar la guerra.

Allí vivieron un corto espacio de tiempo, hasta que murió su padre, en la prisión de San Miguel de los Reyes, y hasta que les llegó la noticia de la enfermedad del abuelo Baldomero, un hombre duro que se vino abajo de pronto, en cosa de cuatro años, los que siguieron al final de la guerra y a los sucesos vividos en el pueblo por su hija y su yerno.

### **Otras historias de Monsalve**

En relación más o menos directa con la familia de Juan Moreno, aparecen algunos personajes cuyas historias el narrador quiere relatar por motivos diversos, como es el caso, por ejemplo, de Rosario, una antigua amiga de Fina, con la que esta había estado en la capital aprendiendo corte, confección y bordados. Ambas habían sido rezadoras y habían cantado los domingos en el coro durante la misa mayor. Ahora, esta mujer vestía ropas negras, porque su novio había desaparecido en el frente de Teruel, y era conocida en el pueblo como la Viuda Blanca. Ella fue la primera que acudió a consolar a Fina el día en que se produjo el espectáculo del paseo y el azote de Pepe Moreno.

En contraste con ese ingrato recuerdo, el narrador recupera de su memoria imágenes correspondientes a años anteriores y contadas por los viejos del pueblo, relativas a sucesos reales y fantásticos que habían tenido lugar en Monsalve, en tiempos de menos sobresaltos y de más felicidad y alegría:

Ni la vieja de los Claritos, ni Tomasita la Muda, ni Jacinto Catacaldos, ni Paco Sentencias, ni las Tizonas —que aún vivían— eran motivo de tanta extorsión. La gente vivía entonces de forma sosegada, y, sin lugar a dudas, era hermoso aquel tiempo de los gramófonos, de las muchachas hablando con el novio por la ventana. Serían hermosos los bailes en patios regados, con olor a sándalo y galán de noche. Serían

hermosos los bordados, sin forzamientos ideológicos, que dejaban sobre el crespón mamá y su amiga Rosario.<sup>1128</sup>

Durante el breve espacio de tiempo en que Fina y sus hijos estuvieron en Valencia, mientras el padre permanecía en la cárcel de San Miguel de los Reyes, Juan recuerda la ayuda que les prestaron dos personas hacia las que guarda especial gratitud. Una de ellas era doña Amparo, una mujer a la que Fina había ayudado en los anteriores tiempos del hambre, cuando su marido, Rafael Llaudí, estaba oculto por ser una persona de derechas. Después, cuando la tortilla se dio la vuelta, fue Amparo quien llevó a Fina algunas cosas, a escondidas de su marido, que se había colocado en Abastos.

La otra persona era Juan Ródenas, un amigo de Pepe Moreno, el cual había conseguido salvarse de la depuración y trabajaba en los tranvías. Él ayudaba a Juan y Amelia a conseguir carbón, a recoger el racionamiento y a buscar pan de estraperlo, y visitaba a Fina para hablarle con admiración de su marido, que, según Ródenas, era un hombre extraordinario, un idealista, palabras que servían para que la mujer recuperara un poco el ánimo.

Amigos de su abuelo Baldomero eran Bruno Chapas y Paco el Lobo. Los tres solían irse, muy limpios y sonrientes, a Albacete, en el coche de línea, para allí acudir en busca de mujeres que les limpiaran las tuberías, según el decir popular. Con Bruno Chapas, el herrero, el narrador afirma haber tenido menos relación porque pegaba capones a diestra y siniestra; tan solo estaba de buen humor los sábados por la mañana, cuando se acercaba la visita a la capital.

En cambio, con Paco el Lobo, que era medio pariente, hablaba en numerosas ocasiones. Con él hablaba de Valencia y de muchas cosas acaecidas allí, sobre todo de las relacionadas con sus primeros escauceos con las chicas, cuando ya tenía doce años y sentía tentaciones de tocar cuerpos como el de la retozona Amparín, amiga de su hermana Amelia.

---

1128 *Ibíd.*, 27.

El relato de esos hechos servía para que, al menos, los ojos del viejo adquirieran nueva vida y recobrara una parte de la alegría perdida.

Otra historia con marcado acento erótico es la de Anselmo Caño y Benigna, dos vecinos de Monsalve. La suya era una historia que, según Juan, debe aparecer en la novela porque la lleva grabada en el cerebro de tanto oírla contar a la gente. Benigna se había casado con Anselmo Caño, hijastro de Alonso Mesones. Como el muchacho no tenía muchas luces, su padraastro lo casó con quien, según se comentaba, era su amante, la tal Benigna, a la que el propio Juan Moreno confiesa haber deseado en su adolescencia como nunca ha deseado a mujer alguna. Y, como aclara el narrador, fuera o no real aquella relación entre nuera y suegro, a la gente le parecía que este era el que ejercía de marido:

Tales cosas puede que no fueran ciertas, pero se decían. Porque no iba a ser el primer suegro (y éste no era suegro del todo, sino marido de la suegra) el que se atreviera a tales desaguisados, pues ya allí, en Monsalve, y según contaban, había ocurrido con el viejo Catres, que tenía una mujer medio tullida, que nadie veía nunca, y él, al casar al hijo, ya maduro, andaba, se dijo, como enloquecido sólo con el olor a mujer lavada que despedía la nuera.<sup>1129</sup>

Un personaje al que Rodrigo Rubio concede una especial relevancia es a Pilar Rubio, quien en *Memoria de pecado* aparece como una vieja amiga de la madre de Juan Moreno. La sola noticia de que su amiga Pilar estaba ahora “en Montalvos, su pueblo, tan próximo al nuestro”<sup>1130</sup>, hace que Fina se alegre ante la posibilidad de verla y hablar con ella de los tiempos felices que se habían marchado.

Esa cercanía espacial entre el pueblo de Montalvos y su versión novelesca de Monsalve lleva a Rodrigo Rubio a introducir en la novela —siempre desde la perspectiva narrativa de Juan Moreno, ahora más que nunca portavoz y *alter ego* del escritor albaceteño— a su querida

---

1129 *Ibíd.*, 43.

1130 *Ibíd.*, 45.



hermana Pilar, a la que concede, una vez más, la posibilidad de recobrar una nueva vida, aunque solo sea en la ficción literaria. De ese modo, el autor recuerda los momentos en que su hermana iba a Albacete para aprender a coser y bordar —allí fue donde se conocieron Pilar y Fina— y, de paso, aprovecha para rememorar episodios vividos por su familia, como la muerte de algunos de sus hermanos:

Los Rubio eran muchos hermanos, y aunque de dos madres —Buenaventura, el padre, volvió a casarse con Dolores, antigua novia, luego de enviudar—, todos estaban muy unidos. El hermano mayor había muerto en las últimas escaramuzas de la guerra con Marruecos. Luego, finalizando la guerra civil —en el último bombardeo de los nacionales sobre las costas mediterráneas—, moriría otro. Un tercero regresaría gravemente herido. Aquella casa ya no volvería a ser lo que había sido, pese a que aún quedaban hermanos, entre ellos algunos que aún eran muchachos.<sup>1131</sup>

De su hermana Pilar afirma que era la que llenaba de ánimo aquella casa. Aficionada al teatro, durante la guerra y en el teatro Olimpia de Valencia, había representado *Nuestra Natacha*, de Alejandro Casona, con actores profesionales, pues tenía talento y sensibilidad para dirigir y actuar. Y cuando, tras finalizar la guerra, regresó a Montalvos, reunió a antiguos amigos para preparar una función, lo que permitió que aquella casa, de gente pacífica y apolítica, pudiera recuperar viejas armonías y antiguas felicidades.

El narrador menciona que su tía Lola se encontraba muchas veces con los Rubio en el sanatorio que don Arturo Cortés, un médico-político de izquierdas, tenía en Albacete. Allí habían ingresado sus tíos a su primo Pedro y allí llevaban los Rubio, en visitas periódicas, “al muchacho más pequeño, que se llamaba Rodrigo, y estaba desde que, al comenzar la guerra, le inyectaran una vacuna, con un extraño mal que

---

1131 *Ibíd.*, 46-47.

le paralizaba las piernas”. Desde entonces, la madre de Rodrigo, Dolores, salía a la carretera “en busca de sales medicinales para bañar a su hijo”.<sup>1132</sup>

Una curiosa circunstancia se produce cuando Juan Moreno relata uno de los diálogos que él había mantenido con Rodrigo Rubio. En este momento es cuando mejor se aprecia la bipartición del escritor en dos personajes: el Rodrigo Rubio real, que se introduce en la novela para hablar con el narrador de la misma, y el de Juan Moreno, quien, a su vez, va a ser el encargado de protagonizar, en su vida de ficción, muchas de las vicisitudes sufridas por su creador. Algo muy similar a lo que sucedía con Augusto Pérez y Miguel de Unamuno durante la conversación mantenida por ambos, en el capítulo XXXI de *Niebla*. Por eso, al lector que conozca precedentes literarios como este, no le puede resultar extraño el siguiente pasaje del relato de Juan Moreno:

Años adelante, cuando yo me viera algunas veces con Rodrigo (al que, por ser igual la inicial de su apellido a la del nombre, llamaría Erre Erre), él mismo me contaría algo...

—Tú eres un poco más pequeño que yo y a lo mejor no lo recuerdas. Yo sí. Recuerdo cuando mis hermanos fueron llamados para presentarse en el cuartel o en la Caja de Reclutas, no sé. Iban y venían en aquella vieja bicicleta que teníamos, marca “Mentor”, hasta que “se los quedaron”... Y lo que no puedo olvidar es cuando mi madre preparaba tantos paquetes, que ella misma, subiendo al carro o al camión del que en esos momentos saliera hacia La Gineta, llevaba a la estafeta de Correos. Los abrían por ahí, comiéndose los chorizos, el lomo, el jamón y todo que mi madre había puesto dentro...

—Una coña, ¡maldita sea...! —decía yo.

Y añadía:

—Pero lo que más tengo grabado en la memoria es cuando nos trajeron la noticia de que mi hermano Cristino había muerto, ya la guerra creo que terminada; terminada en Burgos, por lo menos. El otro, Heriberto, pudo venir, convaleciente, medio ciego por la metralla. Y el drama era que no se enterase de la noticia, que le ocultábamos. Es

---

1132 *Ibíd.*, 47. El hecho que menciona Juan Moreno forma parte de los recuerdos del propio Rodrigo Rubio, quien publicó un relato titulado “Sal amarga”, el 27 de diciembre de 1980. A este relato nos referiremos más adelante.

lo más duro que yo recuerdo, siendo pequeño aún. Ni siquiera me daba cuenta si aún seguía enfermo o no...<sup>1133</sup>

Una vez concluido este breve diálogo, la voz de Rodrigo volverá a ser escuchada, de nuevo, a través de las palabras escritas por Juan Moreno, quien, por ejemplo, se va a referir al marido de Pilar Rubio, Juan Andrés, el cual se había ido voluntario al ejército republicano y había alcanzado el grado de suboficial. De ahí que, acabada la guerra, tuviera que dedicarse a comprar pieles de ovejas y conejos, viajando en bicicleta por los pueblos vecinos a Montalvos. Así, pedaleando hasta el agotamiento por caminos llenos de polvo, se hacía con una mercancía que, después, enviaba desde la estación de La Gineta, hacia tierras valencianas.

Posteriormente, volverá a referirse a su amigo Erre Erre para decir que pasaba temporadas cortas en Monsalve y que iba y venía de un pueblo a otro, transportando vino en un carrito para abastecer la taberna que en Monsalve había puesto su cuñado Juan Andrés. Con la ayuda de un borriquillo, llevaba en el carro unas cuantas garrafas y dos tonelillos de vino cosechado por su padre o el padre de Juan Andrés en Montalvos, desde donde lo llevaba hasta Monsalve. Eran seis o siete kilómetros los que distaba un pueblo de otro, aunque el borriquillo empleaba hora y media en el recorrido. Y añade que a él le dejaba un poco perplejo el que un muchacho de catorce años hiciera ya aquella clase de trabajo, como si fuera una persona mayor.

Comenta Juan otro suceso verídico de la familia Rubio. Antes de instalar la bodega, Pilar y Juan Andrés habían puesto una academia o escuela nocturna, que tuvieron que cerrar en seguida. A pesar de desconocer las razones que motivaron el cierre, afirma el narrador que algunos muchachos aprendieron algo en esa academia, aunque pronto volvieron al campo y ya no tuvieron ningún otro roce con la cultura:

Era una escuela muy divertida, pues allí iban todos los cepporros del pueblo, como Cantejos (el que años adelante, recordándolo, sacaría

---

1133 *Ibíd.*, 48-49.

Erre Erre en “Cuarteto de máscaras”, el tipo siempre con su acordeón, ya medio sordo, y que dejaba de tocar apenas un chiquillo le pisaba el movedizo pie del compás). Aquel Cantejos, al terminar un escrito, antes de su firma solía poner El Apoderado, o el Interventor, sin que supiéramos por qué se le ocurrían aquellas cosas de recibo, letra o billete. Había muchachos que se negaban a dar lecciones de Historia, porque andaban, seguramente, cansados de toda la historia aprendida ya en la escuela nacional desde que acabara la guerra.<sup>1134</sup>

Otro dato curioso que ofrece el narrador es el de un viaje que hizo a Montalvos para estar una semana con Erre Erre. Allí pasaban días enteros en un melonar de la familia Rubio, vigilando la cosecha. Mientras, veían circular los automóviles por la carretera nacional y, también, los trenes que corrían por el ferrocarril paralelo a la carretera, circunstancia que aprovecha Juan para indicar que a Rodrigo Rubio le daba una especie de tristeza ver pasar los trenes, porque, tal vez, deseara marcharse de allí para vivir en otra parte.<sup>1135</sup>

Tras estas referencias a la familia de Rodrigo Rubio, Juan Moreno dirige sus miradas hacia otros personajes relacionados con él o con su madre. Tal es el caso de la amiga de su madre, Rosario, a la que vuelve a mencionar para decir que era muchacha de iglesia, a pesar de lo cual durante algún tiempo frecuentó la casa de las Ticonas por sí, a través de ellas, pudiera tener noticias de su novio desaparecido en la guerra. Una casa que está vinculada a las historias-leyendas de los célebres papeles amarillos y de la que Juan Moreno afirma que “era casa de pecado, por las brujerías de la vieja y por el escándalo que, años atrás —por cuando los muchachos de las Brigadas—, había dado su sobrina Pascualeta la Tiesa”.<sup>1136</sup>

Formando parte de esa memoria de pecado que da título a la novela, Juan Moreno cuenta las historias de algunas mujeres de Monsalve

---

1134 *Ibíd.*, 73.

1135 Este comentario acerca de la tristeza que provocaba en el muchacho Rodrigo Rubio el ver pasar los trenes responde a una realidad narrada, en varias ocasiones, por el escritor albaceteño, especialmente en algunos relatos cortos que, como más adelante tendremos ocasión de comprobar, están centrados en el asunto de los viajes en tren.

1136 *Ibíd.*, 62.

famosas por su vida alegre, como la Melguita, una muchacha a la que alguien le había hinchado el vientre. Su padre, Demetrio el Zurdo, para no pasar la vergüenza de ser considerado un padre cabrón —según Juan Moreno, con algo de retraso—, se había ido a vivir a un “casuto” que tenía en el campo, en medio de una viña, y allí hacía vida de Robinson.

Otra casa con mucha actividad era la de unas primas de Juan conocidas como las Otairinas. Una casa que, si no llegó a ser un prostíbulo auténtico, fue porque la madre decidió hacer el equipaje y llevarse a sus hijas a Valencia; ya puestas en faena, mejor hacer carrera en la profesión que trabajar como aficionadas. Las Otairinas eran “tres muchachas hermosas, algo flacas por la escasez de condumio, pero vivarachas y, desde luego, calentísimas”, que recogían en su casa a los muchachos del pueblo y la madre, con las cosas que estos llevaban, solía hacer comida para todos. Después, les permitía alguna que otra libertad:

Dejaba que bailasen con ellas, a la luz pajiza de una bombilla de poco voltaje, y los muchachos terminaban apretando y con el ánimo para ir más lejos. Pero la Otairina madre se las sabía todas, y cuando veía aquel horno ya al rojo, encendía la luz más potente y gritaba: —¡Alto! Mañana será otro día.<sup>1137</sup>

La mayoría de estas mujeres aparecen en la novela por algún tipo de vinculación con el narrador y con su primo Linejo. Así, por ejemplo, ocurrió que el primo estuvo encelado con la mayor de las Otairinas, Belita, a la que toqueteaba con toda tranquilidad con el consentimiento de la madre de esta. Incluso, algún tiempo después, cuando esa familia se marchó a Valencia, él iría a visitarla y se encontraría con que trabajaba en el Café Negresco.

A raíz del desengaño sufrido por la marcha de Belita, Linejo dirigió su mirada hacia otra mujer, Casilda, conocida como la Casi Alegrías, “una muchacha regordeta, que debió empezar la danza con el novio y ya no la dejó, ejercitándose mientras él cumplía los largos años

---

1137 *Ibíd.*, 66-67.

de servicio militar”.<sup>1138</sup> Esta muchacha era hermana de Mateo, un amigo de Juan al que este apreciaba mucho y con el que pasaba algunos ratos en su casa. Por eso tuvo ocasión de comprobar fehacientemente cómo la Casi estaba liada con Ismael Matoso, el alcalde, lo que motivó que Linejo tuviera que abandonar el acercamiento a aquella moza y encaminara su afán de conquista hacia Inmaculada, la sobrina del cura.

Esta, aunque se mostraba recatada, resultaba muy atractiva para los jóvenes, quienes pugnaban por bailar una pieza con ella y darle algún que otro besito, como tuvo ocasión de hacer el mismo Juan Moreno, quien, en esos momentos, confiesa haber sentido como un chispazo de corriente. Pero, en el caso de Linejo, sus deseos fueron a más cuando empezó a sospechar que la muchacha tenía algún medio novio, pues se arreglaba y se pintaba para coger el autobús a la capital, una vez en semana. Tal era el grado de ansiedad del primo que tuvieron que intervenir sus padres para poner freno a las locuras de este por quien consideraban una muchacha muy decente. Ahora bien, como irónicamente apunta Juan, la historia de Inmaculada resultó muy diferente a lo que pensaban los padres de Linejo:

Lo que yo no sé —porque ya no estábamos allí y no pude verla— es la cara que pondría tía Lola al saber que, tiempo adelante, Inmaculada, aquella muchacha limpia, blanca, suave, perfumada, con recato en el pueblo y sonrisa blandota en el autobús, tendría un nene. Un nene que, según dijeron, era el vivo retrato de aquel tipejo moreno, con aires de matón, que conducía el autobús, siempre con un faria en la boca, como si fuera el amo del mundo.

Cosas, tía Lola. Cosas...<sup>1139</sup>

Cosas, como la costumbre existente en Monsalve de dar cencerradas, con mucho ruido y coplas atrevidas improvisadas por viejos maliciosos, a las parejas que se casaban o se juntaban, cuando uno de los dos integrantes de la pareja era viudo. Una tradición con la que, según el

---

1138 *Ibíd.*, 53.

1139 *Ibíd.*, 72.

narrador, no consiguieron acabar las personas con miras estrechas ni las censuras gubernativas.

Un ejemplo muy gracioso fue el protagonizado por un tipo al que llamaban el Primo y que era un vago redomado, motivo por el que también era conocido como Lustrapiedras, por aquello de que siempre se le veía sentado sobre algún poyato. Este hombre, viudo, se juntó con Juliana, una soltera feísima y madura, pero que tenía algunas tierras. Las hermanas de esta acudieron corriendo a la casa para pedirle que saliera de allí y no pecara; aunque, como humorísticamente cuenta el narrador, no fue eso lo que hizo la juntada, la cual les respondió en los siguientes términos:

—No he pecado, pero voy a pecar... —como si cantara, con un soniquete que daba risa—. No he pecado, pero voy a pecar... No he pecado, pero voy a pecar...

Y todos los de grito y el cencerreo:

—Muy bien, Juliana, muy bien, di que sí... Hale, cierra la ventana y métete en el catre...

Las hermanas con un lloro sin fuerza:

—Ay, ay, Señor, ten piedad, ten piedad...<sup>1140</sup>

Será en la segunda parte de la novela cuando reaparezca la mayor de las Otairinas, Belita, con ocasión de la llegada a Valencia de Linejo para hacer el servicio militar. Fue entonces cuando Juan le comentó a su primo que había estado un día en la casa que a Belita le había puesto un naranjero adinerado para tenerla a su sola y entera disposición. Esta muchacha, según Juan, pese a ser de pueblo y puta, era a la vez fina y tenía sensibilidad. Y también tenía la habilidad y la astucia necesarias para llevarse a Linejo a la cama, en varias ocasiones, sin que se llegara a enterar el naranjero.

En esta segunda parte aparecerán personajes nuevos, como una familia que vivía en el primer piso del edificio y uno de cuyos miembros era un muchacho llamado Julián, que iba a ser cura y que fue una de las

---

1140 *Ibíd.*, 94.

primeras personas en acudir a visitar a Juan cuando la enfermedad le obligó a guardar un largo periodo de reposo en cama. Este muchacho representa a la perfección la mentalidad de aquellas gentes apegadas a la iglesia, bondadosas y un tanto intransigentes, a las que Rodrigo Rubio retrata del siguiente modo:

Julián, el hijo, quería que yo fuese siempre a misa, que no dejara de creer. Cuando tuve los primeros arrechuchos del mal que luego me ancló en cama largo tiempo, fue el primero en venir a verme, aunque, eso sí, con algún escapulario. No le gustaba que yo leyera novelas de Baroja ni, algunas, de Blasco Ibáñez. Me lo hizo notar cuando ya tuvo más confianza. Él me dejaba libros sobre la existencia de Dios y otros de formación para la juventud (uno del padre Arteaga, aquel que luego hablaría durante muchísimo tiempo por televisión). Cuando le dije que de Blasco Ibáñez me había leído casi todo (aún en Monsalve, cuando Erre Erre me prestaba esas obras), se persignó. Yo sonreía. Sin embargo, aún iba a misa de vez en cuando, y él se alegraba mucho al verme por la parroquia.<sup>1141</sup>

Otros amigos de Juan Moreno son dos muchachos, José Luis Gallart y Emilio Granero, quienes le ponen en contacto con la buena literatura.<sup>1142</sup> Gracias a José Luis Gallart, aseguro haber conocido a autores prohibidos por la censura del momento, como Jean Paul Sartre, Albert Camus, André Gide, André Malraux, William Faulkner, John Dos Passos, Henry Miller, John Steinbeck o Scott Fitzgerald. Y gracias a Emilio Granero leyó algunas comedias de costumbres escritas por él y por un amigo suyo, José Ciges.

Otros curiosos personajes son los de dos catequistas, de unos diecisiete o dieciocho años, que iban a ver a Juan durante la convalecencia

---

1141 *Ibíd.*, 124.

1142 El personaje de José Luis Gallart es el trasunto literario de un amigo de Rubio llamado Florencio Martínez Valero, quien murió muy joven, cuando empezaba a trabajar como profesor de universidad. En cambio, Emilio Granero es el nombre auténtico de un amigo ceramista, que prestó a Rodrigo Rubio libros de Azorín, Machado, Rubén Darío, Valle-Inclán y Gabriel Miró, entre otros escritores.



de una de sus crisis reumáticas. Una de ellas, Charito, es un claro ejemplo de las jóvenes románticas, sentimentales, cariñosas y algo tristonas que cuidaban de los enfermos y les sonreían como lo haría una santa. Todo en ella, según Juan, era inocente, beatífico y maternal, como lo fue la confesión que le hizo en el sentido de que, si no fuera pecado, le dejaría que la abrazase.

En cambio, la otra, Queta, era una muchacha de risa fácil, que llevaría hasta su cama un cierto aire sensual, con apasionados besos, que a Juan casi le hacían perder la cabeza. Pero, afortunadamente, en esos momentos lograba contener sus primitivos impulsos y dejaba que aflorase el hombre mayor y responsable que llevaba dentro o, quizá, el hombre “temeroso de ese demonio que al parecer, desde no sabía cuándo, y según el rumor de las gentes rezadoras, había desaparecido de mí”.<sup>1143</sup> Ahora bien, cuando Queta le pida casarse, Juan rechazará su oferta y, poco a poco, ella se irá distanciando, hasta que, dos años más tarde, se marche de España.

Dentro de la amplia nómina de muchachas con las que Juan va llenando las páginas de su memoria de pecado, ocupa un papel destacado Susana Salvador, a la que conoció durante una estancia de tres meses en el sanatorio de la Malvarrosa. Una muchacha que responde a un arquetipo muy frecuente en aquellos años cincuenta y sesenta: el de la joven de familia rica, educada en severos colegios de monjas, la cual, de forma un tanto precipitada, se empapa en versos de Neruda, Miguel Hernández, Blas de Otero o Nicolás Guillén, en ensayos de Tamames, Joan Fuster, Eugenio Trías o Simone de Beauvoir, y se viste, “con brusca rapidez, un manto progresista sobre su falda plisada de colegiala burguesa...”<sup>1144</sup> Una Susana Salvador que confiesa sentir asco de su clase social, asco de la burguesía, e incluso de ella misma, por no ser capaz de dar un salto con más brío hacia la libertad.

En tal sentido, Susana —la SS, como la llama Juan— seguía los pasos de tantos jóvenes que procedían de familias acomodadas y, tal vez por eso mismo, podían andar más sueltos para conseguir una cultura izquierdista, calcada de la intelectualidad francesa e italiana. De ahí que

---

1143 *Ibíd.*, 159.

1144 *Ibíd.*, 163.

Juan comente, en tono irónico, que su nueva amiga se movía como pez en el agua entre muchachos de bigote y barba, que soltaban tacos, fumaban Celtas, bebían vino tinto, mantenían conversaciones revolucionarias hasta la madrugada y leían libros, entre otros, de Vasco Pratolini, Cesare Pavese, Elio Vittorini, Jean Paul Sartre, Albert Camus y Alain Robbe-Grillet.

Un círculo de gente entre la que Juan no se sentía cómodo y que fue una de las causas de la ruptura con Susana, con la que, por otra parte, vivió momentos de apasionado amor. Pero, como él confiesa con una frialdad sorprendente, no pasó de ahí. “Nada más. No la había querido. Llegó a mí de pronto, y se me puso, casi espontáneamente, a tiro de falo. Aproveché el momento. Ellos concebían la vida moderna así. No podía lastimarla”.<sup>1145</sup>

### **La vida y la conciencia de Juan Moreno**

Según su madre, Juan era un muchacho que se parecía mucho a su padre. No solo en lo físico, sino también en lo moral: “Parecido en cómo me criaba de flaco, por la nariz afilada, los ojos algo hundidos, en que me daban cólicos con bilis, igual que a él, que sufrió muchísimo de esos trastornos, y, además, porque me inclinaba hacia lo sucio”.<sup>1146</sup>

También, como su padre, tenía una cierta tendencia a la introversión, pues le gustaba hablar poco y era bastante solitario. En su piso de Valencia, le encantaba tumbarse en la cama, con el balcón abierto, y oír las músicas que llegaban desde las casas vecinas.

En cambio, sí tenía clara propensión hacia las mujeres, con las que ponía en marcha una malicia innata, que fue alentada por el golfo de su primo Linejo, quien le enseñó algún que otro recurso para rozarse con las mozas. Como aquel en el que se clavaba una pincha en el dedo para que una muchacha intentara sacársela y, de paso, él rozaba con su brazo el pecho de la chica. Así que no nos sorprende el hecho de que, casi con doce años, expiara a su hermana Amelia y a su amiga Amparín para

---

1145 *Ibíd.*, 184.

1146 *Ibíd.*, 12.

verlas en bañador o durmiendo en la cama, con sus cuerpos desnudos tapados con una sábana que él levantaba con mucha suavidad para tocar el pubis de Amparín.

Con los amigos de Monsalve integró una pandilla dedicada a hacer travesuras de todo tipo, aunque preferentemente orientadas hacia la parte de un erotismo cutre y pícaro: acechar por los agujeros de las paredes para ver a mujeres haciendo sus necesidades en los corrales; olisquear por las ventanas cuando había recién casados dentro; dar cencerradas a los viudos, y visitar a las Otairinas y a la Casi Alegrías en busca de algún que otro roce que, más tarde, concluía en una masturbación. Es decir, esa condición innata que Juan tenía para el pecado se iba realizando de forma progresiva, con el lógico disgusto de su familia, que cada vez lo sometía a una mayor vigilancia.

Cuando la madre empieza a pensar en la necesidad de regresar a Valencia, impone a Juan la tarea de preparar el ingreso en un instituto, algo que a él le desagrada muchísimo, pues en Monsalve se había acostumbrado a la vida cómoda y sin disciplina. Pero, como él dice, aquello se retrasaría por algún tiempo, durante el cual aprovechó para asistir al colegio del pueblo y a la academia de Pilar Rubio y su marido Juan Andrés, así como para convivir con Rodrigo Rubio, tal y como antes hemos comentado.

Durante ese tiempo, ya próximo el verano, recuerda cuando, dos años antes, le llegó el momento del primer enamoramiento, en la persona de una muchacha rubia, fina, delicada y enfermiza llamada Elisa, a la que él cataloga como Elisa Primera. Fue durante el verano y, nada más ver a esa chica, de la que se afirmaba que estaba enferma de tisis o de diabetes, se estremeció. Sin duda, afirma Juan, sus padres debieron de llevar a la chica a casa de unos amigos de Monsalve para que recuperara un poco la salud y su visión despertó en el joven un amor muy particular, cargado de romanticismo idealista.

Acabado aquel verano, la chica desapareció y ya no volvió a saber nada de ella; ni siquiera quiso preguntar si había muerto o no. Desde entonces, Elisa Primera pasó a ser un recuerdo no compartido con nadie hasta que, dos años después, cuando ya acababa el mes de agosto, se lo contó a la Casi Alegrías, en el transcurso de una conversación mantenida

antes de marcharse a estudiar a Valencia. Fue un diálogo en el que ambos se hicieron mutuas confianzas y en el que la confesión del amor que Juan sentía por Elisa hizo que la Casi se le entregara en un arrebato, mezcla de pasión y ternura, al que puso fin la llegada de la familia de Juan y de varios vecinos, todos los cuales estaban esperando la ocasión de demostrar que él era un degenerado, como su padre. Ahora, al cabo de los años, aquel suceso le merece al narrador la siguiente reflexión, escrita en segunda persona, dirigiéndose mentalmente a aquella mujer:

Casi Alegrías, amor sin amor. Cerrarías la puerta. Tendrías miedo. Llorarías. Ya no ibas a vivir con un mínimo de tranquilidad. Te escupirían al salir a la calle. Te denunciarían como corruptora de menores. Te aplastarían, porque la gente que se cree buena, se lanza a dar porrazos a la que cree mala. Y tú “eras” mala. Y yo también era malo. Los dos, sin embargo, momentos antes, habíamos sido hermosa y tristemente buenos. Ellos no lo sabrían. Ellos sólo sabrían que nosotros merecíamos el palo, por golfos y pecadores.<sup>1147</sup>

Dos meses después, Juan, su madre y su hermana se fueron definitivamente a Valencia, en donde empezó para ellos una nueva vida, el segundo tiempo de la historia, coincidiendo con el abandono del viejo piso de Ruzafa y el traslado a uno nuevo en Monteolivete, muy cerca de donde vivía su amiga Pilar Rubio. Además, Juan empezó a ir al instituto, en donde estaría hasta completar el bachiller elemental.<sup>1148</sup> Pero esa etapa de su vida, como fue muy aburrida y solo iba al cine en contadas ocasiones, casi prefiere olvidarla.

Poco después conoce a la que es la segunda Elisa, una chica rubia, fina, con ojos grandes y claros que llevaba un delantal blanco, como

---

1147 *Ibíd.*, 90.

1148 Aquí podemos ver una pequeña diferencia entre el personaje de Juan Moreno y Rodrigo Rubio. Aunque son muchas las vivencias de este que van a ser recreadas en el personaje de Juan, hemos de recordar que Rubio únicamente realizó estudios por correspondencia. Tal vez, eso sea lo que explique el que no haga mención alguna a ese periodo de estudios, salvo el hecho de que, durante el transcurso del mismo, solo iba al cine de vez en cuando.

de camarera, y solía ir al puesto de Pilar y Juan Andrés a llevarles los desayunos. Una muchacha que le trae el recuerdo de la otra Elisa enferma, con la que tanto parecido físico guardaba. Mas, como inmediatamente comprobará, esta Elisa tenía novio.

La aparición de nuevos ataques de fiebre reumática hace que Juan se acerque a la iglesia, lo que supone para él una feliz experiencia, a pesar de la dureza con la que el cura, un viejo canónigo de la colegiata de San Bartolomé, le recrimina el hecho de que pecara en su cuerpo estando enfermo. Aun así, Juan se sentirá reconfortado con la idea de la misericordia divina. El recuerdo de cómo decidió confesarse queda plasmado en el siguiente texto:

Y un día, que me sentía como ahogado por dentro, estuve pensando mucho en la religión, en Dios, si existiría o no. Pensé tanto que los ojos se me llenaron de lágrimas. Quizá era por la depresión, por la debilidad física también. Esto ocurrió cuando ya vencía un poco la fiebre reumática, pero persistían las molestias en mis extremidades inferiores. Decidí, pues, ir a confesarme. Esto sería algo verdaderamente sensacional, porque ya había olvidado, casi, cuándo lo hice por último vez.<sup>1149</sup>

En alguna otra ocasión, cuando vuelva a sentir el deseo de confesarse, en lugar de repetir la experiencia de la vez anterior, pasará junto al templo y seguirá caminando hasta llegar a una librería de lance, en donde siempre había tipos que buscaban libros llegados desde las editoriales latinoamericanas. Entonces, sin saber bien por qué, se sentía bien y reconfortado.

Por aquella época leía libros de arte, especialmente sobre sus pintores favoritos: el Greco, Goya y Van Gogh, así como libros de Henry Miller y algunos de Rómulo Gallegos que le llevaba una vecina llamada Dulcita, la cual acudía a verlo con cierta frecuencia, lo que despertaba,

---

1149 *Ibíd.*, 130.

de nuevo, los deseos pecaminosos del convaleciente Juan, alentados, también, por su amiga Amparín.

De ese modo, poco a poco fue experimentando una crisis de tipo espiritual, que le llevó a un estado de casi total indiferencia por todo, aunque dicho estado se vería alterado por dos circunstancias muy distintas, ambas relacionadas con la familia Rubio.

La primera de ellas, relativamente alegre, fue la llegada a Valencia de Rodrigo, a finales de un mes de abril, para embarcarse hacia las Islas Baleares, en donde tenía que hacer el servicio militar. Cuenta Juan Moreno que Rodrigo no quería hacer el servicio porque tenía unas deformaciones en los pies como consecuencia de la enfermedad que había padecido cuando la guerra. En otros momentos, una persona así hubiese sido rechazada en la Caja de Reclutas; pero, en aquellos años cincuenta parecía que todo el mundo valía para el ejército. Así que tuvo que embarcarse y, después de tres meses y medio en Mallorca y tras pasar un tribunal médico, lo dieron por inútil total. Con todo, ese incomprensible episodio sirvió, al menos, para que Juan se pudiera reencontrar brevemente con su amigo.

El segundo, mucho menos grato, fue un nuevo encuentro con Erre Erre cuando este volvió a Valencia para ver morir a su hermana Pilar, como consecuencia del brusco latigazo de la leucemia. Juan la vio morir, junto a Rodrigo, y ahora, cuando escribe este libro-memoria, lo recuerda del siguiente modo:

Y murió. A los pocos días. Yo la vi morir, junto a Erre Erre. Le brotaba la sangre por las comisuras de las uñas, por entre los dientes. La sangre roja, la sangre buena, como un ser vivo, escapaba, quería huir del zarpazo, del mordisco de los leucocitos. No tenía yo puñetera idea de lo que era la leucemia. Es como cuando te hablan de la pancreatitis. Lo sabes si miras el diccionario o si tienes pariente o amigo con tal enfermedad. Nos habían dicho, primero, que Pilar tenía la enfermedad de Eva Perón. Luego, todo más claro. Padecía leucemia, pero no crónica como aquella mujer de los descamisados y la sonrisa de vieja danza cabaretera, no algo que roe poco a poco, sino una enfermedad llamada

lo mismo que la atrapó con toda su furia, devorándola —los malditos leucocitos— en menos de un mes.<sup>1150</sup>

La muerte de Pilar Rubio fue el detonante para una nueva crisis espiritual de Juan, quien empezó a aborrecer todo lo vivo, todo lo sano, todo lo material, todo lo sexual, y apretó en su mano un escapulario que, tiempo atrás, le había llevado su amigo Julián. Con él en la mano pudo cerrar la boca “y decir, sin palabras, que Dios no existía, o que Dios, si era algo vivo, nos estaba dando golpes y más golpes a todos los desgraciados”.<sup>1151</sup> Una opinión acerca de Dios que refleja claramente la desesperación y la impotencia del ser humano ante unos designios inescrutables, además de la postura que el escritor Rodrigo Rubio venía manteniendo, cada vez con más fuerza y convencimiento, en los últimos años y en sus últimas obras.

En esos momentos, lo único que Juan deseaba era permanecer quieto, mudo, y no que acudieran hasta su cama una cohorte de apóstoles caritativos para llevarle olor a cera e incienso, lo cual hace que él se pregunte qué mundo era aquel, “que te sonrío si rezas y que apenas te mira cuanto está ahogándote el asco y el semen brota a destiempo”.<sup>1152</sup> Aun así, acepta con resignación la idea de tomar la Comunión de Impedidos en un domingo de Pascua. Algo que Juan, al cabo del tiempo, cuando está escribiendo esta su memoria de pecado, recuerda con manifiesta ironía:

Desde entonces, un optimismo recobrado en Julián,  
vigilante celoso de mis lecturas, desalentado cuando me suponía

---

1150 *Ibíd.*, 143. Es la primera vez que Rodrigo Rubio describe con tanta crudeza la forma de morir de su hermana Pilar. En la novela *Un mundo auestas* habíamos encontrado una descripción muy similar a propósito de la muerte de la joven María Dolores, vista desde la óptica de Alonso. Ahora, el tono es más objetivo, más crudo y más fúnebre, pues la muerte es contemplada de cerca, en vivo, por su hermano Rodrigo y por su *alter ego*, Juan Moreno, quien, al cabo de los años, la rememora para plasmarla en las páginas de la novela que está elaborando. Además, en esta ocasión, Juan Moreno habla de pasada de la enfermedad de la pancreatitis, que es justo la que sufría Rodrigo Rubio desde hacía años.

1151 *Ibíd.*, 144.

1152 *Ibíd.*

maltratador de mis propias carnes, porque ahora, por aquello de decir sí a la procesión de la Hostia Consagrada, pensara y dijera que las oraciones de él y sus compañeros de la Juventud Católica habían dado sus frutos, habían movido mi alma, habían aproximado mi descontrolada vida a la Gracia Divina de Nuestro Señor Jesucristo.

Amén.<sup>1153</sup>

Poco a poco, según cuenta Juan, irá saliendo de aquella especie de emboamiento o arrobamiento religioso, gracias al papel que, paradójicamente, desempeñan dos jóvenes catequistas, Rosario (Charito) y Enriqueta (Queta), especialmente esta última, la cual será el detonante para el retorno al pecado y para que su salud se resienta, hasta el punto de tener que ingresar en el sanatorio de la Malvarrosa durante algo más de tres meses.<sup>1154</sup>

Esa corta estancia le lleva a experimentar una tremenda depresión, motivada por el contacto directo con enfermos tuberculosos, por la relectura de *La montaña mágica* de Thomas Mann, por el contacto con un mundo que era “como un residuo de humanidad podrida y arañada por los bacilos de Kock, por el hambre de la posguerra”.<sup>1155</sup>

Algún tiempo después, ya recuperado y en casa, tendrá ocasión de comprobar que es un hombre al que nada le apetece y mucho menos casarse con su amiga Queta, a pesar de la insistencia de esta. Es más, llega al convencimiento de que en él había habitado el pecado desde que tuvo uso de razón; pero no solo en él, sino también en las gentes de rezos,

---

1153 *Ibíd.*, 145-146.

1154 El ingreso de Juan Moreno en el sanatorio es el reflejo literario de la estancia que Rodrigo Rubio vivió en ese mismo sanatorio para ser operado de las piernas, como él mismo nos contaba en sus *Notas autobiográficas*:

Sería en enero de 1955 cuando me operasen en el Sanatorio Nacional de la Malvarrosa. Siempre recordaré los viajes a dicho centro, por las mañanas, tempranísimo, para los reconocimientos previos. Luego, aquella operación en ambos pies, que no sirvió más que para ponerme peor. Creo que los médicos —con don Álvaro López a la cabeza— se equivocaron. Me volvieron las fiebres. Estuve meses con los pies enyesados, y al final me puse malísimo. Tuvimos que recurrir a otros médicos, a otros hospitales, pero yo ya no quedaría bien.

1155 *Ibíd.*, 162.



en sus tíos del pueblo y en tantos y tantos otros, como la Casi Alegrías o las Otairinas. Hasta tal punto eso era así, que el pecado había llegado a convertirse en el eje central de la vida de aquellos años y de aquellas gentes y, por ello mismo, en el *leitmotiv* de la narración de Juan Moreno y de la novela de Rodrigo Rubio:

El pecado estaba siempre revoloteando sobre todos nosotros. Y teníamos miedo a que nos atenzara y nos mordiera. Por eso Queta no se entregaba con libertad. Por eso, las mujeres de velo y misal la miraban de reojo. Por el mismo motivo Charito estiró las ropas de mi cama y dijo aquellas palabras conmovedoras —[“si no fuera pecado”]—. Por la misma razón, la del pecado, un cura viejo, grandón y medio asmático, me dijo aquellas terribles palabras de: “Estás así y aún pecas...”. El pecado, naturalmente, era el gran monstruo invisible que nos impedía ser libres y felices, personas para el goce y el sufrimiento, personas para vivir sin tanto miedo a la muerte.<sup>1156</sup>

Va pasando un tiempo que el narrador solamente precisa a través de datos referidos a personajes secundarios o a detalles anecdóticos. En el primer caso tendríamos a su hermana Amelia, de quien sabremos que se ha echado novio, se ha casado y espera su primer hijo —todo ello de forma rápida, en el capítulo nueve del segundo tiempo—, o que está embarazada de su segundo hijo, al comienzo del capítulo doce. En el segundo, las referencias a las canciones que están de moda en determinados momentos o la mención a la aparición de automóviles como el Seat 600 o el 1500. Y, cómo no, también algún dato concreto, como el del premio Gabriel Miró conseguido por su amigo Rodrigo Rubio. Un hecho que el narrador —y, por supuesto, el autor— aprovechan para aportar unas interesantes reflexiones de carácter metaliterario:

El verano de 1961 tuve una gran noticia. Fue la de saber que mi amigo Erre Erre había ganado, precisamente, el premio Gabriel Miró de novela. Era un premio serio y mi amigo escribió, para presentarse,

---

1156 *Ibíd.*, 166.

una novela sencilla, poética, transparente en su lenguaje. Le dieron el premio por unanimidad, y me emocioné como si fuera cosa mía. Luego, dos años más tarde, el libro ya publicado, tendría ocasión de abrazarle en Madrid. Parecía un hombre encauzado hacia la difícil carrera de las letras, a juzgar por las opiniones que sobre aquella obra habían dado Zunzunegui, José Luis Cano y Rafael Morales, miembros del jurado. Difícil, sin embargo, le sería seguir. No estaba en la línea de los objetivistas. “Esa forma de hacer novela, imitada de los franceses, me aburre”, me dijo. Tal vez no tuviera mucho éxito. Pero me alegré de aquello.<sup>1157</sup>

Tras una apasionante y corta relación con Susana Salvador, a la que, recordémoslo, había conocido durante su estancia en el sanatorio de la Malvarrosa —y en la que, según Juan, no hubo amor—, conoció a la tercera Elisa, una chica llamada Elizabeth, hija de padre inglés y madre francesa, llegada a Valencia para aprender historia y literatura y para perfeccionar la lengua castellana. Con ella revivió lo que él califica como amor verdadero, aquel que había aparecido, de forma fugaz, en las dos anteriores Elisás. Era como si, cuando la besaba a ella, con amor y sin apasionamiento, estuviera besando a aquellas dos muchachas que habían pasado por su vida sin que apenas se diera cuenta. Con ella recobró, durante un verano, la ilusión por la pintura y se supo otro hombre, pues fue la primera vez que se sintió como si estuviese limpio de pecado y la primera vez en que pensó en la posibilidad de casarse.

Pero, al final, como le ocurre a quien ha cometido un pecado y ha de cumplir una penitencia, Juan tiene que pagar el precio de su culpa para, así, purgar esa vida de pecado que había llevado hasta entonces. Por eso, la conclusión de la que él considera una hermosa historia de amor no puede ser feliz, puesto que descubre a Elizabeth en brazos de otro hombre. En esos momentos, siente como si todo un mundo se le

---

1157 *Ibíd.*, 183. Resulta curiosa esta afirmación de Juan Moreno de que se alegró del premio recibido por su amigo Erre Erre “como si fuera cosa mía”. Claro que lo era, pues, como bien sabemos, Juan y Rodrigo son la misma persona. Lo que pasa es que Rubio ha desgajado, por un lado, su faceta de escritor y se la ha otorgado al personaje de Erre Erre, y, por otra, ha dejado su parcela de amante de la pintura a Juan Moreno, a quien, además, le ha concedido la oportunidad de ser el protagonista y narrador de estos recuerdos que aparecen en *Memoria de pecado*.

viniera encima y se marcha a su casa, a esa especie de “sanatorio-cárcel donde hubo eco de rezos, olor a flor natural, olor a cera e incienso, y también olor a pecado”.<sup>1158</sup> Allí ve el tocadiscos, en el que hay un vinilo con la música de Beethoven para Elisa, lo que hace que se le revuelva el estómago y que regrese a su mente ese otro mundo que ya creía desaparecido, el mundo correspondiente a su memoria de pecado:

Todo tenía como ecos de danza ibérica, salpicada ahora de perfúmenes [sic] puteriles de todas las latitudes, y me reía ya al compás de aquel piano de algún marica pálido, mientras madre, todavía, preguntaba ¿te pasa algo?, ¿te encuentras mal?, como si toda la coña de vida que nos había tocado en suerte a los que nacimos entre mazazos de odio y regaderas de sangre, fuera para encontrarse bien.

—No, madre. Estoy mejor que nunca.

—Es que, como tienes esas rarezas...

Entonces fue cuando, sonriendo y todo, le di una patada a la música idiota de las Elisás muertas.<sup>1159</sup>

Para un crítico tan reconocido como Darío Villanueva, *Memoria de pecado* es una novela que habría que situar dentro del apartado dedicado a la que él denomina “novela referencial”. Y se refiere a ella en los siguientes términos:

Asimismo, entre un pueblo imaginado, Monsalve, y una cercana capital levantina, Valencia, se desarrolla la traumática infancia y adolescencia del narrador de *Memoria de pecado* (Alce), de Rodrigo Rubio. Los dos móviles que parecen haber provocado el relato de Juan son otras tantas explicaciones de su marginación: la represión de sus primeros instintos sexuales por una familia oscurantista y el peso de la suerte de su padre, líder local de la izquierda, al acabar la guerra. *Memoria de pecado* pasa a ser por ello un nuevo testimonio novelesco del impacto de la violencia en la sensibilidad de una generación [...] y por sus páginas, cervantidamente, asoma la sombra del autor,

---

1158 *Ibíd.*, 200.

1159 *Ibíd.*, 201.

nombrado Erre Erre, a cuya trayectoria literaria y una de sus obras, *Cuarteto de máscaras*, se hace alusión.<sup>1160</sup>

### 7.3. *Banco de niebla* (1985)

Nos hallamos ante una novela de apenas noventa páginas, con la que Rodrigo Rubio ganó el premio Castilla-La Mancha de novela corta en marzo de 1985. Una novela de la que su autor siempre confesaba estar muy contento, porque, como señalaba en su carta de 19 de enero de 1985, se trata de “noventa folios que son —no debiera decir yo esto— casi un poema”. O, como decía en otra carta de 3 de julio de ese mismo año, “una narración bonita, poética y muy limpia en la prosa”. Es más, en la primera página de la novela, el protagonista afirma tener unos papeles en la mano en los que está escribiendo algo que califica como un poema: “Ya no sé cómo resultará el poema. Podría estar lleno de recuerdos, rebozado de melancolía, quizá un poco abultado de tristeza. No lo sé. Quiero escribir el poema del retorno imposible”<sup>1161</sup>

Sobre la añoranza del pasado y a propósito de *Banco de niebla*, habla Rodrigo Rubio en una entrevista realizada por la periodista Tita Martínez. Así, a la pregunta acerca de lo que hay del escritor y de su vida en esta novela, responde el escritor de Montalvos:

Estamos en todo lo que escribimos, pero concretamente en esta novela hay mucho de mí. No es un libro de línea argumental, sino de sensaciones, de vivencias esporádicas, de ritmo interior. Creo que es una novela muy literaria y poética que a la vez quiere reflejar la servidumbre a la que está sometido el hombre en las grandes ciudades y más cuando ese hombre tiene una raíz rural que, a veces, inevitablemente, añora.<sup>1162</sup>

---

1160 Villanueva, *El año literario español 1979*, 35-36.

1161 Rubio, *Banco de niebla*, 11.

1162 Martínez, “Rodrigo Rubio. El más universal de los escritores albacetenses del momento actual”, 10.

En efecto, *Banco de niebla* ofrece un relato minucioso, al tiempo que conciso, del protagonista de la novela, ante el silencio atento del psiquiatra. Una confesión muy intimista que propicia una prosa muy directa, rayana con lo lírico, sin que ello sea obstáculo para que ese tono poético se impregne de ironía y de sarcasmo en tantas ocasiones como el narrador lo considere oportuno o necesario.

Los trece breves capítulos en los que se halla dividida la novela, fechada entre 1980 y 1984, presentan, pues, una narración muy cuidada, en primera persona y en tiempo presente, a cargo del protagonista de la misma, Antonio, quien, como si se tratara de un muy directo monólogo interior, responde a unas preguntas del psiquiatra que no están explícitas a lo largo del relato, sino que, habitualmente, se dan por supuestas a tenor de lo que el paciente le va contando, o, en otras ocasiones, aparecen formuladas merced a la repetición de las mismas que hace el propio Antonio:

Bueno, veamos: ¿qué es lo que le pasa a usted? De modo que tengo que responder. Y digo que nada, o muy poco. Ahora ya puedo moverme por entre los trigos. En el pasillo de mi casa hay trigo. Toco las espigas. Veo el oleaje de la mies. Lo que no puedo ver es si mis hijos están por ahí. Tonio, el mayor, es serio, muy formal, y rara vez ha tocado las espigas granadas del trigo. Miguel, el pequeño, tiene su pandilla y baja a jugar al jardín, un minicampo poblado de mamás y críos pequeños. No están mis hijos entre el trigo. El pasillo es largo. Por la mañana salgo dolorido, algo renqueante. No es por gusto, doctor [...] Por favor, tome nota de todo.<sup>1163</sup>

Este texto que acabamos de leer resulta muy esclarecedor a la hora de comprobar otros dos rasgos propios de la novela. Uno de ellos es el alto contenido autobiográfico de la misma, como se puede ver en la referencia a sus dos hijos, a los que retrata tal y como realmente eran Marcos y Germán por esas fechas: el mayor, serio y muy formal; el pequeño, un niño con un carácter más desenfadado y juguetón. El otro

---

1163 Rubio, *Banco de niebla*, 19.

rasgo al que nos referíamos es la añoranza de uno de esos mundos tan propios de Rodrigo Rubio, el del campo manchego, con su olor a trigo y tierra mojada, que impregna todas las páginas de *Banco de niebla* y que, en cierto modo, la conecta con las obras de su primera etapa, la que dimos en llamar del mundo perdido. Y, como ocurría entonces, también ahora el escritor albaceteño presenta su particular versión del tópico literario del menosprecio de corte y alabanza de aldea.

La relación de la novela con ese mundo propio del escritor de Montalvos fue muy bien vista por Ángel Las Navas Pagán quien, en el suplemento cultural dominical de “El Informador” de México, lo califica como un escritor hecho y maduro, un maestro en el viejo arte de novelar, una de cuyas mejores muestras sería esta novela:

En “Banco de niebla” Rodrigo Rubio nos muestra su enigmático mundo interior lleno de duros contrastes y hondas nostalgias de épocas más felices que pasaron y no volverán. El relato presenta al desnudo el drama del hombre que tuvo que emigrar de su pueblo, con sobrados encantos y alicientes de la Naturaleza y de la sencilla vida rural con sus tradiciones y sanas costumbres, para sumergirse, perderse... en el monstruoso laberinto de la extensa selva de asfalto y cemento que representa la gran ciudad. Esta deshumaniza al hombre y crea en su entorno un ambiente frío, insolidario y conflictivo que, al final, le lleva al psiquiatra. No es para menos. Es cuando el ser humano, atrapado en la trampa, recuerda con triste añoranza el pequeño paraíso que un día perdió.<sup>1164</sup>

Una versión que hace que los títulos de los trece capítulos de esta novelita estén dedicados a presentar, de forma muy precisa y concreta, los diversos elementos que configuran cada uno de esos dos mundos antagónicos. Así, mediante trece sintagmas nominales formados por un artículo determinado y un sustantivo, alude a aspectos tales como “las paredes”, “el asfalto”, “los nudos” o “el humo”, que son representativos de

---

1164 Las Navas Pagán, “Rodrigo Rubio y su última novela”, 12.

la vida madrileña, frente a otros como “el trigo”, “los sueños”, “la calma” o “la lluvia”, que simbolizan el modo de vida del pasado que tanto añora.

### **Cuatro paredes que son una prisión**

La novela se inicia cuando Antonio, escritor de profesión, le confiesa al psiquiatra que su mayor anhelo es salir del atosigante presente en que se encuentra inmerso y alejarse en el tiempo y en el espacio hacia otro lugar en donde sea posible la calma. A pesar de ser consciente de que nada de lo pasado va a volver, él intenta tocar otras paredes y respirar otros vientos, aunque solo sea mediante el recuerdo. Y para ello echa mano de todo su sentimiento interior, del poeta que hay dormido en él, con el fin de escribir el que desearía fuese su mejor poema:

Ya no sé cómo resultará el poema. Podría estar lleno de recuerdos, rebozado de melancolía, quizá un poco abultado de tristeza. No lo sé. Quiero escribir el poema del retorno imposible. Es decir, que, al menos espiritualmente, quiero escapar por alguna parte [...] A veces, yo sueño con el poeta que quiere transformar el mundo. Busco por mis sueños a ese poeta, que derrama cuartillas llenas de versos y recibe pedradas. Las gentes de hoy le persiguen, azotándole con bolsas de plástico. El poeta se pierde, borrado entre humos y pestilencias.<sup>1165</sup>

La obsesión permanente de Antonio la constituyen las paredes que lo aprisionan, las cuales forman una pequeña celda desde la que no le está permitido ver el campo. La celda en que se ha convertido su despacho, dotada de doble cristal para no oír los ruidos de la calle, ni siquiera le deja ver el sol. Únicamente le cabe la posibilidad de buscar la libertad del espíritu, la única libertad que está al alcance de su mano. Porque la otra libertad, sinónimo de vida, amor y risa, se encuentra exclusivamente allí donde existe el olor a tierra mojada.

---

1165 Rubio, *Banco de niebla*, 11-12.

Ese lugar es el mismo en el que el abuelo Miguel, el padre de Antonio, había vivido dedicado a su trabajo al aire libre. Hasta que, siendo muy viejo, fue sacado de aquella aldea y llevado a vivir, con su hija y sus nietos, a una casa en la que se sentía prisionero y se ahogaba. Cuando Antonio cuenta esta historia a Tonio y Miguel, ellos piensan que el abuelo estaba loco. Tal vez sí; tal vez el viejo estuviera loco, loco por culpa de la añoranza:

A veces salía de la cama, a medianoche, con su camisón blanco, largo hasta los pies, para pasearse por el patio. No le importaba que fuese el mes de enero, todas las estrellas con temblor de helada. Madre tenía que salir y empujarle hacia el interior de la casa. Me gusta estar aquí, al raso, decía él. Le gustaba ver las estrellas, o acercarse al perro que, desde el porche, había salido a su encuentro. Yo creo que prefería morirse al aire libre antes que vivir apretado entre las paredes de un cuarto minúsculo.<sup>1166</sup>

Al igual que hacía el abuelo, Antonio se esfuerza por dar, con cierto frecuencia, un paseo por los recuerdos. Es entonces cuando en su propia casa madrileña —la misma que Rodrigo Rubio tiene en la calle Ángel Ganivet— puede ver los trigos y tocar la mies en el pasillo. Oye que su padre lo llama y él acude a su encuentro. Habla con su padre, con el perro, con los trigos y, casi siempre, con la propia soledad, ante la extrañeza de su mujer, Andrea, que piensa que está un poco loco. Busca en el calendario el mes de mayo y, entonces, recuerda los campos llenos de trigo y su casa de Monsalve. Allí se ve siendo ese niño al que su madre cuidaba con mimo y esmero, por aquello de la extraña enfermedad. Es el momento de dejarse empapar de una simbólica lluvia, la lluvia de otros años, que lo libera de los humos y de la contaminación de la gran ciudad, de esa insoportable pestilencia que a muchos ediles eufóricos, tal vez por sus buenos sueldos, no parece preocuparles lo más mínimo. La crítica de Rodrigo Rubio hacia los políticos que en esos años gobernaban la ciudad de Madrid es clara y contundente:

---

1166 *Ibíd.*, 15.



Ahora sólo tenemos humos, pestilencia. Pese a ello, hay gentes que ríen y ediles eufóricos. Será por lo de los sueldos, me digo. No sé si usted puede entenderme. Yo recuento las sandeces que me acosan a diario. No caben en todo ese bloc que usted tiene en las manos. Los hombres han dejado de ver naturaleza. Es decir, que poco a poco se van comiendo la naturaleza, pese a los patos y los peces del profesor. Me invitan a una copa, y les digo que no, porque yo, antes que un buen licor, quisiera saborear una copa de aire puro. Pero, ¿cómo se bebe eso?<sup>1167</sup>

En aquella vida del recuerdo aún no existía el poeta o, si existía, era un chaval invisible que se movía a la orilla de los juegos de otros chiquillos. Era el tiempo en que Antonio vivía con sus hermanos José Luis, Germán y Tina. El tiempo en que en el viejo gramófono —de nuevo este símbolo tan representativo del mundo perdido— se escuchaban canciones de Raquel Meller y de Concha Piquer, tangos de Carlos Gardel, pasodobles, polcas, y la música de Bach, Chopin y Mozart. El tiempo en que su padre, serio y preocupado, le decía que se acercara a la lumbre, mientras él seguía leyendo los viejos novelones de papel amarillento. El tiempo en que su madre, amorosamente, le templaba la cama con un viejo calentador de hojalata y largo mango de madera lleno de ascuas de la lumbre. Tiempos en los que esa vida feliz estaba acompañada de una fina y hermosa lluvia, símbolo de prosperidad y bonanza, al igual que lo eran las sabrosas comidas en la cocina de la casa y las cenas en el patio rectangular, adornado con dompedros, malva, alhelíes, rosales, geranios, sándalo y un hermoso parral.

Recuerda los años de su infancia en Monsalve, cuando no había tarjetas de crédito, sino viejas perras gordas de cobre y reales de níquel, y cuando no existía esa vida de agobios y fatigas de ahora, sino un vivir tranquilo en el que su paisano Cantejos tocaba pasodobles desacompañados con su acordeón, sentado a la puerta de su casa, en noches de verano. Una vida tranquila, que se rompería cuando llegase la guerra y aquella casa se llenara de lágrimas. Pero esto último es algo que Antonio no quiere recordar y, por tanto, su mente, selectiva, le lleva hacia otros momentos mejores:

---

1167 *Ibíd.*, 21.

Es mejor que veamos al niño que nada teme ir y venir, corretear, esperando la llegada del padre, hombre de pocas palabras. Vienen amigos, chicos de la escuela, y hay carreras y juegos, moviéndonos por toda la casa como dueños de mundos imaginados. Las mujeres cosen, remiendan, hablan, aunque apenas si olvidan los lutos; en sus bocas, de vez en cuando, un suspiro entrecortado. No quiero que me quiten esto, que siempre sea mío, vaya donde vaya.<sup>1168</sup>

A aquella época es a la que le encantaría poder regresar, y no solo con el recuerdo, para oír a Rufino, el alguacil de su pueblo, anunciando la llegada de algún quincallero; para comprarle buena fruta a Matías, el revendedor; para ver cómo se regaban las calles y se blanqueaban las paredes, y para sentir, una vez más, el olor a tierra mojada. Cosas todas ellas que, según confiesa Antonio, pertenecen a un mundo cada vez más lejano e irrecuperable, a pesar de lo cual no pierde la esperanza de que algún día, tal vez no muy lejano, haya una especie de rebelión de la gente para reivindicar la vuelta a una vida más natural:

Me digo si algún día, miles, millones de personas, con ansias de oler tomillo, me acompañarán en mis paseos sobre el asfalto. No estará lejos, quizá, en el que centenares de tristes, o de rebeldes, o de desesperados, vengamos, con una relación de borracheras por alcohol y droga, a pedirle a usted, doctor, tanto que sabe, que nos traiga, si puede, el canto de un jilguero. Puede que cualquier día, al menos algunos hombres —los más retorcidos, sin duda, o los más tristes, todos hermanos— nos sentemos en la calle, como cuando se inicia una huelga, para ver si, al fin, nos llueve fino, empapándonos hasta sentirnos vivos y renovados. Pero, de momento, hay que sentarse a la mesa y comer.<sup>1169</sup>

---

1168 *Ibíd.*, 45.

1169 *Ibíd.*, 32.

## El conflicto entre Antonio y el poeta que lleva dentro

Mientras llega o no esa posible rebelión, en Antonio se impone la necesidad de seguir, resignadamente, con el tipo de vida que le ha tocado en suerte: sentarse a la mesa y comer. Entre tanto, su yo interior, ese poeta que hay dentro de él, camina por el mundo de los recuerdos, en lo que supone una dicotomía insalvable; al menos, por el momento.

Antonio vive entre las cuatro paredes de su celda, en una difícil comunicación con su mujer y sus dos hijos, para quienes todo es distinto, porque están más adaptados a ese tipo de vida. A ninguno de ellos les llega la presión interior que él siente y que se manifiesta en continuos achaques de salud, como el que dice haber sentido durante el último verano:

No podría decir cómo vino aquello. Un día como tantos, quizá atareado en trajines de prosa —nunca cerca del poeta, nunca en la esencia que uno viene buscando desde hace años—, y luego, ya cenado, en aquella terraza llena de luna, con la pipa encendida entre los dientes, algo que se mueve, algo que se vuelca, y uno sin habla. Cosa de vértigo, dijeron. Tal vez sí. Pero también pudo ser un roce de cables, un chasquido en la sesera, un miedo repentino, una acumulación de sobresaltos. Ve y adivina. Todo pasó, como una ventisca, como una tormenta repentina, y he podido, de nuevo, entonar copla —no sé si para reír o llorar— junto a los chavales.<sup>1170</sup>

Antonio se encuentra encerrado en un lugar al que le llegan voces de políticos o de mercaderes que quieren hacer ver lo blanco negro y lo negro de color de rosa. Así transcurren todos los días, con esa triste monotonía a la que se une, también, su aburrido trabajo en la oficina, ese

---

1170 *Ibíd.*, 17. Este susto que se lleva Antonio es el reflejo literario de uno de los sobresaltos que Rodrigo Rubio experimentaba en su salud durante los últimos años de su vida. De ese modo, y como podremos comprobar en varias ocasiones, se confirma una vez más el carácter autobiográfico con que el escritor albaceteño caracterizó al personaje de Antonio y, también, al de su otro yo, ese innominado poeta que Rodrigo siempre llevaba en su interior.

prosaico trabajo que les permite seguir sentados a la mesa y comiendo, mientras él continúa buscando al poeta y acariciando la posibilidad de escaparse de su prisión para pisar la escarcha, mancharse los pies con el rocío y ver una perdiz levantando su vuelo corto. Es en esos momentos cuando ve ante sus ojos ese simbólico banco de niebla que da título a la novela:

El anticiclón sigue centrado sobre la Península Ibérica. No vendrán lluvias por ahora. Entonces, difícil es encontrar la palabra que me lleve al musgo, a la humedad, a la casa con lumbre de leña. Persiste, en ocasiones, el banco de niebla que se pega a la tierra, a los surcos, que se mete en los resquicios del alma y produce cierto ahogo, como si fuera imposible encontrar una salida a la luz, a la palabra suave, al sol de alguna primavera. Sin embargo, dejo nieblas y muros a un lado, y me voy, aunque esforzándome, a dar un paseo por el recuerdo...<sup>1171</sup>

En efecto, Antonio, abrumado por el peso de esa simbólica y unamuniana niebla que invade y ahoga su alma, se refugia, se abisma, en los hermosos recuerdos del pasado, en las figuras del padre y de la madre, en las cenizas de ese fuego que ya no existe, pero que intenta retener siempre ante sus ojos. De ese modo, Antonio, como Augusto Pérez —o lo que es lo mismo, Rodrigo Rubio, como su admirado Miguel de Unamuno—, intentan por todos los medios a su alcance que el yo agonista deje paso al yo contemplativo, al yo que encuentra en el recuerdo la paz y el sosiego que el espíritu reclama a voz en grito.

En el segundo cajón de la mesa de su escritorio, convertido en una especie de baúl para recuerdos, Antonio guarda pólizas de diferentes seguros, montones de carnés (algunos ya inservibles), cartillas de ahorros (todas las utilizadas en los últimos quince o veinte años), libretas con anotaciones de ingresos y gastos y una póliza de entierros. En otro, hay documentos médicos, entre ellos algunas recetas dispensadas por los doctores del Sanatorio Nacional de la Malvarrosa y otros cuantos objetos que le hacen recordar tristes momentos de su pasado:

---

1171 *Ibíd.*, 18.

Entonces yo mismo llegué a creer que me iban a cambiar el baile, el paso, el ritmo. Lo dejaron peor. Hay radiografías, y no sé cuántas cosas más. En el cajón de abajo, escrituras, documentos, y también algunos de mis primeros trabajos literarios. Asimismo, entre sobres y legajos de cuartillas, veo petacas, encendedores ya sin gas, cajas de cerillas de otros países. Recuerdos. Cosas que han sido. No sé qué valor pueden tener. En las paredes hay cuadros, fotografías, y lo que yo mismo hice —apenas unos apuntes—, lleno de color de campo lejano.<sup>1172</sup>

Frente a esos objetos del pasado, la necesidad le obliga a seguir el ritmo marcado por el inevitable enjambre burocrático de este país y por las danzas que interpretan los políticos de turno, “que viven, pisando tanta moqueta, de espaldas a los rebaños que mueren y a las gentes que medio comen”.<sup>1173</sup> Unos políticos socialistas con los que Rodrigo Rubio se muestra muy crítico, acusándolos de ser “gente que tenía inquietudes, que alzaban el brazo/puño desde su camisa de cuadros; pero ahora se dedican a la imitación, moviéndose sobre las moquetas del poder”.<sup>1174</sup>

Mientras los jefes del despacho periodístico en que trabaja —sin duda, se está refiriendo a la labor desempeñada por Rodrigo Rubio en la revista *Minusval*, editada por el SEREM— están siempre reunidos con otros jefes, en lo que él califica como un tiempo de moquetas y güisquis, a Antonio le queda tiempo para dedicarse a escribir unos textos literarios, los cuales, como él mismo confiesa, sí reflejan la preocupación por los marginados de la que carecen esos políticos socialistas. Unos textos cuyo mayor mérito es reflejar la verdad de cuanto ocurre a su alrededor:

Recientemente contestaba a las preguntas de un periodista ante los micrófonos de una emisora de radio. El muchacho me decía que en mi obra resaltaban las intenciones por ver mejorada la vida del hombre, una lucha constante para conseguir una mínima felicidad. Entre esas gentes de lucha constante aparecían, según el periodista,

---

1172 *Ibíd.*, 28.

1173 *Ibíd.*, 25.

1174 *Ibíd.*, 37.

emigrantes y otros elementos que viven, o rozan, la marginación. Mire, no cuento nada del otro mundo, tuve que decirle [...] No hay más que ponerse a escribir una autobiografía para que la gente crea —incluso la más versada en letras— que estás muy bien dotado para imaginar. Así marcha todo, amigo. Les cuento la verdad de lo que gira en torno a mí, y se creen, insisto, que soy un fabulador extraordinario.<sup>1175</sup>

Tras esta nueva y sincera confesión, Rodrigo Rubio pone en boca de Antonio algunas otras vivencias suyas, como aquella en la que, una vez en que fue a cambiar el aceite a su automóvil, el mecánico vio los libros que llevaba sobre el panel trasero, unos ejemplares de *Memoria de pecado* y le pidió que le diera uno con una dedicatoria, la cual, según afirma Antonio, decía así: “Para mi amigo Feliz, que duerme, canta y fornicar, sin necesidad de que nosotros, los disconformes, le acerquemos el ascua a su pilila”.<sup>1176</sup>

Otra curiosa confesión es la que hace referencia a la casa del barrio de Moratalaz, en la que Rodrigo había vivido con anterioridad y a la que asocia con el tema del sexo. Un tema muy habitual en esta etapa que hemos dado en llamar de los mundos propios y al que tendremos ocasión de referirnos en libros posteriores. En todos los casos, como ocurre ahora, el escritor no tiene el más mínimo reparo en dar ciertos detalles que, aun estando adornados de curiosas metáforas y de ese tan particular humor suyo, a algunos lectores podrían resultarles un tanto escabrosos:

En el otro piso, el sofá se convertía a veces en pura cama, lugar propicio para el desbrague. Pasaba de vez en cuando. A mí me gustan los ligueros, las fajas prietas y las medias gordas, porque todo eso, si hay consenso, en una sobremesa sin sobresaltos, puede quitarse con rapidez, echándolo al suelo. Queda entonces a la vista el paisaje noble, las curvas, las hondonadas, el césped oscurecido por el que uno palpita. Y puede llegar ahí, aproximarse, penetrar la pica e iniciar un ajeteo

---

1175 *Ibíd.*, 35-36.

1176 *Ibíd.*, 40-41.

de gozo repentino. Ocurría a menudo. De vez en cuando, aquella cabalgada, aquella danza y aquella risa.<sup>1177</sup>

En cambio, la casa en la que vive en la actualidad es sinónimo de soledad, oscuridad, pestilencia y rebeldía. Y todo ello hace que el poeta que lleva dentro se convierta, cada vez más, en un inadaptado:

El poeta pergeñaba unos versos, todos con alusión a la lluvia, a los pájaros, a los rastrojos, a los cardos, a las niñas con mocos, a la vez que nombraba a Felo Trotes, el muchacho medio paralítico al que su madre sacaba en las tardes de septiembre para que comiera uvas, y luego, ya saciada el hambre, la amara a ella a la sombra de una vid de pámpanos dorados. Y aquello no podía ser, no encajaba con el optimismo de la época.<sup>1178</sup>

Pero es que, como dice Antonio, el poeta era muy terco y no quería acomodarse a los tiempos del marketing, de los lavavajillas, de los clubes de campo, de los ejecutivos, de los ministerios; en definitiva, huía de todo lo que oliera a promoción y modernidad y no se dejaba aconsejar por Antonio, su otro yo, quien le decía cosas como estas:

La vida es así, yo, y no le des más vueltas. Tienes que amoldarte, buscar mujer, tener hijos, comprarles juguetes, fornicar en sábado, ver teatro para reír, la película de ciencia ficción, el zoológico, el parque de atracciones, y tomar la ruta automovilística que todos siguen. Tienes que ser razonable, yo. El mundo sigue su marcha, y si intentas cambiarlo te vas a romper las narices contra políticos y banqueros.<sup>1179</sup>

---

1177 *Ibíd.*, 44-45.

1178 *Ibíd.*, 51.

1179 *Ibíd.*, 53.

Siguiendo los consejos de Antonio, el poeta hizo cuanto pudo por cambiar: se compró un piso, firmó letras, se casó, tuvo hijos, cogió una raqueta e incluso trató de acercarse al club de campo. Pero, siempre que intentaba entrar allí, caía en una hondísima depresión. Entonces, como *alter ego* que es del Rodrigo Rubio escritor, el yo poeta se reencuentra con su padre muerto y con “Josillo, el amigo de la infancia que se moría sentado en una mecedora. O con Juan, el muchacho que emigró a Alemania, por los años del desarrollo, para morir allí atacado de progreso feroz”.<sup>1180</sup>

Según la personal filosofía de Antonio, hay dos tipos de soledad: la soledad del hombre solo y la soledad del hombre apretujado. En esta última uno se encuentra rodeado de gente de lo más variopinto: vendedores de coches, monjas de colegio, travestis, navajeros, políticos, etc. Es una soledad en la que, al final, quien la sufre tiene que acudir a ver al psiquiatra, porque no puede soportar la desgracia de tantísima gente.

En cambio, en la otra soledad, en la que es la soledad del corredor de fondo, con un poco de suerte, se puede uno encontrar con el poeta que llora. En esta soledad, uno camina, descansa, bebe agua o güisqui, se fuma una pipa o un puro, busca en sus libros y, aunque sea fugazmente, aparece el poeta en algún renglón amarillo. Entonces, uno deja que el poeta hable y traiga hasta tus ojos el humo de las hogueras del campo, el olor a la bodega del pueblo, el sonido de las yuntas, y siente, cercana e invisible, la mano de Dios. Tras ese hermoso viaje en soledad, tras esa experiencia casi mística, todo vuelve a la cruda realidad:

El recorrido es corto, el viaje largo, porque el poeta y yo nos hemos salido de la celda gracias a la soledad del hombre solo. Hemos traspasado paredes. Hemos salido más allá de los páramos, evitando la sequedad y el viento sin lluvia. Hemos caminado, muy en corto, viajando tanto, alejándonos hacia un confín de nublados, de escarchas, de padres serenos, de ollas a la lumbre, de piedras y granos. Cuando

---

1180 *Ibíd.* Recordemos que Josillo es el protagonista de *La feria* y Juan, el de *Equipaje de amor para la tierra*. Con estos recuerdos del poeta se aprecia, de nuevo, el hilo conductor que une toda la obra literaria del escritor albaceteño, con independencia de los apartados en los que esta se pueda dividir o agrupar.



hay que regresar, yo tomo notas, miro la agenda, trazo números y me digo: Mañana, jueves, he de ir a hablar con el doctor. Y, sentado frente al televisor, veo al poeta, ya sin cuerpo, que lucha inútilmente por salir ileso de todos los telediarios...<sup>1181</sup>

Un poeta que, un día, gana unos juegos florales en una villa en la que era concejal de cultura un tal Juanillo Tabardo, el cual había ido a la escuela de Monsalve con Antonio —y, por supuesto, con el poeta— y siempre era el último de la clase. Ahora, aquel Juanillo estaba desconocido, con su traje de alpaca gris marengo, su camisa blanca y su corbata color caña, y hasta parecía haber adquirido alguna cultura, cuando ya aspiraba a convertirse en diputado. Y lo más curioso de todo es que aquella fiesta de entrega del premio no estaba pensada para el pueblo. Aquella cultura, como apunta irónicamente Antonio, tenía un precio de cinco mil pesetas la pareja, sin derecho a cena, ni a refresco, y todo porque actuaba un cantante de moda, “de esos que cantan por ahí en las ferias, en los estadios y se llevan una pasta gansa, aunque la flor natural, la que en disputada lid ha ganado el poeta, sólo tenga veinticinco mil pesetas como premio en metálico”<sup>1182</sup>

Un día en que Antonio se decide a salir a la calle, se encuentra con su amigo Tito el ciego, tomándose unos callos y una botella de vino. Este lleva el bolsillo lleno de billetes, gracias a la venta del cupón de la ONCE. Entre copa y copa, un poco achispados por los efluvios del vino, Antonio comenta que la calle está llena de disgustos y pesadumbres, a lo que su amigo le responde que no es eso lo que piensan El Viejo Profesor, ni Leguina, ni Guerra, todos los cuales se alejaron ya de las vacas flacas. Pero lo más chocante es lo que le ha pasado a un tal Pascualete Moto, uno que es de Carabaña y que repartía sobres de oficina en oficina con una Vespino. Ahora el mozo es uno más de esos promocionados del poder establecido:

---

1181 *Ibíd.*, 62.

1182 *Ibíd.*, 74.

¿Qué le sucede?, inquiero. Joder, que ahora está en un antedespacho, al lado mismo del gran despacho, también con moqueta y aire fresco en el verano. ¿Ha puesto un negocio?, pregunto. Joder, no. Que se fue con los de la O de obrero y se hizo tecnócrata, abrepuestas de lujo, descuelgateléfonos con llamadas de alto nivel. El tío se ha colocado. Esto, como el chacachá de Miguel Bosé, me produce estridencia. Pero no doy ningún grito.<sup>1183</sup>

Hastiado de esa falsa calma creada por ediles que bailan el rigodón de los nuevos tiempos y que corren las cortinas de sus despachos para no ver a los que bailan la danza mortecina del paro, Antonio se refugia en su casa y conecta el transistor. Entonces escucha, con alegría, que en algún rincón de la península ha empezado a caer una mansa lluvia que, sin duda, llevará a ese rincón la calma y el sosiego que él no tiene.

Tanta es la sed de Antonio que, en un momento concreto, llega a beberse cinco vasos de agua, “porque acababa de llegar de la calle, y por ese maldito mundo de polvo y humo no había más que sed. Sed de lluvia, sed de paz, sed de que se acabe, si es posible, la mala leche que unos y otros llevamos encima”.<sup>1184</sup> Una sed que bien pudo haber sido, también, la causa de la muerte de su amigo, el escritor caravaqueño Gregorio Javier, en un accidente de tráfico:

Por el Paseo de la Florida he recordado a Grego Javier, un amigo muerto, un amigo lanzado a la tumba por la avaricia de correr. Un amigo atropellado, ahí mismo, frente a su casa, por un conductor que, quizá, intentaba saciar su sed en no sé qué semáforo en rojo. Recordé a este amigo, no sin que se me fuera un cuarto de lágrima mejilla abajo, y recordé, sobre todo, que había escrito una novela con título muy hermoso, “Cristo y la sed”. ¿Es sed de Cristo lo que también tenemos? Puede que algunas gentes, sí, pero eso se disimula.<sup>1185</sup>

---

1183 *Ibíd.*, 79.

1184 *Ibíd.*, 89-90.

1185 *Ibíd.*, 91. A este escritor de Caravaca de la Cruz (Murcia) se había referido Rodrigo Rubio en su ensayo *Crónicas de andar y ver España*, calificándolo como “gran compañero y mejor amigo” (véase la página 66).

Cuando más agónico se siente Antonio, de pronto, inesperadamente, aparece el poeta, empapado de una lluvia que ha caído sobre él, de una lluvia mansa y hermosa, tal vez enviada por el Cristo del amigo muerto, y que lo ha llenado de paz y de lágrimas. Al abrazarlo, también Antonio se empapa de la lluvia. Mira al cielo y lo ve cubierto de nubes. Llueve, Antonio se moja y el poeta se funde dentro de él. Se ha acabado, por fin, esa dicotomía existente entre el yo poeta y Antonio, quien se despide del psiquiatra, porque esa simbólica humedad hace ya innecesarios sus servicios. A partir de ahora, gracias a la lluvia que da título a ese último capítulo de la novela, todo va a ser distinto, pues, como dice Antonio en el momento de la despedida, la lluvia ha hecho que desaparezca la niebla en la que estaba sumido. La niebla se ha disipado y ha dado paso a la certeza y al deseo de vivir:

Cabe que, con un poco de suerte, llegue a nosotros, a usted y a mí, a mi mujer y a mis hijos, a los tecnócratas, e incluso a los vividores, un poco de amor de nube. Todo es cuestión, me parece, de insistir, de moverse por ahí. Estuve, como usted sabe, mucho tiempo, días largos, interminables, metido en un banco de niebla, amenazado por la crueldad del cielo de las altas presiones. Pero eso me parece que ha desaparecido. O quizá sea una ilusión, el efecto de alguna pastilla que ha jugado a favorecerme. Sin embargo, yo le agradezco a usted, y al poeta, y al dolor, y al frío, y a la sequedad, el que hoy mismo, esta mañana, me hayan entrado unas hermosas ganas de vivir.<sup>1186</sup>

#### **7.4. *Un camino de rosas* (1992)**

Esta novela, escrita entre el verano de 1990 y el invierno de 1991, se configura como una especie de relato marco dentro del que se insertan varios relatos, todos ellos integrados en la historia general, la cual se plantea como una historia verídica que, a pesar de estar escrita en tercera persona, está contada desde la perspectiva de cada uno de los personajes, en una especie de monólogos interiores indirectos. Ello permite al narrador omnisciente establecer un cierto distanciamiento

---

1186 *Ibíd.*, 97.

respecto de los hechos contados en la novela, que arrancan con la posible violación de una chica muy llamativa, Susana, por parte de su padre, Fidel García Arenas. Y, además, le permite realizar comentarios o apuntes, casi siempre en tono humorístico o irónico, acerca de la forma de actuar, pensar o hablar de los distintos personajes e incluso de la posibilidad de que Fidel no sea el verdadero padre de Susana, un interrogante que se plantea nada más comenzar la novela.

*Un camino de rosas* está dividida en once capítulos, sin títulos ni números y de diferente extensión, dentro de los cuales se establecen unos apartados separados por espacios en blanco, correspondientes a distintas escenas o momentos narrativos de las diversas historias contenidas dentro del relato marco, el cual aparece encabezado con unos fragmentos de la epístola de San Pablo a los Romanos correspondientes al capítulo 12, versículos 16-19: “Vivid en armonía unos con otros... No paguéis a nadie mal por mal... Haced todo lo posible por vivir en paz todos... No toméis venganza por vosotros mismos, sino dejad que sea Dios el que castigue”<sup>1187</sup>

Según nos contaba Rodrigo Rubio, quiso escribir esta novela de forma que todo apareciera casi seguido, pues incluso los diálogos figuran insertos en la propia narración, de forma indirecta. Ello se debe al hecho de que se trata de una novela a la que él califica como “relato relato, crónica densa, con muchas vivencias y mucho mundo del que, pese a todos los brillos, huele”<sup>1188</sup>.

Con *Un camino de rosas*, se inicia un ciclo narrativo que, en palabras de su autor, estaría basado en la memoria narrativa y que tendría su continuidad en la novela *Fábula del tiempo maldito* (1997) y en la inédita *Páramo de cruces*. En las tres novelas, el escritor albaceteño daría rienda suelta a uno de los temas que más le preocupaban en estos últimos años de su creación literaria: “la casi imposible felicidad del hombre. La lucha del ser humano, unas veces esperando algo en Dios, otras —por lo menos en lo que hago últimamente— desconfiando de ese Dios prepotente y no siempre misericordioso”<sup>1189</sup>.

---

1187 Rubio, *Un camino de rosas*, 7.

1188 Carta de 8 de febrero de 1992.

1189 Carta de 10 de agosto de 1996.

A esta trilogía se refería Rodrigo Rubio con el nombre de “los libros de la memoria”. Unos libros comenzados a escribir a principios de los años noventa y de los hablaba en mayo de 1997 en los siguientes términos:

Estos libros son independientes entre sí pero su común denominador es que están contados por un hombre ya mayor, un hombre maduro que roza la vejez, con problemas en su vida familiar, de convivencia o de habitabilidad incluso, en una gran ciudad como Madrid, una urbe que no es para personas mayores, con problemas físicos. Son obras con pinceladas del presente pero que fueron ocurriendo en torno al chiquillo y luego al muchacho que es el protagonista.<sup>1190</sup>

Desde este planteamiento existencial, en el que la felicidad es algo casi imposible de alcanzar, hemos de considerar *Un camino de rosas* como una novela en la que el autor plantea el enfrentamiento entre dos mundos: el de los pobres, representado por Fidel, su mujer y su hija Susana, y el mundo de los ricos, al que pertenecen el primo de Fidel, Leopoldo García Viñas —obsérvese el simbolismo que el autor concede a los segundos apellidos de los dos primos, Arenas y Viñas— y los empresarios y políticos entre los que el primo Poldito, como lo llama Fidel, se mueve como pez en el agua. En medio de esos dos estamentos sociales se sitúa el novio de Susana, el policía Casto Gómez.

Por otra parte, hay que decir que el título de la novela no está en relación con la vida que les ha tocado en suerte a Fidel y su familia, sino más bien con la que se supieron organizar todos esos políticos y vividores que realizaron sus negocios, trapicheos y corruptelas en torno al gobierno socialista de los años noventa, al que Rodrigo Rubio censura con acritud. A todos ellos les está reservado no sólo el logotipo de la rosa de los socialistas, sino también ese camino de rosas que para otros lo es de abrojos.

---

1190 López Precioso, “El amor en tiempos no lejanos”, 5.

De otro lado, hay que señalar que, ya en el capítulo primero, quedan planteados todos los ámbitos narrativos en los que se va a centrar el escritor albaceteño. De un lado, un Fidel García Arenas, parado, cincuentón de buen ver, aficionado a las cañas, los vinos y las tragaperras y con unos resabios de mala leche que le vienen de cuando era un mozuelo en la posguerra del hambre. Con él están, su mujer, Sacra, que, según el narrador, vive como en un mundo aparte, ganando buenos dineros en las casas de los ricos a los que presta sus servicios de asistenta. Y su hija Susana, la cual no ha podido ir a la universidad y se ha quedado en aprendiz de muchas cosas —como corresponde a hija de familia pobre—, entre ellas el reparto a domicilio de muestras de detergentes y perfumes.

Precisamente, será Susana quien sirva como nexo de unión entre el mundo de los pobres y el de los ricos, pues, gracias a su trabajo y a su belleza física, caerá en manos de uno de esos *yuppies* que, cuando ella acude a su casa para vender los productos que promociona, se la beneficia con la complacencia de la chica, un tanto deslumbrada por el buen hacer de ese hombre rico y cuarentón, a propósito del cual el narrador apunta que “la experiencia es un grado, la mala leche dos, el dinero tres”.<sup>1191</sup>

### El mundo de los ricos y vividores

Cuando comienza la novela, Susana García acude a la casa de un rico empresario cuya familia está de vacaciones en el chalecito de la sierra. Este hombre, aprovechándose de sus hábiles dotes de conquistador y de un ambiente que deslumbra a la muchacha, consigue que esta se le entregue sin reparo alguno, a pesar de lo cual, y nada más acabar, ella misma se pregunta si es una puta, a lo que el narrador añade que no lo es, aunque le ha gustado la experiencia.

A partir de entonces, se amplía el número de hombres preocupados por la muchacha, ya que, a las habituales inquietudes de su padre y su novio, se une ahora la de un tipo apuesto, entre cuarenta

---

1191 Rubio, *Un camino de rosas*, 10.

y cincuenta años, con un formidable BMW. Un tipo llamado Xosé González Souto, el cual era socio y asesor financiero de una empresa que se dedicaba a muchos negocios, unos limpios y otros no, y que respondía a la razón social de Leogarvi, porque su dueño no era otro que Leopoldo García Viñas.

Es así como se van a poner en contacto, de nuevo, los mundos propios de los dos primos, sin que ninguno de ellos sea consciente de esa curiosa carambola del destino, aunque Leopoldo empezará a atar cabos muy pronto, como corresponde a tan hábil personaje. Y es que, desde el momento en que su socio tuvo el encuentro con Susana, se mostraba preocupado y como ausente de los múltiples negocios que llevaban entre manos. Por ello, sabedor de que esa actitud solo podía responder a un asunto de faldas, comenzará a indagar hasta llegar a la conclusión de que la muchacha en cuestión es la hija de su primo Fidel.

Leopoldo es un hombre al que la gente de su pueblo llamaba Poldito Compro, porque desde hacía más de veinte años compraba todo: casas nuevas, pisos, bajos, casas viejas, solares, parcelas y todo aquello que se pudiera urbanizar pasados los años. Él había sido un muchacho decente, al que algunas mujeres piadosas y el cura del lugar habían mandado a estudiar al seminario para que se hiciera hombre de sotana y se alejara de su padre, el tío Poldo, guarda rural y el putero más grande del pueblo.

La historia del primo Poldito es, en palabras del narrador, una historia grande y de mucha importancia para un relato verídico en el que a Fidel García Arenas le ha tocado la peor parte, mientras que Poldito se ha llevado la mejor, sobre todo gracias a su habilidad para estar siempre cerca del poder político establecido. Así, fue uno de los muchos españoles que acudieron a Madrid a escuchar el último discurso de Franco y uno de los muchos que lloró cuando el dictador se murió. Y fue, también, un hombre que, desde que salió del seminario, nunca reparó en desgracias ajenas y que se dedicó a labrarse un buen presente y un mejor futuro. Para ello, se casó con Encarna Panadero, una rica del pueblo, con cuya fortuna puso las bases económicas para sus negocios, primero agrícolas y ganaderos y, después, en el ámbito de la construcción/especulación, como señala el narrador con una de esos

lexemas compuestos que con tanta frecuencia vamos a ver a lo largo de la novela y que son característicos del estilo literario de Rodrigo Rubio, en especial en esta última etapa narrativa.

De ese modo, el beato/falangista Poldito Compro se fue haciendo cada vez más rico, empezando con la compra de un edificio ruinoso en Madrid que, al ser demolido, sepultó a tres obreros, sin seguro alguno. Y, cuando todo indicaba que sería procesado, resultó que no le ocurrió nada, porque personas con poder desviaron los papeles. Por eso, según el narrador, podría decirse que tenía algo en común con el entonces presidente del Atlético de Madrid, Jesús Gil y Gil —a quien se le había hundido un restaurante en los Ángeles de San Rafael—, que va a estar presente a lo largo de toda la novela, pues también Poldito extenderá sus tentáculos por el ámbito de la construcción y de la corrupción política, viéndose favorecido por el hecho de que su hija Encarnita —estudiante de Filosofía y Letras y “muy puesta ella en la rojez que muchos universitarios vivían” en los tiempos del cambio de régimen— se casó con Pascual Moreno, al que el narrador califica como un abogado barbudo, progresista, que pisa fuerte en un ministerio. Un hombre que, antes de ser su yerno, ya se permitía marcar a su futuro suegro el ritmo que debía bailar:

De modo que el chaval rojo quería que él, a la hora de votar, apoyara a los herederos de Pablo Iglesias, a los que habían corrompido el país, según a Poldito le contaron, cuando aquella república de la miseria. Quería su futuro yerno que él, Leopoldo García Viñas, votara a los que habían perseguido a los curas y monjas, a los que habían quemado iglesias. Pues eso no, ¡nunca! Y el futuro yerno, muy serio él, muy amable, sin enfadarse, le diría a don Leopoldo que no se confundiera, que la historia no era así, que el viejo tenía los vicios de todos los que, por ignorancia, habían confundido el hambre con la gana de comer o la velocidad con el tocino.<sup>1192</sup>

---

1192 *Ibíd.*, 32.



No le fue difícil a Pascual Moreno convencer al padre de su novia para que cambiara su punto de vista sobre los socialistas, pues ambos estaban condenados a entenderse, por razones y ambiciones comunes. Así, cuando estos alcanzaron el poder, Leopoldo se benefició de las ganancias que, como buen pescador en río revuelto, pudo y supo obtener de forma rápida. De ahí que Poldito empezara a pensar que, bueno, tampoco esos chicos llegaban con la hoz y el martillo ni con los tridentes del diablo. Por tanto, lo mejor sería dejar que Pascual le fuera abriendo camino, le orientara los pasos, para que las arcas de su casa estuvieran cada vez más repletas.

Y las arcas se iban llenando satisfactoriamente con todos los negocios de Madrid. Pero ahora había que dedicar atención preferente a los asuntos de Andalucía, en los que se tenía que volcar el gallego González Souto, para trabajarse convenientemente al Calvo Barbas, el cual, como apunta el narrador, no es otro que Juan Guerra, el hermano del Vicepresidente del Gobierno, quien, en aquellos momentos, funcionaba como una especie de seguidor a comisión. Él podría lograr la compra de terrenos rústicos con la condición de que, una vez adquiridos, fueran recalificados como urbanizables.

Lo malo del caso era que Souto estaba en un momento bajo de forma, porque le había afectado muchísimo el episodio erótico que tuvo en su casa con Susana García. Desde entonces, en su cabeza solo había sitio para la muchacha, como finalmente le acaba confesando a su socio y jefe, quien, sospechando que pudiera tratarse de la hija del pobretón de su primo Fidel, decide ponerse manos a la obra para darle gusto al gallego, aunque para ello tenga que contratar a la joven como secretaria particular de Souto. De ese modo, este podría satisfacer sus deseos sexuales con la chica y atender a la perfección los negocios andaluces que tanto preocupan a Poldito. Porque, como bien decía el dueño de Leogarvi, “el que lo prueba repite, si su listeza o su bolsillo se lo permiten”<sup>1193</sup>

Si todo salía como Poldito había previsto, su socio y él podrían acercarse tranquilamente a la Feria de Abril de Sevilla, lugar de trasiego de buenos negocios, pues, aunque allí no se firmaban contratos, sí quedaban ya muy hechos. Por eso, el primo Leopoldo llama por tres

---

1193 *Ibíd.*,114.

veces a su primo Fidel para concertar una cita en su despacho y, allí, comprobar si la chica que distrae la atención del gallego es la hija de su primo Fidel. A Souto le pareció esta una buena idea, como también lo era la de acudir a la Feria de Sevilla, según nos cuenta el narrador, con ese habitual sarcasmo tan característico de Rodrigo Rubio:

A Souto le parecía una buena idea, y él sabía de muchos empresarios madrileños que se largaban a la Feria de Abril sólo por ver de qué forma arrimaban el ascua a su sardina. Vivimos en un país de pícaros y corruptos, Leo, tú lo sabes, le diría Souto, y el otro: a ver si no, claro que lo sé. Pues por eso. Entonces quizá tendrían que seguir el consejo de Benito Mejías e ir a la Feria de Abril, hacerse los contradizos con altos cargos de la Administración y, si era posible, también con el Calvo Barbas, o algunos de sus hermanos, que todos tenían, al parecer, la sartén por el mango, y el mango también.<sup>1194</sup>

Leopoldo es un hombre que, gracias a su yerno, lo tiene todo muy claro. Si hay que ir a una academia a aprender el baile de las sevillanas, se va, aunque a su mujer no le guste nada ese ritmo tan repetido y un tanto repelente. En Sevilla había que hacer un buen papel, incluso bailando esa “danza tan de moda desde que llegaron a la Moncloa los dos hombres más poderosos de Andalucía, y de España, naturalmente”.<sup>1195</sup>

Y, si hay que organizar una espléndida fiesta en su chaletazo de la sierra, con ocasión de su cincuenta y ocho cumpleaños, pues se organiza, aunque su mujer no fuera nada proclive a esos alardes de riqueza de su marido. Porque, como señala el narrador, ella había sido la rica de siempre, aunque tacaña y sin lujos, no como su marido, al que le gusta vivir como un millonario.

Así que Leopoldo García Viñas prepara una fiesta por todo lo alto, en cuyo transcurso su yerno, Pascual Moreno, se encuentra con Tomás Márquez, un alto cargo del Ministerio de Obras Públicas y

---

1194 *Ibíd.*, 118.

1195 *Ibíd.*, 182.

Urbanismo quien, tras esnifar un poquito de cocaína para sentirse mejor, le da al anfitrión la alegría de que se le va a otorgar la concesión para el asfaltado de la red vial secundaria de la Comunidad Autónoma. Aunque, en realidad, para Poldito no era una gran alegría, porque el negocio no pasaría en cuanto a ganancias, más allá de los doscientos millones de pesetas.

Una fiesta en la que todo sale a pedir de boca para Leopoldo, así como para sus amigos y sus negocios. Incluso para la seca y enjuta de su secretaria, Marisa, quien esa noche había sido objeto de las cariñosas atenciones de un joven camarero llamado José, el cual al final se la llevó a la furgoneta del reparto para hacer con ella lo que el narrador califica como un formidable polvo echado a tiempo. Algo para lo que José dispuso de la complicidad de sus compañeros, con lo cual este, “que, además era vocal de Comisiones Obreras —un sindicalista muy eficaz que siempre los defendía a todos ante la empresa—, estaría, de seguro, llegando al final de una fiesta que, también, para él, había resultado hermosa”.<sup>1196</sup>

### **Algunos ejemplos del mundo de los pobres**

Como señala el narrador, dentro de la historia grande y verídica que aquí se cuenta, procede a insertar, en cualquier momento, otras historias que, convenientemente desarrolladas, hubieran podido servir para configurar relatos de una mayor extensión. Pero, en esta ocasión, el escritor echa mano de ellas para mostrar unos claros ejemplos de esa triste vida que les ha tocado en suerte a Fidel García Arenas y a otros tantos como él, para quienes los designios divinos o la caprichosa rueda de la fortuna han decidido mostrarse contrarios o, cuando menos, esquivos.

Una de esas breves historias es la del primer hijo de Fidel y Sacra, el cual les había nacido a los cinco meses de casados, como fruto del pecado de pasión irrefrenable de ambos durante una noche de primavera, en el patio de la casa de Sacra, en donde los vergeles parecían haber estallado en un olor que los arrullaba y emborrachaba. Fidelete,

---

1196 *Ibíd.*, 189-190.

que así se llamaba la joya, se crió en el pueblo como un chaval borde y, luego, en la ciudad, tomó un camino torcido que lo condujo a las drogas, a los atracos en gasolineras, estancos y supermercados, y a la cárcel de Carabanchel, en donde un día, desesperado a causa del mono y de la angustia de verse entre rejas, se colgaría con su propio cinturón. Y su padre tenía muy claro que la culpa de esa muerte, como la de tantos otros jóvenes desvalidos e inocentes, era de una sociedad en la que todo valía y en la que los más fuertes lograban salir adelante, mientras que los más débiles eran destrozados por esa vida infernal. En esos momentos, los pensamientos de Fidel coinciden plenamente con la forma de pensar de un cada vez más sensibilizado, escéptico y descreído Rodrigo Rubio:

De modo que no le vinieran a Fidel García Arenas con que las gentes son malas porque sí, y que el hombre que tira a fiera sigue siempre fiera, sino que para él existía un mundo de mierda, un mundo de marquesas con el coño al aire, de financieros que se divorciaban, de grandes magnates que, cubriéndose con otros negocios, traficaban en drogas, enmarañándolo todo, llevando a la miseria a los más pobres, a los desgraciados de siempre.<sup>1197</sup>

Un personaje al que el narrador concede mayor atención es el tío Poldo, guarda rural de Monsalve y que rara vez había sido feliz. Él y su mujer, Mariana, tuvieron tres hijos, de los cuales solo Poldito consiguió salir adelante. La hija, Marianín, murió con año y medio, después de haberse quemado en la lumbre, cuando empezaba a andar. El otro hijo, Cristobalillo, creció con todo el rostro quemado y sin un ojo, como consecuencia de otra quemadura, y vivió encerrado en la casa, como una planta criada bajo techo, y llorando por su único ojo cada vez que se miraba al espejo. Así transcurrió la vida de este pobre muchacho —uno más de los personajes desgraciados a los que Rodrigo Rubio ha retratado en muchos de sus libros—, hasta que, con dieciséis años, sale de su casa, se acerca hasta la vía del ferrocarril Madrid-Cartagena-Alicante y, cuando oye el ruido lejano del rápido Madrid-Cartagena, se estira en las

---

1197 *Ibíd.*, 28.

vías, apoya su rostro desfigurado sobre el raíl y espera a que le llegue la muerte:

No mucho tiempo, porque el rápido viene ya, con sus gentes que ven campos, pero que sólo piensan en llegar a otras tierras con mar y humedad. El tren viene, y el rostro maltrecho de Cristobalillo, el chaval que llora por su único ojo, que aún tiene otro recuerdo, blando, hondo, para su madre, queda, en un momento, totalmente aplastado, deshecho. Las ruedas, pequeñas y grandes, feroces, de la locomotora, lo han aplastado, pero también las ruedas de los vagones de primera y segunda clase. Todas las ruedas que se apoyaban, velocísimas, en el raíl, han besado, se han comido, han triturado, el rostro deforme de Cristobalillo, el muchacho que, al crecer, aparte de no soportar palabras que de alguna forma también herían, le desesperaba el hecho de ser feo.<sup>1198</sup>

Tras narrar, con tanto naturalismo, esa forma de suicidarse, el narrador se pregunta si al tío Poldo le podían llegar aún más desgracias o mayores castigos de Dios. Dos de sus hijos habían muerto y el otro iba, por entonces, camino de ser cura, alejado de sus padres y en manos de las beatas del lugar. En este sentido, el tío pensaba que Dios no aumentaría más sus desgracias por el hecho de que él acostumbrara a espiar a la gorda Bernarda Carnes y a masturbarse a distancia. Pero sí que tuvo un castigo mayor, pues un buen día el tío Poldo no pudo refrenar sus instintos y se fue detrás de Bernarda, la cual había ido a coger uvas en dirección a las fincas de Buenaventura Rubio, Laureano Rueda Trastorna y Juan José Sevilla Pasitos. Y pasó lo que tenía que pasar y lo que era de esperar.

Según cuenta el narrador, Bernarda era una mujer viuda que aún no había cumplido los cincuenta años y que tenía que buscarse la vida recogiendo las espigas que habían quedado en los rastrojos tras la siega y el acarreo. Con ellas conseguía sacar unos kilos de trigo candeal que luego vendía o que convertía en harina para llevarlos a la fábrica. Además, después de la vendimia, rebuscaba uvas entre las viñas, Así,

---

1198 *Ibíd.*, 74-75.

pasaba menos hambre en invierno, pues las gentes sin trabajo, al igual que los viejos campesinos, no cobraban por entonces pensión o subsidio alguno.

Y el tío Poldo, obsesionado con las gruesas carnes de aquella mujer, la siguió hasta las viñas, con el pretexto de que cortaba racimos de las cepas sin vendimiar, aunque, como aclara el narrador entre paréntesis, la mujer tal vez robara algunos míseros racimos, que luego llevaría a una bodega a cambio de unas pocas pesetas. Una vez en la viña, la cogió con sus fuertes brazos, le ató las manos a un árbol de almendros y se dispuso a llevar a cabo un enorme pecado, que hizo las beatas y su hijo Poldito. Un pecado que consistió en masturbarse delante de ella mientras observaba sus carnes desnudas. Algo que —según comenta el narrador, adelantándose en la narración al momento de la materialización del pecado— tampoco era tan grave como para que su hijo lo castigara de la manera que lo hizo, pues, a fin de cuentas, aquel pecado de su padre fue lo que le permitió salir de un seminario que no le agradaba y encaminar su vida por la senda de la riqueza:

El hijo no le había perdonado pasar las vergüenzas que pasó, pero no otra cosa. Dejó la carrera de cura, pero llegó al pueblo lustrosito, muy guapo, y con el romanticismo tontuelo que despertó en muchacha cursi y rica. Eso, pues, no era para que el hijo odiara a su padre, no haciéndole caso ya en toda su vida. Porque, hay que decirlo ya, antes de hacer referencia al pecado que cometió, que el tío Poldo se murió solo, se murió en el corral, decían que de una angina de pecho.<sup>1199</sup>

Muchas veces, recordando a su tío, se pregunta Fidel por qué la vida es tan cruel con algunos seres humanos, incluido él mismo. En cambio, cuando lee los periódicos en busca de las noticias y crónicas de sucesos, ve los comentarios que se hacen sobre lo bien que viven ahora las personas de la llamada tercera edad, una opinión que es compartida por esos mismos vejetes, quienes dicen vivir mejor que nunca.

---

1199 *Ibíd.*, 84-85.

Esta circunstancia le permite a Rodrigo Rubio hacer una irónica reflexión acerca de la forma de ver la política por parte de los viejos, que viven en su mundo, el mundo de la conformidad y del agradecimiento con el gobierno de turno, sin plantearse otro tipo de actuaciones de esos gobernantes. Ellos cobran sus paguitas, se apuntan a los viajes organizados por el INSERSO en colaboración con las agencias de viaje, que son una ganga, y no se complican la vida. Pero, según Fidel, a pesar de todas esas ventajas, les falta algo muy importante, que él estaría dispuesto a comunicar a la propia ministra de asuntos sociales, Matilde Fernández. E imagina que le escribe una larga carta en la que —a la manera en que Larra escribía sus artículos de costumbres— va dilatando la información sobre aquello que les falta, mediante el uso de digresiones como esta, en la que le habla a la ministra de la importancia que para los políticos tienen los votos de los viejos:

Ustedes hacen todo eso, que está muy bien, beneficiando a un gran colectivo, a la vez que también sacan algún provecho, por cuestión de votos cuando llegan las elecciones, claro. Son millones, y entre ellos y sus familias, se acumulan luego un montón de papeletas favorables para el partido que está en el poder. Los viejos, como los jornaleros andaluces del paro, dirán que es lo mejor, pues no quieren que cambie nada, no sea que, con ese cambio, se les mengüen las pesetillas que ahora sacan.<sup>1200</sup>

Por fin, tras dar varias vueltas en torno al tema, se decide a facilitar a la ministra la información necesaria para que las vacaciones de la tercera edad sean más divertidas y tengan un sentido social más amplio. Con vistas a que esos quince días de vacaciones en hoteles o balnearios fuesen más beneficiosos para, al menos, los viudos y solterones, sería conveniente que se les facilitase unas buenas chavalas entre los quince y los veinticinco años —más jóvenes no, porque resultaría algo aberrante, y mayores tampoco, porque ya podrían estar algo resabiadas—, con un manual de instrucciones acerca del tipo de caricias que estarían permitidas. “De esa forma el programa de vacaciones para la tercera

---

1200 *Ibíd.*, 96.

edad sería completísimo; más, claro, si además de ver y tocar, se pudiera foliar”.<sup>1201</sup>

Dejando al margen esta mezcla de crítica social y de humor, el escritor albaceteño vuelve a aportar otros ejemplos de personas a los que la felicidad no les acaba de llegar del todo o, simplemente, ni les llega. En el primero de los casos se encontraría un amigo de Fidel, Mauricio Peña, el cual tiene una tienda de animales de compañía, que le va muy bien, además de una buena mujer y una hija de quince años, Silvia, guapísima y trabajadora. Por el contrario, su hijo Dioni, de dieciocho años, era una bala perdida, un golfo. Había dejado el instituto dos años antes, se había comprado una moto pequeña y se había puesto a trabajar como mensajero, para gastarse todo su dinero bebiendo y con chavalas. Y el caso es que era un buen muchacho que, como muchos otros chicos de su edad, tenía la cabeza algo descentrada, que daba a sus padres grandes preocupaciones y que se aprovechaba del miedo de estos a que pudiera caer en la que Fidel y Mauricio consideran la guerra mundial actual, la guerra de la droga:

Así iba el chaval por la vida. Se pasaba las noches fuera, sobre todo los fines de semana, y también tomaba la moto para subir a la sierra, habiendo tenido ya, en un años, dos accidentes gordos, y todo porque conducía el trasto —el trasto decía siempre el chaval— sin ponerse casco ni nada, sólo por la ciudad cuando trabajaba. Ya les había hecho pasar a los padres sus buenos sustos, tanto que vivían, como decía Silvina, con el alma en vilo.<sup>1202</sup>

Mucho más tristes son las historias de dos personas conocidas de Fidel García a las que la felicidad se les mostró de lo más esquiva. La

---

1201 *Ibíd.*, 98.

1202 *Ibíd.*, 105. Esta inquietud de Mauricio Peña respecto de su hijo Dioni es un fiel reflejo autobiográfico de la preocupación constante que, durante unos años, vivieron Rodrigo Rubio y su mujer a causa de la situación de su hijo pequeño, quien, a pesar de ser una excelente persona, se hallaba algo desorientado en relación con sus estudios y con los trabajos que buscaba para ganarse algún dinero. Entre ellos, precisamente, el de repartidor a domicilio con una moto, con la que tuvo más de un percance.



historia del pobre tullido Felo Trotes había sido recogida en el pueblo por el profesor Fuentes, junto con otras historias malsanas, jodidas y miserables. El propio Felo fue quien le contó la hermosa y triste historia de amor que vivió con su madre, Rafaela la Rijosa, la cual lo sacaba por las tardes al campo, sentado sobre una tabla con ruedas que ella misma había confeccionado para que su hijo, ya buen mocetón, no se fatigara durante los paseos. Allí, Felo sufría tanto al ver a las muchachas, al ver pasar la vida por delante de sus ojos, ya con arrugas, que su madre accedió a convertirse en su muchacha y a darle el placer que él no podía tener con ninguna otra mujer. Hasta que su madre murió y Felo se quedó sin la persona que tanto lo quería y que tanto se había sacrificado por él.

El otro caso era el de Jesús Morales Díaz, un paisano del que se llegó a hablar en las páginas de sucesos de los periódicos porque apareció muerto en su apartamento a los cincuenta y siete años, tras haber recibido varias puñaladas en el pecho y con los órganos genitales mutilados. De Jesús recuerda Fidel que era conocido en el pueblo como Suso Moralín, porque era un muchacho “maruso” desde pequeño, que vivía con sus tías solteras y que protagonizó unas de las muchas historias del pueblo de Monsalve:

La historia era muy conocida por todos los monsalveros y estremeecía. Era otra historia de pendonería y pobreza. Otra más de las varias que recogería, poco antes de que Fidel emigrara con su familia, un profesor de sociología que llegó al lugar para realizar un estudio de la vida sexual en aquellos años de posguerra, todavía con hambre y mucha represión.<sup>1203</sup>

Según le había contado Jesús Morales al profesor Fuentes, su caso era muy diferente al de Miguelón Simpadre y de Matilde, la hija del curandero —dos de los personajes que aparecían en aquellos viejos papeles amarillos de la abuela Clara—, pues él tenía entre las piernas una cosilla “pequeñita, rojilla y tiesa como de gato cachondo”<sup>1204</sup>, que gustaba

---

1203 *Ibíd.*, 122.

1204 *Ibíd.*, 131.

mucho a sus tías Luisa y Narci. Sobre todo, a la primera de ellas, que era la mayor y la más cariñosa y que le proporcionaba mucho placer, a pesar de estar casada con un hombretón de pelo en pecho llamado Zenón, de quien tuvo un hijo precioso con el que empezó a jugar el bueno de Suso, al cual le encantaba pintar la cara del niño y también la suya. Poco después, cuando el niño murió de meningitis, fue cuando Suso supo que era ya un marica que incluso se sentía feliz amando a un niño muerto.

### **La desgraciada historia de Susana García y Casto Gómez**

A Susana García, esa hija a la que tanto ama su padre —o padrastro— Fidel, le ha tocado en suerte un novio llamado Casto Gómez, un policía que se mueve entre negocios sucios de droga. A él le dedica Rubio íntegramente el breve segundo capítulo de la novela, porque, como más tarde se verá, también su historia tiene gran importancia dentro del relato marco en el que se inserta.

Casto, más cerca de los cuarenta años que de los treinta, había estado casado y tiene un hijo al que casi nunca ve. Había sido un buen muchacho de pueblo, de los que estaban arando hasta que se iban al servicio militar y que, como tantos otros, había aprendido las cuatro reglas y había leído lo justito, en el catón y en alguna enciclopedia de las que pedía el maestro en la escuela. Ya en el servicio militar supo que podía estudiar para ser policía y se aplicó en ello porque él, como otros muchos, era pueblerino, pero no un tarugo:

Son listos, inteligentes, más listos que inteligentes. Se acuerdan de cuando en su casa cagaban en el corral, o en el campo, limpiándose el culo con un canto. No quieren volver a eso, aunque ya en casi todos los pueblos haya agua corriente y retretes sin peste de mierda vieja. Tienen que hacer algo, y se aplican. Del pueblo, cuando van de permiso, aún vuelven con dos barras de salchichón casero, o con un jamón, todo para regalárselo al capitán o al comandante. Se van trazando su camino. Ya

se dijo que no son zoquetes, y la mala vida de la niñez siempre agudiza el ingenio.<sup>1205</sup>

Además de todo esto, es alto, fuerte, cuenta con un buen grado de mala leche, tiene ciertos recelos políticos y quiere que haya jefes fuertes. Por eso a él, a pesar de ser pobre, le gustaba Franco. De ahí que, en tiempos ya democráticos, no tuviera el menor reparo en repartir leña a los rateros, los drogadictos y los que querían vivir sin trabajar. En cambio, no dudó en liarse con putillas muy jóvenes, que no le costaban nada, a cambio de alguna que otra ayuda cuando tenían problemas. Así hasta que su mujer, Benilde la de Julián Mocos, descubrió la vida en la que estaba metido y, entonces, él le dio una buena paliza y la violó. Media hora después, ella salió de aquel piso de Orcasitas para no volver jamás.

Este es el hombre que, al principio, proporcionó buenos placeres a la joven Susana y más de un quebradero de cabeza al celoso de Fidel. Y todo iba bien hasta que la muchacha se volvió triste y huraña, a raíz del breve episodio erótico vivido en casa de Xosé González Souto, que la hizo sentirse como si fuera una prostituta. Entonces, tanto el padre como el policía empezaron a preguntarse cuáles podían ser las causas de que la muchacha estuviera varios días sin querer levantarse de la cama, sin querer ver a nadie, sin querer hablar con su padre y levantando en su madre la sospecha de que les ocultaba algo.

Susana se ha convertido en la protagonista de un sufrimiento masculino a tres bandas. Su padre sufre pensando que el comportamiento de su hija se puede deber al que él considera una especie de acto de violación por su parte, aunque el narrador precise que no había pasado más allá de unas cuantas caricias cuando su hija regresó a casa un tanto aturrida por lo que le había pasado en la casa de Souto. Su novio padece porque piensa que la muchacha le puede estar siendo infiel con algún otro hombre y se pone hecho una furia cuando ella no quiere verlo ni ponerse al teléfono. Y el gallego Souto está como alma en pena deseando poder encontrarse de nuevo con ella y disfrutar de aquella carne joven y hermosa.

---

1205 *Ibíd.*, 38.

La tragedia empieza a desencadenarse el día en que ella decide salir de su cuarto para hablar con Casto, y lo hace hermosísima, con un vestido de tela transparente, de falda hasta medio muslo y mostrando desnudeces tostadas. Le hace saber que ya no quiere nada con él y, como respuesta, recibe una sonora bofetada. Es entonces cuando para Fidel se produce un hermoso milagro, pues la chica acude a refugiarse en sus brazos y no en los de la madre. Y, desde ese momento, se abre una breve etapa de suave felicidad para el padre, aunque, según el narrador, su mujer hubiera tenido mucho que decir al respecto y no lo hacía.

Más feliz aún será Fidel cuando compruebe la decencia con la que su hija rechaza el puesto de trabajo que le ofrece el primo Poldito. Al ver entrar a Souto en la oficina del primo, coge a su padre del brazo y le pide que se marchen de allí. De modo que prefiere dejar el buen sueldo y el coche que le acaban de ofrecer y seguir trabajando repartiendo muestras a domicilio. Como, además, Susana está cada día más cariñosa con él, a Fidel le parecía, en algunos momentos, que estaba viviendo en un mundo sin aristas.

Por el contrario, Casto Gómez estaba cada vez peor. Aumentaban en él el temor a que le pudieran abrir un expediente disciplinario, así como la rabia por la actitud de Susana. Como dice el narrador, a Casto se le veía muy encabronado y ello hacía que Fidel sospechara que en cualquier momento se podía desencadenar una tormenta en su casa. De ahí que llevara siempre su navaja automática en el bolsillo del pantalón, por si el madero intentaba hacerle daño a su hija, como así acabará sucediendo, en una tarde bochornosa y asfixiante, en la que la amenaza de tormenta era cada vez mayor.

### **La tragicómica historia de Fidel García Arenas**

Desde el principio de la novela, Fidel es presentado como alguien que en toda su vida no ha sido más que un pobre desgraciado. Este hombre, cincuentón, guaperas, parado y bebedor, siempre tuvo una inclinación por el sexo, que le llevó a buscar la satisfacción carnal con la que era su novia de toda la vida y que acabaría siendo la madre de sus

hijos. Aunque, bueno, en el caso de Susana, como hemos podido ver, existían serias dudas de que así fuera.

Él siempre se había considerado un tipo decente, como todo el pueblo pudo comprobar cuando, con dieciséis años, dos antes de hacerse novio de Sacra, conoció a una muchacha de Madrid, llamada Paloma, la cual puso a prueba la virilidad de Fidel en apretado y ardoroso baile. Hasta tal punto que el muchacho tuvo que interrumpir el baile e irse a su casa para atarse con una gasa, muslo abajo, el rebelde e indomable bulto de la entrepierna:

De modo que Fidel García Arenas ¿era decente o no era decente? Siempre lo había sido, y que no le vinieran ahora con esa tremenda historia de que él, un mal bicho, había violado a su hija Susana, porque sólo había intentado, luego de regañarla un poquito, acariciarla con mimo, para que se consolara de lo que le hubiera sucedido por ahí, algo tal vez grave, puesto que llegó sin las braguitas.<sup>1206</sup>

Lo que pasaba era que su mujer tenía con él una actitud cada vez más agria y distante, acusándolo de ser un vago y de no hacer bien las pocas tareas domésticas que le encarga cuando ella se marcha a trabajar. Por eso, él se va refugiando en la búsqueda del cariño de su hija, aunque ese cariño no sea siempre el más honesto. De todos modos, en esa su particular filosofía, él piensa que “el incesto siempre fue una tentación hasta de los dioses”, a lo que el narrador añade: “Existe la tentación, y más cuando hay hermosura, y falta de cariño, y temblor y asco por la infelicidad”<sup>1207</sup>.

En el fondo, lo que le pasa a Fidel es que está falto de cariño, como se puede comprobar en uno de sus habituales sueños. En concreto, aquel en el que se le aparece su paisano, el mariquita Suso Moralín, primero cuando era muchacho en Monsalve y, poco después, ya viejo en una calle de Madrid. Mientras sueña, Fidel se siente feliz porque ha encontrado a

---

1206 *Ibíd.*, 22-23.

1207 *Ibíd.*, 15.

alguien que lo quiere, a alguien que puede reír o llorar con él, algo que no ocurre en su casa:

Y así, durante el sueño, que fue largo y con dulzores, aunque sin actividades sexuales, él, Fidel, llegó a comprender que no hay nada más hermoso en el mundo que saberse querido, por los tuyos o por quien sea, por un ser humano, aunque fuera marica, por otro desgraciado que también intenta escaparse de la soledad.<sup>1208</sup>

Mas, como Rodrigo Rubio deja bien claro a lo largo de toda la novela, la felicidad no pasa de ser una mera aspiración, un sueño efímero o un ensueño fugaz. Para los desgraciados no existen caminos de rosas y, cuando alguien como Fidel comete el error de creer que puede encontrarse en uno de esos caminos, en un mundo sin aristas, la cruda realidad se encarga de abrirle cruelmente los ojos. Así sucede, por ejemplo, cuando sueña con que habla con su mujer y esta le confiesa que Susana no es hija suya, pues le había puesto muy bien los cuernos en varias ocasiones; pero, sobre todo, nueve meses antes de que naciera la nena. Para sorpresa de su mujer, que se ve abrazada en lugar de muerta a manos de un cabrón celoso, Fidel estalla de felicidad al saber que no es el padre de Susana, pues en su sueño piensa que, a partir de ahora, sus caricias bien pudieran ser muy distintas y, desde luego, nada incestuosas. Lo único malo es que, como diría Segismundo, todo aquello ha sido un sueño, y los sueños sueños son, como lo demuestra el hecho de que su mujer se remueva en la cama, a su lado, “tirándose alguna que otra pedorreta. Allí estaban los dos en la realidad.”<sup>1209</sup>

Y la realidad se impone, quiera uno o no. Sobre todo, en el caso de los desgraciados, para quienes las cosas nunca salen como ellos desearían, sino como está escrito que han de suceder. De ahí que, al final de esta tragicomedia que es la vida de Fidel García Arenas, cuando Casto Gómez se encuentra frente a él empuñando su pistola de reglamento y cuando todo parece indicar que a Fidel le quedan pocos segundos de

---

1208 *Ibíd.*, 139.

1209 *Ibíd.*, 206.

vida, como comenta el narrador, sea Susana quien, al abalanzarse sobre Casto para quitarle el arma, tuerza el rumbo por el que todo parecía discurrir. De esa forma, la chica, a la que Fidel quería en esos momentos más de lo que nunca lo había hecho, salva la vida de su padre, —¿su padre?—, a cambio de entregar la propia.

A continuación, Fidel, clava su navaja en el vientre del policía y lo raja de parte a parte, para darle una muerte que el narrador describe de una forma muy naturalista y macabra, concluyendo del siguiente modo:

Y siguió pinchando, ya la Sacra echada, ahogándose por el llanto, sobre la nena Susana. Pinchaba a la vez que gritaba/lloraba, y así fue clavando más y más la navaja, ya el madero Casto Gómez, desde un determinado pinchazo, sin sentir nada, metido en un sopor que lo llevaba de prisa hacia las oscuridades de la muerte.<sup>1210</sup>

### **7.5. *Fábula del tiempo maldito* (1997)**

Escrita entre 1992 y 1996 y estructurada en veinticuatro breves capítulos que aparecen sin título ni indicación alguna sobre la numeración de los mismos, *Fábula del tiempo maldito* supone la vuelta, en toda su crudeza, al tema de la guerra civil y de la posguerra, y de ello da buena muestra la cita situada al comienzo de la novela, perteneciente a Ernst Jünger: “La derrota sustituye al sueño de la victoria”.<sup>1211</sup> De este modo, nos indica Rodrigo Rubio el mensaje que quiere lanzarnos con esta trágica y descarnada novela: tras la guerra civil, tanto los vencidos como los vencedores están abocados a la ruina física, económica y moral. Algo que el autor confirmaba en la entrevista que se le realizó con ocasión de la presentación en Albacete de esta novela, cuando respondía a la pregunta acerca del tema sobre el que giraba su *Fábula del tiempo maldito*. En aquella ocasión, junio de 1997, señalaba Rubio la pertenencia de esta novela a la llamada “trilogía de la memoria”, formada por tres libros independientes entre sí, pero con un claro nexo de unión:

---

1210 *Ibíd.*, 217.

1211 Rubio, *Fábula del tiempo maldito*, 7.

El nexo de unión de los tres es que los cuenta un hombre maduro, un hombre que se aproxima a la vejez y que vive en la gran ciudad, y un hombre que se siente solo y perturbado, y parte de lo que cuenta se lo dice a un psiquiatra. El libro empieza en la postguerra, en el año 40. Y una de las cosas que quiero resaltar es que ni los vencidos, ni los vencedores pueden darse por satisfechos, porque la guerra civil supuso un trauma no sólo para una o varias generaciones de españoles, sino para todo el país.<sup>1212</sup>

De forma similar a como sucedía, también, en la novela *Banco de niebla*, el relato se configura mediante la interconexión de diferentes historias que se van contando, de forma repetitiva y entrecortada a lo largo de los diversos capítulos, como consecuencia de una doble narración: la que lleva a cabo un relator omnisciente en tercera persona, cuyo nombre desconocemos, y la del protagonista de la novela, Juan Manuel Garrido, quien, en primera persona y en forma de un monólogo interior bastante disperso, refiere a su médico psiquiatra todas las vicisitudes de aquellos años y las inquietudes que ahora le aquejan. Ambas narraciones se complementan, explicitan y alternan de un modo muy espontáneo y con un ritmo muy vivo, como corresponde al ejercicio de terapia que Juan Manuel realiza ante el psiquiatra, con el que pretende liberarse del enorme bagaje correspondiente a aquel tiempo de maldición y muerte que le acompaña permanentemente, para ver si así consigue enderezar su vida.

Además, como antes hemos mencionado, *Fábula del tiempo maldito* es la segunda entrega del que fuera un ambicioso proyecto editorial del escritor de Montalvos: la llamada trilogía “de la memoria”, que se había iniciado en 1992 con la publicación de *Un camino de rosas* y que debiera haber concluido con la aparición de *Páramo de cruces*. Tres novelas en las que encontramos a un escritor en plena madurez vital y narrativa, el cual nos ofrece, en perfecta síntesis literaria, una proustiana búsqueda del tiempo perdido, con la habitual añoranza del tiempo de la niñez y la infancia, junto con los recuerdos juveniles de la guerra y la posguerra, y la visión deshumanizada del Madrid de los años noventa, coincidiendo con las zozobras, los miedos y las obsesiones de la madurez.

---

1212 Roldán, “Entrevista con Rodrigo Rubio, escritor albaceteño”, 10.



De ahí que, en las dos novelas de esa trilogía publicadas hasta esta fecha, el autor se sitúe en un tiempo presente marcado por la violencia, el egoísmo, la incomunicación, la ambición de poder y de riquezas, la corrupción y la droga. Y, también, en un lugar concreto, la pestilente ciudad de Madrid, en la que unos hombres maduros envejecen llenos de temores e inquietudes ante los peligros que acechan a los jóvenes.

Por otra parte, tanto en *Un camino de rosas* como en *Fábula del tiempo maldito*, Rodrigo Rubio recurre a una misma estructura, gracias al uso de un monólogo interior muy vivo, directo y disperso —en esta ocasión más cercano que nunca al llamado fluir de la conciencia—, que se distribuye a lo largo de unos capítulos sin títulos y sin numeración. Capítulos, además, escritos en un único párrafo sin un solo punto y aparte, y en los que ese monólogo se mezcla con el estilo directo, con el estilo indirecto, con unos muy breves diálogos, y con la narración en tercera persona, sin que exista apenas transición entre unas y otras técnicas narrativas. Todo ello dota al relato de una gran fuerza e intensidad narrativas.

Como es habitual en estos casos, Juan Manuel Garrido es otro trasunto literario de Rodrigo Rubio y, por eso mismo, siempre tendrá presentes las consecuencias de aquella guerra, porque, “con un hermano muerto en el frente y otro que regresó con metralla en la cabeza, era como para volverse loco”.<sup>1213</sup> Eran aquellos unos tiempos en los que el hambre y el luto se habían apoderado de los habitantes de su pueblo, de quienes Juan Manuel confiesa querer saber todo cuanto sea posible, para lo cual se ha acercado hasta allí en varias ocasiones. Así, pretende completar unos recuerdos que arrancan desde cuando, siendo un crío, una de aquellas personas, Casilda la Puta, lo puso sobre sus pies para que no se congelara por el frío y, de paso, protegerlo de los miedos que a todos les provocaban los hombres de azul, que, con los redobles de los tambores y las cornetas herían el frío de la noche y pedían a todo el mundo que hicieran el saludo fascista. El relato de esos primeros recuerdos resulta sobrecogedor, sobre todo por lo que tiene de autobiográfico, a pesar de que el escritor albaceteño haya querido disimularlo cambiando los nombres de los hermanos del protagonista, que, en esta ocasión, son algo

---

1213 Rubio, *Fábula del tiempo maldito*, 9.

distintos a los de Cristino y Heriberto, a los que hemos tenido ocasión de referirnos en numerosas ocasiones:

Luisón Botas parecía como loco. Se acercaba incluso a los viejecillos que apenas si podían moverse. Arriba el brazo, la mano bien abierta. Arriba España. Llegaban, pasaban los restos del Fundador. “La Casi me apretaba contra su cuerpo caliente”. Aquellos hombres de azul, ahora que ella no tenía padres, intentaban tirársela por un pan y unos chorizos. Eran los polvos del hambre. “Mi hermano Regino había muerto cuando ya acababa aquella guerra puta, y usted perdone, doctor”. El otro, Roberto, había llegado con metralla de mortero en la cabeza. Los padres, naturalmente, estaban de luto, y por nada del mundo cantarían el Himno.<sup>1214</sup>

El clima que envuelve a ese mundo maldito se completa, enseguida, con la mención de algunas personas que sufrían en sus carnes la represión de los vencedores. Así, las mujeres de los republicanos eran obligadas a bordar yugos y flechas en las camisas azules y en las banderas rojas y negras; a las hijas de los partidarios de la República se las recriminaba públicamente en misa, y a un tal Herminio Catres lo doblaron a vergajazos por haberse negado a llevar leña a la carretera para calentar, en una fría noche del mes de enero, los restos mortales del fundador de Falange, que a hombros de los adictos viajaban desde Alicante al Escorial. Un Herminio Catres que, a la mañana siguiente, había muerto a consecuencia de la paliza, aunque las autoridades, con el consentimiento del médico, dijeran que había sido de un ataque al corazón.

En los tres primeros capítulos quedan perfectamente esbozados los principales elementos de esos tiempos de miseria y de odio, con personajes cuyas historias se irán completando a lo largo de la novela, como, por ejemplo, Adelina Penas y su marido Ángel Chuchalarga; las Melitonas y las Carinas, que eran putillas por necesidad; Nico Miralunas y su mujer, Benigna la Tora; Manuel Hernández, el que mandaba en

---

1214 *Ibíd.*, 10-11.

todos; Fefa Pinares, vestida con su camisa azul, con el yugo y la flechas; Faustino el Manso, explotado en el trabajo y portador de una buena cornamenta, y la muchacha de la que Juan Manuel estaba enamorado desde chiquillo, Nela la Gateja, la hija de Ovidio el Gato y de Manuela la Gata. Y, junto a todos ellos, la historia del propio Juan Manuel Gómez, un hombre casado y con dos hijos, cuyo matrimonio está sumido en la angustia de todas las soledades, porque él, como el resto de los personajes de la novela escrita por Rodrigo Rubio, lleva encima la ruina de aquel tiempo maldito.

### **El tiempo de las ventiscas pasadas**

En el capítulo tercero, que es clave para entender el planteamiento de la novela, Juan Manuel Garrido confiesa al psiquiatra que existió un tiempo de ventiscas, el de la guerra y la posguerra, antes del cual había habido un “mundo de los barbechos mojados por la mansa lluvia de noviembre”<sup>1215</sup>, del que él guarda un hermoso recuerdo y del que conserva algunas cosas que pueden parecer inútiles, pero que son un símbolo de su felicidad de niño: un tirachinas, unos cepos, un carro de juguete y unas monedas de cobre, todo lo cual, junto al símbolo de la lluvia, se asocia a un tiempo ya remoto, a un mundo que ya no existe. Y aquel mundo es la clave para entender todo lo que sucedió después y, sobre todo, para entender el momento presente del protagonista, que, sentado ante el psiquiatra, confiesa:

Si no hubiera llegado a ver aquel otro mundo que existía antes de las ventiscas, quizás no recordara nada, o no deseara reencontrar algo de lo perdido. Pero existió aquel mundo de los barbechos mojados por la mansa lluvia de noviembre. Aquel mundo de las bodegas que olían a mosto y azufre todos los octubres. El mundo del patio limpio y regado, con muchos vergeles. Aquel mundo donde los hombres se saludaban cortésmente, o diciendo Dios guarde. Había existido aquella

---

1215 *Ibíd.*, 25.

paz, con las casacas pobres muy limpias. Sin dolor de muertos, sin lutos repentinos.<sup>1216</sup>

Después, vendría un tiempo de ventiscas que lo manchó todo de odio y de sangre, muy parecido al mundo en que ahora vive Juan Manuel, un mundo que apesta, en el que “lo que impera es la avaricia, el egoísmo, y se olvida el rezo limpio, y el vaya usted con Dios, y el haya paz en esta casa”.<sup>1217</sup> Así que, en vista de todo lo que ha tenido que pasar desde aquel tiempo feliz hasta esta vida de ahora, el protagonista se pregunta adónde ha llegado, ahora que se siente envejecer.

Entonces, ante la mirada atenta del psiquiatra, Juan Manuel echa la vista atrás para intentar descubrir en el tiempo maldito de la guerra el porqué de su dolor actual y de su denodado afán por aferrarse a esos pequeños tesoros, símbolos todos ellos de la infancia feliz a la que quisiera regresar, para perderse definitivamente en ella, en un proceso similar a la célebre teoría del desnacer unamuniano. Porque esta novela es pura autobiografía y reflejo de unas raíces, como confesaba Rodrigo Rubio en la entrevista periodística a la que antes nos hemos referido:

Muchas de las cosas que yo he visto en mi pueblo las exagero en dos o tres capítulos del libro por darle un tinte erótico distinto o un tono de tragedia más violento, pero casi todas las historias que cuento en el libro las he oído o vivido, y sobre todo mi vida familiar que también tiene reflejo en la novela. No es una novela de malos y buenos, sino de la tristeza humana y del derrumbe de las sociedades. También hay bastante de erotismo en esta novela, pero del erotismo de la represión.<sup>1218</sup>

En efecto, gracias a los recuerdos y a las confesiones de Juan Manuel ante el psiquiatra, asistimos a un mundo en el que se funden la

---

1216 *Ibíd.*

1217 *Ibíd.*, 26.

1218 Véase la nota 1212.

miseria, el hambre, la prostitución, el amor y el erotismo, todo ello en forma de pequeñas historias o cuentos que se van intercalando a lo largo de la historia-marco del propio Juan Manuel. Unos relatos que, siguiendo la técnica de la llamada caja china, se van conociendo gracias a lo que cuenta Juan Manuel y, en algunos casos, a lo que a él le refirieron en su momento los protagonistas de estas historias, las cuales, por sí mismas, bien pudieran haberse convertido en relatos independientes.

Tal es el caso, por ejemplo, de muchas de las historias de los perdedores, como las de Casilda, las Melitonas, las Carinas y la Casi Alegrías; la de Nico Miralunas y su mujer Benigna la Tora, luego unida a Domingón Cuello de Toro; la de Herminio Catres y su nuera Narcisa; la de Faustino el Manso, su mujer Aurelia la Risas y el que era el padre de los hijos de Faustino, su primo Antonón el Rico, y la de Adelica Penas y Ángel Chuchalarga, más conocido como Ángel Chu. O las historias de los ganadores, que mandaban en el pueblo, Manuel Hernández, Luisón Botas y Fefa Pinares. Y, por encima de todas ellas, la historia de un amor imposible, el que siente Juan Manuel por Nela la Gateja.

De todas esas historias, algunas destacan por la vinculación existente entre miseria y prostitución, dado que, según cuenta Juan Manuel, las gentes querían vivir y, por eso, muchachas como las Carinas habían convertido su casa en un burdel. El padre lo pasaba todo por alto, como si no viera ni oyese nada, mientras que la madre acordaba las citas.

Otro tanto sucedía con Lica la Melitona, quien de joven se había prostituido mucho. Luego, preparó una habitación en su casa pobre para que su hija Sunta recibiera en ella a hombres de la siega, de las viñas o del monte, que acudían al pueblo de noche, con deseos de tomarse una copa de anís y refocilarse con la muchacha de la Melitona. “Sindo, el crío, que ya crecía, les hacía pajas a los cuatro señoritos del pueblo, todo por cuatro perras, hablándoles, a la vez, de las puterías de la hermana”.<sup>1219</sup> Y Gumer, el padre, cuando un día regresó de la cárcel y vio lo que ocurría, empezaría a pensar que aquello no podría terminar bien, como así fue. Pero de esta historia no volverá a hablar hasta el capítulo diecisiete, para contar el trágico final de la misma, no sin antes apuntar que todo aquello vino “desde los primeros años de la miseria”, cuando a Gumersindo,

---

1219 Rubio, *Fábula del tiempo maldito*, 47.

el marido, “se lo llevaron a la cárcel, por ser rojo de siempre y porque se había divertido, como Bernabé Olmos e Hilario Bueno, cuando los milicianos quemaron los santos de la iglesia”.<sup>1220</sup> Sería tiempo después, con Gumer el Melitón ya muerto y enterrado en el rincón de los suicidas, cuando su mujer relatara a Juan Manuel la historia de lo que tuvieron que vivir hasta llegar a la tragedia final.

Según cuenta Lica, la Melitona, su marido había tenido siempre celos de un capataz que mandaba a los hombres que construyeron la carretera, poco antes de la guerra, y todo porque el hijo, Sindo, nació rubio, como aquel capataz con el que ella tuvo algún hermoso roce. En cambio, de la hija, Sunta, nunca se había mostrado receloso, pues la creía hija suya, aunque bien pudiera no serlo. Cuando se lo llevaron preso, ella tuvo que hacer de su casa un burdel para poder comer, y su marido, al saberlo, intentó colgarse en la cárcel. Luego, al regresar a casa, el hombre aguantó todo aquello, sin apenas hablar, murmurando tan solo aquella cantinela de “qué jodido resulta ser cabrón. Es lo más cruel que puede pasarle a un hombre de ley”.<sup>1221</sup> De modo que, por no matar a su familia, acabó subiéndose a la camarilla de la casa y, cogiendo una sogá, se colgó de la barandilla y se dejó caer para que todos lo vieran.

Algo similar sucedía con Casilda, la Casi, quien en esos años malditos ya no tenía a sus padres ni a su novio Antonio. Solo le quedaban sus dos hermanos menores y una casa pobre en la que, por un pan y unos chorizos, se podían buscar sus carnes retozonas. Eran los polvos del hambre, según señala el narrador. En cambio, poco antes de que llegara ese tiempo maldito de las ventiscas, Casilda era una muchacha decente, que vivía tranquila junto a sus padres y a su novio, el cual trabajaba de pastor en el pueblo. Fue poco después, ya sin sus padres, cuando tuvo que abrir su casa a los tipos vestidos de azul, como el alcalde, Ezequiel el Gritos, a quien Juan Manuel y su amigo Josete, uno de los hermanos de la Casi, vieron un día apretando a la muchacha.

Esa misma muchacha fue la que cogió en sus brazos al niño Juan Manuel para que no se helara de frío aquella noche de enero en que pasaron por el pueblo los restos mortales de José Antonio Primo

---

1220 *Ibíd.*, 153.

1221 *Ibíd.*, 159.

de Rivera, uno de los fundadores de Falange Española. Y la que, algún tiempo después, iba por el pueblo con su embarazo incipiente, y lloraba junto a los que estaban dispuestos a consolarla. Cuando se quedó sin su novio, se marchó del pueblo con su panza y sus lágrimas, y ya nadie sabría nada de ella en mucho tiempo, hasta que alguien, pasados los años, afirmara que la muchacha había muerto, luego de enfermar de sífilis, en un prostíbulo de Valencia.

Historia con final trágico fue, también, la de Serafina la Trapos, la cual no podía ocultar las lágrimas, recordando que su marido estaba preso en el penal del Puerto de Santa María. Esta mujer, de la que Juan Manuel asegura que se había vuelto medio loca, había perdido a un hijo en la guerra y tenía a otro, como el padre, entre rejas. Únicamente tenía a su lado al hijo pequeño, Gabriel, que era buen amigo de Juan Manuel. Hasta que, un buen día, apareció en el pueblo su hijo José María, al que habían puesto en libertad por haberse vuelto loco de atar:

Ahora, José María, el muchacho que había vuelto de la cárcel, cantaba canciones republicanas en la calle, se tiraba pedos en los corrillos de la plaza cuando pasaban cerca las autoridades. Era un mal tipo para todos. Su locura no era como la de la madre. La madre, Serafina la Trapos, se pasaba mucho tiempo dando gritos, pero no contra nadie. Gritaba por gritar. También lloraba, y siempre decía que su marido ya estaría muerto en el penal del Puerto de Santa María.<sup>1222</sup>

Faustino el Manso es un pobre hombre más de los muchos que habitan ese pueblo de ventiscas y rencores. Él había trabajado varias temporadas con la familia de Juan Manuel Garrido y ahora lo hacía con su primo Antonón, que era rico y amigo de los azules y que, según Faustino, le daba mucha seguridad. Pero el narrador se pregunta cuál era el pago que debía dar por esa seguridad, y la respuesta es muy clara y precisa, pues todo el mundo comentaba que, desde hacía años, llevaba unos cuernos muy largos, “pero ahora, teniendo a su mujer, Aurelia la Risas, junto al primo puterón, esos cuernos incluso habían ramificado,

---

1222 *Ibíd.*, 74-75.

como los de los ciervos”.<sup>1223</sup> Por eso, cuando pasaba por la calle, casi todos los jóvenes le habían burla, imitando el mugido de los toros, porque sabían que Aurelia había tenido dos críos que se parecían muchísimo al primo rico.

Pero, como era de esperar, en uno de los viajes que hizo Juan Manuel al pueblo, fue el propio Faustino el Manso quien le contó su versión de la que es una historia de impotencia, la historia de un hombre bueno y algo cobarde que, un buen día, se juntó con gente de la República y que nunca saldría de pobre. Por eso, su primo Antonón le ofreció que se trasladase a vivir a su casa, una casa grande, de ricos, para llevar toda la labor del campo y, de paso, protegerlo para que no sufriera represalias. Allí, él, su mujer y su hija Marina, vivían tranquilos y no les faltaba de nada. Lo malo era que una de las condiciones de su trabajo era que él tenía que acostarse todas las noches en la cuadra para cuidar las mulas, lo que aprovechaban su primo y su mujer para darse mutuo placer, algo que no pasaba inadvertido a los ojos del bueno de Faustino:

Ya tenía la evidencia de que la Risas gozaba con el primo, y no una vez esta semana y otra la que viene, sino a diario. Y puede que no sólo por la noche, sino también durante el día, pues ellos se quedaban en casa y el viejo estaba cada vez más ido. Yo empecé a ver a mi mujer más feliz que nunca, con mucho lustre, con la risa fácil, y eso, en aquel tiempo de hambres y tantos sobresaltos, era algo grande.<sup>1224</sup>

Así que, con tanto vaivén, el primo se fue convirtiendo en padre, sin haberse casado, pues Aurelia empezó a darle un hijo al año, hasta un total de cuatro, los cuales, cuando llegaba el momento de dar un beso a su padre no sabían si dirigirse a Faustino o a su primo. Algo que a Faustino le producía dolor, a pesar de ser perfecto conocedor y cómplice de la situación, como él mismo le confiesa a su primo en el transcurso de una tragicómica conversación entre ambos:

---

1223 *Ibíd.*, 46.

1224 *Ibíd.*, 87.



Lo he consentido todo, murmuré. Quizás porque soy un cabronazo por naturaleza, pero también por los muchos miedos que había en mi cuerpo y en mi alma. Algún día pude haberte matado, pero para qué. También es grande que tú, con cuartos y amigo de los que mandan, no tengas tus propios hijos. Él, entonces, agachó la cabeza, confesando: yo los hice, menos a Marinilla, pero nunca serán mis hijos, Faustino, y eso supondrá un pesar para mí y una alegría para ti. Así las cosas, después de todo lo que había pasado, por hache o por be, yo tenía que darme con un canto en los dientes, pues era padre de cinco hijos, y todos, según el primo, me pertenecían.<sup>1225</sup>

Otra historia enmarcada dentro del relato de Juan Manuel Garrido es la de Adelica Penas, su padre, Paco el Pocero, y su marido, Ángel Chuchalarga. Adelica es la protagonista de una historia borrascosa, por la mala suerte que tuvo al juntarse con Ángel, un tipo que también había ayudado a la quema de santos y que, tal vez por ello, acabó viviendo en sus carnes una auténtica tragedia. La muchacha, con veinte años, era pobre y honrada y, como tantas otras, aspiraba a casarse, pero sin andar de picos pardos, como hacían algunas. Así que, un buen día, llegó hasta ella Ángel, un mocetón desgarbado y feo, al que, por razones evidentes, le decían de mote Chuchalarga.

Según el relato que Adela le hace a Juan Manuel, el hombre había llegado de fuera con unos taladores de pinos y, acabado el trabajo, decidió quedarse en el pueblo e hizo amistad con Paco el Pocero, un hombre cojo que siempre estaba afilando su navaja cabriterera, el cual le permitió conquistar a su hija, con la única condición de que no le hiciera daño. Así fue como Adela y Ángel se juntaron, con el consentimiento del padre. Pero la actitud de este cambió radicalmente cuando supo que a su hija el hombretón le hacía daño con aquel enorme aparato del que estaba dotado y fue entonces cuando comenzó a fraguarse la tragedia final, que ella cuenta a Juan Manuel en los siguientes términos:

---

1225 *Ibíd.*, 89.

El viejo dejó de afilar la navaja y le dijo a mi hombre: anda, saca eso a ver si es tan grande como dicen. ¿Ahora?, se asombró Ángel. Y el viejo: sí, ahora. ¿O es que la tienes muerta? Ángel, ju, ju, infelizón él, se echó a reír, diciendo: sí, pero con dos toquécitos, o mirando a Adelica, se me revive enseguida. Y eso hizo, yo tapándome la cara, sin fuerzas para moverme de allí. Entonces mi padre, el viejo, murmuró: Ah, carajo, pues sí que es una buena pieza. Y... Fue en un abrir y cerrar de ojos. El viejo, tan ofuscado como estaba, creyendo que por aquello de Ángel yo caminaba hacia la tumba, alargó el brazo, empuñando con fuerza la navaja y ¡zas!, se la cortó. Sí, Juanma, se la cortó de un tajo, de un solo golpe.<sup>1226</sup>

De modo que, lo que ya iba empezando a ser para Adelica un camino alegre y dulce, tras las primeras amarguras y dolores, se truncó de forma violenta. Ángel, convertido en despojo, murió desangrado. Paco, acabó en la cárcel, y Adela vio cómo todo se convirtió en tristeza y pesadumbre. De ahí el sobrenombre de Adelica Penas.

Otro personaje que relata su historia a Juan Manuel es Narcisa, la nuera de Herminio Catres, muerto tras una paliza que le dieron los hombres de azul. Narcisa se define a sí misma como una muchacha “feotona” que vivía en un barrio pobre de la capital, con muchas miserias encima, y que, a veces, en los veranos, iba al pueblo para ganarse unos jornales arrancando legumbres. Allí fue donde la conoció Herminio Catres, un hombre viejo, bajo y rechoncho, gran comedor y mejor bebedor, el cual era viudo y vivía con su único hijo, Daniel, que era samugo y algo torpe. El viejo le propuso que se casara con su hijo, algo que se llevó a cabo con el beneplácito de la familia de la muchacha, tal y como esta relata:

Yo, pese a la pobreza que nos rodeaba, no me había tirado a la mala vida, y era virgen todavía. Les dije a mis padres lo que me había propuesto Herminio Catres, el amo donde estábamos trabajando, y ellos dijeron que estupendo, que una boca menos en casa, y si me casaba con el muchacho rojizo y samugo, allá yo, que la felicidad nunca

---

1226 *Ibíd.*, 116-117.

es completa en la vida. De modo que me quedé allí, unos meses de sirvienta, y al poco casi de ama, al casarme con el muchacho.<sup>1227</sup>

Muy poco después, el padre comprendió que a ella, en la cama, no se le escapaban suspiros ni gritos y se dispuso a cuidarla y a mimarla, evitando que hiciera trabajos duros y procurando que saliera lo menos posible de la casa. Después, comenzó a perseguirla con deseos de poseerla y todo empezó a ir mal, porque Narcisa acabó odiando a su suegro y se vengó de él haciendo que la viera practicar sexo con Daniel, para lo cual había dejado entreabierta la puerta del dormitorio. Así que el pobre viejo, hambriento como estaba de hembra, terminó volviéndose medio loco y dejó de hablarle a la nuera. Más tarde, llegaría el tiempo revuelto y aquella paliza que lo llevó a la tumba, con lo que a Narcisa se le despertaron los remordimientos y las dudas:

Yo, después, cuánto pesar. ¿No hubiera sido mejor dejarle que me probara? Es posible que yo, que no sé de rezos, hubiese hecho una buena obra de caridad. Pero no la hice, tal vez porque era decente, claro. Sin embargo, de saber la muerte que el viejo iba a tener, a lo mejor mando la decencia a la mierda y dejo, en un momento dado, que ese hombre hubiese sido un poco feliz.<sup>1228</sup>

Algunas similitudes con la historia de Narcisa, aunque con distinto final, tiene la de Benigna la Tora, a la que Alonso Mesones casó con su hijo Nico Miralunas, un muchacho alto, desgarbado y muy flaco, que había vuelto de la guerra lleno de miedos y con la mirada ida. En el pueblo le pusieron enseguida el mote de Miralunas, porque también miraba de vez en cuando hacia arriba, en opinión del narrador, a la espera de un milagro para poder tirarse a Benigna la Tora.

---

1227 *Ibíd.*, 59.

1228 *Ibíd.*, 64.

Según el relato que Benigna le hace a Juan Manuel, ella se casó con Nico forzada por Alonso Mesones, quien era conocedor de las andanzas que la muchacha había tenido con los soldados de las Brigadas Internacionales. A él no parecía importarle lo más mínimo su trayectoria puteril, tal vez porque esperaba conseguir algo de ella; al menos eso era lo que se murmuraba por el pueblo. En cambio, Benigna nunca quiso a sus suegros, ni tampoco a Nico, quien murió pronto sin que su mujer soltara una sola lágrima. “Lloraron un poco la madre del muchacho, una mujer seca a la que le decían Pelos Ásperos, y también Miguela, la hermana del Miralunas, que era medio tonta pero muy sentida”<sup>1229</sup>, como apunta Juan Manuel, con ese humor tan característico de Rodrigo Rubio.

Poco después de quedarse viuda, a su casa empezaron a llegar los moscardones más puteros del pueblo. Pero ella aguantó los embates, hasta que llegó Domingón, un tipo con veinte años, fuerte y con ganas de apretar las carnes de Benigna, la cual tenía treinta y cinco años y una nena, ya crecida, hija de Nico Miralunas, aunque eso era algo que mucha gente ponía en duda. Ella lo llevó a su casa y, según se contaba en el pueblo, esa primera noche hicieron el amor hasta diez veces. Algo que ella no desmiente, sino que, por el contrario, parece confirmar al decir que él era muy fuerte, casi salvaje, y que ella estaba muy a gusto y feliz, no solo por el placer que le daba el mocetón, sino porque él la había salvado de caer en una putería miserable. Es entonces cuando en la narración de Benigna aparece un curioso perspectivismo:

Yo creo que me salvó, aunque la gente beata decía por ahí que éramos salvajes, como animales, y que pecábamos. Ah, qué pronto se dicen esas cosas, cuando a mí me parecía que querer a un hombre, estar con él, en la cama, dejándole que me comiera a besos, más que pecado era como una bendición del cielo.<sup>1230</sup>

Además del final feliz de esta historia, Rodrigo Rubio introduce otra novedad respecto del resto de las historias, al hacer que también

---

1229 *Ibíd.*, 129.

1230 *Ibíd.*, 134.

Domingón Cuello de Toro ofrezca su versión de lo sucedido. Recuerda él cómo se enfrentó con Terrón el Legionario, uno de sus mejores amigos, al que casi deslomó por haber querido propasarse con Benigna, y cómo, poco después, se juntó con ella, a pesar de las amenazas y las presiones de la gente beata del pueblo para que se casaran. Luego, tuvo que irse al servicio militar; pero, a su vuelta, estaba seguro de que ella le había guardado el decoro y que ningún hombre se había acercado a aquella casa en busca de algo prohibido, porque él hacía feliz a su mujer y, además, era capaz de partir en dos al tipo que lo intentara.

Final feliz tuvo, asimismo, la historia de Lidia, la que fuera novia de un brigadista internacional. Esta muchacha, después de la marcha del soldado francés, tuvo que aguantar la vuelta al pueblo de su tío, Bernabé Olmos, tras pasar un tiempo en la cárcel. El hombre, que se había hecho cargo de Lidia cuando, a los diez años, esta se quedó sin padres, había mirado siempre con ojos de loco deseo a su sobrina; al menos, eso decían las gentes del lugar. Ella, llena de miedo y celos, se refugiaba en el amor que sentía por su antiguo novio, Jacques Jerome. Hasta que, por fin, tuvo noticias del francés y empezó a pensar en marcharse a Francia.

Entre tanto, su tío Bernabé se compró una moto y se dedicaba a atemorizar a los vecinos corriendo a toda velocidad por las calles y por la carretera. Y, cuando se enteró de que su sobrina había tomado un tren hasta Barcelona para, desde allí, continuar viaje a Francia, Bernabé se vistió de negro, cogió su moto Norton y se marchó a toda velocidad rumbo a la capital. Pero, poco después, se dio la vuelta y, corriendo como un loco, se estrelló, voluntariamente, contra la gruesa pared de piedra de la iglesia:

Debió sentir el espanto de la soledad, y también, muy dentro de sí, como un escozor, porque la muchacha iba a reunirse con otro hombre, un hombre del que sin duda ella estaba enamorada. Bernabé Olmos, vestido de negro, subido en su moto, ya llevaba la muerte encima antes de estrellarse. Y allí se quedó tal cual de destrozado, con piernas rotas, con brazos inútiles, la cara llena de sangre, pero sin decir un ay.<sup>1231</sup>

---

1231 *Ibíd.*, 175-176.

Aunque Lidia supo lo ocurrido con su tío, no volvió nunca al pueblo. Bernabé Olmos, que era ya alguien más muerto que vivo, se iría al silencio de la muerte algún tiempo después, coincidiendo con la llegada a casa de la familia Garrido de una postal de su sobrina, enviada desde Burdeos, ciudad en la que se había casado con su amor francés. Algo que al muchacho Juan Manuel le provocó una irónica reflexión, en el sentido de que “en esta vida, el que más puso más perdió. Aunque el refrán, tan dolido él por tantas cosas, no le consolara mucho”.<sup>1232</sup>

Como tampoco le servía de consuelo el hecho de que todos aquellos individuos que habían formado parte del bando ganador y que se habían dedicado a humillar a los derrotados y a aprovecharse de ellos acabaran teniendo un final desgraciado, tal como les ocurrió, por ejemplo, a don Manuel Hernández y a Fefa Pinares, las dos personas que vigilaban la labor de Julia, la hermana de Juan Manuel, bordando yugos y flechas en las camisas azules con su máquina Singer. Un trabajo que le había sido impuesto por haberse casado, durante la guerra, con su novio Eduardo, militar republicano. Un trabajo que le costaba abundantes lágrimas, cuando no estaban presentes los del mando, a los que el joven Juan Manuel confiesa que llegó a odiar.

Don Manuel Hernández no era el jefe principal, pero mandaba en todos. “Era el que traía el poder de la capital, del palacio del gobernador, de modo que, por unas cosas u otras, resultaba el más temido. Hombre rico de antes, aumentaba sus riquezas ahora, con los estraperlos, para él consentidos”.<sup>1233</sup> Y, también, comprando a bajo precio las tierras que se veían obligadas a vender las mujeres enlutadas que tenían a los maridos y a los hijos en las cárceles. Pero, como se preveía, este hombre sufrió su merecido castigo con la enfermedad de su hija pequeña, Adelina, una niña rubia y muy hermosa, con tan solo diez años. Enfermedad que, en algún modo, alegró a las gentes a las que su padre explotaba cuanto podía, aunque el narrador se compadece de la niña, porque era totalmente ajena a las fechorías de su padre:

---

1232 *Ibíd.*, 177.

1233 *Ibíd.*, 37.

Las gentes pobres decían que de esos ataques los chicos, cuando les llegan así, de golpe, ya no se recuperan, o se mueren o se quedan tontos. Y aquellas gentes parecía que lo que más deseaban, quizás recordando tantas penurias y humillaciones, era que la niña del rico hacendado se quedara tonta. Ella no sabía cómo era el comportamiento de su padre respecto a las gentes de la rojez y la pobreza. Ella era inocente.<sup>1234</sup>

Y la niña, inocente y hermosa, se quedó tonta para siempre, con los ojos extraviados, la cabeza ladeada y un habla más torpe que cuando tenía dos años. Algunas gentes se reían y se regocijaban con el suceso; pero Juan Manuel no podía reírse, pensando que, tal vez, ese no fuera el castigo que el hombre merecía.

En cambio, sí se alegró muchísimo de poderse vengar de Fefa Pinares en la persona de su hijo José Antonio. Era este un muchacho que se mostraba gallito cuando veía juntos a Juan Manuel y sus amigos Josete y Gabriel. Un día, Juan Manuel le hizo cara y, entonces, Fefa Pinares apareció con una fusta, lo que permitió que su hijo le diera una paliza al entonces joven narrador. Desde aquel momento, Juan Manuel juró que habría de vengarse de ese chulito que, a pesar de tener un padre oficial, Emiliano Chapas, tenía mucho parecido físico con don Manuel Hernández, de quien todos decían que era su verdadero padre.

Y la ocasión se le presentó, tiempo más tarde, cuando Fefa ya había perdido el apoyo de don Manuel y tuvo que dejar a su padre, a su marido y a su hijo, para marcharse a la capital, en donde montó un prostíbulo, en un chalecito situado a las afueras. Cuando Juan Manuel se enteró, organizó un viaje a la capital, junto con Felipe el Inquieto y José Antonio, el hijo de Fefa. Tras una buena comida y una sesión de cine, los tres se dirigieron hacia el prostíbulo y, como no les dejaban entrar por ser menores de edad, Juan Manuel pidió hablar con la jefa o la encargada:

---

1234 *Ibíd.*, 48.

¿Y quién apareció? José Antonio, el presumido de mierda, casi se cae de culo, pues allí, delante de nosotros, estaba la encargada, la jefa, la dueña del burdel. ¿Y quién era aquella mujer? Pues nada más y nada menos que Fefa Pinares, la que fuera jefa de la cosa azul en nuestro pueblo, la madre de José Antonio. La mujer dijo, algo espantada: ¿qué es esto? Y el muchacho, su hijo, se echó hacia atrás, tapándose la cara con las manos y murmurando: no, madre, no. Esto, no. Yo, de momento, ya me había vengado de aquel gilipollas, al que odiaba.<sup>1235</sup>

### **Una historia de amor imposible**

De entre todas esas historias pertenecientes al que, en un primer momento, fuera un tiempo de felicidad y que, poco después, se convertiría en el tiempo maldito de la guerra y la posguerra, hay una que destaca por su particular emotividad y por ser algo que afecta muy directamente al corazón de Juan Manuel Garrido. Es la historia de Nela la Gateja, la hija de Ovidio el Gato, un guardia de asalto republicano, y de Manuela la Gata, la cual se había hecho miliciana. Según confiesa Juan Manuel, él quería a Nela desde que era muy crío y todavía hoy, cuando él está casado y tiene dos hijos, sigue queriendo a esa mujer, que ahora tiene un bar de copas en un Madrid pestilente y con la que, a veces, habla de aquellos años de la miseria y del odio, a pesar de que ella, a diferencia de Juan Manuel, no quiere recordar nada de aquello.

No quiere recordar cuando su madre tuvo que sufrir la humillación de verse sin el mono de miliciana, pelada y encarcelada durante un tiempo, para regresar enferma y triste. Ni tampoco cuando su padre volvió a casa y, al encontrar a una esposa envejecida, tísica y moribunda, solo tuvo miradas y palabras para su hija, una muchacha hermosa y fuerte. A ella le daba sus atenciones, mientras que a la mujer la despreciaba, porque había zorreado a lo grande con los milicianos. Y Manuela comprendió en seguida que su marido y su hija habían formado un mundo aparte. Por eso, una noche, cuando él prodigaba sus atenciones y mimos a la hija, enferma y con fiebre, cogió un cuchillo y se lo clavó al marido por la espalda, lo que provocó que la gente del pueblo, de forma irónica, comentara que en esa casa había gato encerrado.

---

1235 *Ibíd.*, 71.



Como la madre murió en la cárcel poco después, fue la familia de Juan Manuel la que recogió a Nela en su casa, lo que facilitó que los dos muchachos empezaran a tener algunos escarceos amorosos, cuando ambos se subían a la cámara para dormir una siesta sobre el grano. Así que Juan Manuel aún la quiso más de lo que ya la quería. Después, la muchacha se iría del pueblo para vivir con una tía que tenía en Alicante. Allí, empujada por su tía y por el hambre, se había metido en la mala vida.

Para Juan Manuel, Nela es uno de los principales símbolos de aquel mundo maldito y asqueroso, al que ella va indisolublemente unida. Fue una muchacha a la que amó su padre, aunque el hombre no lograra materializar su amor. Y ella no pudo amar a muchachos decentes, porque se ilusionó con José Antonio, el hijo de Fefa, y este únicamente quería trajinársela, como tantos otros. Tal vez, el único que la quiso, y que aún la quiere, es Juan Manuel; pero el suyo es un amor imposible, porque ella no está dispuesta a corresponderle.

Según cuenta Juan Manuel, Nela vivió como mujer de un hombre que estaba casado y hasta pudo llegar a tener un hijo con ese hombre, Hilario Bueno, un paisano del pueblo que la encontró en un burdel de Alicante, muy delgada y medio tísica, y se la llevó a su casa, junto a su esposa, Ceferina la Suspiros.

De la relación entre Hilario y Nela quien más sabe en el pueblo es Ginés Requejo, compadre de Hilario y la única persona que entraba en aquella casa. Aunque, como era amigo fiel y corto de palabras, casi no contaba nada, con lo que cada vez crecían más los rumores. Según unos, Nela había vuelto, flaca y enferma, para convertirse en la segunda mujer de Hilario y, así, cubrir la parcela sexual, que su esposa, Ceferina, no podía llenar. En opinión de otros, Hilario era un hombre que hacía honor a su apellido y, por eso mismo, se había traído a su casa a Nela para cuidarla y que no se muriera de asco en el prostíbulo de Alicante. Cuando, finalmente, se supo que la había traído, no para cuidarla o que para que ayudara a Ceferina, sino para hacer vida marital con ella, en el pueblo se armó un grandísimo escándalo y, como irónicamente comenta el narrador, muchas personas pusieron el grito en el cielo:

Las beatas, las que en otros tiempos más eufóricos se pusieron la boina colorada, hablarían con el cura, diciéndole al hombre de la sotana que eso no lo podían consentir, que si Hilario Bueno era un moro, que se fuera a vivir a la tierra de los moros, pero que no se quedara allí, escandalizándolos a todos [...] El hombre, el cura, llegó a decir que Dios era misericordioso y que de una forma u otra pondría a todas las gentes, incluyendo a las más pecadoras, en el camino de la salvación.<sup>1236</sup>

Hilario Bueno era un hombre sosegado que, al ver que su mujer no le daba un hijo, empezó a pensar que era machorra y que él necesitaba otra mujer. Cuando Nela era aún una cría, ya empezó a fijarse en ella y tentado estuvo de proponerle que se fuera a vivir a su casa, a raíz de que la muchacha se quedara sin padres. Luego, tras la guerra, fue encarcelado y su mujer tuvo que vender a los caciques del pueblo los dos o tres cebadales que tenían para llevarle comida a la cárcel. Al salir, se tuvo que dedicar al estraperlo, llevando productos intervenidos, lentejas y harina, a tierras alicantinas. Cuando se encontró con Nela en Alicante, se acostó con ella más de una vez, a duro el polvo, y le pidió que se fuera a vivir con él al pueblo, ya que ella se defendía muy bien en la cama, pues tenía oficio más que de sobra, y cabía la posibilidad de que pudiera darle el hijo que tanto deseaba.

De modo que Hilario empezó a estar a gusto con las dos mujeres, que se iban turnando en las faenas de la casa y a las que no dejaba salir a la calle. Y, cuando supo que Nela estaba preñada, se emborrachó junto con su amigo Ginés Requejo, pensando que aquello había que celebrarlo, porque aún estaba a tiempo de ser un hombre feliz. “Pero, las cosas, más adelante, tendrían que torcerse, pues parecía como si a ninguna casa pobre de aquel pueblo pudiera entrar, siquiera por una rendija, algo de felicidad”<sup>1237</sup>

Lo que sucedió fue que, el día del parto, Hilario no llamó a nadie para que asistiera a Nela, porque pensaba que con él y con Ceferina era más que suficiente. Cuando las cosas se empezaron a torcer, el hombre

---

1236 *Ibíd.*, 180.

1237 *Ibíd.*, 185.

salió en busca de Ginés y de su mujer, Juliana Puño, que entendía de partos. Pero el niño nació muerto e Hilario lo tiró al suelo de un manotazo, mientras afirmaba que no existía un Dios para los desgraciados. Algo que contrastaba con la opinión de las beatas del pueblo, las cuales pensaban que sí que existía ese Dios, pero para castigar a los que llevaban vidas pecadoras.

Fuese como fuese, los sufrimientos de Nela no acabaron ahí, pues, a pesar de lo débil que estaba, cogió a su hijo muerto del suelo y lo enterró en el patio de la casa. Cuando Hilario, ciego de ira, supo lo que había hecho, la ató con la soga del pozo, la levantó sobre el brocal y la fue dejando caer hacia el fondo del pozo, aunque sin intención de matarla. Luego, a la hora de sacarla, no pudo con ella y Ginés Requejo corrió a pedir ayuda, contando lo que pasaba. A Nela la trasladaron en una camioneta a un hospital de la capital y a Hilario lo llevaron a la cárcel. Cuando ya estuvo repuesta, Nela se marchó de allí, “sin nada en las manos, sin un rumbo fijo, quizás para continuar siendo, allí donde estuviera, el símbolo de todas las miserias”<sup>1238</sup>

### **El tiempo de los huracanes presentes**

Juan Manuel Garrido, el alter-ego de Rodrigo Rubio, es un hombre que, al igual que su creador en el momento de escribir la novela, se asoma a la vejez, vive en Madrid, tiene dos hijos varones, uno de ellos ya universitario, y se refugia, siempre que puede, en un mundo de gratos recuerdos, el mundo de su infancia y juventud, cuando aún no había estallado la guerra y toda su familia vivía feliz en un pueblo manchego. Hasta allí, una hermana le mandaba libros y tebeos desde Valencia, ciudad a la que, más tarde, se iría él a vivir, con su hermana y su cuñado, a los que ayudaba en su despacho de comestibles. Además, Juan Manuel es el narrador-escritor de esas historias de su pueblo que tanto le obsesionan.

A todo ese mundo del pasado se une el tiempo maldito de los años noventa, el tiempo de la sequía, la guerra de Yugoslavia, el paro, las

---

1238 *Ibíd.*, 194.

drogas, las violaciones o el sida, y la consecuencia lógica de esa explosiva mezcla no puede ser otra que el asco y los vómitos. Unos vómitos que, en opinión de su mujer, Andrea, se deben a los cálculos que tiene en la vesícula y a las cervezas y los güisquis que toma. En cambio, según Juan Manuel, son el resultado de tantas malas noticias como oye en la radio y lee en los periódicos; de la injusticia y la desigualdad social reinantes en nuestro país; de los apretones económicos dados por la Comunidad Europea y por los señoritos del norte —sueña que casi todos los españoles están en la frontera, a este lado de los Pirineos, todos con el culo al aire, esperando que lleguen legiones de europeos para darles por detrás—, y, sobre todo, del doloroso reencuentro con el amor de su vida, Nela la Gateja, la cual le ha vuelto a poner, ante sus narices, todo aquel mundo maldito y sus funestas consecuencias.

De ese modo es como Rodrigo Rubio construye una novela en la que mezcla, en las dosis oportunas, autobiografía, historia, sociología, humor, ironía, sarcasmo y mucho erotismo —todos ellos elementos característicos de este su última etapa narrativa—, pero sin olvidar aquellos otros rasgos que son auténticas constantes de su producción literaria, como, por ejemplo, la preocupación por la existencia del hombre, la necesidad imperiosa de amor y la ternura con la que trata a sus personajes protagonistas.

Amor y ternura que él centra, en esta ocasión, en el más logrado de los personajes de la novela, Nela la Gateja, la mejor intérprete de la que es una triste y dolorosa historia de perdedores. Aunque no podemos perder de vista, en ningún momento, que hay otra persona destacada entre esos perdedores, el propio Juan Manuel Garrido —perdido en medio de un mundo actual que le es ajeno y hostil— quien, al igual que les ocurre a otros personajes de Rodrigo Rubio, solo encuentra paz y consuelo cuando se traslada mentalmente hasta su vieja casona del pueblo, con sus arcas y sus baúles, en donde se encierran los recuerdos de aquella vida tristemente desaparecida.

Amor y ternura, también, en la imagen de su madre, que, en esos momentos, se le hace presente, vestida de luto, para consolarle cuando él más sufre por este presente del que trata, inútilmente, de escapar. El diálogo entre madre e hijo representa uno de los momentos de más

intensa emotividad de la novela, como se puede apreciar en el siguiente fragmento:

He oído la voz de madre que me preguntaba: ¿qué haces? La he mirado, sin contestar. ¿Por qué vas de luto?, le pregunto luego a ella. Por ti, dice. ¿Y padre? No lo veo por ninguna parte. Te estuvo esperando muchísimo tiempo. Te esperaba a la puerta de la casa, en el porche cuando llovía. Pero se cansó. ¿Dónde estabas, hijo? Me subí al carro de las alegrías y ya no puedo ver el verdín nuevo de los otoños, le digo. No me regañes, madre. Intento bajar a la estación del metro, con mis monedas de cobre, y nadie me hace caso ya. Ven aquí, hijo mío, murmura ella. Ven. Voy a su lado y me prepara unas migas dulces, unos turruncillos, unas fritillas. Siempre te quise mucho, Juanma, murmura. Puede ser, le digo. Siempre, afirma.<sup>1239</sup>

La otra persona en la que espera encontrar ayuda es el psiquiatra al que lo han llevado su mujer y sus dos hijos. Este le dice que puede conservar sus pequeños tesoros de la infancia —las monedas de cobre, el tirachinas y los cepos—, pero que no puede dejar de ir a verle todos los jueves, a las cinco de la tarde. Juan Manuel, bastante escéptico, le dice que, si ha de ser así, puede ir preparando miles de folios en los que tomar notas sobre un mundo al que, cuando él era pequeño, lo partieron por la mitad. Y, a continuación, remata esta primera entrevista con el médico deseando que este, con sus palabras, le pueda llevar lejos del pestilente y terrible río de sangre que se había abierto bajo sus pies.

De aquel tiempo maldito de la inmediata posguerra recuerda a los muchos jóvenes que murieron en las trincheras o quedaron en los campos de concentración; a su cuñado Eduardo, que había llegado a ser capitán, y luego se tuvo que dedicar al oficio de recovero, comprando huevos y gallinas que después facturaba a Valencia; a los hombres de azul, que quisieron obligar a su padre a que cantara el himno de los vencedores, aunque él prefería que lo llevaran preso antes de cantarlo. Además, recuerda que él mismo había tenido que hacer viajes con un

---

1239 *Ibíd.*, 30.

carrito tirado por un burro para llevar garrafas de vino a la taberna que habían puesto sus hermanos en un pueblo vecino.

En aquella taberna, al llegar la noche, Eduardo ponía la radio de la trastienda para oír los partes de la guerra mundial, para saber si de una vez por todas los aliados acababan con Hitler, pensando que, de ser así, aún podía haber esperanza para los españoles:

Y cuando se decía de algún avance de esos aliados, de algún desembarco importante, como el de Normandía, aquellos amigos de Eduardo daban gritos, decían aún podemos tener esperanza, aunque luego, los pobres, al comprobar que ganando los aliados Franco seguía aquí, tan firme, se quedarían ya sin fuerzas para mantener ilusiones.<sup>1240</sup>

Juan Manuel vive en un continuo desasosiego, no solo por la presencia constante de todos esos recuerdos, sino también porque es consciente de que “este pueblo nuestro se va al traste, tanto vividor, tanto chupón, tanto hijo de puta haciendo de las suyas”.<sup>1241</sup> Y piensa que el mundo de hoy es, de algún modo, un reflejo de aquel otro; que las ventiscas de entonces se reproducen ahora, aunque en una versión más actual.

Así, una de sus actuales preocupaciones proviene de la forma de vida de su hijo pequeño —asunto que aparece en varias obras de esta etapa— quien, como suele ser habitual en él y en tantos jóvenes de su edad, está por ahí hasta altas horas de la madrugada, “cerrando todos los ‘pubs’, todos los bares de cubatas, droga y mierda, para luego venir, cuando ya casi amanece, más muerto que vivo, tan hermosa su edad”.<sup>1242</sup> Y otra de sus inquietudes se deriva de los gastos ordinarios de la comunidad de vecinos, a los que se suma la necesidad de hacer varias reformas y arreglos urgentes y costosos.

---

1240 *Ibíd.*, 50.

1241 *Ibíd.*, 92.

1242 *Ibíd.*, 147.

Por todo ello, confiesa haber comentado a su mujer, en varias ocasiones, que va a hacer gestiones para que lo admitan en una residencia de la tercera edad, algo que su mujer, Andrea, no quiere ni oír. En cambio, le reprocha que cada vez se esté abandonando más, pues lleva tiempo sin ir a la peluquería, se afeita en días alternos y no se preocupa de arreglarse la boca ni tampoco de la ropa que se pone.<sup>1243</sup>

En esta situación, Juan Manuel confiesa que, si se hubiera reencontrado con Nela antes de casarse con Andrea, probablemente su mujer hubiera sido aquella. Pero la encontró cuando él ya era padre de dos críos y no tuvo más remedio que conformarse. Ahora, en quien fuera su amor de siempre, solamente encuentra algún pequeño consuelo cuando acude a charlar con ella en su bar de copas. No obstante, esas pequeñas alegrías se difuminan, rápidamente, al enterarse de que Nela está enferma de sida, porque, si esta mujer muere, con ella morirán todos los recuerdos del tiempo maldito.

En efecto, en todo momento Juan Manuel Garrido vincula la pervivencia del mundo de su pasado a la existencia de Nela la Gateja, a la que había llegado a considerar perdida de forma irremediable cuando se marchó del hospital en el que fue ingresada después de la agresión de Hilario Bueno. Luego, tras el reencuentro en Madrid, ella le ha contado algunas cosas de su vida, como que se quedó un tiempo trabajando de criada en la capital y que, después, se marchó a Munich, en donde fue camarera de un restaurante. Cuando tuvo algunos ahorros, regresó a Madrid y allí puso un bar, en cuyo interior se hizo una pequeña vivienda. Y ya no quiso saber nada de hombres, aunque arropó y acarició a los muchachos, aunque fueran drogadictos o tuvieran sida. Quizá porque en alguno de ellos viera al hijo que le nació muerto.

---

1243 *Ibíd.*, cfr. 163-164. Como se puede observar, en esta ocasión es Juan Manuel Garrido quien piensa en irse voluntariamente a una residencia de la tercera edad. Años más tarde, en otras novelas, como *La ruta de las luciérnagas* o *Las enfermizas obsesiones de Paulino Marqués*, serán las esposas de los protagonistas quienes hablen de marcharse de la casa, bien sea para irse a vivir a un pequeño apartamento o chalet de la sierra —en el caso de *La ruta de las luciérnagas*—, bien porque se pretende internar al marido en una residencia, como ocurre con Paulino Marqués. Pero ni Enrique Gómez ni Paulino quieren abandonar sus respectivos hogares.

Desde que ha conocido la enfermedad que padece Nela, Juan Manuel se ha vuelto aún más escéptico y más crítico con todo lo que le rodea. Así, con su mujer, que es diez años más joven que él y trabaja mucho, apenas habla y no quiere que le diga nada, porque la mayor parte de las veces le echa en cara el abandono en que se halla sumido o le dice que se busque algún trabajo por horas, por ejemplo, llevando la contabilidad de alguna empresa pequeña del barrio. Y no solo por la cuestión económica, sino porque piensa que le podría suponer un beneficio psicológico, al ayudarle a olvidar la vida miserable que vivió en el pueblo. Pero Juan Manuel prefiere seguir en ese mundo maldito del pasado, antes que saber cosas de un mundo presente que tan solo le provoca sufrimientos y náuseas:

Yo no quiero que me diga nada. Me pongo a leer el periódico y dice el tal periódico que en diez años el Estado ha aumentado su deuda en veintiséis billones, que para anular esa deuda todos y cada uno de los españoles tendríamos que desembolsar setecientas mil pesetas. Me dan náuseas, doctor, tanto coche oficial, tanta comilona en restaurantes de cinco tenedores, tanto guardaespaldas, tanto fraude, tanto derroche. Leo que seguimos adelante en el proyecto del avión de combate europeo, tantos millones empleados ya. Leo también unas declaraciones de Jordi Pujol, el caudillo de Cataluña, en donde dice que está contento por la catalanidad de los Juegos Olímpicos, porque en el día de la inauguración de esos juegos, cuando Su Majestad el Rey entró en el estadio de Montjuich, antes que la Marcha Real sonó el himno catalán, Els Segadors. Dios, qué mal me encuentro del estómago, de la tripa, del corazón.<sup>1244</sup>

Poco a poco, van muriendo las personas del pueblo que habían protagonizado las historias de las que él había sido testigo, confidente y vehículo transmisor. Parece que el final de aquel tiempo maldito está cada vez más cerca, pues, cuando ya no existan testimonios vivos de ese mundo, todo habrá acabado.

---

1244 *Ibíd.*, 196.



Como se acaba la vida de Nela, la cual vivirá sus últimos minutos en la casa de Juan Manuel, por la voluntad expresa de este, incluso en contra de las peticiones de su mujer para que se la lleve de allí. A pesar de saber que aquello es una locura, meterá en su propia cama de matrimonio a aquel ser agonizante que, para él, ya no es una mujer, sino un mundo, frase que repetirá hasta en ocho ocasiones, mientras ella agoniza.

Durante ese breve espacio de tiempo, por la mente de Juan Manuel desfilan personas vivas y muertas, pertenecientes a un tiempo de paz, cuando su familia cenaba tranquilamente en el patio emparrado de la casa y escuchaban la música del gramófono. Pero, también, imágenes de otro tiempo de tormentas de arena, de ríos de sangre y de caminos enfangados. Imágenes que se van disipando al mismo tiempo que se extingue el último aliento de vida de la mujer amada:

Aprieto la mano flácida de Nela, y Nela es ya un débil suspiro. No te mueras aún, Nela, chiquilla, por favor, le digo, ahora muy torpes mis palabras. Pero ella se debilita más. Ella, de pronto, deja de existir. Yo aún me acuerdo de un montón de cosas, pero sólo por un instante. Al poco, viendo ya a Nela muerta, no me acuerdo de nada. Es como si todo un mundo hubiera desaparecido al instante, no sé si para que yo me cure, para que yo me sosiegue o si, por el contrario, es para que, al alejarse de mí ese mundo, yo, doctor, también muera. Que Dios, si es que existe, nos perdone a todos.<sup>1245</sup>

En conclusión, se trata de una novela en la que Rodrigo Rubio aporta todo aquello que forma parte de su universo narrativo, especialmente el de su última etapa: humor, ironía, sátira, sarcasmo, profundo escepticismo, importante contenido autobiográfico, graciosas y picaronas pinceladas de erotismo y, sobre todo, la enorme humanidad y la ternura con las que acostumbra a dotar a sus criaturas literarias.<sup>1246</sup>

---

1245 *Ibíd.*, 214.

1246 Véase Cifo González, “Rodrigo Rubio a la busca del tiempo perdido”, 467-469.

## 7.6. *Al filo de la vida* (1998)

Escrita entre 1996 y 1997, esta novela está subtitulada con el marbete de *Memorias de medio siglo* y responde a la voluntad de hacer una crónica de la ciudad cuchillera de Albacete por parte de alguien que se siente íntimamente unido a ella y que ha querido rendirle el merecido homenaje de gratitud y cariño, a través de una novela en la que aparece lo más típico de su producción artesanal e industrial.

Como confiesa en el prólogo Juan José García Carbonell —quien fuera importante escritor albaceteño y gran amigo de Rodrigo Rubio—, el crecimiento de la industria cuchillera merecía su novela y esta debía ser escrita por el novelista que más fama había dado a la ciudad de Albacete:

Una mañana de hace algo más de un año fui al Hotel Manila a saludar a Rodrigo. Charla y desayuno. Con la confianza que da el cariño y la admiración, en corto y por derecho, le dije que a Albacete le faltaba esa novela, la saga de los cuchilleros del taller a la fábrica, del maestro artesano al ejecutivo enamorado de la iniciativa, la producción y el comercio. Nadie podía como él contar esa saga, ese caminar de generaciones en busca del vellocino del pan honrado del trabajador y no del vellocino de oro. Yo conozco a los empresarios de la cuchillería. Por eso sé que en la raíz de sus empresas hay un aliento de orgullo creador y solidario.<sup>1247</sup>

Tras esa conversación, Rodrigo Rubio abrió las fuentes de su memoria y las puertas de su corazón para ponerse manos a la obra. El fruto es esta novela, la novela de la cuchillería, con un título muy sugerente, pues, como indica García Carbonell, con cariñosas y sentidas palabras de agradecimiento hacia la labor realizada por el escritor de Montalvos, el filo de la navaja tiene una interpretación muy particular:

---

1247 Rubio, *Al filo de la vida*, 9.

El filo de la navaja no es para quitar la vida, sino para ayudar a llevarla. Nuestros tiempos paradójicos y violentos en mala parte, nos están demostrando que la punta y el filo que hay que temer es el del corazón y la voluntad que el odio atiza. Albacete le debe a su navaja e industria cuchillera vida, mucha vida. Y eso es lo que palpita en este libro de Rodrigo Rubio, el gran escritor de España, nacido en Albacete, en ese pueblecito blanco de Montalvos donde empezó a soñar.<sup>1248</sup>

Rodrigo Rubio plantea estas memorias de medio siglo como una especie de crónica de una saga familiar, contada en primera persona por el nieto mayor del viejo navajero y cuchillero artesano Juan Gómez Arcos e hijo de Juan Antonio Gómez Zafrilla. El narrador, Antonio Gómez Ortuño, es un ingeniero industrial, con treinta y cinco años, que dice tener un hermano, Ricardo, abogado, y una hermana, Llanos, que estudió Ciencias Empresariales. Con la supervisión sabia y experta del padre, los tres hermanos llevan el negocio familiar de cuchillería, ahora instalado en unas naves amplias y cómodas del Polígono Industrial Campollano, situado a las afueras de la capital albaceteña, en la salida de la autovía con dirección a Madrid.

Antonio —Toñico, como lo llama su familia— se confiesa un hombre feliz, con Marta, su mujer, y sus dos hijos, y orgulloso de su ciudad. Una ciudad moderna, que se parece poco a aquella localidad entrañable, hermosa en el recuerdo, pobre, modesta, agrícola y artesanal que había sido en otro tiempo:

Era aquél, me decían, un mundo, una ciudad con sabor a campo. Una ciudad que tenía olor a grano molido, a ganado de todas clases, y que sus símbolos, además de la Feria (del que tendré ocasión de hablar), eran las posadas, las fábricas de harina, la vieja estación y los comercios con sabor a rancio. Comercios que olían a especias, a los productos alimenticios de todas clases, y donde parecían destacar los bazares, las ferreterías y las droguerías.<sup>1249</sup>

---

1248 *Ibíd.*, 10.

1249 *Ibíd.*, 17.

De aquel viejo mundo, de aquella ciudad con polvo y carros en la calle, él dice tener algunos pocos recuerdos directos y personales, que han sido suficientemente compensados con todo lo que siempre oyó contar a su abuelo Juanete, a su padre y a su tío Ricardo, quienes empezaron a trabajar en un viejo taller de la calle San Agustín y mantenían contactos frecuentes y amistosos con gente de los pueblos y aldeas, entre otros la familia de Buenaventura Rubio, de Montalvos, con la que la familia Gómez Arcos llegó a tener una gran amistad.

Ahora, Albacete es una hermosa, limpia y moderna ciudad, de la que el narrador destaca algunos lugares, como el parque de Abelardo Sánchez; la avenida de España —en donde él vive, en un piso con amplios ventanales y terraza que miran al parque—; las varias e importantes facultades universitarias; sus buenos restaurantes; los nuevos barrios crecidos en los terrenos de la antigua estación del ferrocarril; la zona de Villa Cerrada —edificada en donde, en los años jóvenes de su abuelo y de su padre, estaba el viejo Alto de la Villa, lugar de mugre y de prostitución—, y el Polígono Industrial Campollano, que, en opinión del narrador, es como un milagro, pues en él se desarrolla una actividad febril, con almacenes repletos de mercancías para su distribución por España, por Europa y por todo el mundo.

### **La singular y omnipresente figura del abuelo Juanete**

A él dedica Rodrigo Rubio la primera parte de *Al filo de la vida*, formada por ocho capítulos en los que solo figura la numeración, y que, junto con la tercera parte, dedicada a los nietos, es la más extensa de la novela. Porque la memoria de su abuelo, Juan Gómez Arcos, lo llena todo, tanto por su propia persona como por ser el fundador de un pequeño taller artesano de cuchillería, situado en la calle de San Agustín, muy cerca de la céntrica plaza de Las Carretas, que fue el germen de la que hoy es —gracias al trabajo del abuelo, del también desaparecido tío Ricardo y del padre del narrador— una floreciente empresa, Industrias GOMARC.

El recuerdo del abuelo, muerto hace dos años, le lleva a pensar en la tradicional imagen del antiguo navajero, con su mercancía en una faja

liada al vientre, que salía por las noches a la estación del tren, a esperar la llegada de los trenes correos, y que representa un símbolo del trabajo y de la tenacidad, además de ser el germen de cuanto se ha ido logrando con el paso del tiempo.

Asociada al recuerdo del abuelo, aparece la imagen de la abuela Eloísa, cuando era una muchacha joven, risueña y alegre, que llegó a la capital procedente del pueblo serrano de Paterna del Madera, para ponerse a servir en casa de un notario. Los días festivos solía ir a las verbenas con otras amigas, y en una de ellas la conoció y la enamoró el abuelo Juanete. Ahora, la abuela está triste, aunque los padres de Toñico y su hermana Llanitos, que conviven con ella, procuran hacerle la vida lo más grata posible. De ella recuerda el narrador que siempre la vio vestida de negro, de luto riguroso, primero por la muerte de su hija Eloisica y, más tarde, por la de su hijo Ricardo; pero de la muerte de este no hablará hasta la segunda parte de la novela.

Retrotrayéndose un poco más en el tiempo de la memoria, relata cómo su abuelo entró de aprendiz en ese taller que más adelante sería suyo y que por aquel entonces pertenecía a un cuchillero natural de Madrigueras, llamado Leoncio Martínez Cuerda, de quien Juanete aprendería a fabricar navajas, cuchillos y tijeras, además de a valorar el poco dinero que ganaba, trabajando duro todo el día y saliendo por las noches a vender navajas a la estación, junto a su jefe:

El abuelo ha recordado muchas veces el frío que pasaban en las noches de diciembre, enero y febrero. Cuando, antes de que llegaran los trenes, a lo mejor el patrón y él pasaban un rato en la cantina, y allí se tomaban un vaso de vino tinto, una copa de coñac peleón o un carajillo de anís. “Eran tiempos muy duros aquellos, Toñico. Tiempos en los que si sobraba algo era el hambre, y hasta casi la miseria.”<sup>1250</sup>

Como Juanete trabajaba con ganas y entusiasmo, pronto se convirtió en maestro cuchillero y, con tan solo dieciocho años, se quedó

---

1250 *Ibíd.*, 40-41.

con el taller de su jefe, primero en arriendo, con una pequeña renta, y más tarde en propiedad. De modo que, con veinte años, ya era un hombre responsable, con ganas de formar una familia y de ampliar y modernizar el viejo taller. Como se libró del servicio militar por ser estrecho de pecho, apenas conocer a Eloísa, dos años menor, le propuso que se casaran para, así, abrir el prólogo de una nueva vida. Ahora, Toñico recuerda la imagen de aquella boda, plasmada en una de esas viejas fotografías que aparecen encima de las cómodas a las que tan aficionado era Rodrigo Rubio. Una fotografía que bien pudiera ser de alguien de su propia familia y que él describe del siguiente modo:

Pero el muchacho Juanete y la muchacha Eloísa, tan jovencillos aún, se casaron, los dos vestidos de negro. Él con traje de pañete, camisa blanca con cuello de tirilla, sin corbata, botines y muy peinado con gomina. El traje de ella era de falda larga y con vuelo, ceñido a la cintura y bien cerrado en el cuello, sin ningún escote. Llevaba la muchacha unos pendientes sencillos, algo brillantes, aunque quizás fueran de latón, que le había regalado su abuela, una vieja sin dientes de Paterna del Madera.

Y así, con esas ropas, con esos trajes oscuros, hemos visto a los abuelos en viejas fotografías de aquel día de la boda: ella sentada en un sillón como de casa rica, él de pie, al lado, muy tieso.<sup>1251</sup>

Posteriormente, se irían a vivir a una casa humilde, cerca del taller, en donde les irían naciendo los hijos, Juan Antonio, Ricardo y Eloísa, la cual murió antes de cumplir los dos años, a causa de la leucemia. Juan Antonio tuvo que dejar los estudios a los catorce años para ayudar en el taller a su padre y aprender el oficio, y Ricardo, siempre delicado de salud, terminó el bachillerato y se colocó en un banco, aunque el padre le obligaba a ir unas horas por las tardes al taller para que también supiera algo del oficio y llevara todos los papeles y las cuentas de la empresa.

El narrador dedica un cariñoso recuerdo a su tío Ricardo, quien siempre fue un muchacho guapo y fino y parecía ir para señorito. Por eso, aunque ayudaba a su padre y a su hermano, nunca salió a vender

---

1251 *Ibíd.*, 43.

mercancía a los trenes. A él se debían algunas buenas ideas, como la de comprar el bajo contiguo al del taller, gracias a un préstamo que les concedió el banco en donde él trabajaba. Y esa otra idea de dar un gran impulso al puesto que la familia ponía en la feria de Albacete, exponiendo no solo las navajas clásicas y más baratas, sino también otras navajas grandes, con hojas grabadas, con arabescos y adornos dorados.

Juan Antonio, en cambio, siempre estaba enfrascado en el trabajo del taller. En este sentido, cuenta el narrador que tiene por costumbre comer el bocadillo de media mañana con los operarios de la fábrica y compartir con ellos el vino y la gaseosa. Después, regresa a su rincón, en donde tiene su vieja mesa, su viejo torno y sus herramientas de siempre, y trabaja sosegadamente en lo que a él le gusta, como si todavía estuviera en el viejo taller, con la compañía del abuelo Juanete:

    Mi padre, en ese rincón de la nave, inclinado sobre su vieja mesa, trabajando pacientemente con metales que tiene atrapados en el viejo torno, templando muy bien los aceros, sacando de las hojas de las navajas el filo adecuado, puliendo bien las cachas —siempre de asta de toro o pata de cabrito, nunca de plástico—, es un hombre que está en su mundo, en el mundo de ayer junto al abuelo en aquel antiguo taller de San Agustín junto a la plaza de las Carretas.<sup>1252</sup>

De hecho, cuenta Antonio Gómez que, cuando ve a su padre trabajando así, con tanto esmero y paciencia, imagina al abuelo a su lado y siente que algo de la vida pasada se renueva en su interior. Entonces, sale del despacho, se acerca a su padre y le ofrece tomar un café, un vino o una cerveza. Pero él no quiere dejar su labor y le enseña algunas de las navajas clásicas, “las puras albaceteñas de siempre”, en las que todavía trabaja:

---

1252 *Ibíd.*, 35.

Me muestra, a lo mejor, una navaja llamada “Capaora”, que es corta, de hoja curvada, muy afilada, y con cachas de asta de toro. O una “Jerezana”, para que siempre se encaprichen por ella los andaluces. O una “Cabriterera”, tremenda, agresiva por su hoja, hermosa por su empuñadura de pata de cabrito. O una “Bandolera”, que es, en su modelo antiguo, muy clásica. O me muestra una “Carraca”, o navaja de muelles, que hace un ruido, como de ametralladora de juguete, cuando se abre.<sup>1253</sup>

Tras enumerar algunos de los modelos más tradicionales y típicos de las navajas albaceteñas, Rodrigo Rubio, por boca del narrador, pasa a hablar de algo que el abuelo Juanete fabricó por primera vez. Se trata de los llamados “Tranchetes”, unos cuchillos para cortar la uva, en la vendimia, “de hoja curvada, en forma de gancho, bien afilada, y tenían la empuñadura de madera limada y pulida”<sup>1254</sup>, los cuales le proporcionaron tal éxito económico que, en unos años, pudo comprar el bajo contiguo al taller y los dos pisos de arriba, en los que, tras las oportunas reformas, haría dos buenas viviendas.

En relación con el mundo de la navaja albaceteña, aparece un motivo casi omnipresente en la obra literaria de Rodrigo Rubio, el de la feria de Albacete, comenzando por las antiguas ferias, pobres, modestas, pero hermosas, en las que lo más vivo y típico era la parte exterior del recinto ferial, conocida como La Cuerda, y que era el sitio de encuentro de “aquel conjunto de humanidad viviente de personas que llegaban desde todos los puntos de nuestra provincia, y aun de las limítrofes, como Cuenca y Ciudad Real, con sus carros y galeras, con sus caballerías”<sup>1255</sup>. En ese lugar acampaban todos esos vecinos de pueblos y aldeas, con sus buenos avíos de comida, para acudir al mercado de ganado, en el que se compraban y vendían, sobre todo, mulas. También acudían al interior del recinto, en donde compraban arreos, piezas de guarnicionería, horcates, cribas, romanas y, como es lógico, las clásicas navajas:

---

1253 *Ibíd.*, 35-36.

1254 *Ibíd.*, 70.

1255 *Ibíd.*, 63.



El abuelo Juanete vendía algunos años muchas de sus buenas navajas, también de las más pequeñas y baratas —para los muchachos—, pues todo el mundo se feriba siempre, por encima de todo, una navaja. Los jovencuelos, los que ya se escapaban de la tutela de sus padres para largarse al Alto de la Villa (primera aventura de amor/pecado), también se compraban un espejito, un peine y una cartera.<sup>1256</sup>

Antonio recuerda aquellas ferias en las que las mujeres, la mayoría enlutadas, aprovechaban para comprar utensilios para la cocina y para mirar ropa o lencería en los comercios de la ciudad. Unas ferias que, con el paso de los años, irían cambiando, pues la modernización de los tiempos hizo que desapareciera el mercado de las caballerías y que, en su lugar, surgieran los tractores, la maquinaria agrícola y otros instrumentos mecánicos, dejando atrás su sabor entrañable de siempre.

Pero, también en esta primera parte de la novela, el escritor albaceteño aprovecha para hacer un homenaje a su propia familia, dada la gran amistad que la familia Gómez mantenía con la de Buenaventura Rubio, de Montalvos, desde que coincidieron en la clínica del doctor Ramón Ferrándiz, con ocasión de la enfermedad del tío Ricardo, por una neumonía y posterior tuberculosis, que lo llevaría a la tumba.

Además, cuando trabajaban en el viejo taller, los Gómez acudían a tomar buenos vinos a una taberna próxima, propiedad de un tal Dimas Rubio, que había llegado a Albacete siendo joven, pero ya casado y con cuatro hijos; un hombre de Montalvos, callado y serio, por quien Antonio sintió una gran admiración y con el que, a pesar de no haber mantenido muchas conversaciones, tuvo una buena amistad.

De Dimas Rubio supieron los parroquianos de la taberna que había estado en la guerra, junto a otros dos hermanos menores, Cristino y Heriberto, los tres luchando en el bando republicano, como tantísimos hombres más de esas tierras. No obstante, un día, cuando ya la guerra llegaba a su final, Dimas se encontró en las filas de los nacionales, y esa circunstancia le sirve a Rodrigo Rubio para poner de relieve la crueldad

---

1256 *Ibíd.*, 65. Recordemos que el escritor albaceteño se había referido a esta costumbre de los jóvenes, en términos muy similares, en su novela *La feria*.

de una guerra fratricida, en la que algunos tuvieron que enfrentarse con sus propios hermanos:

Se había pasado, o había “caído”, sin apenas darse cuenta, por una acción casual, y si de momento fue hecho prisionero, luego le devolvieron el fusil, pero para que disparara contra los rojos. Es decir, que aquel muchacho —ya casado en los años de la cruel guerra civil— muy bien pudo disparar contra sus hermanos, Cristino y Heriberto. Eso le llenaría de confusiones, y quizás también de preocupaciones, sobre todo cuando supo, al final de la contienda, que el hermano que le seguía en edad, Cristino, había sido muerto, en el frente de Levante, por las tropas nacionales y en sus últimos ataques; y que el otro, Heriberto, el pequeño, había sido malherido, por descarga de mortero, en ese mismo frente de Levante.<sup>1257</sup>

Por eso, cuando Dimas regresó de la guerra y se reunió con su familia en Montalvos, no contempló la posibilidad de solicitar ninguno de los trabajos que le hubieran podido ofrecer desde el bando vencedor, como, por ejemplo, cartero rural o conserje de Sindicatos. De modo que, al instalarse en la capital, se empleó en una empresa de contratas para cargar y descargar carbón en la estación. Además, para ayudar algo más a la economía familiar, montó aquella pequeña taberna que atendía su mujer, Victoria.

Lo que sí hacía Dimas era aprovechar los días libres yendo a su pueblo y cargando vino para la taberna, en especial el de las viñas de su padre, Buenaventura, o de su suegro, Laureano Rueda, conocido con el apodo de Trastorna. Para recoger ese vino, se desplazaba en bicicleta hasta el pueblo, antes de que amaneciera. Allí tomaba un carro de su padre o de su suegro, lo cargaba de toneles o bombonas y se ponía en marcha hacia la capital. Cuando llegaba, depositaba el vino en la taberna, se subía al carro y regresaba al pueblo, para luego, muy de noche y agotado, volver a su casa en la capital, en la bicicleta.

---

1257 *Ibíd.*, 54.

Otro recuerdo cariñoso lo dedica Rodrigo Rubio a su sobrino Juan Rubio Rueda, conocido como el Rula, el hijo mayor de su hermano Dimas. De él comenta Antonio Gómez, el narrador, que era muy amigo de su padre, Juan Antonio, con quien solía ir a ver películas de aventuras y policíacas a los cines Capitol y Teatro Circo, y con quien jugaba al fútbol en un equipo del barrio. Luego, Juan el Rula llegaría a ser un buen solador en la construcción y moriría a los sesenta y un años, de un cáncer de garganta, casi al mismo tiempo que su padre, aquel Dimas Rubio Marqués, amigo y compadre del abuelo Juanete.

### **Un breve recuerdo para el tío Ricardo**

La segunda parte de la novela, formada por tres breves capítulos y con tan solo diecinueve páginas, aparece encabezada por el rótulo “Los hijos” y está dedicada, fundamentalmente, a la memoria del tío Ricardo, el hijo de Juan Gómez Arcos, muerto de tuberculosis, como ya se había adelantado en la primera parte de la misma.

Es ahora cuando se amplía el dato sobre la forma en que esta familia conoció a la de Buenaventura Rubio, de Montalvos. Si antes se había dicho que fue durante una visita a la clínica de un médico de Albacete, con ocasión de la enfermedad del tío Ricardo, ahora se añade que la amistad había empezado, primero, con el trato del abuelo Juanete y Dimas Rubio en la taberna de este, y que se reforzaría a raíz del día en que la familia Rubio acudió a esa misma clínica con su hijo pequeño, Rodrigo, al que tendrían que dar varias sesiones de corrientes de calor y eléctricas.

Pero, volviendo al personaje de Ricardo Gómez Zafrilla, cuenta su sobrino Antonio que, aunque en aquellos años de la adolescencia estuvo bastante mal, superaría la enfermedad, cosa que no sucedió del todo con Rodrigo, el chico de Buenaventura, quien mejoró, “pero nunca del todo, siempre se le reproducían brotes de la enfermedad, dolores agudos, con inflamación en las articulaciones”<sup>1258</sup>.

---

1258 *Ibíd.*, 79.

En realidad, la mejoría del tío Ricardo fue pasajera pues, a pesar de que durante un tiempo pudo coger la bicicleta y marcharse a las fiestas de los pueblos, incluidas las de San Marcos, de Montalvos, de pronto le llegó una inesperada recaída, con vómitos de sangre. A partir de ese momento, cuando iba a cumplir los veintidós años, la enfermedad no tuvo remedio y el muchacho murió “un día de octubre, un día del otoño, cuando las hojas se desprenden de los árboles, y a todos les pareció que era una cosa cruel, como un castigo de Dios”.<sup>1259</sup>

Después de relatar este doloroso suceso, pasa rápidamente a sintetizar cómo su padre había conocido a María Ortuño Sáez y la posterior boda. Así fueron transcurriendo los años y, pasados los cincuenta, parecía que se llegaba a un tiempo y a una vida mejor para todos; al menos, eso es lo que le contaba su padre. Y, con todas esas informaciones, es ahora cuando está escribiendo esta crónica de medio siglo, el lunes 3 de junio de 1996.

Además, como colofón al homenaje que Rodrigo Rubio realiza a la navaja albaceteña, encontramos unos versos que el poeta Juan José García Carbonell, el mismo que escribe el prólogo de la novela, había dedicado a la navaja de su padre, y que dicen así:

Servía la navaja para todo:  
para sacarle punta al tranco,  
para afilar el lápiz,  
para el corcho rebelde,  
para el tocino magro,  
para pelar naranjas,  
para mojar la sopa en caldo,  
para pelar patatas,  
arreglar el gazapo,  
cortar el nudo, despegar la caja,  
y poner un cartón a los zapatos.<sup>1260</sup>

---

1259 *Ibíd.*, 88.

1260 *Ibíd.*, 82.

## La llegada de los tiempos modernos

La tercera parte de *Al filo de la vida* está dedicada a los nietos del abuelo Juanete y se abre con los recuerdos del narrador acerca de una muchacha de Ontur, llamada Mariana, que era la que, en los primeros años, cuidaba de él y de sus dos hermanos, Ricardo y Llanitos, de los que ya había adelantado algunos datos en la primera parte de la novela. Recuerda, asimismo, los juegos de la infancia, los estudios y a algunos de sus primeros amigos. Años más tarde, los viajes que hacía con el padre por pueblos de la provincia, gracias a los cuales conoció de cerca la geografía albaceteña y pudo apreciar los cambios habidos, con el paso del tiempo, en el campo y en sus gentes. De modo que, consiguientemente, también la cuchillería tuvo que acomodarse a esos cambios, aunque tanto al padre como al abuelo, al igual que al propio Rodrigo Rubio, les gustara mucho más la forma de vida de siempre:

Ahora —la vida lo imponía— había que cambiar los modos de trabajo, las fórmulas de producción. Aunque a nuestro padre y al abuelo les siguiera gustando la vida del campo —que añoraban—, y fuesen por los pueblos y en esos pueblos hablaban siempre con los viejos parroquianos y amigos; aunque les gustara el color de los barbechos recién arados, con alondras picoteando por los surcos, y aunque nunca olvidaran la hermosura de un campo de trigo, ya espigado, y el olor de ese campo que trae sabores de buena cosecha próxima, ellos, poco a poco, harían nuevas reformas en el taller, donde ya trabajaban cinco hombres, además de nuestro padre y el abuelo.<sup>1261</sup>

En uno de esos cambios, la familia decidió trasladar el taller al naciente polígono industrial de Campollano, al tiempo que Antonio y sus hermanos iban creciendo y se marchaban a estudiar a Madrid. El primero fue el narrador, que se fue a estudiar ingeniería industrial; luego, Ricardo, para hacer Derecho, y, poco después, Llanitos, quien se inclinó por Ciencias Empresariales. Nuevos tiempos, pues, y nuevas orientaciones para la familia Gómez y para la empresa GOMARC, pues

---

1261 *Ibíd.*, 109.

Ricardo abrió un bufete de abogados y se ocupaba de las cuestiones jurídicas de la empresa, mientras que Llanos lo hacía de los asuntos administrativos y económicos y Antonio, ya casado y con dos hijos, trabajaba en el proceso de elaboración de las navajas.

Todo parecía, pues, discurrir por un camino feliz, una vez salvados los muchos obstáculos de los viejos años pasados. Ahora todo era muy diferente y los hijos de Juan Antonio y los nietos de Juanete tenían una vida cómoda y confortable, tanto en el ámbito personal como en el profesional.

El único motivo de preocupación era la salud del abuelo, aquejado de una insuficiencia cardíaca y coronaria. Circunstancia que da pie a una curiosa alusión por parte del escritor albaceteño —siempre atento a la realidad que le rodea y dispuesto a reflejarla de la forma más fidedigna posible— a un hecho cierto acaecido en la familia del autor de este trabajo, y que Rubio traslada a las páginas de la novela por boca de Antonio Gómez:

Por entonces hubo concilios familiares, hablando si sería conveniente llevar al abuelo a Madrid, al hospital de la Princesa, donde, según contaban, estaban los mejores cardiólogos de España. De esto fui yo el primero en hablar, pues tenía amistad con un muchacho de nuestra ciudad —Manuel Cifo González, catedrático de Literatura en el instituto de Torrevieja—, el cual me contó que su padre había sufrido infartos repetidos, y que por eso lo llevaron a Madrid (con el visto bueno de los cardiólogos del Hospital General de nuestra ciudad), al hospital de la Princesa. Y que allí lo trataron muy bien, aplicándole válvulas y tratamientos que no le iban mal.<sup>1262</sup>

Como se puede ver, una vez más y gracias a esta anécdota histórica, Rodrigo Rubio convierte en literatura todas sus experiencias cotidianas, tanto las propias como las que le tocan de cerca, a través de familiares, amigos y conocidos. Por eso no resulta nada extraño ver desfilar por

---

1262 *Ibíd.*, 133.

las páginas de estas memorias de medio siglo a políticos, periodistas, escritores, futbolistas o toreros de la tierra, así como continuas menciones a posadas, restaurantes, hoteles, tiendas, calles y costumbres del Albacete perdido y del nuevo Albacete.

Y, entre todos ellos, ocupa un lugar preferente la figura del propio Rodrigo quien, de forma más o menos directa, aparece citado, con más lujo de detalles, a lo largo de esta tercera parte. Así, por ejemplo, comenta el narrador que Dimas Rubio le contaba a Juan Antonio Gómez que su familia se había trasladado a Valencia, pensando en un mejor presente y futuro para sus hijos, sobre todo el hijo pequeño, Rodrigo, que seguía mal de las piernas y todos deseaban lo mejor para él.

Ahora bien, la mención más extensa y detallada surge cuando Antonio recuerda una ocasión en que su padre lo llevó a una conferencia, algo que extrañó a toda la familia, pues aquello no era algo habitual en Juan Antonio Gómez. Además, el conferenciante no era ningún hombre ilustre de la ciudad, sino un hombre del pueblo de Montalvos, algo maduro y que llevaba muletas para andar, al que el narrador se refiere en los siguientes términos:

Era Rodrigo Rubio, el hermano pequeño de Dimas, el que había sufrido desde pequeño duros ataques de artritis, y que luego, ya emigrado a Valencia —y sin poder realizar estudios de ninguna clase—, se había sobrepuesto a todo, llegando a escribir algunos libros que tuvieron cierto éxito. En nuestra casa se había hablado de eso, de ese muchacho. Se había hablado incluso con admiración y emoción, pues todos sabían —por la vieja amistad con la familia, y sobre todo con Dimas— por las peripecias que había pasado el chaval.<sup>1263</sup>

De la conferencia pronunciada por Rodrigo, recuerda Antonio que a la audiencia le gustó mucho que el escritor hablara de las novelas por entregas que leía su padre, siempre al amor de la lumbre, en las noches del invierno, así como las alusiones a sus duros trabajos en el

---

1263 *Ibíd.*, 114.

Mercado Central de Valencia, a las clases a las que había asistido en una escuela nocturna y a sus lecturas y escritores favoritos.

A continuación, cuenta que su padre tenía guardados, en una carpeta, recortes de prensa en los que se hablaba de ese muchacho escritor, incluido un soneto que el poeta y director del diario *La Voz de Albacete*, Antonio Andújar Balsalobre, había dedicado al escritor y a su mujer, Rosa Romá, con motivo de su boda. Un soneto que, al volver de la conferencia, leyó Juan Antonio Gómez a su hijo Toñico, quien lo califica de hermoso y emotivo. Dicho soneto decía así:

No va lo de “mayores con reparos”  
para vosotros, titanes de la vida,  
y de ahí que la singla tan temida  
os sirva de incentivo para amaros.

Aunque no sé cantar, quiero cantaros,  
y aunque no sé reír, está encendida  
de augurios mi sonrisa estremecida  
por el bien que quisiera depararos.

Ayer bendijo vuestra unión el Cielo  
y tanta dicha en esa unión se encierra  
que uno es ya en la vida vuestro anhelo.

A la vuelta, Rodrigo, de tu guerra  
hallas, por fin —¡con cuánto mimo y celo!—,  
tu “equipaje de amor para la tierra”<sup>1264</sup>

Y, finalmente, alude a que en la casa de Toñico, además de la novela ganadora del premio Planeta, tenían su primera novela, *Un mundo a cuestas*, de la que el propio autor, a través de su personaje, hace este comentario:

---

1264 *Ibíd.*, 115.



En nuestra casa, además de “Equipaje de amor para la tierra”, también teníamos su primera novela, “Un mundo auestas”, para mi familia la más hermosa, pues se hablaba de Montalvos, de la vida en el pueblo en otros años, todo con gran sabor, aparte de contarse una historia de amor hermosa y de indudable estremecimiento. Además, en esa novela, uno de los personajes (aparte de los principales, Alonso, el que cuenta la historia, y la muchacha María Dolores, la que luego muere, tan chavala aún), era un muchacho de Albacete, José Luis, de oficio navajero. Un muchacho que por estar también enamorado de María Dolores sería, cuando iba los días de fiesta por el pueblo, como una pesadilla para el bueno y desafortunado Alonso.<sup>1265</sup>

Una última referencia a Rodrigo Rubio aparece a propósito del homenaje que la Asociación Provincial de Empresarios de Cuchillería y Afines (APRECU) ofreció al abuelo Juanete en el salón de actos del Ateneo albaceteño. Entre las personas a las que se les remitió invitación para asistir al acto figura ese escritor, amigo de la familia Gómez. Pero, según cuenta Antonio, Rubio les contestó con una carta muy amable en la que, además de adherirse al merecido homenaje a don Juan Gómez Arcos, “se lamentaba por no poder desplazarse debido a su estado de salud, muy en precario por la invalidez crónica, y también porque, en esos momentos, su ánimo no era precisamente bueno, con algunos problemas de índole familiar”.<sup>1266</sup>

La vinculación entre las familias Gómez y Rubio continúa casi hasta el final de la novela, con lo que se confirma, una vez más, que esas memorias de medio siglo con las que el escritor de Montalvos pretendía rendir homenaje a los navajeros albaceteños representan, también, un particular y emotivo recuerdo de su propia familia y, más en concreto, de su hermano Dimas.

Por eso, la muerte del abuelo Juanete se hace coincidir en el tiempo con la de su amigo Dimas Rubio. El abuelo apareció muerto una mañana en la que, como de costumbre, su mujer pasó a la habitación para despertarlo y se lo encontró en la cama estirado, dormido ya para

---

1265 *Ibíd.*, 116-117.

1266 *Ibíd.*, 138.

siempre. Entre todas las personas afligidas por su desaparición, quien más acongojado estaba era su hijo Juan Antonio, pues pensaba que, indirectamente, él podía haber influido en el empeoramiento de la salud de su padre al haber anunciado, unos días antes, la muerte del amigo que había vivido cerca de ellos y que les había servido tan buenos vinos en su taberna:

Este hombre había muerto por aquellos días, cuando ya nuestro abuelo se encontraba bastante mal. Mi padre se había encontrado por casualidad, con el hijo segundo de Dimas, Virginio, el que era suboficial técnico del Ejército del Aire, y le dijo la triste noticia, añadiendo, además, que su hermano mayor, Juan, el *Rula* (compañero de fútbol, de bares y cine de nuestro padre en años juveniles) estaba ingresado, grave, por un cáncer de garganta, en el Hospital General.<sup>1267</sup>

Pero, como dice el narrador, convirtiéndose una vez más en portavoz de su creador literario, aunque la vida se había entristecido, había que seguir adelante, convencidos, además, de que ambos muertos descansaban en el mejor de los mundos. Un mundo que el narrador imagina como un lugar con olor al humo de los vetustos trenes y con polvo de ciudad vieja, rural y querida, o, tal vez, como un sitio en donde todo sería “azul, o verde, húmedo y limpio, y en vez de sonidos estridentes le llegaran los trinos de todos los pájaros”<sup>1268</sup>

Y, para concluir la novela con una nota de esperanzado optimismo, el narrador da la noticia del embarazo de la mujer de su hermano Ricardo. Este, en medio de la alegría que le embarga, anuncia que, si es varón, no se llamará Iván o Rubén, como los hijos de su hermano Antonio, ni llevará ninguno de esos nombres modernos que ahora se pone a los hijos. Se llamará Juan, como el abuelo y —según anuncia el narrador con unas palabras que, en tono premonitorio, sirven para poner fin a la novela—, tal vez, como el abuelo, pudiera llegar a ser un hombre fuerte,

---

1267 *Ibíd.*, 144.

1268 *Ibíd.*, 147.

sólido y sacrificado, que diera continuidad a la saga familiar de gente trabajadora, entregada a un quehacer que dignifica y ennoblece.

**7.7. Cinco cuentos con el tren al fondo: “Un ritmo para el recuerdo” (1980), “Sal amarga” (1980), “Los otros viajes” (1985), “Retraso providencial” (1987) y “La oruga metálica” (1988).**

En cuatro ocasiones se presentó Rodrigo Rubio al Premio de Narraciones Breves Antonio Machado, patrocinado por RENFE y en las cuatro quedó finalista. Como es natural, porque así lo estipulaban las bases del premio, en todas esas narraciones el tren debería tener algún tipo de protagonismo, con independencia de cuál fuera la trama argumental de cada una de ellas. Debido a dicho condicionante, nos encontramos ante cuatro relatos bastante diferentes, como son “Un ritmo para el recuerdo”, “Los otros viajes”, “Retraso providencial” y “La oruga metálica”. El quinto de los cuentos recogidos en este epígrafe, “Sal amarga”, no fue presentado al premio Antonio Machado.

### **La crónica del último viaje**

En el primero de estos cinco cuentos, “Un ritmo para el recuerdo”, el autor nos presenta a una mujer mayor, Isabel, que se ve obligada a viajar frecuentemente en tren desde Valencia, en donde ella tiene su casa, hasta Madrid, ciudad en la que viven sus tres hijos, para pasar temporadas de dos meses en el piso de cada uno de ellos, a pesar de que la madre les pide que la dejen vivir tranquila en su casa de Valencia.

El relato se construye a partir de dos voces narrativas, siendo la principal de ellas la de un anónimo narrador omnisciente en tercera persona, que es el encargado de contar todas las vicisitudes que a esta mujer y a su familia les ha tocado vivir a lo largo de los años. La otra voz es la de la propia Isabel, quien, en segunda persona y en letra cursiva, deja aflorar sus pensamientos e inquietudes, tanto cuando piensa en voz alta como cuando les habla a sus hijos, Juana, Ramón y Eduardo, de los

cuales se siente muy orgullosa, aunque muestra una gran preocupación por la forma de vida de todos ellos, sobre todo la del hijo pequeño, hacia quien muestra un cariño muy especial:

Todo aquello existía. Un mundo casi desconocido. No podía encontrarse bien. *Me gustaría que lo comprendierais, hijos. Tenéis que dejarme en casa. Vosotros hacéd vuestra vida. No os preocupéis por mí* Los hijos se miraban entre sí. Isabel estaba orgullosa de aquellos hijos. Pero se sentía triste. No acababa de comprender que vivieran con tanta prisa, con tanto nerviosismo. *Vais a enfermar. No trabajar tanto.* Ramón, el pequeño, era el que más le preocupaba. Cuando tenía que ir a su casa (un pequeño apartamento en el Barrio del Pilar) Isabel temblaba.<sup>1269</sup>

Su inquietud se deriva del hecho de que la mujer de Ramón, Menchu, trabaja en una oficina y, por tanto, si su hijo enfermase, no tendría quien lo cuidara. Aunque este le dice que eso tiene que ser así, Isabel no entiende por qué su nuera ha de trabajar fuera de la casa, pues, en su opinión, una mujer debe dedicarse al cuidado su hogar y, en caso de tener que trabajar, hacerlo solo cuando la necesidad era acuciante, como en el tiempo del estraperlo, tal y como le había sucedido a Isabel.

Esa referencia da pie a que el narrador proceda a contar, de forma sucinta, cómo había sido la vida de esta mujer, a quien, cuando recordaba aquellos tiempos pasados, le venía la pena a los ojos. Unos recuerdos que solían removerse en su mente al ritmo que marcaba el tren cada vez que tenía que emprender el largo viaje desde Valencia a Madrid o en sentido contrario.

Así, sabremos que ella era la más pequeña de cuatro hermanos y que, a causa de una enfermedad del padre que le impedía trabajar en el campo, la familia se había visto obligada a marchar a Valencia, unos diez años antes del inicio de la guerra, desde un pueblo de tierras secas, donde se hablaba castellano; un pueblo manchego, cercano a la ciudad

---

1269 Rubio, “Un ritmo para el recuerdo”, 141.

de Utiel. Ciudad a la que la familia se solía dirigir en tren a comprar las especies para la matanza del cerdo o a resolver asuntos de papeles.

En Valencia, trabajó como modista, se casó y tuvo tres hijos. La mayor, Juana, también tiene tres hijos y está felizmente casada con Germán, a quien le gusta el tenis, cambiar de coche con relativa frecuencia y la posibilidad de tener un buen chalet en la Sierra. Este se lleva muy bien con el segundo y más fuerte de los hijos de Isabel, Eduardo, con quien comparte la afición por los coches y el deporte, así como las discusiones acerca de la situación política y económica que vive España en los primeros años de la transición, que es cuando se desarrolla el tiempo presente del relato.

El pequeño, Ramón, que era más flaco y más débil, había ganado unas oposiciones para ingresar en un ministerio, y allí conoció a Menchu, una auxiliar en la Secretaría Técnica, con la que poco después se casó. Años atrás, Ramón había practicado deporte y se había aficionado al cine “underground”. Ahora, en cambio, se halla sumido en una enorme apatía de la que solo parece salir cuando se encierra en el cuarto oscuro para revelar fotografías. Él no tiene coche, ni un piso cómodo y, por si todo ello fuera poco, resulta que su mujer es algo brusca, además de estar siempre distraída, como si nada le importara, ni siquiera el marido. Y todo esto aumenta aún más la preocupación y los miedos de la madre.

Unos miedos muy diferentes a los de aquellos años de la posguerra, cuando ella tenía que dar tranquilidad y calma a su marido, el cual no encontraba trabajo y tenía que presentarse cada quince días en el cuartel de la Guardia Civil, como consecuencia de la depuración sufrida por los vencidos:

*Nos depuran a todos los republicanos, Isabel. Pasará mucho tiempo hasta que nos dejen tranquilos, lo sé. Porque a él, entre sus cosas personales, le habían encontrado viejos carnets de sindicato y partido republicanos, porque, además, había sido soldado del ejército derrotado y porque —muchos de sus convecinos lo sabían— siempre fue lector de Blasco Ibáñez y un defensor entusiasta del federalismo.*<sup>1270</sup>

---

1270 *Ibíd.*, 146.

Miedos, también, derivados de las preocupaciones que tienen sus hijos Juana y Eduardo: a quedarse sin gasolina, sin calefacción, sin juguetes para los hijos o sin vacaciones en la playa en el mes de agosto. Y miedo porque su nuera Paca fumaba, bebía mucho y perdía en el bingo hasta las pestañas postizas.

Ocurre que todo ha cambiado tanto que Isabel no comprende la forma de vivir de las mujeres de ahora, tan distintas de como había sido ella: una mujer que no se ponía mejunjes en la cara, ni fumaba, ni bebía, niapestaba a bar. Ni tampoco sus tres hijos habían sido como son sus nietos —los tres de Juana y los dos de Eduardo—, unos niños mimados, caprichosos e irrespetuosos con sus padres, amén de desordenados y revoltosos, a todas horas alborotando la casa con gritos y con los ruidos estridentes del radiocasete. Por cierto, un aparato que funciona como símbolo de los nuevos tiempos, frente a los ritmos suaves y cadenciosos del viejo gramófono familiar, según tuvimos ocasión de comentar a propósito de la novela *El gramófono*.

Ritmo suave, tranquilo, como el del tren correo que la lleva de regreso a Valencia, en el que, sin ella saberlo, va a ser su último viaje. Tal vez, por eso, el narrador omnisciente aprovecha para mencionar lo que Isabel se va a encontrar al llegar a su casa valenciana: un mundo perdido, un mundo de recuerdos plasmados en viejas fotografías situadas sobre la cómoda y las mesitas de noche o guardadas en el álbum familiar. Recuerdos todos de una “vida amarillenta ya, vida gris, desvaída a veces, agigantada y recia en otros momentos”.<sup>1271</sup>

En ese tren que la conduce a Valencia, le vienen al recuerdo algunos viajes de los duros años de posguerra, cuando todos iban a pasar unos días de descanso al pueblo o cuando ella sola tenía que coger el tren para ir en busca de harina de trigo, en los años en que escaseaba el pan.

Una de sus compañeras de compartimento es una joven que lee una revista en la que figura una bandera con una hoz y un martillo. Casualidades del destino, se llama Juana, como la hermana de Isabel, aquella muchacha que había tenido una salud delicada, con una mancha en el pulmón durante mucho tiempo, y que también había sentido

---

1271 *Ibíd.*, 148.

simpatías por los jóvenes milicianos. Precisamente, se había marchado del pueblo con uno de esos milicianos y, como consecuencia de ello, había recaído en la tuberculosis, “para finalmente morir en el puerto de Alicante, en la primavera de 1939, cuando esperaban —sin mucha ilusión— la llegada de un barco salvador”.<sup>1272</sup>

Esta nueva Juana, en la que ella cree ver a su hermana renacida, es el pretexto para que Isabel emprenda un largo recorrido por el mundo de sus recuerdos, en un viaje que ella desearía que fuera interminable, que nunca acabara, con la hermosa música del tren llevándola a un hogar lleno de recuerdos. Un viaje por aquel tren de su niñez, de su adolescencia, de su matrimonio con el hombre que la hizo feliz hasta que la muerte se lo llevó y que ahora parece pedirle que vaya junto a él. Acaba, pues, el trayecto del tren correo con la llegada a la estación de Valencia; pero no acaba el camino que Isabel ha emprendido rumbo a un mundo y un tiempo más hermosos:

Luego, al día siguiente, vendrían sus hijos, con algún nieto. Vendrían a echar una palada de tierra sobre el ataúd en el que ya, para siempre —como en un viejo tren hermosamente rescatado— caminaría Isabel, saltándose fronteras, huyendo de risas tontas, buscando sueños, recuperando, quizás, levisimas felicidades.<sup>1273</sup>

### **Dos relatos cargados de resonancias autobiográficas**

Hemos incluido en este apartado un relato publicado por Rodrigo Rubio, el 27 de diciembre de 1980, en la sección “Cuento semanal” del suplemento Sábado cultural del diario *ABC*. Se trata del cuento titulado “Sal amarga” que, además de ser un precioso relato, guarda una estrecha relación con el titulado “Los otros viajes”, del que hablaremos a continuación, puesto que ambos están narrados, en primera persona, por la misma persona, la madre del escritor albaceteño, quien se dirige a uno de sus hijos para hacerle partícipe de algunos de los episodios más

---

1272 *Ibíd.*, 154.

1273 *Ibíd.*, 158.

dramáticos que ella ha tenido que vivir. Un hijo que, en ambos casos, es el propio Rodrigo Rubio, el cual se convierte así en personaje de sus propios relatos, aunque su nombre no figure en los mismos.

En “Sal amarga”, al igual que en “Los otros viajes”, vemos a Dolores, una madre fuerte, decidida y emprendedora, frente a un hombre, su marido, que está hundido en la aflicción y en la impotencia. En ninguno de los dos relatos, el padre sabe lo que tiene que hacer y es la madre quien ha de lanzarse a solucionar los problemas que, de repente, se les han venido encima.

Así, en el primero de esos dos relatos, la que llega sin esperar es la enfermedad del hijo al que ella se está ahora dirigiendo. Un hijo que gozaba de buena salud hasta que se le administró una vacuna que todos habían de ponerse, como consecuencia de una orden llegada en tiempos de guerra. Según la madre, algo debía de estar mal en el medicamento o en el hijo. Lo cierto es que, a partir de entonces, todo cambió en aquella familia y lo que pretendía ser una vacuna para evitar epidemias, lutos y miserias, acabó convirtiéndose en causa de dolor y sufrimiento.

Cuenta la madre a su hijo que, unos días antes de que aquello sucediera, había ido a verlos su hermano Heriberto, vestido de uniforme, y que su hermano Cristino había pasado muy cerca de casa, en un tren que apenas si se detuvo cinco minutos en el apeadero. Luego llegó el luto, por la muerte de Cristino, cuando la guerra estaba a punto de acabar, en el caos del último instante, y cuando ya casi se oían los clarinazos de la victoria, los desfiles y los himnos de los falangistas. Un luto que, como es tan habitual en la literatura de Rodrigo Rubio, aparece simbolizado por un gramófono abandonado. Desde entonces, el padre ya no fue el mismo que cuando eran una familia feliz con ocho hijos. Un padre que había tenido que ver, primeramente, cómo los milicianos se llevaron el carro, las mulas y muchas cosas más y, después, cómo entraban en la casa los muchachos de azul, eufóricos, pidiéndoles que cantaran y que levantaran el brazo:

Padre se tocaba la hernia, sin quejarse. Pensaba en su hijo muerto. Ni una lágrima, todo sequedad en sus ojos, quizá



hasta en el alma. Allí, algunos de los que habían sido amigos de Cristino. Y Heriberto aún ausente, porque, también al final, lo habían herido con metralla en la cabeza. “¡Vamos, canten!” Y padre: “Mejor que nos dejen solos, por favor. Todos debemos alegrarnos por la victoria. Sí, sí, señor. Pero...” Temblor en sus manos, la cabeza humillada, sin poder llorar ni maldecir. Reducido como crío, tan hombre siempre.<sup>1274</sup>

Tras este breve y sentido homenaje a la figura de su padre, marcado por esa resignación propia de quien cree haberlo perdido todo, vuelve el protagonismo de la madre, quien se dirige, nuevamente, a su hijo para decirle que es de este de quien ella quiere hablar. Y también de ella misma, la cual, al igual que sucedía con su marido, no era la misma de antes, pues “no podía soportar verte sentado en una mecedora, las piernas como de trapo, los ojos hundidos, muriéndote, reduciéndose tu cuerpo, meses antes ágil y fuerte”.<sup>1275</sup> Un dolor, el de esta madre, muy similar al que habíamos visto, en su momento, en el caso del padre de Josillo, en la novela *La feria*, en la que Rodrigo Rubio había reflejado, casi paso a paso, su propia enfermedad.

Don Joaquín Santos, el médico de la familia, tras varios tratamientos fallidos, acabó prescribiendo unos baños de sal de higuera, que había que ir a buscar a una botica de La Roda, aprovechando el viaje de algún vehículo del pueblo, o, si no, andando. No iba a tener miedo una mujer que, un año antes, “había ido en un tren basurero, con tu hermano Juan atado a la cintura (para que no se me cayera, ¡Dios santo!), hasta Valencia para ver a Heriberto herido”.<sup>1276</sup> Así que un día tras otro se dirigió a La Roda, hasta que al final llegaron las sales de higuera, con las que esperaba y deseaba que su hijo pudiese recuperar las fuerzas y la alegría.

Con sus sales en una cesta, comienza a andar por la carretera que conduce a Montalvos. Pasa de largo un coche negro, elegante, y luego

---

1274 Rubio: “Sal amarga”, XV.

1275 *Ibíd.*

1276 *Ibíd.* El nombre real del médico era Joaquín Sotos Redondo, como indica Rodrigo Rubio en su libro *Reflexiones. Confesiones antes de morir.*

algunos otros más, hasta que, por fin, se detiene un camión que pasaba varias veces a la semana por Montalvos: hacia La Roda, cargado de troncos; de regreso y de vacío, hacia los montes del Júcar. En el camión viajan dos hombres que la invitan a subir, cuando ya se está acabando el día, un día tristón de octubre, con la vendimia concluida.

Y, a partir de ese momento, el relato se centra en reflejar, con toda la crudeza necesaria, los peligros a los que se expone una mujer que, en aquellos años de miseria, se ve expuesta a los caprichos de unos hombres que, pretextando una supuesta avería en el camión, tratan, primero de violentarla, y, después, de quitarle parte del contenido que lleva en la cesta y que ellos piensan que es azúcar, uno de los géneros que estaban sometidos a intervención. Cuando comprueban que es sal para su hijo enfermo, a uno de ellos se le ablanda el corazón y decide arrancar el camión para llevarla, indemne, hasta su pueblo:

No les miré. No dije nada. Acariciaba la sal, viéndote a ti, las piernas quietas, en el rostro la palidez del moribundo. “Es para mi hijo”, murmuré, la voz muy débil. “Para el pequeño”, añadí. “Quiero que viva.” Los hombres se miraron. El de la sonrisa era el que me estaba rozando ahora. Vi, entonces, que el conductor le daba un golpetazo en la mano, separándola de mi pierna. “¿Se le muere?”, preguntó el del volante, mientras encendía un purito corto y retorcido. “Tiene un mal raro”, dije. El hombre me miró. El otro parecía rumiar palabrotas entre dientes. Yo estaba lejos de allí, sin pensar ya en peligros ni violencias. Resignada, con aquella pesadez en todo mi cuerpo, tan pertinaz —como vejez que acecha— en los últimos tiempos. “¡Bueno, vamos a ver si este cacharro quiere caminar!”, dijo de pronto el conductor. “Esta mujer tiene que llegar cuanto antes a su pueblo, ¿no es así?” No sé si dije algo, muy bajo. Había anochecido, pero se me antojó que aún alumbraba el sol y que, por alguna parte, seguían cantando las alondras.<sup>1277</sup>

“Los otros viajes” presenta una estructura narrativa similar a la de “Sal amarga”, con esa misma madre, Dolores, que cuenta, en primera persona, toda una vida de recuerdos, dirigiéndose, en segunda persona,

---

1277 *Ibíd.*, XVI.

a su hijo más pequeño, a quien ahora sí da nombre, Juan —recordemos que en el cuento anterior el hijo al que ella le hablaba no tenía nombre y que Juan era el nombre del hijo que había acompañado a Dolores en su viaje a Valencia para ver a Heriberto herido—, quien quiere escribir una historia sobre su familia. De modo que ella comienza una narración de hechos acaecidos cuando Juan era todavía un chiquillo, en un tiempo en que eran pobres, pero felices, porque el fantasma de la guerra no se había cebado aún con la familia. Y es así como el cuento se va haciendo solo, gracias a los recuerdos de la madre contados al hijo escritor, el cual solo tendrá que trasladarlos al papel.

La mujer se presenta a sí misma como alguien a quien, para ser feliz, le basta con hacer punto, con su álbum de fotografías o con “una carta de Heriberto —que ha vivido, que vive, que tuvo una familia, que salió adelante, pese a la metralla alojada en su cabeza”<sup>1278</sup>. Ella no pretende nada en especial, sino tan solo la tranquilidad de estar en su casa y no molestar a ninguno de sus hijos. Para ello, en una versión más actual del tema de la emigración de los viejos a las ciudades en donde viven los hijos, ha pensado pasar los últimos años de su vida en una residencia, algo en lo que están de acuerdo todos sus hijos, excepto Juan, quien se empeña en llevarla a vivir con él y su mujer, Marian. Un hijo que es un trasunto literario del propio Rodrigo Rubio, el cual ha plasmado en este relato muchos de sus viajes por el mundo de los recuerdos familiares y de sus propios fantasmas personales:

Tú, Juan, vives con ciertos sobresaltos, porque tu enfermedad de niño —aquel reuma, aquel artritis tan doloroso— dejó huellas en tu cuerpo, y creo que también en tu espíritu. Pero tú has querido que venga a vivir con vosotros. Escribes, haces periodismo, viajas, aunque no eres un hombre sano ni fuerte. Supiste abrirte camino en la vida, y eso me ha colmado de felicidad. Los otros —siempre lo pensé— podían encontrar más fácilmente un acomodo. Luego, a unos les fue bien, a otros no tanto. De ti temíamos que no consiguieras mucho, porque, bien lo sabes, a ninguno pudimos dar estudios. Éramos muchos, y

---

1278 Rubio, “Los otros viajes”, 69.

la vida muy dura. Una vida dura que nosotros procurábamos hacer llevadera.<sup>1279</sup>

Juan, escritor inquieto y con ganas de saber, pide a su madre que le cuente cosas de la vida familiar en el pueblo, cuando él era aún un crío y cuando sus hermanos mayores rozaban la sombra oscura de la guerra. Entonces, ella le habla de los amigos de su padre, algunos de los cuales han aparecido en infinidad de ocasiones en los diversos libros escritos por Rodrigo Rubio, como Fernando *Cincoduros*, Santiago *El Herrero*, Raimundo Sierra *El Secretario* y aquel maestro revolucionario, don José, que se retorció de dolor por sus úlceras de estómago. En definitiva, le habla de un mundo que no debió hundirse nunca, cuando ella y otras muchas mujeres tomaban el tren en el apeadero, casi siempre el mixto de las diez, para desplazarse hasta Albacete, en donde compraban el ajuar de las hijas casaderas, para regresar al pueblo en el tren de las ocho de la tarde:

...Hubiésemos dado parte de nuestra vida porque aquel tiempo no terminara nunca. Era el tiempo de los duros de plata, de las monedas de cobre, del rico azafrán cosechado cada año en noviembre, y el tiempo de la matanza del cerdo con invitación festiva para toda la vecindad. ¿Qué voy a decirte, hijo? Si quieres escribir sobre aquellos años, pregúntame. Querré decirte de lo hermoso, de los viajes alegres, de las fiestas, de la felicidad que a padre y a mí nos proporcionabais todos vosotros.<sup>1280</sup>

Pero, muy a su pesar, también Dolores tendrá que hablar de sus hijos Cristino y Heriberto, quienes se vieron obligados a abandonar la bicicleta Orbea que se habían comprado poco antes, las carreras de cintas que se celebraban los domingos por la tarde y las posteriores fiestas con cuerva en el patio de la casa, para ser llevados a una guerra

---

1279 *Ibíd.*, 69-70.

1280 *Ibíd.*, 72.

que los encaminaría, inevitablemente, “uno para la muerte, el otro para rozar también las fronteras del más allá”<sup>1281</sup>

Llegarían, porque así tenía que ser, otros viajes en tren muy distintos a los anteriores. Como ocurrió con el que realizó su hijo Cristino cuando era trasladado desde el frente Sur al frente de Levante. Muy lejos estaba la familia de intuir que aquella iba a ser la última vez que lo verían vivo, cuando se acercaron a presenciar su paso fugaz por la estación de La Gineta. A los pocos días, cayó muerto en tierras del Maestrazgo y allí lo dejaron para siempre. Y con aquel otro en el que Juan acompañó a su madre hasta Valencia para ver a Heriberto, herido no muy lejos de donde muriera su hermano. Un viaje que la madre nunca olvidará, con su hijo pequeño cogido de la mano, primero en carro hasta la estación de La Gineta, y después en un vagón descubierto (los otros llevaban ganado), a merced de las inclemencias del tiempo, a pesar de lo cual bendecía a aquel inhóspito tren de mercancías, que les permitió hacer un viaje duro pero hermoso, pues consiguieron llegar al lado de ese otro hijo, con la cabeza rota por la metralla de un mortero. Un viaje, gracias al cual pudo abrazarse a su hijo y decirle todo lo que latía dentro de su triste y dolorido corazón:

Y así, con paciencia, con mimo, pude decirle que nunca más le dejaría, que estaría a su lado hasta que sanara, tú, tan pequeño, preguntándonos, de vez en cuando, que si el tren que nos había traído era un tren de la guerra, un tren sin hombres, sin butacas, sin gentes que cantaran u ofrecieran rifas por los pasillos. Heriberto, tu hermano, tendría que saber que yo —vestida de colorines para disimular— ocultaba un luto, una tristeza. Por eso, cuando al fin pude decirle que nunca más vería a Cristino, él me abrazó con tanta fuerza que yo comprendí muy bien cuánto había agradecido el que hubiéramos ido a verle. Y habíamos ido —mediando el favor de unos buenos ferroviarios— en un viejo y lento tren de mercancías. Un tren, sin embargo, que nos había permitido sentir y palpar la vida de Heriberto junto al temblor emocionado de nuestras propias vidas. Cuéntalo, si quieres.<sup>1282</sup>

---

1281 *Ibíd.*

1282 *Ibíd.*, 75.

## Cuando la Providencia juega a tu favor

En esta ocasión, Rodrigo Rubio presentó al Premio Antonio Machado el relato “Retraso providencial”, protagonizado por el matrimonio formado por Tomás, con cuarenta y cuatro años, y Geno, con dos menos, quienes esperan la llegada de su primer hijo en medio de una tormenta que había comenzado a las seis de la tarde y que amenaza con impedir la llegada de Teresa la de Andrés, la partera que vive en la cercana localidad de Fuente La Higuera.

Tomás es el vigilante de uno de esos pasos a nivel que, según los proyectos de Obras Públicas, iban a desaparecer. Pero, por el momento, él puede seguir viviendo en una pequeña casita adosada a ese paso a nivel, aguardando que llegue bien el hijo que ha de nacer y que nada le pase a su mujer. Ya que la Providencia ha querido que puedan ser padres a esa avanzada edad, confía en que les eche una mano para que todo salga bien.

Mientras espera la llegada de Teresa, el tiempo pasa, la noche se cierra y la lluvia arrecia. Tomás, entre tanto, continúa bajando y subiendo la barrera cada vez que pasa un tren, circunstancia esta que es la que ayuda a medir el paso del tiempo. Acaba de pasar el mercancías de las 20,15 y Tomás reflexiona sobre las cosas que le han pasado en la vida, desde que naciera, en “aquellas tierras de cerros pelones, de pequeños valles con viñedos y algarrobos”<sup>1283</sup>, cerca de la estación de La Encina, en la que su padre, Tomasón el Rubio, trabajaba como peón de carga y descarga. Un trabajo que también tuvo que hacer Tomás apenas cumplir los dieciséis años, pero en la estación de Valencia, a donde se había trasladado su familia.

Según Tomás, aquellos eran malos tiempos, por la pobreza de la posguerra, que aún continuaba, próximos ya los años cincuenta, y su padre tenía que hacer algún que otro viaje a Camporrobles, casi rozando las tierras de Cuenca, para traer harina de trigo que luego su mujer y su hijo pequeño vendían a un comerciante del Mercado Central, Juan Sevilla, un buen hombre y antiguo militar republicano que había pasado la depuración. Pero, por otra parte, también eran tiempos buenos

---

1283 Rubio, “Retraso providencial”, 87.

porque, a pesar del duro trabajo del padre, de los escasos ingresos y del estraperlo, el niño Tomás podía ir al colegio de los Salesianos, en donde hizo muchos amigos, y jugar al fútbol y hacer excursiones en bicicleta.

Intercalados con los recuerdos de Tomás, que son contados por un narrador en tercera persona, aparecen pequeños diálogos mantenidos entre el hombre y su mujer, gracias a los cuales vamos siguiendo el proceso de su cada vez más cercano parto y la inquietud creciente por la ausencia de la partera. Una inquietud que manifiesta mucho más Geno que Tomás, quien desde el primer momento muestra una mayor tranquilidad y una gran confianza en la providencia divina.

Entre tanto, la lluvia sigue cayendo con intensidad y pasa un tren larguísimo, con un recorrido interminable, desde Barcelona a las hermosas y soleadas ciudades del sur. Son las 20,40 y los próximos en pasar, hasta el amanecer, serán el tren de mercancías 1.208 y el tren expreso de las 22,35. A este, como le dice Tomás a su mujer, hay que estar muy atento, pues no se retrasa nunca:

Nunca venía con retraso, y a Tomás le sobresaltaba si, en un duermevela, oía, próximo, el ruido del tren o el sonar de los timbres en la propia casilla.

—Esta noche estaré muy despierto.

—Pero Teresa no viene.

Llovía con menos fuerza, aunque insistentemente aún. Se oía el discurrir del agua, con fuerza, por los arroyos y barrancos, ahora repletos, casi desbordados.

—Seguro que habrá inundaciones por Alcira.

—Por Dios, no me atemorices. Quédate aquí conmigo.<sup>1284</sup>

Junto a su mujer, recuerda Tomás a su madre, siempre enfermiza y un tanto regañona, pero noble, que tanto agradeció que su hijo no se casara mientras ella vivía. Lo hizo cinco años después de su muerte y cuando ya el padre estaba jubilado, con Geno, una muchacha que había llegado a Valencia, diez años antes, procedente de las tierras secas de la

---

1284 *Ibíd.*, 91-92.

Mancha. Tras pasar varios años en la ciudad, trabajando para una empresa subsidiaria de la Compañía de Ferrocarriles, le llegó la oportunidad de irse a esa casita del paso a nivel, lo que le permitía ahorrarse el alquiler del piso en que vivían. Además, aunque el sueldo era corto, disfrutaban de unas tierras para cultivo que la empresa ponía a disposición del trabajador que desempeñaba ese empleo.

Al cabo del tiempo, viéndose ya mayores, pensaron en tener un hijo, el mismo que está a punto de nacer y para el que Geno había preparado una canastilla de ropa. Esa que ahora tiene ante sí Tomás, junto con agua caliente y paños limpios, para atender al parto en el que la mujer es consciente de que van a tener que estar ellos dos solos.

Son ya las 22,15 y Tomás se encuentra con que no puede dejar sola a su mujer y con que tampoco puede descuidarse, pues se acerca el tren que nunca se retrasa. En esos momentos, envidia, por unos instantes, otra clase de vida. Pero, como buen profesional, es consciente de que allí estaba su puesto y de que habría de cumplir fielmente con su obligación, al mismo tiempo que, con la ayuda de Dios, atendería a la esposa para que su hijo llegara a este mundo.

Y la ayuda divina aparece justo cuando más falta hace. Milagrosamente, a las veintidós y treinta y cinco, el expreso no llega. Por primera vez, se retrasa; pero el hijo no lo hace y en Tomás aumenta el temor a que, también por primera vez, tenga que dejar las barreras sin bajar y pueda ocurrir algún grave percance. Mas, convencido de que alguien los está ayudando, se dispone a traer al mundo a su hijo, en lo que supone el final más hermoso que él podía esperar para semejante trance:

Y atendió como pudo al parto de su mujer, tan fuerte ella, y la Geno alumbró a su hijo —un chaval rojizo, gordezuelo y hermoso— precisamente cuando el expreso ya resoplaba en las proximidades y el timbre de la casilla empezó a sonar con insistencia.

—Se ha retrasado, Geno. Son las 22,50. Se ha retrasado. Y todo ha sido posible.

Ella quizás hubiera dicho que fue, en este caso, un retraso providencial; pero estaba tan fatigada, tan emocionada y exhausta, que



sólo tenía alientos para llorar, mansamente, acunando entre sus brazos al hijo recién nacido.<sup>1285</sup>

### La mirada de la inocencia

Con “La oruga metálica”, Rodrigo Rubio vuelve a situar el relato en su pueblo natal, Montalvos, en cuyas tierras coloca a tres muchachos, “menudos, enjutos, renegridos de soles, relejosos por polvaredas y ventiscas”<sup>1286</sup>, e hijos de segadores y peones que iban a trabajar a los campos de los labradores ricos durante el mes de agosto. También los tres muchachos, Marcos Rijo, Juliete Leño y Paco Morcilla, tenían que trabajar, ayudando en la siega, recogiendo haces o acarreando víveres y agua con un borrico.

Desde el campo, los tres muchachos ven el tren, a lo lejos, como si fuera una oruga metálica, grande y hermosa que se desliza con suavidad entre los trigos dorados y que, según cuenta la superstición popular, chupaba a la gente. Así lo dice Juliete Leño, quien asegura haberlo oído de boca del hijo de su amo, aunque, según sus amigos, no parece que sea así, porque ellos ven todas las mañanas, muy temprano, cómo algunas mujeres de Montalvos se dirigen con sus cestas hacia el apeadero de la Hoya y a ellas no las chupa el tren. Por tanto, en la inocencia de esos chicos, tiene que haber alguna explicación para lo que había dicho José Javier, el hijo del amo, que estudia en la capital y quien, sin duda, sabe mucho más de aquel misterio que unos simples muchachos pobres, incultos y con poca experiencia de la vida, deseosos de acercarse, cuando antes, a aquella oruga metálica, que nunca habían podido ver pasar por las tierras montaraces en las que ellos viven:

—Bueno, la chupa —respondió Juliete Leño—, pero no en las estaciones. Ahí, como tiene que parar, al aflojar la marcha, nada. Porque si no, a ver qué sería de todas esas mujeres que van al apeadero un día y otro. No quedaría ni una. José Javier dice que el tren chupa cuando va a toda marcha, tal y como lo vemos pasar por allá. Entonces,

---

1285 *Ibíd.*, 93.

1286 Rubio, “La oruga metálica”, 139.

como lleva tanta velocidad, si te acercas..., pues eso: que te chupa. No querían manifestar, ante los muchachos del pueblo, los deseos —con no pocos temores— que ellos, los tres críos, tenían de estar cerca del tren. Deseaban largarse un día, a esas calurosas horas de la siesta, para ver y sentir el paso del tren desde cerca.<sup>1287</sup>

Además, Paco Morcilla afirma que muchos chavales de Montalvos van a ver pasar los trenes y se traen unas ruedas muy majas, con las que hacen carros y galeras de juguete. Pero Marcos Rijo opina que hay que llevar mucho cuidado porque esas ruedas no se pueden coger, ya que “son necesarias donde están, para que por esos canalillos que tienen pasen, rodando, unos cables”.<sup>1288</sup> Sin duda, aunque el narrador no lo dice, se trata de algunas piezas de las catenarias por las que discurren los cables con la corriente eléctrica necesaria para la circulación de los trenes.

Un narrador, por cierto, para quien Rodrigo Rubio ha reservado un muy pequeño papel, ya que el cuento se estructura, en su inmensa mayoría, gracias a un diálogo muy directo de los tres muchachos, a lo largo del cual las acotaciones del narrador se limitan a hacer escasas y breves precisiones sobre el chico que habla o, como acabamos de ver, acerca de sus temores.

Además, como el autor ha querido dar todo el protagonismo a esa inocencia de los tres muchachos, deja que estos se expresen de la forma como lo harían unos chicos de su edad y condición social y cultural. De ahí que no nos deba extrañar el uso de expresiones coloquiales tales como “oño”, “joder”, “chaches”, según podemos comprobar en el siguiente fragmento, en el que los tres muchachos expresan su emoción al llegar hasta las vías del tren y ver cómo parecía que estas iban a juntarse allá a lo lejos, donde se perdían a la vista, junto con los postes y los cables:

—Dios, y qué hermoso es esto, chaches.

—Joder, como que es un gran invento, según dicen los viejos.

---

1287 *Ibíd.*, 140.

1288 *Ibíd.*, 141.

—Bueno, retiraos de la vía —pidió Marcos Rijo—, no sea que el tren llegue de pronto y os chupe de frente.

—No jodas, oye. ¿Y qué nos haría?

—Pues algo así como tortilla. Tortilla de carne sin patatas.

—Oño, pues yo me retiro. ¿Oís un ruido?

—Sí. Y por allá lejos, mirad, se ve humo.

—Y por aquel otro lado también.<sup>1289</sup>

En este sentido, observamos una curiosa circunstancia en la forma de hablar de Marcos Rijo, que lo diferencia de su amigo Paco Morcilla. El primero de ellos, como acabamos de ver, emplea correctamente la forma del imperativo “retiraos”, al igual que lo hará poco más adelante cuando, ante el temor de sus amigos a ser dañados por el aire que provoquen los dos trenes rápidos al cruzarse, les diga: “Apretaos, apretaos. Y no miréis”.<sup>1290</sup> En cambio, Paco Morcilla utiliza incorrectamente la forma del infinitivo en lugar del imperativo en las dos ocasiones en que tiene que hacerlo. Una de ellas es cuando observa lo calientes que están los raíles del tren y dice a sus amigos: “Tocarlos”. La otra ocasión es aquella en la que Rodrigo Rubio aprovecha para poner ante los ojos de los tres muchachos a dos personajes que formaban parte del mundo de las historias y leyendas de Monsalve al que tanto suele recurrir en sus obras el escritor albaceteño. En este caso, se trata de Felo Trotes y de su madre, a la que ahora se le da el apodo de la Rejosa, cuando en algunos otros textos escritos por Rodrigo Rubio se la denominaba la Rijosa. Los muchachos, que muy probablemente no conocen la historia de esa mujer que aliviaba las necesidades sexuales de su hijo, sí saben su apodo y se dirigen a ella, lo que da pie al uso, por segunda vez, del infinitivo en lugar del imperativo:

Vieron a la Rejosa, que estaba con su hijo Trotes, el tullido, recostados los dos en el tronco de una higuera.

—Eh, Rejosa... —le gritaron a la mujer.

—Dejarla, que a lo mejor está de fiesta con el chaval.

—Pero, ¿qué dices, Paco, so bruto?

---

1289 *Ibíd.*, 144-145.

1290 *Ibíd.*, 145.

—Bueno, algo hará con él, ¿no?, cuando se lo lleva tan lejos del pueblo.<sup>1291</sup>

Pero, volviendo a las emociones de los muchachos cuando ven acercarse los dos trenes rápidos en sentido contrario y oyen los silbidos repetidos de las dos locomotoras, nos encontramos con que los tres están apretados y temblorosos como pájaros heridos, hasta que pasan por delante de ellos y a toda velocidad los dos trenes. Es entonces cuando, gracias al diálogo entre ellos y a la escueta intervención del narrador, observamos la decepción que acaban de sufrir. Todos sus miedos y emociones se han esfumado como resultado de una experiencia que en nada ha enriquecido sus vidas. Es más, incluso han perdido la natural curiosidad hacia lo desconocido y misterioso, algo muy importante para cualquier muchacho de su edad, aunque, como bien dice Marcos, el más listo de los tres, todo tiene su parte positiva, su lección que aprender:

Los chiquillos, luego, al soltarse, no vieron ya (lo único que se les quedaría en las retinas) más que la cola oscura, cada vez más chica, de cada uno de los trenes, perdiéndose en la distancia inalcanzable y misteriosa.

—Jorobar, pues nos hemos lucido –diría Juliete Leño.

—Oña puta —soltó Paco Morcilla—, ¿y para esto hemos abandonado las eras y el rastrojo?

—Bueno —dijo Marcos Rijo—, cuando volvamos a nuestro pueblo siempre podremos inventar algo, soltar alguna mentira. De todas formas, ¿qué? ¿Nos iban a dar pan blanco las gentes lustrosas del tren?

Y, resignados, se volvieron al pueblo, para seguir su vida de pobres sin trenes ni aventuras.<sup>1292</sup>

---

1291 *Ibíd.*, 141-142.

1292 *Ibíd.*, 146.

### **7.8. Seis relatos sobre la crisis socio-económica de los años 80: “Un padre de hoy”, “Jóvenes sin brújula”, “Mendigos”, “La verbena”, “Morir en el lavabo” y “Carta al hijo” (1985)**

Entre marzo y julio de 1985, Rodrigo Rubio publicó seis relatos en las páginas de opinión del diario *Ya*. Unos relatos centrados en diversos aspectos de la crisis económica y social que en esos momentos se vivía en España y, concretamente, en Madrid, por la conjunción de varios factores: la subida de los precios del petróleo en 1979 como resultado de la revolución iraní; la crisis industrial ocasionada por la subida de precios de las materias primas y los recortes de producción; la fuerte espiral inflacionista que afectaba a los precios y los salarios y que obligó a poner en marcha políticas de ajustes, como, por ejemplo, la reconversión industrial y la subida de impuestos por parte del primer gobierno socialista.

Todo ello lo va a reflejar Rodrigo Rubio en unos personajes humildes a los que afecta especialmente esa crisis, en forma de pérdida de poder adquisitivo, paro, desilusión, apatía y descreimiento político, tanto en los mayores como en los jóvenes. Y, en el caso de estos últimos, el escritor añade otros aspectos tales como, por ejemplo, la llamada movida madrileña y la droga, cuestiones que a él, como padre, parecen preocuparle en gran medida, sobre todo si tenemos en cuenta el hecho de que sus hijos Rodrigo Marcos y Germán se encuentran en una edad muy delicada: diecisiete años, el mayor, y trece, el pequeño.

Así, en “Un padre de hoy”, publicado el 31 de marzo, el narrador en tercera persona fija su atención en un hombre cualquiera, que bien pudiera llamarse José, Paco o Manuel y que podría vivir en cualquier barrio de Madrid, como Moratalaz, San Blas o Villaverde. Todo eso da igual, pues lo cierto es que se trata de un hombre todavía joven, aunque prematuramente envejecido, que un día se marchó de su pueblo para ir a la capital en busca de una mejor calidad de vida. Allí trabajó con ilusión y ahínco durante años y pudo comprarse un piso y un Seat 600. Además, cuando sus tres hijos eran pequeños, solían ir a las parameras de Vicálvaro a jugar con la pelota y a tomar el sol. Después, recogían a la esposa —que bien pudiera llamarse María, Josefa o Adelina— y se tomaban un aperitivo en una cervecería del barrio, o bien iban a

merendar a la Casa de Campo o a los alrededores de Chinchón. Incluso, cuando se celebraban las fiestas del pueblo, podían ir dos o tres días a ver a la familia y los amigos.

Ahora, su sueldo se queda corto por culpa de los altos precios de todo cuanto se necesita en la casa y se lamenta por no poder echar unas horas extras en cualquier sitio, tras salir de su jornada de trabajo a las cuatro de la tarde. En cambio, su mujer le dice que no se queje tanto, pues peor están los parados. Aunque en el fondo, también a ella, a sus cuarenta y cinco años, le gustaría poder trabajar en algo, ya que ha perdido su empleo eventual como limpiadora a causa de una reconversión de la empresa, y tiene que hacer auténticos milagros para organizar la economía doméstica, incluyendo las deudas que tiene por los comercios del barrio y la imposibilidad de ir a la peluquería.

Ahora, ya no salen a ningún sitio y la mayor preocupación del hombre se centra en el futuro de sus hijos, de veinte, diecisiete y quince años, “que llevan mal los estudios porque no se entusiasman por nada. Que el mayor dejó el BUP para pasarse a la Formación Profesional; que el segundo se lo dejó todo para arrimarse a unos amiguetes que han formado un conjunto musical, y que el pequeño sueña con la electrónica, pero a ver dónde y cómo aprende”<sup>1293</sup>

Esta preocupación por la situación de sus hijos y la posibilidad de quedarse en el paro le angustian sobremanera y muchas noches le quitan el sueño. Sale a la calle, contempla el panorama de gente pobre y drogada por las calles, se toma un vaso de vino en el bar de su calle y regresa a su casa a esperar a que lleguen sus hijos, añorando los tiempos en que, hace apenas unos años, entonaba con facilidad una canción:

Ahora, este hombre, que ha madurado, casi envejecido, se dice si no será una fábula todo eso de la alegría de la calle, las verbenas del Profesor y tal.

—Oye —le dice a su mujer—, ¿es que los que mandan nos querrán hacer ver, siempre, la vida de otro color?<sup>1294</sup>

---

1293 Rubio, “Un padre de hoy”.

1294 *Ibíd.* Como tendremos ocasión de comprobar, en estos seis relatos suelen

La preocupación por los hijos está también presente en el relato “Jóvenes sin brújula”, publicado el 14 de abril. En esta ocasión, el narrador en tercera persona se centra en chicos que están terminando el BUP o el COU, pero que llevan muy cuesta arriba sus estudios, que apenas se interesan por algo que tenga alguna trascendencia y que pasan de la cultura y de la política. Solo parece importarles un poco la información deportiva.

Son jóvenes a los que el cambio prometido por Felipe González, que “parecía un político de izquierdas”, les pilló siendo niños y no quieren saber nada de ese cambio ni de los políticos. Por eso, cuando un profesor organiza una visita a las Cortes pensando que a sus alumnos les podía apetecer visitar un edificio tan histórico, se encuentra con que únicamente se han presentado una docena de alumnos. Y todo ello, según el narrador, es porque son personas sin brújula o con una brújula dislocada, a los que les interesan más “las fiestas y verbenas que patrocina el profesor” —en una nueva alusión a Enrique Tierno Galván— y a los que, es posible, que esa brújula les acerque “a un terreno peligroso”. En palabras de Rodrigo Rubio, no son mala gente, sino unos jóvenes apáticos, desmotivados, con independencia de la clase social a la que pertenezcan:

Pasan casi de todo. Son abúlicos. Son buenos críos. Algunos proceden de gentes modestas y se dan cuenta de que no es posible tener vicios caros. Otros tienen padres ejecutivos, hombres de empresa, y les parece que esos padres se mueven por ahí un tanto alocadamente, trabajando muchísimo toda la semana para luego, la noche del viernes, llevar a mamá a ver a Moncho Borrajo o a Mari Carmen y sus muñecos.

Los chavales no comprenden, ni les interesa, ese vivir.<sup>1295</sup>

Frente a esta juventud de los años 80, el autor sitúa la imagen de los jóvenes “revueltos, contestatarios, del 68”. En su opinión, aquellas

---

ser habituales las críticas del escritor albaceteño a los políticos, en general, y a los gobernantes socialistas, en particular. En este caso y en algún otro, el reproche va dirigido a Enrique Tierno Galván, quien solía invitar a los jóvenes a divertirse con una expresión que se hizo célebre: “al loro”.

1295 Rubio, “Jóvenes sin brújula”.

luchas callejeras en París y las canciones de Bod Dylan o Joan Báez, de las que les hablan a veces sus padres y profesores, serán algo intrascendente para ellos. Como también lo es el enfrentamiento entre Santiago Carrillo y Gerardo Iglesias por situarse al frente del PCE.

Según sus padres, esa apatía y ese aburrimiento serían fruto de la edad crítica de la adolescencia. Aunque el narrador omnisciente va más allá y puntualiza algo que, al parecer, ignoran los padres:

Pero es esa edad, y ahora, en estos tiempos. Porque los chavales, aunque callan, saben que por ahí existe una legión de parados, de hombres mayores, padres de familia, con aburrimiento y cabreo crónico. Ellos, aunque callan, quizá se pregunten:

—¿Y éste es el mundo tan fenomenal que prometían unos y otros?

Y se van. Muchos de ellos bailan y “porrean” por ahí. Otros, nada. Les basta con estar tres o cuatro juntos, sentados en un banco del parque. Los padres se quedan preocupados: ¿Dónde estarán? ¿Qué harán?

Y los críos —que a veces dan pie, por su mudez, para que los mayores piensen lo peor— quizá no vayan más allá de, sentados en un banco, comerse, con parsimonia y entre burlas, cien gramos de pipas.<sup>1296</sup>

Otras personas por las que Rodrigo Rubio siente especial preocupación y empatía son los mendigos. Ellos forman parte de ese grupo de marginados a los que en los años sesenta y setenta había dedicado gran atención en la etapa que calificamos como literatura testimonial y social. De ahí que en este nuevo relato, fechado el 28 de abril, comience afirmando que siempre hubo mendigos, pero quizá nunca tantos como ahora, cuando pueblan esquinas y semáforos de las calles madrileñas. Esa es la opinión de un ciudadano anónimo —que bien pudiera ser el propio autor—, que siempre lleva unas monedas sueltas para entregarlas a quienes se acercan hasta su coche cuando se detiene ante un semáforo en rojo:

---

1296 *Ibíd.*



A mí me recuerda esto la España pobre de los años treinta. Os lo puedo decir a vosotros, mis hijos, porque viví aquellos años de chico, y recuerdo a los mendigos que venían por el pueblo. Eran mendigos mucho más miserables que los de ahora, pero también entonces todos nosotros éramos más pobres. Casi sin industria, un campo raquítico, obreros con alpargatas, y los mendigos, naturalmente, totalmente miserables.<sup>1297</sup>

Como se puede observar, la intención del escritor es establecer un contraste entre la situación de los mendigos de los años treinta y la de los de los años ochenta. Y, en este sentido, afirma que aquellos solían utilizar la fórmula de pedir “una limosna, hermano, por el amor de Dios, por caridad...” En cambio, los mendigos de hoy “se han puesto al día y no nombran la caridad, ni el amor, ni a Dios, y a veces te miran con algo de encono, como si usted, yo, todos nosotros, tuviésemos parte de culpa de la miseria que se les ha venido encima”.<sup>1298</sup>

Incluso los mendigos actuales, al menos algunos de ellos —matiza el narrador— hacen una pausa para largarse al bar de la esquina “a tomarse unos vinos o unas cañitas con el boquerón de Barbate”. Aquellos otros, en cambio, solían estar en las puertas de las iglesias o en las romerías y algunos eran tullidos o ciegos, que iban acompañados de niños.

Lo cierto es que, aunque la España actual no es como la de los años treinta y cuarenta, las grandes ciudades están llenas de mendigos: personas que se han quedado sin trabajo o que se encuentran sumidos en la miseria provocada por el alcohol o la droga. Y son tanto muchachos jóvenes, como mujeres con niños o padres de familia. Además, apunta Rubio, entre esos mendigos hay personas que están verdaderamente necesitadas, pero también hay pícaros que fingen necesidad e incluso alquilan niños, a los que drogan para que parezcan enfermos y así despertar la conmiseración y la caridad de la gente. A pesar de ello, reconoce que durante el invierno pasado murieron algunos mendigos en las calles que no eran precisamente pícaros. “Entonces comprendimos,

---

1297 Rubio, “Mendigos”.

1298 *Ibíd.*

mejor que nunca, que no estaban ahí por gusto, que no todos llevan coche ni han reunido unos ahorros para poderse quedar en casa, junto a una estufa”.<sup>1299</sup>

A continuación, el escritor comenta que a muchas personas les cuesta creer que, en la España actual, con tanto adelanto tecnológico y tantas verbenas y festejos organizados por las autoridades, pueda haber miseria:

Les cuesta creerlo, sobre todo cuando oyen decir a los políticos de turno que estamos mejor, que avanzamos en economía, que ya tenemos aquí la “tecnología punta”; algo, naturalmente, que dice muy poco a los mendigos. Las gentes que viven con desahogo económico apenas si reparan en que una franja, cada día más amplia, de nuestro país está en la calle, dispuesta a pedir o a llevarse lo que pueda de los transeúntes, de tiendas, de bancos. Eso quiere decir que existe la pobreza, pese a la tecnología punta, a los ordenadores y lo que puedan decir don Luis Solana y don Miguel Boyer.<sup>1300</sup>

Con la llegada de la primavera, en los barrios madrileños comienzan a celebrarse las primeras fiestas y las primeras verbenas, que son muy del agrado de Julia, como también lo fue en su día la llegada del cambio prometido por los socialistas, con esos políticos jóvenes que tanto le gustan, y como lo es la noticia de la próxima entrada de España en Europa.<sup>1301</sup> Algo que no desagrada a León, su marido, aunque a este lo que lo tiene hundido es el problema del paro.

Este año el barrio luce hermoso y la fiesta es más alegre y rica que nunca, “pues para eso se mueven los ediles y las comisiones que presiden”. Esta fiesta será un indicativo de lo “bien que vivimos todos”, dicen los políticos; pero León matiza: “los situados”.<sup>1302</sup> Y esa es una de

---

1299 *Ibíd.*

1300 *Ibíd.*

1301 El ingreso de España en la Comunidad Económica Europea se aprobó el 12 de junio de 1985, aunque se hizo oficial el 1 de enero de 1986. Este relato, titulado “La verbena”, fue publicado justo un mes antes, el 12 de mayo de 1985.

1302 Rubio, “La verbena”.

sus habituales quejas, a las que ni la esposa ni los hijos prestan atención, a pesar de la pésima situación de la economía familiar.

Otro de los temores de León radica en el peligro que entrañan esas fiestas para los jóvenes, porque él es consciente de que, al mismo tiempo que se preparan los conjuntos roqueros que actuarán en la verbena, también lo hacen los camellos, pues, como dice el narrador en tercera persona: “En las fiestas populares no ha de faltar de nada. Todos al loro”.<sup>1303</sup>

A Julia, que es menos pesimista que su marido, lo que le preocupa es “si nuestro admirado y querido profesor no está este año, como otros, para salir por ahí, tanto que animaba, tan bien como nos cae”.<sup>1304</sup>

León siempre ha sido un hombre de pocas palabras y un buen trabajador que cumplía con la empresa y apoyaba a su sindicato. Pero, de pronto, se quedó sin trabajo y, por eso, no tiene ánimo para verbenas. No obstante, hará un esfuerzo para agradar a Julia e irá “a hacer bulto en la fiesta”, resignado y rumiando en su interior su frustración por carecer de trabajo. Algo que el escritor aprovecha para lanzar un dardo contra la insensibilidad de los políticos ante semejante situación:

Tienen que salir. Al hombre le gustaría encontrarse con alguien que le dijera que las autoridades viven modestamente, que los gastos oficiales son siempre prudentes, razonables. Pero, ¿quién puede contarle esa historia? También le gustaría que los políticos se olvidaran un poco de las verbenas, de las fiestas bullangueras, tanto como las alientan, y que cada día meditaran, por lo menos, cinco minutos sobre los hombres que están en paro.<sup>1305</sup>

Como hemos tenido ocasión de ver en anteriores relatos, una de las preocupaciones de Rodrigo Rubio en este año 1985 es la del peligro

---

1303 *Ibíd.*

1304 *Ibíd.* La preocupación por la salud de Enrique Tierno Galván tiene su razón de ser. El viejo profesor falleció en Madrid el 19 de enero de 1986.

1305 *Ibíd.*

que representa la droga para la juventud. Así lo demuestra, una vez más, en el relato titulado “Morir en el lavabo”, que comienza con la afirmación del narrador de que la juventud es hermosa y de que muchos de los jóvenes que están metidos en la droga desean salir de ella: se esfuerzan, pero no pueden hacerlo solos y piden ayuda para escapar de esa muerte anticipada.

El narrador afirma que él ignora si quienes tienen responsabilidad política son conscientes de que el drama de la droga afecta a amplios sectores de la juventud. De lo que sí está seguro es de que algunos de esos jóvenes se plantean seriamente cambiar del rumbo de sus vidas. “Pero eso resulta un tanto difícil. Faltan centros asistenciales y de tratamiento. El joven, consciente en muchos momentos de que el drama puede convertirse en tragedia, aprieta los puños, se rebela, quiere volver hacia atrás. Pero ahí está el ‘mono’, mareándole, martirizándole”<sup>1306</sup>

En su opinión, esos jóvenes son víctimas de los cultivadores de coca y de los narcotraficantes. Empezaron, medio en broma, con un porro a la puerta del colegio, y lo que en un principio les pareció un mundo hermoso de libertades, los va arrastrando irremediamente. “Les falta el trabajo; sin duda carecen de estímulos, y las mafias internacionales encuentran ahí campo abonado para sus negocios de muerte”. Así que, favorecidos por un engañoso ambiente de libertad y de vanguardia, se encuentran con que cada vez necesitan más dinero y los padres no quieren o no pueden ayudarles económicamente —“diez mil pelas diarias son muchas pelas”—; por eso, acaban robando a quienes consideran presas fáciles. Y, de ese modo, se llega a morir en cualquier lugar, con una jeringuilla clavada en el brazo, como le pasó a un muchacho llamado José en un pub de Malasaña:

—Claro, a ver, es lo que mola, te lo montas fácil y vas como un huracán, qué vas a darte cuenta de los peligros, eso viene luego, al que le llega, y tiene que ser después de haber visto al mejor amigo muerto en el lavabo, entonces ¿qué haces?, ¿a quién te encomiendas?, crees que alguien te va a ayudar, y te ponen más muerte en la mano, te ríes, casi gritas, ¡estoy salvado!, y te picas, y ya crees que todo se sosiega,

---

1306 Rubio, “Morir en el lavabo”.

pero cuando pasa el alucine ves el rostro del José, cadáver, amarillo, espumilla en la boca, ves esa muerte ahí, del mejor amigo, y uno no tiene ni poemas, como aquellos de Miguel Hernández, para lanzar una elegía al amor del hermano destrozado...<sup>1307</sup>

Una vez hecha esa especie de radiografía de la situación anímica de uno de los amigos de José, el narrador se fija en la actitud de los políticos ante esa situación. De ese modo y partiendo de la premisa de que la sociedad es algo heterogéneo, afirma que existe un deseo de libertad y unos políticos “que confunden la libertad con la tontuna de romper moldes” y no parecen tomar conciencia de las trampas que ante sí tienen grandes sectores de la juventud. En caso contrario, quizá podrían cambiar algunas cosas en esa sociedad, “algo se podía renovar, para caminar, para hacer marcha, sin destrozarlo todo y, lo que es más importante, sin que una parte de la juventud se destruyera”.

Esta opinión del narrador omnisciente se ve corroborada por el testimonio de un muchacho que ha puesto los pies en el suelo, que siente miedo y es consciente de que, de seguir adelante, se encontrará con esa muerte que siempre acecha:

—Yo quiero vivir, quiero vivir, me vuelvo loco cuando `veo` el rostro de José, tan pálido, tan muerto, en aquel lavabo de un pub de Malasaña, pero ¿encontraré quien me ayude?, ¿será verdad que alguien en esta perra vida se preocupa para que, desde ahora mismo, no haya más víctimas, más engañados, más muertos, luego de los múltiples picotazos?<sup>1308</sup>

El último de estos seis relatos está escrito en forma de carta que un padre envía a su hijo adolescente. Por tanto, la narración se estructura mediante el uso de la primera persona, cuando es el padre quien expresa

---

1307 *Ibíd.* Evidentemente, Rodrigo Rubio se refiere a la famosa elegía a Ramón Sijé, de 10 de enero de 1936, que figura en su libro *El rayo que no cesa*.

1308 *Ibíd.*

sus sentimientos e inquietudes, y la segunda, cuando se dirige al muchacho para decirle lo que piensa acerca de él y de su situación actual.

El hijo es un “mocetón de diecisiete años, limpio y deportista”, que ha suspendido la asignatura de Física y Química de tercer curso de BUP. Su padre se muestra comprensivo con el hijo, pues es consciente de que ese mal resultado es, en cierta medida, una consecuencia del ambiente en que los jóvenes están viviendo, como lo demuestra el hecho de que son muchos los chicos que se hallan en una situación similar:

Podría culparte de descuido, de ser también algo vago. Pero quiero ponerme en el ambiente que ahora vivís todos los muchachos de tu edad. Sé que eres capaz para los estudios, que te sobra inteligencia para dominar y sacar adelante un tercer curso de BUP. Pero no ha podido ser. Ahí ha quedado, para que el verano se nos trastoque un poco, esa asignatura de física y química. Sé que a otros muchos chicos, amigos y compañeros tuyos o no, les ha pasado lo mismo. Algunos han quedado peor, según me dicen sus padres.<sup>1309</sup>

El padre se pregunta qué le ha podido suceder a su hijo para suspender esa asignatura, ya que durante la EGB fue un buen estudiante y sus notas eran siempre sobresalientes y notables, e igualmente se interroga acerca de lo que les puede pasar a los profesores jóvenes de los institutos, en los que observa evidentes gestos de desgana y aburrimiento. ¿Es todo culpa de un ambiente generalizado en el que hay demasiadas fiestas? ¿La culpa es de los políticos que piensan que con fiestas y verbenas sentiremos que vivimos en un mundo mejor? ¿O es el sistema educativo el que falla? Preguntas todas a las que se responde con un “no sé lo que sucede”. Mas lo que sí sabe es que hay muchos jóvenes que están peor que su hijo: chicos que fuman, beben en exceso, se integran en sectas o se pinchan y mueren en el lavabo de un pub.

Por suerte para sus padres, el hijo es un muchacho muy normal, al que le gusta la vida sana y practica el deporte. Con su bicicleta de

---

1309 Rubio, “Carta al hijo”.

carrera hace excursiones, con amigos o en solitario, pues admira a ciclistas como Pedro Delgado y Peio Ruiz Cabestany. Y le encanta el baloncesto, que suele ver por televisión, tanto cuando juega la selección española, como cuando juegan en sus equipos Villacampa, Epi, Fernando Martín o Fernando Romay. En cambio, pasa del fútbol pues, según su padre, el chico es inteligente y sabe que hay demasiados tejemanejes de directivos, y por eso se ha desenganchado de este deporte, aunque le gusten jugadores como Gordillo o Butragueño.

Una de las cosas que lamenta el padre es no poderse tomar unos días de vacaciones, aunque solo fuera una semana, junto al mar Mediterráneo, en el sur de Alicante, “donde las aguas son tibias y muy saladas, lo que siempre alivia mi viejo reuma”<sup>1310</sup>

Pero, sobre todo, sufre por ver lo peligrosa que se ha vuelto la calle para su hijo y los amigos de este. Al ambiente generalizado de desgana y apatía en los jóvenes se une la carencia de alicientes, especialmente respecto de los estudios. Únicamente trabajan para intentar sacar adelante las asignaturas, ya que muchos no saben qué carrera estudiar y para qué les van a servir los estudios en el caso de que lleguen a terminarlos.

Otro aspecto que destaca el padre es el escaso interés de la juventud por la política, algo que los políticos actuales también les reprochan pues, cuanto estos tenían su misma edad, sí que sentían inquietudes políticas. Y, en este sentido, el padre-narrador aprovecha para establecer un claro contraste entre los jóvenes de hoy y la generación de los padres:

Cierto que la vida de aquellos otros años tenía muchos inconvenientes, sobre todo por la falta de libertad. Pero recuerda, por ejemplo, a tus tíos, a los hermanos pequeños de mamá. Ellos eran inteligentes. Ellos estudiaban, y ellos, a la vez, estaban politizados. Encontraban estímulos, luchando contra todos los muros, para formarse, para ser algo y alguien. A vosotros, ahora, en los años

---

1310 *Ibíd.* El padre que escribe la carta es el propio Rodrigo Rubio, a quien le gustaba pasar unos días de descanso en las playas de Torre Vieja. Ténganse en cuenta la alusión a su viejo reuma y la edad del hijo, diecisiete años, que son los que en esas fechas tenía su hijo mayor, Rodrigo Marcos.

ochenta, cuando el `rock` que os llega tiene reminiscencia de años más vivos y dinámicos, casi tampoco os interesa.<sup>1311</sup>

A continuación, y a modo de conclusión, lanza a los jóvenes una invitación a abandonar la desgana y el pasotismo y a que piensen que quizá en un futuro haya políticos que sean capaces de entenderlos. En estos momentos, cuando ya todos se alejaron de “aquel tiempo maldito”, lo único que pueden hacer los padres por los hijos es “dejaros que viváis un tiempo de ser libres, aunque toda la libertad no os lleve a sentir ningún deseo de vivir en constante superación. Algo, sin duda, falla en la vida de hoy. Un abrazo de tu padre...”<sup>1312</sup>

### **7.9. Dos relatos sobre el mundo perdido: “Las amapolas” y “Un verano sin mar” (1987)**

El 10 de mayo de 1987, en el dominical del diario *Ya*, publicó Rodrigo Rubio un relato titulado “Las amapolas”. En él vemos a un narrador en primera persona que desea e intenta resucitar el añorado mundo de su infancia en el pueblo, simbolizado por esas plantas de flores rojas que suelen poblar los campos manchegos. Además, y al igual que había hecho en la novela *Banco de niebla* publicada dos años antes, el protagonista se encuentra en una sesión con un psiquiatra, al que empieza confesando que muchos días intenta infructuosamente que el sol entre por la ventana de su cuarto e imitar el canto de la perdiz. Es en esos momentos cuando su mujer y sus hijos lo miran sorprendidos y desean que llegue la semanal sesión de los jueves por la tardes con el psiquiatra.

Lo que le ocurre —y es lo que su familia considera su problema mental— es que quiere escapar al mundo del pasado para reencontrarse con una lluvia que lo empape y con el olor a romero y a espliego. Pero siempre se encuentra con el obstáculo que representan los tabiques de su casa madrileña.

---

1311 *Ibíd.*

1312 *Ibíd.*



Además de al recuerdo del campo, el pasado feliz en su pueblo lo asocia a dos personas con las que había convivido en aquel lugar y que, ahora, en Madrid se muestran totalmente diferentes a como eran entonces.

Una de ellas es alguien a quien en el pueblo llamaban Manolín, al que le gustaba pintarse los labios y que ahora se ha convertido en una mujer, Manolita. El primer encuentro con “el chaval/chavala” fue en el café Gijón y el narrador lo invitó a un café y una copa de licor carmelitano.

La otra persona es una tal Jeromilla, con la que él había jugado en el patio de su casa, cuando eran críos, y que actualmente se hace llamar Judy Land y trabaja de camarera en un pub de copas y ligués.

Cuando se dirige al doctor, en segunda persona, le dice que no quiere hablar de aquel tiempo, en el que bebía agua sin cloro, “sacada del pozo en zaque de badana con ribete de recincho”; ni del patio de su casa, ni de su abuelo Miguel, “que se levantaba en las frías noches de enero, con su camisón largo, para cantar algo bajo las estrellas”; ni de su padre, al que recuerda “leyendo novelas de malos y buenos —cuadernillos por entregas de una historia tristísima que no tenía fin— al lado de la lumbre”.<sup>1313</sup>

Según le dice al doctor, todos opinan que está loco, porque lo ven “tomando puñados de humo por las esquinas”; porque les habla a “los patos del profesor” —en clara alusión a Enrique Tierno Galván— de lo hermoso que está el río Manzanares; porque, cuando a veces va con su mujer en el metro, le da por “canturrear una copla de abuelos, una jotica muy antigua”, y porque le gusta acercarse a Santa Gema, en cuyos escalones de granito hay una vieja mendiga a la que él ve como su madre:

Usted sabe que no es una mendiga. Usted sabe que esa mujer seca y enlutada es mi madre. Ella pide por mí. Lo hace, humildemente,

---

1313 Rubio, “Las amapolas”. El contenido autobiográfico de este relato se aprecia claramente en la figura de su abuelo Miguel y de su padre, Buenaventura, de quien destaca su afición por la lectura de novelas al calor de la lumbre.

con la intención de conseguir, para este hijo que se alejó de barbecheras y de montes, un nido de golondrinas, una mariposa revoloteando junto a la flor de la pasionaria [...] Mi madre, la mendiga, pide para traerme el canto de la perdiz, el olor del pino y el sabor rancio y fuerte de una comida casera. Usted no podría entenderla.<sup>1314</sup>

El narrador manifiesta no tener otro propósito sino el de juntar a Jeromilla/Judy Lan y a Manolín/Manolita con esa mujer que él considera su madre para, después, arrodillarse ante ellos tres y no levantarse mientras no caiga “una lluvia de amor encima de todos los desgraciados”.<sup>1315</sup>

Aunque es consciente de que al doctor le gustaría que él abandonara esa fijación por el pasado y que pudiera centrarse en el presente, con su esposa y sus dos hijos; que tuviera coche para llevar a su mujer a cenar a buenos restaurantes, y que pudiera disfrutar de los adelantos electrónicos de la época, sus pretensiones son muy diferentes:

Quiero que me entienda, doctor: yo sólo deseo respirar aire puro, notar el roce de las espigas, vivir, resucitar, si es posible, entre ese mundo rojo/suave, dulce/vivo, lejano/añorado donde apenas se mueven, tan humildes y hermosas, todas las amapolas.<sup>1316</sup>

Este deseo de regresar al añorado e idealizado pasado vuelve a estar presente en el relato “Un verano sin mar”, publicado en el mismo diario dos meses después del anterior.

En esta ocasión, ese tema se vincula con un problema que en aquellos años comenzaba a aparecer en varias obras de Rodrigo Rubio: la marginación de las personas mayores por parte de algunos de sus familiares más cercanos. Unos mayores que, como el abuelo de este

---

1314 *Ibíd.*

1315 *Ibíd.*

1316 *Ibíd.*

relato, se encuentran desubicados y encerrados en los pequeños pisos de las ciudades y sueñan con volver a sus pueblos de origen. Esto se une al hecho de que sus estancias en las casas de los hijos no resultan gratas para las nueras y/o los nietos, como ocurre en este caso con Lena, la esposa de Andrés, el hijo de ese anciano. Más aún cuando llega la época de las vacaciones estivales y, entonces, el viejo se convierte en un estorbo del que hay que desprenderse, bien ingresándolo en una residencia o una clínica —como se plantea en este relato— o bien dejándolo abandonado en mitad de una carretera, al igual que hacen algunas personas con sus animales de compañía. Este último caso es el que planteará Rodrigo Rubio en su relato “Área de servicio”, publicado tres años después.

Así pues, el protagonismo de “Un verano sin mar” se reparte entre esos tres personajes: el viejo, su hijo y su nuera. Precisamente, son las palabras de esta las que abren el relato para decirle a su marido que había que deshacerse de su suegro, porque no podía ir con ellos de vacaciones. Sin él, pasarían un buen verano en Benidorm, cerca de la playa y lejos del calor de Madrid. Para conseguir su propósito, había que poner en marcha la “operación abuelo”: ingresarlo en una clínica que cuesta tanto como el alquiler del apartamento de la playa, en donde el abuelo estaría bien atendido, a diferencia de otros viejos que estarán mucho peor, “con un pariente pobre en un pisín de San Blas o de Orcasitas. Y, peor todavía, esos otros que son abandonados en una sala de urgencias. ¿Pueden irse los hijos, los nietos, a jugar, felices, al monte o a la playa? Se van, en efecto. Yo, al menos, creo que dejo todo bastante bien arreglado”.<sup>1317</sup>

La clínica es la opción elegida por Andrés para, de ese modo, librarse de la continua presión a la que lo somete Lena, la cual no para de decirle que no aguantará el mes de julio en Madrid, aunque sabe que su marido ha de hacerlo, porque el trabajo así lo requiere, y tendrá que almorzar todos los días en un restaurante barato y viajar los fines de semana a la playa. Además, en otras ocasiones, le reprocha que se quede por las tardes en casa con su padre, lo que la obliga a irse con las amigas, porque no quiere sentarse sola en una cafetería, como si estuviera divorciada. Y no deja de meterle prisas para que lo ingrese cuanto antes, no fuera a ser que, cuando se decidiera a hacerlo, ya no lo admitieran. Así

---

1317 Rubio, “Un verano sin mar”.

que, a menudo, Andrés se ve obligado a tomar algún ansiolítico, después de sentar a su padre ante el televisor:

Se ríe al ver a las gentes, todas de colores, que saltan sobre otras gentes, ya muertas. Se queda fijo ahí. A veces le pongo el viodecasete, una película de humor, algo ligero, que le distraiga. Yo, si no he tomado ansiolíticos, me preparo un güisqui. Estas escenas se repiten. Y Lena se ve obligada a preguntar: “¿Prefieres quedarte ahí, con tu padre?” “Sí —le digo—. Esta tarde, sí.” Y se va, murmurando entre dientes: “Demasiadas tardes que te da por lo mismo.” Eso dice. Y luego, antes del disparo, antes de cerrar la puerta, otras palabras, llegadas a mí como un viento que corta: “Ya veremos cómo sale todo este año.” “Saldrá bien, como el anterior”, le digo. Pero ya no me oye. No puedo decirle que, una vez más, los llevaré a Benidorm.<sup>1318</sup>

El viejo, cuyo nombre no se cita, parece sufrir algún tipo de demencia senil. De él se dice que, cuando hablaba, solía hacerlo solo y “marcaba un ritmo alterado en sus palabras”, lo que motivaba que sus nietos le hicieran rabiar y pensarán que él ignoraba si vivía en una casa de ciudad o en una de pueblo. Pero, como aclara el narrador, sí era consciente de que esa casa madrileña era “un mundo de tabiques sin paisajes, sin ventanas al campo, sin olor a vergeles”. Por eso, piensa que su hijo lo va a llevar a lugares que recuerdan el Montalvos natal del escritor y que este ha mencionado en algunas de sus obras anteriores y posteriores a este relato: los pinares del Hondo del Río y la Casa de Olivares.

En ocasiones, el hijo ve cómo los ojos de su padre se reaniman y miran con más brillo. Eso ocurre cuando le vienen a la mente evocaciones de la infancia de Andrés, su hijo pequeño, por quien su madre y su padre habían hecho muchas cosas. Y es entonces cuando se produce la identificación del personaje de Andrés con la persona de Rodrigo Rubio, pues el padre le recuerda las visitas en carro al médico de Albacete:

---

1318 *Ibíd.*

Aún vivíamos aquel tiempo de guerra. “Lo recuerdo, padre.” “Teníamos fe en aquel médico, ¿don Arturo...? ¿Se llamaba don Arturo?” “Sí. Don Arturo Cortés.” “...Teníamos fe en aquel hombre, que, además de ser médico, era diputado republicano. Se marchó. ¿Recuerdas que se marchó?” “Sí —murmuró—; a México, creo.”<sup>1319</sup>

A continuación, el padre vuelve a pedir a su hijo que lo lleve lejos de esa casa, “pero no a un hospital”. Además, recuerda a su fallecida esposa, a quien no le gustaba Lena para ser la mujer de su hijo, y pregunta a este si su madre se equivocó o no en su opinión sobre ella, a lo que él responde con una evasiva, casi al mismo tiempo que su mujer reitera una vez más su deseo de deshacerse del viejo:

“¿Y tu mujer? Pobre abuela. Ella dijo, ¿lo recuerdas?, dijo: no me gusta nada esa chica para nuestro Andrés. ¿Se equivocó o no? Dime.” “Es mi mujer, padre; la madre de mis hijos...” Oigo que ella vuelve a decir algo. Se asoma por la puerta del baño, con el cabello muy cardado. “Tenemos que ir pensando en eso, Andrés. Si te pones sentimental, malo. Yo no aguanto julio aquí, con las fieras y el abuelo.” Lo llevo del brazo. ¿Bajar a la calle? ¿Y para qué? La calle es una ancha carretera, una autopista, casi, que apesta a carburante, a humos que asfixian. Nos quedamos en casa.<sup>1320</sup>

Lo que ocurre es que, en realidad, Andrés se siente mucho más cercano a su padre que a su esposa. Con él tiene una especial complicidad, pues el abuelo le trae a la mente el aroma de los montes, el olor a mostro de las bodegas en el mes de octubre, el gorjeo de los pájaros y las canciones de los segadores en verano. Por eso no deja de estar muy pendiente de él, a pesar de que tiene que repasar unos papeles de la oficina y de organizar los viajes de los próximos días, las reuniones con los vendedores o la dirección de un cursillo. En estos momentos, además de las presiones de su mujer, su principal preocupación es poder compaginar el cuidado de

---

1319 *Ibíd.*

1320 *Ibíd.*

su padre con el trabajo en su empresa. Y Rodrigo Rubio aprovecha esta circunstancia para mostrar, una vez más, algunos detalles de su habitual preocupación social y laboral:

Hay que moverse, aunque uno se rompa, para que la empresa no se hunda. Las empresas son como nuestras, aunque nunca cobremos más allá del sueldo y las dietas. Las empresas, sin embargo, son de los accionistas, de unos señores que también tienen bancos, y fincas rurales y hoteles en las playas de lujo. Pero las empresas (eso parecen indicarnos siempre) somos asimismo los pobres diablos que nos desgastamos por ellas y con ellas.<sup>1321</sup>

Consecuentemente, Andrés decide estar todo el tiempo posible junto a su padre. Si este es capaz de soportar todas las horas que él dedica a trabajar para la empresa en el despacho de su casa, él podrá sacrificarse y mantenerlo a su lado durante todo el verano. Así pues, renuncia a llevarlo a la clínica, para pasar juntos en casa el mes de julio y agosto. Y, curiosamente, el viejo demente intuye que alguna buena idea se le está ocurriendo a su hijo; de ahí la inmediata reacción del abuelo y la ironía con la que Andrés responde a la pregunta que le hace su mujer nada más regresar a casa:

Será en julio, pero tal vez asimismo en agosto, porque los ojos del viejo se han alegrado como si ya vieran la dorada mies, el verdor oscuro de los pinos. Me mira. Se me acerca. “No sé en qué estás pensando, hijo. Pero, ¿puedo darte un abrazo?” “Sí, claro”, le digo. Nos abrazamos fuerte, sólo un momento, porque se oye la puerta. Es Lena, que regresa. Y yo sé que ahora me veo obligado a responder a una pregunta inevitable. “Supongo que habrás decidido algo sobre tu padre, ¿no?” Y murmuro, débil la voz: “Sí, en efecto. He decidido algo...” Y es ella la que, contenta (todo lo considera hecho), le da la vuelta al cartucho del vídeo...<sup>1322</sup>

---

1321 *Ibíd.*

1322 *Ibíd.*

### 7.10. La Hucha de Oro: “Aproximación a la tristeza” (1988) y “Área de servicio” (1990).

Doce años después de haber obtenido el tercer premio y la Hucha de Plata con el cuento “Un poco de paciencia” —que ya hemos analizado dentro de su primera etapa—, el escritor albaceteño obtiene el segundo premio, con nueva Hucha de Plata, por su relato “Aproximación a la tristeza”, en el que vuelve a utilizar un monólogo al más puro estilo de Faulkner, de quien toma prestada la cita con la que encabeza su relato: “Ya no cuentan los problemas del espíritu, sino la cruda pregunta: ¿cuándo me tocará saltar hecho trizas?”<sup>1323</sup>

#### La voz de la conciencia creadora

Esta vez, el monólogo interior se divide en dos narraciones enlazadas. Una de ellas en primera persona y en letra cursiva, en la que el narrador se esfuerza por recordar y situar a cada persona y cada cosa en su sitio, en ver cómo eran y dónde estaban hace tiempo. La otra narración, en segunda persona y en redondilla, surge cuando un segundo narrador se dirige al primero —es decir, a sí mismo— para ayudarle en su proceso de retorno al pasado y llevar a su mente los recuerdos que van apareciendo. De este modo, se establece un curioso diálogo gracias al cual Rodrigo Rubio, escindido en esos dos narradores, retorna, una vez más, a aquel mundo perdido de su primera etapa narrativa. Veámoslo:

*No recuerdo bien, y me esfuerzo por situar a cada uno en su sitio. Tampoco puedo precisar el lugar exacto que ocupaba yo. El patio era rectangular, pero antes de llegar a él había que cruzar un porche. Unas portadas de madera pintadas de verde, lo recuerdo, lo puedo recordar con precisión. ¿Y por qué no? Quizás veas, sin esforzarte mucho, ya en el patio, el pozo, situado a la derecha, con pilón de piedra labrada, y junto a las paredes los dompedros, los mirabeles y el sándalo. Y los tiestos de geranios sobre un banco de madera. No sé, no puedo precisar. Tiemblo, y es que estoy cerca; presiento que llego a alguna parte, difusa en la distancia. No vayas deprisa, sosiégate. El patio tenía, ya cerca de la*

---

1323 Rubio, “Aproximación a la tristeza”, 19.

cocina, el suelo enguijarrado. *Lo recuerdo. Y las palabras de mi madre, señalándome un canto en punta: ahí te abriste la frente, hijo, cuando tenías cuatro años.*<sup>1324</sup>

Además de la figura de su madre, presente en varios de estos últimos relatos —como ya hemos podido comprobar—, van surgiendo otros muchos recuerdos, casi de forma espontánea, lo que hace que el narrador en primera persona se pregunte qué es lo que está buscando en realidad. Así, entre los recuerdos de ambos narradores, aparecen personajes como su hermana Tina, bordando con el bastidor entre sus piernas o en una mesa camilla, y Teresa, la partera que ayudó a nacer a todos los hijos de la familia Rubio —también se llamaba Teresa la partera a la que se esperaba y que, finalmente, no pudo llegar, en el relato “Retraso providencial”— y que ahora está hirviendo una jeringuilla para Josillo, el muchacho triste e inmóvil en una mecedora, protagonista de la novela *La feria*. Además, tampoco faltan su madre, saliendo a los caminos, o mujeres enlutadas por culpa de la guerra, y, como no podía ser de otro modo, un viejo gramófono en desuso.

Esta mezcla de recuerdos contrapuestos se produce porque, como bien explica ese yo en segunda persona, el autor está intentado escribir un cuento y no es capaz de imaginar, de crear. Tan solo da vueltas en torno a situaciones negativas, como la de ese gramófono abandonado, la del niño enfermo, la del alguacil pidiendo hombres para la guerra o la figura estática de su padre. Y así no puede seguir; tiene que corregir, forzosa y urgentemente, el enfoque del objetivo con el que mira y el tono de lo que escribe. No tiene más remedio que cambiar, pues, como le advierte de forma reiterada esa especie de conciencia en segunda persona, va por un camino equivocado:

Quieres escribir un cuento y no imaginas, no creas. Recuentas y buscas con exactitud situaciones que llevan temblor a tu mano. *Voy a unir la línea curva*, dices. Porque anduviste, no en línea recta, sino doblándote, y crees que se va a producir la conexión con el punto de

---

1324 *Ibíd.*, 19.



partida. Cambia la mirada o encontrarás a tu padre entre los cipreses de un cementerio. *Parece que voy a tocar el miedo, la inmovilidad, la fiebre. ¿Qué hace mi madre? ¿Por qué sale a los caminos?* Te has quedado quieto, como las mujeres que suspiran. Intenta recordar a tus gentes cuando no temblaban, los almuerzos y las cenas bajo el emparrado, la perdiz suelta por el patio, la música del gramófono. Recuerda el tiempo de otros veranos y verás a tus hermanas con vestidos vaporosos, alegres porque iban a una fiesta. Tú mismo has reído en aquel patio. Aléjate de la mecedora donde se balancea, monótona y agarrotada, la tristeza de un muchacho. Intenta otras conexiones.<sup>1325</sup>

Como se puede apreciar, las intervenciones del narrador en segunda persona son cada vez más frecuentes, más extensas y más acertadas. Ocurre que, en ese proceso de creación del cuento que ha emprendido Rodrigo Rubio, todo lleva a pensar que él mismo se está autocorrigiendo desde el principio, con vistas a ofrecer una imagen más positiva de un tiempo añorado, que él tiende a rememorar solo en sus aspectos más tristes y dolorosos. Pero, aunque el escritor bien pudiera haber roto ese relato para empezar de nuevo, buscando esas otras conexiones, esa otra perspectiva más optimista y, tal vez, más objetiva, lo que ha decidido es dejar que el relato se vaya haciendo a sí mismo, que se vaya alimentando de imágenes alegres, como las de sus hermanas vestidas para una fiesta; las canciones de un pisador de uva en una bodega vecina; la de su padre leyendo novelas de la colección “El Mercantil Valenciano”; la de su madre cuando regresaba de un viaje con la cesta de mimbre oliendo a especias para la matanza —y no la de la madre que viajaba triste en busca de sal amarga o al encuentro del hijo herido en Valencia—, y la de algún baúl con papeles no ribeteados de luto, frente a aquellos otros baúles que guardan cartas de soldados, juguetes artesanales y cuadernos de la escuela, todo lo cual no es más que tiempo convirtiéndose en polvo.

Y esto es así porque, en ese procedimiento metaliterario que ha emprendido Rodrigo Rubio, las cosas se pueden ver desde una doble perspectiva, desde su cara o desde su cruz. De ese modo, el narrador en primera persona se ha inclinado, tal vez de forma equivocada, por la cruz

---

1325 *Ibíd.*, 20.

de la moneda. En cambio, el narrador en segunda persona ha decidido ver todo lo positivo que puede encerrarse incluso en lo que, aparentemente, se muestra como negativo. Por eso, la voz de la conciencia, personal o literaria, que oye Rodrigo Rubio le invita a huir del color negro y del gris, a alejarse de la tristeza a la que, con tanto afán, parece querer inclinarse, y a darse cuenta de que siempre se puede encontrar una risa o, al menos, una tristeza algo tontona, como la de “Alonso, el chaval de ‘Un mundo a cuestas’, porque era una tristeza por enamoramiento”<sup>1326</sup>, o como la de su padre, quien, cuando uno de aquellos novelones acumulaba desgracias, sacaba su vena de hombre “socarrón, bienhumorado, para alzar los ojos del papel y decir: vaya, esto parece demasiado”.<sup>1327</sup>

Llegados a este punto, nos parece conveniente señalar que con este relato, “Aproximación a la tristeza”, el escritor albaceteño intenta plantearse la conveniencia de establecer un punto de inflexión, no solo en el decurso narrativo del propio relato, sino también en lo que venía siendo, hasta ese momento, su trayectoria literaria. Así, si nos fijamos bien en la afirmación hecha por esa especie de autoconciencia en el sentido de que, para escribir un cuento, no se deben reproducir con exactitud las situaciones, sino que, por el contrario, hay que dedicarse a imaginar, a crear, podríamos interpretar que el autor está haciendo serios esfuerzos por apartarse, aunque solo sea momentáneamente y en el caso concreto del género cuento, de todos esos fantasmas de su pasado que han venido persiguiéndole a lo largo de los años. Parecería, pues, que el autor apunta hacia la necesidad de una depuración, de una catarsis, que le permita fijar su punto de mira en otras situaciones o realidades diferentes o, cuando menos, más alegres.

Así se explicaría, por ejemplo, la invitación a alejarse de conexiones tales como aquellas que proceden del lado negativo de su infancia y del mundo relacionado con las historias de los papeles amarillos de la abuela Clara:

---

1326 *Ibíd.*, 21.

1327 *Ibíd.*

Has estado a punto de tropezar con el temblor, con el ataque que paralizó a Josillo, o con la inyección/vacuna que cambiaría tu forma de andar, impidiéndote, de pronto, el salto ilusionado y discolorado de todo muchacho. Cuenta o recuenta, mira y remira, roza las máscaras si quieres, pero no intentes una conexión con todas aquellas historias de los espejos mágicos, las nubes cazadas con red, el enano del títere convertido en pulga, la niña Lucía con alas de mariposa. De todas formas era la aspereza de la tierra convertida en poesía para el sosiego y el regocijo del hombre. Puede que veas fantasmas huyendo de gritos y fusilamientos. Sigue, pero procura dar un rodeo. Échate en la hierba de un linde. Escucha el canto de la alondra. Busca su nido. Fíjate en el tren que, a la hora de siempre, pasa, como una oruga silenciosa, atravesando la llanura.<sup>1328</sup>

Solo siguiendo estas recomendaciones, el autor podrá contemplar las cosas hermosas. Solo así podrá alejarse de la tristeza a la que tan próximo está y encontrar la risa y la fuerza necesarias para poder coger a sus hijos y contarles una historia, aunque sea arrancada de sus propias vivencias, con la que les pueda llevar, “junto al sosiego, una migaja de amor.” Unos hijos que no saben de lutos ni de fantasmas y que “nunca querrían un final excesivamente dramático para la historia que, escrita o no, leerán cuando ya no seas más que un nombre y un recuerdo.”<sup>1329</sup>

### **El presente no es menos crudo que el pasado**

En 1990, Rodrigo Rubio obtiene el primer premio y Hucha de Oro con el relato titulado “Área de servicio”, en el que vemos que, en efecto, se ha producido un cambio de enfoque respecto de la temática del cuento anterior, tal como parecía indicar esa inflexión a la que nos referíamos.

En esta ocasión, el autor elige un asunto mucho más actual, como es el del abandono de los viejos cuando llega la época de las vacaciones estivales, de un modo similar a como sucede con algunos animales de

---

1328 *Ibíd.*, 22.

1329 *Ibíd.*, 23.

compañía, a los que se les suele dejar tirados en medio de cualquier carretera.

Eso es, precisamente, lo que le ocurre a don Justo Mora de Liñán, un jubilado de setenta y nueve años, antiguo médico rural en la provincia de Zamora, quien, de pronto, se encuentra solo, en un área de servicio de la autopista que conduce a Lloret de Mar, en medio de un ir y venir de gentes que le provoca ansiedad y mareos. Según recuerda, poco antes de llegar a ese lugar, su hija Lita iba discutiendo con su marido, Eduardo, el cual maldecía casi continuamente. Parecía que deseaban parar en algún sitio y eligieron una de esas áreas de servicio que, sin duda, están para detenerse, repostar gasolina, comer algo ligero o tomar un café; pero no para abandonar a un pobre viejo, al que “ya se le aflojaban todos los cables: los de la cabeza, los de las tripas, los del pecho, todos”.<sup>1330</sup> Un viejo que está deseando llegar pronto a su destino para poder hablar con su mujer, la cual, según le había dicho su hija, hacía cinco años que había muerto, algo que él recuerda de forma vaga:

Recordaba que dijo ah, sí. Lo recordaba ahora, medio perdido entre gentes tostadas por el sol y gentes rubias de piel lechosa, unas y otras hablando lenguas diferentes. Chocaba con críos que llevaban vasos de plástico llenos de coca-cola. Tropezaba con niñas que chupaban un helado de palito. Fue cuando empezó a decir: ¿Los han visto? ¿Ustedes han visto a mis hijos? Un chico de los que limpiaban las mesas se detuvo para mirarle. ¿A quién busca, señor? Busco a mis hijos. A mi hija Lita y a mi yerno Eduardo. Ella es alta y rubia, tiene cuarenta y dos años. ¿La ha visto, muchacho? Jo, pasan tantas señoras rubias por aquí... Tampoco se habían fijado en Eduardo, su yerno. Él dijo: mi yerno es también alto, moreno, algo calvo ya. Usted tiene que haberlo visto por aquí. En Madrid es muy conocido, sobre todo en las urbanizaciones y pueblos de la sierra. Se llama, mi yerno, Eduardo Torcaz Melón. Se llama así, pero es muy listo. Muy inteligente, diría yo.<sup>1331</sup>

---

1330 Rubio, “Área de servicio”, 10.

1331 *Ibíd.*, 10-11.

Como se puede ver, Rodrigo Rubio quiere dejar muy claro que, a pesar del lógico nerviosismo y la desorientación que sufre don Justo Mora de Liñán, este tiene mucha más categoría humana y moral que su yerno. Lo demuestra, por ejemplo, con los dos apellidos que el autor ha elegido para este personaje, esos tan irónicos Torcaz Melón. Y lo demuestra, también, el que, a pesar de su degradación física —don Justo sufre de colitis con frecuencia y se le escapa la orina, por problemas de próstata—, este es muy superior a Eduardo, quien es muy conocido en Madrid, por ser constructor de piscinas, pistas de tenis y de squash, pero que, a juicio del autor, no merece llevar el tratamiento de “don”.

Porque, según comenta don Justo antes de salir de viaje, le ofrecieron quedarse en el hospital, como había hecho otros veranos; pero esta vez él decidió acompañarlos. Así que, al no haberlo podido dejar ingresado en el hospital, lo abandonaron en el área de servicio y se marcharon rápidamente rumbo a Lloret de Mar, sin el estorbo que significa un viejo medio lelo y enfermo. Un viejo que, al encontrarse solo, busca ayuda en unas personas que se muestran indiferentes al problema que empieza a crecer en la cabeza de ese hombre tan extraño, que va vestido con traje gris y corbata negra, a pesar de ser verano.

Quien no es ajeno al sufrimiento que está pasando don Justo es el narrador, el cual deja claro que, a pesar de los naturales despistes de su edad, había creído percibir en algún momento que su hija y su yerno le miraban “como al chiquillo que quieren dejar con alguna abuela o tía soltera. El chiquillo empalagoso, que molesta, que fastidia, aunque sea hijo”.<sup>1332</sup> Por eso, toma decidido partido por este pobre hombre abandonado y cuenta —con la ternura y la comprensión que muchas veces le faltan a su hija Lita— que a veces hablaba con su mujer, como si estuviera viva:

Le decía su hija Lita, cuando estaba de mal humor —que era muchas veces, sin que el viejo se explicara por qué, tan ricamente como vivían—, que tenía la cabeza ida, que a veces hablaba con su mujer, la mamá, como si estuviera viva, y que también le dirigía párrafos a su hijo Justito, muerto de niño en un hospital de Zamora, cuando él,

---

1332 *Ibíd.*, 12

médico de prestigio en los pueblos, no pudo hacer nada, ni tampoco sus colegas de la capital, para curarle una meningitis que se llevó al angelico, eso decía don Justo, el angelico, a la tumba.<sup>1333</sup>

A medida que aumentan su desorientación y su nerviosismo, el viejo tiene más ganas de irse de aquel lugar. Pero antes de eso, en un curioso rasgo de humor no exento de cruda ironía, se dirige hacia un coche rojo, como el de su yerno, y allí se saca “su cosilla de viejo, de viejo solo, de viejo sin excursiones de la tercera edad, de viejo viudo, achacoso y melancólico”<sup>1334</sup>, y deja salir un chorrillo de orina de esa que no controla su maltrecha próstata. Después, piensa que su mujer, Adela, que lo estaría esperando en una soledad de frío y silencio, donde ya no existirían estas angustias de la vida, y decide marcharse con una familia extranjera que, con un peculiar sentido del humor, asegura que se dirigen a Madrid para hacer turismo, si es que las carreteras españolas lo permiten. Y don Justo, casi riéndose también, al pensar que sería bueno que esas carreteras vieran desaparecer, de vez en cuando, a algunas hijas rubias y algunos yernos morenos, se sube al coche:

Sí, quiero volver a Madrid, murmuró don Justo. Y el hombre rubio diría, ya en la autopista: Luego decir donde le dejamos. Y don Justo, el viejo, con voz apenas sin fuelle: ya se lo digo, mister: me dejan en la Almudena. Y el hombre rubio: ¿Eso ser catedral? Y el viejo, contagiado ya del tono extranjero: No, eso ser un cementerio. Allí me espera Adela, la que siempre me quiso. Y el hombre rubio, el extranjero, con risa de mucha cerveza: ah, good. Planecito sexi para el abuelo, ¿no? Y el abuelo, el viejo, don Justo Mora de Liñán, sólo dijo ya, muy bajo, si rezara o maldijera: Perro mundo, asco de vida, escupiendo su rabia en un pañuelo de papel.<sup>1335</sup>

---

1333 *Ibíd.*, 13.

1334 *Ibíd.*, 14.

1335 *Ibíd.*, 15.

Así pues, en efecto, Rodrigo Rubio ha cambiado de asunto para este relato. Haciendo caso de lo que le dictaba la voz de su conciencia en el relato anterior, se ha alejado de aquel mundo de Montalvos-Monsalve, al que tan aferrado estaba, y se ha centrado en el tiempo presente, echando mano de una temática muy actual y candente. Pero lo que no ha hecho ha sido recurrir a la imaginación o a la invención de ningún tema, sino que ha seguido fiel a una de sus premisas como escritor: reflejar sin ambages ni cortapisas la realidad social que le rodea y que siempre ha sido motivo central de su quehacer literario.

### 7.11. La literatura infantil y juvenil

Tradicionalmente, quienes nos hemos dedicado a la enseñanza de la Lengua y la Literatura en centros de Enseñanza Secundaria, o en el antiguo Bachillerato, hemos defendido, y cada vez con mayor insistencia, la perentoria necesidad de que los estudiantes lean libros adecuados a los distintos niveles educativos y a las características de los diversos lectores.

Quienes somos amantes de la literatura clásica, de la que pudiéramos llamar “literatura de siempre”, hemos procurado que nuestros alumnos se acercaran a las obras de autores consagrados, o cuando menos conocidos, dentro del ámbito de esa literatura y que, por sus indiscutibles méritos, no podían pasar inadvertidos para ese público lector, especialmente en los estudios del anterior Bachillerato. De ahí que, en algunas ocasiones, tuviéramos que servirnos de ediciones adaptadas o incluso actualizadas y de ediciones con abundante aparato crítico y didáctico dirigido a esos lectores. En tal sentido, además, intentábamos que los protagonistas de esos libros, sobre todo en el caso de las novelas y los cuentos, fueran niños o adolescentes, lo que hacía que la receptividad por parte de los estudiantes fuese mayor y mejor.

No obstante, en muchas ocasiones nos hemos encontrado —y en los últimos años cada vez con mayor frecuencia— con que ese tipo de literatura, que nosotros considerábamos idónea para ellos, no acababa de llegarles ni de llenar sus aspiraciones y sus afanes de lectura, en el caso de que los tuvieran. No digamos nada cuando —como suele ser cada vez más habitual—, hay que obligarlos para que lean, hecho este que sucede

en los cursos de la enseñanza primaria y, de forma más alarmante, en la enseñanza secundaria.

Por otra parte, no podemos perder de vista que, al deseo de los profesores, se une la necesidad de las editoriales de hacerse con un público lector y con un mercado que produce pingües beneficios económicos, a pesar de la competencia terrible que, cada vez, les viene desde los fabricantes de dispositivos electrónicos e informáticos. Y, en tal sentido, resulta bastante esclarecedora la opinión de Román López Tamés, cuando afirma:

Lo cierto es que hay abundancia de publicaciones con el rótulo de literatura infantil. Los datos de libros, revistas, editoriales, son índice de la atención que al niño se dedica en un mercado en que aparece como importante consumidor. Y estas publicaciones tienen un destinatario calificado por su edad y por tanto por una capacidad de comprensión, léxico, experiencia, limitados. Escrita por adultos que imaginan con mayor o menor fortuna lo que el niño y adolescente siente y quiere. Esfuerzo de acomodación, revivir también la propia infancia.<sup>1336</sup>

Por ese motivo, muchas editoriales han diseñado diversas estrategias según las cuales, en unos casos, había que apostar por autores entregados casi de forma exclusiva a la llamada literatura infantil y juvenil. Y, en este sentido, son de sobra conocidos los nombres de algunos de estos auténticos especialistas, que han conseguido hacerse con una importante y fiel cantidad de lectores y con una muy saneada cuenta corriente.

En otros casos, se ha recurrido a autores más conocidos, incluso de cierto renombre, para que escribieran libros destinados a ese público, a sabiendas de que tenían un más que reconocido oficio y de que, con esos nombres, se aseguraban unas ventas muy sustanciosas.

---

1336 López Tamés, *Introducción a la literatura infantil*, 18-19.



Además, se ha procedido a crear colecciones recomendadas para las distintas edades y se ha recurrido a personas que hicieran campañas de animación a la lectura. En unos casos, se trata de los propios autores, los cuales acuden a los centros de enseñanza para comentar con los alumnos la lectura realizada y, de paso, promocionar su obra literaria. En otros, se trata de profesores o personas entendidas en la materia, que son contratadas por las editoriales para participar en coloquios, mesas redondas y otras actividades relacionadas con la lectura.

Pues bien, entre esos escritores más o menos conocidos y con un dilatado curriculum a sus espaldas, nos encontramos con el caso de Rodrigo Rubio quien, en su momento y de forma breve, decidió acercarse a ese mundo de la literatura infantil y juvenil, primeramente, como una especie de reto personal y, en segundo lugar, como forma de obtener unos ingresos económicos que, no lo olvidemos, venían muy bien a su economía familiar, no siempre boyante.

Por otra parte, y como muy acertadamente apunta José Luis Molina, no nos puede extrañar que Rodrigo Rubio se acercara a la literatura infantil y juvenil “por cuanto un escritor humanista, preocupado por los problemas de su tiempo, es un personaje idóneo para darlos a conocer a todos los que, entonces, podían ser lectores potenciales o reales, cada uno según su capacidad.”<sup>1337</sup>

Además, añade Molina, ocurre que en su trayectoria literaria son muchas las ocasiones en que se puede observar cómo el autor se identifica con los pequeños protagonistas o cómo él mismo se introduce como niño protagonista. “La infancia para él es una vuelta a lo afectivo, a algo que está entre la égloga y la elegía —entre el gozo y su pérdida—, a esos personajes niños o jóvenes, trasuntos suyos en diversas épocas, que han aparecido en novelas anteriores...”<sup>1338</sup>

Cinco fueron las obras que el escritor albaceteño escribió para ese público: los relatos “Ventanas azules” (1981) y *Tallo de sangre* (1989), y las novelas *La puerta* (1989), *Los sueños de Bruno* (1990) y *El amigo Dwunga* (1992). Y en todos los casos hemos de afirmar, sin miedo a

---

1337 Molina, “Realismo, imaginación y simbolismo...”, 146.

1338 *Ibíd.*, 153.

equivocarnos, que Rodrigo Rubio cuidó al máximo la temática, el estilo y los recursos técnicos, pues para él nunca se trató de una literatura menor, de una literatura de segundo orden, como lo demuestra, por ejemplo, el hecho de que la segunda de esas obras sea una versión del cuento “Vida y muerte de una extraña flor”, con el que ganó el premio Biblioteca Gabriel Miró en 1975, tal y como ya hemos tenido ocasión de explicar en el apartado dedicado a la literatura experimental.

Por otra parte, estas obras tienen un marcado carácter realista, pues se ocupan de problemas sociales de plena actualidad en el momento de su publicación, como pueden ser el del conflicto generacional entre padres e hijos, que concluye con la fuga de los adolescentes del domicilio familiar; la emigración interior y también la exterior, en este caso de extranjeros que acuden a España en busca de mejores condiciones de vida, o los problemas que sufren las personas con alguna deformidad física o psíquica. De ahí el atinado comentario de José Luis Molina, quien se expresa en estos términos:

Así pues, debemos leer estas novelas sabiendo que no se produce ruptura con su anterior producción, que los temas siguen siendo de índole social, que los personajes elegidos casi nunca han sido bien dotados por la naturaleza o se rebelan en cierto modo —son solo niños— contra el medio social en el que viven, sobre todo si es alto, que existe casi siempre una contraposición vida anterior v. vida actual que permite la introducción de cuadros costumbristas —formas de vida que se pierden rememoradas con nostalgia— y que lo simbólico genera la creación de un mundo poético encerrado en una prosa de calidad excelente.<sup>1339</sup>

En el caso del relato “Ventanas azules”, el autor albaceteño esboza una especie de anticipo de la temática que aparecerá en la novela juvenil *La puerta*, así como en sus novelas *Banco de niebla*, *La ruta de las luciérnagas* y *Las enfermizas obsesiones de Paulino Marqués*. Y es que, en todas ellas, cobra especial protagonismo la particular versión de

---

1339 *Ibíd.*, 157.

Rodrigo Rubio del tópico del menosprecio de corte y alabanza de aldea, por cuanto los personajes protagonistas muestran, en diversos grados, un claro rechazo de la vida ciudadana, unida a la añoranza de la vida del campo.

De otro lado, *La puerta*, *Los sueños de Bruno* y *El amigo Dwnga* son unas novelas en las que Rodrigo Rubio, dentro de esta etapa que hemos dado en llamar de los mundos propios, se centra en unos temas de carácter social y de gran actualidad en los momentos en que fueron escritas y que, en algún caso, tienen plena vigencia en la actualidad. Además, y como es característico del escritor de Montalvos, no faltan en ellas los habituales contrastes entre el mundo del pasado y el mundo del presente, los oportunos cuadros costumbristas de ayer y de hoy, la poética añoranza del mundo perdido, el simbolismo al que es tan proclive, el cuidado de la prosa —en estos casos de una forma más minuciosa y más exigente—, y su particular sentido del humor y la ironía. Es decir, nos encontramos ante el Rodrigo Rubio de siempre que, gracias a este esfuerzo de adaptación, ha conseguido realizar unas obras que permiten dos tipos de lectura: la más superficial y ligera, que será la que haga el niño o el joven al que la editorial dirige el libro, y la más profunda y simbólica, que está destinada al público adulto que quiera acercarse a estas interesantes novelas, como vamos a tratar de hacer nosotros.

Y es que no podemos perder de vista el hecho de que Rodrigo Rubio fue siempre un lector agudo y perspicaz, un escritor conocedor de los gustos y las tendencias de cada momento y que supo adaptarse con gran facilidad a las mismas. Así, resulta ser que a él le vino como anillo al dedo la nueva corriente realista que se observaba en la última literatura infantil y juvenil, como puso de manifiesto en su momento una de las escritoras que más se ocupó de este tipo de literatura, Carmen Bravo-Villasante, quien afirmaba lo siguiente:

La nueva problemática juvenil, que surge con los nuevos cambios sociales marca una corriente en la novelística actual juvenil, de gran interés y que no es apta para todos los países, ya que ofrece conflictos circunscritos a su propio ambiente. De todos modos, se hace notar una corriente común, que es la historia del joven o de la

joven inadaptada, en choque con la sociedad de su tiempo y con la generación precedente.<sup>1340</sup>

Una literatura juvenil en la que se plantean problemas sociales, de lucha de clases, de política, de discriminación o de drogas, que se compadecen a la perfección con el modo de entender la literatura que siempre caracterizó al escritor albaceteño y que propició la aparición de las tres novelas a las que en seguida nos referiremos. Porque no debemos perder de vista esta interesante y acertada reflexión de Román López Tamés, que tan bien se ajusta a lo que acabamos de comentar sobre el quehacer de Rodrigo Rubio:

El arte es útil. El arte, la literatura, cualquiera que sea su adjetivo, cumple una función antropológica, proporciona conocimiento. Los relatos, a través de la identificación, suponen experiencia aunque sea vicariada. Y esto quiere decir seguridad. Placer y gratificación hay en la lectura como lo hay en contemplar y oír. Porque hay afirmación, aumento de vida. O hay dolor, pero en el sentido purgativo aristotélico, serenar mediante el sobresalto y la extrañeza causados por lo que en el escenario sucede o por la sola palabra poética pulsiones íntimas que son perturbadoras. Creemos que la literatura, cualquiera que sea su adjetivo, cumple este propósito. Y es infantil no la que imita progresivamente en el mundo de los niños y adolescentes desde una perspectiva adulta sino la que se adecúa a una etapa del desarrollo humano sin renunciar a la universalidad de los temas. La adecuación a la infancia no es negación del arte.<sup>1341</sup>

### 7.11.1. “Ventanas azules” (1981)

En 1981, la editorial Escuela Española publicó un librito titulado *Cuentos de verdad*, en el que se recogían un total de cinco relatos, cada uno de ellos correspondiente a uno de los cinco autores que figuraban a

---

1340 Bravo-Villasante, *Ensayos de literatura infantil*, 33.

1341 López Tamés, *Ensayos de literatura infantil*, 16.

la cabecera del libro: Rodrigo Rubio, Carmen Conde, Alicia Gutiérrez, Alfonso Zapater y Blanca Valdecasas. Todos los relatos aparecían profusamente ilustrados por Asun Balzola.

El segundo de dichos cuentos es el titulado “Ventanas azules”, en el que Rodrigo Rubio ofrece una versión infantil del asunto que unos años más tarde volverá a presentar en la novela *La puerta: la añoranza de la vida en el campo*. En este cuento, el afectado es uno de los hijos del matrimonio formado por Loli y José Buendía.

Mediante el uso de la tercera persona narrativa y del diálogo, que a veces aparece entrecomillado en medio de la narración, el autor comienza el relato dando cuenta de la satisfacción de esos padres al comprobar que ya han conseguido tener televisor en color, coche nuevo, aspiradora y moqueta en el salón-comedor, todo lo cual para ellos es sinónimo de una brillante posición. Una posición que, según Loli, es la consecuencia lógica de unos tiempos gloriosos en los que ella puede comprar con mucha facilidad, mostrando su tarjeta de crédito, y sin que su marido la reprenda. Algo que al narrador le merece un comentario un tanto comprensivo e indulgente: “Pobrecilla, trabajando siempre en casa, en el hogar, alejada de la vida más suelta y libre de las muchachas de ahora.”<sup>1342</sup>

Porque, en su caso, su máxima ilusión es comprar algunas cosas para sus tres hijos: Ricardo, de doce años; Esteban, de diez, y Luis Antonio, de seis. Tres críos revoltosos, vivos, inteligentes y estudiosos de los que la madre está muy orgullosa y a los que su padre quiere mucho, a pesar de lo cual gusta de ser algo duro con ellos para que el día de mañana sean hombres de provecho:

José Buendía era hombre serio y le gustaba de imponer disciplina en su casa. “Hay que vigilar a los chicos. Los tiempos están fatal ahora.” Le gustaba que los niños hicieran la tarea en silencio. “Ahí, bien aplicados.” Que vieran luego la televisión. “Siempre aprenderéis algo.” Le gustaba que fueran juiciosos, responsables. “Los niños de antes siempre fuimos disciplinados y obedientes.” Los chiquillos

---

1342 Rubio et al, *Cuentos de verdad*, 15.

decían: “Sí, claro”, y el padre les miraba serio. “Bueno, papá, jo, no te enfades, hombre”.<sup>1343</sup>

José y Loli quieren que sus hijos sean felices y que tengan la vida que merecen, para que no les ocurra lo mismo que a su padre, quien, según solía decir, había padecido mucho. Por eso, José no escatima esfuerzos ni dinero para que a sus tres hijos no les falte ropa, libros y buenos juguetes, como, por ejemplo, el último modelo de coche en miniatura, el mejor tren eléctrico y otros juguetes de moda.

De los tres niños, el que más apegado está a sus padres es el pequeño, quien, a veces, a la hora del café, se acerca hasta ellos silencioso y con el morrito torcido, diciendo que se aburre, a pesar de tantos juguetes como tiene. Entre tanto, los otros dos aprovechan para pelearse en un cuartito interior al que los padres llaman la leonera.

Así es como va discurriendo la vida de esta familia que, como apunta el narrador, vivía en una gran ciudad, repleta de humos, de gases y de ruidos. Una ciudad en la que el padre considera que existen muchos riesgos para sus hijos y, por eso, permite que estén ante el televisor tal vez más tiempo del que sería conveniente. Todo con tal de que no salgan a la calle y se puedan convertir en unos golfos.

Como es natural, los críos se suelen aburrir de tanta televisión y, entonces, aprovechan para armar alboroto, con gritos y empujones, o para jugar “un partido de chapas, formando dos equipos de fútbol con las cápsulas de botellas, un garbanzo de balón”.<sup>1344</sup>

Llegados a este punto del relato es cuando surge el asunto central del cuento. Resulta que el hijo mediano, Esteban, es el que menos mira el televisor y el que primero arrincona los juguetes, lo que provoca que los padres manifiesten su lógica preocupación porque, aunque es muy bueno y muy inteligente, en ocasiones dice tonterías, como esas a las que se refiere el narrador:

---

1343 *Ibíd.*, 16.

1344 *Ibíd.*, 19.

Las tonterías de Esteban —algunas, al menos— estaban relacionadas con el pueblo donde aún vivía el abuelo. Iban muy pocas veces, porque aquel pueblo era destartado, no tenía ni una cafetera exprés ni, según el padre, cubitos de hielo para el güisqui. El pueblo, más allá de la sierra, con chalés y polideportivos, se moría, ya sin apenas gente. Esteban había visto allí, por vez primera, y muy de cerca, una gran variedad de pájaros y de plantas, y hasta una serpiente viva. Además, igual que sus hermanos, correteó por montes y encinares, por prados y vegas. Sus ojos, a veces, recordando días al aire libre, se volvían melancólicos, algo tristes.<sup>1345</sup>

De modo que, como en seguida veremos, a Esteban le ocurre algo muy similar a lo que le pasará a Pedro José en la novela *La puerta*. Echa de menos la vida en contacto con la naturaleza y, por otra parte, le gustaría pasar más tiempo con su abuelo materno, un hombre muy viejo que no quería abandonar su pueblo ni su casa de piedra y que vivía bajo la atenta mirada de su hijo Bernabé. Por eso, en una ocasión le pregunta a su padre por qué no se iban todos a vivir con el abuelo y esa cuestión da paso a un breve diálogo que permite observar el contraste de puntos de vista existente entre padre e hijo:

El padre le miraría asombrado.

—¿A vivir con...?

—Con el abuelo, papá.

—Pero vosotros estáis locos. En aquel pueblo no hay más que vacas y moscas.

Esteban agacharía la cabeza. Él recordaba las vacas y las moscas, en efecto. Pero también, lagartijas, y mariposas de muchos colores, y el campo verde, y las montañas repletas de matojos, y las águilas, y todo lo bien que olía la tierra húmeda por las mañanas.<sup>1346</sup>

Este deseo del hijo hace que la madre experimente una tristeza repentina al recordar el pueblo en el que ella había nacido y en el que

---

1345 *Ibíd.*, 20-21.

1346 *Ibíd.*, 21.

había leído algún libro de Gustavo Adolfo Bécquer. Un pueblo en el que, como también se decía en la novela *Banco de niebla*, aún es posible gozar de ese simbólico olor a tierra mojada.

Por el contrario, frente al símbolo del campo y de la tierra húmeda se sitúa el del club del que es socio José Buendía. Uno de esos clubes en los que los padres juegan al tenis o al póker y en donde los chicos, según piensan sus padres, pueden disfrutar de un sano esparcimiento. Aunque, como matiza el narrador, tampoco es oro todo lo que reluce:

Los chicos podían correr, aunque no mucho, pues siempre había demasiada gente. Podían patinar, pero poquito, porque la pista era pequeña para tantos niños con deseo de deslizarse. Podían nadar en las piscinas, aunque a veces sólo los más grandes, por fuertes, alcanzaban sitio sobre el agua. Ponían mala cara.<sup>1347</sup>

Tampoco ese club divierte a Esteban, el cual está obsesionado con la idea de tener una casa con ventanas azules, unas ventanas por las que, al abrirlas cada mañana, se pudiera ver el cielo. En tal sentido, y como ya comentábamos más arriba, Esteban es una versión infantil de personas como Antonio, el protagonista de *Banco de niebla*; Enrique Gómez Serrano, el personaje de *La ruta de las luciérnagas*, o Paulino Marqués. Porque, según opina José Buendía, su hijo lleva camino de ser alguien que nunca estaría completamente integrado en la vida ciudadana. Alguien para quien la ciudad y la casa acabarían convirtiéndose en una prisión, simbolizada por esas ventanas de doble cristal por las que no entran la luz del sol, el olor a tierra mojada y, en definitiva, todo lo que ofrece una naturaleza llena de vida. Desde sus ventanas, Esteban solo puede ver un patio de luces con ropa tendida, mientras escucha la voz de alguna chacha que canta canciones de actualidad.

Y, como también ocurrirá con el protagonista de la novelita *Los sueños de Bruno*, Esteban sueña con la posibilidad de que, en algún momento, su abuelo pueda llegar hasta la ciudad para llevárselo a

---

1347 *Ibíd.*, 23.



recorrer montes, encinares, prados y vegas. Con ese sueño tan hermoso, el autor pone punto final a este cuento para niños en el que tanto pueden aprender los mayores:

Aquella noche, al acostarse, soñó que corría por montes limpios, que pisaba matorrales, que rozaba a los pájaros, que veía salir el sol, que escuchaba el canto de los grillos y que, por todo eso, que le hacía feliz, su padre, cambiando normas y métodos, le decía, sonriente, que podía quedarse allí, junto al abuelo, en la limpia naturaleza, todo el tiempo que quisiera. Le hubiera gustado que el sueño durara siglos.<sup>1348</sup>

### **7.11.2. La puerta (1989)**

Es una novela de ciento treinta y dos páginas, dividida en diez capítulos con indicación numérica de los mismos, en la que Rubio presenta a Pedro Moreno Ruiz, conocido como Pedrete, quien recorre las calles de Madrid buscando a su hijo Pedro José, que se ha marchado de casa sin decir nada a sus padres, a los que ha sumido en la preocupación, la intranquilidad y el miedo.

La novela está narrada desde la primera persona del padre, lo que permite la aparición de un intenso y, en ocasiones, dramático monólogo interior, al que tan aficionado es el escritor albaceteño. Monólogo que está dirigido a su hijo, al que le habla en segunda persona, como si este estuviera allí presente, porque Pedro no tiene otras miras ni otro punto de referencia más que la figura de su hijo.

El tema que Rodrigo Rubio ha querido plantear es el del conocido y casi tópico conflicto generacional, en este caso protagonizado por un hijo algo díscolo y rebelde, como suelen ser la mayor parte de los adolescentes, y un padre que no entiende la forma de ver la vida que tiene su hijo, la cual, por otra parte, es un reflejo fiel del modo de vivir actual, al que a Pedro Moreno tanto le cuesta adaptarse, como les ocurre a otros muchos padres.

---

1348 *Ibíd.*, 24.

No obstante, el narrador quiere poner de manifiesto, desde el principio, que su punto de vista no es totalmente compartido por su mujer, Leo, quien acusa a su marido de ser un hombre impaciente y poco comprensivo al que le cuesta entender cómo es la vida de estos tiempos, comparada con la que él había llevado cuando tenía la misma edad que su hijo, diecisiete años.

Este punto de vista del padre le sirve a José Luis Molina para afirmar que en la obra se plantea “un conflicto generacional entre quien soportó una madurez temprana porque no tenía nada y debía solucionárselo todo y quien, rodeado de cierto confort por el trabajo de los padres, no ha ido superando las pequeñas dificultades que le hubieran madurado para la vida, quizá protegidos excesivamente para que no padecieran las privaciones que ellos sufrieron”.<sup>1349</sup>

### **El mundo de los padres**

Pedro afirma haber contado muchas veces a sus hijos Tina y Pedro José cómo había sido su vida, en unos años en los que había que trabajar duro y en los que la comida era más bien escasa. Malos tiempos aquellos, en los que Pedro tuvo que hacerse cargo de la pequeña hacienda de su padre, el viejo Ramón, el cual andaba delicado de salud. Por eso, como suele comentar a sus hijos, a él le correspondió en suerte un mundo muy diferente al de estos:

Yo tenía que ir al campo, solo. A veces me sorprendían tormentas, o sufría los intensísimos fríos del invierno. Era aún un chiquillo, un mozalbete, como tú ahora. Y también me gustaba divertirme, Jose. A todos, de jóvenes, nos ha gustado divertirnos. Pero aquel tiempo era diferente al de ahora. Yo quería estudiar y no podía. Tú puedes estudiar y no quieres. O a lo mejor no puedes, no sé. De todas formas, la diferencia es grande. En esto y en todo. Tú tienes, me parece todo lo que necesitas: una casa digna, una habitación confortable. Vistes ropas que a ti te gusta llevar. Intercambias por ahí, de vez en

---

1349 Molina, “Realismo, imaginación y simbolismo...”, 160.

cuando, con algún amigo, un jersey, una cazadora o unos vaqueros. Viví así. Y nosotros, tu madre y yo, nos hemos acostumbrado a eso, como a tantas cosas. Sólo la abuela Valentina dice que somos unos padres blandengues, que a buena hora ella y el abuelo Ramón habrían dejado que sus hijos hicieran lo que les diera en gana.<sup>1350</sup>

Como se puede apreciar, nada más comenzar la novela, queda planteado el conflicto generacional que constituye el nudo de la trama argumental de la misma. Los padres, si quieren llevarse bien con los hijos, tienen que aceptarlo todo porque “hay demasiados peligros en la calle y nunca nos gustaría que la calle fuera vuestro refugio y vuestro consuelo”.<sup>1351</sup> Aun así, en su caso —como le pasaba por aquellas fechas al propio Rodrigo Rubio con su segundo hijo— la convivencia no resulta fácil, las tensiones son frecuentes y, fruto de ello, el hijo ha cogido esa simbólica puerta que da título a la novela y la ha cerrado tras de sí.

Cuando Pedrete tenía la edad de su hijo, era consciente de que, en aquellos años cincuenta de la durísima posguerra, trabajando con ahínco, se podía llegar a alguna parte. Por eso se afanaba con esfuerzo y, en los pocos ratos libres que tenía en el campo, estudiaba en los cuadernos de cálculo, contabilidad, mecánica y electricidad que le mandaban desde una academia de San Sebastián, y agradecía las cinco pesetas que, en algunas ocasiones, le daba su padre.

Eran los años en los que sus tres hermanos mayores habían emigrado del pueblo, dos a Valencia y uno a Barcelona. Los años en los que, después de morir el padre, él se marchó a Madrid, con algún dolor, pero con mucha esperanza de llevar una vida mejor. Allí encontró empleo en el equipo de mantenimiento de unos grandes almacenes, pudo comprarse un piso en el barrio de Moratalaz y conoció la felicidad, con sus dos hijos aún pequeños.

A pesar de haberse visto afectados por el fenómeno migratorio, aquellos son recuerdos de un pasado feliz, cuando toda la familia iba de vacaciones al pueblo, cuando su hija Tina disfrutaba montando piezas de

---

1350 Rubio, *La puerta*, 7.

1351 *Ibíd.*

un teatrillo junto a otras niñas del pueblo —en este punto descubrimos un nuevo apunte de carácter autobiográfico, con el recuerdo de la hermana del escritor, Pilar Rubio— y cuando Jose jugaba con todos los niños del pueblo corriendo por las diversas dependencias de la casa.

Cuando le asaltan estos hermosos recuerdos, Pedro piensa que, tal vez, debiera haberse quedado en su pueblo y se pregunta con qué mujer se hubiera casado entonces. Allí le gustaban algunas chicas, aunque ninguna le llegó a llenar tanto como Leo, esa gallega a la que conoció en Madrid y que lo enamoró con su dulce voz, pues parecía una Rosalía de Castro resucitada. No obstante, a veces especula con lo que hubiera podido pasar en el caso de no haberse marchado del pueblo; pero “si me hubiera quedado y tenido hijos, ellos habrían vivido aquella vida, tal vez dura, pero sana. Esto lo pensé en una ocasión seriamente. Fue cuando fuimos al pueblo por Semana Santa. El campo, en aquellos primeros días de abril, ya estaba verde, muy hermoso”.<sup>1352</sup>

En aquella ocasión, Pedro se emocionó al ver a Jose interesado en conocer el trabajo de Antonio Peña, el aparcerero que cuidaba las tierras de la familia de Pedro y que, en esos momentos, estaba arando los campos. El muchacho le pidió subir al tractor y, junto con el hombre, abrió algunos surcos en aquella hermosa tierra que había sido de sus antepasados y que aún les pertenecía. Entonces, su hijo le pareció un chaval formidable, pues la satisfacción experimentada por Jose hizo que el padre acariciara la idea de que, tal vez, no fuera tan imposible el sueño de regresar a ese campo tan añorado. Algo que ya había hecho la tía Reme quien, después de vivir doce años en Barcelona, enviudó y, al no tener hijos, decidió volver a la vieja casa del pueblo, junto a la abuela Valentina, para dedicarse a bordar y a cuidar de que los aparceros atendieran debidamente las pocas tierras de la familia.

## **El mundo de los hijos**

Frente a la vida sencilla, sacrificada y un tanto idílica de aquellos años pasados, simbolizada por el campo, aparece la vida agresiva,

---

1352 *Ibíd.*, 84.

agobiante y llena de peligros y tentaciones de ahora, cuyo símbolo es la calle, la cual, según un amigo de Pedro, Rafael Aliaga, tiene su cara y su cruz: “La calle es el mal —comentaba mi amigo—. Pero la calle es inevitable, Pedro. Debemos aceptarlo. La calle, además, es hermosa desde que tenemos libertades democráticas. Pero la calle también puede ser fea, incluso dramática, según el uso que se haga de esas libertades”<sup>1353</sup>

Por esas calles discurre la búsqueda que Pedro lleva a cabo, cuando ya han pasado cinco días desde que este había cerrado la puerta al marcharse de casa. Se va tropezando con mendigos, prostitutas y borrachos, algunos de estos casi de la misma edad que su hijo, y, en la plaza de Jacinto Benavente, se encuentra con uno de esos hombres, todavía joven, pero que parece un viejo, a causa de su barba, su delgadez y sus ojeras. Se trata de alguien con un nombre y un apellido muy simbólicos, Isaac Bueno, quien se califica a sí mismo como un perdedor, pues, de ser “un hombre que alimentaba sueños de felicidad terrena me he convertido en uno que apenas duerme y que sólo alcanza a soñar con tristezas solidarias, con pobreza compartidas”<sup>1354</sup> Abandonado por su mujer, estuvo esperando su regreso durante años, porque se sentía un ser desgraciado; ahora, en su tristeza casi feliz, ofrece a Pedro compartir con él la lata de sardinas que lleva en el bolsillo, algún que otro vaso de vino y toda la compañía que desee.

La historia de Isaac es la de un hombre de cuarenta y siete años que había formado parte de la generación de triunfadores que en esos momentos detentan el poder político, financiero y empresarial. Trabajó como profesional de la publicidad y su mujer estaba muy contenta, aunque aspiraba a que él llegara cada vez más alto. Sin embargo, Isaac, algo bohemio y aficionado a escribir poesía de contenido existencial y social, se sentía como alguien condenado a crear en los niños unas ilusiones publicitarias que nunca los llevarían a un mundo mejor. Así que mandó su trabajo a hacer gárgaras y se puso a escribir, como Neruda, los versos más tristes de una noche, y su mujer lo abandonó dando un portazo. Desde entonces, él es un poeta con sueños de felicidad, que desprecia el dinero y escribe poemas sobre el hambre y la tristeza que aquejan a las personas:

---

1353 *Ibíd.*, 30-31.

1354 *Ibíd.*, 49.

Los entrego a gente bien vestida, y tiran la hoja de papel al suelo, unas veces leída apresuradamente, otras sin leerla siquiera. Regalo esos poemas a pobres y marginados como yo, y me pagan con una sonrisa, porque otra cosa no tienen, o me invitan a un vaso de vino, y entonces me parece que resucito, que soy aquel hombre fracasado que renunció a todo por encontrar el único triunfo que perseguía: la paz interior.<sup>1355</sup>

Isaac se define a sí mismo como un ser humano con la creencia de un niño, que piensa que el hombre busca a Dios solo para que le ayude a ser feliz y que Dios no puede estar metido en esas cosas, porque, como Él mismo había dicho, su reino no era de este mundo. Según Isaac, Dios está en la pobreza y en la soledad que rodea al ser humano y quiere que el hombre cargue con su cruz, porque la dureza es la que hace al ser humano resistente. Y, en ese sentido, la soledad representa una calma, una forma de rezar y una forma de solidaridad.

Deambulando por la noche madrileña, Isaac y Pedro llegan hasta uno de los barrios más peligrosos de Madrid, a la plaza de Chueca, y entran en un bar de copas y alterne. Allí, el destino hace que Pedro se encuentre con una chica de su pueblo, Rosario Valverde, una de las chicas que a él le gustaban y que, ahora, trabaja en ese bar, en horario de cinco de la tarde a diez de la noche.

Charo es una mujer que, según Pedro, llevaba una vida irregular. Tiene una hija que está a punto de terminar los estudios de Empresariales y que quiere a su madre, aun sabiendo a lo que se dedica. Por eso mismo, Pedro la envidia de forma sana, pues pensaba que ella sería una persona desgraciada y, en cambio, le parece un ser afortunado. Y es que, en esos momentos, Charo se ha convertido en el símbolo de la cara positiva de la miseria y la desgracia y, para su amigo Pedrete, supone una nueva fuerza y un impulso de esperanza. Se siente bien a su lado, mientras caminan por las calles madrileñas, se encuentran con jóvenes drogados y se hacen confidencias mutuas sobre sus respectivos hijos. Y ella es la que lo acompaña en taxi hasta el barrio de Argüelles, en donde se encuentra el pub del que es propietario el marido de su hija Tina. Allí, ese rayo

---

1355 *Ibíd.*, 51.

de esperanza que le inspiraba Charo, se convierte en un chorro de luz cuando Tina le dice que Jose ya está de regreso en casa.

### **Los conflictos generacionales y sus formas de resolución**

Según cuenta Pedro, no sabe en qué momento preciso comenzaron a cambiar las cosas en su vida, pasando del sosiego y la paz familiar a la inquietud, el miedo y los sobresaltos, por culpa de los peligros que él ve en la calle. Cuando la hija mayor, Tina, cumplió quince años y empezó a volver a casa tarde por las noches, el padre entraba en su habitación para ver si le llegaba algún olor raro, obsesionado por saber qué tomaba por ahí su hija adolescente. Él reconoce que, en esa forma de actuar, pudo haberse equivocado, pero en aquellos momentos no supo actuar de otro modo, a pesar de que su hija le decía que ese era el mundo que les había tocado vivir y que no había más remedio que asumir los posibles riesgos.

Para su padre, Tina es una muchacha inestable, pero no insegura, que decidió abandonar el instituto cuando terminó tercero de BUP. Se cansó y ya no quiso seguir, igual que ahora se ha cansado Jose. Desde entonces, empezó a ser una chica rebelde, que no hacía caso a nadie y que parecía burlarse de todo. Pero ella no le preocupaba tanto como su hijo, porque, al menos, la muchacha hablaba, discutía, con los padres, algo que no hace el muchacho. Ella quería trabajar y ser independiente, aunque solo aguantó tres meses en la peluquería donde trabaja la madre, y otro tanto en los grandes almacenes en los que está empleado el padre, y todo porque, según ella decía, ambicionaba llegar mucho más lejos. Empezó a salir con chicos, a llegar tarde a casa y a fumar mucho:

Pero hablaba, y eso, de alguna manera, nos reconciliaba con ella. No como tú cuando creciste, que te encerrabas en la habitación, ponías una música susurrante y sólo decías, de vez en cuando, algunas palabras que no parecían tuyas, sino aprendidas de alguno de esos santones que reclutan muchachos por todas las ciudades agobiadas de tristeza.<sup>1356</sup>

---

1356 *Ibíd.*, 23.

Los sobresaltos cotidianos que la hija les provocaba cesaron cuando, de pronto, empezó a salir con un chico diez años mayor que ella, que era socio y director-gerente de un pub, con el que muy pronto se casó. De modo que así fue como se resolvió el conflicto entre los padres y la hija, la cual, por otra parte, siempre les daba consejos sobre cómo tratar al hermano y tenía para sus padres una palabra seria, madura, de las que consuelan y animan.

Sin embargo, en el caso de Jose las cosas son distintas, porque se muestra desgano y desinteresado por todo. Solo, hasta hace poco, manifestaba cierta alegría cuando salía al campo con los *scouts*, pero también eso ha dejado de interesarle.

Ahora, cuando Pedro camina por las calles madrileñas, engalanadas con motivo de la próxima Navidad, recuerda la actitud de su hijo durante las fiestas del año anterior. La madre había preparado una cena de Nochebuena en la que el hijo participó un tanto forzado porque consideraba que todo aquello era un derroche y que ese tipo de celebraciones servía para mostrar brillos y coger borracheras. Él solo cantaría villancicos con la familia cuando en la casa se hiciera una cena de bocadillos, porque entonces habría comida para todo el mundo. Una actitud idealista que a los padres les pareció propia de una persona responsable, a la que, no obstante, sentían bastante alejada de ellos.

Como el conflicto y la tensión entre los padres y el hijo van en aumento, este les hace saber que no aguanta más en la casa, que allí no encuentra comprensión ni cariño y que, de seguir así, tendría que buscarlos en otra parte. Palabras que preocupan y desconciertan al padre, quien, sin saber cómo actuar, se plantea algunos interrogantes que, después, le parecen auténticos disparates:

A lo mejor llegué a sentir rabia, de pura impotencia, porque a los padres nos resulta a veces muy complicado aceptar el cambio que dan los hijos. Tal vez por eso.

¿Había dejado de quererte? ¿Por qué pensaba esas atrocidades?

Debe de tener razón Isaac: ni en los momentos en que tú te mostrabas díscolo, o más pasota e indiferente, creo que he dejado de



quererte. Como tu madre. Como todos. Y ahora creo que te quiero más.<sup>1357</sup>

Pero, en realidad, lo que a Jose le gustaría sería vivir en otra ciudad o en un pueblo e intentar hacer cosas nuevas para él. Por eso, sin que los padres lo sepan, ha decidido marcharse al pueblo paterno, en donde, como ya hemos visto, había experimentado la ilusión y la alegría de arar las tierras con el tractor de Antonio Peña. Y ahora, cuando ha abierto de nuevo la puerta para regresar a casa, es él quien abraza a su padre antes de que sea este quien lo haga. Les cuenta que se marchó porque tenía una necesidad perentoria de respirar otro aire, y porque pensó en el pueblo y en la posibilidad de convertirse en agricultor para encargarse del trabajo que iba a dejar de hacer Antonio Peña, ya próximo a jubilarse. Así que, como dice Tina a su padre, con esas palabras de Jose se pone fin al conflicto, “porque se te largó un niñato de casa y ahora parece ser que vuelve un hombre”.<sup>1358</sup>

La enseñanza moral de esta novela juvenil resulta, pues, muy clara. Parece que Rodrigo Rubio, tras la experiencia vivida con su hijo Germán, ha llegado a la conclusión de que, solo rozando los peligros, solo acercándose hasta la misma orilla de la miseria, se puede estar en condiciones de vencer todos los riesgos que la vida moderna y urbanita plantea a los adolescentes. De poco sirven enfrentamientos estériles y encabzonamientos inútiles. El proceso de la adolescencia debe seguir su curso natural y, lo más probable es que, si los cimientos de la educación y del cariño recibidos en el seno de la familia son lo suficientemente sólidos, todo acabe bien, como les ha sucedido a Pedro Moreno Ruiz y a Leonor Padiña. Ahora todo queda abierto y el lector no sabe si, finalmente, Jose se hará agricultor o no. Eso queda en el aire, porque no es lo más importante. Lo verdaderamente importante es que el hijo está en casa y que se han abierto las puertas del diálogo y la mutua comprensión. Un final positivo, con una especie de moraleja muy adecuada a una novela para jóvenes:

---

1357 *Ibíd.*, 90.

1358 *Ibíd.*, 131-132.

Y la casa, igual que siempre, me parece ahora como más tibia y acogedora. Más tranquila, con toda la paz del mundo.

Será, entre otras cosas, porque ya no voy a esperar, nervioso e intranquilo, el deseado ruido de la puerta. No lo voy a esperar, porque has venido y porque me consta que, si sales de nuevo, será, sin lugar a dudas, para vivir algo que realmente valga la pena.<sup>1359</sup>

### 7.11.3. *Los sueños de Bruno (1990)*

En esta novelita de ciento dieciocho páginas, divididas en ocho capítulos y recomendada para lectores a partir de doce años, Rodrigo Rubio concede el protagonismo a un niño que va a cumplir trece y que es uno de esos personajes tan queridos por él: un niño con deformidad física, pero con una tremenda humanidad y una riqueza interior excepcional. Un niño, llamado Bruno, el cual narrará en primera persona todo lo relativo a los miembros de su familia y a los sueños que él alberga para todos ellos, y que se resumen en una idea central: todos ellos han de estar alegres, especialmente su madre, que era quien, por menos de nada, le regañaba.

Su madre, Araceli, además de ocuparse de la casa, se pasa horas y horas cosiendo para una boutique y Bruno teme que se pueda quedar ciega, siendo tan joven y guapa como es. Su padre es un camarero en paro que, durante el verano, se marcha a un pueblo de la sierra madrileña para trabajar en un hotel con jardines y piscina. Su hermano Cinto, con dieciocho años, es un chaval formidable, que se ríe de los sueños de Bruno, achacándolos a la mucha televisión que ve y a los libros infantiles que lee. En cambio a Celi, su hermana de dieciséis años, que trabaja en una peluquería, sí que le gusta que Bruno sueñe cosas bonitas y fantásticas. Y al abuelo Brunillo, el padre de Araceli, solo le preocupa la forma de poder escapar de una ciudad, Madrid, en la que siente una permanente sensación de ahogo.

---

1359 *Ibíd.*, 132.

## Las preocupaciones y los sueños de la familia

La gran sensibilidad de Bruno hace que, a pesar de su corta edad, capte perfectamente la forma de ser y las inquietudes de todos y cada uno de sus familiares. Y para todos ellos sueña con un futuro mejor cada vez que, nada más dormirse, sale disparado hacia otros mundos: “Me gustaba, sobre todo, soñar con una casa en el campo para el abuelo Brunillo, donde podría vivir más libre, rodeado de animales, pues me daba pena verlo casi ahogado en nuestro piso diminuto”.<sup>1360</sup>

De este modo, y como quien no quiere la cosa, Rodrigo Rubio ha sacado a colación uno de los temas más frecuentes en la que pudiéramos llamar su literatura para adultos: el de la emigración interior. En este caso, como en el de tantos otros viejos que hemos podido ver en sus anteriores novelas, el protagonista de la misma es un hombre que añora su vida anterior en el pueblo y que, en ningún momento, se siente adaptado a la ciudad a la que le ha llevado su hija. Por eso Bruno comenta que su abuelo daba gritos en su minúsculo cuarto y, cuando él le preguntaba qué era lo que le pasaba, contestaba que se asfixiaba viviendo en un espacio tan estrecho y cerrado, en comparación con su pequeño pueblo, en donde disfrutaba de una vida al aire libre.

Además, el abuelo se siente un estorbo en la casa y ello aumenta aún más su deseo de volver al pueblo. Como les ocurre a casi todas las personas mayores, evoca tiempos pasados que fueron mejores que los actuales. Y buena parte de esos recuerdos se centran en la persona de doña Clarita, la propietaria de una antigua mercería situada en la plazuela del barrio madrileño en el que Brunillo vive con su hija, su yerno y sus nietos. En ese sentido, Doña Clarita y su tienda se han convertido en un símbolo de los cambios que provoca el paso del tiempo, pues, en unos momentos en que todo se renueva y la gente parece vivir mejor, resulta que hay cosas y personas que se van y ya no vuelven, al igual que ocurre con la juventud y la felicidad. Por eso, su nieto suele decirle que algún día tendrá una casa con jardín, con gallinas y pollos y con un perro como aquel que tenía en el pueblo. De ese modo, tal vez, vuelva a ser feliz, como lo fue con anterioridad:

---

1360 Rubio, *Los sueños de Bruno*, 7.

Antes sí que era un hombre fuerte. Me gustaba la caza. Andaba mucho por el monte. A veces me perseguían los guardas, porque me tenían por un cazador furtivo. Yo podía correr, con mi perro Tuno al lado y la escopeta en la mano, horas y horas, sin cansarme nunca. Entonces aún vivía tu abuela Rosario. Y vosotros, algunas veces veníais al pueblo. Aquella era otra vida, Bruno. Otra vida muy distinta...<sup>1361</sup>

Esos deseos del nieto chocan con la cruda realidad social que presenta el autor de la novela y con el lógico escepticismo del abuelo de Bruno. Nada de lo que el niño desea para su abuelo podrá conseguirse con la escasa pensión que este percibe y que tan poco supone para la economía familiar, como se puede ver en este breve diálogo que mantienen los dos protagonistas y que Rodrigo Rubio presenta de modo directo y sencillo para que sus jóvenes lectores puedan entender la realidad que, en esos momentos, vivían buena parte de los pensionistas españoles:

—A lo mejor podrás tener todo eso, abuelo.

—Sí, hombre. Será gracias a la pensión que tengo. Una risa cuando voy a cobrarla. Para unos chatitos y dos cortos de cerveza. Para más no llega.

—Algo es algo, ¿no?

—Claro, claro. Menos da una piedra. ¿Quieres que salgamos a dar una vuelta por ahí?

—Tengo que ir al colegio.

—Es verdad. En fin, con mi paga de pensionista y con lo que ahora entra en esta casa ya me dirás qué jardines vamos a tener, en qué campos vamos a respirar. Mejor que te dejes de fantasías, lebrel.

—Bueno.

Y yo callaba, pero sin dejar de pensar que algo bueno podría venir para todos nosotros.<sup>1362</sup>

Hasta que no empieza el capítulo segundo el lector no sabe que la gran preocupación de toda la familia está centrada en la enfermedad que

---

1361 *Ibíd.*, 71.

1362 *Ibíd.*, 12-14.

padece Bruno y de la que, como él mismo apunta, debía haber hablado al comienzo del relato. En realidad, no se trata de un defecto grave; pero sí disgusta mucho a su madre, aunque a su padre parece que le tiene sin cuidado, pues él afirma que de todo ha de haber en este mundo. Su defecto físico no está en las piernas, como le sucede a Linete, el muchacho del quiosco, quien desde chico sufre una parálisis que le obliga a valerse de una muleta para poder andar. En este sentido, tal vez el lector infantil no sea capaz de adivinarlo, pero el lector maduro y asiduo de la literatura del escritor albaceteño sí sabe que ese Linete representa una versión juvenil de la enfermedad de Rodrigo Rubio.

Bruno es un muchacho que tiene una minusvalía o un defecto muy particular y un tanto extraño, en línea con ese gusto de Rodrigo Rubio por la literatura de tipo fantástico y poética. Él no es un minusválido como tantos otros con los que se puede encontrar en la calle cualquiera de los lectores de esta novelita, sino un minusválido muy peculiar, lo que le concede ese carácter y esa condición tan excepcionales con los que le ha dotado su creador: “Yo no soy cojo, ni tuerto, ni tartamudo. Mi defecto físico consiste en que tengo el cuello muy largo y fino, la cabeza pequeña y dos orejas considerables. Por eso me recetaron unas pastillas. Y por tomarme esas pastillas tengo sueños, estoy seguro”.<sup>1363</sup>

Es en este momento cuando el autor quiere concienciar a sus lectores de lo cruel que resulta la costumbre de burlarse de las personas con defectos físicos. El propio Bruno es consciente de esas burlas, las sufre en sus carnes y las tolera, aunque no le gusta que le llamen Cabeza de Ajos o Jirafa. Él lo aguanta todo porque, como dice su profesor, don Abel, tiene buena pasta. Pero, por esa misma razón, el joven lector de la novela se podría y se debería preguntar qué es lo que pasa con las personas que no están hechas de la misma pasta que Bruno.

A su madre le encanta ver revistas en las que aparecen algunas mujeres elegantísimas, porque, en el fondo, sentía un poco de envidia, y tiene el pequeño vicio de jugarse unas monedas en las máquinas tragaperras del bar de Paco. También le gustan esas revistas a su hermana, Celi, quien sueña con ser modelo o presentadora de televisión. En cambio, su padre y su hermano leen periódicos deportivos, pues al padre

---

1363 *Ibíd.*, 15.

le apasiona el fútbol, aunque sufre porque el Rayo Vallecano, el equipo de su barrio, no sube a la primera división, y sueña con acertar una quiniela de catorce. Por su parte, a Cinto le encanta el deporte del motociclismo; por eso asiste a clases nocturnas de mecánica en Formación Profesional y trabaja en un taller de motos, el de Perico Mono.

Como ya hemos dicho, a pesar de tratarse de una literatura infantil, el autor no se resiste a reflejar, aunque sea de forma somera, algunos de los problemas de la sociedad actual, porque su literatura infantil y juvenil está cargada de una fuerte intención didáctica y moralizante. Algo que es propio de la literatura dirigida a los niños y que, además, es habitual en toda la obra del escritor de Montalvos.

Así, uno de los problemas en los que se va a fijar es el del paro, que afecta a tanta gente en España y que también lo hará a la familia de Bruno, a través de la persona de su padre, quien habitualmente suele estar de mal humor, como consecuencia de que solo encuentra trabajo en verano. Por las mañanas se va, junto con otro amigo, llamado Pepe, hasta las oficinas de empleo para renovar algún papel o para ver si hay algún trabajo para ellos.

También la madre suele estar de mal humor y habla poco con su hijo. Ella se considera una esclava al servicio de la familia y se desespera cuando alguien deja la ropa sucia tirada en el baño o la habitación. Sin duda, el novelista pretende que tomen buena nota algunos de sus lectores y que se conciencien de que hay que ayudar en casa a las madres y de que la mejor manera de aliviarles el enfado es hacer lo que hacía Cinto, pues, cuando él la besaba, parecía que todos sus problemas y preocupaciones desaparecían.

Además de su familia, Bruno tiene dos grandes amigos, los cuales también pertenecen al mundo de la minusvalía física y para los que el niño reservará el oportuno espacio dentro de sus sueños. Uno de ellos es Linete, un muchacho de veinte años que vende periódicos, revistas y golosinas en el quiosco que le puso su padre y que espera que, con un poco de suerte, le permitan sellar boletos de la Loto. Según Bruno, Linete tiene una pierna blanda por la poliomielitis que padeció de pequeño, a pesar de lo cual se muestra ágil y vivaracho.

Linete es un buen amigo de Bruno y aspira a convertirse en su cuñado, pues pierde los vientos por Celi. Él sabe que la muchacha preferiría a un futbolista o un atleta y no a una persona como él, pero piensa que puede ser un buen candidato a su amor, porque está seguro de que va a ganar dinero con su negocio.

La otra amiga de Bruno es Noly Ojofaro, la hija de Paco el del bar, a la que en el barrio algunos califican como la chica de Bruno, entre otras cosas porque ella misma así lo pregona a los cuatro vientos. A Noly los chicos del barrio le habían puesto ese mote porque tenía un ojo bueno y el otro de cristal, y el propio Bruno la califica de simple y algo tontuela, entre otras cosas porque, siempre que lo ve, sale detrás de él para estar a su lado y, juntos, comerse una bolsa de pipas o un chicle. Como le dice su amigo Linete, ella está loquita por Bruno, y eso al niño le llena de vergüenza:

—Es que la Ojofaro está por tus huesos, tío.

—Yo soy pequeño aún para tener novia. Además, si yendo solo oigo risas y burlas, al juntarme con ella... para qué. Entonces algunos tipos, de los mayores, nos dicen: “Qué, ¿vais al zoológico?” No quiero que esté a mi lado, Linete.<sup>1364</sup>

### Los sueños de Bruno

Según cuenta el niño, sus primeros sueños empezaron a aparecer en el hotel de la sierra en donde trabaja su padre durante los veranos. En cuanto se dormía, soñaba con las mejores cosas para toda su familia y para sus amigos, con el deseo de que pronto se hicieran realidad. Aunque, al despertar, de esa vida de color de rosa que él soñaba no había el más mínimo atisbo de realidad. Y, cuando contaba alguno de sus sueños, la gente solía reírse de él, sobre todo uno de sus compañeros de colegio, Toñín, al que Bruno confiesa tenerle algo de envidia, lo cual, por otra parte, no deja de ser un sentimiento natural y habitual en un niño de su edad y no supone merma alguna en esa condición excepcional con la que el autor ha dotado a su personaje:

---

1364 *Ibíd.*, 30.

A Toñín, aunque era mi amigo, yo le tenía algo de tirria. A lo mejor porque me daba envidia el taxi de su padre, un coche nuevo, pues a mí me hubiera gustado que mi padre en vez de camarero también fuese taxista. Así saldríamos los domingos al campo, lo mismo que hacía Antonio con su mujer y su hijo.

—Maldita sea, y ni siquiera tenemos uno pequeño —decía yo para mí. Luego me animaba—. Pero lo tendremos. Y un restaurante. Mi padre tendrá las dos cosas. Ah, y verá al Rayo en primera división. Eso, seguro.

Pero, ¿cómo podría venir todo aquello? ¿Sería porque ya, apenas tomarme las primeras pastillas, habría soñado algo parecido?

De momento todo seguía como siempre, y además la cabeza ni siquiera me crecía un pelín. Habría que esperar.<sup>1365</sup>

Tanto se empeña en soñar con el restaurante de su padre, que llega incluso a ver el establecimiento situado en la plazoleta del barrio, cerca del supermercado, en los bajos de una finca nueva en la que Bruno siempre se había fijado. Allí, en su sueño, su padre es un hombre feliz, más alto y más alegre, que invita a sus clientes a unas cañas y unos boquerones en vinagre. Pero, de pronto, el hermoso sueño se convierte en pesadilla y ve a su padre arruinado, porque debía dinero y tuvo que vender el restaurante. En esos momentos, Bruno abre los ojos, se levanta de la cama y se marcha a la calle, cuando el día empieza a clarear y todo el barrio está en silencio. Se dirige hacia el local en donde había soñado que estaba el restaurante de su padre y, tras tocar las paredes de ladrillo, regresa a casa para encontrarse con la misma realidad de todos los días. Ahora, incluso su padre le parece algo más encogido y de peor humor.

Pero él no cesa en su empeño y todos los días, después de comer y después de cenar, se toma sendas pastillas, gracias a las cuales los sueños le llegan como una lluvia de colores, en la que, lamentablemente, no lograba ver a su madre feliz y elegantemente vestida. Esta imagen no le llegaba nunca y, cuando ella aparecía en sus sueños, era de forma fugaz y siempre pegada a la máquina de coser.

Cuando sueña con su amiga Noly, la ve como si en su ojo de cristal llevara una cámara de cine con la que puede contemplar mundos

---

1365 *Ibíd.* 24-25.



fantásticos. Lo malo del sueño es que esa cámara presenta unas imágenes que no son del agrado de Bruno, porque en ellas aparece él con “el cuello más largo, la cabeza más chica y las orejas como alas de avión”<sup>1366</sup>, mientras que su antagonista en ese mundo de sueños, Toñín, era un atleta formidable al que Noly iba a esperar cuando terminaba de entrenar. “Y entonces no es que comieran pipas, tanto como a ella le gustaban; era que se tomaban unos helados riquísimos, y a mí, cuando pasaban por mi lado, no me decían ni hola”.<sup>1367</sup> Curiosa y simbólica forma de representar los celos que, tal vez sin él mismo saberlo, siente Bruno, quien, pronto descubre que ese sueño había sido más mentira que nunca, porque, de vuelta a la realidad, Noly ni siquiera saluda a Toñín y acepta con mucho gusto que Bruno la invite a pipas.

De pronto, parece como si sus sueños empezasen a convertirse en realidad, comenzando por su amigo Linete al que, un buen día, vio llegar al quiosco con un coche nuevo, adaptado a su minusvalía. Entonces, piensa Bruno que le debe de haber tocado algún gran premio en un sorteo, como pasaba en sus sueños. Y, cuando él lo cuenta en el colegio, se encuentra con que todo el mundo quiere aparecer en ellos. Entonces, desbordado por la situación, llega a pensar en dejar de tomar las pastillas para no soñar. Menos mal que, en seguida, Linete le hace abrir los ojos al comentarle que el dinero no había salido de ningún premio de azar, sino del único premio seguro y cierto que existe, el del trabajo y el ahorro, al que se une un préstamo del banco.

Se acerca el verano y el padre se prepara para su trabajo estival, frotándose las manos pensando en la larga y fructífera temporada en el hotel de la sierra. Su hermano Cinto va a terminar sus estudios de FP y podrá encontrar otro empleo mejor. Y lo mejor de todo es que el abuelo por fin se ha decidido a escribir una carta a doña Clarita en la que le informa de que ha hecho gestiones para ingresar en la misma residencia de pensionistas en la que ella se encuentra y en donde él piensa que podría hallar alguna felicidad. Y es que Bruno sabe que a su abuelo se le escapaba una risilla de esperanza y felicidad cuando hablaba de doña Clarita, con la que pronto va a poder compartir los días que le queden de vida.

---

1366 *Ibíd.*, 98.

1367 *Ibíd.*

No obstante, el niño está cada vez más preocupado porque piensa que, después de tantos sueños, era poco lo que había conseguido para que todos los de casa fuesen más felices. O, como reconoce a continuación, a lo mejor había conseguido mucho y no se daba cuenta de ello.

Y la alegría y la felicidad de la familia surgen cuando comprueban que la cabeza le ha crecido un centímetro, justo cuando está a punto de cumplir los trece años. Así que, el quince de junio, día de su cumpleaños, entre todos le dan una gran fiesta, a la que acuden los vecinos y amigos del barrio. Entre los regalos que le llevan sus amigos, el narrador destaca algo a lo que Bruno es muy aficionado —como al autor le gustaría que lo fueran todos los jóvenes—, un libro, titulado *Kavik, el perro lobo*.<sup>1368</sup>

Es entonces cuando Bruno descubre que el mejor de los sueños posibles reside en la felicidad de las cosas pequeñas, compartidas con la familia y los amigos. Un libro, un radiocasete, unas gafas o unos caramelos saben mucho mejor cuando uno aprecia el valor que tienen esas pequeñas cosas. No hay que soñar con grandes proyectos o fantasías, que en su mayor parte son imposibles o muy difíciles de realizar. No, lo que Rodrigo Rubio quiere que aprendan sus jóvenes lectores es que hay que disfrutar de esas pequeñas alegrías que la vida pone a diario en tu camino. Por eso es el propio Bruno el encargado de transmitir a los lectores la enseñanza moral que se desprende de todo lo ocurrido: “Lo importante, en aquellos momentos, es que los allí reunidos hablaban y reían como si fueran felices de verdad”.<sup>1369</sup> Igual que si todo fuera un hermoso sueño hecho realidad.

Muy interesante es la valoración que José Luis Molina realiza de esta novela:

Los sueños de Bruno es otra manifestación de los habituales demonios personales de Rodrigo Rubio: ambiente social duro, mísero; personajes deformes, aunque humanos; consecuencias de la emigración esta vez interior; búsqueda de una nueva vida más

---

1368 Esta novela fue escrita por el norteamericano Walt Morey en 1968. Rodrigo Rubio cita la edición española de 1988 en SM, colección El barco de vapor, serie roja.

1369 *Ibíd.*, 118.

florecente que no llegará, y sueños de todos que nunca se cumplirán. No existe la solución, la esperanza solo es un modo de permanecer hasta que, perdidas las ilusiones, una vida plana reduzca los sueños a realidad pobre, pero no trágica. Retrata el novelista de Montalvos el ambiente de modo maestro. Conoce perfectamente la realidad de ese Madrid casi marginal y la reproduce con fidelidad. Solo la ilusión de los niños se salva de ese ambiente cerrado, opresivo, del que es muy difícil escapar, por no decir imposible.<sup>1370</sup>

#### 7.11.4. *El amigo Dwunga* (1992)

En esta ocasión, Rodrigo Rubio ha trasladado su preocupación social y su mensaje didáctico a la zona catalana del Maresme, en donde sitúa uno de los problemas más preocupantes en esos años noventa: el de la emigración ilegal procedente de tierras africanas. En tal sentido, el escritor albaceteño, siempre atento a la realidad social del momento y a la problemática derivada de la misma, retorna de lleno a ese tema que nunca había desaparecido totalmente de su obra literaria. En esta ocasión, lo hace con parecida intensidad a como lo había hecho en *Equipaje de amor para la tierra*, solo que ahora el fenómeno migratorio no afecta a los españoles que se marchaban al extranjero para buscar mejores condiciones de vida, sino a los inmigrantes, en este caso africanos, que llegan a Europa a través de las costas españolas en busca de un mejor futuro y que, en muchas ocasiones, se enfrentan a unas situaciones lamentables o inhumanas, como les ocurre a los emigrantes senegaleses que aparecen en *El amigo Dwunga*. De modo que, como afirma José Luis Molina:

Si a esto se le añade el contraste entre la opulencia de unos y la miseria de otros, se observa que Rodrigo Rubio, a pesar de los años, mantiene en sus escritos la carga de denuncia social suficiente para afirmar que el hilo conductor de su escrito es el mismo, varían únicamente las circunstancias. Siempre salva a un personaje de buena fe, en este caso al niño que da un ejemplo que los mayores desoyen.

---

1370 Molina, "Realismo, imaginación y simbolismo...", 161.

Pero la ejemplaridad, en una obra de literatura infantil, ya se ha dado por el niño protagonista. Sin embargo, la solución nunca llega.<sup>1371</sup>

La novela, dirigida a jóvenes a partir de doce años, está estructurada en catorce breves capítulos, en los que el autor concede especial protagonismo a dos muchachos, Jordi y Dwnga, entre los surgirá una hermosa amistad y una curiosa e inocente complicidad, en medio de un ambiente de rechazo y xenofobia hacia los inmigrantes de color y, en especial, hacia los marroquíes. De esta forma, cobra más fuerza el mensaje que el escritor quiere transmitir con esta novelita de ciento veintidós páginas: la necesaria y obligada reflexión acerca de la discriminación racial injustificada y del indigno y caprichoso reparto de la riqueza, que posibilita que unos naden en la abundancia mientras otros se hunden en la miseria.

Jordi Fusola y Bagué, Jordi III, es un chaval que se queja de vicio por cualquier motivo y que se comporta como un rebelde, cuando sus padres piensan que lo tiene todo. Como le ocurría a Jose, el protagonista de *La puerta*, Jordi siempre está de mal humor, apenas habla con su madre, Nuria Bagué, y pasa bastantes ratos sentado en la terraza de su buena casa, Torre Bagué, mirando la quietud del mar.

Sus padres quieren que estudie, a ver si en septiembre aprueba las matemáticas que le han quedado pendientes. Para eso, han contratado a un profesor particular que acude, dos veces por semana, a darle una hora de clase. Pero él, “cuando se enfurruña por alguna razón (cosa que sucede a menudo), se lanza a coger la moto de su hermana, y entonces se arma la gorda”.<sup>1372</sup> Y es que Jordi envidia a su hermana Eulalia, porque ha sacado buenas notas en primero de BUP, porque es la niña mimada de sus padres, porque la dejan ir sola a todas partes y, sobre todo, porque tiene una moto pequeña y bonita. Así que, para llamar la atención de sus padres y para que le dejen marcharse a pasar el verano con el abuelo Jordi I en su masía de Can Fusola, amenaza a su madre con largarse de

---

1371 *Ibíd.*, 162.

1372 Rubio, *El amigo Dwnga*, 6.

casa y hace pequeñas trastadas como dejarse las luces encendidas, no cerrar los grifos del baño y pelearse con su hermana.

De modo que, cuando los padres le dejan que se vaya con el abuelo, con la única condición de que siga dando las clases de matemáticas allí, su actitud cambia de forma radical. Se levanta temprano, se ducha, desayuna con su abuelo y no muestra pereza para nada. Incluso cuando, los miércoles, llega a la masía el profesor de matemáticas, lo encuentra entusiasmado y con todos los deberes hechos. Además, le encanta pasear con su abuelo por el campo, entre las plantaciones de claveles, los árboles frutales y los viñedos.

### **El contacto con el mundo de los inmigrantes**

Antes de marchar a Can Fusola, su madre le hace prometer que no saldrá al campo porque, según ella, está lleno de negros y de moros, a los que considera una amenaza. De ahí que, cuando Andreu, el casero de la masía, viene a recogerlo, le recomiende expresamente que cuide de que su hijo no se mezcle con esa gente. Y también el padre, Jordi II, le avisa de los peligros que hay en toda la comarca del Maresme, en donde, según él, malviven gentes llegadas de África que andan por esos campos, con la complacencia del abuelo y de otros propietarios como él.

Comienza, entonces, una variada exposición de puntos de vista de los diversos personajes de la novela acerca de los inmigrantes africanos. Gracias a ese juego de perspectivas, los jóvenes lectores podrán comprobar la certeza de esa conocida expresión según la cual nada es verdad ni mentira, sino que todo depende del color del cristal con que se mira. Y, en este caso, lo del color viene como anillo al dedo.

Así, Andreu comenta que, si pudiera, los echaría a todos antes de veinticuatro horas, empezando por los moros, a los que echaría de forma inmediata. En cambio, el abuelo los tolera como un mal menor, porque los necesita para trabajar sus tierras. Sabe que su nuera los detesta y que Andreu no le anda a la zaga; pero, mientras no pase nada, se puede aguantar.

Durante el trayecto en automóvil desde Torre Bagué a Can Fusola, se produce el primer contacto visual de Jordi III con los negros, inclinados sobre las plantaciones de flores, y aquello le parece un espectáculo insólito. Nunca antes había visto una cosa igual: “Los negros, vestidos con camisas de colorines o con el torso desnudo y la piel muy brillante, parecen animales extraños sobre un mar de claveles rojos y blancos”.<sup>1373</sup> Hasta entonces, él solo había oído contar que en muchos bares no les dejaban entrar, que, por menos de nada, se organizaban peleas y que, por las noches, en medio del ruido de los tambores, solían cantar como si estuvieran en las selvas del Senegal.

En cambio, su primer encuentro con los moros es muy diferente. Mientras circulan por la carretera, dos tipos de piel cetrina, altos, enjutos, se acercan hacia el coche. Uno de ellos lleva al hombro una pila de alfombras y el otro, una cesta con un montón de cosas. Ambos les hacen señas para que paren el coche y, dado que Andreu no lo hace, se ponen en el centro de la carretera y tratan de agarrarse al vehículo. Como el conductor aprieta el acelerador, los moros se apartan dando gritos, lo que provoca un comentario bastante xenófobo por parte de Andreu, quien confiesa que los moros le gustan todavía menos que los negros: “Los negros me causan repugnancia y me dan un poco de lástima. Pero a éstos los odio. Y los tengo muy cerca, porque algunos viven en chozas construidas en un solar de un *charnego* usurero que está a dos pasos de Can Fusola”.<sup>1374</sup>

Enseguida, el lector tendrá ocasión de escuchar una posible justificación para ese odio hacia los moros, al tiempo que podrá aprender una pequeña lección de historia de España. Resulta que Andreu había hecho el servicio militar en lo que un día fuera territorio español, en el Sáhara, y más concretamente en Villa Cisneros, antes de que España regalase esas tierras al rey de Marruecos, y tiene un mal recuerdo de aquellos años.

El domingo siguiente, Jordi acude con su abuelo a oír misa a la iglesia de Arenys, montados en un viejo cabriolé. Jordi ve a los negros acercarse hasta el carruaje y teme que puedan causarle algún daño a

---

1373 *Ibíd.*, 26.

1374 *Ibíd.*, 29.

su abuelo, aunque, para su sorpresa, lo que hacen es saludarlo casi con reverencias y este les responde llevándose una mano al ala del sombrero.

Empieza así un progresivo interés de Jordi hacia ese mundo de los negros, que se ve reforzado a raíz de un encuentro fortuito con un muchacho negro y alto, aunque tal vez de su misma edad, y que lleva dos cubos con agua que ha cogido del río. Cuando lo llama, el muchacho deja los cubos y echa a correr, con miedo. Entonces, Jordi se queda pensativo, al comprobar que esa agua sucia es la única de la que disponen aquellas personas para todas sus necesidades.

Su interés aumenta al escuchar dos nuevas opiniones sobre los negros. La primera de ellas, durante una conversación entre su abuelo y los amigos de este, cuando don Jordi Fusola opina que a los ilegales se les puede exigir más y pagar menos. La segunda, al preguntarle a su profesor de matemáticas, don Josep Morera, acerca de esa opinión de su abuelo que él no ha entendido. Entonces es cuando tiene lugar este esclarecedor diálogo entre profesor y alumno, a raíz de que este le pregunte qué opina sobre los negros:

—Bueno, pues que están aquí y que los patronos los explotan sin contemplaciones.

—¿Y no los quieren? —se interesa Jordi.

—¿Quererlos? Pues yo creo que no. Los toleran porque los necesitan, eso es todo.

—¿Son mala gente? —insiste Jordi.

—Habrá de todo, como en cualquier raza —responde el profesor—. También hay blancos mal nacidos. Aquí los prefieren como mano de obra, porque los blancos, aunque sean pobres, protestan y son más rebeldes.<sup>1375</sup>

Sabias y certeras palabras que Rodrigo Rubio ha querido colocar en boca de alguien que, por su condición de profesor, debería ser una de las personas con más predicamento entre los jóvenes lectores. Como ejemplar es, también, el comportamiento de Jordi, un joven de familia

---

1375 *Ibíd.*, 54-55.

rica, de similar edad a la de los lectores, quien, en su segundo encuentro, no duda en acercarse hasta el muchacho negro para interesarse por sus condiciones de vida y ayudarle en todo aquello que esté en su mano, aunque esto le pueda suponer algún disgusto, como pueda ser el hecho de ofrecerle agua limpia del pozo de la masía:

—Oye, pero esa agua está sucia. ¿Para qué la usáis?

—Agua para toda casa. Beber y lavar. Madre Dwunga la necesita.

Jordi se queda callado. Recuerda que del pozo de la masía sale un hermoso chorro de agua limpia y fresca en cuanto se toca un botón. Le pedirá a su abuelo que le deje a Dwunga coger agua del pozo. Se lo dirá, tiene que decírselo, aunque le cueste un disgusto.<sup>1376</sup>

### **La necesaria y justa solidaridad**

Consciente de la realidad que afecta a la familia de Dwunga, Jordi empieza a sondear a su abuelo con la intención de contarle lo que ha pasado y hablarle del problema del agua. Pero, como finalmente no se atreve, decide actuar por su cuenta y llevar agua limpia al muchacho negro. Para ello acude al mismo punto en donde lo encontró la vez anterior y, después, se empeña en acompañarlo hasta su choza. Allí descubre que al padre de Dwunga le pegan en pueblos y masías cuando acude a vender ébano y marfil y que, además, vomita sangre porque está enfermo desde cuando trabajaba en los campos de flores.

A partir de ahora, muchas cosas empiezan a ser diferentes para ese muchacho rico y caprichoso que no apreciaba el valor de algunas pequeñas cosas como desayunar todas las mañanas unas ricas tostadas, comer fruta fresca y degustar sabrosas comidas preparadas por Teresa, la mujer de Andreu. Ahora, además de apreciar todo eso que su nuevo amigo no tiene, comienza a ilusionarse con la idea de poder ayudarle para, así, sentirse útil, como su amiga Montse, la cual había enseñado a

---

1376 *Ibíd.*, 48.



leer y escribir a una muchacha negra de quince años que trabajaba como doncella en su masía.

Cuando, el domingo siguiente, ve a Dwnga ofreciendo pañuelos de papel a los peatones y a los automovilistas, se acerca hasta él y le ofrece tomar una coca-cola en un bar de la plaza. Pero, como él no quiere entrar al bar, Jordi saca dos botes de bebida y, mientras los beben, le habla de la necesidad de que un médico vea a su padre, algo que Dwnga considera imposible porque su familia es ilegal y no tienen papeles.

Sin embargo Jordi, tozudo y perseverante, no para hasta conseguir que un médico visite al hombre en su choza. Tras reconocerlo, le prescribe unas medicinas y una buena alimentación durante unos días. Además, como el médico es joven, buena persona y está concienciado del problema, entrega a Jordi unos medicamentos de los que le mandan los laboratorios como muestras gratuitas, con lo que al muchacho solo le resta la misión de conseguir comida para esa familia. Y lo hará sustrayéndola de la surtida y repleta despensa de su abuelo, a escondidas de Teresa, hasta que un día ella lo sorprende y se ve obligado a confesarle lo que está haciendo.

Es entonces cuando Jordi descubre el valor de la solidaridad y de la complicidad, pues Teresa le asegura que ayudar a esa pobre gente es una buena obra y que, mientras el abuelo no se entere, ella está dispuesta a hacer la vista gorda respecto a todo lo que el joven está sustrayendo de la despensa. Pero lo que más sorprende a Jordi es comprobar que muchos negros acuden a prestar ayuda a la familia de Dwnga y que incluso un joven negro se lleva el género que el padre solía vender y, de esa forma, les consigue algún dinero.

En opinión de Jordi, todo marcha a pedir de boca, aunque su amigo Dwnga le hace saber que el *charnego* García los amenaza continuamente con denunciarlos a la Guardia Civil si no pagan el alquiler de la choza, algo que les resulta imposible de hacer al no tener dinero ni contrato de trabajo. Así que Jordi le plantea el problema a quien es una de las personas de su confianza, su profesor, quien nuevamente le da una lección sobre las causas del problema y su posible solución:

—Lo que haces está muy bien, Jordi. Y si puedes reunir algún dinero para ayudarlos, mejor. Pero lo que tú hagas y lo que hagan otras personas por solidaridad o por caridad es poco.

—¿Poco? —se asombra Jordi.

—Casi nada —afirma el profesor—. Lo que habría que erradicar es la causa que fuerza a estas gentes a abandonar sus países, su continente, para venirse a malvivir aquí, donde son explotadas. Es un mal del que en parte son responsables los países ricos del mundo. ¿Lo entiendes?

Jordi quiere entender, y no dice nada. Después murmura:

—No sé, señor Morera —y añade—: Entonces, ¿es mejor no hacer nada?

—No, Jordi —le dice el profesor—. Haz todo lo que puedas, pero ésa no es la solución, claro.<sup>1377</sup>

Lo que va a hacer Jordi es tratar de enseñar a leer y escribir al muchacho y pensar en el modo como llevarlo a la masía, lo que sucede un día en que su abuelo y Andreu se marchan a Barcelona. Poco después de las nueve de la mañana, Jordi va en busca de Dwnga y lo lleva a Can Fusola, en donde lo invita a un buen desayuno, a jugar a baloncesto, a bañarse en la alberca y a comer. Luego, suben al desván, en donde Jordi guarda juguetes viejos y allí se les pasa el tiempo sin darse cuenta, hasta que regresa el abuelo, antes de lo previsto.

Cuando el abuelo los ve juntos, en su casa, manda al nieto que acompañe a Dwnga hasta el puente y que regrese rápidamente. La suerte está echada y Jordi se dispone a defender lo que cree justo. Así que, ante las preguntas de su abuelo acerca de los porqués de su actuación, se decide a contárselo todo y, para su sorpresa, descubre que el viejo Jordi I se muestra duro, pero no le prohíbe seguir viendo al muchacho, aunque deja bien claro que, si un día llega la Guardia Civil y los echa de allí, él no podrá hacer nada.

De modo que, con la anuencia del abuelo, Jordi sigue llevando a casa al muchacho y le da algunas lecciones de lectura y escritura. Incluso piensa en hablar con Jordi II para llevarlo a pasar unos días a Calella después del examen de septiembre. Pero todos los planes que ha

---

1377 *Ibíd.*, 99.

preparado para su amigo y protegido Dwnga se van al traste cuando se entera de que ha llegado el momento de la temida expulsión y, por tanto, de la despedida definitiva:

Su amigo le abraza, se vuelve bruscamente y corre hacia su choza, donde espera el *jeep* de la guardia Civil.

Jordi se deja caer al suelo, casi sin aliento.

—¡No, no es justo! –repite.

Mercé lo coge de la mano y tira de él. Unos minutos después, cuando ya se oye el motor del *jeep*, Jordi se levanta. Y camina cabizbajo hacia la masía.

—¡Maldita sea! –murmura.

Y da patadas a las piedras, mientras Mercé le aprieta cariñosamente una mano.

Y Jordi comprende que si su amiga no hubiera estado allí, la rabia le habría hecho reventar.<sup>1378</sup>

En esta ocasión, el final de la novela no puede ser el mismo final alegre de los textos anteriores. Para que así hubiese sido, Rodrigo Rubio habría tenido que recurrir a una especie de milagro de última hora con el que salvar la aplicación fría e inexorable de la ley. Pero el escritor no ha querido forzar el final para que todo resulte como Jordi hubiera deseado y como a la mayoría de los lectores les hubiera gustado. Porque, según su amiga Mercé, no queda más remedio que resignarse ante lo que es una cuestión irresoluble, pues las cosas tienen que ser así. La solución, como bien había dicho el profesor Morera, sólo puede llegar con la erradicación de las causas de esos problemas en su origen y para ello no basta con la voluntad de unos cuantos muchachos solidarios. Es absolutamente necesaria y apremiante la implicación de los países ricos. Hasta que llegue ese momento, probablemente, habrá muchos casos parecidos al de Jordi y Dwnga.

---

1378 *Ibíd.*, 121.

### 7.12. *La ruta de las luciérnagas* (2000)

Con esta obra, ganadora del II Premio de Novela Corta Casino de Lorca, el autor realiza una especie de viaje por sus mundos propios, convirtiéndose, a la vez, en narrador en tercera persona y en personaje de la misma, por cuanto se trata de un viaje por la memoria, por los recuerdos de unos tiempos pasados que, como casi siempre suele acontecer, fueron mejores que el presente desde el que está escribiendo la novela. Se trata, por tanto, de un relato con un altísimo contenido autobiográfico, escrito por un hombre que, desde la atalaya de sus casi setenta años, rememora algunos de los momentos más significativos de su dilatada y ajetreada vida, sin apartar la vista, aunque solo sea de soslayo, de la situación social actual, a la que no puede ser ajeno.

Escrita entre 1998 y 2000, esta novela corta de poco más de cien páginas, se estructura en dos partes muy diferentes, tanto por la temática tratada, como por lo que se refiere al tono emocional de las mismas, a pesar de que en ambas late un sentir común: el de alguien que ha llegado a un punto de su vida en el que le resulta muy difícil mantener el *statu quo* y siente que todo se viene abajo, se hunde, como si de una especie de castillo de naipes se tratara. De ahí lo apropiado de la cita de Rabindranath Tagore que figura al frente de la novela: “He llegado a la cumbre de la fama y no he encontrado refugio en su desértica y estéril altura. Conducidme, mi Guía, antes de que la luz muera, al valle de la quietud, donde madura en dorada sabiduría el fruto de la vida”<sup>1379</sup>

#### **Liquidación por derribo**

Tan significativo título es el que el autor da a la primera parte de la novela, formada por seis breves capítulos encabezados solo por los números de los mismos. Esta primera parte se abre con el narrador en tercera persona observando a un hombre del que dice que hace tiempo que ni siquiera quiere mirarse al espejo porque ya no es aquella persona capaz de vencer casi todas las dificultades que se le ponían por delante. Este hombre, Enrique Gómez Serrano, siente, en cambio, que los años

---

1379 Rubio, *La ruta de las luciérnagas*, 5.

transcurridos desde que obtuvo el último éxito profesional o familiar pesan sobre él como una enorme losa.

Es un hombre sumido en la apatía, el escepticismo, el silencio y la incomunicación, que ya no espera nada y se pasa horas y horas encerrado en su despacho, tomando algún que otro güisqui, fumando un puro y leyendo libros, algunos de los cuales no le gustan nada. Allí le viene a la mente la idea de donar los libros, las colecciones de revistas, las carpetas llenas de recortes de prensa y los manuscritos. Y lo haría a alguna institución, preferentemente de su tierra, que procurara sacar el mejor provecho posible de todo aquello que, para él, es un pequeño tesoro. Una ilusión que, en realidad, llevaba acariciando hace algunos años el propio Rodrigo Rubio, quien pensaba entregar todos esos materiales al Ayuntamiento de Montalvos con vistas a la creación de una biblioteca o un centro de estudios a donde puedan dirigirse las personas y los estudiosos que deseen conocer de cerca su vida y su obra.

A la falta de comunicación con su mujer y su hijo, al que Enrique Gómez ha rebautizado como Quique Calle, por pasar más tiempo fuera de casa que dentro, se unen los problemas económicos, que llevan a su mujer, Alicia, a pensar en dejar vacía la casa para arrendarla y así vivir con menos apreturas, pues podrían alquilar un apartamento pequeño o ir a vivir al chalet de la sierra.

También esto es algo que, realmente, se plantearon en más de una ocasión Rodrigo Rubio y su mujer, Rosa Romá. Pero lo que ocurría es que a Rodrigo, como a Enrique Gómez, le suponía un enorme esfuerzo físico y psicológico remover todas esas pertenencias que, sin duda, le llevarían hasta un mundo de recuerdos en el que no siempre le gusta pensar. Además, en Enrique se da una especie de contradicción, según la cual, por una parte, contempla ese traslado como una posible solución, aunque, por otra, le da miedo romper con la rutina y los hábitos de tantos años:

Sí, piensa. Sí, se dice. Eso no estaría mal, porque los gastos han aumentado y esta casa, casi de lujo, en un barrio pijo, se los come, los tritura. Y el muchacho, por otra parte, no se evapora,

no se puede ir hacia ninguna parte, tantas puertas cerradas para él.

Pero el hombre, que hace casi veinte años detestó estas sombras, estas paredes, estos tabiques, estas ventanas sin apenas sol, se acostumbró ahora, hace apenas nada, a vivir en el barrio, a recorrer sus calles, a bajar a la cafetería *La Parisiena* por las tardes para tomarse un pelletazo, mientras habla con los vecinos, algunos impertinentes, otros amables, el mundo ha dado un cambio para él. Ahora, sin obligaciones laborales en oficina alguna, se ha acostumbrado a la rutina, a vivir sin apenas sol, y también a asimilar la vejez prematura que le ha llegado cuando ve que, como si cruzara un ancho y peligroso río, la corriente se lo lleva.<sup>1380</sup>

Frente a la soledad y el silencio de su casa, aparece el esparcimiento de esa cafetería, situada en su mismo edificio, en la calle Ángel Ganivet, donde vivía el propio Rodrigo Rubio. Allí, tal y como pude comprobar en algunas de las visitas que le hice, tenía “reservado” el que él consideraba su sitio, en la parte derecha de la barra, junto a la pared, en la que podía apoyar su maltrecha espalda, lo cual le descansaba mucho, y, además, podía ver a la gente que pasaba por la calle. Un sitio que muchos de los clientes habituales le cedían gentilmente cuando llegaba a la cafetería, para tomar alguna consumición servida por *el Granaíno* o *el Portu*, dos de los camareros con los que él gozaba de una mayor amistad, sobre todo *el Portu*, quien tenía con él numerosos detalles y por el que Rodrigo Rubio sentía un afecto muy especial:

—Gracias, Portu.

Y es que el muchacho, que es portugués, siempre amable, siempre apreciándole, le ha cobrado el cubata como si le hubiese puesto ginebra española.

—Cuando junte tres o cuatro millones de pesetas, pondré un bar en Portugal, en Lisboa o en las playas del Algarbe, y le invitaré a usted y a su señora.

—Gracias, hijo. Que eso lo puedas conseguir pronto.<sup>1381</sup>

---

1380 *Ibíd.*, 11.

1381 *Ibíd.*, 13.

En esa cafetería pudo ver el escritor albaceteño escenas que luego trasladó a las páginas de esta y de otras novelas y que reflejan, una vez más, su preocupación por los asuntos relacionados con las personas enfermas, impedidas o marginadas. Como, por ejemplo, aquella escena protagonizada por la que él calificaba como la pareja más enamorada del barrio:

[...] la que formaban un hombre más que maduro y su mujer inválida, sentada en una silla de ruedas, pero a la que el marido, todos los días, a la hora de las cañas, antes de comer, llevaba amorosamente a la cafetería. Ella tomaba algo sin alcohol y el hombre un gintonic, a la vez que encendía un puro. Esa pareja le inspiró un artículo sobre el amor.<sup>1382</sup>

O como aquella otra escena referida a una de las personas que solían cederle su sitio habitual. Esa persona es “la niña Nuria”, una muchacha de veinticinco años, que solía entrar en la cafetería llevando a su perrito de la cadena. Una muchacha que conmueve a Enrique, el cual la vio de niña jugando con otros críos en el jardín de la casa y, más tarde, la vio, ya adolescente, cuando pesaba veintiséis kilos, a los veinte años, a causa de la anorexia. Hacia ella siente Enrique una especial ternura, porque sabe que arrastra secuelas de sus males, tanto orgánicos como psicológicos, y porque la muchacha es muy cariñosa con él y, de vez en cuando, le regala un par de puros *Montecristo*.

A esa cafetería suele acudir los sábados para comer con su mujer, aprovechando que Quique Calle no se levantará hasta las cuatro o las cinco de la tarde. Entonces, se toman unas croquetas de jamón, una ración de chorizo de Ávila o unos callos, acompañados de una buena cerveza o un buen vino. Después, un helado, un café y una copa a la que los invita la casa. De ese modo, Enrique se siente algo más feliz y más comunicativo y, como en otros tiempos de mejor humor y mayores ilusiones, el hombre y la mujer se besan, demostrando, de alguna manera,

---

1382 *Ibíd.*, 12.

que el amor, aunque empalidecido por las circunstancias, sigue estando vivo en ellos.

Pero, al margen de esos ratos felices de los sábados, la vida diaria de Enrique —como la de su creador— transcurre en medio del asco por las noticias que escucha en las emisoras de radio, “casi siempre desagradables, casi siempre borrascosas, con la violencia del País Vasco, con los asuntos de ETA y los nacionalismos, así como los enconos entre partidos políticos”<sup>1383</sup>, y las noticias de muertes, asesinatos y accidentes acaecidos en esa gran ciudad o aquellas otras informaciones no menos inquietantes sobre el resto del mundo.

Algo parecido le sucede cuando se encierra en su despacho, acompañado de un carajillo y una pipa que se va fumando poco a poco. Entonces, experimenta la fatiga y el hastío que le produce el ver tanto papel acumulado en su despacho, tantos folios escritos por todas partes, tantos recortes de prensa y tantas cartas de publicidad, de bancos, del Ayuntamiento o de Hacienda. En esos momentos, como en otros muchos, quisiera vivir lejos de este mundo que llaman civilizado, “sobre todo ahora, cuando ya tiene menos fuerzas, menos ánimos, más ganas, por el contrario, de maldecir y mandarlo todo a hacer leches”<sup>1384</sup>. Menos mal que, algunas veces, después de comer, puede tomarse un güisqui con calma, tumbado en el sofá del despacho, fumándose un buen puro y escuchando música formidable, como la de Antonio Vivaldi, y, entonces, “medio sonrío, medio llora y medio se duerme”.<sup>1385</sup>

Por si todo eso fuera poco, el alcohol forma un cóctel explosivo con la gran cantidad de medicación que tiene que tomar desde que, hace cuatro años, sufriera un amago de trombosis. Medicamentos para el riego sanguíneo, la tensión arterial, el colesterol y el hígado, junto con antiinflamatorios y algunos tranquilizantes. De ahí que, en ocasiones, sufra algunas pesadillas en las que los libros le hablan, como le hablaban a Quevedo en aquel célebre soneto escrito en la soledad de la Torre de Juan Abad. Una biblioteca la suya, formada por más de dos mil volúmenes, “que se le rebela, que se le pone en pie de guerra, que prefiere seguir ahí,

---

1383 *Ibíd.*, 15.

1384 *Ibíd.*, 17-18.

1385 *Ibíd.*, 42.



en la casa sin sol, antes de correr una aventura que no sabe, esa biblioteca, cómo puede acabar”.<sup>1386</sup>

A veces piensa que su hijo, cuando se vea dueño de todo eso, puede que lo malvenda a librereros de viejo, para poder tomar cervezas y cubatas. A veces, también, reza unas oraciones “al Dios lejano, al Dios que parece que se esconde, quizá jugando al mus en su confortable fortaleza del cielo”.<sup>1387</sup> Y lo hace, más que por él mismo, por su mujer, la fuerza y el sostén de su casa, a la que nunca ha dejado de querer, y por su hijo, a quien considera perdido en una ciudad llena de movidas y asco y a quien incluso podría llegar a llamar Quique Ciudad de la Noche, como en una ocasión le comenta a su mujer.

Ese nuevo apelativo dedicado a su hijo da pie a una conversación entre marido y mujer, en cuyo transcurso se hace una acertada crítica a los políticos, a los que ambos consideran responsables de gran parte de la situación en la que viven los jóvenes, y, de paso, se hace referencia a una situación real, acaecida hace algunos años durante un concierto de rock en Madrid, que fue protagonizada por el entonces alcalde Enrique Tierno Galván:

—Podría llamarle Quique Ciudad. Y hasta añadirle un segundo apellido: Quique Ciudad de la Noche, ¿no te parece?

—Calla, por favor. Él es una víctima de la sociedad, de este mundo sordo y egoísta en el que vivimos. Podrías meterte con todo eso, y con los políticos de antes y con los políticos de ahora, que han consentido y consienten que haya miles de jóvenes perdidos en la calle, sin futuro de ninguna clase.

—Algún político, de los de antes, llegó a animarlos, en concierto roquero, para que se colocaran, y al loro. Lo recordarás. Era, o parecía, un señor culto y respetable.

—Bueno, a ver si ahora la culpa de tanto destrozo juvenil la va a tener aquel Viejo Profesor, que en paz descanse.

—Formó parte de una sociedad, de un mundo que se abría, nuevo, ante todos nosotros. Un mundo, sin embargo, que encerraba

---

1386 *Ibíd.*, 35-36.

1387 *Ibíd.*, 37. Esta imagen de Dios jugando al mus volverá a aparecer en *El Señor del Látigo*.

multitud de trampas para los muchachos, especialmente para aquellos que han resultado ser los más débiles.<sup>1388</sup>

Tras estas reflexiones en torno al tema de la juventud y la política, a propósito del hijo pequeño, que tanto nos recuerdan el tono de la novela *La puerta*, por fin Enrique se pone en marcha para emprender ese proyectado viaje hacia tierras albaceteñas, que será el que configure la segunda parte de la novela, algo más extensa que la primera, y formada por nueve capítulos recogidos bajo el título general de “El viaje”.

### La ilusión de otros viajes

El viaje se inicia a las nueve y media de la mañana, en uno de esos últimos días del invierno, cuando ya han quedado atrás los temporales de lluvia y nieve. Enrique quiere ir despacio y para ello recurre a la vieja nacional 301, lo cual le permitirá pasar por numerosos pueblos que le irán aportando muchos y muy buenos recuerdos. Un viaje durante el que afloran, junto con la nostalgia del pasado, algunos proyectos en ciernes, lo que explica los frecuentes saltos en el tiempo, desde el presente al pasado y desde el presente al futuro.

Enseguida empieza a rememorar otros viajes en los que, a diferencia de lo que ahora ocurre, solía subir en su coche a cualquier autoestopista. En uno de ellos, yendo de Albacete a Madrid, a la salida de Mota del Cuervo, recogió a un cura, de los de sotana, quien le pidió que lo llevara hasta la *Venta de Sancho Panza*, situada en el cruce de la carretera que conduce a El Toboso. Pero él decidió dejarlo en el mismo pueblo de Dulcinea, en donde desarrollaba su ministerio sacerdotal. Allí, el cura lo llevó hasta una casa de pastores, para que Enrique comprara un queso estupendo, aunque con solo dos meses de curación, porque los más curados se los habían llevado los dueños de los restaurantes y los bares de carretera.

---

1388 *Ibíd.*, 45.

Recuerda, entonces, que en la *Venta de Sancho Panza* había comido, hace ya tiempo, con la familia Fernández Fontecha-Torres y que el marido le regaló un queso grande y curado y una botella de coñac *Peinado*, del que dicen que tiene cien años. Asimismo, recuerda que la mujer es de Tomelloso, ciudad en la que nacieron y habitaron los grandes pintores “Antonio López Torres, el viejo, y Antonio López, el joven, sobrino del anterior, que es pasmo de la pintura hiperrealista, hombre grande donde los haya”, así como otro buen amigo suyo, “Eladio Cabañero, el poeta que venía de ser albañil, tan sobrio y tan rotundo en sus versos”. Y, por supuesto, le viene a la memoria otro conocido y admirado colega suyo, “Francisco García Pavón, que ha escrito cuentos hermosísimos, muy tiernos y muy irónicos, sobre la vida de esa ciudad, además de crear en sus novelas medio policíacas, medio costumbristas, el gran personaje Plinio, un guardia municipal de no te menees”.<sup>1389</sup>

Durante el viaje de camino a Monsalve, siguen surgiendo evocaciones de amigos muy queridos, vinculados a algunas de las zonas geográficas por las que transita. Así, se acuerda de un lejano primer viaje a la zona de las Lagunas de Ruidera, en cuya aldea conoció a Gregorio Prieto, “el gran pintor, el de los estupendos dibujos, que fue amigo de García Lorca y de otros intelectuales de la *Residencia de Estudiantes*”.<sup>1390</sup>

Algún tiempo más tarde, acudió allí por segunda vez, con ocasión de haber recibido uno de los premios de novela más importantes de los convocados en España, lo que supuso “un acontecimiento singular para toda la provincia, para las autoridades, para los intelectuales y para los amigos que lo apreciaban”.<sup>1391</sup>

Como fácilmente podemos comprobar, a partir de ahora vamos a asistir a la plena identificación entre el personaje de Enrique Gómez y el novelista Rodrigo Rubio. Si en la primera parte nos habíamos encontrado con la imagen de un Rodrigo Rubio mayor, envejecido, hastiado de vivir y que, como decía la cita de Tagore, buscaba el valle de la quietud, ahora asistimos a la imagen, a través del recuerdo, del Rodrigo Rubio joven, triunfador, ganador del Premio Planeta, el cual degusta las mieles de la

---

1389 *Ibíd.*, 55.

1390 *Ibíd.*, 57.

1391 *Ibíd.*

fama y recoge los frutos del éxito en forma de conferencias y homenajes. Como, por ejemplo, los que le prepararon a lo largo y ancho de la provincia de Albacete, allá por el mes de enero de 1966, cuando, entre tanto y tanto festejo, aprovecha para hacer un objetivo y sincero retrato de sí mismo, manteniendo eso sí, una mínima distancia entre creador y personaje, pues no podemos perder de vista que el protagonista de la novela sigue siendo Enrique Gómez, natural de Monsalve, y no Rodrigo Rubio, natural de Montalvos. En todo lo demás, realidad biográfica y ficción literaria coinciden como dos gotas de agua, tal como podemos apreciar en estas palabras pronunciadas en el primero de los homenajes recibidos en la provincia de Albacete, concretamente el celebrado en la Delegación Provincial de Sindicatos, cuando él era un escritor con treinta y cuatro años y se hallaba rodeado de autoridades, de personas ilustres y de muchos intelectuales de la provincia:

Pues, ¿quién era él?, se preguntaba. No le importó decirlo en la charla, ni en las respuestas que dio a muchas preguntas: él era el noveno hijo de un modesto agricultor de Monsalve. Un agricultor que sembraba cereales y legumbres en sus tierras, que cultivaba un par de viñedos de muy buena uva blanca, de la variedad *pardillo*, y que posiblemente cosechaba los melones más dulces y estupendos de toda la provincia. Él había sido un muchacho enfermizo que se vio obligado a abandonar el pueblo, con su familia, cuando la fuerte emigración de los años cincuenta, cuando ya llegaba al campo la maquinaria y sobraba la mano de obra.<sup>1392</sup>

Al día siguiente, domingo, nuevo homenaje en las Lagunas de Ruidera, en el club de la *Colgada*, en donde se reunieron personas procedentes de muchas localidades de las provincias de Albacete y Ciudad Real, incluido un autobús con alumnos y profesores de un instituto de Puertollano y un grupo de coros y danzas de Villarrobledo. En algunos momentos de su charla, se fue hacia los tiempos de su niñez, con los trabajos en el campo y las lecturas que hacía durante los descansos de las diversas tareas:

---

1392 *Ibíd.*, 60-61.

La charla se le fue por los tiempos viejos del pueblo, por la niñez, por la lumbre —al sagato— de la cocina familiar. De las tierras que araban, y cómo él, en los descansos de la faena, leía un libro o estudiaba los cuadernillos de un curso por correspondencia. Habló de sus padres, de sus abuelos, de sus hermanos; de un patio con parra y música de gramófono en los buenos tiempos, en las noches hermosas de verano. Pero también habló de lutos, de un hermano muerto en la guerra, de otro herido. Y así, poco a poco, le fue dando forma a una charla autobiográfica que a la concurrencia gustó mucho.<sup>1393</sup>

Ahora, con la distancia impuesta por el paso del tiempo, considera que todos aquellos buenos momentos vividos fueron como unas preciosas luces situadas delante de su vida, como unas “luces intermitentes, de relumbrón, como si fuera, simplemente, la luz de las luciérnagas”.<sup>1394</sup>

Otro viaje del que guarda un grato recuerdo es el que realizó a la ciudad de Córdoba, para pronunciar una conferencia en el distinguido y señorial *Círculo de la Amistad*, en donde no podía hablar de la emigración de los jóvenes españoles al extranjero, ni de la deshumanización del campo, ni del progreso de los oligarcas y terratenientes. Así que decidió hablar de escritores andaluces, como Juan Ramón Jiménez, José María Pemán, Manuel Halcón, Fernando Villalón, antes de abordar temas sociales y recordar la poesía luminosa y doliente de Federico García Lorca. Luego, durante la cena, empezó a sentirse mal cuando todos los comensales empezaron a hacer elogios de la familia Franco. Menos mal que, al terminar la cena, se fue a tomar unas copas con el Delegado de Información y Turismo, un joven canario bastante avanzado, que estaba convencido de que las cosas habrían de cambiar inexorablemente.

Durante aquel periplo por tierras andaluzas, se acercó hasta Marbella. Allí, al terminar de comer en un bar-marisquería, mientras se tomaba una copa, “oyó por la televisión la noticia de que había muerto Azorín, uno de sus escritores admirados, uno de sus maestros”.<sup>1395</sup>

---

1393 *Ibíd.*, 66-67.

1394 *Ibíd.*, 63.

1395 *Ibíd.*, 81.

## Un viaje de ida y vuelta

Viajando con sus recuerdos, Enrique ha llegado, casi sin darse cuenta, a La Roda y allí coge dirección a Monsalve, el querido pueblo blanco de tan buenas tierras. Cuando entra en el pueblo, nota que le tiemblan los pulsos al ver la torre de la iglesia y la puerta de su vieja casa, con tantos recuerdos de su infancia como le asaltan:

Le parece oír, por unos instantes, la música del gramófono, instalado en el patio, bajo el emparrado. Y que oye las risas de sus hermanas. Pero ese recuerdo se desvanece pronto, llegándole otros, y en esos otros ve a sus gentes que lloran, que visten ropas negras, que recuerdan, entre llanto y llanto, al hijo y hermano que mataron en la guerra.<sup>1396</sup>

De pronto, como resultado de ese juego de perspectivas —de sabor tan unamuniano— que el autor ha planteado, vemos a Rodrigo Rubio reflejado en su propia obra a través de los ojos de su personaje literario. Enrique Gómez se ha quedado mirando una placa que hay en la pared de la esquina, en la que pone *Calle del Héroe Juan Rubio*, y otra placa en la que se lee *Plaza de Rodrigo Rubio*. Y le viene a la memoria ese tal Juan Rubio, el hijo mayor de Buenaventura Rubio y de su primera mujer, Mariana Marqués Monsalve, con la que tuvo, además de a Juan, a Dimas, María, Cristino y Heriberto. Tras enviudar, Buenaventura contrajo matrimonio con Dolores Puertas Mendieta, “una muchacha de La Roda, con sangre vasca en sus venas, con la que tuvo a Pilar, Florentina, otro Juan, Rodrigo y Conchita. Familia grande, por lo menos extensa”. Además, resulta que Enrique conoce perfectamente los motivos por los que se pusieron los nombres a esa calle y esa plaza:

El nombre de una calle a Juan Rubio se lo pusieron porque el muchacho, con galones de cabo, murió como un valiente en la

---

1396 *Ibíd.*, 89.

guerra con Marruecos, en el llamado Desastre de Annual, luchando a pecho descubierto contra las feroces huestes de Abdelkrim, y el nombre de una plaza a Rodrigo Rubio se debía, al parecer, a ciertos éxitos literarios de este muchacho, hijo de una familia campesina y que había sido considerado, por su labor literaria, hasta en algunos países extranjeros.<sup>1397</sup>

Tras estas palabras de homenaje a su primer hermano y de autocrítica sobre sí mismo, Rodrigo hace que su *alter ego* Enrique pregunte por él en el bar instalado en el antiguo teleclub del pueblo. Allí le dicen que “está bastante mal, con sus achaques de siempre, ahora más acusados por la edad, y que no saben bien dónde vive, si sigue todavía en Madrid o se ha trasladado a un pueblo de la costa alicantina”.<sup>1398</sup> Aunque no se hace mención expresa al nombre de este pueblo, nosotros pensamos que en la mente del autor está la ciudad de Torrevieja, en donde Rosa Romá se compró hace unos años un apartamento al que el matrimonio se desplazaba, en periodos vacacionales, cuando Rodrigo todavía podía viajar con relativa comodidad.

En las calles de Monsalve, Enrique Gómez toma conciencia de lo improbable de montar allí una biblioteca y centro de cultura con todo su legado, por ser un pueblo pequeño y con pocos habitantes. Y, de paso, aprovecha para aclarar cuáles son sus motivaciones:

Él, al donar su biblioteca, no querría ninguna compensación económica a cambio. Lo que aceptaría, en todo caso, es que esa institución, con el tiempo, fuera publicando algunos tomos de sus obras escogidas. Para eso, él le encargaría a un catedrático de literatura amigo suyo, M. C. G., que se ocupara de la selección, los prólogos y de las notas sobre los textos. Con eso le bastaría.<sup>1399</sup>

---

1397 *Ibíd.*, 90.

1398 *Ibíd.*, 93.

1399 *Ibíd.*, 95. Según me confesaría algún tiempo más tarde, Rodrigo Rubio decidió poner las iniciales de ese catedrático —cuando en el manuscrito había escrito el nombre y los apellidos completos—, al enterarse de que su amigo, Manuel Cifo González, formaba parte del jurado que había de conceder el II Premio de novela corta “Casino de

Esa circunstancia, unida al peso de los recuerdos que surgen durante la comida en casa de un buen amigo de la infancia, Juan Toboso Jareño, hace que, cuando ya está mediada la tarde y se sube al coche para alejarse de su pueblo en dirección a la capital, cambie de planes y decida poner rumbo a La Roda para, después de tomar allí un café, emprender el regreso a Madrid. Sin motivo aparente alguno, de repente, ha sentido dentro de sí como un gran vacío, una gran nostalgia y pesar, que le hacen desistir de todos los proyectos que tenía cuando decidió salir de Madrid y viajar a Albacete.

Así pues, Enrique comienza a desandar todo el camino recorrido y se detiene a la puerta del hotel *La Flor de La Mancha*, para tomar ese ansiado café. A continuación, pide un güisqui largo, con mucho hielo y, mientras lo saborea, recuerda un día en que, en ese mismo sitio, se le hizo de noche y decidió quedarse a dormir. Allí, aquella noche, sacó un libro y se puso a leer, con gusto, con fruición, porque el libro lo iba envolviendo a medida que lo leía. Se trataba de una gran obra, a cuyo autor, uno de los favoritos de Rodrigo Rubio, rinde un afectuoso homenaje:

Era una novela de William Faulkner, *Mientras agonizo*. Aquel relato lo fue arrastrando, llevándolo por un mundo, como en casi toda la obra de este autor norteamericano, en el que los seres humanos se confundían con los animales, todos tan maniáticos, tan cerriles, desde la madre muerta, que había expresado su deseo de ser enterrada a muchas millas de distancia, en su ciudad natal, hasta el padre, pasando por la caterva de hijos, todos con un lenguaje enrevesado y sentencioso.<sup>1400</sup>

Acabado el güisqui y el recuerdo cariñoso de Faulkner, se pone de nuevo en camino para terminar este viaje inútil que, en su opinión, habrá de quedar en el olvido. Pero lo que él no espera es la sorpresa que

---

Lorca”. Además, he de confesar que también me enteré, al leer este texto, de su proyecto de edición de esas obras escogidas, en la que yo colaboraría muy gustosamente. De hecho, ya se ha llevado a cabo una reedición de *Papeles amarillos en el arca*, a cargo de María Antonia Sanabria, y una de *La feria*, de mi propia mano. Asimismo, en la actualidad trabajo en la edición de una de sus obras más queridas, *Un mundo a cuestas*.  
1400 Ibíd., 101-102.



le depara el destino en forma de una muchacha a la que va a montar en su coche para llevarla hasta un “puticlub” situado dos o tres kilómetros más adelante. Al llegar allí, la muchacha lo invita a una copa y, como luego él no se siente en condiciones de conducir hasta Madrid, le deja una cama en la que pueda pasar la noche. Además, agradecida por el viaje, le realiza un servicio sexual voluntario y gratuito, que a él le hace sentirse joven, aunque solo sea por unos instantes. En cambio, cuando se duerme, sueña con que está ingresado, no en una de esas modernas residencias asistidas, sino en un mísero asilo, lleno de personas viejas y abandonadas a su suerte. “Hombres viejísimos, esqueléticos, que sufren demencia senil y por las noches gritan llamando a sus mujeres muertas o a los hijos que viven en otros mundos”.<sup>1401</sup>

A la mañana siguiente, tras tomar una copa de orujo con el vigilante del establecimiento de alterne, siente un ligero dolor de cabeza y algún pequeño remordimiento por lo sucedido. Además, le asalta la idea de que ese viaje no ha servido para nada:

¿Ha hecho un viaje inútil? Tal vez. Pero, en esos instantes no le importa que todo siga igual, con el mismo desasosiego, con los mismos temblores. En el futuro, el Dios viejísimo dirá, si es que puede decir algo. De momento, acelera, alejándose de un mundo tan colmado de recuerdos, de vida, de ilusiones irrecuperables.<sup>1402</sup>

Es así como concluye *La ruta de las luciérnagas*, novela con un altísimo contenido autobiográfico, en la que tienen cabida las ilusiones, proyectos, temores y desencantos de un Rodrigo Rubio maduro, que contempla la vida futura como algo sujeto a los designios, un tanto caprichosos, de la providencia, en forma de ese Dios viejísimo, que se entretiene jugando al mus y que, en muchas ocasiones, se olvida de los hombres que sufren y penan en la tierra, de los hombres que más necesitan su atención y su ayuda. De ahí que el escritor se conforme, se resigne, deseando que todo siga igual, que nada cambie para peor. Y,

---

1401 *Ibíd.*, 112.

1402 *Ibíd.*, 114.

como tuvimos ocasión de ver en el cuento “Aproximación a la tristeza”, el escritor intenta alejarse del mundo perdido de los recuerdos, porque este solamente le puede arrastrar hasta la tristeza derivada de una vida perdida y de unas ilusiones imposibles de materializar.

### 7.13. *Las enfermizas obsesiones de Paulino Marqués (2001)*

En esta novela, regresa el escritor de Montalvos, si no a todos, sí a buena parte de los fantasmas de los que parecía querer huir en su cuento “Aproximación a la tristeza”, y lo hace en su forma más triste y más dramática, merced a un relato en primera persona, muy directo, muy sentido y muy autobiográfico, en el que el propio Rodrigo Rubio se mete en la piel de su personaje, Paulino Marqués, un hombre viejo y medio inútil, postrado en la cama, a expensas de los designios que sobre su vida presente y futura establezcan su mujer y sus hijos, y cuyo único refugio es la huida, mediante el recuerdo, hacia un mundo perdido que quiere mantener vivo en su interior.

De ahí que esta novelita, con la que el autor obtuvo el V Premio de novela corta “Salvador García Aguilar”, patrocinado por el Ayuntamiento de Rojales, aparezca dedicada a su padre, en la memoria, y encabezada por dos significativas citas. La primera de ellas, de Kierkegaard, afirma: “Vivir en el recuerdo es el más perfecto modo de vida que se pueda imaginar”, y la segunda, de Valentín Carcelén Ballesteros, es un complemento a esta, pues añade: “Pero yo, además, sé soñar. Contar historias que hago más cuando las cuento”.<sup>1403</sup>

Para reforzar un poco más esa importante carga autobiográfica y la dedicatoria de la novela, Rodrigo Rubio hace que su protagonista lleve el primer apellido de quien fuera la primera esposa de Buenaventura Rubio, Mariana Marqués Monsalve, así como que la mujer de Paulino Marqués se llame Marina Monsalve. De este modo, todo queda mucho más claro, por si es que el lector albergaba alguna duda respecto al contenido y la finalidad de una novela que, por expresa voluntad de su autor, está dividida en tres partes, dedicadas a tres elementos constitutivos de aquel

---

1403 Rubio, *Las enfermizas obsesiones de Paulino Marqués*, 9.

hermoso pasado: la casa, el pueblo y el campo, respectivamente. Tres espacios llenos de vida a los que se aferra con uñas y dientes, a pesar de los reiterados intentos de su mujer y sus dos hijos varones para apartarlo de esos lugares.

### **La casa en la que vive y la casa en la que quisiera vivir**

Paulino Marqués es un hombre que pasa la mayor parte del tiempo postrado en su cama, encerrado en un “cuarto casi oscuro que huele mal, que huele a viejo que se hace encima, aguas menores y aguas mayores”. Y es Marina quien, a regañadientes, tiene que ir a limpiarlo y a aguantar alguna que otra impertinencia suya, como aquella frase que tanto le gusta decirle: “ay, Marina Monsalve, ya no tienes quien te salve”, a la que ella suele responderle con un “ay, Paulino Marqués, quién te ha visto y quién te ve”.<sup>1404</sup> Además, le ha dado por decir que se marcha de allí —de esa cárcel donde pena y consume los últimos años de su vida— hasta la casa del pueblo, en donde fueron felices durante tanto tiempo, para preparar una buena lumbre y un buen almuerzo para ellos y los chicos, o para recorrer, con mirada pausada, nostálgica y amorosa, todas sus dependencias y enseres. En esos momentos, la respuesta de Marina suele ser la risa y la amenaza de ingresarlo en una residencia, en cuanto los hijos tengan arreglados los papeles.

Paulino y Marina viven una vida en la que lo mejor que puede pasar es que cada uno esté lejos del otro, que apenas se vean, porque ella no lo comprende y no comparte ninguna de sus inquietudes, obsesiones y temores. Marina es una mujer con pelo blanco, cuerpo esquelético, rostro arrugado de abuela reseca y una boca vieja que ya solo emite gruñidos. Una mujer a la que él necesita mucho y a la que suele llamar a gritos, la cual en nada se parece a aquella otra mujer joven que, estando él en la cama, acudía rauda a sus llamadas para que se la comiera a besos y la apretara entre sus brazos. Ahora, por contra, es una mujer seca, pálida, cenizosa y adusta, a la que necesita, aunque únicamente sea para que le limpie el culo cada vez que, como en esta ocasión, sueña que estaba en el corralón de su vieja casa y aliviaba sus tripas entre el estiércol:

---

1404 *Ibíd.*, 14.

Y yo, Dios mío, yo lloro, algo que no hice ni de chico. Se me escapa un llanto de nene desvalido, de criatura que no puede valerse por sí sola. Se me va ese llanto como minutos antes se me fue la tripa, y miro a mi mujer, y ahora no me parece que tenga cara de bruja asesina, sino que la considero como a una muchacha que viniera en mi auxilio. Dice, antes de abrir la ventana de par en par, que traerá agua caliente, que me vaya destapando. Yo no puedo contener el llanto de niño abandonado. Lloro más, a la vez que también maldigo, porque no tengo culpa de nada: yo había salido de aquí y estaba en la vieja casa, en su hermosa cocina, cuanto noté el apretón.<sup>1405</sup>

Pero no era así. Paulino no estaba en el corral de su casa del pueblo sino en su pisejo de la ciudad de Alicante al que tuvieron que irse a vivir, después de vender las tierras y la casa del pueblo, porque sus tres hijos se habían marchado de allí: la chica, Mari Paz, a Francia, con un muchacho de esa nacionalidad, y los dos chicos, Modesto y Ricardo, a Alicante, en donde montaron un bar y un restaurante, gracias al dinero que los padres obtuvieron con la venta de lo poco que tenían.

De modo que, enlazando con los temores expresados, un año antes, por Enrique Gómez al final de *La ruta de las luciérnagas*, a Paulino Marqués lo han arrancado de su amado refugio y lo han llevado, a la fuerza, a una especie de cárcel desde la que no puede ver caer “una hermosa lluvia de noviembre sobre sus tejados, sobre el patio, sobre aquel mundo hermoso —aunque fuera pobre— que la vida con sus vaivenes me robó”.<sup>1406</sup> Aquella misma lluvia, simbólica lluvia, que tanto anhelaban los protagonistas de *Banco de niebla* y de *Fábula del tiempo maldito*. Es decir, con el paso de los años, todo parece seguir igual, pues los diversos personajes en los que Rodrigo Rubio se ha ido retratando continúan estando obsesionados por unos mismos temores y fantasmas que nunca parecen disiparse, por mucha voluntad y empeño que su creador haya puesto para que así sea.

De este modo, además, se resuelven las pequeñas incógnitas con las que se cerraba *La ruta de las luciérnagas*. Al protagonista de cualquiera

---

1405 *Ibíd.*, 16.

1406 *Ibíd.*, 18.

de sus novelas el Dios viejísimo parece decirle que no escapará de su destino: ser ingresado, si no en el temido asilo con el que soñó Enrique Gómez, sí en una moderna residencia en la costa, tal como desean los hijos de Paulino Marqués, y como en alguna ocasión se había planteado hacer el propio Rodrigo Rubio, quien llegó a hacer gestiones para ingresar en una residencia cercana a Torrevieja o en una de la capital albaceteña.

Esa es una de las obsesiones de Paulino Marqués: evitar que lo ingresen en uno de esos lugares en los que, a lo mejor, él y su mujer estarían bien. Pero, en esa residencia en concreto, situada entre Guardamar del Segura y Torrevieja, él se sentiría atado, preso, inútil, como lo está en su piso de Alicante. Y este pensamiento suyo es el que da pie a la aparición de puntos de vista divergentes entre la perspectiva que de la residencia tienen su mujer e hijos y la que tiene Paulino:

Dicen, creo, que allí estaremos muy bien, estupendamente atendidos. Que disfrutaremos del sol y del aire limpio, que nos cuidarán, que podremos envejecer, un poco más, totalmente tranquilos. Y yo me he dicho que allí, en esa residencia, como ocurre en todas, a los viejos les limpiarán el culo, les fregarán las nalgas mozangas retozonas que, con la risa a punto, le dirán al viejo de turno, allí desnudo, humillado, que vaya y cómo se le ha quedado la pajarilla. Lo sé por los otros viejos que ya pasaron por éstas. Lo sé porque es verdad, porque las mozas retozonas, hechas a limpiar culos, se burlan de los viejos, sobre todo de aquellos que en algún momento les contaron que fueron machotes y puteros.<sup>1407</sup>

Como únicamente se siente bien es emprendiendo, desde su dormitorio, esos viajes que lo llevan hasta el mundo que conforman su pueblo y sus recuerdos. Esta es otra de sus enfermizas obsesiones, la cual su mujer no quiere compartir con él, pues, cada vez que la llama para que lo acompañe en sus viajes, para que no lo deje solo frente a la hermosura que comienza a contemplar y para que ella no se muera de asco, como él se está muriendo, su mujer se marcha al comedor a ver en el televisor

---

1407 *Ibíd.*, 31.

programas como ese de chismes “donde sale una presentadora pedorra que en sus ratos libres se dedica a copiar libros de escritores, para publicar ella uno y así hacerse más rica y más famosa, la muy”.<sup>1408</sup> De modo que cada uno vive metido en su mundo: él en el mundo perdido del pasado y ella en el presente de esos programas televisiones que a Paulino tanto le asquean.

Así pues, él vive encerrado en su cuarto y en su mundo, intentando no pensar en los hijos. En la que menos, en Mari Paz, de la que dice que fue la primera en marcharse del pueblo para trabajar en Benidorm, en un bar de alterne, y luego conoció a un fotógrafo francés, con el que se fue a París, sin casarse; así que allí se muera con su francés, sin tener hijos ni nada. Tampoco piensa mucho en su hijo más pequeño, al que habían puesto de nombre Paulino y que había muerto cuando tan solo tenía catorce meses y era una criatura muy hermosa. Los otros, Modesto y Ricardo, fueron los que se empeñaron en vender la casa y las tierras y los llevaron a vivir a Alicante, circunstancia que Paulino aprovecha para dirigirse al lector, haciéndole que sea partícipe de lo que él siente:

Y los chicos dijeron, los dos de acuerdo, con sus mujeres respectivas, que ellos se encargaban de comprarnos un pisito en Alicante, donde viviríamos bien, sin que nada nos faltara. Y miren por dónde, qué leche, todo eso se hizo según el deseo de nuestros hijos. Vendimos las tierras (ya dadas a rento, pues desde que llegó la maquinaria yo no las trabajaba) y la casa, y nos vinimos para acá, puto día.<sup>1409</sup>

---

1408 Ibid., 39. Se refiere Rodrigo Rubio a la conocida presentadora televisiva Ana Rosa Quintana, quien en el año 2000 tuvo que reconocer que su novela *Sabor a hiel* incluía párrafos copiados de la novela *Álbum de familia*, de Danielle Steel, así como otros de la autora mexicana Ángeles Mastretta y culpabilizó de forma indirecta del plagio a un ex cuñado suyo, David Rojo. Como consecuencia del escándalo, la presentadora tuvo que renunciar a todo el dinero que había percibido por los derechos de autor y la editorial Planeta retiró la novela del mercado.

1409 Ibid., 21.

Aunque no quiere saber casi nada de sus hijos, ni escuchar lo que estos le dicen, sí lo hace con sus nietas Lorena y Aitana, las hijas de Modesto, su hijo mayor. Algo menos, con los hijos de Ricardo, dos chavales más jóvenes, llamados Iván y Rubén. Y es a propósito de los nombres de sus nietos cuando tenemos ocasión de ver, una vez más, una nueva muestra de la ironía característica de Rodrigo Rubio, cuando afirma que desconoce la manía de los padres actuales de poner “a los chicos y chicas nombres raros, como esos de nuestras nietas y nietos, con lo hermosos y sonoros que eran y son los nombres que se ponían en los pueblos, como Abundio, Saturnino, Lorenza, Edelmira, Tobías, Eloísa y así”<sup>1410</sup>.

En los pueblos, en su pueblo, además de esos nombres tan hermosos y sonoros, existen otras imágenes tanto o más hermosas, como la de aquella vieja cómoda de nogal que había en su casa, con su tapetito blanco ribeteado de puntilla, sobre la que estaban las fotografías familiares de su boda y de sus hijos vestidos de primera comunión y cuyos cajones se hallaban repletos de ropa perfumada con espliegos y membrillos. O la del arcón en el que, al igual que ocurría en el relato “Aproximación a la tristeza”, hay cartas, como las que escribió el abuelo Paulino cuando estuvo sirviendo al rey en Barcelona o como las de su hermano mayor, Patricio, cuando, ya al final de la contienda y con solo tenía dieciocho años, se lo llevaron a la guerra. También hay viejos cuadernos escolares, con escritos en verso y prosa de su madre, la abuela Clara, y libretas de cuando Paulino iba a la escuela. “Todo esto, lo que hay en el arca, tiene voz. Todo me habla de otros tiempos, seguramente de cuando aún funcionaba aquel viejo gramófono de bocina”<sup>1411</sup>.

Al mismo tiempo, aparecen otras imágenes muy dolorosas, como la del ataúd blanco en el que se introdujo el cadáver de su hijo Paulino y las del suicidio de su hermano Patricio, quien no pudo superar el ver su rostro mutilado, con un ojo cegado y la cara deformada por la metralla de un mortero, cuando aún no había cumplido los veinte años, y se escondía por todos los rincones de la casa para que no lo viera la gente solidaria y condolidada que iba a visitarlo. Y esa situación empeoró aún

---

1410 *Ibíd.*, 20.

1411 *Ibíd.*, 41.

más cuando fue a verlo su novia Leonor, la cual, al tenerlo delante, echó a correr y nunca más volvió a la casa:

De modo que un día, no sé qué día negro de invierno, el chache Patricio tomó una sogá, se subió a la cámara, le hizo un lazo corredizo a esa sogá, la ató del gancho que había colgado de una vieja viga del techo, y con una fotografía de Leonor en su boca, mordida entre los dientes, se ahorcó [...] Y llegan el médico, y el juez, y el chache Patricio allí, colgando de la sogá, con la lengua afuera y su único ojo muy abierto. La tragedia, una vez más, se ha consumado. Y es el padre, el abuelo Paulino, el que dice, con entrecortados sollozos: la guerra, la puta y maldita guerra. Todos, ahora, sólo podemos hacer que llorar.<sup>1412</sup>

### **Cuando llega el olor a limpio de la cal**

La segunda parte de la novela está dedicada al recuerdo de su pueblo, comenzando con el olor que desprenden las paredes de las casas, los porches y los corrales, encalados por la cercanía de las fiestas patronales en honor del Santo Patrón, mediado ya el mes de abril, cuando todo huele a primavera que florece.

En medio de un ambiente festivo, con barcas, caballitos, turroneas de Hellín y una banda de música, aparecen tipos curiosos del pueblo, como Miguelillo Mocos, Cinto Uvas, Cantejos el Sordo, Eulalia Morros, Celso el Chulo, Francisco Bragueta, Marcelina la Simple, que a sus quince años, se había quedado preñada sin que se supiera de quién, o Nino Pedos, el muchacho que mejor cae a las mujeres del pueblo:

---

1412 *Ibíd.*, 42-43. En esta ocasión, además de cambiar el nombre de su hermano Heriberto por el de Patricio, Rubio introduce una novedad respecto de todas las referencias anteriormente hechas a este hermano que volvió de la guerra con la cara destrozada por la metralla de un mortero. Ahora, por primera y única vez, se dice que el hermano de Paulino Marqués se ahorcó porque no pudo soportar el trauma que le provocaba el verse desfigurado. Esta nueva versión de la historia no pasa de ser mera ficción literaria, pues, en realidad, su hermano Heriberto murió en Alicante, su lugar de residencia, en el año 2004.



Le dicen que a ver cuántos puede tirarse hoy, y el chiquillo, desgarbado, flaco y feo, contesta que los que ellas quieran. Bueno, empieza. Y el chaval, levantando una pierna como los perros cuando mean, pum, uno, pum, dos, pum, tres, y así hasta que las mujeres, muertas de risa, dicen: bueno, ya está bien, no sea que te cagues. El chico, riéndose, dice que no hay cuidado, que sabe controlarse, que nota muy bien cuando lo de la barriga está blando o duro. Los otros chicos también se ríen.<sup>1413</sup>

Cuando Paulino está viendo esas imágenes y escuchando esos ruidos de su amigo Nino, se acerca Marina y le dice que le duele muchísimo la cabeza, pues la tiene a punto de estallar. Entonces, el marido se altera, pensando egoístamente que, si ella se pone mala, los sacarán de allí para llevarlos a la residencia. Así pues, haciendo un esfuerzo, se levanta y la acompaña al comedor, a ver, una vez más, a esa presentadora “copianovelas”. Hasta está dispuesto a aceptar la invitación de su hijo Ricardo para comer en un restaurante de Santa Pola.

De regreso a la cama, recuerda los animados días de mercadillo, en la plaza del pueblo. Allí están el tío Colorín, con su puesto de quincalla; Cayo, el de las mantas; los cacharrereros de Chinchilla, con sus pucheros de barro, sus orzas y sus lebrillos, y los hortelanos de La Ribera, como Saturnino Cebollas, cuyo padre, Pascual Cebollino, salió indemne de un rayo que cayó sobre él y su burro, con la mala suerte, para su nuera, de que mató al burro y dejó vivo al suegro. Por allí se acerca, entre otros, Regino, el alguacil y pregonero, que intentó ahorcarse porque su mujer, la Chenchá, le ponía los cuernos. Y Alfonso Biles quien, al quedarse viudo de su mujer, Palmira Silencios, se trajo a una mujer a vivir con él, y cuando el cura joven del pueblo le explicó que no podía vivir con una mujer sin estar casados, él le contestó que la tenía a prueba. Él se quedó tan ancho, y el cura con dos palmos de narices.

En las noches de finales de agosto, cuando ya está guardado todo el grano en las cámaras y la paja en los pajares, los mozalbetes del pueblo se acercan a la taberna de Eleuterio Patas, a beber jarras de vino con gaseosa y comer cacahuets. Por allí pasan nuevos protagonistas de esas

---

1413 *Ibíd.*, 60.

pequeñas historias de humor y tragedia, como Isabel la Rejosa, sacando a pasear a su hijo el tullido, y Matías Bancales, el alcalde, que hace su media ronda antes de acercarse a la casa de Dorilla Ruiz, para satisfacer su deseo sexual aprovechándose de esa chica pobre.

Es el tiempo en que el pueblo huele a mosto que fermenta en todas las bodegas, hasta que llegan los camiones, con grandes cubas de madera que cargan con una manguera que nace de las tinajas. Entonces, algunos borrachos se acercan a sorber el vino que gotea de la manguera. Es lo que hace, por ejemplo, Juan Todiós, quizás el hombre más desgraciado del pueblo, no tanto por el hecho de ser borracho, como por los palos que le da su mujer.

Llegan las fiestas en honor de la Purísima Concepción cuando surgen nuevos noviazgos en el pueblo y cuando se habla mucho de la aparición nocturna del fantasma, al que algunas gentes ven, en horas de la madrugada, recorriendo las calles del pueblo. Los muchachos, en vez de salir corriendo, lo persiguen hasta la casa de Edelmira Muchopelo, una viuda tetona que vive en las afueras del pueblo. Allí, por fin, se desvela el misterio del fantasma, en el momento en que los muchachos tiran de la sábana que cubre su cuerpo:

Y es Nino Pedos el que exclama: leche, puta, si es mi padre. Es, en efecto, Francisco Bragueta, el guarda, padre de familia, pero hombre putero donde los haya. Nino Pedos no sabe si echarse a reír o si ponerse a llorar. De pronto, alzando la pierna, se tira dos pedos y dice que todo se vaya a la mierda. Nosotros, todos, muertos de risa, hemos visto correr, seguramente avergonzado, hacia las afueras, a Francisco Bragueta. Ahora, dándole abrazos a su hijo Nino Pedos, nos retiramos ya para nuestras casas, mientras que el pueblo, a esas horas de la madrugada, tiritita de frío.<sup>1414</sup>

---

1414 *Ibíd.*, 78.

## El recuerdo de un campo lleno de vida

Desde esa prisión que representan su piso y su cama, Paulino hace un recorrido mental, que abarca todo un año, por su querido campo manchego, rememorando la labranza en seco, para levantar rastros con la vertedera; el tiempo alegre de la vendimia; la lluvia del mes de noviembre, que propicia una buena sementera; la recogida de setas y la caza, con las que se elaboran unos muy ricos gazpachos; la recogida y tueste de la rosa del azafrán, y la matanza de los cerdos. Esta última supone una fiesta popular que le sirve a Paulino Marqués para recordar a la hermana de Rodrigo Rubio, Pilar, a la que el escritor albaceteño rinde un pequeño homenaje, cuando escribe:

Un mundo con mostos que fermentan, con olor a azufre en las bodegas. Un mundo que ya prepara, como el mejor festín, la matanza de los cerdos, mientras los chicos y chicas, dirigidos por Pilar Rubio y Salvador Lara, el Moreno de Abarcas, ensayan una función de teatro para representarla, cuando haga más frío y esté a punto de boca el vino nuevo, y para asarlas o freírlas las patatas tardías, y los jamones colgados en la despensa, en el casino de Virginio.<sup>1415</sup>

Llega la primavera, cuando las alondras cantan en los campos, y algunas mujeres acuden a coger “collejas, más tiernas y ricas que las espinacas, para cocer el potaje, y espárragos trigueros para hacer la tortilla, y cardillos para la ensalada.”<sup>1416</sup> Todo ello en unos campos que, desde que se hizo la concentración parcelaria, no gustan a Paulino y, por supuesto, tampoco a Rodrigo Rubio, quien ve en esa reforma agraria un problema social al que él no puede ser ajeno. Porque, en su opinión, después de la concentración parcelaria, en los campos de Montalvos-Monsalve ya no hay más que llanura de barbechos y tierras de sembradura, tras desaparecer las eras, los caminos, los carriles, las sendas y las lindes. Todo es campo para sembrar cereales y maíz y han desaparecido aquellos nidos de perdices, pardillos, chazas y chorlitos, que tanto agradaban a

---

1415 *Ibíd.*, 85.

1416 *Ibíd.*, 95.

los chicos del pueblo, incluida la pandilla del entonces niño Rodrigo Rubio. También han desaparecido los llamados *cebadales*, que eran los pequeños banales en los que se sembraban patatas, melones, habas y ajos, y se plantaban tomatas, cebollinos y pimientos. Ahora, todas esas tierras reconvertidas han ido a parar a manos de los ricos, los dueños de la más moderna maquinaria, mientras que a los pobres solo les queda, cuando se vende la cosecha, un tanto por ciento, que va aparejado a la porción de tierra que tienen y que cambia cada año en función de la cosecha obtenida. Y menos mal que el abuelo Paulino Marqués no llegó a ver ninguno de esos cambios que tanto critica Paulino, ante la incompreensión de su mujer y sus hijos:

A mí me gustaría decirles, si me escucharan, que yo no defiendo un tiempo y una clase de vida por cabezonería o sentimentalismo, aunque haya mucho de eso en mí, lo reconozco. Yo defiendo ese tiempo y esa vida, hacia la que constantemente quiero irme, porque había algo sano, porque se respiraba el aire limpio y porque, entre otras cosas, te mojabas con el agua mansa de todos los otoños y oías el piar de los pájaros. Ellos me dicen alguna vez, cuando me han escuchado durante un rato, que me acuerde de los caciques, de los ricos y de los políticos de entonces, que todos eran los mismos, y que nos tenían agobiados, estrujándonos en una vida casi miserable. Yo les digo que sí, que me acuerdo de todo eso, y de lo mal que lo pasé, junto al abuelo Paulino, por trabajar algún 18 de julio en la era.<sup>1417</sup>

En efecto, Paulino es consciente de que su punto de vista no coincide con el de su familia, aunque en lo que sí están todos de acuerdo es en la actitud de los ricos y los caciques de entonces, a pesar de lo cual afirma que todos eran, entonces, un poco felices, “quizás porque llovía hermosamente, o porque gorjeaban los pájaros, o porque, ante la hermosura de aquel mundo, apenas si nos importaban un pijo las actitudes mierdosas de los políticos y caciques”.<sup>1418</sup>

---

1417 *Ibíd.*, 88-89.

1418 *Ibíd.*, 91.

Por aquel entonces, una de las mayores preocupaciones de Paulino Marqués era la delicada salud de su padre, aquejado de una hernia y de cólicos en la vesícula, a lo que se vino a unir un debilitamiento progresivo a raíz de la tragedia de su hijo Patricio. Lo único que le pedía al Dios que no escuchaba era que su padre viviera, al menos, hasta recoger la cosecha de ese verano y que pudiera verlo casado, en el mes de septiembre, con Marina Monsalve y dirigiendo, feliz, la pequeña hacienda familiar.

Lo malo es que sus deseos no se cumplieron porque, por una parte, aquella Marina Monsalve de entonces, que, aunque algo arisca a la hora de dar cariño, valía todo el oro del mundo, se ha acabado convirtiendo en una enemiga que está a favor de los hijos y en contra del marido, al que no para de decirle que está loco de remate y de amenazarlo con el ingreso en la maldita residencia:

Y para terminar de emporcarlo todo, antes de abandonar el cuarto, ya con un montoncito de ropa en una cesta, murmura: verás, querido y cagón marido, qué cara pones cuando lleguen los hijos con los papeles. A ver. Seguro que ya dejas de ver sembrados, y pájaros, y todo eso, tan jodido, que tienes metido en la cabeza. Lo verás. Y sale, se va, y yo, tanto como la quise, le digo ahora: maldita sea, y ojalá te pudras antes de que yo la palme. De modo que, para no perder algunas viejas costumbres, me he acurrucado en la cama, y sin ganas de nada, sólo de morirme, he dejado que los ojos se me llenen de lágrimas.<sup>1419</sup>

A renglón seguido de este nuevo enfrentamiento entre marido y mujer, confiesa Paulino que tiene aún más miedo que antes a que ella cumpla de forma inmediata su amenaza, haciendo que uno de los hijos lo meta en el coche y lo lleve a la residencia. Un miedo, el de ahora, muy parecido al que, tiempo atrás, sintió cuando se formó una gran tormenta sobre las tierras de su pueblo y las mujeres tomaron puñados de sal y los tiraron a la calle, pensando que de ese modo se alejaría del pueblo el tan temido pedrisco que arruinaría la cosecha.

---

1419 *Ibíd.*, 96-97.

Afortunadamente, en aquella ocasión, la tormenta solo descargó un chaparrón y todos pudieron respirar tranquilos porque, en seguida, iban a poder arrancar las lentejas y segar los pequeños cebadales. Después, vendría la trilla y la criba del grano para, más tarde, envasarlo en costales de lona en los que lo trasladarían hasta la cámara de la casa. Pero, hasta que llegase ese momento, había que dormir en la era vigilando el grano y la mies, en las calurosas noches del mes de agosto.

Y una de esas noches, a Paulino Marqués padre le sobrevino la muerte sin que apenas tuviera tiempo más que para encomendarse al Dios en el que tanto confiaba. Así que, en contra de los deseos del padre y del hijo, ese mismo Dios fue el que no permitió que el viejo viviera unos cuantos días más, hasta ver casado a su hijo.

El único consuelo que le queda a este es que el viejo Paulino murió con su mano cogida a la del hijo, el cual, ahora, después de tantos años, desearía poder morir del mismo modo que su padre, en un lugar amado por él y acompañado del cariño de sus hijos, algo que, por lo que se dice al final de la novela, parece difícil que pueda suceder:

Le hablo y no sé si me escucha ya. Estoy a punto de gritarle, quizás grito, y entonces es Marina Monsalve la que, vieja y agria, aparece ante mí. Dice que Modesto, uno de los hijos, ha venido, y que tiene los papeles en regla, de modo que. Y entonces le digo, con todas mis fuerzas, que se vaya, que me deje solo, bueno, que me deje junto a mi padre, que respira muy débilmente. Y es cuando, algo encogido, sin que me alivien ni la brisa ni los tenues rumores de la noche, me digo: quiero, siempre, aquí y así, vivir como mi padre. Quiero, aquí y así, morir como mi padre se muere.<sup>1420</sup>

#### 7.14. El momento de la despedida

Tras la publicación de las novelas *La ruta de las luciérnagas*, *Las enfermedades obsesivas de Paulino Marqués* y el ensayo *Lo que el tiempo*

---

1420 *Ibíd.*, 102.

se llevó, la obra de Rodrigo Rubio entra una fase de introspección, de meditación y de reflexión sobre cuatro grandes ejes temáticos. Unos temas que, por cierto, siempre habían estado presentes en su obra, como ya tuvimos ocasión de comprobar en su momento, pero que en sus últimos años de vida adquieren un protagonismo aún mayor y se van a ver reflejados en una producción literaria, escasa en número, pero muy interesante por la enorme carga de autobiográfica y de sinceridad emocional que conlleva. Me refiero a los recuerdos de su infancia, en los que, lógicamente, tienen cabida la enfermedad vivida durante su niñez y juventud, así como la experiencia personal y familiar de la guerra civil y la posguerra; a su creciente preocupación social y política; a la evolución de su salud en esos últimos años, y a sus creencias religiosas, especialmente centradas en las figuras de Dios Padre y de Jesucristo, sin olvidar algunas otras consideraciones a propósito de la Iglesia católica y el sacerdocio.

**7.14.1. Dos relatos de temática religiosa: “La primera víctima del terrorismo” (2004) y “¿Amar a Dios o temer a Dios?” (2005)**

Algo que siempre manifestó Rodrigo Rubio, y sobre lo que ahondaremos más adelante, fue su gran amor por Jesús de Nazaret, en contraposición con la figura del Dios Padre Todopoderoso, a quien ha dirigido muy duras críticas, según vimos cuando nos referimos a los principales temas abordados por el escritor de Montalvos y como tendremos ocasión de comprobar enseguida.

Con independencia de todo lo expuesto a lo largo de su obra anterior, en el relato “La primera víctima del terrorismo”, publicado con ocasión de la Semana Santa albaceteña de 2004, el narrador en tercera persona se hace eco de los sentimientos de amor y de odio que durante su vida terrena suscitaba la figura de Jesucristo. Así, este joven hermoso, alto, esbelto, de cabello largo y castaño, era muy querido por el pueblo llano y seguido por quienes le amaban y le admiraban por sus prodigios, como el de caminar sobre las aguas de un lago, y por sus milagros, haciendo que “los ciegos vieran, que los sordos oyesen, que los

mudos hablaran, que los cojos andaran [sic], a la vez que —más prodigio todavía— sosegaba a los endemoniados”.<sup>1421</sup>

Por el contrario, era odiado por muchos, especialmente por los poderosos, a causa de esos mismos prodigios y milagros, y porque no le habían perdonado la expulsión de los mercaderes del templo, pues no permitía que “se hicieran negocios fraudulentos y codiciosos” en la Casa del Padre. Como tampoco le perdonaban el que fuera el Elegido y, además, amigo de meretrices. De modo que lo apresaron, después de que uno de sus discípulos lo delatara. “Y los soldados (¿o eran terroristas?) lo prendieron, se lo llevaron”, y de ese modo comenzó su Pasión: martirio, vejaciones, duros castigos, crucifixión y muerte. Muerte que el escritor relata con unas emotivas palabras, en cuyo final vuelve a aparecer la figura del Dios Padre que se desentiende de cualquier sufrimiento humano, incluido el de su Hijo hecho hombre:

Lo mataron, lo asesinaron. Murió lentamente, sufriendo mucho, y por eso, aunque era fuerte, llegó a decir: “*Padre, ¿por qué me has abandonado?*” Había gente que gozaba, otra que sufría. Mujeres que lloraban, como María Magdalena. Y nadie, del poder, terrenal o divino, hizo algo para bajarlo de la cruz antes de que expirara.

Y el que decían el Padre, ¿qué hacía? —pregunta un curioso.

—*Ese Padre, al parecer, estaba por allí cerca, pero jugando al mus* —contesta un descreído.

Cosas terribles, ¿no?<sup>1422</sup>

El relato “¿Amar a Dios o temer a Dios?” se inicia en primera persona y en forma retrospectiva, recordando cómo Rodrigo Rubio, al finalizar su estancia estival en su chalet de Miraflores de la Sierra, se despidió de un vecino y amigo hasta las próximas Navidades. Este amigo, al que llama Fabián el Fuerte, es presentado como un hombre ya mayor, “dinámico y optimista”; tiene seis hijos y quince nietos; juega al tenis, aunque en el último verano tuvo que dejar de practicarlo por haber sufrido un desmayo durante una partida y haber tenido que someterse a

---

1421 Rubio, “La primera víctima del terrorismo”, 21.

1422 *Ibíd.*



diversas pruebas en un hospital, y “cumple escrupulosamente todas las reglas de la Iglesia Católica”.<sup>1423</sup>

Pero, según le comenta su amigo y narrador, parece que, más que amar a Dios, lo que le ocurre a Fabián es que teme a Dios. “Teme siempre que sus hijos o nietos se desvíen del buen camino. Teme que los maltrate alguna enfermedad, y teme sobre todo que, por no cumplir alguna regla religiosa, el Todopoderoso pudiera condenarle a la hora de vérselas con Él”.<sup>1424</sup>

El narrador le aconseja que no tema tanto a Dios y que ame a Jesús y al prójimo. Un consejo que obedece no solo al hecho de que el narrador —que no es otro que el propio Rodrigo Rubio— crea en Jesús de Nazaret y no el Dios Todopoderoso, sino también a que observa en su amigo Fabián “ciertos rasgos xenófobos”, relacionados especialmente con los emigrantes que nos llegan de África y del este de Europa, así como una cierta intransigencia con algunos “vicios” que para él y su familia “son consecuencia del pecado”, como, por ejemplo, el alcohol y la homosexualidad.

Rodrigo le aconseja que intente rezar mientras se toma un chupito de güisqui, sobre todo si es por la noche y está solo en la terraza de su chalet; y, si hay luna llena, aún mejor:

*Eso es formidable, Fabián. Mirando la luna, te parece que ves a Jesús de Nazaret. Te sientes con Él, junto a Él. Dice: Entonces, te sentirás con Dios. Yo le digo que no es eso, que no es lo mismo. Que Jesús está en la Luna, en el Sol, en los ríos limpios, en los prados verdes y en las rosas recién abiertas. Ese Jesús es el de las gentes que se aman mutuamente. Es el Jesús de Francisco de Asís, de Juan de la Cruz, de Teresa de Ávila, del Papa Juan XXIII, de la Madre Teresa de Calcuta, etc.*

*Dios, murmura él. ¿El Dios Todopoderoso, el que según un escritor musulmán no puede ser a la vez Misericordioso?, le pregunto. Claro, murmura. Y le digo que ese Dios está en los vendavales, en los huracanes, en los diluvios, en los terremotos, en los incendios y en*

---

1423 Rubio, “¿Amar a Dios o temer a Dios?”, 14.

1424 *Ibíd.*

las hambres y miserias del mundo. Ese Dios... *Por favor*, me corta. Y callo.<sup>1425</sup>

Tras estas palabras que tanto han escocido al creyente Fabián, hasta el punto de tener los ojos húmedos, Rodrigo llama al camarero para que les traiga unas cervezas y una ración de queso curado. Cuando acaban de tomarse la consumición, parece que la situación se ha relajado y que ambos se sienten mejor, como si Jesús se encontrase, por un momento, junto a ellos dos, “mientras el Dios Padre a lo mejor volaba hacia las cumbres de las montañas, por donde ya —pura casualidad— asomaban grandes nubarrones negros de tormenta.”<sup>1426</sup>

#### **7.14.2. Un relato de temática política: “Sujeto del ramal” (2005)**

Aunque Rodrigo Rubio siempre fue una persona de confesada y reconocida mentalidad social y progresista, defensor a ultranza de los trabajadores, los pobres, los oprimidos y los marginados, y muy crítico con las personas conservadoras y con las beneficiadas por el régimen franquista, a partir de los años ochenta se puede observar en él cómo van aumentando sus reproches hacia algunos políticos socialistas, como Joaquín Leguina, Alfonso Guerra y Enrique Tierno Galván, según pudimos ver en su novela *Banco de niebla*. Y mucho más duras son las críticas a las corruptelas del gobierno socialista de Felipe González, que aparecen en *Un camino de rosas*, título muy significativo, por cuanto esas rosas aluden a la flor que figura en el logotipo del PSOE.

Años más tarde, le llegará el turno a José Luis Rodríguez Zapatero, protagonista de “Sujeto del ramal”. Un relato que se inicia mencionando las circunstancias que favorecieron la llegada del “intrépido” político socialista al poder: el “aborto infernal” del 11-M; las “voces de Comisarios

---

1425 *Ibíd.* Este contraste que Rodrigo Rubio establece entre las figuras del Padre y el Hijo es el mismo que poco tiempo después desarrollará con mucha mayor profundidad y dureza en *El Señor del látigo* y en *Reflexiones. Confesiones antes de morir*.

1426 *Ibíd.*

políticos” de Jesús de Polanco, con la Cadena Ser a la cabeza, que lo lanzaron “con brío” hacia el poder; y el apoyo de “las fuerzas que venían de Cataluña, fuerzas que, a la corta o a la larga, siempre cobran por lo que hacen”.<sup>1427</sup>

Recuerda el narrador en tercera persona que, a los pocos días de instalarse en el poder, “se trajo a nuestros soldados que estaban en Iraq, aunque luego los llevara, a éstos o a otros, a Afganistán, que era como, casi, salir de Málaga y meterse en Malagón”.<sup>1428</sup>

A continuación y con evidente ironía, recuerda las visitas que le hacían en La Moncloa los catalanes y vascos y cómo ZP, “luciendo su gran talante, les ponía a las puertas de palacio sus respectivas banderas. Todo formidable. Él sabía que los socios de Cataluña iban a ser duros, pues los sociatas del cava habían llegado al poder con la ayuda de los radicales y separatistas de Esquerra Republicana, con ese tal Carod Rovira, tipo que se apresuró a tener contactos amistosos con los dirigentes de ETA en la ciudad francesa de Perpinyan”.<sup>1429</sup>

Es decir, como reza el título del relato, Zapatero estaba sujeto de un ramal del que tiraban con fuerza los vascos y, sobre todo, los catalanes, que rápidamente plantearon un nuevo Estatuto y carta blanca para subir algunos impuestos, como el de los carburantes, con la excusa de reducir el déficit de la sanidad.

Como ejemplo ilustrativo de ese ramal, menciona Rodrigo Rubio, con la ironía mordaz que le caracteriza, cómo ZP, “valiente, tomó su caballo, cruzó las tierras secas (¡Maldita sequía!) de lo que todavía se llamaba España, aunque casi ya Nación de Naciones, y se plantó al otro lado del Ebro”. Allí lo esperaban Maragall, Carod Rovira y otros miembros del gobierno tripartito, para darle una cortés bienvenida, “pues lo cortés no impide el talante de exigir/exigir”. Una vez puso pie en tierra, todos se dirigieron a él “en español, para que lo entendiera bien”, y Maragall le preguntó dónde estaba:

---

1427 Rubio, “Sujeto del ramal”, 18.

1428 *Ibíd.*

1429 *Ibíd.*

—Estoy en Cataluña, hermosa tierra del Estado Español.

—No. Procura entender y ser claro. ¿Qué tierra pisas y qué es esa tierra?

—Piso la tierra de Cataluña —respondió ZP, sin engolar mucho su voz—. Y esto es una Región Autónoma, una de las más importantes de España —concluyó.

Y entonces se oyó el vozarrón de Carod Rovira, enérgico y con alguna mala uva.

—¡No! Esto es una Nació. ¿Oyes?

—Es una nación —apoyó Maragall—. ¿Lo tendrás en cuenta?

—Sí, claro... —balbuceó ZP.

—Pues repite con nosotros —le dijeron, soltando la voz a coro: Cataluña es una Nació. ¿Entendido?

—Sí, sí, claro... —dijo el de León, y se dejó llevar, país adentro, sin ganas de visitar más comunidades históricas y conflictivas.<sup>1430</sup>

### 7.14.3. *El Señor del látigo* (2006)

Es esta una novela que tuvo un largo periodo de gestación, pues, según las fechas que indica el autor, la inició en Miraflores de la Sierra en el verano de 1997 y la concluyó en Madrid en el otoño de 2002.

En *El Señor del látigo*, el escritor de Montalvos ofrece una narración con un enorme contenido autobiográfico y con una estructura que podríamos calificar de dual, ya que, de forma paralela, se desarrollan dos historias complementarias. La primera de ellas, con capítulos numerados del 1 al 27, está protagonizada y relatada en primera persona por un periodista y escritor, apellidado Rodríguez, quien tiene continuos sueños y pesadillas en los que aparece un Dios cruel e insensible, responsable, por acción u omisión, de numerosas catástrofes e injusticias sociales. Un Dios que no actúa como ese Ser Todopoderoso, Misericordioso, Sabio y Bueno al que se refiere la definición del Catecismo que figura en el encabezamiento de la novela, y que, por el contrario, está más en la línea de la cita de Steinbeck que la acompaña: “¿Sufriría mucho el amor propio humano si la imagen de Dios resultara ser una máscara?”<sup>1431</sup>

---

1430 Ibíd.

1431 Rubio, *El Señor del látigo*, 5.

En la segunda historia —que se presenta en forma de breves episodios de menos de una página y media, intercalados entre los capítulos de la anterior y encabezados por una letra mayúscula, de la A a la Z—, se relata en tercera persona la historia del niño RR —iniciales habituales en buena parte de las novelas del escritor albaceteño y que sirven para identificar al propio Rodrigo Rubio—, quien a los siete años comenzó a sentir en su cuerpo la pesada carga de la cruz que Dios Padre le envió en forma de vacuna contra el tifus.

A medida que vayan avanzando ambas narraciones, descubriremos que el periodista Rodríguez y el niño RR son la misma persona. Así, al final del capítulo 2, vemos cómo el escritor sueña que Dios Padre le encarga a su Hijo Jesús que construya una gran cruz de granito y, cuando Jesús pregunta para quién es esa cruz, la respuesta es muy clara:

El Padre, sereno, aunque algo torpe por la lelez de los años, le respondió que era para mandársela, y por transporte urgente, a un chaval de pocos años, seis o siete, de un pueblecito llamado Monsalve, en la región natural de La Mancha, España.

Y entonces yo recelé, temiéndome que aquella cruz fuera para mí. Temblé, y ya estuve mosca con aquello, pues soñando todo parece posible.

No me equivoqué, pues al poco tiempo, aunque andaba débil y tambaleante, ya tuve sobre mis espaldas aquella pesada cruz. Junto con la cruz había llegado un mensaje, que decía:

—Hijo, esto que te mando, y que debes llevar de por vida sobre tus espaldas, es por bien tuyo, para que siempre te acuerdes de Mí, para bien o para mal. Amén.

La madre que me parió. Aquello sí que era jodido, y yo, naturalmente, nunca ya me olvidaría de Dios, más bien para mal y tormento mío.<sup>1432</sup>

---

1432 *Ibíd.*, 18-19.

## La crónica de un calvario personal y familiar

Aunque los breves capítulos de la narración en tercera persona pudieran parecer poco relevantes respecto del grueso de la novela, que se centra en resaltar la imagen de ese Dios cruel, desalmado e injusto, en realidad no es así. Tal como apunta Rodrigo Rubio en el anexo 2 de su libro póstumo *Reflexiones. Confesiones antes de morir* —que supone una respuesta a una mujer muy leída y muy experta en literatura, la cual le había hecho llegar algunas observaciones sobre *El Señor del látigo*—, antes de entrar en cuestiones religiosas, habría que prestar “la máxima atención a la narración paralela, escrita o narrada en tercera persona y que los capitulillos, siempre cortos, están señalados con las letras del Abecedario [...] de ahí partía la base de casi todo, del sufrimiento por la enfermedad artrítica del niño RR —que luego se convertiría en invalidez casi absoluta—, junto al drama tremendo que viven los padres, con diez hijos, tres de ellos luchando en la guerra civil/incivil, lo más terrible que ha sufrido España a lo largo de su historia”.<sup>1433</sup>

Efectivamente, esa pesada cruz le llegó al pequeño RR, cuando a los siete años le pusieron una inyección, cumpliendo con un bando municipal en el que se obligaba a vacunar a todos los niños. Aunque él no quería hacerlo, sus hermanas, con el consentimiento de los padres, lo llevaron casi a rastras, pues ellas y los padres se habían vacunado con anterioridad. Al día siguiente, amaneció medio paralítico, sin poder mover las piernas y con fiebres altas. Así empezó para él un auténtico calvario, con distintos tratamientos prescritos por el doctor JS del pueblo grande, que no surtieron efecto alguno: cataplasmas en las articulaciones, tan calientes que, al quitárselas, casi le arrancaban la piel, o baños en agua caliente con sal de higuera, que la madre, acompañada por alguna hija, iba a recoger a la botica del pueblo vecino, siempre andando:

[...] Luego, en casa, calentaban el agua, la echaban en un barreño grande, añadían una buena porción de aquella sal, y metían, desnudo, al chiquillo. Lo tenían un buen rato allí. Luego lo sacaban envolviéndolo en una toalla, y lo metían en la cama, bien tapado,

---

1433 Rubio, *Reflexiones. Confesiones antes de morir*, 131-132.

después de haberle dado una medicina y un vaso de leche caliente. Para que sudara. Para que, si eso era posible, no se muriese todavía.<sup>1434</sup>

Como las recetas del doctor JS no producían una mejoría evidente, el niño recibió otros remedios recomendados por vecinos del pueblo, como el que propusieron dos hermanos que, según ellos contaron, de pequeños habían sido enterrados hasta el cuello por su padre en un montón de basura caliente que, al fermentar, dio calor a sus cuerpos y les produjo una gran mejoría. Así que, a pesar de las dudas que lo asaltaban y del rechazo de su mujer y sus hijas, Buenaventura Rubio decidió probar ese tratamiento:

Y V, decidido ya, abrió un hoyo en el montón de basura que había en el corral, fermentando. Utilizó una horca de hierro. El hoyo era justo para que el chiquillo, puesto en pie, quedara tapado hasta el cuello. La madre y las hermanas lloraban al ver la cabeza del chiquillo, el pelo algo rubio, los ojos claros y con lágrimas, asomando por encima de la basura. El padre no decía nada, esperando como un milagro. Pero una semana después, tuvieron que sacar al crío de la basura, pues parecía que, en vez de mejorar, empezaba a morirse.<sup>1435</sup>

Cuando el médico de La Roda se vio impotente para curar al niño, aconsejó que visitaran a un eminente especialista en la Clínica del Rosario de Albacete, el doctor AC, que, además de buen médico, era diputado por la República. Empezaron así unos duros viajes en carro, primero semanalmente y, después, cada quince días. Las inyecciones que prescribió el doctor y que le ponía la partera T hicieron que el niño fuera poco a poco mejorando, ante la alegría de la familia. Pero, como consecuencia de la guerra civil, el doctor tuvo que marcharse de España, al igual que otras personalidades del régimen republicano, y embarcó hacia algún país de América “a vivir un exilio interminable,

---

1434 Rubio, *El Señor del látigo*, 38. En *Reflexiones...*, Rodrigo señala que las iniciales JS corresponden al doctor Joaquín Sotos, de La Roda (véase la página 31).

1435 *Ibíd.*, 48.

para algunos definitivo”. Ello hizo que la mejoría del pequeño se frenara para siempre.<sup>1436</sup>

Aparte de su propio calvario personal, el niño RR asistió desde su lecho del dolor al calvario familiar, proveniente tanto de su enfermedad como de la situación derivada de la guerra civil. Un sufrimiento que empezó cuando los tres hijos mayores fueron reclutados para ir a luchar en distintos frentes republicanos, lo que obligaba a la madre a acudir a la estafeta de Correos de La Roda para enviar paquetes con comida y ropa a los muchachos, aprovechando los viajes en los que iba a comprar la sal de higuera para el pequeño Rodrigo. Unos paquetes que, según el narrador, en muchas ocasiones no llegaban a su destino, pues el empleado de Correos los abría y se comía, junto con su familia, el contenido de los mismos.

Habla también el narrador de las cartas que recibía la familia de los hijos que estaban en el frente, especialmente de Dimas, así como de Pilar, casada en Valencia con un oficial del ejército republicano. Ella les mandaba dinero para las medicinas de Rodrigo y a este le enviaba tebeos y libros juveniles. Fue en una de esas cartas cuando Pilar les comunicó la gravedad del estado de Heriberto, herido en la cabeza por metralla de mortero.

Una de las personas en las que más centra el foco Rodrigo Rubio es en su padre, conocido en el pueblo como Ventura. De él destaca los miedos que le provocaban las diversas situaciones relativas a la guerra civil: los vagabundos, muchos de ellos desertores, que se encontraban por los caminos cuando iban a visitar al médico de Albacete; las noticias sobre el desarrollo de la guerra, ya que, aunque deseaba que llegaran pronto el final de la misma y el regreso de los hijos a casa, temía que el ejército nacional se apoderara del país y que sus hijos, su yerno y el doctor AC fueran hechos prisioneros; el que un vecino miliciano se llevara las mulas, el carro y varios aperos para labrar las tierras que

---

1436 *Ibíd.*, 124. Al doctor Arturo Cortés se refiere en *El Señor del látigo* con las iniciales AC. Pero, en *Reflexiones...*, sí da su nombre y apellido: “Yo salía de casa, andando con torpeza, pero algo ilusionado por encontrarme algo mejor, aunque ya no tuviera a mi hermano Cristino (C en la novela), ni al doctor don Arturo Cortés (AC en la narración sobre Dios y nosotros), director, durante la guerra, de la clínica albaceteña del Rosario. Hombre, ahora, exiliado en algún país de Hispanoamérica” (véase la página 8).



consideraba suyas, tras habérselas requisado a los ricos del pueblo, y aún le dijo que diera gracias a que con él habían tenido cierta consideración, por no ser un hombre de derechas y por tener tres hijos en las trincheras republicanas; y, sobre todo, el miedo a los nacionales, porque, si los republicanos le habían hecho esto, temía lo que pudieran hacerle los otros, si ganaran la guerra.

Poco tardó Ventura Rubio en enterarse de lo que iban a hacer los vencedores. Nada más acabar la guerra, el pueblo fue ocupado por un destacamento de soldados y aparecieron los ricos que habían estado escondidos durante todo ese tiempo. Los milicianos fueron azotados con vergas, látigos y trozos de mangueras, antes de llevarlos a una cárcel de la capital, algo que al padre de Rodrigo le provocaba náuseas, al tiempo que se preguntaba por qué Dios permitía todo aquello.

Según apunta el narrador, empezó entonces otra guerra distinta, con el júbilo y las celebraciones de los vencedores y la tristeza y el luto de los perdedores. Y Ventura no era ajeno a esas situaciones contradictorias, pues a la alegría derivada del regreso de Dimas, de Pilar y de Heriberto, poco después le siguió el dolor provocado por la noticia de la muerte de su hijo Cristino, cerca de Nules (Castellón), después de que se hubiera firmado el último parte de guerra en Burgos.

Definitivamente, para Ventura Rubio, Dios no era misericordioso. Y no le faltaban razones para pensar así y para quejarse del olvido de ese Dios, pues sus hijas Pilar y Florentina fueron obligadas por los vencedores a bordar yugos y flechas en camisas y banderas, aprovechando que el marido de Pilar, Juan Andrés, seguía preso. Llegó también el cupo forzoso y la picaresca del mercado negro, que servía para que los ricos incrementaran su patrimonio y para que el resto, como era el caso de la familia Rubio, cada vez lo pasara peor. Y llegaron las continuas visitas de los vencedores para comer y beber a su costa: tres hombres del pueblo vecino, una o dos veces por semana, y también “el Jefe y la Jefa de la política azul para, además de comer y beber algo (en esa casa siempre obsequiaban; hasta al Diablo, si se hubiera presentado allí), echarle un vistazo a los bordados de las chicas. Aquello aún le dolía más al hombre, pues una de esas chicas, P, siempre estaba deseando que su

marido quedara libre. Por eso era la tristeza hecha en una muchacha de veintisiete años.”<sup>1437</sup>

Por fin, llegó el día en que Juan Andrés fue liberado y la familia lo disfrutó igual que si fuera una comida del día de San Marcos, el patrón de Montalvos, o uno de esos días en que se celebraba el final de la trilla o la matanza. Aunque en la casa seguía habiendo tristeza por la muerte de Cristino, Ventura mandó matar dos pollos y que se cocinara un buen arroz. Al final de la comida, el padre les pidió a sus hijos que lo escucharan con atención y les comunicó lo que parecían sus últimas voluntades:

Les pidió una vez más que fueran decentes, trabajadores, honrados y que los más fuertes no se olvidaran nunca de los más débiles. Y V pensaba en su hijo H, que todavía no estaba bien, y pensaba en el chiquillo, el cual, pese a mejorar, parecía inútil, sobre todo para realizar los trabajos de aquella casa. Queridos hijos —terminó diciéndoles—, sed buenos, respetuosos con todo el mundo; no guardéis rencor a nadie y, si yo falto, sabed vivir y convivir con todos, por mucho dolor que tengáis. Yo sólo pido que, en un futuro, os encontréis una España mejor, y también a un Dios que no os dé la espalda. Mi bendición para todos. Y fue entonces cuando RR, el chiquillo, notó que su hermana P se le acercaba para limpiarle los ojos con un pañuelo.<sup>1438</sup>

### **De la niñez a la vejez: RR se convierte en Rodríguez**

Una vez repasadas las principales vivencias del niño Rodrigo Rubio, la narración paralela que aparece en los capítulos encabezados por números arábigos nos presenta a quien Dios Padre define como el escritorzuelo Rodríguez, de España, que no es otro que el propio Rubio, quien, en sus últimos años de vida, suele visitar en sueños la Fortaleza del Cielo.

En esta narración en primera persona y muy autobiográfica, nos encontramos con un Rodríguez/Rubio que abusa de la bebida y consume

---

1437 *Ibíd.*, 174.

1438 *Ibíd.*, 187-188.

antiinflamatorios para el artrismo y relajantes nerviosos, como Orfidal, Transilium y Valium 10. En el desayuno se bebe un carajillo de anís Chinchón; después sale a la calle y recorre los bares para tomarse varias cañas con algún aperitivo. Luego, a la hora de comer, como casi no tiene apetito, come algo ligero y después bebe varios güisquis, mientras lee y escucha música clásica:

Bebía porque me gustaba, pero también para quitarme ahogos, angustias y disneas que tenía en el pecho. El médico decía que todo eso era por el tabaco, y el psicólogo dijo que, además de por fumar, se debía al estrés, los problemas familiares y las secuelas que arrastraba de una niñez penosa y traumática. Es posible que tuvieran razón. Pero yo aparté algunas medicinas (y también los cigarrillos, fumando sólo puros y pipas) y le apreté un poco más al whisky, notando que mi pecho mejoraba, aunque, por otra parte, el hígado empezara a quejarse.<sup>1439</sup>

Rodríguez pasa ya de los sesenta años, vive en Madrid y veranea en Miraflores de la Sierra, junto con su mujer, su suegra y su hijo pequeño, al que llama “el chico”. Precisamente, este es una de sus principales preocupaciones, pues sale de fiesta con sus amigos, que ni estudian ni trabajan, y regresa a casa muy tarde, incluso a veces de mañana, como aquella en la que llegó con una venda en la frente sin querer dar explicación alguna sobre lo sucedido. O aquel otro día en el que Rodríguez va en su coche camino del chalé y encuentra a su hijo sentado en un banco y con la guitarra en las manos. Detiene el vehículo y le pregunta si quiere ir con él a casa, a lo que su hijo se niega porque en esos momentos dice estar componiendo una canción.

Otras preocupaciones derivan de las noticias que a diario lee en el periódico, escucha en la radio y ve en el televisor. Le asquea la política, pues está muy preocupado por el radicalismo de los nacionalismos en España y por los miles de muertos habidos en la Guerra de los Balcanes, en Centroamérica o en la región africana de los Grandes Lagos. Más aún le duelen las noticias sobre violencia doméstica y el creciente número

---

1439 *Ibíd.*, 18.

de víctimas por accidentes de tráfico, especialmente durante los fines de semana, a causa de las drogas y el alcohol, con muchos jóvenes implicados, y los accidentes de autobuses, con ancianos del IMSERSO, que viajaban ilusionados para pasar unos días de vacaciones en la playa o para visitar ciudades y monumentos.

Todas esas tragedias, propias y ajenas, las provoca un Dios que dispara sus armas automáticas desde la Fortaleza del Cielo. El mismo Dios que había dejado ciego y mutilado a su amigo y compañero de trabajo Miguel Olivares, cuando este era un niño de la posguerra y jugaba con una bomba de la guerra, que le explotó en las manos mientras jugaba con otros niños a las afueras de su pueblo de Teruel. Por eso, Miguel consideraba a Dios un enemigo contra el que no se podía luchar, dada su condición de omnipotente e invisible.

El mismo Dios que, según Rodríguez, pudo haber sido el responsable del ahogamiento de su paisano Abundio, un muchacho de veinte años que, un 15 de agosto, fue a bañarse en las aguas mansas de una represa del río Júcar y se ahogó: un drama para todo el pueblo de Monsalve. Como también lo era el hecho de que Dios consintiera que a “la familia de los Rejosos, la más pobre y mísera del pueblo, se le fueran tullendo/inutilizando los hijos, pues todos se quedaban inválidos”.<sup>1440</sup> Y recuerda, igualmente, al hijo de Eduardo Marqués, un tendero de su barrio madrileño, que sufría depresiones y trastornos psicológicos, y, en la primavera de 1993, cogió la escopeta de su padre y se asestó dos disparos en la cabeza.

Situaciones y vivencias todas ellas angustiosas para Rodríguez, que podrían explicar su descreencia actual en Dios, a pesar de haber sido creyente en el pasado. Así podemos verlo en una conversación entre el Padre y el Hijo, en la que Jesús afirma que ese escritor es “aquel muchacho al que hacía ya más de medio siglo le mandaron una cruz de piedra, para que la llevara de por vida a sus espaldas”. Actualmente, según Jesús, Rodríguez es un hombre que sufre, a lo que Dios contesta que en realidad es un llorón y que lo que le ocurre es que ya no puede practicar sexo como cuando era joven:

---

1440 *Ibíd.*, 17.

—Sí, tengo que decirlo. Antes ese tipo era un follador de primera. Y a Mí, eso, te lo digo de verdad, no me disgustaba. Entonces era un hombre contento, medio feliz. Se quedaba muy bien después de echarle un casquete a su bella esposa, que era descreída, agnóstica o atea, dicho sea de paso. Entonces era un hombre que en muchos momentos se mostraba entusiasta, casi eufórico. Por ese tiempo, el muy jodido, Nos rezaba poco, pero se quejaba asimismo poco. Escribía libros y artículos para los periódicos, te diré que hasta era respetuoso con Nosotros. Ahora, ¿qué coño le pasa? ¿Qué leches quiere?

—Ahora, o ya durante mucho tiempo, lo hemos herido gravemente —se atrevió a decir Jesús—. Eso es lo que le pasa, y por tal circunstancia vive angustiado.

—¿Por aquella cruz de piedra que le mandamos?

—Sí, por aquella cruz. Pero también por otras cosas.

—Vaya. Pues ya se podía haber muerto, ¿no?, tantos años con ese peso encima. Pero debe ser duro de pelar. Bueno, ¿y de qué otras cosas se queja? —preguntó el Supremo.

—Por ejemplo —respondió el Hijo—, de que hayamos consentido que un hijo se le torciera. Eso, posiblemente, es lo que más le duele.

—¿Se le ha torcido un hijo, dices? —se extrañó Dios. Y añadió—: Hay muchas familias en el Mundo con hijos torcidos, desgraciados. Este tipo no iba a ser una excepción, y menos en estos años, con los vientos que soplan por allá abajo, con tanta droga y tanta mierda. No hablemos más de estas cosas, Hijo. No hablemos ni una palabra más de ese hombre, ¿quieres? Porque te diré, para que lo sepas, que, con el pensamiento, ha querido aniquilarnos. Por lo menos a Mí, el Supremo, el Padre, el Todopoderoso. Cierto es que antes tenía otros comportamientos, y Yo se lo agradecía.

—Antes, durante varios años —reconoció Jesús—. Nos propagó, Nos alabó, dando la cara por Nosotros ante descreídos y ateos. Por lo que fuera, pero lo hacía. Tal vez por su enfermedad, o por el peso de la cruz que le habíamos puesto encima, o porque sentía y amaba verdaderamente. En aquel tiempo era un muchacho admirable, Y hemos conseguido que llegue a detestarnos, y que por eso tal vez se pierda.<sup>1441</sup>

---

1441 *Ibíd.*, 87-88.

A lo largo de este diálogo entre el Padre y el Hijo, se dejan traslucir otros posibles motivos que justificarían el alejamiento de Rodríguez de la Iglesia desde hace ya muchos años: el Opus Dei y el fanatismo de algunos participantes en los Cursillos de Cristiandad. Algo que vuelve a aparecer en el capítulo 17, cuando Jesús se reúne con varios discípulos y santos para hablar con ellos de los dos asuntos que más le preocupan: la forma de proceder del Padre y la situación actual de Rodríguez.

San Pedro comenta que ese hombre ha escrito sobre la crueldad infinita de Dios, a lo que Jesús responde que también escribe otras cosas como, por ejemplo, que, cuando más a gusto está, tumbado en el sofá, tomando un poco de güisqui y fumando un puro, nota una urgencia de ir al baño y “no llega a tiempo a la taza del wáter, mojándose el pijama, y en esos momentos, sonriendo, retorcido, murmura que Dios, además de cruel, tiene mala leche, pues no le hubiera costado nada, piensa él, que le concediera unos segundos para hacer sus necesidades, sin dejar manchas ni malos olores”<sup>1442</sup>

A continuación, Jesús afirma que hubo un tiempo en que el escritor formó parte de las peregrinaciones a Lourdes, entre llagados y leprosos, y en que, también, recibió visitas que contribuyeron a apartarlo de la Iglesia:

Se había recluso en casa y leía mucho, y escribía ya algo. Otros muchachos de su edad, metidos en la Iglesia, iban a verle, pero le criticaban que leyera a ciertos autores. Entonces le regalaban libros piadosos, algunos escritos por autores que pertenecían al Opus Dei. Y le traían escapularios, medallitas y estampas de santos. Y le decían que, en la parroquia, en la Adoración Nocturna y otros actos religiosos, eran muchos los que pedían por él, puestos de rodillas y con los brazos en cruz. El Rodríguez, el muchacho, tenía paciencia, pero luego, cuando se quedaba solo, apartaba los libros que le habían regalado y leía los que a él, ya con una mente más libre, le gustaban, ayudándole a vivir con mayor plenitud, aunque los chicos de la parroquia no pudieran comprenderlo.<sup>1443</sup>

---

1442 *Ibíd.*, 126-127.

1443 *Ibíd.*, 127-128.

Y, sobre todo, una circunstancia que influyó mucho en su descreencia fue el hecho de que su sobrina María muriera quizá como consecuencia de uno de los disparos de Dios. Según Jesús, María era “una mujer joven, magnífica, licenciada en Pedagogía y Bellas Artes”, que se pasó toda su vida estudiando y ayudando a sus padres y que murió por un derrame cerebral en Valencia. Sus padres, creyentes muy fervorosos, miembros de Acción Católica y de la Adoración Nocturna y con una imagen del Sagrado Corazón de Jesús entronizada en la casa, sufrieron un terrible dolor tras su muerte. Mas el Padre se justifica como buenamente puede:

—Pues que sepas que yo no disparé, o si lo hice fue a una pajarilla.

—La pajarilla era esa criatura —murmuró Jesús, dolido.

—Por favor, ¿qué dices? Esa criatura llevaba su vida, viviendo con un hombre sin consagrarse al santo matrimonio. Era buena, sí, pero según cómo se mire. Y los padres, rezando mucho, pero también consentían cosas. De modo que no hablemos más de esto, Hijo. Me cansa.<sup>1444</sup>

Como se puede observar, el Padre y el Hijo hablan de una etapa pasada en la vida de Rodríguez en la que su relación con Dios caminaba por derroteros muy distintos de los que vemos en *El Señor del látigo*. Aquellos fueron los años en los que Rodrigo Rubio mantenía una excelente relación con el jesuita Manuel Duato Gómez-Novella, consiliario de la Fraternidad Católica de Enfermos, a quien conoció en 1962 y a quien dedicó la novela *La tristeza también muere*.

---

1444 *Ibíd.*, 90-91. “La sobrina a la que alude se llamaba Loli —así la llamábamos, me confiesa Rosa Romá, viuda de Rodrigo Rubio—, era maestra y ejerció en escuelas alicantinas, en Altea, La Nucia. Era hija de Florentina y Manolo, ya fallecidos. Loli tenía 42 años cuando murió. Tras su muerte, Florentina se carteó frecuentemente con Rodrigo y le llamaba mucho por teléfono, así que hizo que viviera su pérdida con mucha tristeza cuando él iba ya emocionalmente cuesta abajo. Todos la vivimos dolorosamente porque era simpática y audaz, como suelen ser los jóvenes. Era la mayor de tres hermanos y, según contaba ella, en más de una ocasión ayudó económicamente a sus padres cuando se hicieron un chalet en el campo.”

Eran los años en los que, por ejemplo, escribió y publicó su ensayo *El Papa bueno y los enfermos*, dedicado a Juan XXIII, a quien llegó a considerar un miembro más, un hermano más, de la Fraternidad Católica de Enfermos, “el enfermo más bueno, más sencillo, más humilde que jamás pudiésemos encontrar. Era el enfermo que representaba a Aquel Otro Enfermo que murió en la Cruz”.<sup>1445</sup> Y, a propósito de Cristo, al que siempre admiró y amó Rodrigo Rubio, afirmaba el escritor que pudo haberse rebelado, haberse desclavado del madero y echar a correr, como lo hubiera hecho cualquier hombre débil. En cambio, tras un instante de debilidad en el que se quejó del abandono de su Padre, supo sobreponerse para dar a los hombres el mayor ejemplo de fe, obediencia y resignación:

Cristo pudo rebelarse, y algunas palabras suyas: “Padre, ¿por qué me abandonas?” parecían llevar camino de esa rebeldía. Pero Cristo no hizo más que sentirse hombre un instante, lo que era, y se quejó, porque sus carnes estaban desgarradas, rotas por los clavos, sangrantes por las espinas, hinchadas por la flagelación. Pero Cristo había venido al mundo de los hombres, a nuestro mundo, con aquella misión. Era el enviado del Padre. Era Dios, encarnado en figura humana. Era el Creador, que vino a mostrarnos el dolor, el dolor que un día u otro sufrimos los hombres, los débiles y los fuertes, los ricos y los pobres, los blancos y los negros, los altos y los bajos; el dolor de la muerte.<sup>1446</sup>

En aquellos años de madurez, el escritor de Montalvos asumía el dolor y la angustia con resignación cristiana, siguiendo el ejemplo de tantos otros enfermos y del propio Juan XXIII, quien, en los últimos momentos de su vida, sufría con dolor y, también, con amor. En cambio, ahora, la vejez y la enfermedad hacen que su cruz sea cada vez más pesada y más difícil de soportar y, además, el escritor ya no la considera, como entonces, un medio para alcanzar la salvación, sino un castigo injusto y eterno, fruto del capricho de un Dios cruel e insensible que se entretiene jugando al mus, bebiendo güisqui y disparando sus armas desde una

---

1445 Rubio, *El Papa bueno y los enfermos*, 24.

1446 *Ibíd.*



“Fortaleza volante, de recios muros, con ventanucos y aspilleras, que se desplazaba mansamente por el espacio azul, lejana del Mundo pero desde la cual el Mundo podía ser contemplado por Dios.”<sup>1447</sup>

La imagen que Rodríguez ve en sus pesadillas la comparte con sus amigos y compañeros de tertulias en el Bar La Plaza de Miraflores de la Sierra, Eusebio, el Regordete, y Manuel, el Sociata. También con su vecino Fabián, el Fuerte, un hombre muy creyente, padre de siete hijos —una de ellas enferma del corazón—, que en primavera había hecho el Camino de Santiago y al que le resulta ofensiva la forma que tiene el escritor de hablar de Dios. Pero, cuando mejor describe la esperpéntica imagen del Ser Supremo que él ve en sus sueños, es durante una conversación telefónica con Miguel Olivares, en respuesta a la pregunta de su amigo acerca de a qué se dedica ahora:

—Nada. Bueno, ahora lo que me pasa es que veo a Dios casi todos los días.

—No jodas. ¿Y cómo ves a Dios?

—Lo veo en sueños. Dios es un tipo increíble. Viejísimos, con el rostro más arrugado que un higo por Navidad. Cabellos largos y blancos, la barbaza igual. Y tiene unos ojillos pequeños, oscuros pero vivos y brillantes. Se mueve con cierta torpeza, algo inclinado y apoyándose en un garrote. Ah, y bebe mucho whisky, como tú y yo.

—Joder, qué Dios ves.

—A veces me da la impresión de que es un santón, dirigente de una secta; alguien con mucho poder, pero administrándolo a su manera. Valle Inclán lo hubiera sacado en algunas de sus obras literarias, y también tu paisano Buñuel y el valenciano Berlanga en el cine. El personaje se presta a eso.<sup>1448</sup>

---

1447 Rubio, *El Señor del látigo*, 23-24.

1448 *Ibíd.*, 54.

## Un Dios muy distinto al que aparece en el Catecismo

Como más arriba señalábamos, en una cita del Catecismo que figura al principio de la novela, se dice que “Dios es un Ser Todopoderoso, Misericordioso, Sabio y Bueno, Principio y Fin de Todas las Cosas”.<sup>1449</sup>

El Ser Supremo que aparece en los sueños y pesadillas del escritor no tiene nada de misericordioso ni de bueno. Además de sus problemas de salud —riego sanguíneo, hipertensión y Parkinson—, el Todopoderoso es indiferente a cuanto les ocurre a los pobres, a los desheredados, a los desgraciados, “como, por ejemplo, los habitantes de países africanos, de Latinoamérica, del Lejano Oriente, de casi toda el Asia, y ahora también de la región europea de los Balcanes”.<sup>1450</sup>

Otro claro ejemplo de la insensibilidad del Padre lo encontramos a raíz de un reproche que le hace su Hijo, en el sentido de que, a pesar de que el mundo se rompe en pedazos, en el cielo no se mueve un dedo para evitarlo. Como suele decir Dios, encogiéndose de hombros, cada uno tiene que apañarse como mejor pueda, porque quien más puso más perdió. Y la cruel paradoja reside en que, por mucho que los hombres pidan, no habrá respuesta alguna:

No saben los pobrecillos que cuanto más piden, menos puedo conceder, porque no los oigo con claridad, ni siquiera al Papa; a éste menos, por la vocecilla de medio muerto que le ha quedado. Pero, bueno, yo les dejo que hablen, que recen, que me pidan, y que celebren misas y procesiones, y asambleas, y ejercicios espirituales, y cursillos de cristiandad, tan pomposos. Eso, a lo mejor, me hace más Glorioso, más Eterno, aunque tampoco me importa demasiado, ya que mi Silla nadie la moverá, ni siquiera Tú.<sup>1451</sup>

Lo que ignoran los creyentes es que a Dios lo vuelven medio loco y le provocan terribles dolores de cabeza y trastornos mentales las

---

1449 Véase la nota 1431.

1450 *Ibíd.*, 24.

1451 *Ibíd.*, 33.

continuas peticiones, súplicas, letanías y procesiones de multitud de fieles fervorosos, especialmente de los pueblos de España, hasta el punto de que Nicomedes, su médico y consejero, afirma que a veces llegaba a rozar la esquizofrenia.

Precisamente, a ese tipo de creyentes Dios les reprocha su exceso de parafernalia en las celebraciones, ya que, muchas veces, las manifestaciones externas y puntuales de esa fe no coinciden con el comportamiento habitual de los mismos, pues, como afirma el Padre, incluso los que más perjuran y blasfeman acuden a ese tipo de procesiones:

Y los más fervorosos creyentes, para filmar las escenas emocionantes, sacan sus cámaras de vídeo, esos chismes modernos, y se ponen temblorosos, como nenes de primera comunión. Claro, luego, unos y otros, se hinchan de cerveza, de vino o de whisky, y vuelven a sus palabras feas, y a desear a las mujeres, sobre todo a las que tienen buenas piernas y abundantes pecheras.<sup>1452</sup>

Por el contrario, lleva muy bien el hecho de que haya millones de descreídos en el mundo, porque estos no le dan la lata con rezos y peticiones. Así se lo manifiesta a su Hijo en el transcurso de una conversación entre ambos, en la que, como suele ser habitual, el Hijo se queja al Padre de tantas tragedias como acontecen a diario y el Padre le responde:

—En el fondo, la mayoría de los creyentes son unos egoístas. Más egoístas a veces que los agnósticos y los ateos, pues estos suelen hablar, que ya es algo, de solidaridad, de justicia social, mientras que los otros conforman sus conciencias dando por ahí algunas limosnas de tres al cuarto. Los creyentes, sobre todo los fundamentalistas, asocian todo eso de la justicia social, la solidaridad y la igualdad a cosa revolucionaria, a admitir en sus territorios a gentes que no son de su

---

1452 *Ibíd.*

condición, lo que les asusta un poco. Esos creyentes no me gustan, aunque demuestren tanta fe.<sup>1453</sup>

No obstante, como confiesa en otra ocasión a Jesús, a San Pedro y a San Juan de la Cruz, hay algunos católicos que le caen bien, como es el caso de los españoles, “pícaros y puteros”, que juegan a dos barajas, pues son tipos vitales a los que les gusta el goce y la aventura y que, por supuesto, merecen su perdón. Aunque nadie supera en sus preferencias a los musulmanes, de quienes —con el tono humorístico que define a Rodrigo Rubio y con las alusiones al sexo tan habituales en él—, afirma lo siguiente:

—Ahora volvamos a los musulmanes, mis preferidos. Cierto que son fanáticos, y ese fanatismo les lleva a cometer grandes barbaridades, masacrando a mucha gente. Pero todos me rezan, me adoran —y más los suicidas que se inmolan— y respetan las leyes del Corán, con veneración por el Profeta Mahoma. Los árabes, aunque emigren a las frías tierras de Europa, no olvidan su rezos, sus ayunos, y viven intensamente el Ramadán. Son ciertamente admirables. Y en cuanto a vivir el sexo, lo entienden mejor que nadie. Por eso he dicho que Mahoma fue pragmático y listo. Les prohibió muchas cosas, como el alcohol y comer carne de cerdo (tan rico como está el jamón ibérico), pero fue tolerante en cuanto a lo de fornicar. Y así, el que puede, como sabéis, tiene más de una mujer. Se refocilan con todas, penetran a las que pueden (todas sumisas), y los ricos, los jeques, son ya punto y aparte, por cómo tienen sus harenes. No me digáis que eso no es hermoso. Qué grandeza de mujeres, no como las de Occidente, tan secas y caballunas muchas de ellas.<sup>1454</sup>

Según el Padre, la figura de Mahoma contrasta profundamente con la de Jesucristo. En su opinión, Mahoma dejó en el mundo gente ilusionada y con una profunda fe, mientras que el Hijo dejó una pléyade

---

1453 *Ibíd.*, 41.

1454 *Ibíd.*, 62-63.

de puritanos e intransigentes anglosajones y un sinfín de católicos fanáticos, de hipócritas y de adúlteros, “que Nos rezan, que Nos piden, pero el que puede, cuando la mujer se le pone gorda y fea, o se le tuerce, se busca un arreglo por ahí o se va con una jovencita, soñadora de vida muelle.”<sup>1455</sup>

Uno de los rasgos que caracterizan a este viejísimo y desnortado Dios es su relativa obsesión por las mujeres y el sexo. Así, frente a las mujeres musulmanas, tan obedientes y sumisas, opone a las mujeres occidentales, que se divorcian, abortan y quieren ser iguales o incluso superiores a los hombres; es decir, que “viven como les da la gana, ajenas a cualquier ley divina.”<sup>1456</sup> Es más, Dios tiene sueños eróticos con chicas dulces y placenteras e incluso está pensando echarse una novia y casarse con alguna santa jovencita. Y, ante el escándalo que sus palabras provocan en los santos a los que ha hecho esta confidencia, Dios se compara con otros hombres no tan poderosos como Él, aprovechando para criticarlos con cierta ironía:

—Podría hacerlo, ¿no? —dijo Dios, firme—. Me pondría en el mismo plan que se ponen los banqueros y los ejecutivos, empresarios ricos y otros gilipollas. Son tipos vanidosos que en un determinado momento se dejan a la esposa de siempre y se van con una jovencita, deseosa de vivir entre riquezas. Esos tipos se van con la mujer jovencita por ahí, en un viaje de placer, tal vez al Caribe, y vienen tal cual de maltrechos, y la nena felicísima, porque, entre otras cosas, se compró un sinfín de ropa y, a lo mejor, hasta chingó con un camarero negro. Yo podría hacer lo mismo, pues hay santitas vírgenes muy hermosas por Aquí, de modo que...<sup>1457</sup>

Para vencer la monotonía y el hastío cotidianos, además de recurrir al güisqui y al mus, Dios suele entretenerse tomando unos buenos aperitivos, con cerveza o vino, un poco de queso bien curado, unos

---

1455 *Ibíd.*, 61.

1456 *Ibíd.*, 76.

1457 *Ibíd.*, 109.

boquerones o unas lonchas de jamón de pata negra. En otros momentos, escucha música flamenca en su equipo de alta fidelidad, especialmente de Camarón de la Isla. Ahora bien, uno de sus entretenimientos favoritos consiste en echar mano de lo que él llama sus “juguetes”: modernas armas automáticas de gran precisión, rifles de repetición y con miras telescópicas, para disparar a diestro y siniestro. Y, cuando se queda sin munición, rendido y sudoroso, se retira a sus aposentos y pide que le sirvieran un güisqui largo con mucho hielo. Por el contrario, “los muertos, en la Tierra, ya no necesitaban nada”<sup>1458</sup>

Según relata Rodríguez, además de disparar, a Dios también le da por arrojar armas largas y cortas por un ventanuco de la Fortaleza. Como confiesa Santiago a Jesucristo, el mismo día en que Dios había tirado una metralleta y una pistola con munición 9 mm. Parabellum, llegó al Cielo la noticia de un suceso cruel en España: el secuestro y posterior asesinato del concejal de Ermua, Miguel Ángel Blanco, precisamente con dos balas de ese mismo calibre, que se encontraron en su cabeza cuando apareció su cadáver en un bosque, junto a un riachuelo, atado de pies y manos.

En lo que Dios confiesa no poder hacer nada, e incluso no querer hacer nada, es en lo relativo a los accidentes de tráfico, tan frecuentes en España, Portugal, Grecia e Italia. No quiere mover ni un dedo porque, según Él, la mayoría de los accidentados son jóvenes que se atiborran de alcohol y drogas en las noches del fin de semana y, después, se lanzan a la carretera como si estas fueran circuitos de velocidad. En otros casos, como ocurre con los accidentes de autocares en los que viajan pensionistas, los culpables suelen ser los conductores, a los que les gusta comer y beber bien, sin importarles lo que pueda suceder después. De ahí que Dios aproveche para lanzar no solo un ataque a estos individuos, sino también a los organizadores de los viajes y a los políticos, a los que acusa de querer librarse de unos viejos que no ocasionan más que gastos y molestias:

Esos conductores, a veces, tienen comportamientos extraños.  
Nadie les hace un estudio psicológico, y van siempre a lo que les sale.

---

1458 *Ibíd.*, 121.

Pero los organizadores oficiales de esos viajes de la tercera edad no se andan con remilgos, y si mueren al año cien pensionistas, son cien pensiones menos que tienen que pagar. Los gobiernos, sean del color que sean, tan panchos, hasta frotándose las manos.<sup>1459</sup>

Esa imagen negativa, inmisericorde y cruel del Dios Padre no solo está relacionada con las vivencias, los conocimientos y los sentimientos personales de Rodrigo Rubio, sino que también se asocia con su padre, a propósito de la muerte de Cristino. El relato de los hechos figura, precisamente, en el capítulo R, cuando el novelista recuerda cómo sus padres, V y D (Ventura y Dolores) buscaban desesperadamente noticias de su hijo, una vez terminada la guerra civil. Sumidos en la angustia, afirmaban que para ellos la guerra concluiría cuando su hijo regresara a casa:

[...] Y esperaban tristes, intranquilos, casi desesperados. Hasta que un día —de hermosa primavera, qué cosas— llegó un motorista con un paquetito. Preguntó por don VRM, y cuando el amo de la casa lo recibió, el motorista le entregaría aquel paquetito, donde venía el reloj y la cartera de C, y una nota oficial hablando de cómo fue su muerte y de cómo lo enterraron. Murió, junto a otros muchos compañeros, en la carretera N-340, cerca de Nules (Castellón), cuando su columna marchaba en retirada buscando una salvación posible. El último parte de guerra creo que ya se había firmado en Burgos, pero las “pavas” de la aviación nacional aún siguieron machacando, triturando hasta a los que buscaban refugio. Luego, todos aquellos soldados serían enterrados en una fosa común en el cementerio de Nules. Eso era todo. El motorista se fue, y V, con la cabeza gacha y los ojos húmedos, murmuraría: Hijos, Dios no es misericordioso. No lo es.<sup>1460</sup>

A medida que avanza la novela, la imagen de Dios se deteriora de forma alarmante. El Parkinson y el alcohol van haciendo mella en su

---

1459 *Ibíd.*, 141.

1460 *Ibíd.*, 152.

salud, hasta el punto de que sus manos están cada vez más temblorosas e incluso se le cae la baba. En esos momentos, el Hijo le reprocha algunas otras muertes de las que también lo considera responsable: los asesinatos de los hermanos Kennedy, el de Martin Luther King y el atentado islamista contra las Torres Gemelas de Nueva York. Y Dios, angustiado por los reproches del Hijo, casi se ahoga, vomita copiosamente y empieza a arrojar inmundicias por el ano. Tal es la gravedad del momento que el novelista Rodríguez, con el tono humorístico y sarcástico que lo caracteriza, escribe lo siguiente:

Yo, camuflado detrás de unas cortinas, veía todo aquel zafarrancho. Las monjitas vírgenes que habían prestado sus servicios en hospitales parecían decididas a limpiar al Señor. Pero luego, encontrándose tan cerca de la figura del Amado, empezaron a mostrarse dengues.

Fue entonces cuando Teresa de Ávila, decidida, se abrió paso entre todos y, remangándose los brazos, pidió que le trajeran en seguida una jofaina con agua caliente, una esponja, gel de baño, un frasco de colonia Nenuco y unos dodotis y se puso con energía a limpiar al Todopoderoso. Como era tan bruta, comentó:

—Nunca he visto salir tanta mierda por un culo.

—Y huele que apesta —dijo Juan de la Cruz.

—Acéptalo —le soltó Teresa—, pues al fin y al cabo es la mierda del Amado.<sup>1461</sup>

A lo largo de la novela, Santa Teresa representa la figura de la cuidadora tanto del Padre como de la Madre. Así, además de limpiar las deposiciones de Dios, también ayuda a bañar en agua de rosas a la Virgen, a la que se describe como joven y guapa, mientras que Teresa es una mujer madura, enérgica y con fuerzas, que pide perdón a María por sí, al bañarla o cortarle las uñas, muestra alguna aspereza. Ocurre

---

1461 *Ibíd.*, 189. El grado de deterioro físico, así como algunas costumbres del Señor —el mus, el güisqui, la obsesión por el sexo, etc.— permiten establecer un claro paralelismo entre esta imagen de Dios y la del propio Rodrigo Rubio, quien por entonces necesitaba frecuentemente de similares cuidados por parte de su esposa. Algunos ejemplos de ello podemos encontrarlos en su novela *Las enfermedades obsesiones de Paulino Marqués*.



que ella, mujer de acción, de caminar y fundar conventos, se siente como encarcelada en la Fortaleza y añora los años en que rezaba por los caminos, en los establos y en las cocinas a su amado, El Señor Jesucristo, al que confiesa haber llegado a ver como si fuera de carne y hueso, al igual que hacía Juan de la Cruz, al que la Virgen califica como “bondadoso frailecico y grandísimo poeta místico”. A continuación, asistimos a un gracioso diálogo entre ambas, en el que da la impresión de que, con cierto humor, el escritor de Montalvos pudiera querer desmitificar en parte la relación entre los dos místicos, pues la Virgen, echando mano de una cierta ironía, parece dar a entender que entre ambos hubiera podido existir algo más que un matrimonio espiritual:

—Juan, mucho más joven que yo, era un poco la mejor imagen de Cristo en la Tierra, y por eso es posible que le tuviera tanto afecto, tanta estima...

—Él también escribía versos fervorosos dedicados al Amado.

—Sí, en efecto. Allá quedó su Cántico Espiritual, una maravilla. El Amado suyo era el mío, Madre. Los dos, con fe, aunque de distinta forma, lo buscábamos, deseando siempre que llegara ese encuentro: el de verle y tenerlo. Por esas circunstancias estábamos tan unidos Juan y yo, como un matrimonio hecho para el Señor, sin que las pecadoras carnes se rozaran, ni se desearan siquiera.

—Bueno...

—Sí, Madre. Era así. Yo a lo mejor amaba demasiado. El amor se me desparramaba, y es posible que alguna brizna cayera fuera del alcance de Dios, rozando criatura humana, tan pecadora como yo.

—Bueno, Teresa, cuando se es joven y se ama tanto, es posible, sí, que algo de ese amor salpique a la criatura que tenemos más cerca.

—¿Qué quieres decir, Madre, que de alguna manera Juan era como mi novio, allá en la Tierra?

—Pudo haberlo sido, ¿no?, aunque hubiese diferencia de edad, pues los dos os queráis.

—Mira, María —saltó Teresa—, no sigamos hablando de estas cosas porque si no, y con todo respeto, te voy a recordar “lo tuyo” con José.

—Ay, hija, —suspiró la Madre—. Ya sabes que en Mí obró el Espíritu Santo.

—Sí, claro. Pues yo también hubiera deseado para mí, en determinados momentos, un Espíritu Santo tan bien dispuesto y fértil. Pero te “visitó” a Ti, María...

—Vamos, qué cosas dices, Teresa. No seas burra y acaba de limarme las uñas, por favor. Hoy me has hecho un servicio completo. Gracias, hija. Que tu Amado te lo pague.<sup>1462</sup>

### **Jesucristo, fuente de consuelo y esperanza**

Frente a la figura inmisericorde, cruel y esperpéntica del Dios Padre, Rodrigo Rubio presenta la imagen antitética del Hijo, el Cristo —como él solía llamarlo—, al que, según confiesa al comienzo de la novela, acostumbraba a rezarle, pues siempre lo había considerado como un amigo o un hermano. En sus oraciones, Rodríguez le pedía por él y por su hijo pequeño, “que ya era tragado por la pestilente movida madrileña”.<sup>1463</sup>

La imagen que el novelista ofrece de Jesucristo es la de un buen hombre, alto, hermoso, que sufre viendo las injusticias y las desgracias que asolan a los seres humanos y la indiferencia de su Padre ante las mismas, hasta el punto de que, en ocasiones, llega a sangrar por la frente, los costados, los pies y las manos, como si todo su sufrimiento significara una segunda crucifixión.

No obstante, también es una persona tímida y “sin autoridad (o sin la autoridad suficiente mientras viviera el Padre, y el Padre, ya lo sabemos, era y es Eterno)”, que solo se atreve a hacer algunos breves y puntuales reproches a su Padre, sabedor como es del mal genio de Este, de la displicencia con que recibe sus opiniones y de la indiferencia que muestra ante las desdichas humanas:

---

1462 *Ibíd.*, 148-149.

1463 *Ibíd.*, 10. En los últimos años de su vida, una de las mayores preocupaciones del novelista albaceteño fue la situación personal de su hijo pequeño, Germán Rubio Romá, quien en la adolescencia empezó a tener algunos problemas de salud que le obligaron a medicarse y le impidieron trabajar con normalidad. A pesar de sus continuos intentos por encontrar trabajo y de los diversos cursos realizados, no ha conseguido mantener una estabilidad laboral y económica y se ha visto obligado a tener que depender de sus padres.

Jesús, el llamado Hijo, que andaba por Allí con la misma figura, edad y aspecto de cuando lo crucificaron, se ponía de mal humor porque, entre otras cosas, le parecía que el Padre, el Todopoderoso, era indiferente ante las catástrofes y desgracias que sufría el Mundo, y en ese Mundo siempre los más jodidos eran los pobres, los desheredados, los desgraciados, como, por ejemplo, los habitantes de países africanos, de Latinoamérica, del Lejano Oriente, de casi toda el Asia, y ahora también de la región europea de los Balcanes.<sup>1464</sup>

Cuando Jesús, triste y cariacontecido, se queja a su Padre de que el mundo se está destruyendo y ninguno de los dos hace nada para evitarlo, Dios acostumbra a replicarle con diversos argumentos que suelen dejar a su Hijo sin palabras. Uno de ellos es que esa actitud de Jesús se debe a que solo bebe agua y refrescos; quizá, si siguiera su ejemplo y bebiera alcohol, pensaría de otro modo.

Otra acusación del Padre a su Hijo es la de estar condicionado en su forma de pensar por los elogios que de Él se hace en los Evangelios:

—Sí, muchacho. Lo que pasa es que Tú todavía tienes la cabeza llena de las muchas cosas elogiosas que dijeron de Ti los Evangelistas. Por ejemplo: creo que no se va de tu cabeza lo que en un determinado momento dijo Lucas. ¿Lo recuerdas?

—No sé a qué te refieres.

—A aquello que dijo de que ensalzó a los humildes y llenó a los hambrientos de bienes. ¿Fue así?

—Sí.

—Pues eso, entre otras cosas, te atormenta.<sup>1465</sup>

Otra cosa que le reprocha el Padre es su excesiva juventud, lo que conlleva que sea demasiado impresionable y caritativo, algo que se solucionaría cuando madurase y envejeciese; entonces, ya no se preocuparía tanto por la gente pecadora. En su opinión, el Hijo debería

---

1464 *Ibíd.*, 24.

1465 *Ibíd.*

ser más duro con los humanos, aunque no confía en que eso suceda pronto, ya que Jesús estaría muy influido por la imagen que de Él han proyectado los hombres, como, por ejemplo, la que aparece en la película *Jesucristo Superstar*:

—Creo que estás así desde que hicieron aquella película, con canciones sobre Ti, Jesucristo Superstar. Qué bobada, qué forma de hacer negocio los jodidos americanos. Además, allí te sacaron, de tan hermoso, con ciertos aires de marica. No me gustó nada aquella función, Hijo. Y menos todavía porque Judas fuera negro, por muy traidor que fuese. ¿Cuándo tuviste Tú, entre tus discípulos, a uno que fuera negro? ¡Nunca! Son ganas de joder la marrana. Cierto que el muchacho negro cantaba muy bien, mejor que Tú; pero eso no venía a cuento. Ni la María Magdalena, tan acaramelada, que parecía una putilla. ¿Qué me dices de todo eso? A Jesús le costó hablar, pero al fin dijo:

—A Mí esa película me emocionó, Padre, como creo que emocionó a muchísimos cristianos.

—Anda ya. Pero, en fin, si Tú lo dices, para Ti la perra gorda. No hablemos más de esas bobadas. ¿Quieres alguna otra cosa?

Y Jesús, ante la pregunta, volvió a quedarse callado, con timidez extrema ante el Padre...<sup>1466</sup>

Incluso cabe pensar que el Padre sienta envidia de lo mucho que aman los cristianos a su Hijo, especialmente los italianos, los españoles y los latinos. Una posibilidad que no parece disparatada, pues es coherente con la imagen grotesca, llena de imperfecciones y defectos, de ese Dios Todopoderoso. Así podrían interpretarse estas palabras suyas:

Estás en todos los templos, en casi todos los hogares y, muy especialmente, en conventos, ermitas, monasterios, etc., haya en esos claustros frailes o monjas. Todos te adoran, y es natural que Tú quieras corresponderles, y por tanto te duela cuando en esos países ocurren desgracias. Yo te comprendo, Hijo. Si te aman, ama Tú también. Yo,

---

1466 *Ibíd.*, 35.

si no te importa, quisiera quedar al margen de esas particularidades. Yo sé que te sientes orgulloso de muchas cosas, por esa multitud de Jesucristos que hay por todas partes, y hasta te emociona que en una ciudad como Sevilla, España (siempre España, leches), a una imagen tuya le digan el Cachorro, y que causa sensación, junto a la Macarena, en aquella Semana Santa tan pomposa que celebran allí rezando, pero a lo mejor bebiendo más que rezando. Todo lo sé. A Ti te quieren, insisto, y me parece justo que, de alguna manera, quieras corresponder. Pero no me hinchas la cabeza, no me vengas con problemas, pues Yo me he propuesto seguir mi marcha, seguir mi vida, jugando algunas partidas al mus y tomándome un buen whisky de vez en cuando.<sup>1467</sup>

En opinión de Dios, si los hombres quieren tanto a Jesús, y especialmente en España, es porque la gente “es vehemente y fanática”. Al haber dispuesto Dios que su Hijo se hiciera hombre, las personas prefieren dirigirse a alguien de naturaleza humana, porque lo ven más cercano, los puede entender mejor y les puede ayudar a solucionar sus problemas familiares, económicos, sociales o de salud. Él es quien mejor puede socorrer a los drogadictos, delincuentes, borrachos y descarriados, así como a los pobres y miserables:

Por eso te acosan, Hijo, con tantas peticiones, mientras que Yo, al ser “sólo” una Divinidad, me suelo quedar como un cero a la izquierda. Los habitantes de la Tierra quieren el bienestar allá en su mundo, y de ahí que se dirijan a Ti, pues siguen viéndote como hombre decidido, valiente, revolucionario, y además santo. Aquel muchacho/hombre de Nazaret; aquel que echó a latigazos a los mercaderes del Templo; es decir, a los ricos.<sup>1468</sup>

Jesús se muestra preocupado en todo momento por las tragedias y la violencia que sufren los humanos. Ni siquiera la intervención de María, la Virgen, sirve para otra cosa que no sea concertar una entrevista

---

1467 *Ibíd.*, 40-41.

1468 *Ibíd.*, 43.

entre Padre e Hijo a fin de que Jesús pueda exponerle nuevamente sus preocupaciones y sus deseos de que el Todopoderoso ponga fin a tanto sufrimiento y muerte. Pero Dios responde que no puede estar en todos sitios haciendo de ángel de la guarda de los humanos y que, además, es un viejecito que necesita muchos cuidados y pocos disgustos.

Dado que no está dispuesto a hacer nada para solucionar los problemas actuales, Jesús le habla de hechos del pasado que sí podía haber evitado, como la guerra civil española, el holocausto judío y, más recientemente, el atentado islamista contra las Torres Gemelas. Nuevamente, la respuesta del Padre es evasiva: “Yo no puedo remediarlo todo, y menos poner orden en un Mundo despedazado por seres humanos convertidos en fieras. Así que háblame de otras cosas, o me retiro a descansar, pues estoy fatigado, Hijo Mío”.<sup>1469</sup>

Como no podía ser de otro modo, Jesús también está muy preocupado por Rodríguez, de quien dice a San Pedro que es “un hombre que sufre, que desde los siete años lleva una pesada cruz de piedra encima; cruz que mandó construir el Padre para él. Por eso ha escrito ya que Dios le ha puesto un pie sobre su cuello y que lo tiene con la lengua fuera”.<sup>1470</sup> Y, como Jesús sabe que, en esencia, es una buena persona, tan solo lo considera una oveja descarriada que, por diversos motivos, se apartó del rebaño y a la que Él, como Buen Pastor que es, quiere restituir al redil.

De ahí que Jesús se muestre comprensivo con Rodríguez, al recordar a San Pablo uno de esos motivos, que ya se había apuntado con anterioridad: el acoso al que sometieron los cursillistas de cristiandad al muchacho Rodríguez. Cuando, por fin y de forma sorprendente, decidió ceder ante tanta insistencia y asistir a unas sesiones de esos Cursillos de Cristiandad, fue la actitud del cura de su parroquia la que le provocó un gran dolor, como bien recuerda Jesús:

El cura, sonriendo, le diría que tal y como él se encontraba (medio inválido) no se lo aconsejaba, pues en los cursillos todo funcionaba a toque de campana y él, por tanto, no podría acudir a los

---

1469 *Ibíd.*, 182.

1470 *Ibíd.*, 126.

actos puntualmente. Y fue entonces, cuando, no sin cierto cinismo, le dijo a aquel Padre: “Pues mire, si un cursillista llega tarde a un ejercicio porque se ha quedado poniéndome los calcetines, Cristo no se enfadará con él.”

—¿Y qué dijo el cura? —preguntó Santiago.

—El cura se quedó callado. Se le habían terminado las palabras.<sup>1471</sup>

El momento culminante de esta relación entre Cristo y Rodríguez llega en el capítulo 22 de la novela. Una noche en que el escritor está sentado en la terraza, tomándose un whisky y fumándose una pipa, contempla en el televisor un largo reportaje en el que aparece un sinnúmero de cadáveres de hombres, mujeres y niños, en la región de los Grandes Lagos; imágenes de las desgracias ocasionadas por un huracán en Centroamérica, y los asesinatos en Bosnia y en Kosovo. De pronto, advierte que a su lado aparece “un hombre, todavía joven, con larga melena de pelo castaño y barba que se le aflaba en la perilla [...], un hombre guapo, atractivo, vestido con larga túnica azul celeste”<sup>1472</sup>, que es el mismo que él había visto en la película *Jesucristo Superstar*. Cuando Cristo le pregunta si él es el escritor al que llaman el Rodríguez, este responde que sí, lo que da pie a este emotivo diálogo entre ambos:

—Sí. Soy ese que, de vez en cuando, se mueve entre Vosotros para ver cómo os comportáis los celestiales.

Esperé a que Jesús me echara una regañina. Pero, al contrario: con amabilidad tomó una de mis manos y me la apretó. Yo me acordé de los latigazos que había mandado darme el Padre, a mí o a mi hijo, era igual. Y también de aquella castración violenta. Me estremecía,

---

1471 *Ibíd.*, 127-128. Como relata, entre otros libros, en las novelas *La tristeza también muere* y *Memoria de pecado* y en el ensayo *Reflexiones. Confesiones antes de morir*, durante la convalecencia posterior a su intervención quirúrgica, en su casa del barrio valenciano de Monteolivete, Rodrigo Rubio recibía visitas de jóvenes cursillistas y, en algunos casos, representantes de un cierto fanatismo religioso, que pretendían reconducirlo hacia la Iglesia y que le llevaban objetos y libros religiosos. Tras la ilusión y el acercamiento sincero que experimentó en un primer momento, Rodrigo sufrió una gran decepción y acabó apartándose de esos jóvenes y de sus prácticas religiosas.

1472 *Ibíd.*, 160.

sintiéndome cerca de Jesús, amándole de nuevo, tanto o más que cuando era joven.

Jesús, luego de ver otras cuantas escenas —también terribles— en la televisión, se levantó, extendió los brazos en cruz, la túnica celeste y entonces (como para quererlo más) comprobé que sangraba por los costados, la frente, los pies y las manos. Parecía como si lo crucificaran de nuevo.

Lo vi que bajaba los brazos, que empezaba a alejarse, diciéndome:

Ven por Aquí cuando quieras o puedas, y procura verme. Yo sé que, desde pequeño, llevas una vida dura, con tormento, por lo que te pido perdón. Perdona tú al Padre, si esto te es posible. Yo procuraré seguir hablando con Él. Nos hace falta que piense, que sienta, que reflexione, pues hay demasiado mal, demasiado dolor en la Tierra, y es muy poca la gente que, como consuelo siquiera, piensa en Nosotros, en llegar al Cielo.

Y, a punto de desaparecer, murmuró:

—Ve con Dios, hijo.

—Gracias por todo, Jesús —le dije.

Y cuando lo vi alejarse, ya sangrando menos, no me atrevía a seguirlo para darle un abrazo, tanto como lo deseaba.<sup>1473</sup>

Finalmente, en el momento en que se contempla la posibilidad de que el Padre pueda llegar a morir, dada la gravedad de su estado, Rodríguez acude por última vez al Cielo y se encuentra de nuevo con Jesús, a quien le pide encarecidamente que vuelva a ser el Dios Hombre en el que tanta gente había creído, el Hombre de Nazaret, el Salvador, el consuelo y la esperanza de todos. Porque él está convencido de que, si el Buen Jesús reinara en el Cielo y en la Tierra, todo sería distinto y, por supuesto, se acabarían los disparos indiscriminados desde la Fortaleza. Quizá por eso, en un arranque de coraje y como para ajustar definitivamente las cuentas con Dios, pisa con todas sus fuerzas la goma del oxígeno, lo que provoca en Él tremendas bocanadas de angustia, de agonía:

---

1473 *Ibíd.*, 161-162.



Y seguí pisando la goma mientras el coro rezaba. Seguí presionando el pie sobre la maldita goma (así reventara todo), hasta que alguien, no sé quien, un gigante matón, me tomó en brazos lanzándome al espacio por una ventana, para luego caer, otra vez entristecido, sobre el Mundo maltrecho y miserable.

Dios, al parecer, superó la crisis, y por eso nosotros seguimos, aquí en la Tierra —por lo menos algunos—, con las mismas angustias, los mismos dolores y tan jodidos como siempre.<sup>1474</sup>

#### **7.14.4. Reflexiones. Confesiones antes de morir (2007)**

Cuando, años después de concluir *El Señor del látigo*, Rodrigo Rubio se disponía a escribir esa especie de memorias que son las *Reflexiones*, el escritor de Montalvos confesaba que, durante los años en los que estuvo escribiendo aquella novela (entre el verano de 1997 y el otoño de 2002), le asaltaban los dolores, los mareos, las náuseas y los vómitos; hasta tal punto que se llegó a plantear no terminarla. Pensaba, incluso, que quizá todos esos padecimientos pudieran interpretarse como un aviso para que dejara de escribir el libro o como un castigo del Dios Padre por todo lo que en él escribía:

Se lo comenté un día a mi mujer, aunque ella cree que eso son tontunas y manías, me dijo no obstante que dejara ese trabajo. Pero yo no quería dejarlo, yo quería terminarlo, aunque me llevara años de esfuerzo, pasándolo mal. Yo, que soy creyente —aunque no acepte el que haya un Dios Todopoderoso bueno— me temía que aquello —y sobraban muestras— era cosa de Él, que me aplicaba ya, y con dureza, lo de ojo por ojo, diente por diente [...]

Y por eso han persistido en mí los temblores, las preocupaciones, amando más a Jesús de Nazaret, que nunca, desde niño, me ha dejado. Por eso quizás también me he puesto a escribir este nuevo libro, que quiero que sea, además de una posible despedida mía de la literatura, como un compendio de todas mis preocupaciones, reflexiones y pensamientos.<sup>1475</sup>

---

1474 *Ibíd.*, 192.

1475 Rubio, *Reflexiones. Confesiones antes de morir*, 28.

El grueso del libro, fechado en Madrid en la primavera-verano de 2006 y publicado poco después de su muerte, está dividido en seis grandes capítulos titulados “Ojo por ojo”, “Los médicos y las medicinas”, “Los políticos y la política”, “El amor y otros desatinos”, “Vivir y morir” y “Jesús, mi amigo”. Posteriormente, antes de entregarlo a imprenta, añadió dos anexos: “Vejez y enfermedad” y “Las voces y los ecos”.

Como su título indica, nos hallamos ante un libro autobiográfico y muy intimista, escrito en primera persona y con una temática variada, centrada en sus vivencias personales, familiares y profesionales. De ahí que no resulte extraño el hecho de que una de las primeras confesiones de Rodrigo Rubio sea de carácter metaliterario, pues el escritor realiza dos aclaraciones respecto de su novela *El Señor del látigo*.

Una de ellas se refiere a la estructura con que dotó a esa novela, con dos historias paralelas que discurren de forma alterna: “por un lado, mis “encuentros” (en sueños) con Dios y toda su Corte Celestial, que habitan en una fortaleza del Cielo. Por otro, se narran algunos años de mi niñez, en el pueblo, en plena guerra civil, cuando, después de inyectarme una vacuna contra el tifus, me quedé medio paralítico”.<sup>1476</sup>

La otra aclaración sirve para justificar la dicotomía planteada por él entre el Dios Padre y el Hijo; entre el rechazo al primero y el amor al segundo, como dice haber demostrado claramente en dicha novela y además, en esta ocasión, promete contar algunas cosas que le sucedieron desde que comenzó a escribirla. Refiriéndose a *Reflexiones*, se reafirma en su admiración y amor por el Hijo:

De todas formas, en esta obra, donde crece de una manera inmensa Jesús de Nazaret, el martirizado, el crucificado, la Víctima, demuestro claramente cuál es mi postura ante el Dios Viejo y ante el que, después de asesinarlo, le llamaron el Hijo. Más adelante contaré algunas de las cosas que a mí, personalmente, ya maltrecho de salud, me han sucedido desde que en el verano de 1997 empecé, en Miraflores de la Sierra, a escribir esa novela, empujado por dolores viejos y nuevos, impulsado por el dolor, más duro, que puede causarte ver, por ejemplo,

---

1476 *Ibíd.*, 6.

que un ser querido tuyo, adolescente, es herido por el rayo de una tormenta celestial.<sup>1477</sup>

### **Continúa la historia del joven Rodrigo Rubio**

Tras la anterior afirmación, el escritor nos informa que va a volver a los años en los que, en *El Señor del látigo*, había dejado interrumpida la historia del niño RR, recién terminada la guerra civil. Como él mismo afirma, va a “hablar/escribir” de sus primeras salidas por el pueblo, apoyado en un bastoncito, “sin poder correr aún con otros muchachos, ni jugar con ellos, sino por el contrario, recibiendo algunas humillaciones y malos tratos por parte de algunos. De todo eso que siempre ha pesado en mí como una losa...”<sup>1478</sup>

El narrador se sitúa en los momentos en que en el pueblo se vivía una relativa paz, cuando su cuñado Juan Andrés estaba en libertad, aunque había sido apartado del ejército y carecía de empleo. Por eso tenía que dedicarse al oficio de recovero, comprando huevos y animales de corral por pueblos y aldeas vecinos, para facturarlos desde la estación de La Gineta hacia Alcira y Algemés, en donde tenía amigos, algunos de ellos de derechas y católicos a los que él había protegido cuando tuvo mando militar en esa zona.

En los dos o tres primeros años de la posguerra, Rodrigo salía de casa, con cierta ilusión debida a su relativa mejoría, a pesar de echar en falta a su hermano Cristino, muerto al final de la guerra, y al doctor Arturo Cortés, exiliado en algún país hispanoamericano. Quería ver las obras de reparación de la iglesia del pueblo, convertida durante la guerra en un economato, y a veces iba, junto a sus hermanas Pilar y Florentina, a las misas dominicales que se celebraban en la plaza.

En algunas de esas salidas se encontraba con amigos que se le acercaban para ayudarlo. Otros, en cambio, “se mostraban hostiles, y hasta me desafiaban a que echara carreras con ellos, o me mojaban la

---

1477 *Ibíd.*, 6-7. Sin duda, el escritor alude a la situación que su hijo Germán Rubio Romá atravesaba en esos momentos.

1478 *Ibíd.*, 7.

oreja, excitándome para iniciar una riña, una pelea. Yo, impotente, débil, desesperado a veces, lloraba entonces”.<sup>1479</sup>

Recuerda el autor que, por aquellos años, en el pueblo había gente muy alegre y eufórica, por la victoria de Franco y el nuevo régimen establecido, e igualmente había otras personas tristísimas: las viudas de guerra, las mujeres cuyos maridos habían sido fusilados y aquellas personas que tenían familiares en las cárceles. Había gente protegida, que se enriquecía con el estraperlo, y personas huérfanas, como Casi, la hermana de su amigo Manolillo, la cual se vio obligada a recibir hombres en su casa, entre ellos a Manuel, el alcalde y jefe local del Movimiento, quien acudía “con sus dos duros, un pan y unos chorizos para pagarle el polvo a la muchacha pobre”.<sup>1480</sup>

Otros dolorosos recuerdos están vinculados a su experiencia con una Iglesia aliada con los vencedores, comenzando por las primeras celebraciones religiosas tras el final de la guerra y por la reprochable actitud de determinados sacerdotes respecto de las personas pertenecientes al bando perdedor. Así, menciona cómo los mismos jóvenes de camisa azul que iban a comer y beber a sus anchas a casa de la familia Rubio agravieron a las hermanas de Rodrigo y a sus amigas, en un domingo de misa solemne, sin que el cura hiciera nada por impedirlo:

Y fue de pronto, cuando el que más mandaba en todos ellos, dio una voz diciendo que las rojas se apartaran de las filas. Las rojas eran mis hermanas y algunas de sus amigas, muchachas que, pese a todo, siempre habían ido a misa, cantando en el coro. Ahora, al parecer, eso ya no valía. El muchacho de azul dio aquella voz, señalando además a las muchachas, y ellas, cabizbajas, alguna medio sollozando, abandonaron las filas de sillas donde se habían sentado. Todo quedó en suspenso, nadie decía nada, y menos que nadie, el cura, [...] ese cura, venido con aquel aluvión de vencedores triunfalistas no dijo nada; no

---

1479 *Ibíd.*, 8.

1480 *Ibíd.*, 10. Esta joven es a la que Rodrigo Rubio llamaba Casi Alegrías en su novela *Fábula del tiempo maldito*.

dijo que, por favor, dejaran tranquilas a las chicas, pues todos somos iguales —o podemos ser iguales— a los ojos de Jesucristo.<sup>1481</sup>

Obsérvese que Rubio habla de la igualdad de todos ante Jesucristo y no ante Dios, en una muestra más de su clara predilección por la figura del Hijo frente a la del Padre. Porque ese suceso, acaecido cuando él tenía diez años y apenas entendía nada, se le quedó grabado y, desde entonces, se preguntó en muchas ocasiones si Jesucristo viviría dentro de aquel cura y de toda aquella gente que solo quería imponer su política y hacer suyo, en exclusiva, al Dios de los cielos.

Respecto de lo que para Rodrigo Rubio representaba Jesucristo, hemos tenido ocasión de ver la imagen que de él ofrecía en su novela *El Señor del Látigo*. En esta ocasión, en una reflexión que lleva por título “Jesús, mi amigo”, afirma el escritor que no podría precisar con exactitud cuándo empezó a amar a Jesús de Nazaret y aprovecha esta circunstancia para volver a incidir en el aprovechamiento sectario que de su figura hacían los ganadores de la guerra, incluidos los sacerdotes. No cree que empezara a amarlo cuando, de pequeño, su madre le hacía recitar la oración “Jesucristo de mi vida...”. Ni tampoco cuando tomó la primera comunión, porque por aquel entonces, recién acabada la guerra, los curas y las nuevas autoridades “habían creado un Dios que sólo podía amar a los vencedores, sin un sitio para un Jesucristo que, por lo menos en un descuido de los vigilantes, se acercara a los desgraciados”. Además, añade Rubio, “A Jesús lo quitaban de todas partes, porque Jesús de Nazaret era —y es— la paz y el amor, y entonces vivíamos días de una paz falsa y de un amor convertido en odio”.<sup>1482</sup> Días en los que “el Gran Jefe y un Dios Todopoderoso” no podían perdonar a los perdedores, que eran los que más necesitados estaban de caridad.

Volviendo al cura de su pueblo, el narrador cuenta otro ejemplo más de su falta de humanidad y de caridad cristiana, que igualmente quedó impreso en su memoria. En este caso, se refiere al entierro del joven Bartolomé Olivares, el cual había venido de la guerra con una

---

1481 *Ibíd.*, 9-10.

1482 *Ibíd.*, 109-110.

tuberculosis que le agujereaba los pulmones y murió a los pocos meses. En la puerta de la casa, el cura rezó un responso y, cuando sus familiares se disponían a llevar en hombros el féretro hasta el cementerio, dijo que esperasen a que él dirigiera unas palabras a la familia del muchacho. Tras reconocer que esas personas habían actuado bien tratando de dar al joven todos los cuidados posibles para que mejorase, les recriminó su mala actuación en el plano espiritual, pues se habían preocupado de la salud del cuerpo y no de la del alma:

El muchacho está muerto, pasó meses y meses aquí, muy enfermo ya y nadie fue para llamar al sacerdote, de pedir para esa alma —que posiblemente ya estará penando— la salvación eterna, que le pudo venir con mi presencia; es decir, con los auxilios de la Santa Madre Iglesia Católica. Pues bien, diría aquel cura, ahora quedaba en la conciencia de todos, y para siempre, pensar en que ese ser humano pueda o no haber sido salvado de una segunda muerte mucho más cruel: la de sufrir y perecer en las llamas del infierno.<sup>1483</sup>

Recuerda también el escritor cómo en la primavera de 1940, ya concluida la reparación de la iglesia, el cura anunció una gran fiesta para celebrar la primera comunión de todos los niños a partir de los ocho años, previa preparación a cargo de las jóvenes de la Sección Femenina. Algo a lo que, no solo en su pueblo sino en todas partes, se plegaron los vencidos, por miedo a las posibles represalias de los curas, los alcaldes y la Guardia Civil. Un temor —apunta el narrador— que estaba por encima de cualquier devoción, “pues muchos de aquellos hombres, para encontrar un trabajo o, lo que era peor, no volver de nuevo a la cárcel, dependían siempre de los informes/avales que a otras instancias superiores mandaran el párroco, el alcalde y el comandante de puesto de la Guardia Civil”.<sup>1484</sup>

Lógicamente, antes de tomar la primera comunión, había que confesarse y, como no podía ser de otro modo, Rodrigo Rubio va a

---

1483 *Ibíd.*, 12.

1484 *Ibíd.*, 13.

aportar algunos datos al respecto. Por ejemplo, comenta la obsesión de los curas por el pecado, especialmente en lo relativo a la sexualidad, y el miedo que infundían en los jóvenes de ambos sexos a condenarse por lo que calificaban como un placer repugnante.

En este sentido, cita como argumento de autoridad el ejemplo que ofrece José Martínez Ruiz en *La voluntad*, a propósito de la actuación del viejo cura Puche para influir en su sobrina Justina antes de que se llegase a formalizar su compromiso con el joven Azorín. Tal fue su atosigamiento con el miedo al pecado y “a una posible condenación —sólo por casarse con el joven Azorín—, que la muchacha, atormentada, rompe las relaciones con su novio y, obedeciendo a su tío cura, ingresa en un convento. Todo por la salvación eterna, según el viejo cura Puche. Y la muchacha, en el convento, llena de cilicios, autoflagelándose —como hacían otras—, se va consumiendo hasta ver, no sin angustia, las murallas del Cielo. Y claro, al poco tiempo muere”<sup>1485</sup>

Respecto de su confesión antes de tomar la primera comunión, recuerda el escritor que no sabía qué decirle al cura, pues a sus diez años no tenía conciencia de haber hecho nada malo, ya que él era un chico débil, con una niñez diferente, que ni siquiera había robado higos, uvas o melones, como sí hacían otros muchachos del pueblo. Tras una especie de interrogatorio, el cura gordo le preguntó si quería a sus padres y, al responderle que los quería mucho, le dijo que de la misma forma tenía que querer a Franco.

El día de su primera comunión coincidió con la celebración de algunas bodas de hombres y mujeres maduros y el bautizo de críos pelados al cero, en lo que era una gran fiesta para las nuevas autoridades y para el cura gordo y el canónigo que había ido a ayudarlo. A los niños comulgantes el cura les aseguró que eran criaturas de Dios, al que debían respetar y querer siempre; de los bautizados dijo que ya eran cristianos y añadió que “los matrimonios o amancebados, que no servían como tales matrimonios a los ojos de Dios, ahora estaban dentro de la gran regla cristiana y católica. (El canónigo dijo que así, casados por la Iglesia, ya podrían tener papeles y no ser mirados como unos apestados. Pero eso

---

1485 *Ibíd.*, 15.

también era cierto, y de ahí que ninguna pareja se negara a pasar por la Vicaría)<sup>1486</sup>.

Frente a este tipo de curas, Rodrigo Rubio opone a aquellos otros a los que califica como “hombres de sotana con Cristo dentro”. Tal es el caso de don Apolinar, que era cura de su pueblo antes de que él naciera y que fue quien lo bautizó y que se nombró a sí mismo padrino del pequeño Rodrigo. De él recuerda que era una persona muy querida por su familia y por la gente del pueblo, así como su prudencia durante las discusiones políticas que tenía con el maestro, un hombre muy próximo a las doctrinas del marxismo-leninismo. Don Apolinar, vestido de paisano, tuvo que huir del pueblo una vez iniciada la contienda civil. “Supimos de su huida a los montes, sin pedir auxilio en ninguna aldea (como menciono, de pasada, en mi novela *El Señor del Látigo*), enterándonos, con dolor, que murió en un pinar, de frío, sed y hambre, al cobijo de un pimpollo.”<sup>1487</sup>

Otro cura con el que convivió en su pueblo y que también llevaba a Cristo dentro fue don Jesús Pintado Bernal, quien, al acabar la guerra, había llegado desde Murcia para ejercer como párroco de La Gineta y de Montalvos. Lo recuerda como una buenísima persona, profundamente cristiana y alegre, que enseguida supo atraerse a los jóvenes.

A don Apolinar y a don Jesús, añade aquellos otros a los que conoció en los años sesenta, cuando ya en España había una cierta apertura y flexibilización, como el padre Duato, sacerdote jesuita, en Valencia; monseñor Ramos, en Barcelona; el padre Cazenave, capellán mayor en Lourdes, y el padre François, fundador de la Fraternidad Católica de Enfermos en un hospital de Verdún, junto a un grupo de enfermos, mutilados e inválidos:

Todos esos religiosos que he nombrado, con algunos más —frailes, monjas, etc.— serían para mí formidables, tanto por su humanidad, su religiosidad y siempre por aquel comportamiento de solidaridad, de ayuda desinteresada, sin paternalismos, hacia los más

---

1486 *Ibíd.*, 16.

1487 *Ibíd.*, 25.



débiles. No había nunca en ellos una amenaza, ni siquiera un reproche, hacia el posible pecador/pecadora. Todo era comprensión, con un comportamiento humano que, a veces, al elevarse tanto, se hacía puramente cristiano.<sup>1488</sup>

Además de estas referencias a cuestiones de tipo espiritual, Rodrigo Rubio repasa aquellas otras relativas a su salud física y, en este sentido, recuerda que en su anterior novela había hablado de los primeros brotes artríticos del niño RR, habiendo sido atendido primero por el doctor JS (don Joaquín Sotos Redondo, de La Roda), y luego por el doctor AC (don Arturo Cortés, en la clínica del Rosario, de Albacete). “Todo aquello, aunque no sé si con mucho detalle, quedó plasmado en la narración paralela que se incluía en esa historia sobre las vivencias y actitudes de Dios”.<sup>1489</sup>

Cuando don Arturo Cortés, también diputado por la República, se vio obligado a exiliarse a México, el pequeño Rodrigo tuvo que visitar a otros médicos de La Gineta, y “entonces fue cuando supe de las inyecciones de Irgapirina, tan dolorosas, y de las de vitamina B-12, y las de Bitabión Forte, así como beberme aquel compuesto de salicilatos que me destrozaba el estómago”.<sup>1490</sup> Dado que con esos tratamientos no mejoraba, en 1943 acudió a la clínica del doctor Ramón Ferrándiz, en Albacete, volviendo a repetir las rutinas de los viajes en carro que anteriormente habían hecho para ir a la consulta del doctor Cortés. Y, de nuevo, el tratamiento dio paso a una mejoría que le permitió, durante unos años, ayudar a sus hermanos en las labores del campo, antes de emigrar a Valencia.

Poco después de llegar a Valencia, Rodrigo fue llamado para realizar el servicio militar y lo mandaron a un regimiento de artillería de costa en Ibiza. Pero, como la citación para presentarse en la Caja de Reclutas de Albacete, coincidió con la víspera de las fiestas de San Marcos, el patrón de su pueblo, él decidió no acudir, presentando alegaciones médicas, a pesar de que al Ayuntamiento llegó un oficio diciendo que,

---

1488 *Ibíd.*, 20.

1489 *Ibíd.*, 31.

1490 *Ibíd.*, 32.

si no se encontraba bien, iría una ambulancia a recogerlo. Mas, como el oficio no se había enviado por correo certificado, no figuraba una fecha concreta de recepción del mismo. “De ahí, y porque a mí me daba la gana, el que no me presentara hasta una vez pasadas las fiestas, bailando lo que pude en las verbenas de la plaza”.<sup>1491</sup>

Esa actitud un tanto chulesca estuvo a punto de ocasionarle un serio disgusto, pues un militar de la Caja de Reclutas quiso mandarlo a Sidi Ifni. Menos mal que otro militar de mayor graduación, al que el padre de Rodrigo había ayudado durante la guerra, intervino para evitar ese castigo. Una vez en el cuartel, el recluta Rubio se negó a calzarse las botas y a hacer instrucción, pidiendo continuas bajas médicas. “Hasta que, a lo mejor hartos de mí ya, desde un hospital de Palma de Mallorca me mandaron a Valencia, a casa de mis hermanos. La vida, por todo, era una puta coña”.<sup>1492</sup>

Esos médicos del hospital de Palma, al reparar en sus pies deformes, con dedos en forma de martillo, le dijeron que quizá pudieran operarlo en Valencia. En un primer momento, en un hospital valenciano desaconsejaron la operación, pues las deformaciones por artritis, al ser intervenidas, podrían ocasionar brotes posteriores. No obstante, finalmente, decidió visitar el Sanatorio Nacional Marítimo de la Malvarrosa y, el 25 de enero de 1955, fue intervenido quirúrgicamente, con el resultado de que ya no volvería a andar, si no era con la ayuda de muletas, pues la operación fue un fracaso, como relata en estos términos:

Llegó el momento, por parte del famoso doctor López, de rajarme las piernas por los empeines. Al parecer, lo que ese doctor pretendía era cortarme los tendones, colocándome un injerto, una especie de añadido anudado, para luego, con rehabilitación, hacer que los dedos de los pies se estiraran, volviendo a su estado normal. Vano empeño. Pero ese hombre iba a su aire, aplicando a diestro y siniestro en aquel sanatorio que dirigía, su cirugía, alguna vez no sé, eficaz; tantas veces, lo sé, errónea.

En mi caso lo fue. Me anudaron los tendones con el añadido, me cosieron las rajaduras, me escayolaron, y a pasar unos días allí,

---

1491 *Ibíd.*, 35.

1492 *Ibíd.*, 36.

junto a aquel hermoso mar donde, quizás, yo ya no me bañara nunca, o no para nadar como un pez.<sup>1493</sup>

Tras dos años de angustia y desesperación, tuvo que recurrir a unas muletas para poder andar, pues las rodillas y las caderas no le respondían. Fue entonces cuando su hermana Florentina y su cuñado Manolo, que habían regresado de Argentina, tras cinco años de emigración, lo llevaron a un médico en el que ellos confiaban mucho. Este aconsejó que lo viera el doctor Ricardo Moleres, un reumatólogo que, tras diez años trabajando en Estados Unidos, había instalado un consultorio en Valencia. Su diagnóstico fue muy sincero: el anquilosamiento de las caderas era progresivo e irreversible y había que intentar salvar las rodillas y la columna vertebral. Con el tratamiento correspondiente y una buena alimentación, su estado general mejoró, los dolores disminuyeron y pudo salir a la calle con mayor frecuencia, además de encontrar ánimo para dedicar tiempo a la lectura, el estudio y la escritura.

Esa operación en el Sanatorio Nacional de la Malvarrosa fue el punto de partida de su invalidez progresiva. Además, durante los dos años en que se vio obligado a permanecer recluido en casa, lo visitaban jóvenes de la parroquia y mujeres de Acción Católica, que le llevaban escapularios bendecidos y libros piadosos, al tiempo que le pedían que no leyera a autores como Blasco Ibáñez, Unamuno o Baroja. También acudía a verle un sacerdote llamado Antonio Paul, “hombre bueno, hombre de sotana sucia y posiblemente, con Cristo dentro de él”, quien iba todos los primeros viernes de mes para confesarlo y darle la comunión:

Todo esto, sin parafernalia alguna, creo que era hermoso, y aquel hombre, aquel sacerdote, por lo que fuera, desprendía espiritualidad. Sería, insisto, el recuerdo más consistente que me quedara de todo aquel largo tiempo en el que pasaba, a la edad de veinticuatro años, de

---

1493 *Ibíd.*, 39. Se refiere Rubio al doctor Álvaro López Fernández, quien en 1932 fue nombrado director de ese sanatorio y que durante cuarenta y dos años atendió a enfermos con patologías óseas y a afectados del aparato locomotor.

ser una persona físicamente útil a soportar una invalidez —además con fuertes dolores artríticos— que ya viviría siempre conmigo.<sup>1494</sup>

Pero, poco después, Rodrigo se apartó de la Iglesia a causa de esa especie de fanatismo religioso de esos jóvenes que iban a visitarlo y de la llegada a la parroquia del barrio de un cura nuevo, joven, desenfadado y deportivo, que no accedió a visitar a Rodrigo, a pesar de habérselo pedido la hermana de este, Florentina, y otras mujeres de Acción Católica.

A partir de entonces, decidió quedarse en casa y leer a escritores como Nikos Kazantzakis (*Cristo nuevamente crucificado*), Graham Greene (*El Poder y la Gloria*) o Georges Bernanos (*Diario de un cura rural*); “libros en los que se hablaba de un Dios para todos, de un Jesucristo con amor. Prefería eso o ir al bar de Pepe, donde todo era sencillo y los trabajadores que entraban allí me parecía a mí que estaban más cerca de Jesús que los eufóricos y triunfalistas muchachos que habían hecho los Cursillos de Cristiandad”.<sup>1495</sup>

No obstante, según confiesa Rubio, en algunos momentos tenía remordimientos por haberse alejado de la confesión y la comunión y, sobre todo, como consecuencia de la educación recibida durante sus años mozos, en los que se le había inculcado la idea de que, si alguien moría en pecado, se condenaría al fuego eterno. Por eso, un día decidió confesarse y, para ello, acudió a la Colegiata de San Bartolomé, cerca de su barrio. Allí se encontró con un canónigo viejo fumando en la puerta y que, con desgana, arrojó el cigarrillo y se dispuso a confesarlo. Y fue esta una experiencia decisiva para su alejamiento de la Iglesia, como relata con estas irónicas palabras:

Él se sentó en el confesionario, yo me arrodillé, apoyando las muletas en la puertecita, y dije lo de “Ave María Purísima”, el cura contestó que “sin pecado concebida”, y me preguntó sin más preámbulos que de qué me acusaba, y yo, sincero, le dije que me acusaba de haber besado apasionadamente, y muchas veces, a una

---

1494 *Ibíd.*, 111.

1495 *Ibíd.*, 113.

muchacha, a la que, también, en no pocos momentos le acaricié los pechos y el culete. El padre guardó silencio un momento; luego tosió y, con sequedad, me dijo: “¿Estás así y aún pecas?” Entonces el que guardó silencio fui yo. No supe qué decir; no me quedaban palabras para seguir la confesión, por lo que, en silencio, me levanté, alejándome del confesionario, marchándome a la calle, sin saber si el canónigo me había dado la absolución. Tampoco me importaba ya. Por un momento recordé aquella confesión en el pueblo, cuando iba a tomar la primera comunión, y me pareció, por tantas cosas, que la vida seguía quieta, que a Jesús de Nazaret lo apartaban de todas partes, como si fuera un testigo molesto para las conciencias adormecidas en el mando y la rutina.

Y aquello sería la huida definitiva de un mundo oscuro e intolerante en el que yo no podía sentirme a gusto.<sup>1496</sup>

## Los políticos y la política

En sus últimos años, Rodrigo Rubio mostró un creciente interés por analizar algunos aspectos de la historia reciente de España. Sabido es que, en muchas de sus obras, los temas de la guerra civil y de la inmediata posguerra habían sido tratados con cierta amplitud y profundidad. Ahora, va a realizar un nuevo repaso a dichos temas, aunque en esta ocasión comenzará su análisis por la Segunda República, a la que, según afirma Rubio, consideran los políticos actuales como “el punto de partida para la democracia que ahora vivimos, especialmente [a] la que pone timón y guía la acción del líder socialista, presidente del Gobierno, Rodríguez Zapatero”.<sup>1497</sup>

Pero el escritor albaceteño desea hacer algunas matizaciones respecto de las conexiones de aquel régimen con el actual, comenzando por reconocer el júbilo y el entusiasmo que la llegada de la República supuso para un pueblo español cansado de regímenes monárquicos, que se lanzó a las calles para vitorear al nuevo régimen. Además, aprovecha ese recuerdo para lanzar un irónico dardo a algunos conocidos actores que se han declarado defensores de la izquierda republicana:

---

1496 *Ibíd.*, 113-114.

1497 *Ibíd.*, 65.

Y uno piensa, recordando esas fechas, esas manifestaciones, lo felices que hubieran podido ser, de vivirlo, lanzando, con la multitud, sus gritos de alegría, de júbilo, Pilar Bardem y Ana Belén. Sin duda, ahora, cuando vean algunas de aquellas imágenes de cine mudo, en blanco y negro, se sentirán igual de felices como si lo hubieran vivido en directo.<sup>1498</sup>

A renglón seguido, se pregunta si aquello fue lo mejor que le podía pasar a la España de los años treinta. Su respuesta es que pudiera ser que sí, pues la llegada de la República puso fin a un tiempo de cansancio, fatigas y cacicadas y dio paso a otro de ilusiones y esperanzas. Pero, poco a poco, se fue produciendo un deterioro que Rodrigo Rubio achaca a varias causas: la influencia de potencias extremistas —la URSS, por un lado, y el nazismo alemán y el fascismo italiano, por otro—; la inclinación del gobierno hacia una República Popular de inspiración marxista-leninista; las revueltas de campesinos en Andalucía y de mineros en Asturias, que fueron durísimamente reprimidas por el gobierno; la persecución del clero, la quema de iglesias y conventos; el desencanto de importantes figuras de la intelectualidad —y pone como ejemplo a Ortega y Gasset y su artículo publicado en el diario *El Sol*, el 9 de septiembre de 1931, con el título “No es esto, no es esto”—, y el deseo de parte del ejército de entrar a saco en el régimen republicano. El resultado de todo ello fue una guerra civil/incivil, “la tragedia más sangrienta y atroz que sufriera nuestro país en sus más de cinco siglos de historia”.<sup>1499</sup>

Una guerra de la que afirma que no va a escribir mucho, pues recuerda haberlo hecho en diferentes momentos de su trayectoria como escritor, tanto en novelas como en artículos. No obstante, sí se refiere, en primer lugar, a su novela *La espera*, en la que llegó a escribir que, si España volviera a vivir una tragedia similar, él se suicidaría. Por eso, en esta ocasión, lanza un aviso “a los políticos de ahora, tan inconscientes e irresponsables tantas veces en sus actitudes y manifestaciones”, para que eviten que vuelva a repetirse un enfrentamiento similar, pues “yo,

---

1498 *Ibíd.*, 66.

1499 *Ibíd.*, 68.

insisto, de estar todavía vivo (me gustaría seguir vivo y que esa tragedia no volviera a producirse), me quitaría la vida”<sup>1500</sup>

Apunta, también, que en su novela *Agonizante sol* había escrito que la guerra supuso la decadencia y casi el final de una clase burguesa rural que vivía en buenas casas en las ciudades y que, cuando llegaba la época de la recolección y la de la matanza de los cerdos, se iban a sus fincas del pueblo para vivir como grandes señores y dueños de todo. Mas, una vez alcanzada aquella especie de paz a partir de abril de 1939, ya nada volvería a ser igual para aquellos terratenientes.

E, igualmente, se refiere a su novela *El Señor del látigo*, en la que hablaba de la tristeza que aquella tragedia significó para él, para sus padres y para el resto de su familia, con tres hermanos obligados a luchar, y aprovecha para remitir a los lectores de estas *Reflexiones* a acercarse a aquellas sentidas páginas de la novela y comprobar allí todo lo que él sufrió de niño y qué fue lo que quiso escribir antes de que le llegara la muerte.

En cambio, confiesa no haber contado nada sobre algunos hechos que a él y a sus amigos les estremecieron, a pesar de que en su pueblo no hubo bombardeos y apenas se llegó a ver a algunos pocos soldados que llegaban de permiso y, más tarde, a un destacamento de las Brigadas Internacionales que se instaló en ese lugar. Hechos como los que detalla a continuación, haciendo hincapié en la impresión que causaban en los niños:

A nosotros, los chiquillos, lo que más nos impresionaría fue aquella hoguera que, apenas iniciarse la contienda, hicieron los milicianos de camisa roja con las imágenes y los ornamentos sagrados que sacaban de la iglesia. Aquello, ver arden las imágenes de San Marcos Evangelista y de la Purísima Concepción —patronos del pueblo— impresionaría a mucha gente y nos asombraría a los chiquillos, traumatizándonos un tanto. Luego, también nos impresionaría ver a hombres del pueblo —llamados milicianos— apuntando con sus armas, arrinconándolos contra las paredes, a otros hombres del pueblo, que los

---

1500 *Ibíd.*, 69.

de las armas llamaban o consideraban ricos y burgueses; algunos, como mi padre, con una labor de un par de mulas y tres hijos luchando en diferentes trincheras republicanas. Todo aquello, para los que ya tenían conocimiento de las cosas, resultaba tremendo, además de absurdo. Para nosotros, los chiquillos, algo como si, de pronto, hubieran quitado de nuestro alcance toda clase de juegos e ilusiones.<sup>1501</sup>

A su memoria acuden igualmente las imágenes de personas evacuadas, sobre todo de Madrid y de Andalucía, que llegaron al pueblo y tuvieron que ser acogidas en diversas casas, aunque a algunos propietarios no les resultase grata su presencia. Afirma Rubio que, al parecer, el Socorro Rojo Internacional no podía hacer otra cosa a favor de aquella gente hambrienta y expuesta a las represalias de las tropas nacionales. Como ejemplo de esas personas, pone el de un matrimonio procedente del barrio madrileño de Salamanca, que fueron socorridos durante una temporada en casa de la familia Rubio. El hombre, una persona noble y educada, médico de profesión y con su único hijo, también médico, muerto en el frente, solía salir a dar un paseo por las afueras del pueblo, en los atardeceres, y se sentaba a la sombra de un olmo. Una tarde, los críos, tanto lugareños como evacuados, cuando el hombre estaba sentado leyendo un libro, aprovecharon para hacer sus necesidades desde lo alto del olmo, “para que toda la mierda le cayera al pacífico hombre encima, sobre su calva” y, a continuación, salir corriendo y riéndose de él, como locos. El hombre, terriblemente triste, “se retiraba murmurando que no había derecho, que todo, desde lo más mínimo, era una terrible tragedia. Y así era, en verdad”.<sup>1502</sup>

Recuerda que, durante los años sesenta y setenta, había tratado de la dura posguerra en obras como *Equipaje de amor para la tierra*, *La feria*, *La espera*, *Memoria de pecado* y *Álbum de posguerra*, y, a finales de los noventa, en *Fábula del tiempo maldito*. Por eso, en estos momentos, se va a referir a algunos hechos puntuales, como la no participación de España en la Segunda Guerra Mundial.

---

1501 *Ibíd.*, 70-71.

1502 *Ibíd.*, 72.



En este sentido, afirma Rubio que los vencedores se alegraron de que Franco no permitiera que las tropas de Hitler cruzaran España para dirigirse a África, aunque ello fuera a cambio de envíos masivos de alimentos a Alemania, a pesar del hambre que había en España. Por el contrario, los vencidos quizá hubieran preferido que España entrara en esa guerra para que, una vez derrotados el nazismo y el fascismo, nuestra nación fuese liberada y reorganizada por los aliados, algo que igualmente podría haberse producido a pesar de la no intervención española en dicha guerra:

Soñar e imaginar no costaba nada; sólo mover todavía la poca ilusión que le quedaba a aquella gente derrotada, viviendo ahora entre el miedo y la miseria. Pero esta misma gente se decía que, acabada la guerra, con victoria de los aliados, y aunque España no hubiese combatido junto a las fuerzas del Eje, igualmente su régimen sería modificado, con la posible desaparición de Franco y la —eso se esperaban— nueva democracia.<sup>1503</sup>

Como irónicamente precisa Rodrigo Rubio, eso es lo que esperaban los vencidos, mas lo que ocurrió fue todo lo contrario, “la derrota final para los perdedores”, pues los aliados se preocuparon de repartirse Europa, mientras en España todo seguía igual: el Maqui, luchando desde las montañas; los comunistas, perseguidos por la policía política de Franco, y de los socialistas, “en los duros años de posguerra, nada, el silencio absoluto, y de correr riesgos, como corrieron los comunistas, casi ninguno”.<sup>1504</sup>

Tampoco se olvida de recordar que las democracias europeas, aunque no querían a Franco, sí veían con buenos ojos su lucha contra el comunismo, e incluso llegaron a llamarlo “Centinela de Occidente”. De modo que el régimen franquista se acabó consolidando, más aún después de que Estados Unidos decidiera colaborar con el gobierno y de que el general Eisenhower visitara oficialmente España:

---

1503 *Ibíd.*, 75.

1504 *Ibíd.*, 77.

Aquello fue el remate, anulándose las últimas esperanzas de tantísimos sufridos españoles, que a partir de entonces a lo mejor se integraran en los movimientos migratorios masivos, en los que miles de trabajadores saldrían de sus lugares para buscar una nueva vida en las grandes ciudades de España o de Europa.<sup>1505</sup>

Emigración y chabolismo fueron temas prioritarios para los escritores de izquierdas y progresistas, como ocurrió con el propio Rodrigo Rubio y con su buen amigo y compañero Francisco Candel, a quien la censura persiguió, quizá no por “sus libros suburbiales, sino por su filiación política, en el PC o muy próximo”, Recuerda el escritor albaceteño cómo se ofreció para acompañarle al Ministerio de Información y Turismo y defender su obra ante los censores, “cosa que yo muchas veces hacía (como contaré más adelante), aunque los resultados que obtenía eran poco más o menos como los de Francisco Candel no viniendo a Madrid”.<sup>1506</sup>

En relación con la falta de libertad y la censura, comenta Rubio que, en los últimos años del franquismo, algunos intelectuales y políticos de izquierdas se atrevieron a manifestar sus opiniones en conferencias y coloquios con estudiantes, lo que a algunos les costó ir a la cárcel, como le pasó a Ramón Tamames. Rodrigo, que parecía vivir un poco al margen de todo aquello aunque firmaba los manifiestos de protesta contra el sistema, también sufrió represalias por parte de los directores de periódicos en los que colaboraba y de los censores. Así, comenta que en *Equipaje de amor para la tierra* la censura solo tachó algunos párrafos y no se atrevieron a hacerlo con páginas enteras, tal vez por ser la novela ganadora del Premio Planeta. Y algo similar le ocurrió con *La sotana*.

En el caso del ensayo *La deshumanización del campo*, afirma que hubo gente del régimen que no le reprochó el fuerte contenido social sobre la emigración campesina, sino el hecho de que la publicara en una editorial de signo político progresista como era Península. Y, ya en el año 1970, tuvo una nueva experiencia negativa con *Radiografía de una sociedad promocionada*, obra a la que él califica como libro-crónica

---

1505 *Ibíd.*, 79.

1506 *Ibíd.*, 80-81.

—en el que fue muy directo al hablar de la España de esos años—, que la editorial Plaza-Janés presentó a consulta previa para pasar la censura, con el resultado de que le suprimieron veinticinco páginas y algunos párrafos sueltos. “De todas formas —comenta el autor con la ironía que le caracteriza—, el libro quedó todavía bastante crítico, y muchos compañeros hicieron de él comentarios elogiosos, incluso desde posiciones de derechas. El único que me hizo una crítica desfavorable —porque en el ensayo no había empleado métodos científicos o algo así—, fue el progresista —que ha terminado como comentarista en la cadena Cope— Amando de Miguel”<sup>1507</sup>

Continuando con el tema de la censura, añade Rodrigo Rubio que, tras aquel primer intento de denuncia sobre la situación española que representó *Radiografía de una sociedad promocionada*, quiso dar un paso más con la elaboración de la trilogía titulada *El poder* que, como señalamos en su momento, estaría formada por *La silla de oro*, *Dirección obligatoria* y *Jesús muere en la autopista*:

En su conjunto, iba a ser una obra imaginativa, algo fantástica también, pero en la que intentaría, por todos los medios expresivos, fantásticos, metafóricos, esperpénticos, etc., simbolizar lo que supone el poder absoluto y los intentos de hacer algo, con mucho ingenio e imaginación, de personajes que se mueven entre la resignación y la esperanza de mejorar en algo.<sup>1508</sup>

La editorial Plaza-Janés se comprometió a publicarla, previa consulta con la censura, pues no querían arriesgarse a que, de no hacerlo así, la trilogía fuera secuestrada tras su publicación, con las consiguientes pérdidas económicas y las repercusiones políticas y burocráticas. El resultado fue que los más de doscientos folios del primer volumen fueron marcados en rojo, con dos fuertes trazos en forma de aspa; es decir, que no se podía publicar de ningún modo. Y algo similar hubiera

---

1507 *Ibíd.*, 86-87.

1508 *Ibíd.*, 87.

ocurrido con los otros dos volúmenes, en caso de haberlo intentado. Por consiguiente, la editorial abandonó el proyecto.

Mas lo peor de todo, recuerda Rubio, fue que él tuvo que ir en persona al departamento de la censura, en donde se las debió ver con un tal don Faustino, quien, después de mostrarle los folios tachados en rojo, lo llamó inconsciente; “yo, que no pertenecía a partido alguno, que no estaba fichado por la policía, que, por el contrario, colaboraba en Radio Televisión Española, me atrevía a ser más duro y crítico con el Sistema que los llamados progresistas [...] El Régimen aún daba coletazos fuertes, pues el censor me dijo —y eso me gustó menos— que yo, de alguna manera, ponía en peligro el pan de mis hijos”.<sup>1509</sup>

Tras la muerte de Franco, el escritor de Montalvos se va a centrar en la transición y la llegada de la democracia, comenzando por los recelos que despertaba el Rey Juan Carlos I, quien había sido formado dentro del régimen franquista. Pero, por fortuna, no sucedió lo que Franco había ideado y España se encaminó hacia una normalidad sin traumas, como lo demostró el hecho de que en las Cortes Constituyentes hubiera figuras como Dolores Ibarruri y Rafael Alberti y que un ex falangista como Adolfo Suárez —por quien Rubio no oculta su admiración— fuera elegido presidente del gobierno y abriera las puertas al entendimiento y el diálogo entre políticos de todas las ideologías.

Unos hechos que Rodrigo Rubio aprovecha para lanzar un dardo envenenado a un político que nunca fue de su agrado: José Luis Rodríguez Zapatero. Así, escribe que un amigo le dijo que menos mal que en aquellos años no abundaban los ZP con abuelos fusilados y amarrados a las minorías separatistas:

Menos mal, insiste el amigo, porque quizás entonces no hubiera sido posible un entendimiento como el que se produjo, aquellos llamados Pactos de la Moncloa, y sobre todo la redacción, con total consenso de políticos muy diferenciados en su ideología, de la Carta Magna, de la Constitución proclamada el 6 de diciembre de 1978, y que sería el documento básico para que España funcionara en régimen

---

1509 *Ibíd.*, 88.

democrático; para que España viviera/conviviera, desarrollándose en todos los órdenes, durante más de veinticinco años, sin apenas alteraciones.<sup>1510</sup>

A propósito de las alteraciones sufridas por la incipiente democracia española, el escritor se refiere a los atentados de ETA y a los continuos acosos que tanto el gobierno de Adolfo Suárez como el posterior de Leopoldo Calvo Sotelo sufrieron, en primer lugar, por parte de la extrema derecha y, posteriormente, por la oposición socialista, “en la que dos jóvenes líderes, Felipe González y Alfonso Guerra, atacaban sin piedad. Recordemos aquella frase de Alfonso Guerra, definiendo a Adolfo Suárez como el ‘tahúr del Mississippi’”.<sup>1511</sup>

Continuando con el rápido repaso por los gobiernos de la democracia, Rubio recuerda el intento de golpe de estado del 23 de febrero de 1981 y el triunfo por “mayoría aplastante” del PSOE en las siguientes elecciones generales. Un éxito que el escritor atribuye a los jóvenes líderes socialistas y, también, al pueblo español, especialmente a una clase media sin apenas ideología política, pero con ganas de que la democracia se consolidara y que, “lo mismo que había sido generosa con la UCD, lo era también con el PSOE, entregándole su voto, su confianza para que gobernara nuestro país en un régimen democrático, abierto, limpio”.<sup>1512</sup>

Acerca del primer gobierno socialista, el escritor señala las dificultades iniciales a las que tuvo que enfrentarse: la reconversión industrial y las consiguientes revueltas de los trabajadores; el problema de la enseñanza, con manifestaciones y huelgas masivas; la integración en la OTAN; el apoyo a Estados Unidos en la llamada Guerra del Golfo y, sobre todo, ya en el último tramo de su mandato, la corrupción de algunos de sus dirigentes. Todo ello, apunta Rubio, significó el final del gobierno de Felipe González y el triunfo de José María Aznar, líder del Partido Popular. Y Rubio añade que “Felipe González había tenido siempre el apoyo del gran grupo mediático de Polanco, pero nos dio la

---

1510 *Ibíd.*, 91.

1511 *Ibíd.*, 92.

1512 *Ibíd.*

impresión de que en su último tramo como gobernante y líder del PSOE, lo dejaron caer un poco. Ya vendrían tiempos mejores”<sup>1513</sup>

En su opinión, esos tiempos mejores llegaron con la aparición en la vida política de José Luis Rodríguez Zapatero, al que nunca le faltó el apoyo fervoroso de los medios de Polanco, comenzando por el congreso en que fue elegido secretario general del PSOE. En aquella ocasión, cuando todo apuntaba a la elección de José Bono, los votos del PSC (con el respaldo de Izquierda Unida y de Ezquerra Republicana) fueron decisivos para inclinar la balanza a favor de ZP. Porque, según Rodrigo Rubio, a los catalanes, al igual que a los vascos, no les interesaba un presidente del gobierno como Bono, “conocido por su fe religiosa y por su amor a España, dispuesto a luchar por su integridad”. De modo que Zapatero tuvo que firmar un cheque en blanco a favor de los catalanes:

Y ese fue, a mi juicio, el primer cheque en blanco firmado por el novato Rodríguez Zapatero; cheque que llevaría una rúbrica comprometida cuando en su discurso, ya como elegido Secretario General, dijera aquello de que lo que acordasen los catalanes en su Parlamento, incluyendo naturalmente el nuevo y futuro Estatuto, sería aprobado en las Cortes Generales de Madrid. Eso era muy fuerte, muy comprometido. Era la rúbrica que, con trazos gruesos, dejaba ZP sobre aquel cheque en blanco, tan valioso para los catalanes y su nacionalismo independentista.<sup>1514</sup>

Resulta evidente que José Luis Rodríguez Zapatero no gozó de la simpatía de Rodrigo Rubio, pues asegura que, además de ese cheque, firmó algunos más cuando llegó a la presidencia del gobierno. Una llegada que va a comentar el escritor, tras analizar brevemente el gobierno de José María Aznar. De este afirma que saneó la economía y la Seguridad Social y que logró un frente sólido contra el terrorismo y sus apoyos; pero cometió “algunos graves errores”, como la alianza incondicional con George Bush, enviando tropas a Irak, lo que sirvió para alentar

---

1513 *Ibíd.*, 93.

1514 *Ibíd.*, 56.

grandes manifestaciones en contra del gobierno, que se unieron a las de la catástrofe del petrolero Prestige.

Unas manifestaciones masivas al frente de las cuales “emergía la figura joven y ambiciosa del líder socialista José Luis Rodríguez Zapatero”, junto con “izquierdistas de a pie, partidos políticos, sindicalistas, actores, músicos, cantantes, y otras gentes que generalmente viven de las subvenciones y ayudas del Gobierno”.<sup>1515</sup> Aun así, todo parecía indicar que sería Mariano Rajoy quien ganaría las elecciones del 14 de marzo de 2004, pues las encuestas pronosticaban su victoria por mayoría. Pero llegó “aquel sobresalto tremendo, aquel aborto criminal” del 11-M y todo cambió radicalmente.

Respecto de esos atentados en Madrid, afirma Rodrigo Rubio que, en un primer momento, todo el mundo creyó que la autoría era de ETA, pues ya existía un precedente cuando, un año antes, se habían descubierto bombas y cargas explosivas en un tren que iba a Chamartín. Incluso miembros de la oposición así lo insinuaron, aunque no abiertamente, y el lehendakari Ibarretxe declaró estar consternado, pensando que ese brutal atentado era obra de ETA. Mas, cuando se supo que los autores eran musulmanes, la oposición “tuvo donde agarrarse para, en sus múltiples ataques al Gobierno, tacharlo ahora de mentiroso”.

En este sentido, Rubio critica con dureza “la jornada de lucha y castigo” que la oposición lanzó en la jornada de reflexión y afirma que las informaciones que daba la Cadena Ser, alentando a la movilización frente a la sede del PP, le produjeron la misma sensación de angustia y tristeza que sintió con el intento de golpe de estado del 23 de febrero de 1981:

Una misma sensación deprimente, de tristeza, de asco me llegaba también ahora, en esta jornada de reflexión, en este 13 de marzo, cuando todos debíamos, casi en silencio, pensar a quien conceder nuestro voto; pensar en España y en su democracia. Pero aquello de la Cadena Ser, con sus más famosos comunicadores convertidos en comisarios políticos de Polanco (Iñaki Gabilondo, Carlos Llamas,

---

1515 *Ibíd.*, 58.

Antonio García Ferreras y otros), allí lanzando diatribas, invitando al diputado socialista Pérez Rubalcaba, para que lanzara a los vientos una proclama contra un gobierno mentiroso, y ensalzando la fuerza limpia de su partido y del líder Rodríguez Zapatero...<sup>1516</sup>

Decisiones del gobierno Zapatero que Rodrigo Rubio pone en tela de juicio son: la de sacar a los soldados españoles de Irak, sin consultarlo antes con las Cortes, para después enviarlos a Afganistán, “lo cual suponía sacarles de Málaga para meterlos en Malagón”; la derogación del Plan Hidrológico, con el trasvase del agua de Ebro a tierras del Este y del Sureste de España, en lo que tuvieron “mucho que decir los catalanes, con la excusa ecológica del Delta del Ebro”, y el establecimiento del “Eje Cataluña-Euskadi, con ramificaciones inmediatas a la Lehendakaría y al propio Palacio de la Moncloa”, aunque de todo ello no supieran casi nada los ciudadanos españoles, a pesar del importante coste político que implicaba, y de que ello contribuía a ensanchar “las grietas que, de una u otra forma, ya se iban produciendo en la vieja Piel de Toro”.<sup>1517</sup>

Y, como remate a esta visión negativa de la etapa de Zapatero al frente del gobierno, afirma el escritor albaceteño que esas grietas podrían llegar a convertirse en zanjas en un futuro. Unas zanjas que, según algunas personas, podrían servir para poner los cimientos de las posibles nuevas fronteras entre regiones españolas, “pues de un ‘bobo solemne’ —definición de Mariano Rajoy— se puede esperar todo”.<sup>1518</sup>

### **Males viejos, dolores nuevos**

De vuelta a los años en que empezó a escribir su novela *El Señor del Látigo*, en el verano de 1997, asegura Rodrigo Rubio que su salud empezaba a deslizarse cada vez más cuesta abajo. Tras su jubilación anticipada por invalidez absoluta, había tenido una salud relativamente buena. Tan solo había sufrido un serio contratiempo en el otoño de 1993,

---

1516 *Ibíd.*, 61.

1517 *Ibíd.*, 62-63.

1518 *Ibíd.*, 64.



a causa de un infarto cerebral, provocado por una brusca subida de la tensión arterial, lo que le obligó a permanecer ingresado diez días en el Hospital Gregorio Marañón. Y recuerda que de todo eso había hablado en su novela *La ruta de las luciérnagas*, publicada en el año 2000.

En aquellos años, se sentía muy bien, sosegado, en paz, leyendo, pensando, creando, acompañado siempre de su güisqui, su puro, su música clásica y su aparato de radio:

Yo vivía así mis momentos de meditación/reflexión, cabe que de aislamiento, aunque eso no era cierto —aunque no tuviera visitas—, pues aparte los apoyos que yo me proporcionaba —bebida, tabaco, música, informaciones generales o deportivas por la radio, nunca por la televisión— también tenía, me parecía que próximo, a Jesús de Nazaret, que, a diferencia del Padre, no me dejaba nunca.<sup>1519</sup>

En cambio, coincidiendo con la redacción de la novela mencionada, le llegaban dolores de cabeza, mareos, náuseas y vómitos. Con un andar cada vez más inseguro, tuvo que reducir sus salidas de casa y pasar muchas horas en cama, en el sofá y, algún rato, en el sillón de su despacho. Y siempre teniendo mucho cuidado para poder controlar la orina y los apretones de vientre. De ahí que todos esos sustos y achaques los vincule a una especie de venganza divina, “aplicando aquella vieja norma bíblica de ojo por ojo, diente por diente”.<sup>1520</sup>

No obstante, también confiesa que, a pesar de poder escribir poco, había publicado en *Crónica de Albacete* tres artículos, titulados “Ventre sosegado y cabeza despejada”, “Con los vuelos cortados” y “Carnes a la brasa”. En los dos primeros hablaba de su situación física y de cómo Dios le había privado de una de sus grandes aficiones: hacer viajes para visitar lugares, paisajes, mesones y bares de carretera. En el tercero, la añoranza de las buenas comidas de otro tiempo se convierte en una forma de evasión de la realidad actual. Una realidad en la que únicamente parecía

---

1519 *Ibíd.*, 27.

1520 *Ibíd.*, 47.

necesitar “la presencia del Crucifijo que me trajeran un año desde Jerusalén, desde el que Jesús no dejaba de mirarme, permitiendo que, pese a todo, aún siguiera vivo, sin caerme muchas veces”.<sup>1521</sup>

A medida que su salud se va deteriorando, el miedo hace que el escritor busque en un libro de medicina los síntomas de la cirrosis, por si hubiera alguna coincidencia con los que él experimenta. Afortunadamente, no padece tal enfermedad, aunque el hígado sí está algo afectado y ello se une a problemas de pinzamientos en las vértebras cervicales:

Llamábamos al médico de cabecera y te recetaba un calmante para el dolor de cabeza, otra cosa para el mareo y alguna más para contener los vómitos, achacándolo todo, en parte, a un estado de nervios y a la tensión que ejercía mi esqueleto anquilosado en su mayor parte, en las vías que mandan el riego sanguíneo al cerebro. Total, una conclusión para que siguiera pasando miedo, redactando folios y más folios del texto de mis últimas voluntades.<sup>1522</sup>

En el capítulo titulado “Vivir y morir”, Rodrigo Rubio comenta que hay muy pocas personas que creen que lo más importante es vivir muchos años y no lo que hayan podido hacer en sus años de vida. Él se inclina a pensar que lo realmente importante es haber aprovechado al máximo el tiempo que uno ha vivido y, para ejemplificar esta afirmación, echa mano de figuras como Mozart, Federico García Lorca, Miguel Hernández y William Faulkner, quienes dejaron una obra imprecadera y, por tanto, es como si no hubieran muerto nunca.

Para ilustrar la voluntad de aferrarse a la vida durante larguísimos años, Rodrigo Rubio pone el ejemplo de Juan Pablo II. Dejando al margen su doctrina y su labor pastoral al frente de la Iglesia Católica, se fija en su afán por vivir y en su afán por llevar a cabo largos y agotadores viajes por el mundo, siempre en contacto con unas masas que para él eran casi

---

1521 *Ibíd.*, 48.

1522 *Ibíd.*, 30.

como una droga. Y recuerda sus últimas imágenes, que Rubio califica de patéticas, sin fuerzas ya ni para bendecir, y piensa que hubiera sido mucho mejor haberse retirado a rezar por la humanidad. “Pero Karol Wojtyła seguía aferrado a la vida, como cualquier ser humano pecador que no confía en un Más Allá venturoso. Él, más que nadie, tenía el Cielo, el Paraíso a su alcance, pero parecía que lo dejaba siempre para luego, como si tampoco se fiara de una eternidad venturosa y felicísima”<sup>1523</sup>

Recuerda el escritor que, al contrario de lo que ahora sucede, en sus años de niño, las personas mayores, agotadas por el exceso de trabajo de tantos años y por la deficiente alimentación, aceptaban el final de sus vidas y nadie hacía nada por prolongárselas, entre otras razones porque no había hospitales ni recursos como los que hay ahora. Aunque, en su opinión, que es la de un viejo habitante de una gran ciudad, esas muertes de entonces eran más humanas que las de ahora, pues “no se morían, ignorados de todo el mundo, echados en una camilla, con el gotero puesto, con la mascarilla del oxígeno puesta, en los pasillos abarrotados del servicio de urgencias de un grandísimo hospital”<sup>1524</sup> Ni tampoco se morían solos, como ahora suele ocurrir en ciudades gigantescas y deshumanizadas como Madrid, en donde personas mayores fallecen en sus pisos pobres, sin que nadie les preste ayuda ni se percaten de su fallecimiento, a no ser por el mal olor que sale de las viviendas.

Por otra parte, el escritor no olvida mencionar que la prolongación de las vidas de las personas durante tantos años ha dado lugar a enfermedades que antiguamente no afectaban tanto a los mayores —porque se morían antes, claro está—, como la artrosis, la arterioesclerosis, el Parkinson o el Alzheimer. E, igualmente, indica el grave problema que todo ello ocasiona a los poderes públicos por el enorme gasto que supone, tanto por la atención sanitaria, como por el creciente pago de pensiones.

Ahora bien, tampoco deja de señalar la contradicción que ofrecen esos mismos poderes públicos cuando, por un lado, prohíben que se fume e intentan disminuir el consumo de alcohol, argumentando

---

1523 *Ibíd.*, 107.

1524 *Ibíd.*, 118.

que así las personas podrán vivir más años y con mejor salud y, por otro, después no saben qué hacer con esas mismas personas:

[...] y un tipo así como yo se dice, y le dice a la vez a la señora ministra que quiere la buena salud y una larga vida para todos; este jodido viejo le dice a esa señora, y a su gobierno, a todos los poderes públicos, que para qué quiere y quieren que las personas vivan muchos, muchos años, si luego, cuando llegan a viejas, viejísimas, no saben qué hacer con ellas, con hospitales repletos, residencias atestadas, además de las fatigas que les supone a los ordenadores de la Seguridad Social, seguir un mes y otro, haciendo transferencias por el pago de pensiones.<sup>1525</sup>

Para concluir estas íntimas reflexiones/confesiones, Rodrigo Rubio regresa al que había sido el inicio de las mismas cuando, en el capítulo titulado “Ojo por ojo”, había manifestado que sus relaciones con Dios Padre nunca fueron muy fluidas, pues apenas si existieron. Él nunca concibió la existencia de un Dios todopoderoso y misericordioso que ayudara y perdonara a los seres humanos, porque, en su opinión, el poder está reñido con la misericordia, la caridad y la solidaridad.

Por el contrario, ya desde niño y, más aún cuando empezó a madurar y a leer, creyó en “un Jesús de Nazaret, que bien pudo ser el Redentor del Mundo, el Verdadero Salvador de los seres humanos”.<sup>1526</sup> Ese mismo Jesucristo al que, como hemos visto anteriormente, el escritor sentía siempre próximo a él, ayudándolo, no dejándolo caer. Y, además, asegura que en esta forma tan personal de ser creyente coincide con José Saramago quien, en su novela *La caverna*, afirmaba que Dios creó el mundo, pero luego nunca quiso saber nada de él. Y también coincide con el filósofo Kant, que demostró la existencia de Dios; pero no pudo llegar a creer en Él, sino, más bien, todo lo contrario.

---

1525 *Ibíd.*, 121-122. La ministra a la que se refiere Rodrigo Rubio es Elena Salgado, quien estuvo al frente del Ministerio de Sanidad y Consumo desde el 18 de abril de 2004 hasta el 9 de julio de 2007.

1526 *Ibíd.*, 5.

En cambio, reconoce Rubio que hay muchos católicos integristas, anclados en la fe de la primera comunión —o la fe del carbonero, que diría su admirado Miguel de Unamuno— y un claro ejemplo es el de su vecino y amigo Julián. Se trata de un hombre bueno, con más de setenta y cinco años, de comunión semanal, padre de seis hijos y abuelo de quince nietos —al que en su novela *El Señor del Látigo* llamaba Fabián el Fuerte—, con quien había mantenido algunas discusiones acerca de la Iglesia Católica y de la fe, y que siempre aconsejaba a Rodrigo que se cuidara y que confiase en Dios. Sobre él va a contar dos hechos reales. El primero de ellos se refiere a la muerte del padre de Fabián/Julián en un hospital de enfermos terminales, con noventa y tres años, y a las dudas del hijo respecto de si su padre se habría salvado, pues había muerto mientras dormía, sin haber recibido los sacramentos de la confesión y de la comunión. Como ningún familiar respondió a sus dudas, Rodrigo le habló en estos términos:

Oye, ¿qué clase de fe es la tuya? ¿Tú crees, primero, que tu padre, de noventa y tres años, viviendo treinta años solo, como un asceta, era un pecador? Y, en caso de que lo fuera, ¿no crees en un Dios Misericordioso que pueda haberse llevado su alma al lugar de los elegidos? Él no dijo nada, y yo tomé a mi mujer del brazo y nos marchamos.<sup>1527</sup>

La segunda situación, más dura que la anterior, tiene que ver con la enfermedad de un cuñado de Julián, que era un hombre creyente y vitalista al que le gustaba beber algún que otro güisqui. Cuando su salud empeoró, por un tumor cerebral inoperable, fue ingresado en una clínica y Julián fue a despedirse de él poco antes de que muriera. Cogiéndolo de una mano, le preguntó si estaba preparado para ir al Más Allá; pero el cuñado murió sin poder responderle. Y Rodrigo le reprocha duramente que le dijera esas palabras en esos momentos tan terribles:

---

1527 *Ibíd.*, 52.

Porque una persona a la que se la come el dolor siempre está junto al Jesús Crucificado, sea creyente o no. El dolor es el que nos transforma y redime. O ¿crees tú que para salvarse hace falta ese formulismo, esa ceremonia del sacerdote que llega —al que probablemente no le importen nada tu vida y tu dolor—, aplicándote lo que no son más que ritos y normas establecidas por una iglesia. Entonces, si ese ser humano que agoniza y muere no profesa la religión católica, ¿qué pasa?, ¿se condena? Venga, Fabián, por favor, sé adulto, consciente e intenta conocer al ser humano por lo menos alguna vez.<sup>1528</sup>

Por último, y volviendo a la especial complicidad que Rodrigo Rubio sentía con Jesucristo, me gustaría recordar dos anécdotas que relata el propio escritor en el capítulo titulado “Jesús, mi amigo”. Una de ellas se refiere al placer que experimentaba al contemplar las estrellas o la luna llena desde la terraza de su chalet de Miraflores de la Sierra, porque entonces se sentía cerca de sus padres y de Jesús, a quien imaginaba mirándolo desde ese cielo inmenso y hermoso. La otra alude a su costumbre de dar los buenos días al Cristo que tenía en su despacho de la casa de Madrid y agradecerle las pequeñas cosas que aún podía disfrutar en su día a día:

Otro tanto me ocurre a veces en el despacho donde leo, escribo y pienso. Cuando llego a él por las mañanas, con el vasito de café en la mano, lo primero que hago es besar el Crucifijo, besar a Jesús en la frente, en la corona de espinas, dándole los buenos días y las gracias por permitirme ver la luz de un nuevo día. Luego, le doy las gracias por muchas cosas: por poderme levantar del sofá sin caerme; porque he podido escribir unos folios. Y también, y sobre todo, cuando permite que, con mi organismo algo estable, baje una hora a la cafetería [...]

Esto es un lujo para mí, como poder, todavía, tomarme un chupito de whisky, fumar una pipa y escribir un par de folios para decir, si puedo, que nunca estaré solo ni mal del todo, si Jesús, el amigo, al que era difícil encontrar en los templos absolutistas, está a tu lado, sin dejar de quererte.<sup>1529</sup>

---

1528 *Ibíd.*, 53.

1529 *Ibíd.*, 115-116.



## BIBLIOGRAFÍA

A. B. “Los premios literarios, una acción comercial” (entrevista con ocasión del premio Novelas y Cuentos). *Arriba* (5 de diciembre de 1975).

Alperi, Víctor. “Agonizante sol”. *La Región* (30 de abril de 1972).

Amorós, Andrés. “¿Un lector cada día más cosmopolita?” *República de las Letras*, n. 18 (julio 1987): 7-12.

Anónimo, “Rodrigo Rubio, a favor de los minusválidos”, firmado por “Un paciente (Avilés)”. *La Nueva España*, (17 de marzo de 1979).

Anónimo. “Rodrigo Rubio: dos nuevos libros a punto” (sobre *Cayetana de Goya* y *Memoria de pecado*). *La Voz de Albacete* (24 de enero de 1979).

Anónimo. “Rodrigo Rubio, un escritor de la vida”. *Gaviotas*, n. 4 (junio de 1987): 28-30.

Anónimo. “Rodrigo Rubio. Escritor. Necrológica”. *ABC* (6 de abril de 2007): 48.

Aranguren, José Luis. *Estudios literarios*. Madrid: Gredos, 1976.

Araza, Ángeles. “Vida y obra. Rodrigo Rubio (1)”. *Las provincias* (15 mayo de 1976): 54.

----- “Vida y obra. Rodrigo Rubio (2)”. *Las provincias* (16 mayo de 1976): 62.

----- “Vida y obra. Rodrigo Rubio (3)”. *Las provincias* (18 mayo de 1976): 46.

Azorín. *Castilla*. Colección Austral. Madrid: Espasa-Calpe, 1995.



Baquero Goyanes, Mariano. *Estructuras de la novela actual*. Barcelona: Planeta, 1975.

Baquero Goyanes, Mariano. “Tiempo y ‘tempo’ en la novela”. En *Teoría de la novela*, editado por Germán y Agnes Gullón, 231-242. Madrid: Taurus, 1974.

Barrero Pérez, Óscar. “El realismo patético de Rodrigo Rubio: de *Narrativa española, 1940-1970* (1970) a “*Narrativa española actual*” (1975)”. En *Actas del I Congreso Internacional Rodrigo Rubio y la narrativa del realismo crítico*, editado por Francisco Linares Valcárcel y Manuel Cifo González, 87-121. Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses, 2021.

----- *La novela existencial española de posguerra*. Madrid: Gredos, 1987.

Belmonte Serrano, José y Succio, Marco. “El hombre supera infinitamente al hombre: el mundo, el demonio y la carne en *La sotana* de Rodrigo Rubio”. *Monteagudo*, 3ª época, n. 25 (2020): 203-216.

Berasategui, Blanca. “Rodrigo Rubio rompe el cerco de la censura”. *ABC* (25 de junio de 1978): 28.

Bravo Castillo, Juan. *Narrativa albacetense del siglo XX*. Albacete: Diputación Provincial, 1985.

Bravo-Villasante, Carmen. *Ensayos de literatura infantil*. Murcia: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1989.

Buckley, Ramón. “Del realismo social al realismo dialéctico”. *Ínsula*, n. 326 (enero 1974): 1-4.

Cambroner Armero, Verónica. “*Un mundo auestas* o la realidad social de los pueblos manchegos en la posguerra”. En *Actas del I Congreso Internacional Rodrigo Rubio y la narrativa del realismo crítico*, editado por Francisco Linares Valcárcel y Manuel Cifo González, 123-140. Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses, 2021.

Castellet, José M<sup>a</sup>. *La hora del lector*. Barcelona: Seix Barral, 1957.

Castroviejo, Concha. “Novela de lejanías” (sobre *Un mundo a cuestas*). *Informaciones* (27 de junio de 1964).

Cerezales, Manuel. “Un mundo áspero, abigarrado, de configuración esperpéntica” (sobre *Cuarteto de máscaras*). *ABC* (7 de diciembre de 1975): 66.

Cifo González, Manuel. “Claves para el acercamiento a la novelística de Rodrigo Rubio”. *La Nueva Estafeta*, n. 42 (mayo 1982): 69-71.

----- “La novelística de Rodrigo Rubio. Aproximación al realismo crítico”. *Anales de la Universidad de Murcia*, vol. XLI, n. 1-2 (1983): 211-269.

----- “Rodrigo Rubio a la busca del tiempo perdido”. *Barcarola* n. 54-55, (diciembre de 1997): 467-469.

----- *Rodrigo Rubio: vida y obra literaria*. Murcia: Universidad de Murcia, 2007. <http://hdl.handle.net/10803/10759>

----- “La presencia de William Faulkner en la narrativa de Rodrigo Rubio”. *Estudios Románicos*, vol. 16-17 (2007-2008): 343-359.

----- “Aproximación didáctica a Rodrigo Rubio: un escritor entre la realidad y el deseo”. *Al-Basit. Revista de Estudios Albacetenses*, n. 53 (2009): 289-308.

----- “*In memoriam* Rodrigo Rubio Puertas”. *Al-Basit. Revista de Estudios Albacetenses*, n. 53 (2009): 321-332.

----- “El tema de la guerra civil: propuestas para una lectura crítica y didáctica de la narrativa de Rodrigo Rubio”. En *Homenaje a Alfonso Santamaría Conde*, 125-151. Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses, 2010.

----- “El tema de la vocación sacerdotal en dos escritores de la generación del medio siglo: José Luis Castillo-Puche y Rodrigo Rubio”. *Hécula*, n. 7, (2020): 61-72.

----- “*El Señor del Látigo*: la culminación de la difícil relación entre Rodrigo Rubio y Dios”. En *Actas del I Congreso Internacional Rodrigo*

*Rubio y la narrativa del realismo crítico*, editado por Francisco Linares Valcárcel y Manuel Cifo González, 87-121. Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses, 2021.

Cortés Ramírez, Eugenio Enrique. “Geografías del dolor. El impacto de la Lost Generation en la obra de Rodrigo Rubio”. En *Actas del I Congreso Internacional Rodrigo Rubio y la narrativa del realismo crítico*, editado por Francisco Linares Valcárcel y Manuel Cifo González, 39-59. Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses, 2021.

Díaz-Plaja, Guillermo. “La espera”. *ABC* (7 de septiembre de 1967): 16.

Dicenta de Vera, Fernando. “La espera”. *Las provincias* (21 de junio de 1967).

Domingo, José. *La novela española del siglo XX. 2. De la postguerra a nuestros días*. Barcelona: Labor, 1973.

Fernández, Tomás. “Rodrigo Rubio: recrear hombres libres”. *El libro español*, n. 216 (diciembre de 1975): 500.

Fernández Almagro, Melchor. “Equipaje de amor para la tierra”. *ABC* (6 de enero de 1966): 22.

Fernández Pombo, Alejandro. “Oración en otoño”. *Ya* (15 de abril de 1971).

Ferreras, Juan Ignacio. *Tendencias de la novela española actual, 1931-1969*. París: Ediciones Hispanoamericanas, 1970.

García Hortelano, Juan. “¿Nuestra realidad ausente?”. *República de las Letras*, n. 18 (julio de 1987): 59-63.

García-Viñó, Manuel. “Última hora de la novela española”. *Nuestro tiempo*, n. 137 (1965): 478-497.

----- “Etapas de la novela española de posguerra”. *Nuestro tiempo*, n. 222 (1972): 20-39.

Gil Casado, Pablo. *La novela social española*. Barcelona: Seix Barral, 1975.

Goytisolo, Juan. *El furgón de cola*. Barcelona: Seix Barral, 1976.

Gracia, Jordi y Ródenas, Domingo. *Historia de la literatura española 7. Derrota y restitución de la modernidad 1939-2010*. Madrid: Crítica, 2011.

Grande, Félix. "Narrativa, realidad y España actuales: Historia de un amor difícil". *Cuadernos Hispanoamericanos*, n. 299 (mayo de 1975): 357-372.

Gullón Ricardo. *La novela lírica*. Madrid: Cátedra, 1984.

Iglesias Laguna, Antonio. "Papeles amarillos en el arca". *ABC* (25 de junio de 1970): 5-6.

----- "Pasiones pasadas por agua" (sobre *Oración en otoño*). *La Estafeta Literaria*, n. 469 (1 junio de 1971): 577-578.

Las Navas Pagán, Ángel. "Rodrigo Rubio y su última novela" (sobre *Banco de niebla*). *El Informador* (20 de abril de 1986): 12.

López Anglada, Luis. "El autor y su obra" (sobre *Un mundo auestas*). *El español* (7 de diciembre de 1973).

López Martínez, José. "El mancheguismo integral de Rodrigo Rubio". *Lanza* (22 de febrero de 1970).

----- "El gramófono". *La Estafeta Literaria*, n. 553 (diciembre de 1974): 25.

López Martínez, Luis. "Una variante de técnica evocativa en la novela española actual". *Estudios literarios dedicados al profesor Mariano Baquero Goyanes*, 223-231. Murcia: Universidad de Murcia, 1974.

López Precioso, Juan Luis. "El amor en tiempos lejanos". Suplemento literario Ababol de *La Verdad* (2 de mayo de 1997): 4-5.

López Tamés, Román. *Introducción a la literatura infantil*. Murcia: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1990.

Machado, Antonio. *Poesías completas*. Colección Austral. Madrid: Espasa-Calpe, 1985.

Martí, Octavio. “El gramófono de Rodrigo Rubio”. *ABC* (17 de octubre de 1974): 68.

Martínez, Tita. “Rodrigo Rubio. El más universal de los escritores albacetenses del momento actual”. *La Tribuna de Albacete* (22 de junio de 1985): 10.

Martínez Cachero, José María. *La novela española entre 1936 y el fin de siglo. Historia de una aventura*. Madrid: Castalia, 1997.

Martínez-Mena, Alfonso. “Albacete, tierras y pueblos”. *ABC*, suplemento “Sábado Cultural” (3 de marzo de 1984): 52.

Martínez Ruiz, Florencio. “Rodrigo Rubio: los rústicos y silvestres ritos del Edén”. *La Estafeta Literaria*, n. 586 (15 abril de 1976): 2440-2441 ([https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo\\_imagenes/grupo.do?path=2000948161](https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000948161))

----- “Rodrigo Rubio, al este del Edén” (sobre *Memoria de pecado*). *ABC* (27 de mayo de 1979): 34.

Massó Ortega, Ramón. *Historia sinóptica de la Literatura Española. Introducciones, cuadros sinópticos y anexos*. Alicante: Agua Clara, 2005.

Mateo Díez, Luis. “Mundos propios, abismos personales”. *República de las Letras*, n. 18 (julio de 1987): 77-80.

Miró, Gabriel. *El humo dormido*. Madrid: Cátedra, 1978.

Molina Molina, José Luis. “Realismo, imaginación y simbolismo en la literatura infantil de Rodrigo Rubio”. En *Actas del I Congreso Internacional Rodrigo Rubio y la narrativa del realismo crítico*, editado por Francisco Linares Valcárcel y Manuel Cifo González, 143-168. Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses, 2021.

Montejano, Isabel. “Miraflores de la Sierra, un lugar de paz para el escritor Rodrigo Rubio”. *ABC* (31 de agosto de 1986): 36.

- Morán, Fernando. *Novela y semidesarrollo*. Madrid: Taurus, 1971.
- Nora, Eugenio G. de. *La novela española contemporánea (1939-1967)*. Madrid: Gredos, 1982.
- Núñez, Antonio. “Encuentro con Armando López Salinas”. *Ínsula*, n. 230 (enero 1988).
- Otero Seco, Antonio. “Rodrigo Rubio romancier de l’émigration” (sobre *Equipaje de amor para la tierra*). *Le Monde* (13 de diciembre de 1967): VII.
- Pedraza Jiménez, Felipe B., y Rodríguez Cáceres, Milagros. *Manual de literatura española: XIII. Posguerra: narradores*. Tafalla (Navarra): Cénlit, 2000.
- Peraile, Meliano. “Diálogos”. *Boletín de la Asociación Colegial de Escritores de España*, n. 15 (mayo de 1993): 9-11.
- Plans, Juan José. “Equipaje de amor para la tierra”. *La Estafeta Literaria*, n. 336 (29 enero de 1966): 34.
- Roberts, Gemma. *Temas existenciales en la novela española de postguerra*. Madrid: Gredos, 1978.
- Roldán, Teresa. “Entrevista con Rodrigo Rubio, escritor albaceteño”. *La Tribuna de Albacete* (6 de junio de 1997): 10.
- Rubio, Antonio. “Sobra papeleo”. *Palencia social*, n. 0 (julio de 1981): 9-10.
- Sainz de Robles, Federico Carlos. “Al margen de los libros” (sobre *Equipaje de amor para la tierra*). *Madrid* (4 de enero de 1966).
- Salvador, Gregorio. “El fantasma del realismo”. *República de las Letras*, n. 19 (octubre 1987): 37-39.
- Salvador, Tomás. “Con equipaje de amor” (sobre *Equipaje de amor para la tierra*). *La Vanguardia Española* (22 de febrero de 1966).

Santos, Dámaso. “La espera”. *Pueblo* (30 de septiembre de 1967).

----- “Una farsa entre jocunda y grotesca” (sobre *Cuarteto de máscaras*). *ABC* (7 de diciembre de 1975): 66.

Sanz Villanueva, Santos. *Tendencias de la novela española actual (1950-1970)*. Madrid: Cuadernos para el diálogo, 1972.

----- *Historia de la novela social española (1942-1975)*. Madrid: Alhambra, 1980.

----- “La encrucijada del realismo en el medio siglo: aproximación a Rodrigo Rubio”. *Barcarola* n. 73 (octubre 2009): 113-131.

Sobejano, Gonzalo. *Novelistas españoles de postguerra*. Madrid: Taurus, 1976.

Soldevila Durante, Ignacio. *La novela desde 1936*. Madrid: Alhambra, 1980.

Soto Aparicio, Fernando. “La Espera y la Angustia”. *El Espectador de Bogotá* (23 de julio de 1967): 14.

Succio, Marco. “Intertextualidad e hibridación narrativa en *El gramófono* de Rodrigo Rubio”. *Artifara* n. 18 (2018): 57-64.

Torrente Ballester, Gonzalo. *Panorama de la literatura española contemporánea*. Madrid: Guadarrama, 1961.

Valencia, Antonio. “Cuarteto de máscaras”. *Blanco y negro* (20 de marzo de 1976): 67.

Villada, Rosa. “Rodrigo Rubio, autor de una crónica literaria de la provincia de Albacete”. *La Voz de Albacete* (3 de febrero de 1984): 10.

Villanueva, Darío. *El año literario español 1979*. Madrid: Castalia, 1979.

Ynduráin, Domingo. *Historia y crítica de la literatura española. Época contemporánea: 1939-1980*. Barcelona: Crítica, 1981.

----- “¿Nuestra realidad ausente?”. *República de las Letras*, n. (18 julio 1987): 69-74.

Ynduráin, Francisco. “La novela desde la segunda persona. Análisis estructural”. En *Teoría de la novela*, editado por Germán y Agnes Gullón, 199-227. Madrid: Taurus, 1974.



## APÉNDICE

### EDICIONES DE RODRIGO RUBIO UTILIZADAS EN ESTE TRABAJO

#### 1.1. Novela

*Agonizante sol.* Col. Reno. Barcelona: Plaza-Janés, 1976.

*Álbum de posguerra.* Col. Reno. Barcelona: Plaza-Janés, 1977.

*Al filo de la vida.* Albacete: Diputación Provincial, 1998.

*Banco de niebla.* Toledo: Caja de Ahorro de Toledo, 1985.

*Cayetana de Goya.* Madrid: Sedmay, 1979.

*Cuarteto de máscaras.* Col. Novelas y Cuentos. Madrid: Magisterio, 1976.

*El amigo Dwnga.* Col. Catamarán. Madrid: SM, 1992.

*El gramófono.* Col. Novelas y Cuentos. Madrid: Magisterio, 1974.

*El incendio.* Madrid: Emiliano Escolar Editor, 1980.

*El Señor del látigo.* Murcia: Nausícaä, 2006.

*En un tiempo así.* Valencia: Gora, 1965.

*Equipaje de amor para la tierra.* Colección Popular. Barcelona: Planeta, 1977.

*Fábula del tiempo maldito.* Requena (Valencia): Odaluna, 1997.

*La espera.* Barcelona: Planeta, 1967.

*La feria*. Col. Rotativa. Barcelona: Plaza-Janés, 1972.

*La puerta*. Col. Gran Angular. Madrid: SM, 1990.

*La ruta de las luciérnagas*. Lorca (Murcia): Casino Artístico y Literario de Lorca, 2000.

*La silla de oro*. Madrid: Edaf, 1978.

*La sotana*. Col. Reno. Barcelona: Plaza-Janés, 1975.

*La tristeza también muere*. Barcelona: Plaza-Janés, 1963.

*Las enfermizas obsesiones de Paulino Marqués*. Alicante: Agua Clara, 2001.

*Los sueños de Bruno*. Serie roja. Col. El barco de vapor. Madrid: SM, 1990.

*Memoria de pecado*. Madrid: Alce, 1979.

*Oración en otoño*. Barcelona: Planeta, 1970.

*Reflexiones. Confesiones antes de morir*. Murcia: Nausícaä, 2007.

*Un camino de rosas*. Madrid: Grupo Libro 88, 1992.

*Un mundo a cuestas*. Prensa Española: Madrid, 1969.

## 1.2. Cuento

“¿Amar a Dios o temer a Dios?”. Albacete: *Crónica de Albacete* (16 de octubre de 2005): 14.

“Aproximación a la tristeza”. *El resplandor del invierno y diez cuentos más*, 19-23. Madrid: Confederación Española de Cajas de Ahorros, 1988.

“Área de servicio”. *Área de servicio y diez cuentos más*, 5-15. Madrid: Confederación Española de Cajas de Ahorros, 1990.

“Carta al hijo”. Madrid: *Ya* (7 de julio de 1985).

*El regicida*. Madrid: Azur, 1969.

“Haciendo así”. Madrid: *La Estafeta Literaria* (15 de julio de 1960): 19.

“Jóvenes sin brújula”. Madrid: *Ya* (14 de abril de 1985).

“La calefacción del carro de mi padre”. Albacete: *Crónica de Albacete* (1 de diciembre de 1978): 13.

“La nube”. Madrid: *La Estafeta Literaria* (12 de febrero de 1966): 29-31.

“La oruga metálica”. *XI Premio de narraciones breves “Antonio Machado”*, 138-146. Madrid: Renfe, 1988.

“La primera víctima del terrorismo”. Albacete: *Crónica de Albacete* (4 de abril de 2004): 21.

“La verbena”. Madrid: *Ya* (12 de mayo de 1985).

“Las amapolas”. Madrid: *Ya* (10 de mayo de 1987).

“Las paredes lloran en silencio”. Madrid: *La Estafeta Literaria*, n. 411 (1 de enero de 1969): 21-23.

“Los otros viajes”. *VIII Premio de narraciones breves “Antonio Machado”*, 69-75. Madrid: Renfe, 1985.

“Mendigos”. Madrid: *Ya* (28 de abril de 1985).

“Morir en el lavabo”. Madrid: *Ya* (26 de mayo de 1985).

*Palabras muertas sobre el polvo*. Valencia: Prometeo, 1967.

*Papeles amarillos en el arca*. Madrid: Editora Nacional, 1969.

*Papeles amarillos en el arca*. Sanabria, M<sup>a</sup> Antonia, ed. Col. Arkanos Narrativa, n. 6. Albacete: Diputación Provincial de Albacete, 1998.

“Penúltimo invierno”. *Cuentos de la Felguera*, 205-213. Oviedo: Caja de Ahorros de Asturias, 1983.

“Piedras de colores”. *XX años Premio Jauja (1960-1979)*, 405-428. Valladolid: Caja de Ahorros Provincial, 1980.

“Retraso providencial”. *X Premio de narraciones breves “Antonio Machado”*, 85-93. Madrid: Renfe, 1987.

“Sal amarga”. *ABC*, Suplemento Sábado Cultural. (27 de diciembre de 1980): XV-XVI.

“Sujeto del ramal”. Albacete: *Crónica de Albacete* (2 de octubre de 2005): 18.

*Tallo de sangre*. Col. Luna de Papel. Madrid: Anaya, 1989.

“Un padre de hoy”. Madrid: *Ya* (31 de marzo de 1985).

“Un poco de paciencia”. *XI premio Hucha de Oro*, 31-38. Madrid: Confederación Española de Cajas de Ahorros, 1976.

“Un ritmo para el recuerdo”. *III Premio de narraciones breves “Antonio Machado”*, 140-158. Madrid: Renfe, 1980.

“Un verano sin mar”. Madrid: *Ya* (12 de julio de 1987): 38-40.

“Una rosa pálida y perfumada”. Col. Cuentos Magistrales n. 12. Madrid: Diptongo, 1994.

“Ventanas azules”. *Cuentos de verdad*, 15-24. Madrid: Editorial Escuela Española, 1981.

“Vida y muerte de una extraña flor”, 11-30. Alicante: Caja de Ahorros del Sureste de España, 1975.

### 1.3. Ensayo

*Albacete, tierras y pueblos*. Albacete: Caja Rural, 1983.

*Crónicas de andar y ver España*. Madrid: Sala, 1973.

*Crónicas de nuestro tiempo*. Madrid: Cunillera, 1972.

*El Papa Bueno y los enfermos*. Zaragoza: Hechos y Dichos, 1964.

*España no hay más que una*. Madrid: Sala, 1973.

*Francisco Lozano*, Madrid. Ministerio de Educación y Ciencia: 1973.

*La deshumanización del campo*. Barcelona: Península, 1966.

*Lo que el tiempo se llevó*. Murcia: Nausícaä, 2004.

*Minusválidos*. Barcelona: Plaza-Janés, 1971.

*Narrativa española, 1940-1970*. Madrid: Epesa, 1970.

*Radiografía de una sociedad promocionada*. Barcelona: Plaza-Janés, 1970.

#### **1.4. Artículos, conferencias y otros**

“Breve apunte sobre mi narrativa”. En Bravo Castillo, Juan. *Narrativa albacetense del siglo XX*, vol. 1, 230-245. Albacete: Diputación Provincial, 1985.

“¿Conoce usted algún valor ignorado?”. *La Estafeta Literaria* (15 de julio de 1960): 19.

“De Montalvos a Monsalve: pasando por caminos de luces y sombras”. Diputación Provincial de Albacete. 1 DVD. 1997.

“El cuento un desafío para mí”. *República de las Letras*, n. 22 (julio de 1988): 90.

“El escritor y su espejo”. *ABC* (15 de junio de 1967): 29.

“El minusválido en la sociedad de hoy”. *Razón y fe. Revista Hispanoamericana de Cultura*, n. 891 (abril de 1972): 341-349.

“El tiempo perdido”. *La Voz de Albacete* (7 de septiembre de 1978).

“La novela como testimonio”. *Tercer programa*, Revista de Radio Nacional de España (primer trimestre de 1969): 121-140.

“Narrativa española contemporánea”. *Cuadernos de investigación (Filología)* (mayo 1975): 103-115. Texto disponible en <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=68852>

“Novela psicológica y novela objetiva”. *La Estafeta Literaria* n. 347 (2 de julio de 1966): 3-5.

“Rodrigo Rubio se confiesa”. *La Estafeta Literaria* n. 338 (26 de febrero de 1966): 12-13.

## ÍNDICE ONOMÁSTICO

- ABC, 49, 60, 66, 69, 213, 377, 501, 537, 539, 560, 562, 928, 1097, 1098, 1099, 1100, 1101, 1102, 1103, 1104, 1110
- Abderramán III, 600
- abrojos, Los* (R. Rubio), 55, 71
- Acevedo, Evaristo, 552, 557, 559
- Acquaroni, José Luis, 89
- Actas del I Congreso Internacional Rodrigo Rubio y la narrativa del realismo crítico* (F. Linares y M. Cifo, eds.), 1098, 1099, 1100, 1102,
- Adiós a las armas* (E. Hemingway), 148
- Afrodita, 353
- Agassi, Andre, 181
- Agonizante sol* (R. Rubio), 63, 97, 100, 105, 106, 123, 134, 139, 150, 158, 232-248, 249, 254, 752, 757, 770, 1080, 1097, 1106
- Agustí, Ignacio, 496
- Agustín, San, 280, 420
- Agustina de Aragón, 662
- Alarcón, Pedro Antonio de, 40, 41
- Al-Basit*, 1099
- Albacete, tierras y pueblos* (R. Rubio), 27, 68, 103, 105, 108, 620-635, 1102, 1109
- Alberti, Rafael, 51, 52, 494, 1085
- Álbum de familia (D. Steel), 1023
- Álbum de posguerra (R. Rubio), 64, 97, 105, 106, 441-463, 819, 1081, 1106
- Alcalá Zamora, Niceto, 447
- Alcántara, Manuel, 49
- Alcázar, El*, 619
- Aldecoa, Ignacio, 21, 43, 80, 86, 90, 211, 490, 497
- Aleixandre, Vicente, 494, 730, 731
- Alemán, Mateo, 213, 563
- Alfonso X el Sabio, 628
- Alfonso XIII, 448, 511, 626
- Algo pasa en la calle* (E. Quiroga), 94, 344
- Alonso, Dámaso, 494
- Alós, Concha, 49, 91
- Alperi, Víctor, 89, 245, 1097
- Álvarez Cruz, José M<sup>a</sup>, 86
- Álvarez de Toledo, Isabel, 85
- “amapolas, Las” (R. Rubio), 66, 107, 953-955, 1108
- “¿Amar a Dios o temer a Dios?” (R. Rubio), 67, 108, 1033-1035, 1107
- amigo Dwunga, El* (R. Rubio), 55, 64, 103, 970, 972, 996-1004, 1106
- Amílcar Barca, 628
- Amorós, Andrés, 100, 1097
- Amposta, Beatriz, 52

- Ana, Santa, 274
- Ana Belén, 1079
- Anales de la Universidad de Murcia*, 16, 1099
- Andrés, San, 647
- Andújar, Manuel, 493
- Andújar Balsalobre, Antonio, 49, 630, 921
- Ángel de la Guarda, 354
- Angelillo* (seudónimo de Ángel Sampedro Montero), 262, 263, 309
- Antón, San, 311, 673
- Añil*, 33, 492
- año literario español 1979*, *El*, 845, 1104
- Años y leguas* (G. Miró), 427, 462, 599
- “Aproximación a la tristeza” (R. Rubio), 67, 71, 107, 960-964, 1019, 1024, 1107
- Aranguren, José Luis, 81, 1097
- araña negra*, *La* (V. Blasco Ibáñez), 458
- Araque, Sara, 47
- Arazo, M<sup>a</sup> Ángeles, 86, 123, 173, 198, 1097
- Arbó, Sebastián Juan, 42, 495, 496
- Arbós Ballesté, Santiago, 618
- Arce, Manuel, 89, 498, 499
- “Área de servicio” (R. Rubio), 67, 71, 107, 956, 964-968, 1107
- Área de servicio y diez cuentos más, 67
- Areán, Carlos Antonio, 618
- Arriba*, 45, 46, 619, 1097
- Arroz y tartana* (V. Blasco Ibáñez), 458
- Arteaga, Valentín, 833
- Artifara*, 1104
- Asís, Francisco de, 1034
- Atienza, Graciano, 626
- Aub, Max, 493, 494
- Autobiografía de Federico Sánchez* (J. Semprún), 101
- Autopista* (J. Perich), 552
- Ávalos, Fernando, 85
- aventura equinoccial de Lope de Aguirre*, *La* (R. J. Sender), 495
- Ávila, Teresa de, 355, 1034, 1057, 1058, 1059
- Ayala, Francisco, 493, 505
- Azaña, Manuel, 447
- Aznar, José M<sup>a</sup>, 1086, 1087
- Azorín* (seudónimo de José Martínez Ruiz), 18, 40, 41, 78, 189, 292, 340, 461, 462, 514, 553, 554, 555, 563, 593, 598, 606, 614, 616, 621, 626, 833, 1014, 1072, 1097
- Bach, Johann Sebastian, 26, 850
- Baco, 784
- Báez, Joan, 662, 945
- Balzac, Honoré de, 18, 40
- Balzola, Asun, 974



- Banco de niebla* (R. Rubio), 55, 64, 71, 103, 107, 172, 845-860, 881, 953, 971, 977, 1021, 1035, 1101, 1106
- Baquero Escudero, Ana Luisa, 15
- Baquero Goyanes, Mariano, 15, 186, 191, 194, 195, 321, 380, 382, 1098
- Barbero, Teresa, 46
- Barcarola*, 60, 1099, 1104
- Bardem, Juan Antonio, 51
- Bardem, Pilar, 1079
- Bardot, Brigitte, 369
- Barea, Arturo, 493
- Baroja, Pío, 18, 21, 41, 69, 78, 106, 461, 462, 563, 772, 833, 1076
- barraca, La* (V. Blasco Ibáñez), 459
- Barrero Pérez, Óscar, 95, 100, 109, 110, 170, 172, 173, 490, 503, 1098
- Barrios, Manuel, 89
- Barros, Joao de, 611
- Barthes, Roland, 321
- Bassani, Giorgio, 497
- Bayeu, Francisco, 809
- Bayeu, Josefa, 809
- Bayo, Eliseo, 86
- Beauvoir, Simone de, 834
- Beckett, Samuel, 493, 499, 775
- Bécquer, Gustavo Adolfo, 604, 730, 977
- Beethoven, Ludwing van, 844
- Belda, Jaime, 620
- Bello Bañón, Ramón, 49
- Belmonte, Manuel, 631
- Belmonte Serrano, José, 15, 412, 1098
- Benedetti, Mario, 51
- Benlliure, Mariano, 595
- Berasatagui, Blanca, 773, 817, 1098
- Berenguer, Luis, 89, 423
- Bernanos, Georges, 18, 42, 84, 413, 419, 1077
- Biblia*, 59, 394, 454, 460
- Blanco, Miguel Ángel, 1055
- Blanco y negro*, 1104
- Blasco Ibáñez, Vicente, 18, 21, 38, 69, 458, 594, 595, 833, 926, 1076
- Bodas de sangre* (F. García Lorca), 703
- Boletín de la Asociación Colegial de Escritores de España*, 1103
- Bono, José, 1087
- Borges, Jorge Luis, 493
- Borrajo, Moncho, 944
- Borrás, Tomás, 501
- Bosch, Andrés, 49, 80, 498
- Bosé, Miguel, 859
- Boyer, Miguel, 947

- Bravo Castillo, Juan, 107, 1098, 1110
- Bravo Morata, Federico, 53
- Bravo-Villasante, Carmen, 972, 973, 1098
- bravos, Los* (J. Fernández Santos), 497
- “Breve apunte sobre mi narrativa” (R. Rubio), 28, 41, 43, 69, 1110
- Buck, Pearl S., 394
- Buckley, Ramón, 73, 1098
- Buddenbrook, Los* (T. Mann), 568
- buen camino, El* (M. Portal), 94
- buen Sancho, El* (Azorín), 555
- Buñuel, Luis, 272, 1050
- Buñuel, Miguel, 89
- Burgos, Antonio, 423
- buscón, El* (F. de Quevedo), 570
- Bush, Georges (hijo), 1087
- Butor, Michel, 18, 84, 321
- Butragueño, Emilio, 952
- Caballero Bonald, José Manuel, 73, 85, 498
- Cabañero, Eladio, 1012
- Cabrera Infante, Guillermo, 493
- cacique, El* (L. Romero), 344
- Cadalso, José de, 563
- Calcuta, Teresa de, 1034
- Caldwell, Erskine, 18, 42, 93, 504
- “calefacción del carro de mi padre, La” (R. Rubio), 66, 105, 315-317, 633, 1108
- Calleja, Saturnino, 270
- Calvo Serer, Rafael, 612
- Calvo Sotelo, Leopoldo, 1086
- Cámara, Adolfo, 46
- Camarón de la Isla* (seudónimo de José Monje Cruz), 181, 1055
- Cambronero Armero, Verónica, 1098
- camino de rosas, Un* (R. Rubio), 55, 64, 94, 95, 103, 107, 146, 408, 860-880, 881, 1035, 1107
- Camoens, Luis de, 611
- Camón Aznar, José, 618
- Campos de Castilla* (A. Machado), 77, 185
- Campoy, Antonio Manuel, 53, 618
- Camus, Albert, 332, 419, 493, 499, 833, 835
- “Canción última” (M. Hernández), 377
- Candel, Francisco, 49, 85, 485, 1083
- Cano, José Luis, 843
- Cántico espiritual* (S. J. de la Cruz), 1058
- Cantos* (G. Leopardi), 334
- Cañas y barro* (V. Blasco Ibáñez), 459
- Capote, Truman, 42
- Carandell, Luis, 557
- Carcasona, Emilio, 530

- Carcelén Ballesteros, Valentín, 1019
- Carlos III, 793, 796, 797, 798, 803, 804, 806, 809, 812
- Carlos IV, 793, 794, 796, 797, 798, 802, 804, 812
- Carod Rovira, Josep Lluís, 1036, 1037
- Carpentier, Alejo, 493
- Carretera intermedia* (M. Salisachs), 497
- Carrillo, Santiago, 634, 945
- “Carta al hijo”, (R. Rubio), 66, 107, 950-953, 1108
- Cartas a los celtíberos esposados* (E. Acevedo), 552
- Cartas desde mi celda* (G. A. Bécquer), 604
- Casas, Francisco de las, 610
- Casona, Alejandro, 199, 826
- Cassola Fernández, Manuel, 630
- Castelo Branco, Camilo, 611
- Castellet, José M<sup>a</sup>, 79, 84, 498, 1098
- Castilla* (Azorín), 292, 427, 462, 553, 554, 616, 1097
- Castillo-Navarro, José M<sup>a</sup>, 85, 498, 601
- Castillo-Puche, José Luis, 94, 110, 412, 498, 601, 617
- Castresana, Luis de, 47, 89, 499
- Castro, Estrellita, 148
- Castro, Fidel, 419
- Castro, Inés de, 611
- Castro, Rosalía de, 981
- Castroviejo, Concha, 188, 1099
- catedral, La* (V. Blasco Ibáñez), 458
- caverna, La* (J. Saramago), 183, 1093
- Cayetana de Alba, 793, 794, 796, 798, 800, 808, 810, 811, 812, 813, 814, 815, 816
- Cayetana de Goya* (R. Rubio), 64, 103, 793-816, 1097, 1106
- Cela Trulock, Camilo José, 42, 51, 73, 91, 93, 495
- Cela Trulock, Jorge, 47, 362, 498
- Celaya, Gabriel, 94
- Celestina, La*, 40, 658
- Cerezales, Manuel, 47, 742, 743, 1099
- cerezas del cementerio, Las* (G. Miró), 462
- Cernuda, Luis, 494
- Cervantes, Miguel de, 561, 563, 626, 724
- Chamorro, Víctor, 86, 609
- Chaves, Nufrio de, 610
- Chéjov, Antón, 41
- Chopin, Frédéric, 850
- Chueca Goitia, Fernando, 618
- Chumy Chúmez, 552
- Cifo González, Manuel, 15, 16, 57, 93, 180, 412, 906, 919, 1016, 1098, 1099, 1100, 1102

- Ciges, José, 833
- Cinco horas con Mario* (M. Delibes), 214, 344, 345, 423, 497
- Cinco variaciones* (A. Martínez Menchén), 73
- cipreses creen en Dios, Los* (J. M. Gironella), 444
- ciudad y los perros, La* (M. Vargas Llosa), 73
- Clarín* (seudónimo de Leopoldo Alas), 18, 40, 41, 490
- colmena, La* (C. J. Cela), 73, 90
- Cómo ayudar a su hijo impedido* (S. M. Wishik), 528
- Con la muerte al hombro* (J. L. Castillo-Puche), 94
- Con permiso de los cervantistas* (Azorín), 555
- Concierto de flautas para mujeres solas* (R. Rubio), 55
- Concilio Vaticano II, 397, 403, 404, 419, 468, 520, 521, 785
- Conde, Carmen, 974
- Conde de Aranda, 796, 804
- Conde de Floridablanca, 796, 798, 804, 809, 812
- conde Lucanor, El* (Don Juan Manuel), 682
- condenada, La* (V. Blasco Ibáñez), 459
- Condesa-Duquesa de Benavente, 810
- Confesiones* (S. Agustín), 420
- confesiones de un pequeño filósofo, Las* (Azorín), 427
- “¿Conoce usted algún valor ignorado?” (R. Rubio), 20, 1110
- contador de sombras, El* (A. Burgos), 423
- Corán, El*, 1053
- Cordobés, El* (seudónimo de Manuel Benítez), 364, 372, 565
- corrupciones, Las* (J. Torbado), 101
- Cortázar, Julio, 493
- Cortés, Arturo, 605, 826, 958, 1040, 1041, 1068, 1074
- Cortés, Hernán, 610
- Cortés Ramírez, Eugenio Enrique, 92, 93, 192, 193, 1100
- Costa, Joaquín, 563
- Costillares* (seudónimo de Joaquín Rodríguez), 810
- Crimen y castigo* (F. Dostoievski), 462
- Cristo de los Milagros, 626
- Cristo del Sahúco, 627
- Cristo nuevamente crucificado* (N. Kazantzakis), 1077
- Cristo y la sed* (G. Javier), 859
- Crónica de Albacete*, 49, 66, 67, 1090, 1108
- Crónica del alba* (R. J. Sender), 494
- Crónicas de andar y ver España* (R. Rubio), 68, 97, 105, 593-635, 621, 859, 1110

- Crónicas de nuestro tiempo* (R. Rubio), 68, 97, 105, 510, 537-557, 1110
- Crozier, Brian, 444
- Crusoe, Robinson, 830
- Cruz, Juan de la, 1034, 1053, 1057, 1058
- Cruz y Alegría*, 318, 319, 527, 530
- Cuadernos de investigación (Filología)*, 69, 503, 1111
- Cuadernos Hispanoamericanos*, 1101
- Cuando voy a morir* (R. Fernández de la Reguera), 94
- Cuarteto de máscaras* (R. Rubio), 18, 24, 63, 71, 94, 98, 99, 106, 260, 672, 740-771, 772, 774, 817, 829, 845, 1099, 1104, 1106
- cuatro jinetes del Apocalipsis, Los* (V. Blasco Ibáñez), 459
- “cuento un desafío para mí, El” (R. Rubio), 21, 69, 1110
- Cuentos de la Felguera*, 66
- Cuentos de verdad* (R. Rubio et al.), 66, 973, 974
- Cuerda de presos* (T. Salvador), 462
- curas comunistas, Los* (J. L. Martín Vigil), 419
- curso, El* (J. A. Payno), 498
- Da Vinci, Leonardo, 812
- Dánae, 355
- Danzando hacia la muerte* (R. Rubio), 55, 57
- Darío, Rubén, 730, 731, 833
- “De Montalvos a Monsalve: pasando por caminos de luces y sombras” (R. Rubio), 29, 1110
- Decamerón*, 682
- X Premio de narraciones breves “Antonio Machado”*, 67
- Delgado, Pedro, 952
- Delibes, Miguel, 21, 42, 94, 211, 212, 214, 344, 345, 423, 445, 495, 497
- Delicado, Dionisio, 32
- “Desconocido hermano” (R. Rubio), 69
- deshumanización del campo, La* (R. Rubio), 44, 67, 97, 105, 106, 124, 131, 132, 319, 377, 473-489, 492, 505, 545, 1083, 1110
- despiste nacional, El* (E. Acevedo), 552
- Diario de un cura rural* (G. Bernanos), 419, 1077
- Diario Regional*, 488
- Días lejanos* (R. Rubio), 70
- Díaz de Vivar, Rodrigo, 607
- Díaz-Plaja, Fernando, 552
- Díaz-Plaja, Guillermo, 51, 382, 390, 539, 1100
- Dicenta de Vera, Fernando, 381, 1100
- Diego, Gerardo, 48, 494, 608, 618, 619
- Díez de Revenga Torres, Francisco Javier, 16
- Diez minutos*, 46
- Dionisos, 784

- Dios (Padre), 26, 59, 107, 115, 116, 121, 127, 130, 141, 142, 155, 166, 171, 173-183, 216, 219, 248, 283, 293, 294, 299, 307, 308, 324, 327, 328, 330, 332, 333, 335, 337, 338, 351, 365, 391, 392, 402, 403, 405, 412, 416, 417, 418, 419, 420, 435, 439, 440, 441, 466, 468, 471, 472, 522, 533, 573, 575, 609, 635, 676, 677, 730, 738, 749, 775, 783, 785, 807, 812, 832, 833, 838, 840, 857, 861, 870, 884, 885, 899, 900, 905, 906, 917, 930, 936, 937, 939, 946, 983, 1010, 1018, 1021, 1030, 1031, 1032, 1033, 1034, 1035, 1037-1066, 1067, 1070, 1072, 1074, 1077, 1090, 1093, 1094
- Dios jugando al mus* (R. Rubio), 57
- Diosdado, Ana, 53
- Dirección obligatoria* (R. Rubio), 55, 773, 792, 1084
- disidente, El* (R. Rubio), 55
- Doménech, Ricardo, 86
- Domingo, José, 77, 88, 1100
- Donde la ciudad cambia de nombre* (F. Candel), 485
- Dos días de setiembre* (J. M. Caballero Bonald), 73
- Dos Passos, John, 18, 42, 84, 92, 93, 193, 504, 833
- Dostoievski, Fedor, 18, 40, 41, 462
- Duato Gómez-Novella, Manuel, 44, 318, 319, 525, 526, 1048, 1073
- Duermen bajo las aguas* (C. Kurtz), 497
- Dulcinea del Toboso, 184, 355, 1011
- Duquesa de Chinchón, 800, 804
- Dylan, Bob, 945
- Eça de Queirós, José M<sup>a</sup>, 611
- Ecclesia*, 465, 473
- Edipo, 355
- Eisenhower, Dwight D., 1082
- Encerrados con un solo juguete* (J. Marsé), 498
- “encrucijada del realismo en el medio siglo, La” (S. Sanz Villanueva), 87, 211, 212, 269, 341, 343, 357, 361, 414, 441, 1104
- enfermizas obsesiones de Paulino Marqués, Las* (R. Rubio), 58, 64, 72, 95, 103, 107, 124, 167, 179, 437, 904, 971, 977, 1019-1031, 1057, 1107
- Engels, Friedrich, 634
- Ensayos críticos* (R. Barthes), 321
- Ensayos de literatura infantil* C. Bravo-Villasante), 973, 1098
- Epi* (seudónimo de Juan Antonio San Epifanio), 952
- Epitalamio del prieto Trinidad* (R. J. Sender), 495
- Equipaje de amor para la tierra* (R. Rubio), 18, 19, 44, 54, 59, 60, 63, 68, 70, 87, 88, 90, 94, 95, 97, 100, 105, 106, 109, 129, 130, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 151, 152, 155, 160, 161, 163, 165, 175, 177, 178, 213, 214, 249, 319, 338-362, 378, 399, 423, 440, 651, 818, 857, 921, 922, 996, 1081, 1083, 1100, 1103, 1106
- Escribano, Fernando, 33

- “escritor y su espejo, El” (R. Rubio), 69, 378, 1110
- Escritos políticos* (M. J. de Larra), 558
- Escuela de sirenas*, 358
- esfera, La* (R. J. Sender), 494
- España no hay más que una* (R. Rubio), 68, 97, 105, 143, 144, 145, 146, 557-576, 1110
- español, El*, 1101
- español y los siete pecados capitales, El* (F. Díaz-Plaja), 552
- Espectador de Bogotá, El*, 1104
- espera, La* (R. Rubio), 22, 31, 63, 88, 90, 97, 100, 105, 106, 121, 122, 130, 131, 135, 152, 153, 154, 157, 158, 170, 176, 177, 249, 377-397, 778, 1079, 1081, 1100, 1104, 1106
- Espert, Nuria, 51
- Espíritu Santo, 406, 418, 1059
- Estafeta Literaria, La*, 19, 48, 65, 69, 275, 276, 501, 505, 1101, 1102, 1103, 1110
- Esteve de Miguel, Rafael, 529
- Estructura Económica de España* (R. Tamames), 479, 488
- Estructuras de la novela actual* (M. Baquero Goyanes), 186, 321, 380, 382, 1098
- Estudios literarios* (J. L. Aranguren), 81, 1097
- Estudios literarios dedicados al profesor Mariano Baquero Goyanes* (AA. VV.), 1101
- Estudios Románicos*, 1099
- extranjero, El* (A. Camus), 332
- Evtuchenko, Eugeni, 51
- Fábula del tiempo maldito* (R. Rubio), 33, 55, 64, 103, 107, 148, 152, 389, 861, 880-906, 1021, 1069, 1081, 1106
- familia de Pascual Duarte, La*, 93, 495
- Faraldo, Ramón, 618
- Faulkner, William, 18, 42, 84, 92, 93, 113, 140, 321, 344, 380, 388, 497, 682, 833, 960, 1017, 1091
- Fauna* (H. Vázquez-Azpiri), 423
- Felipe, León, 494
- Felipe II, 621
- Felipe V, 631
- feria, La* (R. Rubio), 44, 63, 70, 88, 95, 97, 105, 155, 156, 161, 162, 165, 166, 169, 213-231, 241, 242, 319, 360, 378, 440, 766, 770, 857, 914, 930, 961, 1017, 1081, 1107
- Fernández, Joaquín, 46
- Fernández, Matilde, 872
- Fernández, Tomás, 748, 1100
- Fernández Almagro, Melchor, 347, 1100
- Fernández de la Reguera, Ricardo, 94
- Fernández de Moratín, Leandro, 812, 815
- Fernández Flórez, Darío, 496
- Fernández Fontecha-Torres, José Luis, 49, 1012
- Fernández Pombo, Alejandro, 424, 1100

- Fernández Santos, Jesús, 80, 86, 90, 497
- Fernando I de Aragón, 605
- Fernando VII, 797, 804
- Ferrand, Manuel, 89
- Ferrándiz, Ramón, 622, 914, 1074
- Ferrer, Félix, 605
- Ferrer-Vidal, Jorge, 21, 48, 85, 89, 499
- Ferreras, Juan Ignacio, 82, 1100
- Ferres, Antonio, 85, 90, 498, 499
- fiebre, La* (R. Nieto), 498
- Fiestas galantes* (P. Verlaine), 332
- Figueras, Pepa (*La Gran Figueras*), 810
- Figuerola-Ferreti, Luis, 618
- Figuras de la Pasión* (G. Miró), 557
- flor de la vida, Al* (R. Rubio), 55, 64, 103, 107, 907-924, 1106
- Fittipaldi, Emerson, 571
- Fitzgerald, Francis Scott, 42, 84, 497, 833
- Fitz-James Stuart, Jacobo, 801
- Flor de mayo* (V. Blasco Ibáñez), 594, 595
- Flores, Lola, 560
- Flórez, Rafael, 47
- Forcada, Daniel, 459
- Fraga Iribarne, Manuel, 49
- Fraile, Medardo, 86
- Francisco Lozano* (R. Rubio), 68, 105, 611-619, 1110
- Franco. Historia y biografía* (B. Crozier), 444
- Franco Bahamonde, Francisco, 29, 61, 98, 112, 154, 352, 864, 876, 903, 1014, 1069, 1072, 1082, 1085
- frontera de Dios, La* (J. L. Martín Descalzo), 462
- Fuentes, Carlos, 493
- Fuertes, Gloria, 511
- fulgor y la sangre, El* (I. Aldecoa), 497
- furgón de cola, El* (J. Goytisolo), 79, 1101
- Fuster, Joan, 46, 834
- Fuster Ruiz, Francisco, 623
- Gabilondo, Iñaki, 1088
- Gaceta Ilustrada, La*, 617
- Gabriel y Galán, José M<sup>a</sup>, 609
- Gallart, José Luis (seudónimo de Florencio Martínez Valero), 833
- Gallego, Gregorio, 48
- Gallegos, Rómulo, 41, 838
- García Atienza, Juan, 53
- García Berlanga, Luis, 272, 1050
- García Cano, Antonio, 85
- García Carbonell, Juan José, 49, 907, 917
- García de Paredes, Diego, 610
- García Ferreras, Antonio, 1089



- García Hortelano, Juan, 75, 85, 90, 101, 496, 498, 1100
- García López, Ángel, 49
- García Lorca, Federico, 329, 331, 494, 602, 1012, 1014, 1091
- García Luengo, Eusebio, 47
- García Márquez, Gabriel, 682, 684, 818
- García Nieto, José, 47, 62
- García Pavón, Francisco, 21, 48, 499, 1012
- García Solana, Enrique, 626
- García Templado, José, 629
- García-Viñó, Manuel, 78, 79, 80, 88, 89, 499, 1100
- García Viñolas, Manuel Augusto, 618
- Garciasol, Ramón de, 48
- Gardel, Carlos, 850
- Gaviotas*, 98, 1097
- Gautier, Margarita, 731, 732
- Gide, André, 833
- Gil Casado, Pablo, 77, 81, 108, 109, 110, 111, 113, 114, 118, 125, 127, 128, 140, 146, 147, 1100
- Gil y Gil, Jesús, 865
- Gimeno, José, 596
- Gimeno, Vicente, 596
- Gironella, José M<sup>a</sup>, 444, 499, 599
- Godoy, Manuel de, 796, 797, 798, 799, 800, 801, 802, 803, 804, 805, 808, 812, 813
- Gómez-Porro, Francisco, 33, 34, 40, 492, 506, 524, 525, 526, 741
- González Márquez, Felipe, 867, 944, 1035, 1086, 1087
- González, Fernán, 607
- González Bermúdez, Francisco, 626
- Gordillo, Rafael, 952
- Gorki, Máximo, 75
- Goya*, 618
- Goya, Francisco de, 561, 774, 793, 794, 796, 798, 801, 804, 805, 807, 808, 809, 810, 811, 812, 813, 814, 815, 816, 838
- Goytisolo, Juan, 69, 79, 85, 90, 108, 497, 498, 540, 1101
- Goytisolo, Luis, 51, 85, 498
- Gracia, Jordi, 103, 1101
- gramófono, El* (R. Rubio), 31, 54, 63, 95, 97, 105, 106, 119, 126, 129, 132, 133, 149, 150, 156, 158, 159, 168, 169, 248, 249-269, 305, 927, 1102, 1104, 1106
- Grande, Félix, 73, 74, 1101
- Granero, Manuel, 204, 364, 665
- Granero Sancho, Emilio, 596, 833
- Graubner, Juan Jorge, 628
- Greco, El, 626, 838
- Greene, Graham, 419, 1077
- Gregorio, San, 32, 644
- Grosso, Alfonso, 85, 499
- guerra civil española, La* (H. Thomas), 444

- Guerra Garrido, Raúl, 48
- Guerra González, Alfonso, 146, 858, 866, 867, 1035, 1086
- Guerra González, Juan, 146, 866, 867
- Guerrero Zamora, Juan, 89
- Guijarro, Manuel, 527
- Guillén, Nicolás, 834
- Gullón, Agnes, 1098, 1105
- Gullón, Germán, 1098, 1105
- Gullón, Ricardo, 186, 1101
- Gutiérrez, Alicia, 974
- Gutiérrez Alarcón, Demetrio, 49
- Gutiérrez-Solana, José, 106, 772
- Guzmán, Eduardo de, 48
- “Haciendo así” (R. Rubio), 20, 275, 276, 1108
- Halcón, Manuel, 499, 1014
- Hamsun, Knut, 42, 741
- Han matado a un hombre, han roto un paisaje* (F. Candel), 485
- Hechos y Dichos*, 537
- Hécula*, 1099
- Hemingway, Ernest, 18, 42, 84, 148, 497
- Hermano Lobo*, 562
- Hernández, Miguel, 77, 329, 377, 494, 601, 834, 950, 1091
- Herreros, José, 600
- Hesse, Herman, 42, 493, 562
- Hierro, José, 618
- Hierro, Nicolás del, 48
- hijos de Hitler, Los* (R. Rubio), 55
- Historia de la literatura española 7. Derrota y restitución de la modernidad 1939-2010* (J. Gracia y D. Ródenas), 103, 1101
- Historia de la novela social española (1942-1975)* (S. Sanz Villanueva), 74, 80, 86, 118, 341, 362, 363, 368, 375, 376, 502, 1104
- Historia sinóptica de la Literatura Española. Introducciones, cuadros sinópticos y anexos* (R. Massó Ortega), 94, 1102
- Historia y crítica de la literatura española. Época contemporánea: 1939-1980* (D. Ynduráin), 102, 1104
- Hitler, Adolf, 903, 1082
- Homenaje a Alfonso Santamaría Conde* (AA. VV.), 1099
- Hospital general* (M. Pombo Angulo), 94
- hora del lector, La* (J. M<sup>a</sup> Castellet), 84, 1098
- Hugo, Víctor, 41, 462
- Huxley, Aldous, 493, 497
- humo dormido, El* (G. Miró), 187, 1102
- Ibarretxe, Juan José, 1088
- Ibarruri, Dolores, 1085
- Idígoras, Carlos M<sup>a</sup>, 499
- Iglesias, Gerardo, 945

- Iglesias, Pablo, 865  
1067, 1070, 1073, 1076, 1077, 1078, 1090,  
1091, 1093, 1095
- Iglesias Laguna, Antonio, 48, 234, 235,  
424, 425, 682, 683, 1101  
*Jesucristo Superstar*, 1061, 1064
- Imparcial, El*, 514  
*Jesús muere en la autopista* (R. Rubio), 55,  
773, 792, 1084
- incendio, El* (R. Rubio), 63, 87, 97, 105,  
106, 114, 116, 117, 118, 362-376, 422,  
1106  
Jiménez, Juan Ramón, 185, 329, 730, 1014
- Industrias y andanzas de Alfanhuí* (R.  
Sánchez Ferlosio), 744  
Jiménez Martos, Luis, 46
- Infante don Fernando (señor de  
Orihuela), 631  
José, San, 152, 1058
- Infante don Juan Manuel, 631  
*Joselito* (seudónimo de José Gómez  
Ortega), 204
- Informaciones*, 501, 1098  
Jovellanos, Gaspar Melchor de, 797, 812
- Informador, El*, 847, 1101  
“Jóvenes sin brújula” (R. Rubio), 66, 107,  
944-945, 1108
- inquietudes de Shanti Andía, Las* (P.  
Baroja), 462  
Joyce, James, 42, 98, 493, 497
- Ínsula, 78, 501, 1098, 1103  
Juan, San, 277, 754, 766, 768
- Introducción a la literatura infantil* (R.  
López Tamés), 969, 1101  
Juan Carlos I, 905, 1085
- Iriarte, Tomás de, 797  
Juan Pablo II, 180, 1051, 1091, 1092
- Islas Canarias*, 434, 750  
Juan XXIII, 24, 44, 61, 397, 398, 407, 408,  
464-473, 520, 530, 1034, 1049
- Izcaray, Jesús, 86  
Judas Iscariote, 284, 1061
- James, William, 193  
*Juegos de manos* (J. Goytisolo), 497, 498
- Jarama, El* (R. Sánchez Ferlosio), 498  
*Jugada de rey* (R. Rubio), 55
- Jarnés, Benjamín, 493  
Jünger, Ernst, 880
- Javier, Gregorio, 47, 601, 859  
Kafka, Frank, 42, 84, 419, 493, 497
- Jesucristo, 26, 59, 116, 121, 175, 180, 183,  
286, 393, 396, 397, 403, 407, 408, 409, 414,  
415, 418, 465, 466, 527, 599, 786, 841, 859,  
860, 1032, 1033, 1034, 1035, 1038-1066,  
Kant, Immanuel, 183, 1093
- Kavik, el perro lobo* (W. Morey), 995

- Kazantzakis, Nikos, 1077
- Kennedy, John F., 413, 1057
- Kennedy, Robert, 1057
- Kierkegaard, Soren, 1019
- King, Martin Luther, 1057
- Kock, Robert, 841
- Kruschov, Nikita, 419
- Kurtz, Carmen, 49, 497
- Lacruz, Mario, 49, 90, 462
- Ladridos a la luz de la luna* (M. Portal), 94
- Laforet, Carmen, 42, 94
- Lain Entralgo, Pedro, 612, 618
- Lanza*, 1101
- Lapayese del Río, José, 47
- Lara, Salvador (*Abarcas*), 239, 625, 764, 1028
- Larra, Mariano José de, 18, 106, 124, 505, 558, 561, 563, 565, 772, 774, 872
- Larreta, Enrique, 41
- Las Hurdes, tierra sin tierra* (V. Chamorro), 609
- Las Navas Pagán, Ángel, 847, 1101
- Lazarillo de Tormes*, 355, 493, 561, 609
- Lázaro calla* (G. Celaya), 94
- Lecturas españolas*, 68
- Leguina, Joaquín, 858, 1035
- Leopardi, Giacomo, 334
- Lera, Ángel M<sup>a</sup> de, 48, 51, 86, 444, 498, 511
- Levante*, 45, 46
- Lezama Lima, José, 493
- Libro español, El*, 1100
- Linares Valcárcel, Francisco, 1098, 1100, 1102
- Llamas, Carlos, 1088
- “Lluvia de otoño”, 68
- López, Álvaro, 841
- López, Vicente, 626
- López Anglada, Luis, 48, 211, 1101
- López Fernández, Álvaro, 841, 1075, 1076
- López García, Antonio, 1012
- López Ibor, Juan José, 612
- López Martínez, José, 48, 104, 208, 268, 1101
- López Martínez, Luis, 344, 345, 346, 1101
- López Pacheco, Jesús, 85, 90, 498
- López Precioso, Juan Luis, 50, 97, 862, 1101
- López Salinas, Armando, 77, 78, 85, 90, 498, 499, 1103
- López Tamés, Román, 969, 973, 1101
- López Torres, Antonio, 1012
- Lorén, Santiago, 604

- Lozano, Cristóbal, 630
- Lozano, Francisco, 24, 47, 611-619
- Lozano Marco, Miguel Ángel, 15
- Luca de Tena, Torcuato, 89, 499
- Lucas, San, 471, 1060
- Luis XVI, 798, 804
- Luzán, José, 809
- Maalouf, Amin, 182
- Macanaz, Melchor de, 630
- Machado, Antonio, 40, 77, 78, 184, 185, 190, 196, 197, 563, 607, 608, 617, 634, 833, 1102
- Madrid*, 1103
- Mahoma, 1053
- Malaparte, Curcio, 461
- Malraux, André, 833
- Manegat, Julio, 89
- Manhattan Transfer* (J. Dos Passos), 192, 193
- Mann, Thomas, 42, 84, 493, 497, 552, 562, 568, 841
- Manolete* (seudónimo de Manuel Rodríguez Sánchez), 364, 434
- Manrique de Lara, José Gerardo, 89
- Manual de literatura española XII. Posguerra: narradores* (F. B. Pedraza y M. Rodríguez), 85, 91, 92, 94, 1103
- Maragall, Pasqual, 1036, 1037
- Marañón, Gregorio, 593
- Marcos, San, 31, 33, 192, 203, 204, 210, 624, 644, 917, 1025, 1043, 1074, 1080
- Marea escorada* (L. Berenguer), 423
- María Antonieta, 799
- María Magdalena, 1033, 1061
- Marqués de Esquilache, 796, 809
- Marqués Monsalve, Mariana, 28, 1015, 1019
- Marsé, Juan, 85, 498, 499
- Martí, Octavio, 249, 252, 1102
- Martín, Fernando, 952
- Martín, San, 646
- Martín Descalzo, José Luis, 88, 89, 462, 498
- Martin du Gard, Roger, 42, 562
- Martín Gaité, Carmen, 80, 86, 90, 498
- Martín-Santos, Luis, 73, 85, 98, 500
- Martínez, Tita, 845, 1102
- Martínez Cachero, José M<sup>a</sup>, 17, 90, 91, 98, 248, 505, 1102
- Martínez Garrido, Alfonso, 89, 94
- Martínez-Mena, Alfonso, 21, 48, 499, 621, 622, 1102
- Martínez Menchén, Antonio, 73
- Martínez Ruiz, Florencio, 771, 817, 818, 1102

- Martínez-Villaseñor Barrasa, M<sup>a</sup> del Carmen (*Mari Carmen y sus muñecos*), 944
- Marx, Karl, 634
- Massiel, 511
- Massó Ortega, Ramón, 94, 1102
- Mastretta, Ángeles, 1023
- Mateo Díez, Luis, 25, 101, 107, 1102
- Mater et magistra* (Juan XXIII), 468
- Mathías, Julio, 53
- Matute, Ana M<sup>a</sup>, 42, 51, 90, 497
- Mauriac, François, 42, 419
- Maurois, André, 84, 393
- Máximo* (seudónimo de Máximo San Juan), 557, 574
- McCullers, Carson, 18, 42
- Medio, Dolores, 47, 445, 497, 511
- Meléndez Valdés, 797, 812
- Meller, Raquel, 665, 850
- Memoria de pecado* (R. Rubio), 44, 64, 95, 103, 106, 160, 408, 437, 793, 816-845, 855, 1064, 1081, 1097, 1102, 1107
- Memorias de un niño de derechas* (F. Umbral), 101
- “Mendigos” (R. Rubio), 66, 107, 945-947, 1108
- Mendiola, José M<sup>a</sup>, 94
- miedo y la esperanza, El* (A. Martínez Garrido), 94
- Mientras agonizo* (W. Faulkner), 344, 380, 388, 1017
- Mieza, Carmen, 49, 496
- Miguel, Amando de, 506, 572, 1084
- Miller, Henry, 42, 419, 833, 838
- Mingote, Antonio, 552
- Minusval*, 53, 410, 854
- “minusválido en la sociedad de hoy, El” (R. Rubio), 69, 537, 1110
- Minusválidos* (R. Rubio), 68, 97, 105, 159, 160, 492, 523-537, 550, 1110
- Miró, Gabriel, 18, 21, 40, 41, 186, 187, 188, 461, 462, 493, 553, 557, 563, 599, 600, 601, 614, 833, 1102
- miserables, Los* (V. Hugo), 462
- Molerés, Ricardo, 1076
- Molina, Miguel de, 148
- Molina Molina, José Luis, 733, 970, 971, 979, 995, 996, 1102
- Mollá, Juan, 89
- Monde, Le*, 1103
- montaña mágica, La* (T. Mann), 841
- Monteagudo*, 1098
- Montejano, Isabel, 49, 1102
- Montero, Antonio, 473
- Montero, Isaac, 85
- Morales, Rafael, 48, 843
- Morán, Fernando, 74, 1103

- Moravia, Alberto, 18, 84, 419, 461, 497
- Morey, Walter, 992
- “Morir en el lavabo” (R. Rubio), 66, 107, 949-950, 1108
- Moya Juan, Emigdio de, 58
- Mozart, Wolfgang Amadeus, 26, 850, 1091
- mudos, Los* (R. Rubio), 62
- Muerte por fusilamiento* (J. M<sup>a</sup> Mendiola), 94
- “mujer manchega, La” (A. Machado), 184, 185, 197
- mundo a cuestras, Un* (R. Rubio), 18, 31, 32, 38, 43, 63, 70, 88, 90, 94, 95, 97, 99, 105, 163, 164, 169, 184-212, 223, 227, 232, 239, 240, 241, 242, 312, 378, 394, 461, 623, 625, 840, 921, 922, 963, 1017, 1098, 1098, 1101, 1107
- Muñiz, Carlos, 54
- Muñiz, Mauro, 85
- Muñoz, Juanín, 32
- Murciano, Antonio, 603
- Murciano, Carlos, 603
- Musil, Robert, 493
- Nada* (C. Laforet), 93
- Narrativa albacetense del siglo XX* (J. Bravo Castillo), 65, 69, 104, 106, 107, 1110
- Narrativa española, 1940-1970* (R. Rubio), 67, 148, 489-505, 1110
- “Narrativa española contemporánea” (R. Rubio), 69, 91, 503, 504, 1111
- náusea, La* (J-P. Sartre), 332
- Navarro Tomás, Tomás, 625
- Neruda, Pablo, 834, 982
- Nicomedes, San, 181
- Niebla* (M. de Unamuno), 322, 329, 827, 853
- Nieto, Ángel, 571
- Nieto, Ramón, 85, 498, 499
- Niña de la Puebla, La* (seudónimo de Dolores Jiménez Alcántara), 148, 309
- Noel, Eugenio, 106
- Nogueras, Sol, 47
- Nora, Eugenio G. de, 75, 76, 89, 90, 1103
- noria, La* (L. Romero), 73
- “novela como testimonio, La” (R. Rubio), 69, 83, 1111
- novela desde 1936, La* (I. Soldevila Durante), 81, 89, 502, 1104
- novela española contemporánea (1939-1967), La* (E. G. de Nora), 76, 89, 90, 1103
- novela española del siglo XX. 2. De la postguerra a nuestros días, La* (J. Domingo), 77, 88, 1100
- novela española entre 1936 y el fin de siglo. Historia de una aventura, La* (J. M<sup>a</sup> Martínez Cachero), 90, 98, 505, 1102

- novela existencial española de posguerra, La* (O. Barrero Pérez), 100, 110, 167, 168, 170, 172, 173, 1098
- novela lírica, La* (R. Gullón), 187, 1101
- “Novela psicológica y novela objetiva” (R. Rubio), 41, 69, 1111
- novela social española, La* (P. Gil Casado), 77, 81, 109, 114, 140, 147, 1100
- Novela y semidesarrollo* (F. Morán), 74, 1103
- Novelistas españoles de postguerra* (G. Sobejano), 73, 1104
- novelística de Rodrigo Rubio: aproximación al realismo crítico, La* (M. Cifo González), 15, 16, 1099
- “nube, La” (R. Rubio), 65, 105, 300-305, 1108
- Nuestra Natacha* (A. Casona), 199, 826
- Nuestra Señora de los Remedios*, 32, 625
- Nuestro Padre San Daniel* (G. Miró), 601
- Nuestro tiempo*, 1100
- Nueva España, La*, 535, 1097
- Nueva Estafeta, La*, 1099
- Nuevas amistades* (J. García Hortelano), 498
- nuevos curas, Los* (M. de Saint Pierre), 419
- Núñez, Antonio, 78, 1103
- Núñez Alonso, Alejandro, 496
- Núñez de Balboa, Vasco, 610
- obispo leproso, El* (G. Miró), 601
- VIII Premio de narraciones breves “Antonio Machado”, 66
- Octavio Augusto, 610
- Oficio de muchachos* (M. Arce), 498
- Olivares, Quintín, 32
- Olmo, Lauro, 48, 85, 90
- Oración en otoño* (R. Rubio), 54, 63, 86, 97, 105, 106, 135, 136, 137, 174, 421-441, 462, 1100, 1101, 1107
- Ordóñez, Antonio, 364
- Oréfiche, Armando, 44
- Orellana, Francisco de, 610
- Ortega Muñoz, Godofredo, 617
- Ortega y Gasset, José, 324, 1079
- Ortigueira, Guillermo J., 53
- “oruga metálica, La” (R. Rubio), 67, 71, 107, 938-941, 1108
- Osborne, Javier, 46
- Otero, Blas de, 834
- Otero Seco, Antonio, 357, 1103
- otros catalanes, Los* (F. Candel), 485
- “otros viajes, Los” (R. Rubio), 66, 71, 107, 928, 931-934, 1108
- Pablo, San, 626, 861, 1063
- Pablo VI, 398, 407, 418, 549
- Pacem in terris* (Juan XXIII), 468, 530
- “padre de hoy, Un” (R. Rubio), 66, 107, 942-943, 1109



*Página diez*, 46, 53

*Palabras muertas sobre el polvo* (R. Rubio), 20, 44, 65, 97, 105, 120, 121, 127, 157, 269-299, 319, 434, 663, 668, 1108

Palencia, Benjamín, 47, 232, 599, 606, 617, 620, 625

*Palencia social*, 1103

Pandilla, La (267)

*Panorama de la literatura española contemporánea* (G. Torrente Ballester), 75, 1104

Panza, Sancho, 355

*Papa Bueno y los enfermos, El* (R. Rubio), 44, 67, 105, 319, 394, 464-473, 1049, 1110

*Papeles amarillos en el arca* (R. Rubio), 21, 24, 38, 65, 68, 70, 98, 99, 106, 239, 240, 461, 625, 635, 672, 681-722, 723, 724, 725, 728, 733, 734, 735, 741, 745, 748, 755, 756, 772, 774, 1017, 1101, 1108

*Parábola del naufrago* (M. Delibes), 497

*Páramo de cruces* (R. Rubio), 55, 861, 881

*pared, La* (R. Rubio), 62

“paredes lloran en silencio, Las” (R. Rubio), 65, 70, 105, 305-308, 1108

Parma, M<sup>a</sup> Luisa de, 793, 794, 795, 796, 797, 798, 799, 800, 801, 802, 803, 804, 814

Parra, José Antonio, 85

Paul, Antonio, 1076

Pavese, Cesare, 18, 84, 497, 835

Payno, Juan Antonio, 85, 498

Pedraza Jiménez, Felipe B., 15, 84, 85, 91, 92, 94, 1103

Pedro I de Portugal, 611

Pedro, San, 180, 181, 277, 398, 1047, 1053, 1063

*Pedro Páramo* (J. Rulfo), 743, 744

Pemán, José M<sup>a</sup>, 1014

“Penúltimo invierno” (R. Rubio), 66, 70, 105, 308-312, 1109

*Pequeño teatro* (A. M<sup>a</sup>. Matute), 497

Peraile, Meliano, 48, 99, 108, 1103

Perales, Eusebio, 44

Pereda, José M<sup>a</sup> de, 41

Pérez Galdós, Benito, 18, 40, 41, 493

Pérez Mateos, Juan Antonio, 86

Pérez Rubalcaba, Alfredo, 1089

Perich, Jaume, 552, 557, 574

Perón, Eva, 839

Pessoa, Fernando, 730

Piaf, Edit, 662

Picazo, Benjamín, 32

Picazo, Mario, 48

“Piedras de colores” (R. Rubio), 65, 70, 722-727, 733, 734, 1109

Pilares, Manuel, 53

Pilatos, Poncio, 822

Pinazo Camarlench, Ignacio, 595

- Pintado Bernal, Jesús, 1073
- Piñar, Blas, 562
- Pío IX, 468
- Pío XII, 406
- Piquer, Concha, 148, 850
- Pizarro, Francisco, 610
- Plá, Juan, 46
- Plans, Juan José, 53, 348, 1103
- Platanito* (seudónimo de Blas Romero González), 364
- Poblador, Juan José, 85
- “poco de paciencia, Un” (R. Rubio), 66, 71, 105, 312-315, 960, 1109
- poder, El* (R. Rubio), 55, 98, 771, 793, 1084
- poder y la gloria, El* (G. Greene), 1077
- Poesía española*, 62
- Poesías completas* (A. Machado), 185, 1102
- Polanco, Jesús de, 1036, 1087, 1088
- Polifo, 355
- Pombo Angulo, Manuel, 94
- Ponce, José, 27
- Ponce de León, Luis, 48
- Pons Prades, Eduardo, 61
- Populorum progressio*, 418
- Por tierras de Portugal y España* (M. de Unamuno), 610
- Porcel, Baltasar, 21
- Portal, Marta, 89, 94
- Poseidón, 355
- Pratolini, Vasco, 18, 84, 461, 835
- Preciado, Tomás, 630
- Pretel Marín, Aurelio, 627
- Prieto, Antonio, 462, 497, 741, 742, 749
- Prieto, Gregorio, 47, 617, 1012
- “primera víctima del terrorismo, La” (R. Rubio), 67, 108, 1032-1033, 1108
- Primo de Rivera, José Antonio, 887, 888
- Primo de Rivera, Miguel, 562
- provincias, Las*, 46, 174, 1097, 1100
- Proust, Marcel, 18, 42, 84, 388, 493, 552, 562
- Ptolomeo, Claudio, 629
- Pueblo*, 560, 1103
- Puerta, Diego, 364
- puerta, La* (R. Rubio), 55, 64, 103, 125, 970, 971, 972, 974, 976, 978-987, 997, 1011, 1107
- Puertas, Miguel, 633
- Puertas Mendieta, Dolores, 28, 30, 46, 161, 213, 352, 826, 827, 929, 930, 931, 932, 933, 934, 961, 962, 1015, 1040, 1056
- Pujol, Jordi, 905
- Purísima Concepción, 204, 1027, 1080

- Quevedo, Francisco de, 40, 106, 361, 493, 561, 563, 682, 741, 772, 774, 1009
- Quevedo, Nino, 85
- Quijano, Alonso / Don Quijote, 184, 189, 196, 197, 355
- Quijote, El*, 40, 190, 394, 493, 626
- Quintana, Ana Rosa, 1023, 1026
- Quinto, José M<sup>a</sup> de, 86
- Quiroga, Elena, 94, 344, 345, 497
- Radiografía de una sociedad promocionada* (R. Rubio), 68, 97, 105, 123, 505-523, 551, 572, 1083, 1084, 1110
- Rajoy, Mariano, 1088, 1089
- Ramírez, Juan, 809
- Ramírez, Antón (*Culebrilla*), 643
- Ramón y Cajal, Santiago, 610
- rascacielos, El* (R. Rubio), 54, 55
- Razón y Fe*, 69, 537, 1110
- Rayas* (A. Sánchez), 609
- rayo que no cesa, El* (M. Hernández), 950
- “Realismo, imaginación y simbolismo en la literatura infantil de Rodrigo Rubio” (J. L. Molina), 733, 970, 971, 979, 996, 997
- “realismo patético de Rodrigo Rubio, El” (O. Barrero), 95, 490, 503, 1098
- Reflexiones. Confesiones antes de morir* (R. Rubio), 68, 103, 107, 180, 182, 183, 839, 1035, 1039, 1040, 1041, 1064, 1066-, 1095, 1107
- Regenta, La* (Clarín), 702, 703
- regicida, El* (R. Rubio), 65, 98, 106, 547, 650-681, 685, 1108
- Región, La*, 1097
- Relaciones topográficas de Felipe II*, 621
- Remarque, Erich Maria, 148
- República de las Letras*, 69, 101, 1097, 1100, 1102, 1103, 1104, 1110
- Residuos* (R. Rubio), 62
- resplandor de invierno y diez cuentos más, El*, 67
- “Retraso providencial” (R. Rubio), 67, 71, 107, 935-938, 961, 1109
- Reyes Católicos, 563, 631
- Reyes Magos, 556
- Ribera, José de, 626
- Rincón, José M<sup>a</sup>, 54
- Ríos Ruiz, Manuel, 46, 48
- Risi, Dino, 461
- “ritmo para el recuerdo, Un” (R. Rubio), 66, 71, 107, 924-928, 1109
- Robbe-Grillet, Alain, 18, 84, 835
- Roberts, Gemma, 99, 1103
- Robles Piquer, Carlos, 47
- Ródenas, Domingo, 103, 1101
- Rodero, Juan Jesús, 85
- Rodrigo, Antonina, 61, 602
- Rodrigo, Susana, 602

- “Rodrigo Rubio: crónicas de la pobre gente” (F. Gómez-Porro), 34, 40, 43, 492, 506, 524, 525, 526, 741
- “Rodrigo Rubio se confiesa” (R. Rubio), 69, 96, 186, 1111
- Rodrigo Rubio, vida y obra literaria* (M. Cifo González), 15, 1099
- Rodríguez, Claudio, 232, 617
- Rodríguez, Ventura, 812
- Rodríguez Cáceres, Milagros, 84, 85, 91, 92, 1103
- Rodríguez Rodríguez, María, 58
- Rodríguez Zapatero, José Luis, 1035, 1036, 1037, 1078, 1085, 1087, 1088, 1089
- Rojas, Carlos, 80, 498
- Rojo, David, 1023
- Roldán, Teresa, 51, 773, 774, 881, 1103
- Romá, Rosa, 16, 45, 46, 47, 49, 51, 52, 54, 57, 59, 61, 238, 377, 621, 921, 1006, 1016, 1048
- Romancero gitano* (F. García Lorca), 331
- Romano, Vicente, 86
- Romay, Fernando, 952
- Romeo Gorría, Jesús, 531
- Romero, Luis, 42, 73, 86, 344, 345, 496, 497
- Romero Martínez, Pedro, 810
- “rosa pálida y perfumada, Una” (R. Rubio), 67, 71, 730-733, 1109
- Rosales, Luis, 618
- Rossellini, Roberto, 461
- Royo, Rodrigo, 45,46
- Rubio, Antonio, 536, 1103
- Rubio Cremades, Enrique, 15
- Rubio Marqués, Buenaventura, 28, 31, 34, 36, 43, 161, 213, 238, 239, 271, 706, 718, 719, 738, 764, 826, 870, 908, 914, 915, 916, 920, 929, 930, 954, 962, 1015, 1019, 1040, 1041, 1042, 1043, 1056
- Rubio Marqués, Cristino, 28, 32, 154, 389, 393, 826, 827, 883, 914, 915, 929, 930, 933, 934, 1015, 1041, 1042, 1043, 1056, 1068
- Rubio Marqués, Dimas, 28, 914, 915, 916, 920, 922, 923, 1015, 1041, 1042
- Rubio Marqués, Heriberto, 28, 32, 179, 826, 827, 883, 914, 915, 929, 930, 932, 933, 934, 962, 1015, 1025, 1041, 1042, 1043
- Rubio Marqués, Juan, 28, 826, 1015
- Rubio Marqués, María, 28, 962 1015, 1040, 1069
- Rubio Puertas, Conchita, 28, 36, 37, 46, 820, 962, 1015, 1040, 1069
- Rubio Puertas, Florentina, 28, 30, 962, 1015, 1040, 1042, 1048, 1068, 1069, 1076
- Rubio Puertas, Juan, 28, 36, 37, 930, 1015
- Rubio Puertas, Pilar, 28, 30, 35, 34, 36, 38, 39, 40, 43, 184, 198, 199, 323, 324, 334, 393, 825, 826, 828, 836, 837, 838, 839,840, 962, 981, 1015, 1028, 1040, 1041, 1042, 1043, 1068, 1069
- Rubio Rodríguez, Alberto, 58, 59
- Rubio Rodríguez, Ester, 58, 59

- Rubio Romá, Germán, 16, 47, 52, 56, 57, 58, 59, 249, 846, 873, 1044, 1059
- Rubio Romá, Rodrigo Marcos, 16, 46, 52, 56, 57, 59, 249, 556, 846, 952
- Rubio Rueda, Juan, 916, 923
- Rubio Rueda, Virginio, 923
- Rueda, Laureano, 870, 915
- Ruiz Cabestany, Peio, 952
- Rulfo, Juan, 493, 682, 743, 744, 818
- ruta de don Quijote, La* (Azorín), 555
- ruta de las luciérnagas, La* (R. Rubio), 55, 58, 64, 71, 100, 103, 107, 173, 179, 904, 971, 977, 1005-1019, 1021, 1031, 1090, 1107
- Rutas valencianas* (J. Soler Carnicer), 594
- Sábato, Ernesto, 493
- Sabor a hiel* (A. R. Quintana), 1023
- saga/fuga de J.B., La* (G. Torrente Ballester), 743
- Sagrado Corazón de Jesús, 29, 472, 1048
- Sainz de Robles, Federico Carlos, 340, 356, 357, 1103
- “Sal amarga” (R. Rubio), 66, 107, 213, 827, 928-931, 1109
- Salgado, Elena, 1093
- Salinas, Pedro, 494
- Salisachs, Mercedes, 497
- Salvador, Gregorio, 74, 1103
- Salvador, Lola, 53
- Salvador, Tomás, 356, 462, 1103
- Salzillo, Francisco, 600, 601
- San Manuel Bueno, mártir* (M. de Unamuno), 542
- San Martín, Manuel, 80, 498
- San Martín, Purificación, 488
- Sanabria, María Antonia, 722, 1017, 1108
- Sánchez, Agustín, 609
- Sánchez Ferlosio, Rafael, 43, 80, 86, 90, 498, 744
- Sánchez-Camargo, Manuel, 618
- Santiago Apóstol, 181, 609, 1055
- Santiago el herrero, 27, 239, 764, 933
- Santos, Dámaso, 378, 388, 511, 743, 1104
- Santos, Samuel de los, 629
- Santos Fontela, César, 74
- Sanz, Fernando, 86
- Sanz Villanueva, Santos, 60, 74, 79, 80, 85, 86, 87, 102, 118, 211, 212, 269, 340, 341, 342, 343, 357, 361, 362, 363, 368, 375, 376, 414, 422, 423, 441, 501, 502, 1104
- Saralegui, José M<sup>a</sup>, 48
- Saramago, José, 183, 1093
- Sarraute, Nathalie, 18, 84
- Sartre, Jean Paul, 419, 493, 499, 833, 835
- Saroyan, William, 41, 42, 51, 84
- Scorza, Manuel, 744

- Semprún, Alfredo, 339
- Sender, Ramón J., 493, 494, 495
- Señor del látigo, El* (R. Rubio), 57, 59, 64, 100, 103, 107, 180, 181, 182, 1010, 1035, 1037-1066, 1067, 1068, 1070, 1073, 1080, 1089, 1094, 1099, 1106
- 60 y más*, 53
- Sevilla, Juan José (*Pasitos*), 27, 238, 870
- Sevilla Escribano, Juan Andrés, 34, 35, 36, 38, 39, 323, 820, 828, 836, 838, 935, 1041, 1042, 1043, 1068
- Sica, Vittorio de, 461
- Sijé, Gabriel, 601
- Sijé, Ramón, 601, 950
- silla de oro, La* (R. Rubio), 55, 64, 98, 106, 572, 771-792, 818, 1084, 1107
- Silvestre Paradox* (P. Baroja), 462
- Sin camino* (J. L. Castillo-Puche), 110, 412
- Sin novedad en el frente* (E. M<sup>a</sup> Remarque), 148
- sitio de Zaragoza, El*, 434, 750
- Sobejano, Gonzalo, 73, 1104
- Sobre Literatura, II* (M. Butor), 321
- Sobredosis* (R. Rubio), 55
- Sol, El*, 1079
- Solana, Luis, 947
- “solar de lirios y cruces, Un” (R. Rubio), 71
- Soldevila Durante, Ignacio, 81, 88, 89, 502, 1104
- Soler, Bartolomé, 495
- Soler Carnicer, José, 594
- Solís, Ramón, 48, 89, 499
- sombra del ciprés es alargada, La* (M. Delibes), 94
- Somerset Maugham, William, 42, 84, 394
- Soriano, Elena, 48
- Sorolla, Joaquín, 595, 613
- sotana, La* (R. Rubio), 48, 63, 87, 88, 90, 94, 95, 97, 100, 105, 106, 109, 110, 112, 113, 151, 153, 154, 162, 163, 170, 171, 174, 320, 395, 397-421, 437, 521, 1083, 1098, 1107
- Soto Aparicio, Fernando, 381, 1104
- Soto Vergés, Rafael, 618
- Sotos Redondo, Joaquín, 930, 1039, 1040, 1074
- SP*, 45, 46
- Steinbeck, John, 18, 41, 42, 84, 504, 833, 1037
- Steel, Danielle, 1023
- Suárez Carreño, José, 73, 94
- Suárez González, Adolfo, 1085, 1086
- Succio, Marco, 250, 251, 252, 412, 1098, 1104
- Sueiro, Daniel, 85, 90, 498, 499
- sueños de Bruno, Los* (R. Rubio), 55, 64, 103, 970, 972, 977, 987-996, 1107

- “Sujeto del ramal” (R. Rubio), 67, 108, 1035-1037, 1109
- Tablas del calendario entre el humo dormido* (G. Miró), 187
- Tagore, Rabindranath, 185, 329, 1005, 1012
- Tallo de sangre* (R. Rubio), 55, 65, 103, 260, 697, 733-740, 751, 755, 970, 1109
- Tamames, Ramón, 479, 488, 834, 1083
- tarde, La* (M. Lacruz), 462
- Teilhard de Chardin, Pierre, 787
- Teixeira de Pascoaes* (seudónimo de Joaquim Pereira Teixeira de Vasconcelos), 611
- Telemann, Georg Philipp, 26
- Temas existenciales en la novela española de postguerra* (G. Roberts), 100, 1103
- Tendencias de la novela española actual, 1931-1969* (J. I. Ferreras), 82, 1100
- Tendencias de la novela española actual (1950-1970)* (S. Sanz Villanueva), 422, 423, 501, 1104
- Teodomiro, 600
- Teoría de la novela* (G. y A. Gullón), 1098, 1105
- III Premio de narraciones breves “Antonio Machado”*, 66
- Tercer programa*, 53, 69, 1111
- Thomas, Hugh, 444
- tiempo así, En un* (R. Rubio), 63, 70, 213, 1106
- Tiempo de silencio* (L. Martín-Santos), 73, 86, 90, 98, 500
- “tiempo perdido, El” (R. Rubio), 69, 231, 1111
- tiempo se llevó, Lo que el* (R. Rubio), 68, 103, 108, 120, 122, 126, 127, 128, 635-649, 1031, 1110
- Tierno Galván, Enrique, 858, 943, 944, 948, 954, 1010, 1035
- Tierra de promisión* (A. Maurois), 393
- Tirana, La* (seudónimo de M<sup>a</sup> del Rosario Fernández), 810, 813
- Tolstoi, León, 18, 40
- Tomás, Santo, 36
- Toral, Cristóbal, 47
- Torbado, Jesús, 46, 69, 86, 499, 501
- Torrente Ballester, Gonzalo, 42, 75, 496, 743, 1104
- Torres, Raúl, 46
- Trabazo, Luis, 618
- Tres novelas teresianas* (R. J. Sender), 495
- Tres pisadas de hombre* (A. Prieto), 462, 497
- Trías, Eugenio, 834
- Tribuna de Albacete, La*, 51, 1102, 1103
- tristeza también muere, La* (R. Rubio), 63, 70, 97, 105, 114, 115, 136, 137, 164, 166, 171, 172, 173, 318-338, 394, 397, 423, 437, 1048, 1064, 1107
- Trujillo, Diego de, 610

- Tudó, Pepita, 798, 801, 802, 803, 804
- Turismo y vida*, 47
- Ulises, 355
- últimas banderas, Las (A. M. de Lera), 444
- últimas horas, Las (J. Suárez Carreño), 73, 94
- Últimas tardes con Teresa (J. Marsé), 101
- Umbral, Francisco, 89, 499, 511
- Unamuno, Miguel de, 18, 40, 68, 78, 107, 175, 322, 324, 335, 521, 542, 563, 593, 610, 611, 827, 853, 885, 1076, 1094
- XI Premio de narraciones breves "Antonio Machado"*, 67
- XI Premio Hucha de Oro*, 66
- Updike, John, 18, 42, 93
- Uribarri, Rafael, 47
- Users, Carmina, 49, 631
- Usos y estilos del español moderno*, 69
- Valdecasas, Blanca, 974
- Valencia, Antonio, 743, 744, 770, 771, 1104
- Valera, Juan, 41
- Vallejo, César, 340
- Valle-Inclán, Ramón M<sup>a</sup> del, 18, 40, 41, 68, 78, 106, 461, 462, 493, 561, 563, 682, 703, 741, 772, 774, 833, 1050
- Valverde, Amador, 32
- Valverde, José M<sup>a</sup>, 292
- Van der Meersch, Maxence, 42, 419
- Van Gogh, Vincent, 838
- Vanguardia Española, La*, 1103
- Vargas Llosa, Mario, 73, 493
- Vázquez-Azpiri, Héctor, 47, 423
- XX años Premios Jauja (1960-1979)*, 65
- Vela, Fidel, 85
- Vélez de Guevara, Luis, 563
- "Ventanas azules" (R. Rubio), 66, 107, 970, 971, 973-978, 1109
- Ventura, Vicente, 46
- "verano sin mar, Un" (R. Rubio), 66, 107, 955-959, 1109
- "verbena, La" (R. Rubio), 66, 107, 947-948, 1108
- Verdad, La*, 50, 1101
- Verlaine, Paul, 329, 332, 334
- Vicent, Manuel, 47, 499
- vida es sueño, La* (P. Calderón de la Barca), 879
- "Vida y muerte de una extraña flor" (R. Rubio), 65, 70, 260, 697, 727-730, 733, 735, 737, 738, 739, 751, 755, 971, 1109
- Villacampa, Jordi, 952
- Villada, Rosa, 620, 1104
- Villalón, Fernando, 1014
- Villanueva, Darío, 844, 845, 1104



Villanueva y de Montes, Juan Antonio de,  
812

Viñas, Julián, 238

Virgen de Cortes, 627

Virgen de Cubas, 634

Virgen de Lourdes, 523, 532, 533

Virgen de Monserrat, 336

Virgen María, 152, 221, 223, 334, 523,  
532, 599, 1057, 1058, 1059, 1062

Vittorini, Elio, 84, 461, 497, 835

Viscardi, Henry, 529

Vivaldi, Antonio, 26, 1009

Vizcaíno, José Antonio, 85

*voluntad, La* (Azorín), 462, 1072

*Voz de Albacete, La*, 49, 69, 793, 921, 1097,  
1104, 1111

Wishik, Samuel M., 528

*Ya*, 66, 69, 501, 537, 593, 942, 953, 1100

Ynduráin, Domingo, 101, 102, 322, 1104

Ynduráin, Francisco, 321, 322, 1105

Yocasta, 355

Zapater, Alfonso, 974

Zeus, 355

Zilahy, Lajos, 42, 84, 394

Zunzunegui, Juan Antonio de, 495, 843

Zúñiga, Juan Eduardo de, 51





Rodrigo Rubio (Montalvos, 1931- Madrid, 2007) es uno de los mejores y más prestigiosos escritores albaceteños. Con 17 años se marchó con su familia a Valencia, en donde estudió por correspondencia y comenzó su labor como escritor, siempre desde una postura comprometida, realista, crítica y testimonial. En 1968 se trasladó a Madrid. Allí residió con su mujer y sus dos hijos hasta el momento de su muerte. Con 30 años ganó el Premio Gabriel Miró con la novela *Un mundo auestas* y con 34 el Premio Planeta, con *Equipaje de amor para la tierra*. Es autor de veintiseis novelas, cuatro libros de cuentos y doce de ensayo, además de numerosas colaboraciones en revistas y periódicos.

Entre los numerosos premios literarios conseguidos, se encuentran el Gabriel Miró (1961), Ateneo de Valladolid (1962), Planeta (1965), Álvarez Quintero (1970), Novelas y cuentos (1975), Casa de Castilla-La Mancha (1985), Casino de Lorca (1999) y Salvador García Aguilar (2001).

Su despedida del mundo literario se produjo con el libro póstumo de memorias *Reflexiones. Confesiones antes de morir* (2007), concluido unos meses antes de fallecer.

**D**espués, una vez recreados por mí mundos de niñez y adolescencia (que volverían nuevamente en *El gramófono*, *Agonizante sol*, *Memoria de pecado*, etc.), vendría la preocupación social, política y religiosa. De esta Segunda Etapa son los libros *La espera*, *La deshumanización del campo* (ensayo), *El incendio*, *Equipaje de amor para la tierra*, *La sotana*, *Oración en otoño* y *Álbum de posguerra*.

Quería, después, liberarme de esa tenaza socio-política-religiosa y, sin olvidar nunca mis raíces, me abrí a una literatura más imaginativa, llegando en algunos libros -*Papeles amarillos en el arca*, Premio Álvarez Quintero de la Real Academia, y *Cuarteto de máscaras*, premio Editorial Magisterio- a rozar lo fantástico y también, a veces, lo esperpéntico. Fue entonces cuando Montalvos se convirtió en Monsalve, escenario, tal vez, de mis mejores páginas.

En mi narrativa, siempre con calor humano, con lenguaje adecuado a unos personajes y a un determinado escenario geográfico, deseé, en todo momento, ser un heredero de nuestros clásicos y, también, de autores que habían visto la parte oculta de nuestra forma de ser, como Valle-Inclán, Baroja, Eugenio Noel y Gutiérrez Solana. Algunos críticos dijeron que en esta Tercera Etapa tenía influencia de los autores latinoamericanos; pero lo cierto es que yo estaba moviéndome dentro de una España múltiple, de luces y sombras, por la que, en otras épocas, se habían adentrado autores tan nuestros como Quevedo, Valle y Larra.

Mi obra inacabada -parte de ella, al menos- tiene también esas raíces, esas constantes, y creo que siempre escribiré -o guardaré silencio- para hablar de nuestras gentes, de nuestra sociedad, tanto para hacer retablo burlesco como para desarrollar el drama que, tan a menudo, aparece sobre nuestra seca y áspera geografía (Rodrigo Rubio).



DIPUTACIÓN DE ALBACETE



9 788418 165825